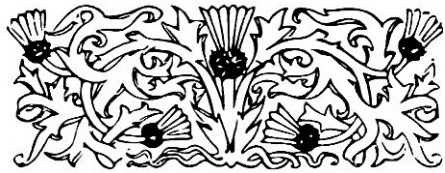
Irene Mendoza

A veces, la vida te obliga a tomar un camino con el que no contabas

BAJO LA LLUVIA ESCOCESA



Bajo la lluvia escocesa

Irene Mendoza Gascón

Título: Bajo la lluvia escocesa
©2023: Irene Mendoza Gascón
©De los textos Irene Mendoza Gascón
©Ilustraciones y portada: Irene Mendoza Gascón
Revisión estilo y corrección: Eneritz U.
Betas: Pilar Barrio, Carmen Castizo, Diana Flórez.
1ª edición
Todos los derechos reservados

A mi madre, porque hubiese sido una gran enfermera

ÍNDICE

CAPÍTULO I
Un nuevo destino
CAPÍTULO II
Un pequeño jarrón con flores
CAPÍTULO III
La lluvia escocesa
CAPÍTULO IV
Lassy
CAPÍTULO V
Sassenach
CAPÍTULO VI
Historias de clanes
CAPÍTULO VII
De caballos y hombres
CAPÍTULO VIII
Una casa de cuento
CAPÍTULO IX
El bosque de la bruja
CAPÍTULO X
El baño del fauno
CAPÍTULO XI
Un fantasma
CAPÍTULO XII
El viento blanco
CAPÍTULO XIII
La voz de Andrew
CAPÍTULO XIV
Hamish
CAPÍTULO XV
El baile de Fin de Año
CAPÍTULO XVI
Bajo el muérdago
CAPÍTULO XVII

Año nuevo, vida nueva
CAPÍTULO XVIII
Amar y desear
CAPÍTULO XIX
Hazel
CAPÍTULO XX
El Estanque de las Hadas
CAPÍTULO XXI
Un fantasma que regresa
CAPÍTULO XXII
Londres
CAPÍTULO XXIII
Dejar el pasado atrás
CAPÍTULO XXIV
El zumbido de las abejas
CAPÍTULO XXV
El tiempo perdido
CAPÍTULO XXVI
Los muelles de Leith
CAPÍTULO XXVII
El tacto en la piel
CAPÍTULO XXVIII
Regreso a las Tierras Altas
CAPÍTULO XXIX
Un buen afeitado
CAPÍTULO XXX
Las tres visitas
CAPÍTULO XXXI
La pelea
CAPÍTULO XXXII
Temporada de caza
CAPÍTULO XXXIII
Aliadas
CAPÍTULO XXXIV
La batida
CAPÍTULO XXXV
Desencuentros

CAPÍTULO XXXVI
Un regalo de Navidad
CAPÍTULO XXXVII
El perdón
CAPÍTULO XXXVIII
Hope
CAPÍTULO XXXIX
La cruz de Santa Brígida
CAPÍTULO XL
Cuarenta días y cuarenta noches
CAPÍTULO XLI
Todo por unas setas
CAPÍTULO XLII
Como caballos salvajes
CAPÍTULO XLIII
Un bautizo y una boda
EPÍLOGO
Sangre de mi sangre, hueso de mis huesos

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Un nuevo destino

Siempre creí que no era mi destino tener un hogar, un lugar al que llamar así, pero la guerra lo cambió todo.

Nadie regresa del infierno y del dolor intacto. Todos los que volvimos lo hicimos convertidos en otra persona. Pero fue precisamente ese dolor y la perdida lo que me mostró el camino.

⌘

La guerra había terminado y la gente ya podía recuperar sus vidas pospuestas durante seis años de pesadilla. Pero mi vida nunca volvería a ser como antes. Estaba en 1946, acababa de cumplir veintisiete años y era viuda.

En Londres no quedaba nada para mí, solo un armario lleno con su ropa de civil. Ni siquiera habíamos tenido tiempo de comprar una casa. Sin familia, sin hijos, no lo pensé demasiado y decidí aceptar aquel empleo en un pueblo remoto de Escocia.

Todo con tal de desaparecer, de escapar de la ciudad, del recuerdo de las bombas, de los gritos de dolor del hospital y el olor penetrante a desinfectante y a sangre coagulada.

Sus colegas de Oxford, mis compañeras en el hospital, todo el mundo alabó mi valentía, admirando mi entereza, mi coraje, pero no era cierto, yo no me sentía fuerte en absoluto, solo vacía.

⌘

Me alisté en la Reserva de Enfermería Civil al poco de comenzar la guerra. George había sido de los primeros en enrolarse voluntario. Las Navidades de 1939 ya las pasamos separados. Como catedrático de historia de Oxford, el que fuera el mejor alumno de mi tío, experto en cartografía y diestro en alemán y francés, pensó que podría hacer un buen servicio a su país y tras su adiestramiento militar fue enviado a la Unidad de Inteligencia del MI6. Yo me incorporé a la vida militar poco después.

Habíamos vivido poco tiempo juntos. Con un noviazgo intermitente, interrumpido por mis viajes con mi tío, historiador como George y mi única familia. Nos casamos el mismo día que estalló la

guerra en una ceremonia civil en Londres, prometiéndonos que lo haríamos por la iglesia en cuanto terminase la contienda.

«Cuando termine la guerra», me dijo George al partir al frente.

Como siempre que comienza un conflicto armado, todo el mundo pensó que no duraría mucho. Nosotros dos también.

Apenas tuvimos tiempo para disfrutar las mieles del matrimonio. Después siguieron casi cinco años de esperas, de cartas atrasadas, de aguardar permisos que no llegaban, de noches de hotel demasiado apresuradas en la que ambos parecíamos unos extraños y que pasamos hablando del futuro, de donde viviríamos. Y luego, un día, un telegrama, una carta de su regimiento y mil preguntas que nadie me supo contestar.

Recibí apenas cincuenta horas de formación como enfermera auxiliar antes de empezar a trabajar en un hospital militar. Mi verdadera formación en enfermería y obstetricia tuvo lugar en el Hospital St. Bartholomew's de Londres, y más tarde al servicio de una unidad de enfermería militar en Francia. Poco después, en mayo de 1940, fui evacuada de Dunkerque junto con el ejército británico y crucé de regreso a Inglaterra, terminando de nuevo en la capital, asediada por la Luftwaffe alemana. Para entonces ya había aprendido todo lo que se debe saber acerca de heridas de guerra y sobre el horror.

Cuando decidí seguir siendo enfermera me ofrecieron varios destinos diferentes. No sé por qué opté por Escocia. Tal vez porque muchos de los soldados que intenté salvar durante aquellos años eran de aquel lugar extraño para mí, una londinense con ancestros normandos. O tal vez porque la guerra no había apenas dañado aquellas aisladas tierras del norte y yo ya no quería ver más edificios destruidos ni calles llenas de escombros.

Glasgow, al poseer industria naval y armamentística, sí había sufrido bombardeos, pero no así la capital escocesa u otras poblaciones de las Tierras Altas. El empleo era para trabajar en lo que por entonces se llamaba una sala hospitalaria de guerra en el condado de Inverness.

Me arrepentí de mi decisión nada más bajar del tren. En la estación de Inverness, una lluvia fina y pertinaz lo empapaba todo y mi gabardina era apropiada para Londres, pero muy inadecuada para el clima escocés de finales de abril, el 30, para ser exactos.

Miré a través de la ventanilla empañada. La estación estaba prácticamente desierta. Tan solo un tipo de edad indefinida, alto y mal carado, con una espesa barba rojiza oscura y boina de lana, aguardaba estoico bajo la lluvia. Apoyé mi mano derecha en el frío cristal y de pronto me fijé en mi anillo de casada. Lo miré un instante, brillando en mi dedo, y sentí aquella especie de rencor que notaba dentro de mí cada vez que pensaba en George y en lo que ya nunca sería, lo que jamás tendríamos. Odiaba que me preguntasen por él. Apenas podía contar nada porque nada sabía.

Aquel sentimiento me llenó el ánimo de una sensación desagradable y rápidamente me quité el anillo para guardarlo en mi bolso de viaje. No quería tener que explicar mi viudedad, ni escuchar los pésames, no quería hablar de ello nunca más.

Con la dirección de mi lugar de trabajo y la de una casa de huéspedes en las afueras de la pequeña ciudad, tiritando, cansada por el largo viaje y hambrienta, bajé del tren cargando mi única maleta, un bolso de viaje y un paraguas.

Nada más poner un pie en el andén, el tipo grande y barbudo se me acercó sin cambiar su semblante huraño.

—¿Es usted la nueva enfermera, la inglesa que viene de Londres? —preguntó con voz de trueno y un fuerte acento en las "erres".

—Sí, soy yo, buenas tardes —dije posando la maleta en el suelo y tendiendo la mano con una sonrisa. El lugareño no la aceptó, en vez de eso me miró con desagrado. Había decidido presentarme debidamente ante aquel maleducado, pero el sombrero había comenzado a gotearme sobre la nariz.

—Esperábamos a alguien como la señora Campbell —dijo finalmente.

—¿Y cómo era la señora Campbell? —pregunté algo molesta.

—Lavinia Campbell era… pues… una señora escocesa —dijo muy

serio, abriendo los brazos, supuse que para mostrarme las hechuras de la antigua enfermera.

—¿Y qué le ocurrió?

—Murió —dijo cogiendo mi maleta.

—¡Aguarde un momento! —le pedí viendo como comenzaba a alejarse a toda prisa.

Aquel hombre tan hosco dejó de andar, se volvió, me miró y puso los ojos en blanco.

—¿Qué quiere? —respondió.

—Iba a abrir mi paraguas.

—No lo necesita.

—¿Cómo que no? ¡Está lloviendo! —exclamé.

—El viento que sopla hoy se lo romperá en cuanto salgamos de la estación —dijo el montañés con tono impaciente. Hice caso omiso a su consejo y efectivamente, al salir del resguardo de la estación, el paraguas dejó de existir al primer golpe de viento, lo que mi acompañante obvió sin inmutarse —Vamos, tenemos que hacer su primera visita y se hace tarde.

—¿Cómo dice? —pregunté apretando el paso.

—Que tiene a su primer paciente esperando, muchacha —respondió.

Salimos de la estación. Mi acompañante daba grandes zancadas con sus botas de agua y mis zapatos de ciudad no estaban preparados para aquel camino mal asfaltado, lleno de charcos y barro. Frente a nosotros divisé un carruaje con dos caballos. Miré a mi alrededor confusa, no había un solo coche por ningún lado.

Mis peores sospechas se hicieron realidad cuando el montañés se acercó hasta el arcaico medio de transporte, dejó la maleta en el pescante y subió primero tendiéndome la mano.

La tomé espantada, él tiró de mí y nada más sentarme espoleó a los caballos que comenzaron a trotar a buen ritmo.

—Me llamo Grace —dije sujetándome el sombrero empapado.

—Puede llamarme Hamish, muchacha —dijo.

Nos adentramos por una carretera local sinuosa por la que solo

cabía un vehículo. El paisaje civilizado pronto cambió al del páramo de turba oscura y hierba mezclado aquí y allá, con el panorama de un bosque donde el verde de los árboles se mezclaba con el de los musgos y líquenes en cientos de tonalidades diferentes.

El día se había tornado cada vez más oscuro y frío y la lluvia fina había dado paso a otra mucho más copiosa acompañada de aquel viento que no parecía molestar a mi compañero de viaje. Me quité el sombrero empapado antes de que aquel ventarrón me lo arrancase y me ajusté la gabardina. Mi pelo era una maraña de rizos rebeldes y oscuros que goteaban sobre mis hombros.

Vi un automóvil que acababa de salirse de la carretera. No era difícil con aquel pavimento mojado y la difícil orografía. Sus ocupantes no parecían ni heridos ni preocupados y nos saludaron afablemente cuando pasamos a su lado.

—¿No necesitarán ayuda? —pregunté mientras los dejábamos atrás.

—La hubiesen pedido —dijo Hamish.

Por todos lados veía colinas, riachuelos y majestuosas montañas gastadas por el tiempo, sumergidas en la niebla. El escenario me sobrecogió. Acostumbrada a las planicies y colinas bajas de Oxford o a la ciudad, no lograba abarcar toda aquella grandiosidad con mis ojos. Pero enseguida sospeché del frío y la humedad que iba a tener que soportar.

«Agua por todas partes», pensé empapada de pies a cabeza.

—¿Falta mucho? Me parece que nos hemos desviado del camino a la ciudad —dije tiritando.

—No, ya estamos llegando —refunfuñó Hamish.

La solitaria granja de recia piedra gris estaba cerca de un río, al pie de la imponente montaña que se desdibujaba con la niebla. El paisaje montañoso era estremecedor. Cruzamos un pequeño puente de piedra. Varias vacas de pelo anaranjado y largo pastaban ajenas al mal tiempo. Los caballos reconocieron el sendero y disminuyeron su trote llegando a la granja. Hamish los frenó del todo, bajó del carro y me tendió la mano. Di un saltó sobre un charco salpicándome toda entera de barro y solté un improperio nada femenino, huella inequívoca de mi trato con soldados, que hizo levantar una ceja oscura y poblada al

arisco montañés.

—Acompáñeme —dijo caminando ligero hacia la casa de piedra, con tejado de pizarra a dos aguas.

—¿Es algo grave? ¿Tienen botiquín de primeros auxilios? —dije intentando seguirle el paso.

—Pregunta usted mucho, muchacha —respondió Hamish.

—¿Y cómo demonios quiere que haga mi trabajo si no? —exclamé furiosa con los brazos en jarras.

Yo misma me sorprendí de mi tono de voz. Supongo que el hambre, el frío y el cansancio del largo viaje en tren pudieron más. Hamish me miró sorprendido y me cedió el paso para entrar al edificio.

La casa era modesta pero estaba caldeada. En la entrada, botas de agua y ropas de labranza descansaban junto a un recio banco de madera.

Seguí a Hamish al interior. El día se había vuelto muy oscuro y apenas había luz en la casa. En la estancia principal, frente a una chimenea encendida, había un par de hombres sentados en taburetes, de espaldas a nosotros. Uno de ellos se puso en pie.

—¿Es la nueva enfermera? ¿La *sassenach*? —preguntó el tipo que acababa de levantarse. El lugareño era pequeño y enjuto, con lo que me pareció una extraña cara de duende debido a sus orejas anormalmente grandes, rojas y puntiagudas.

Hamish hizo un ruido extraño en señal de asentimiento. El hombrecillo me miró de arriba abajo, deteniéndose a la altura de mis pechos. Enseguida me di cuenta del por qué. La lluvia había calado mi blusa y mis pezones se erguían imperiosos a causa del frío.

—Pues no se parece en nada a la señora Campbell —rio el tipo con cara de duende.

—Me llamo Grace Catherine Grenville —dije alzando la voz, sin miramientos ni cortesía, molesta por la forma en que ambos hombres me estaban excluyendo de la conversación, si es que eso que hablaban se podía llamar así. Recordé que durante mi tiempo en el ejército había encontrado esa misma animadversión por los ingleses en muchos soldados escoceses y decidí dar mi apellido de soltera de

origen francés, en vez de Radcliffe. No sé muy bien por qué, tal vez por miedo a que me llamaran "la inglesa" de nuevo o repitieran el palabro gaélico con aquel tono despectivo—. ¿Dónde está el paciente?

Ambos hombres señalaron al tercero, que sentado con la cabeza gacha, se giró con dificultad. Al verlo, me di cuenta de que era un muchacho joven. El chico estaba pálido y se sujetaba el brazo por el codo.

—Creo… que se me ha roto el brazo de nuevo —dijo el joven con evidentes muestras de dolor en su rostro manchado de barro y con una brecha en la frente.

—¿Cómo ha sido? —pregunté acercándome a examinarlo.

—El caballo de un vecino se encabritó, quiso patearme y me tiró al suelo con tan mala fortuna que caí con todo el peso del cuerpo sobre el codo —dijo con el mismo acento que los demás y un tono de voz grave y bonito.

—¡Demonios! Esa maldita yegua te la tiene jurada, muchacho —dijo Hamish haciendo reír al otro hombre.

—Lo traje maldiciendo todo el camino. Intenté moverle el brazo, parece que tiene el codo magullado, pero no hay manera de que lo ponga derecho —dijo el pequeño hombrecillo señalando al muchacho con un acento aún más cerrado que el de Hamish.

—¡Cómo se le ocurre! Hay que inmovilizarlo —exclamé poniéndome delante del chico para protegerlo de aquel desaprensivo.

—Para eso está usted aquí —dijo Hamish impaciente.

—Podía haber sido peor —le dije al muchacho, intentando tranquilizarlo, haciendo caso omiso al montañés.

—Podía haberte pateado el culo esa yegua —rio el hombrecillo haciendo reír a Hamish.

—No se rían tanto y tráiganme unas vendas y un pañuelo para poder ponerle el brazo en cabestrillo. Y un poco de yodo o alcohol, y algodón para las heridas. ¡Rápido! No tenemos todo el día —dije con el tono autoritario que empleaba con los soldados más díscolos.

De reojo, pude apreciar la sonrisa de mi paciente. Los dos hombres se miraron y corrieron a por lo que les había pedido mientras me disponía a subir la manga de la camisa al joven para destaparle el

brazo. Al hacerlo vi los rasponazos en el codo y la articulación ya hinchada.

El hombrecillo regresó con Hamish, unos trapos que podían asemejarse a vendas, algodón y una especie de pañuelo. Aparentemente, todo parecía limpio.

—No hay yodo, pero tenemos esto —dijo tendiéndome una botella de lo que me pareció whisky.

Los miré horrorizada.

—Es alcohol, ¿no? —dijo Hamish ante mi cara de estupor. Y se lo pasó al muchacho—. Toma un poco primero, te sentirás mejor.

—No creo que emborracharlo ayude en absoluto —dije.

Pero nadie me hizo el menor caso. El joven tomó la botella, tiró del tapón con los dientes, lo escupió al suelo y dio un largo trago sin que pudiese hacer nada para impedirlo. Hamish y el hombrecillo le instaron, mediante gestos insistentes, a que diera otro trago más y así lo hizo.

Asentí un poco superada por la extraña situación que estaba teniendo lugar, tomé todo lo que me trajeron para proceder y me volví de nuevo hacia el muchacho.

—¿Puede cerrar la mano? Inténtelo —pregunté alentando al muchacho a hacerlo. Él probó a cerrar el puño y lo hizo con una mueca de dolor—. Bien, entonces no está roto, lo más probable es que sea solo una luxación del codo, pero lo tiene bastante hinchado ya. Tendría que inmovilizarle adecuadamente el brazo, pero aquí no tengo material, así que solo podré vendárselo. Tendrá que pasar por el dispensario para que se lo haga en condiciones. Le advierto que al manipularle el brazo le va a doler un poco —expliqué.

—No creo que pueda doler más de lo que me duele ahora —dijo el joven con tono alegre, a pesar de la situación.

—Está bien, deje el brazo relajado y no lo mueva, ¿de acuerdo?

El muchacho me miró con sus ojos claros muy abiertos y asintió con decisión. Lo tomé de la muñeca y le sujeté el brazo para observar los rasponazos provocados por la caída. Era una extremidad grande y musculosa. Se le había levantado la piel del codo y le sangraba un poco.

Tomé la bola de algodón que descasaba en el suelo sobre las vendas, junto con la botella de whisky, y lo examiné todo con suspicacia.

«Tendrá que servir», me dije.

Cogí un poco de algodón, lo empapé con el whisky y lo apliqué con cuidado sobre la herida que era solo un rasguño. El joven hizo una mueca de dolor, pero no se quejó.

Tras limpiarle las heridas del brazo, empleé los trapos para un rudimentario vendaje. El muchacho resopló un poco y apretó los dientes tan solo una vez.

—¿Mejor así?

—Sí, algo mejor —una gran sonrisa de alivio iluminó su rostro manchado de sangre y barro.

—Le va a molestar y sentirá toda la zona dolorida —dije terminando de ponerle el brazo en cabestrillo con los paños de lino basto y un pañuelo que más bien parecía una servilleta—. No debe moverlo y después, cuando se lo vende convenientemente, vaya haciéndolo poco a poco, sin esfuerzos. Puede tomarse una aspirina y ponerse una compresa fría si le duele mucho.

El chico me escuchó en silencio, asintiendo a mis indicaciones, casi sin pestañear. Después me di cuenta de que se estaba esforzando en no mirarme el escote mientras me mantenía agachada muy cerca de su rostro, realizando el vendaje.

—Bueno, pues ya está —dije obviando la incómoda situación, mirando satisfecha a Hamish y al otro montañés.

Fue cuando el muchacho se levantó del banco. Al hacerlo tan deprisa, después de aguantar el intenso dolor y con todo aquel whisky en el estómago, se tambaleó un poco, pero por suerte lo sujeté. El chico, a duras penas lograba mantener el equilibrio. De pie, junto a mí, pude comprobar que era muy alto y corpulento. Y eso que mi estatura era elevada para la media de las mujeres. Comprendí por qué el whisky no lo había tumbado aún. Sobrepasaba en varios centímetros a Hamish, que tampoco era pequeño.

—¡Vuelva a su asiento, no he terminado aún! Debo desinfectarle esa herida tan fea de la frente —lo reñí.

El joven volvió a sentarse inmediatamente, algo azorado.

Mientras le limpiaba la sangre casi seca, pude contemplar su rostro de cerca. En él se reflejaba el color del fuego de la chimenea. El joven olía a sudor y a whisky y me observaba con una mirada curiosa. Su cara era ancha, de pómulos y mentón marcados. Pude advertir una barba roja e incipiente en su mandíbula y reflejos anaranjados en su pelo mojado. Tenía los ojos claros, algo rasgados, y sus largas y espesas pestañas rubias brillaban con la luz de las llamas cercanas que nos calentaban. Torció la boca un momento cuando apreté el algodón un poco más de lo debido.

—Lo siento —susurré.

Él asintió cordial. Cuando volvió a relajar el rictus me fijé más en su boca; amplia, de labios bien dibujados y rosados, sobre una barbilla con un bonito hoyuelo y un recio mentón.

«Creo que tengo ante mí el rostro de un auténtico vikingo», pensé. Según me enseñó mi tío, experto en historia antigua y medieval, no era difícil encontrar descendientes de los guerreros del norte por aquellas tierras.

—Ya está. Solo es un rasponazo en la frente. No necesita puntos. Manténgalo limpio y nada más —dije dulcificando mi tono.

—Gracias, señorita… —dijo con una voz suave y profunda, sonriendo sin dejar de mirarme, mostrando una dentadura perfecta de dientes blancos y grandes

—Grace, puede llamarme Grace —dije percatándome de que el muchacho no recordaba mi nombre.

Él asintió sonriendo de nuevo, y concluí que también tenía un rostro afable y una preciosa y dulce sonrisa.

—Yo soy Andrew, pero todos me llaman Roy —dijo.

«Parece tener buenos modales, después de todo», me dije.

—¿Por qué Roy? —pregunté.

—Por el pelo. Roy es rojo por aquí —dijo sonriente.

Sonreí también y en aquel momento la fuerte voz de Hamish me sacó de cierto ensimismamiento que achaqué al cansancio y al hambre.

—Se hace tarde y debo llevarla de vuelta a Inverness, muchacha.

—¡Oh, claro! Por supuesto. Me estarán aguardando en la pensión —dije algo nerviosa.

Le tendí la mano a Andrew y él me la apretó con decisión. Era una mano cálida, grande y callosa, seguramente acostumbrada al trabajo duro, pero bonita, de dedos largos y finos.

—Pásese por el dispensario mañana y le haré el vendaje adecuado —repetí—. Mientras, evite mover el brazo y apoyar el codo.

Andrew asintió con otra sonrisa más amplia y hermosa que las anteriores y yo se la devolví antes de salir acompañada de mi arisco e impaciente acompañante. Del hombrecillo con cara de duende ni me despedí.

CAPÍTULO II

Un pequeño jarrón con flores

Volvimos a montar en el carro e hicimos el camino de vuelta a Inverness. Serían más de las cuatro cuando Hamish tocó la puerta de una casa en la zona de Crown. La casita, de piedra gris, tejado de pizarra y dos plantas, como casi todas las que había visto al entrar en la ciudad, era la pensión de la señora Baxter, una viuda que alquilaba habitaciones como medio para subsistir.

Hamish saludó con uno de sus gruñidos y se fue sin más ceremonias antes de que la mujer de la entrada tuviese tiempo de entablar conversación. La señora Baxter tendría algo más de cincuenta años y era pequeña y regordeta, de mejillas coloradas y sencilla en su atuendo.

Me miró de arriba abajo, sin poder disimular su estupor ante mis cabellos y mi ropa empapada y llena de barro.

—Así que es usted la nueva enfermera —sonrió amable—. No se parece en nada a la pobre Lavinia.

—Soy Grace Catherine Grenville y ya me lo han dicho —respondí tendiéndole la mano a la mujer, haciendo que su sonrisa disminuyese.

Volví a decir mi apellido de soltera. Lo último que quería en aquel momento era tener que explicarle mi estado civil a aquella mujer que me observaba como quien contempla un bicho raro.

—La esperaba más temprano. ¿Qué tal el viaje desde Londres? —dijo haciéndome pasar al vestíbulo de la pensión.

—Espantoso, en realidad. Odio los trenes —suspiré—. Mi demora se debe a que tuve que realizar mi primer servicio fuera del pueblo.

—¿Ah, sí? —preguntó curiosa.

—Sí, el señor Hamish me llevó en carro hasta una granja aislada a curar una contusión. Fue él quien me recordó lo poco que me parezco a la difunta señora Campbell —dije poniendo cara de disgusto.

—Oh, no se lo tenga en cuenta —rio—. Hamish Grant es un montañés y no está acostumbrado al trato con la gente.

—Me he dado cuenta.

—Supongo que se refiere usted a su granja. Vive allí con su sobrino.

—¿Su sobrino?

—Sí, el joven Roy. ¿Fue algo grave?

—No, no, solo un accidente menor, una contusión —respondí.

Creo que dejé a mi casera ávida de más detalles, pero aun así volvió a sonreír dándome la llave de la habitación.

—Pues ha llegado justo a tiempo para el té —dijo.

Me paré junto a las escaleras con mi maleta.

—Si no le importa, señora Baxter, ¿sería tan amable de subirme una taza de ese té y algo para comer a mi habitación? Lo que tenga servirá. La verdad es que necesito un baño caliente con urgencia. Estoy helada, sucia y exhausta.

—Claro, querida. Como la esperaba dejé la chimenea encendida, así que el dormitorio estará caldeado. En cuanto a la comida, todavía no disponemos de mostaza o fiambres u otras viandas más selectas, pero poco a poco todo está volviendo a la normalidad, gracias a Dios. Será un *high-tea* a la escocesa para nuestra nueva enfermera.

—Perdone… ¿Un *high-tea*? —pregunté extrañada por el término.

—Una cena temprana para la gente del campo que no podía esperar hasta la hora habitual porque apenas habían comido desde el desayuno. Por estas tierras, lo de comer cuatro veces al día no era muy común en otros tiempos —me explicó.

—Entiendo —asentí agradecida por la aclaración y recordé las lecciones del tío Archie acerca de la Batalla de Culloden y del final de la cultura de Clanes en las Tierras Altas y la persecución posterior, la hambruna y la emigración masiva a Canadá, Estados Unidos y más adelante a Australia y Nueva Zelanda. Había sido difícil durante mucho tiempo sobrevivir en las Tierras Altas. Por eso era aún la zona más despoblada de Gran Bretaña.

—Tengo pan con mantequilla, huevos cocidos, queso y *scones* caseros con crema. Los hice expresamente para usted esta mañana.

El modo en que pronunció la palabra mantequilla, en concreto la "t", me descolocó. Realmente había momentos en que me costaba entender algunas palabras.

—Se lo agradezco mucho, señora Baxter. Todo un banquete, se lo aseguro. Un millón de gracias —dije sinceramente, pensando en las estrecheces que habíamos pasado los londinenses.

—Le vendrá muy bien. Está pálida, querida. Suba conmigo —dijo jovial, adelantándome en la escalera de madera.

La casa había vivido tiempos mejores, pero estaba caliente y limpia, se notaba a simple vista. La dueña me mostró el retrete a la francesa del pasillo y me abrió la habitación.

—El desayuno es desde las siete hasta las nueve. La comida al mediodía hasta la una, el té a su hora habitual y la cena a las siete. Las ocho a más tardar si los huéspedes me avisan con tiempo para dejar comida caliente de sobra. Ya sé que en Londres se tienen otros horarios, no se crea. Estuve una vez con mi difunto esposo, pero aquí la gente madruga bastante y no suele trasnochar. Salvo los viernes. Ese día los hombres suelen ir a la taberna y a veces se les pasa la hora, pero no será su caso, seguro —dijo sonriendo de nuevo, entrando conmigo al dormitorio.

La habitación, con empapelado de flores y suelo de madera reluciente, tenía la chimenea encendida, una cama con cabecero de forja, su mesilla, una cómoda con su armario a juego y un baño con bañera y lavabo.

—Claro —dije complaciente. No quise sacarla de su error, deseando que la buena señora se marchase para poder quedarme a solas por fin, quitarme la ropa mojada y relajarme en la bañera.

—Tiene más mantas en el armario por si las necesita. Aquí las noches son frescas. En un rato le traeré el té. ¿Con azúcar? —preguntó la señora Baxter.

—Sí, por favor. Y sin leche —sonreí ante la perspectiva de una taza de té humeante, dulce y aromático.

Tras un buen baño caliente que me reconfortó de inmediato, y después de devorar el suculento y rural *high-tea*, me dormí inmediatamente, nada más tocar la almohada.

Descansé sorprendentemente bien, sin las recurrentes pesadillas que la guerra me había dejado. Nada más despertar vinieron hasta mí los aromas del pan tostado del desayuno y mis tripas crujieron como respuesta.

El desayuno de la señora Baxter, compuesto por un delicioso té

negro con leche, unos bollos calientes llamados *baps*, *porridge*, huevos, morcilla y tostadas con mermelada casera de moras, se sirvió en el salón comedor, con la radio encendida y en una mesa con capacidad para unos diez comensales en la que solo estaba yo. Sobre la chimenea descansabas antiguas fotografías, incluida una del rey y la reina consorte, Elisabeth Bowes-Lyon, y de las princesas, Elisabeth y Margaret.

—Volvemos a tener azúcar blanco y un buen té de desayuno, aunque está muy cara la onza, pero aún no disponemos de salchichas y panceta —dijo mi robusta y risueña casera—. Usted coma, querida, que está muy flaca. Ya verá como en poco tiempo se pone lozana y recupera el color como las muchachas de por aquí. Y le recomendaré a mi peluquera, la señora Ross, para que le arregle el peinado.

Sonreí por educación intentando atusarme el cabello y me ahorré el decirle a mi casera que mis odiados rizos eran ingobernables. Tampoco dije que los huevos solía tomarlos pasados por agua, porque me pareció una descortesía, y no rechacé aquellos escalfados. El *black pudding* me pareció demasiado contundente, pero la otra opción era el arenque, así que opté por lo primero. El *porridge* me recordó a mi niñez en un colegió de señoritas al que asistí al quedarme huérfana y de donde, por suerte, me sacó mi tío Archie enseguida.

Como en Oxford no dejaban tener mujeres en la residencia de profesores, mi tío Archie decidió alquilar un pequeño *cottage* para ambos, muy cerca del Trinity College. Allí viví cuando no estaba de viaje con mi tío, hasta que me prometí a George, rodeada de libros y aroma a tabaco de pipa.

El optimismo de la noche anterior dio paso a la desesperación al comprobar que llovía a cántaros de nuevo, granizo incluido, y sobre todo al ver mi nuevo lugar de trabajo. Lo que en Londres llamaban una sala hospitalaria era allí, en la Escocia rural, solo un dispensario viejo y sin instrumental médico suficiente. La sala de curas estaba gélida y polvorienta y tan solo había un par de camas separadas por un biombo.

«Y el hospital más cercano de pago estará casi en Edimburgo»,

pensé horrorizada.

El sufrimiento económico originado por la guerra había dejado clara la imperiosa necesidad de la creación de un sistema sanitario público que se ocupase de viudas y huérfanos sin recursos, de heridos de guerra y personas sin hogar. Nuestro ministro de sanidad de aquel entonces, el galés Aneurin Bevan, acababa de comenzar la redacción de la futura Ley del Servicio Nacional de Salud. En dos años se pretendía nacionalizar más de 2500 hospitales privados del Reino Unido.

Viendo la desangelada estancia tuve claro que aquella tarea era urgente.

Sobre la mesa del dispensario descansaba una nota manuscrita de un tal doctor Lean que me daba la bienvenida.

Mi tarea iba a consistir en atender a los vecinos que carecían de recursos suficientes para permitirse la asistencia médica en una clínica u hospital. Por suerte, parecía que los lugareños estaban muy sanos porque no tuve visitas en toda la mañana y decidí dedicarme a redactar una petición formal a las autoridades pertinentes para que me enviaran material médico cuanto antes. Pedir conocer al médico de familia, el doctor Lean, que probablemente iba de pueblo en pueblo y de granja en granja, recibiendo en muchas ocasiones pagos en especie, me pareció innecesario por imposible.

A media mañana, en vista de la escasa expectación que había causado mi persona, decidí acercarme hasta la oficina de correos a enviar la carta a Londres. No había mucha gente paseando por aquella zona de Inverness, tan solo algunas señoras parecidas a mi casera, que me saludaron, no sin antes echarme un vistazo de arriba abajo. Con mi uniforme de enfermera no era difícil reconocerme. Había recogido mi díscolo pelo y parecía mantenerse en su sitio, a pesar de la humedad. Tan solo el rizo rebelde de siempre se me escapaba de la cofia y se me colocaba ante los ojos, como tenía por costumbre.

De vuelta a la enfermería me lo tomé con más calma. Había parado de llover y fui paseando sin prisa. No quedaba mucho tiempo para cerrar por la hora de comer. Mientras caminaba, al pisar el enésimo charco, pensé que debía agenciarme unas botas de agua de goma,

como las que llevaban los vecinos del lugar, y algo más rotundo que mi gabardina londinense.

Estaba pensando en todo aquello cuando vi una tienda de la Cruz Roja y se me ocurrió acercarme hasta el escaparate. Era algo a lo que me había acostumbrado en Londres. Aquellas tiendas de caridad siempre tenían algo a buen precio de segunda mano que se pudiese necesitar. Disfruté mirando el escaparate lleno de artículos para el hogar como teteras, platos o moldes para pasteles.

«Aunque yo no tengo uno, un hogar. En realidad nunca lo tuve, o no lo recuerdo», pensé con tristeza.

Me fijé en un bonito jarrón de estilo Decó, de cristal azul con adornos de plata. Era pequeño, y opiné que perfecto para un *bouquet* de flores silvestres.

Jamás había tenido un jarrón. Nunca pasé mucho tiempo en un lugar propio para tener uno. Había vivido con mi tío Archie desde que murieron mis padres y él, doctor en historia y arqueólogo, no era precisamente un hombre detallista. George tampoco, ambos eran estudiosos, eruditos.

Durante mi niñez y adolescencia viajé con mi tío, pasé veranos en Francia y en Italia acompañándole en sus seminarios, durmiendo en casas de huéspedes para profesores. En la guerra, viví en barracones en el frente, en alojamientos para enfermeras en el hospital; en Londres, en habitaciones de pensiones. Nunca estuve el tiempo suficiente en un lugar que pudiese llamar hogar porque en aquellos viajes académicos para dar conferencias en otras universidades, mi tío siempre me llevó con él.

Fue en uno de esos viajes, con apenas quince años, y ejerciendo ya labores de secretaria de mi tío Archie, cuando conocí a George Thomas Radcliffe, uno de sus discípulos más aventajados.

Me quedé absorta en el jarrón durante un rato, imaginando la clase de flores que podría poner en él y concluí que tanto mi tío como George hubiesen pensado que aquel jarrón era totalmente innecesario. Fue entonces cuando decidí entrar a comprarlo.

Caminaba alegre, con mi jarrón forrado con papel de periódico en

la mano, de vuelta al dispensario, tras haber tomado un tentempié como almuerzo en una taberna cercana, observada con suspicacia por el dueño y su esposa, cuando no muy lejos, cruzando la plaza, divise la silueta elegante de un jinete y su montura. El muchacho que montaba aquel bonito caballo negro como la noche vestía una gorra de tweed, pero pude reconocer en él a mi joven paciente del día anterior, que se había deshecho del cabestrillo para llevar las riendas.

—¡Será posible! —refunfuñé para mí misma al darme cuenta de que mis consejos médicos habían sido en vano.

Aquella desobediencia y arrogancia me puso furiosa y tomé la determinante decisión de ir a visitar a mi díscolo paciente. Tenía que imponer cierto respeto o nadie me tomaría en serio. Ni corta ni perezosa me dirigí al dispensario y tras poner un cartel en la puerta avisando de que estaba realizando una visita a domicilio, me dispuse a componérmelas para acercarme hasta la solitaria granja y reivindicar mi autoridad.

El autobús comarcal no llegaba hasta la granja de Hamish Grant así que tuve que hacer parte del trayecto a pie con mi maletín médico a modo de bandolera.

No parecía haber nadie en la casa. La puerta estaba abierta, pero nadie acudió a mi llamada.

«Eres tonta, Grace. Siempre te anticipas sin pensar», dije para mis adentros.

El siguiente autobús iba a tardar en pasar, si es que lo hacía, y probablemente concluí que iba a tener que pedir al antipático Hamish que me hiciese el favor de llevarme de vuelta a Inverness.

Resoplé rindiéndome a la realidad. Merodeé por la finca hasta encontrar los establos y entonces lo vi. Tras un cercado estaba el joven Andrew junto a un potro canela. Observé cómo el animal, una yegua joven, piafaba recelosa mientras el chico le hablaba en una lengua extraña para mí, arrastrando las palabras, con voz suave, acariciadora. Lentamente, se fue arrimando hacia ella por un costado, alzó una mano, la del brazo no contusionado y continuó susurrándola con su bonita voz, profunda y dulce. Poco a poco se fue acercando hasta el

animal, que hizo un leve relincho pero sin moverse. Andrew posó su mano sobre su lomo, muy despacio, hablando con infinita suavidad. Al notar su mano, la potranca se agitó un poco. El joven descansó el peso de todo el brazo en el lomo del animal con sumo cuidado y le susurró en la oreja.

Debí de moverme sin darme cuenta porque la potranca se percató de mi presencia y relinchando, brincó empujando a Andrew contra el cercado. Mientras la yegua daba coces y trotaba lejos, el muchacho se levantó exclamando extrañas palabras que a todas luces eran maldiciones. Al volverse me vio y cambió el gesto. Allí, a la luz del día, con la cara limpia, parecía más joven. Me pregunté qué edad tendría. Al reconocerme, su expresión airada se convirtió en una de esas sonrisas suyas, amplia y sincera.

—¿No escuchó lo que le dije ayer? No debería hacer esfuerzos ni quitarse el cabestrillo, y mucho menos montar a caballo con un solo brazo sano —dije mandona.

—¿Y cómo sabe que he montado a caballo? —dijo el muchacho sin dejar de sonreír, aunque esta vez pude advertir cierto aire burlón en su sonrisa torcida y sus vivos ojos azules.

—Lo vi en el pueblo. He venido a examinarle. No le di el alta, que yo sepa.

Andrew se encogió de hombros y al hacerlo gesticuló de dolor.

—¿Está usted bien? Debería mantenerse alejado de los caballos por un tiempo —exclamé acercándome.

Andrew saltó el cercado con sus botas de agua, sin esfuerzo, y se plantó delante de mí. De nuevo me impresionó su altura y su porte a plena luz. Delante de mí parecía mucho más fornido que en la penumbra de la tarde anterior. Se quitó la gorra de tweed que llevaba para saludarme formalmente y en ese momento, un rayo de luz salió de entre las nubes grises haciendo que su pelo pelirrojo resplandeciese al sol. Tenía una buena mata de pelo rizada y rojiza como el fuego o el sol al salir. Entonces comprendí su apodo.

—No pasa nada. La potranca está furiosa porque se resiste a ser domada. Tiene que acostumbrarse a mí —dijo con una espléndida sonrisa en su saludable rostro de mejillas sonrosadas, como las de un

niño.

—¿Y lo hará? —pregunté.

—¡Oh, sí, claro que sí! —dijo Andrew arrogante.

—Le echaré un vistazo a ese brazo, pero no aquí. Vayamos a la casa —ordené. Casi estuve a punto de llamarlo "soldado".

—Sí, señora —bromeó como si le hablase a un superior militar.

Andrew caminó detrás de mí y hubiese jurado que estuvo sonriendo todo el tiempo.

—Le duele, ¿a que sí? —pregunté al ver su expresión tras moverle el codo, sentado en la cocina.

—¡Uf, sí! —gimió.

—Me alegro. Se lo merece. Así la próxima vez hará caso —dije revisando la herida de la frente.

—No es cierto —dijo Andrew mirándome a los ojos.

—¿El qué? —pregunté apartando la mirada.

—Que se alegra.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque es una buena enfermera —le miré azorada—. Estuvo en la guerra, ¿verdad?

—Sí. En Francia. Y tras la evacuación de Dunkerque, en Londres, durante el Blitz. Después volví a Francia y terminé allí la guerra —dije sin emoción alguna en la voz.

—Yo también estuve en el frente —susurró.

No nos dijimos nada más, nos reconocíamos y eso bastaba. Ninguno de los dos parecía querer hablar de la guerra, pero ahora había algo que nos unía a ambos.

Andrew se mantuvo en silencio un rato, mientras le manipulaba el brazo para comprobar como tenía la articulación del codo.

—Entreno caballos. Es mi trabajo y… bueno, no puedo permitirme no hacerlo por un golpe. Cuando me vio estaba con *Gipsy,* un purasangre árabe de las cuadras de un vecino. Se está recuperando de una lesión. La potranca imperiosa es *Safron,* de otra granja vecina. La estoy domando y me la tiene jurada, pero no sabe que yo soy más cabezota que ella.

—Comprendo, pero si se lastima de verdad el brazo, eso afectará a su trabajo. Debe tener cuidado unos días —le dije con suavidad.

Él asintió. Le volví a colocar el cabestrillo, recogí mis cosas y me puse de nuevo mi gabardina. Ya salíamos de la casa cuando recordé una cosa.

—Andrew, ¿dónde puedo conseguir unas buenas botas de agua?

—En Inverness tiene varios sitios. McDonald tiene botas de buena calidad, pero le cobrará demasiado. Gordon le cobrará lo mismo que McDonald, pero la timará porque tiene mucho peor género. El mejor es Lindsay, buena calidad a un precio razonable. Simpson es solo para los ricos.

—Gracias por el consejo —asentí agradecida.

Él hizo un gesto muy dulce con la cabeza, entre agradecido y azorado.

—¿Cómo piensa volver? —preguntó enseguida.

—Llegué en el autobús comarcal. Me dejó en el camino y anduve hasta aquí.

Andrew hizo un gesto nada tranquilizador con la cabeza.

—El autobús ya no pasa hasta mañana.

—¿Cómo dice? —exclamé horrorizada.

—Debería, pero sabe que a partir de las cuatro ya no tendrá ningún pasajero.

—¿Ya son más de las cuatro? —volví a exclamar.

—Me temo que sí. Pero no se preocupe, muchacha, yo la llevaré.

El comentario de Andrew me hizo sonreír. A todas luces era más joven que yo, a pesar de su planta y fortaleza.

—¿Y cómo piensa hacerlo? —pregunté. El carro del día anterior no se divisaba por ninguna parte y tampoco había ningún otro medio de transporte.

—¿Sabe montar? —preguntó Andrew.

—Sí, pero hace mucho que no lo hago —entonces me di cuenta de sus intenciones—. Espere un momento, ¿quiere que vuelva… a caballo?

—No se preocupe —repitió.

—No sé si seré capaz de controlar un caballo desconocido.

Andrew pareció comprender mis dudas.

—Irá conmigo —dijo Andrew dirigiéndose al establo caminando con paso decidido. Con aquellas piernas tan largas, lo hacía a grandes zancadas y casi tuve que correr tras él para seguirle.

«Parece que todo el mundo camina así por aquí», pensé.

—¿Cómo dice? —aullé.

—Montará conmigo.

—Pero… ¿Y su brazo? —balbuceé.

—Usted me ayudará con las riendas —dijo jovial.

CAPÍTULO III

Puse el pie en el estribo, Andrew me tendió la mano y con un leve tirón, como si yo no pesase nada, me alzó sobre el caballo, delante de él. Me rodeó con el brazo sano la cintura para acomodarme a la montura y a su cuerpo y tras tomar las riendas, con un leve chasquido que salió de su boca, emprendimos la marcha.

Hacía viento, el día era fresco y caía una ligerísima lluvia casi imperceptible que empapaba todo, así que me reconfortó apoyarme en el cuerpo cálido de Andrew.

A pesar de que no podía manejarse bien con el brazo izquierdo, fue completamente capaz de llevar las riendas él solo, únicamente con el derecho. Estaba claro que era todo un experto.

No hablamos mucho durante el camino a Inverness, Andrew me explicó algunos topónimos de la zona, palabras en gaélico en su mayoría, pero en ningún momento forzó la conversación. A pesar del contacto físico me sentía extrañamente cómoda. Sentía sus muslos detrás de mí, rodeándome y los movimientos de su cuerpo y sus piernas para dirigir al caballo. Me apoyé un poco más en su cuerpo. Podía notar los músculos duros de su pecho en mi espalda. En algún momento el caballo galopó más de la cuenta debido a alguna piedra del camino y pegó un par de botes que me hicieron perder la estabilidad sobre la montura. Andrew hizo un sonido para tranquilizar al animal y me sujetó con una suave firmeza, presionando mi vientre con su mano libre.

—Tranquila. La tengo bien sujeta. No dejaré que se caiga —me susurró al oído y entonces entendí por qué era capaz de domar caballos.

Me llevó cabalgando hasta casi la pensión de la señora Baxter y casi me sentí feliz de acaparar las miradas de los parroquianos que pasaban. Fue gracioso pensar que íbamos a ser la comidilla de medio Inverness al día siguiente.

Andrew desmontó primero, con un ágil salto, y me bajó del caballo tomándome por la cintura.

—Gracias por traerme —dije sintiendo el trasero un poco dolorido.

La última vez que había montado a caballo fue en compañía de mi tío Archie, hacía más de diez años, en alguna de sus excursiones arqueológicas.

«Mañana no me podré sentar», pensé divertida.

—No tiene por qué darlas —dijo Andrew con su espectacular sonrisa, volviendo a colocarse el cabestrillo.

—Pásese mañana por el dispensario y le arreglaré el vendaje de nuevo. Parece que se lo he apretado demasiado, ¿no? —dije examinando las vendas.

—Un poco, pero no quiero molestarla —susurró.

—No es molestia, es mi trabajo.

Andrew asintió con aquella gentileza que ya me parecía tan propia de él y nos despedimos deseándonos buenas noches varias veces, como dos tontos mientras mi casera nos espiaba desde una ventana.

Ya en la bañera, y tras devorar la cena, comencé a notar unas incipientes agujetas. Tenía las nalgas doloridas por el trayecto a caballo y notaba los muslos algo entumecidos también. Me recordó un poco a la sensación que se tiene al día siguiente de dejar de ser virgen, con los músculos de toda esa zona tensos, sensibles.

Mis manos se adentraron entre mis piernas. Me sorprendió la suavidad de mi piel y me gustó mi propia caricia bajo el agua. Pensé en George, en sus manos acariciando mi cuerpo, en su forma de amarme. Aún dolía hacerlo.

Lo estuve postergando durante meses, había evitado pensar en nosotros, había evitado sentir. Mi cuerpo permaneció dormido y lo percibí extraño por mucho tiempo, pero allí, tal vez al verme alejada del pasado, reconfortada por la comida y el calor del agua, tomé de nuevo conciencia de él.

El tacto de mis propias manos despertó sensaciones perdidas que no me había permitido añorar para no pensar en George. Su imagen comenzaba a desdibujarse en mi memoria. No lograba evocarla del todo y eso me angustiaba.

A veces regresaban a mis recuerdos su voz y su acento de inglés petulante que yo imitaba para hacerle reír o el aroma de su jabón de

afeitar al darle un beso en la mejilla. Pero ya no lograba evocar los contornos de su rostro, aunque los conocía perfectamente. Sabía que sus ojos eran castaños, que su pelo también, que tenía un cuerpo delgado y fibroso, elegante, que era un hombre delicadamente atractivo, pero no lograba recordar por entero su expresión al sonreír. Y de pronto, acudió a mi mente la sonrisa del joven montañés, su voz susurrante en mi oído y su cuerpo sujetando el mío mientras cabalgábamos. Recordé el olor de sus ropas, a fogata y leña, mezclado con jabón y un leve aroma a sudor reciente. Sofocada por el vapor del agua caliente, me sumergí por completo en el agua unos segundos mientras percibía el palpitar de mi corazón en mis oídos.

Andrew acudió a la enfermería antes del mediodía. Yo estaba sola y nada más entrar saludé y le señalé la camilla para que se sentara. Nada más hacerlo se quitó la camisa. No me dio tiempo a pedírselo y me pilló por sorpresa.

No pude evitar fijarme en él. Su torso era amplio y muy musculoso y revelaba un trabajo intenso en la granja. Con el vientre marcado y una mata de pelo cobrizo en el centro del pecho, médicamente, se podía decir que tenía un cuerpo en perfecta forma física y con una muy bien formada estructura ósea.

«No seas tonta, Grace. A estas alturas no va a afectarte un poco de belleza masculina», pensé.

Me acerqué a él y observé el vendaje.

—Sí, se lo apreté demasiado. Lo lamento.

—Estuve tentado en quitármelo yo mismo, pero me daba miedo que me descubriese y como dice Finn, me patease el culo —sonrió guasón.

—¿Finn es el montañés que estaba con su tío en la granja, anteayer? —pregunté intentando mantener la seriedad y comportarme de un modo profesional a pesar de las ganas que me habían entrado de reír.

—Sí, ¿cómo sabe que Hamish es mi tío?

—Me lo dijo mi casera, la señora Baxter.

Andrew sonrió de nuevo asintiendo.

—A Mai la llamamos la BBC, porque es muy chismosa.

—Ya me he dado cuenta. Lo pregunta todo —reí—. ¿Finn también es pariente suyo?

—¡Oh, no, no! Al menos no directo —rio—. Solo trabaja con mi tío. Vendemos ganado y productos lácteos en ferias y mercados por las aldeas de los alrededores y por todo el condado.

—Por cierto, Finn dijo una palabra que no logré entender el otro día. Algo como…

—¿*Sassenach*? —dijo Andrew con un fuerte acento.

—Sí, eso.

—*Sassenach* significa forastera, es un término que aquí se emplea solo para los ingleses. Creo que procede del gaélico escocés y significa "sajón". Mi tío dice que en el pasado fue usada en las Tierras Altas para referirse a los que no hablaban gaélico.

—Lo escuché alguna vez a los soldados. No es muy amigable, ¿verdad?

—No, no lo es, pero no se lo tome en cuenta a Finn. Él solo es un poco… bruto.

Asentí y me puse a revisar con cuidado el codo de Andrew. Aún estaba un poco hinchado, pero la movilidad ya era completa.

Los hombros eran recios y cuadrados. Me giré para observar mejor el lado posterior del brazo y vi las cicatrices de tres profundas heridas de bala se marcaban en su amplia espalda. La piel nueva, arrugada y sonrosada de los agujeros dejados por las balas era relativamente reciente. Uno de ellos estaba junto a la columna y me estremecí al imaginar que hubiese ocurrido de estar tan solo un centímetro más cerca. El destrozo de las heridas de la metralla salpicaba las formas musculosas, desde los omoplatos hasta el final cóncavo de la espalda. Aun así, su espalda era ancha y hermosa.

Andrew me miró de reojo. Se tocó el codo dolorido y agachó la cabeza para empezar a hablar lentamente, con una voz suave y uniforme.

—Fue en la guerra, en la frontera con Bélgica. Entramos a un pueblo que acababa de ser bombardeado por los alemanes, todo estaba en llamas. Intentábamos salvar de las balas de los francotiradores a la población civil que se había quedado atrapada en

sus hogares. Saqué a unos niños de una casa ardiendo. No sé mucho francés, pero comprendí lo que quería decirme su madre. Ella me los dio para sacarlos primero. Cuando regresé intenté salvarla también, pero ya estaba muerta. Aun así la saqué, no podía dejarla allí. Fue cuando el fuego enemigo me alcanzó y no recuerdo nada más. Desperté boca abajo en un hospital, días después. Me pasé así meses. Un trozo de metralla me perforó el pulmón, una bala me rompió la clavícula y otra rozó la columna. La inflamación me dejó medio paralizado. Pero soy fuerte, nunca estuve enfermo de niño. No tuve neumonía ni tisis, como muchos de mis amigos. Pude quedarme inválido, pero tuve suerte.

Me quedé callada. Había visto a muchos hombres heridos y conociendo sus heridas, pude imaginar el sufrimiento de Andrew, el dolor de su cuerpo. Mis manos se posaron sobre sus hombros involuntariamente. Una de ellas se deslizó por su espalda un poco. Andrew permaneció inmóvil, como conteniendo la respiración. Sentí como inhalaba y soltaba el aire lentamente. Después suspiró y se relajó.

Fue él quien rompió el silencio.

—Seguro que ha visto cosas peores.

«Pero eran desconocidos», pensé, sintiendo que aquel joven ya no lo era, no era un soldado sin nombre. Era Andrew, apodado "Roy" por su pelo rojo, sobrino de Hamish Grant, el montañés; el chico que tenía una sonrisa preciosa y sincera y susurraba a los caballos.

Como enfermeras, lo primero de lo que fuimos advertidas por las veteranas fue de que evitáramos congraciarnos con los pacientes de un modo personal. A veces era imposible no hacerlo. Había compañeras que se enamoraban de algún soldado apuesto y gentil y viceversa, pero no era lo apropiado. Siempre debíamos evitar implicarnos emocionalmente para hacer nuestro trabajo correctamente. Era muy difícil tomar ciertas decisiones cuando los sentimientos se anteponían. Todos los pacientes eran iguales y debían ser tratados de la misma forma, incluso los soldados enemigos. El recordar y evocar mi matrimonio con George mantuvo a raya esos sentimientos, por otra parte, inevitables.

—No me molesta hablar de ello con usted, ¿sabe? Cuando venía para la enfermería pensé que me tenía que quitar la camisa y contárselo, pero… bueno, no me molesta. Con la gente del pueblo intento no hablar de la guerra porque me incomoda cómo me tratan, pero con usted no. Siento que… bueno, sé que en su caso no es solo curiosidad morbosa —dijo Andrew.

—No, no lo es —susurré a su espalda.

—Esto no es nada. Unas pequeñas cicatrices. Otros perdieron un brazo o una pierna. Y casi todos mis amigos murieron, prácticamente todos los jóvenes del pueblo. Queda Alec, que está manco y no puede trabajar en el campo y no hace más que beber, y Bruce, que perdió un ojo y cojeará toda su vida. Yo solo tengo unas marcas que no veo. Y como dicen ellos, todavía puedo hacer que las muchachas no vuelvan la cara a verme —rio—. Aunque no quedan tampoco muchas por aquí. Casi todas se fueron a trabajar a la ciudad y no han regresado.

—Me he fijado. Hay pocas muchachas por aquí —dije girándome y poniéndome frente a Andrew mientras le quitaba los vendajes.

—Solo quedan viudas y alguna moza muy joven deseando largarse —dijo Andrew—. Perdone que se lo pregunte pero… ¿Cómo es que una muchacha de Londres ha acabado en este lugar perdido?

—No lo sé —dije mirándole a los ojos—. Supongo que quería olvidar.

—¿La guerra? Pero aquí no tiene familia, ¿no?

—No, estoy sola. En Londres tampoco tengo familia. Soy viuda, viuda de guerra como tantas otras —dije.

Andrew enrojeció de vergüenza.

—Lo siento. No he debido… No ha sido correcto por mi parte. Lo siento mucho —tartamudeó.

—George murió en el frente o eso creo. No encontraron su cuerpo. Lo han considerado desaparecido, pero aún no han llegado los papeles que lo certifican. Técnicamente, no ha muerto y no pueden considerarme viuda hasta pasados dos años del final de la guerra, así que debo aguardar y trabajar para mantenerme —dije haciendo un esfuerzo por sonreír, encogiéndome de hombros—. Fue en una misión en Francia. Hacía labores para la Inteligencia británica. Lo lanzaron en

paracaídas sobre un campo de trigo cercano a la frontera belga, con su unidad. Iba a colaborar con la Resistencia o eso me dijeron después, yo no sabía nada, él nunca me lo contó. No llegaron a contactar con él. Encontraron a los otros agentes con disparos de bala en aquel campo de trigo, pero de George no hallaron rastro, excepto algunas pertenencias desperdigadas y manchadas de sangre. Se cree que lo hirieron de gravedad y lo mantuvieron prisionero para interrogarlo, pero que no sobrevivió. Uno de los lugareños vio como los alemanes se lo llevaban en un camión junto con más gente. Estará en alguna fosa común, probablemente. No me han dado esperanzas y es mejor así.

Sentí aquel relato como una liberación. Ya lo sabía alguien, ya estaba. Andrew me miró y asintió y supe que él lo comprendía, que sabía por qué no quería que nadie lo supiera. Al igual que él, yo odiaba la compasión.

Andrew todavía seguía azorado por lo que él consideraba que había sido una descortesía, así que decidí hacerle hablar para sacarle de aquella incómoda sensación que lo mantenía en silencio.

—¿Y cómo es que un muchacho joven ha decidido volver a su pueblo y no marcharse a la ciudad para hacer fortuna como todos los demás?

—Viví en Edimburgo mientras estudiaba. Me gusta la ciudad. Después me alisté nada más cumplir los dieciocho. Mi tío no quería dejarme, pero lo hice a escondidas como todos los muchachos de mi quinta. Fuimos todos los del pueblo juntos a Fort William. Algunos, los que tenían novia ya, se casaron antes de partir. Queríamos ver mundo. Solo hemos regresado tres. Todos se quedaron en Francia —se quedó callado un momento y cogió su camisa para vestirse—. Hicimos un pacto al alistarnos. Éramos unos críos y prometimos que si alguno caía en combate, los que regresasen darían noticias de los demás a sus familias. Por eso volví. Para hablarles a sus madres y hermanas de lo valientes que habían sido, les entregué sus cartas, sus pertenecías y tomé un té con ellas.

—Eso fue muy valeroso por su parte.

Me volví a girar para ponerme a su espalda y ayudarle con la

camisa para que no forzara el codo.

—No lo creo —susurró negando con la cabeza.

—Le aseguro que lo es, Andrew —dije acariciando sus hombros.

—Es muy extraño que te miren como a un héroe cuando tú no te sientes así en absoluto. Solo obedecí órdenes e intenté sobrevivir. Tuve más suerte, nada más —suspiró con fuerza de pronto.

—Salvó a esos niños. Eso le honra y debería estar orgulloso de ello —dije volviéndome a mirarle.

—Pero no pude salvar a su madre. Y no logro olvidar eso —dijo en un susurro ahogado.

—Lo sé. Yo no puedo recordar a los hombres que salvé, pero siempre recordaré el rostro de los soldados que no pude salvar.

—Sí —dijo con suavidad—. Siempre pienso, ¿por qué yo? Quiero decir… ¿Qué me hacía diferente a Angus, Donald o James? ¿Por qué me salvé yo y no ellos? Siempre me lo pregunto cuando veo a sus madres, y no encuentro respuesta.

—No creo que la haya —susurré conmovida.

—Pero ¿sabe, Grace? Todos ellos estaban deseando marcharse y conocer mundo, ir a lejanos países llenos de luz y sol, pero ahora… Ellos no regresarán jamás y si no me fuese, si no buscase mi camino, sería como… bueno, como renegar de ellos. Aunque amo las montañas, el campo y hasta la lluvia —rio—. Cuando estaba en la guerra echaba de menos la lluvia escocesa, ¿puede creerlo?

—¿La lluvia no es igual en todas partes? —reí.

—No, qué va. La lluvia en Escocia es diferente —sonrió—. Se funde con las montañas y las desdibuja, como si las borrase. Como una de esas pinturas… como una acuarela. Y esa misma lluvia hace que todo esté lleno de lagos, ríos, arroyos… Y crea el verdor, la hierba que comen los ciervos, la turba y el whisky. Todo lo que somos se lo debemos a esa lluvia y tiene muchas formas. Todo aquí está hecho de lluvia.

Hablaba de su tierra con una pasión poderosa y yo no podía apartar mis ojos de los suyos, claros como esa lluvia, de sus gestos y sus manos que expresaban cada palabra que decía.

—Eso es muy bonito —dije con un nudo en la garganta.

Él me miró un momento y se puso serio de pronto.

—Creo que la he entristecido, aunque no sé exactamente por qué.

—No, estoy bien —negué sonriendo sin conseguirlo.

—Mi tío Hamish estuvo en la Gran Guerra, como él la llama, ¿sabe? Y entiende lo que siento. Piensa que debo buscar mi destino, que no puedo escapar de él porque si no me perseguirá como un fantasma —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Soy montañés. Y los montañeses somos apasionados, de palabra y cabezotas, o eso dicen.

Mientras hablaba, me di la vuelta para tenderle la chaqueta de paño de lana y mi mano acarició su espalda de nuevo. Después la retiré para posarla sobre el hombro de su brazo sano, como dándole a entender que había terminado.

—Es un esguince leve. Tenga el vendaje durante unos días más. Si se le hincha, póngase el cabestrillo, no muy tirante, elevándolo por encima del nivel del corazón —dije simulando como debía hacerlo—. En tres días ya puede intentar moverlo más. Si el codo continúa hinchado, aplique hielo en un trapo durante un cuarto de hora. No lo coloque directamente sobre la piel. El frío ayuda a prevenir daños a los tejidos y disminuye la inflamación y el dolor.

—Tendré que subir al monte para conseguir el hielo, aunque ya es mayo—bromeó.

—Solo si lo siente inflamado —reí.

—Entonces, si no se hincha, ¿ya no tengo que llevar el cabestrillo? —preguntó Andrew.

—No, no hace falta, pero tenga cuidado. Procure no forzar el brazo, no coja pesos. Con prudencia —dije volviendo a mi tono de enfermera jefe.

Miré a Andrew que asentía a todas mis indicaciones callado como un niño educado y formal y no pude evitar sonreír. Entonces recordé que era la hora de comer.

—¿Tiene hambre, Andrew? —pregunté.

—¡Oh, sí! Ya es mediodía y me gruñen las tripas —sonrió azorado—. Hamish dice que tengo varias, como las vacas, y que podría pasarme todo el día comiendo.

—La señora Baxter me ha preparado unos emparedados y creo que

ha pensado que me ocurre lo mismo, así que podríamos compartirlos.

—No diré que no a eso —sonrió.

—Perfecto, porque no me gusta comer sola.

—A mí tampoco —dijo Andrew.

Andrew almorzó con apetito, disfrutando cada bocado.

—La señora Baxter es una cocinera excelente. ¡Estos bocadillos están deliciosos! —dijo chupándose un dedo manchado con mantequilla.

—¿Cómo prefieres que te llamen, Roy o Andrew?

—Todo el mundo aquí me llama Roy desde que era niño, pero me gusta que usted me llame Andrew, me hace sentir mayor.

—Puedes llamarme Grace.

—Grace —asintió sonriente mirándome con sus ojos azules, suaves y brillantes.

Mastiqué el delicioso emparedado de mantequilla, huevo y jamón asado de la señora Baxter y pensé que cuando volviese a haber mostaza o mayonesa de importación compraría un bote y haría unos bocadillos como aquellos con un toque francés.

Andrew terminó su segundo emparedado y hasta recogió las migas que le habían caído sobre la ropa. Estaba claro que podía comer bastante más.

—Tengo queso también y unas manzanas para postre.

—Me encanta el queso. ¡Y las manzanas! —dijo frotándose las manos—. Siempre tengo hambre.

Sonreí dando fe de que aquel cuerpo tan grande de seguro debía necesitar mucho alimento para poder funcionar con la energía con la que Andrew hacía todo.

—¿Qué edad tienes, Andrew? —pregunté viéndole comer.

—Ya he cumplido veintidós años.

—Eres muy joven —dije pensando que yo le llevaba cinco.

—No tanto.

Creo que se quedó con ganas de preguntar mi edad, pero no lo hizo por educación, así que se la dije.

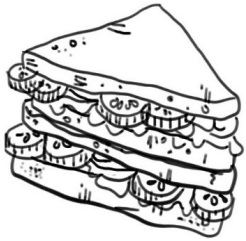
—Yo tengo veintisiete.

—Ah… creí que tendrías mi edad o así.

—Gracias, pero no —reí.

Sonrió y se pasó la mano por sus rizos rojizos antes de asentir y sonreír. Me empezaba a encantar la sinceridad del joven Andrew. Era refrescante. Además, era un excelente conversador, locuaz y ágil con las palabras e hizo que la comida en el frío dispensario se me hiciese muy amena e incluso divertida.

Al terminar mi tercera jornada en Escocia, lo último que recordé de aquel día fue la sonrisa amable y hermosa del joven montañés.



CAPÍTULO IV

Me compré unas botas de agua donde Andrew me recomendó y un cárdigan de lana de oveja que en realidad era de hombre, pero que en el frío consultorio me abrigaba mucho.

Enseguida me di cuenta de que mi estilo parecía un tanto peculiar para las gentes de Inverness. Nunca mantuve una especial preocupación por la ropa, no tuve tiempo de ocuparme de ella en seis años y tampoco tuve una madre o una hermana a la que imitar. Por el contrario, me vestía con pantalones porque, a veces, acompañaba a mi tío en sus visitas a ruinas y excavaciones y en esos escenarios, las faldas o vestidos no solían ser algo muy práctico.

A pesar de mis rizos indomables, no acostumbraba a llevar guantes, y raras veces sombreros, como mucho un pañuelo. Intentar peinarlos o desenredarlos era una tarea que me robaba mucho tiempo, así que simplemente no lo hacía. Por eso mi casera me dedicaba cada mañana miradas reprobatorias y suspiraba negando con la cabeza en cuanto salía por la puerta con mis botas de agua y mis jerséis de hombre. Estaba empeñada en, como ella decía, hacer de mí una jovencita en edad de merecer.

—Con un peinado adecuado, una rebeca y algún vestido de esos de flores que llevan ahora las muchachas, pronto tendría a todos los mozos del condado a sus pies. Tiene usted una piel perfecta y tan buen talle… ¡Y esos ojos! Los tiene del color del ámbar y según la luz parecen verdosos. Cuando yo era joven se decía que los ojos de ese color eran ojos de brujas.

—Señora Baxter… —la interrumpí intentando una sonrisa que pretendió ser dulce—. No pretendo que los chicos del condado me sigan a ninguna parte.

—Ya me he dado cuenta, querida. Prefiere quedarse leyendo que salir a entablar amistad con las muchachas del pueblo. Ellas podrían presentarle a jóvenes de la comarca. Una mujer debe de pensar en un hogar, en hijos. Tanto trabajar… ¡No le queda tiempo de nada más!

—Me gusta mi trabajo.

La señora Baxter suspiró profundamente y continuó con su

perorata.

—Yo no pude tenerlos, los niños. Enviudé muy pronto, pero creo que una mujer no está completa si…

—¿Y no tiene más familia en Inverness, señora Baxter? —volví a interrumpir para intentar cambiar de tema.

—¡Oh, sí! Tengo una sobrina en Edimburgo. Su marido trabaja en un banco y tiene dos niños preciosos ya.

No iba a dejarme en paz, así que no vi otra solución.

—Soy viuda, señora Baxter.

Se lo solté sin miramientos y me arrepentí nada más ver su cara.

—¡Oh, querida! ¡Cuánto lo lamento! —exclamó consternada.

—No se preocupe.

—¿La guerra?

Asentí. La señora Baxter tocó mi brazo con ternura.

—Cuanto lo siento. Es usted tan joven todavía… ¡Qué lástima! Yo aún echo mucho de menos a mi marido, y eso que ya han pasado casi veinte años —suspiró nostálgica—. La vida pasa muy deprisa y a veces, las noches son muy largas y frías.

Aquella fue la manera de que todo el pueblo supiese de mi viudedad en cuestión de días. La noticia corrió de boca en boca y si en un principio me preocupó que se supiera mi condición de viuda, al menos, así logré que la señora Baxter dejara de intentar hacer de casamentera y que la animadversión por mi origen inglés se redujera.

La buena señora Baxter comenzó a tratarme como a una hija y yo me sentía culpable por tanta dedicación por su parte. Me daba doble ración de galletas con el té, ponía flores en mi habitación y me regaló un par de sus mejores pañuelos para que el viento no desordenara mis rizos caobas. Ella misma se ocupaba cada mañana de anudarme aquellos pañuelos de seda llenos de florecitas, antes de que me diese tiempo de salir por la puerta, escapando de su inquisitiva mirada por mi inapropiado atuendo poco femenino o mis pelos.

Los días en Inverness pasaban con una tranquila cadencia, en silencio. No había apenas coches y sí muchas bicicletas. La gente aún iba a caballo o en carros y todo era más sencillo y lento. Las prisas de

la capital no imperaban en las Tierras Altas escocesas, que parecían suspendidas en algún tiempo pasado. Curaba heridas y contusiones producidas por el trabajo en el campo, ponía inyecciones contra la rabia y el tétanos y vacunaba a los niños, recomendaba pomadas para las almorranas y baños de asiento, remedios para el reuma y vendaba torceduras o coces de caballo. De vuelta a la pensión leía libros junto a la chimenea o escuchaba música en la radio del salón de mi casera. No había mucho más que hacer. Intentaba realizar las visitas a domicilio, estaba pendiente de posibles casos de tuberculosis o tifus e intentaba aconsejar a las madres con respecto a una crianza sana de los hijos. Pero apenas atendía a mujeres embarazadas y eso era porque las mujeres no confiaban en mí aún, preferían a la vieja señora McAlister, una vecina que ejercía de matrona y vivía de ello. Yo no insistía, pero cuando encontraba algún caso que requería de un especialista derivaba a las futuras madres al hospital más cercano. Aunque no todas me hacían caso.

El trabajo me resultaba casi siempre satisfactorio, pero cuando dejaba de estar ocupada, a veces, me miraba en el espejo y me preguntaba a dónde se había ido mi otro yo, la Grace de antes tan jovial; la que se pintaba los labios y bailaba el *foxtrot*. Y supe que la guerra se la había llevado a algún lugar lejano, donde permanecía aguardando para poder regresar.

Un día, nada más empezar la jornada, apareció por el consultorio Hamish, el tío de Andrew. Mi sorpresa fue mayúscula al ver al barbudo montañés malcarado entrando en la enfermería.

—Hola Hamish, ¿qué se le ofrece? —pregunté, e inmediatamente pensé en Andrew y en su facilidad para ser golpeado por caballos. Llevaba días sin ver al joven y me alegré de poder saber de él.

—Pues verá… —carraspeó algo azorado—. Vengo a pagar mis deudas por los servicios prestados y tengo entendido que usted es matrona, además de enfermera.

—Sí, tengo conocimientos de obstetricia —dije extrañada.

—Entonces sabe atender un parto.

—Claro que sí. Nos instruyeron para ello en las prácticas de

enfermería —asentí.

—Por eso he venido. Mi mejor vaca, *Lassy*, está pasando un mal rato desde el amanecer.

—¿Su vaca? —exclamé atónita.

Han pasado ya cuatro horas y el ternero no sale. La cosa pinta mal y no quiero perder a la madre y a la cría. No ha sido un buen año y esa vaca es buena paridora y lechera, y la mantequilla que hacemos se vende muy bien en el mercado.

—¿Y qué sugiere que haga yo? —dije cruzándome de brazos.

—Que la eche un vistazo.

—Pero eso lo debería hacer un veterinario —dije.

—El más cercano está a varias millas de aquí. No tengo ningún transporte, no llegaríamos a tiempo. *Lassy* está cansada —dijo Hamish—. Al fin y al cabo es lo mismo. Parir es parir para vacas y mujeres, ¿no?

Elevé una ceja ante tal comentario, pero me di cuenta de que el hombre estaba realmente preocupado por el animal.

«No hubiese venido hasta aquí a rogar si no fuese necesario y algo podré hacer, supongo», pensé.

Miré a Hamish a los ojos y él me sostuvo la mirada. El orgulloso montañés no quería implorar y yo no quise que lo hiciera.

—Está bien, pero le repito que no soy un veterinario.

—A *Lassy* no le importará, muchacha —sonrió Hamish haciéndome poner los ojos en blanco.

Me quité el mandil de enfermera rápidamente y salí acompañada del montañés.

Durante el trayecto hacia la granja, Hamish no pronunció ni una palabra ni cambió el gesto adusto. Azuzó a los caballos al salir de la ciudad y cuando se divisaba la casa a lo lejos del camino rural los espoleó con un salvaje grito en gaélico que no comprendí. Nada más llegar me ayudó a bajar del carro y nos dirigimos casi a la carrera al establo. Al fondo, sobre una mullida cama de heno y acompañada de Andrew, estaba *Lassy* tumbada. Andrew me miró sonriente y esperanzado y yo también le sonreí arrodillándome a su lado.

—La pobre está cansada, ya no se tiene en pie —me dijo

acariciando al animal con cariño.

La vaca estaba muy quieta y eso no era buena señal. Me puse el estetoscopio para intentar escuchar el latido del ternero y respiré aliviada al notarlo fuerte y rítmico. Andrew y Hamish me observaban muy atentos, aguardando en silencio.

Acaricié el vientre abultado y noté la tensión vibrante de la contracción. El animal mugió y se agitó y Andrew le susurró palabras de aliento en gaélico, con una ternura que me conmovió.

—Necesito aceite, grasa, algo que resbale. ¡Y deprisa! —dije quitándome el estetoscopio, el jersey y remangándome la blusa hasta los codos. Andrew me miró y asintió. Iba a levantarse, pero lo frené agarrándolo del brazo que a la vista estaba, ya había sanado—. Te voy a necesitar aquí conmigo.

Hamish, que observaba todo con cara de inquietud, no dudo en tomar la iniciativa y regresó enseguida con un bol lleno de manteca. Me embadurné las manos y los brazos con aquella grasa maloliente y me dispuse a comprobar la posición del ternero.

Respiré hondo mientras Andrew acariciaba a *Lassy* para mantenerla tranquila y con mucha aprensión me decidí a meter parte de mí en el cuerpo de la dolorida vaca. Miré a los dos hombres, ambos estaban preocupados y me miraban, a su vez, expectantes.

—Bien, allá voy —dije respirando hondo. Ellos asintieron esperanzados.

Metí las manos con cuidado dentro de la pobre *Lassy* y palpé intentando descubrir que era lo que iba mal. Toqué hasta encontrar las patas del ternero. La sensación era viscosa y caliente. De pronto, noté como las paredes del útero se contraían cerrándose a mi alrededor; era otra contracción fuerte y larga. Recordé mis clases de obstetricia y cómo había que pujar aprovechando la contracción y descansar después. En el momento de calma que siguió, maniobré dentro del útero agarrando lo que, de seguro, eran las patas del ternero. Localicé al tacto la articulación del menudillo. Palpando a lo largo de la pata encontré la de la rodilla y en la parte posterior la del corvejón. Seguí palpando huesos, pelo y carne y me di cuenta de que las patas estaban dobladas dificultando la salida del ternero.

—¡Están dobladas! ¡Las patas son el problema! —dije.

—Bien, trata de girarlas para colocarlas bien extendidas y así poder tirar —dijo Andrew sin dejar de acariciar el vientre de *Lassy*.

Empuje el ternero hacia un lado y hacia atrás, para corregir la posición y colocar sus patas en la posición correcta para el parto.

Otra poderosa contracción me hizo detener mis maniobras. La vaca tembló y mugió y volví a notar aquella brutal y misteriosa fuerza de la naturaleza que activaba los músculos que intervenían en el parto. En el siguiente descanso empujé y tiré para hacerle girar las patas notando cómo se movía el ternero. Llevé las patas hacia adelante desdoblándolas y después las estiré. La tarea era ardua. En cuestión de minutos yo ya resoplaba como *Lassy*. Gruñí junto con la vaca y aguardé la siguiente contracción para tirar de las patas con fuerza, y a la vez con cuidado de no lastimar al ternero y a la madre. Las pezuñas asomaron por fin.

—¡Ya se ven las patas! —dijo Hamish.

Jadeé tirando de ellas, pero no tenía suficiente fuerza. Los brazos me temblaban por el esfuerzo.

—¡Tío, una cuerda, rápido! —pidió Andrew.

Hamish le tendió una cuerda y Andrew rodeó las patas del ternero con ella. Yo aún tenía los brazos dentro de *Lassy*, metidos hasta los codos, dirigiendo al ternero en su salida. Andrew se levantó y se puso detrás de mí, en cuclillas, pasando la cuerda por uno de mis costados, dispuesto a tirar

—Cuando te avise, tira —le dije a Andrew, que asintió.

Aguardamos los dos, pegados el uno al otro. El cuerpo grande y fuerte de Andrew me sostenía. El mío estaba empapado en sudor. Noté el inicio de la contracción y grité a la vez que la vaca mugía estremeciéndose.

—¡Ahora!

Andrew tiró y el ternero se deslizó desplazándose junto con mis brazos.

—¡Vamos *Lassy*, venga chica! —exclamó Hamish.

La vaca mugió con fuerza y en ese momento, Andrew gruñó dando un último tirón y el ternero resbaló, saliendo violentamente y

aterrizando sobre el heno, haciendo que yo cayese de culo hacia atrás, jadeante y manchada de fluidos y sangre, pero con una inmensa sonrisa de satisfacción.

Hamish corrió a auxiliar al ternero limpiándole la boca y la nariz de la baba que obstruía el paso del oxígeno, y en un instante ya estaba de pie junto con su madre, trastabillándose y buscando las ubres donde alimentarse por primera vez.

—¡Lo logré! —reí intentando recuperar el resuello.

Andrew, que lanzaba hurras de alegría, me tomó por la cintura y me elevó para ponerme de pie. Cuando lo hice me di cuenta de que no me tenía apenas en pie. Me temblaba todo el cuerpo, pero a la vez me sentía eufórica, al igual que Hamish y Andrew.

—¡Buen trabajo, muchacha! —gritó Hamish sujetándome por los brazos.

Casi perdí pie, pero Andrew me agarró para que no perdiera el equilibrio y llevado por el júbilo del momento, me abrazó con una fuerza que me levantó del suelo y que me hizo sentir como me crujían los huesos. De pronto, se dio cuenta y me soltó azorado.

Hamish, mientras, examinaba a *Lassy*.

—¿Está bien? —pregunté.

—Sí, perfectamente. ¡Buen trabajo, sí señor! Esto hay que celebrarlo con un buen whisky —dijo.

El barbudo montañés marchó en busca del agua de los dioses sin darme tiempo a decir que no.

—¡No hace falta! —grité, pero no me hizo caso alguno.

—Te vendrá bien, Grace —dijo Andrew.

Asentí sin apenas fuerzas. Él se dio cuenta de que yo temblaba por el cansancio y la tensión acumulada, y se puso a mi espalda apoyando sus grandes manos en mis hombros.

—Estás muy tensa —susurró.

Con movimientos suaves y muy hábiles me frotó la espalda y masajeó mis hombros hasta aliviar la rigidez de mi cuerpo, que se relajó inmediatamente al contacto con sus dedos. Me giré despacio para mirarlo y el tacto de sus manos cesó. Ambos, por vergüenza, nos pusimos a mirar al ternero con adoración.

—Es precioso, ¿verdad? —susurró Andrew.

—Sí —dije con un nudo en la garganta—. Es lo más bonito que he visto jamás.

Mientras observábamos al ternero mamar, Andrew posó su mano en mi hombro y yo no se lo impedí. Solo dejó de hacerlo cuando su tío se hizo notar con un sonoro «ya estoy aquí», y cuando Andrew retiró su mano, mi cuerpo extrañó aquel tacto caliente.

Bebimos whisky brindando por *Lassy* y su ternero y pronto afloraron las risas.

—Este whisky está estupendo —dije apurando el segundo vaso ante la mirada atónita de Hamish y Andrew.

—Tenga cuidado. El primer vaso calienta, pero el segundo hace perder el sentido —bromeó Hamish levantando su vaso—. ¡*Slàinte*!

—Sí, creo que ese es el efecto exacto —reí haciendo una mueca—. Nunca había probado uno tan bueno. ¡*Slàinte*!

Me sentía un poco mareada y eufórica y no podía dejar de sonreír. Andrew tampoco. De repente recordé aquel brindis agridulce el 9 de mayo de hacía un año, cuando celebramos la rendición de Alemania, cuatro meses antes de que Japón se rindiera también.

—Con el estómago vacío es peligroso —dijo Andrew devolviéndome al presente con su bonita voz suave y con acento.

—No hay problema. La señora Baxter me ceba como a un lechón cada mañana —dije.

Hamish nos miraba divertido. Yo aún tenía las manos y los brazos ensangrentados y estaba hecha un desastre, con el pelo suelto y alborotado, sudada, maloliente y con toda la ropa salpicada, pero me sentía más feliz que nunca. Hamish me tendió una toalla que había traído consigo y me condujo hasta el pozo de la granja para que pudiese adecentarme un poco.

Mojé mis manos manchadas de sangre en el agua limpia que acababa de sacar con la bomba de agua en un cubo y las froté.

—¡Uf, está helada, pero qué bien sienta! —dije pasando mis manos ya limpias y mojadas por mi cuello y mi nuca. Gotas refrescantes corrieron por mi espalda, bajo mi blusa. Ni siquiera me di cuenta de

que Andrew estaba allí, aguardando su turno para asearse, y que me observaba en silencio.

Él me tendió la toalla para que me secara y acto seguido se quitó la camisa para lavarse también. Se frotó las axilas y la cara restregándose con energía, haciendo que toda su abundante musculatura se marcara con cada movimiento. Su piel era blanquísima por donde nunca le daba el sol, con un leve tono sonrosado, salpicada por lunares y pecas aquí y allá. El agua le caía por el rostro y el pecho y tuve que reconocer que tenía un cuerpo al que era difícil no prestar atención. Yo le tendí la toalla igualmente, sonriendo como una tonta.

Hamish apareció para coger agua para *Lassy*, que debía hidratarse bien después del duro parto, e interrumpió nuestras risas.

—Quédese a comer, muchacha —me dijo dándome una palmada en la espalda.

—Sí, quédate, Grace. Mi tío hace el mejor estofado de cordero de la región, te lo puedo asegurar —dijo Andrew.

Y lo hice. Comí con Hamish y Andrew un delicioso guiso de cordero con verdura, avena y patatas que me reconfortó casi tanto como el whisky.

A los postres, Hamish sirvió queso con galletas saladas y estuvo contando anécdotas de cuando él era niño y la gente de la región todavía recordaba las historias de los antiguos *highlanders*, de los clanes y las viejas tradiciones.

—Ahora se han convertido en tipismo de museo —dijo Hamish con resentimiento—. Y no se puede hacer nada. Aquellos tiempos pasaron y nunca regresarán. Todo se perdió en Culloden. ¿Has oído hablar de la Batalla de Culloden, muchacha?

—Sí, claro. Fue la batalla que marcó el final de los clanes y de la cultura gaélica. Mi tío era historiador y siempre me contaba todo tipo de leyendas acerca de batallas y reyes con apodos extraños, que me parecían aburridas de niña, pero algo se me quedó. Recuerdo lo del príncipe Carlos Estuardo y el desastre que organizó.

—*Aye*. El príncipe *Bonny Charlie*. Sí, fue un desastre que pagamos con creces. Después de eso no hemos levantado cabeza jamás. Aún recuerdo a mi abuela que hablaba de lo que le contaba la suya acerca

de la hambruna, de sus vecinos emigrando al otro lado del mundo, de los saqueos y detenciones masivas. Ella guardaba todavía el tartán de su familia, el que prohibieron los ingleses. No te ofendas, muchacha. Era una McGregor.

—No, no lo hago, no se preocupe.

—Mi abuela era una mujer muy dura, enjuta y arrugada como un viejo tronco —sonrió—. Odiaba a los ingleses. Me contaba historias de mis antepasados que me ponían los pelos de punta de niño. Luego conocí a muchos *sassenach* en la Gran Guerra y no me parecieron tan malos, aunque algo estirados, como si tuviesen un palo metido en el culo.

El comentario me hizo reír y Hamish suspiró levantándose de la mesa para empezar a recoger la mesa.

—No se puede vivir en el pasado —dijo Andrew.

—No, cierto. Pero algún día este pueblo volverá a levantarse y la Piedra del Destino regresará a su lugar, de donde no tuvo que salir jamás, y se restaurará nuestro honor —dijo ya un poco perjudicado por el whisky—. No lo dude, muchacha. Sucederá. Aunque no creo que yo lo vea.

—¿Qué es la Piedra del Destino? —pregunté con verdadero interés.

—Cuenta la leyenda que sobre ella puso su cabeza Jacob —dijo Andrew.

Hamish asintió y después puso cara misteriosa para empezar a hablar con aquel acento tan cerrado, pero que comenzaba a resultarme más fácil de entender y mucho más hermoso que al principio.

—Es la piedra de la coronación. Todos los reyes escoceses fueron coronados sobre ella, desde Kenneth I de Escocia, hasta que en el siglo XIII, en un intento por despojar a los escoceses de sus símbolos de identidad, el maldito Eduardo I de Inglaterra saqueó la Abadía de Scone y se apropió de la Piedra del Destino como botín de guerra, instalándola en la Abadía de Westminster, que es donde sigue. Parece ser que el rey Eduardo III de Inglaterra se comprometió a devolverla a Escocia, pero quien puede fiarse de la palabra de un inglés.

Pude ver la mirada de reproche que Andrew le echó a su tío, pero,

en aquel momento, no me ofendieron sus palabras. Solo sentí una arrebato de vergüenza por aquel hecho, que a todas luces era un robo perpetrado por el pueblo inglés, mi pueblo, contra el de Hamish y Andrew.

—El trono inglés tiene un hueco debajo, donde se coloca la piedra —añadió Andrew para cambiar de tema.

—Sí. Para ello, Eduardo I hizo construir una silla, conocida como la Silla de San Eduardo. Pero… —dijo Hamish levantando el dedo índice y entrecerrando sus ojos oscuros—. Hay leyendas que afirman que el maldito inglés no logró llevarse la auténtica piedra, porque los monjes de la Abadía de Scone la ocultaron y le entregaron una falsificación.

—¿Y usted qué piensa Hamish? —pregunté.

—Eso tío, ¿qué crees tú? —preguntó Andrew.

—Yo creo que la piedra regresará a Escocia y que algún día volverá a ser utilizada legítimamente por el pueblo escocés para nombrar a sus gobernantes —asintió con vehemencia.

Volvimos a brindar por Escocia y al levantarme me di cuenta de que el whisky había hecho de las suyas porque me sentí con un agradable calor y un débil y alegre mareo.

De regreso a Inverness, en el carro junto a Hamish, que canturreaba alegre por los efectos del fabuloso whisky, sentí que Escocia empezaba a parecerme un lugar menos hostil y pensé en aquellas historias de los antiguos jefes de los clanes, los señores de la guerra y sus códigos de honor y leyes ancestrales y me pareció que en lo alto de una de aquellas montañas sumergidas en el agua, un antiguo y apuesto guerrero vestido con los colores de su clan, en su caballo negro, nos observaba más allá de las nieblas del tiempo.

CAPÍTULO V

Sassenach

Andrew apareció por la enfermería al día siguiente. Parecía de muy buen humor, como de costumbre, aunque empezaba a comprender que aquel muchacho tenía un incansable optimismo contagioso que lo hacía parecer alegre sin querer.

—Hola Andrew —saludé contenta de verlo tan sonriente y apuesto.

—Grace… —dijo haciendo un gentil saludo con la cabeza mientras se quitaba la gorra de tweed. El gesto me pareció deliciosamente anticuado.

—¿Qué te trae por aquí? Espero que ningún caballo haya vuelto a patearte el culo —bromeé.

—¡Oh, no, no! —dijo algo sorprendido por mis palabras—. Tenía que venir al pueblo y mi tío me ha amenazado con tenerme cargando leña toda la tarde si no te lo contaba.

—¿Contármelo? —pregunté sintiéndome absurdamente decepcionada porque el gesto de visitarme no había surgido del propio Andrew.

«Eres tonta, Grace, ¿qué te habías creído? Solo está siendo amable», me recriminé.

—Sí, ya le hemos puesto nombre a la ternera. La vamos a llamar *Sassenach* en honor a ti —dijo Andrew sonriendo ante mi cara de sorpresa—. No tiene la connotación de… forastera que debería, ya no. Tú has cambiado ese significado para él.

Me quedé en silencio, sacudida por aquel pequeño cambio de sentido que en realidad expresaba tanto.

—Me siento muy alagada, Andrew. Díselo a Hamish y dale las gracias —dije conmovida.

Andrew se marchó sin dar muchas más explicaciones, con su brioso caminar, dejando en mi ánimo una extraña sensación de desencanto.

Al volver a la pensión subí directamente a la habitación. No quería tener que charlar con mi casera. Achaqué mi falta de ánimo al largo día lluvioso y frío.

«A quién intentas engañar. Te ha sentado mal que la visita de Andrew no haya sido cosa suya. Hasta te ha dado rabia, reconócelo.

Andas demasiado necesitada de afecto. Y no puedes negar que te gusta su compañía y su tacto, tan cálido como su sonrisa».

Rechacé aquellos pensamientos y me metí en aquella cama fría. Las sábanas estaban húmedas y heladas. Pensé en bajar a la cocina a pedirle una bolsa de agua caliente a la señora Baxter, pero deseché la idea pensando que entonces me sometería a su típico interrogatorio de cómo había transcurrido mi día, e insistiría en hacerme cenar.

Me abracé a mí misma para infundirme calor, pero tenía los pies helados. Resople sabiendo que con los pies así no lograría conciliar el sueño, y me levanté para ponerme unos calcetines de lana de los que utilizaba bajo las botas de agua. Volví a la cama e intenté coger postura sin conseguirlo. Finalmente, me decanté por el remedio más conocido para el insomnio: la leche caliente.

Bajé a la cocina, había luz y al entrar me encontré a la señora Baxter tendida en el suelo, de costado, en bata. Corrí hacia ella y la levanté.

—¡Señora Baxter, señora Baxter! —exclamé realmente asustada, con ella apoyada en mi regazo mientras comprobaba su pulso.

Pronto empezó a balbucear confusa. Todo indicaba que la mujer había sufrido un desvanecimiento del que se había percatado antes de caer porque, aparentemente, en una primara revisión no presentaba ningún golpe en la cabeza o el rostro, como cuando alguien cae de bruces o de espaldas.

—Oh, querida… Es usted…

—¿Cómo se encuentra? —pregunté.

—Algo mareada —dijo intentando incorporarse.

—No debería levantarse, señora Baxter. Aguarde un poco.

—No, no… Estoy bien.

—Despacio… con cuidado —dije sujetándola para incorporarla despacio y ayudarla a sentarse en una silla.

—¿Qué le ha ocurrido? —dije sentándome frente a ella.

—Un mareo repentino. Iba a acostarme ya y quise mirar si había dejado todo en orden en la cocina, como hago todas las noches, y de pronto me sentí débil, las piernas no me sostenían, se me nubló la vista, y creo… creo que me senté en el suelo y me desmayé. Nada de

qué preocuparse, querida. La edad. Ya estoy mejor —sonrió aún pálida.

—¿Quiere que le prepare un té?

—No, no se moleste. Solo ayúdeme a acostarme. Todavía sigo un tanto mareada. Por cierto, me he dado cuenta de que no ha cenado.

—No, no tenía apetito. Ya sabe, esos días del mes. Deje que le tome la tensión, al menos —dije preocupada de verdad.

—Mañana, mañana —dijo dándome unas palmaditas en el brazo.

Al día siguiente, la señora Baxter se encontraba de nuevo con sus mejillas coloradas y su alegría habitual. Volví a insistir en tomarle la tensión y reconocerla, pero no hubo manera humana de conseguirlo, así que al final me marché a la enfermería sin hacerlo.

Tras varios días de lluvia y cielos encapotados, era una mañana de primavera sorprendentemente soleada, y pensé en lo agradable que iba a ser dar el paseo acostumbrado hasta el dispensario. Fue cruzando el río Ness cuando vi pasar a Hamish con su carro, por la otra orilla, acompañado del otro tipo, Finn. Corrí tras ellos para alcanzarlos cruzando de nuevo el puente y los llamé. El montañés detuvo a sus caballos con unas palabras en gaélico y me miró extrañado.

—Hamish… Finn… —jadeé saludando con una inclinación de cabeza a ambos—. Me alegro de verlos.

—Hola muchacha. ¡Menuda carrera! ¿Qué se te ofrece? —dijo Hamish bajando de un hábil salto desde el pescante, mientras el otro tipo me miraba extrañado, con su cara de duende, sosteniendo las riendas.

—Quería darle las gracias por poner ese nombre a la ternera. Me lo dijo Andrew y me conmovió mucho.

—Era lo justo. Yo sugerí "Grace" pero fue el chico quien dio con el nombre perfecto.

—¿Andrew? —exclamé sorprendida.

—Sí, él dijo que ahora, *sassenach* ya no era una palabra que simbolizase nada malo para él y que no debía serlo tampoco para mí.

—¿Eso dijo?

—*Aye* —asintió Hamish.

Una inmensa sonrisa involuntaria surgió en mi cara.

—Gracias de todas formas, a los dos.

—No hay porque darlas, muchacha —dijo haciéndome un gesto con su gorra de tweed.

Después de eso se volvió a subir al carro, se sentó junto a Finn y tomando las riendas, azuzó a los caballos alejándose mientras el hombrecillo decía en voz alta: «¡La *bonny sassenach* sabe mi nombre! ».

No pude evitar reírme y así, sin dejar de sonreír, regresé sobre mis pasos, más ligera de lo habitual, para llegar a tiempo al consultorio.

Me pasé el resto de la mañana sin mucho trabajo, dispensando y asignando recetas, desinfectando el instrumental y canturreando. Por el camino había encontrado algunas flores silvestres muy bonitas; muguet y prímulas, y las mezclé con un poco de hiedra para el pequeño jarrón que había comprado al llegar a Inverness.

La señora Baxter siempre me ponía al día de las andanzas de medio pueblo delante de una buena taza de té, por la tarde, al regresar del dispensario. En realidad, era agradable oír su charla con aquel acento tan cantarín. Tras haber escuchado a Andrew, a Hamish y a ella, llegué a la conclusión de que las gentes de Escocia eran unos buenos contadores de historias por naturaleza.

Según mi casera, Andrew trabajaba domando y entrenando caballos porque se había criado entre ellos y era su pasión. Salvo el tiempo que había estudiado en Edimburgo, tras ir a la escuela local, siempre había vivido en la granja. Después, la guerra había trastocado sus estudios y había vuelto a Inverness. Pero en opinión de la señora Baxter estaba desperdiciando su vida.

—Un muchacho tan despierto y encantador… ¡Y lo apuesto que es!, ¿verdad? Con esa planta tan estupenda y esa cabellera tan vistosa —sonrió la señora Baxter como si fuese una jovencita—. Podría conseguir un buen trabajo en la capital, poner un negocio. Tengo entendido que siempre fue bueno con los números. Estudió hasta antes de alistarse.

—Puede que prefiera estar aquí, en su entorno. La ciudad puede llegar a agobiar —dije.

—Puedo entenderlo en una ciudad como Londres, pero nuestro Edimburgo no es Londres. En mi opinión, su tío tiene mucho que ver con su decisión.

—¿Usted cree? —pregunté. Sabía por Andrew que Hamish era el primero que quería que su sobrino mejorase en la vida.

—Hamish es un hombre muy raro, siempre ha sido un solitario. Pero por lo que yo sé no ha vivido en esa granja toda su vida. Trabajó y vivió en Edimburgo cuando era joven, antes de la Gran Guerra, tengo entendido.

—Es un hombre de campo, por lo poco que he visto de él.

—Sí, pero no es como los demás campesinos de por aquí. Nunca pretendió a ninguna chica del pueblo ni tiene muchos amigos. Y no frecuenta la iglesia, precisamente. Pero es cierto que es muy trabajador y siempre ha cuidado mucho de su sobrino, desde que se quedó huérfano cuando solo era un muchachito. E hizo un buen trabajo. Es su padrino. En realidad, la granja la llevaba el padre de Andrew, Douglas Grant, hermano de Hamish. Murió en la guerra y su madre, Effie, pocos años después, cuando Andrew era muy pequeño. Hamish se hizo cargo de la granja, de su cuñada y después del niño, aunque él vivía en Edimburgo. La familia Grant siempre trabajó las tierras para el antiguo Clan Fraser de Lovat, muy arraigados en la comarca.

—¿Pero la granja no es de Hamish?

—Paga un arriendo por parte de las tierras a los Fraser. Su abuelo ya lo hacía, pero tiene algunas en propiedad y la casa, los animales y cosechas son suyas.

—Está enterada de todo, señora Baxter —sonreí recordando el apodo que Andrew me dijo que tenía mi casera en el pueblo. Imaginé que cuando no me tenía delante también hablaría de mí, aunque pensé que realmente no me importaba en absoluto lo que se pudiese cuchichear acerca de mi vida.

—¡No, qué va, querida! —rio para después, bajar la voz hasta convertirla en un susurro— ¿Sabe lo que me gustaría saber?

—Dígame —dije sirviéndome una segunda taza de té.

—Quisiera saber qué muchacha de Inverness va a lograr los favores

del joven Andrew. Todo el mundo se lo pregunta. Creo que hay hasta apuestas. Es el mozo más apuesto de la región. ¿Usted qué opina?

—No sabría decirle. Parece un buen muchacho, noble, trabajador y me consta que cortés. No conozco a las muchachas de por aquí y no considero que ser apuesto sea lo único importante en la vida —dije algo molesta porque mi casera considerase a Andrew como un trofeo de caza.

Noté la mirada inquisitiva de la señora Baxter y una leve curva en sus labios, que me pareció el inicio de un amago de sonrisa.

—Y usted debería frecuentar un poco más el mercado, los grandes almacenes, el centro… Es joven aún y muy bonita. En Inverness, por desgracia, hay bastantes viudas como usted.

Horrorizada, imaginé esas charlas en el mercado o en la sección de corsetería de los grandes almacenes, y cambié de tema preguntando a mi casera la receta de un plato que, con toda probabilidad, no iba a hacer jamás.

Precisamente, fue la señora Baxter la que propició que yo acabase visitando el mercado. Se encontraba un tanto desmadejada a la hora del desayuno. Tras tomarle la tensión por fin, y comprobar que la tenía un poco alta, le recomendé reposar. Ella se quejó amargamente de todas las tareas que le quedaban por hacer, y me vi en la obligación de hacer la compra por ella y abrir el dispensario más tarde.

El mercado de Inverness, el Victorian Market, era un antiguo mercado cubierto típicamente victoriano. Edificado en 1870, y reconstruido tras un incendio en 1890, en sus galerías comerciales centrales y estrechos callejones secundarios se podían encontrar pequeños puestos y tiendas de todo tipo bajo un tejado a dos aguas soportado por vigas de hierro, y donde tragaluces de cristal dejaban entrar la luz natural. Carne, pescado, verduras y gaitas, anillos de compromiso, relojes, y hasta un barbero; todo tenía cabida.

Acudí pronto a hacer el pedido de la señora Baxter preocupada por encontrar mucha gente y tener que pasarme la mañana haciendo cola delante de cada puesto, pero para mi sorpresa, lo realicé en poco tiempo. Me puse a contemplar los puestos con la bolsa repleta de

puerros, patatas, bacalao y arenques. Cuál no sería mi sorpresa cuando, saliendo del local del barbero, divisé a lo lejos de uno de los callejones adyacentes al pasillo central la figura alta y gallarda de Andrew. Su pelo rojo inconfundible estaba más corto y supuse que se lo acababa de cortar. Iba dispuesta a saludarlo cuando una muchacha rubia con bolsas de la compra, se me adelantó y se puso a charlar con él. Me pareció que se conocían. Me quedé parada observando y pensé que se me estaban pegando las maneras de mi casera. La joven era casi una adolescente y charlaba sonriente, atusándose su larga melena. Era bonita, de piel sonrosada y ojos grandes y azules, vestía ropa demasiado estrecha, y miraba a Andrew, que conversaba animadamente con ella, como quien mira un pastelillo glaseado. Andrew se pasó la mano por el cabello y ella alzó la suya para tocárselo. Lo que ocurrió poco después me dejó paralizada. No quería espiar, no quería ver lo que vi, pero no podía moverme. La chica le dijo algo al oído, Andrew sonrió y acto seguido, ella lo besó en la boca por sorpresa, pero Andrew no se apartó y le devolvió el beso.

Me vino a la memoria la vez que siendo yo todavía una adolescente, descubrí que durante su doctorado, George tonteaba con algunas chicas. En una ocasión me agazapé tras una esquina, dentro del campus, espiando, y pude ver cómo se besaba con una de las secretarias del rector de un modo que, para mis ojos de muchacha que aún no tenía ninguna experiencia con el sexo opuesto, me pareció perturbador. George apoyaba el cuerpo sobre ella mientras ambos abrían sus bocas. Acerté a vislumbrar sus lenguas brillantes de saliva. Dolida y celosa, fue aquel verano el que elegí para comenzar mis primeras experiencias intentando emular aquel beso tan lujurioso. La primera vez me dio asco. Después, con los siguientes chicos, la repugnancia primera fue desapareciendo.

Noté una especie de desagradable sensación en el estómago que me devolvió al presente y no quise ver más. Me alejé del pasillo y salí del mercado sintiéndome vieja y estúpida.

Al llegar a la pensión me esperaba una carta de Londres. Era la confirmación legal de la "declaración de ausencia", situación concedida al pasar más de un año sin noticias del desaparecido. George había

sido reconocido oficialmente como desaparecido en combate.

Aquella noche me dormí cansada de tanto llorar.

No volví a ver a Andrew hasta varios días después. Apareció de nuevo en el dispensario con su sonrisa puesta, y me di cuenta de que la había echado de menos.

—Hola Andrew —dije sin poder evitar mostrarme distante—. ¿Qué te trae por aquí?

—Espero no importunar —dijo quitándose la gorra. Enseguida me percaté de que se había dado cuenta de lo frío que había sido mi saludo.

—En absoluto —dije sin levantar la cabeza de las recetas.

—Verás, Grace… Es Hamish. Tiene un ataque de lumbago tremendo y las friegas que le he dado no han servido de mucho, y… bueno, está desesperado y me está desesperando a mí. Rabia de dolor. ¿Podrías hacer algo por él? No hace más que quejarse y maldecir, y me va a volver loco.

—Por lo que me cuentas no puede desplazarse hasta aquí —dije mirándole a los ojos. En aquel momento, el recuerdo de aquella chica besándolo me vino a la mente. Él asintió manteniendo la mirada, y yo la retiré sintiéndome extrañamente turbada—. Podría echarle un vistazo, pero cuando cierre el dispensario. Hoy tengo varias consultas.

—Ah, bien. Esperaré entonces.

—Puedo ir en el autobús.

—No, te llevo yo. He venido a caballo desde la granja y si regreso sin ti Hamish me matará —dijo testarudo.

Me sentí lastimada por el comentario.

—Está bien, ya que te preocupa tanto tu trasero, puedes pasar a recogerme en dos horas. Como te he dicho, todavía tengo cosas que hacer —dije orgullosa.

Andrew, que en un primer momento parecía desconcertado, salió haciendo un saludo con la cabeza, ceñudo y sin decir nada.

Me quedé enfurruñada como una niña pequeña el resto de la mañana y me demoré adrede en terminar mis tareas. Al mediodía, al cerrar la enfermería, vi a Andrew esperándome con cara de pocos

amigos, con el caballo a su lado.

«Parece que no le gusta esperar», me dije al ver su rostro serio.

Me ayudó a montar muy galante pero sin su habitual sonrisa. Después montó él detrás, aprisionándome entre sus piernas, y sin esperar a que me acomodase, espoleó al caballo y partimos.

Andrew estaba muy callado. Cabalgábamos deprisa, en silencio. Mi cuerpo iba pegado al suyo y mi trasero chocaba contra sus muslos duros y calientes. Podía sentir su calidez a través de la ropa, en mi espalda. Su cuerpo desprendía calor, ardía y aquel calor me rodeaba aturdiendo mis sentidos.

Intenté centrar mis pensamientos en el paisaje, los páramos de turba, los bosques, las montañas brumosas, pero su silencio me pesaba. De pronto, una inmensa bandada de estorninos comenzó a surcar el horizonte, creando aquellas nubes oscuras que bailaban en el cielo.

Sus labios se acercaron a mi oído para hablarme suave. Casi podía sentirlos sobre mi piel.

—Eso significa que pronto lloverá —dijo.

Al escuchar su voz y contemplar aquel sobrecogedor espectáculo de la naturaleza, algo dentro de mí se quebró. De repente sentí la misma angustia que cuando estaba a merced de la aviación alemana, bajo los bombarderos, intentando mantener la calma mientras operábamos o amputábamos esperando las bombas, cuando lo peor era no saber nunca donde iban a impactar.

Yo sabía que aquello era lo que en los soldados se llamaban neurosis de guerra y que los médicos y enfermeras en zona de combate también lo sufríamos. Se trata de una reacción traumática ante la intensidad de los bombardeos y la lucha que produce una impotencia que se traduce en pánico, deseos de huir o en una falta de capacidad para razonar, dormir, o incluso caminar o hablar en los casos más graves. Lo había visto muchas veces. Paralizaba a los soldados y a mis compañeras.

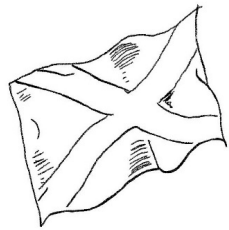
Comencé a temblar involuntariamente, imaginando que los aviones volvían a aparecer en el cielo. Casi podía escuchar sus motores acercándose. Recordé las bombas silbando en su caída y las

explosiones que se repetían día tras día. La conmoción hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas. Me estremecí y Andrew se percató de ello.

—¿Tienes frío, Grace?

Negué con la cabeza. No podía hablar, si lo hacía él se daría cuenta de que estaba llorando.

Andrew se pegó a mí, aferrándome mientras sujetaba las riendas con una sola mano. La tibieza de su cuerpo pasó al mío y la angustia cesó.



CAPÍTULO VI

Al llegar a la granja me sobrepuse. Siempre lo hice durante la guerra. Fui profesional y cumplí como debía a pesar de faltarme el ánimo o las fuerzas en muchas ocasiones.

Andrew me llevó hasta el dormitorio de su tío y allí comprobé que, efectivamente, Hamish tenía un doloroso ataque de lumbago y rezongaba en gaélico.

—Menos mal que está aquí muchacha —dijo recostado en su cama en una postura forzada, con una sonrisa de alivio.

—Tendrá que tumbarse bocabajo y sé que le va a doler, pero tengo que reconocerlo —dije empleando mi tono autoritario de enfermera.

Hamish se giró emitiendo gruñidos y gemidos de dolor, resoplando como un elefante y maldiciendo como un condenado. Le levanté la ropa y me dispuse a bajarle los pantalones lo suficiente para poder estudiar la situación en la zona lumbar.

—¡Ah, no! No pienso enseñarle el trasero, muchacha —exclamó intentando escapar de mis intentos por examinarlo.

—Pues si no me lo enseña no voy a poder hacer nada —dije con mi voz más mandona.

Hamish maldijo y se dio por vencido, mostrándome su parte baja posterior, peluda y musculosa.

—Andrew, échale una mano a Grace con lo que necesite —dijo Hamish.

—Vamos a ver cómo está esa espalda —dije mientras le examinaba sin prestar atención a Andrew.

—Voy a meter a *Whisky* en la cuadra, que lo he dejado atado en la entrada —dijo Andrew saliendo de la habitación sin mirarme. Su tío frunció el ceño.

—Mi sobrino no suele ser tan grosero. Ese suelo ser yo —dijo extrañado—. Necesita una buena regañina, como cuando era niño. ¿Qué opina, muchacha?

—Puede que una vez más haya tenido un encontronazo con alguna potranca demasiado fogosa en la ciudad —dije con intención—. Le duele desde la nalga irradiando hasta la parte superior del muslo y no

puede caminar, ¿verdad?

Hamish emitió un gruñido en señal de asentimiento cuando palpé la zona lumbar. Los músculos estaban claramente contracturados y tenía la espalda muy tensa, así que decidí que masajear la zona le aliviaría bastante el dolor.

—¿Algo que yo deba saber? ¿Lo ha visto con alguna muchacha?

—Con una jovencita muy hermosa de melena rubia, en el mercado —dije colocando los pulgares en la parte central de la espalda, más arriba de la cintura, presionando unos segundos para deslizarlos hacia la zona lumbar y volviendo a presionar.

—Lorna Monroe, la hija del joyero Monroe —dijo Hamish haciendo un ruido como de disgusto—. Le voy a decir unas cuantas cosas a ese muchacho. Su padre no es el hombre más comprensivo del mundo, precisamente. Es amigo del alcalde y una persona influyente en Inverness, y su esposa una cotilla y un mal bicho. Aunque no la culpo, tiene que soportar a John.

—Preferiría que no le diga que yo se lo he dicho.

—¿Por eso está molesta con el muchacho?

—No estoy molesta en absoluto —dije en un tono demasiado agudo, cogiendo la pomada de árnica que tenía en el bolso médico para disponerme a darle al paciente un masaje con ella—. Si tuviese valeriana podría ponerle una cataplasma. Le ayudaría a relajar la zona. En su defecto póngase calor en donde le duele. Calentar unas piedras al fuego con cuidado de no quemarse al aplicarlas suele ser muy efectivo. No más de media hora. Puede pedírselo a Andrew.

—No lo ha mirado a los ojos ni una sola vez. No estoy ciego, muchacha.

—No sé de qué me habla —dejé de masajearle la espalda, se la tapé volviéndole a colocar la ropa y me levanté—. Le vendría bien una tisana de manzanilla y jengibre.

—Yo no acostumbro a tomar agua caliente con hierbas —gruñó Hamish.

—Tiene propiedades antiinflamatorias y relajantes. Y no levante pesos en unos días ni monte a caballo. El ligamento tiene que destensarse y volver a su forma habitual. Al realizar un movimiento

brusco, puede producir un estiramiento o provocar desgarros. Las distensiones de la espalda con frecuencia se curan por sí solas, pero hágame caso y muévase con cuidado, progresivamente. No esté tumbado mucho tiempo y en cuanto pueda intente caminar y doblar la cintura.

Dije todo aquello de carrerilla aparentando estar muy calmada.

—¿Algo más?

—De momento no. ¿Tiene algún cojín o almohadón para ayudarle con la postura? —pregunté mirando a mi alrededor.

—En el salón comedor hay alguno, mi general.

Antes de salir del dormitorio miré a Hamish con cara de pocos amigos.

Al entrar en el austero salón observé que el tío de Andrew tenía muchas novelas en una vetusta librería de madera clara. Casi todos los libros eran de aventuras, como *El señor de Ballantrae,* de Stevenson. También pude ver las obras completas de Walter Scott, Robert Burns y varios clásicos de Shakespeare, entre ellos Macbeth y El rey Lear. Me acerqué a apreciar los volúmenes y encontré un atlas de fauna y flora de las Tierras Altas. Me pareció interesante y lo saqué de su lugar en la estantería. Mi sorpresa fue mayúscula al leer el nombre del autor de las bellas ilustraciones, un tal Hamish Malcolm Grant, y entonces me di cuenta de que el adusto y rústico montañés no era lo que parecía.

De regreso a Inverness mi ánimo continuaba alterado. El tener a Andrew a mi espalda, cabalgando aún en un tenso silencio, no ayudaba en absoluto.

Desde mi llegada a Escocia, había sentido una conexión especial con aquel chico, queriendo pensar que teníamos una especie de amistad y ahora, me daba cuenta de que, tal vez, solo había sido una percepción mía. Los años pasaban y a pesar de ello dolía igual, como cuando era niña y alguien me decepcionaba. Aunque esas decepciones, más bien eran fruto de mis grandes expectativas ante las cosas de la vida.

«Eres una ingenua, Grace, siempre te pasa lo mismo. Supones que todo el mundo es igual que tú, pero no es así», pensé con tristeza.

Volvía a tener ganas de llorar. La carta de Londres también tenía la culpa. Entonces suspiré profundamente, intentando hacer desaparecer la angustia que tenía alojada en el pecho, que no era otra cosa que la constatación de que estaba sola, completamente sola en el mundo.

—¿Andrew? No quiero volver al dispensario. Hoy no —pedí. No me veía capaz de soportar a nadie demandándome recetas de jarabes para la tos o consultándome acerca de abscesos o flemones. No iba a poder sonreír y mostrarme solicita y comprensiva con nadie a pesar de que me gustaba mi trabajo y cada vez me consideraba más afortunada de tenerlo.

—Claro —dijo Andrew con suavidad—. Podemos hacer una parada, si quieres.

—Gracias —respondí sintiéndome bendecida porque Andrew fuese tan afable, mucho más que yo.

Nos desviamos hacia Beauly. Andrew cabalgó ralentizando el trote de su caballo y me llevó hasta un paraje que parecía sacado de una leyenda o cuento gótico de fantasmas.

—¿Qué es este sitio? —pregunté fascinada, descabalgando.

La zona comprendía un antiguo cementerio y las ruinas de alguna iglesia adornada de hiedra y musgo por el paso del tiempo.

—El Priorato de Beauly —dijo Andrew señalando en dirección contraria—. Era un antiguo monasterio gótico de monjes franceses dedicado a la Virgen y a San Juan Bautista. Fundado por un terrateniente de origen francés Byset de Aird o Bisset, que tomó el nombre del río, el Beauly, *beau lieu* en francés.

—Bello lugar —traduje.

—En efecto —asintió Andrew atando su caballo a un gran tejo.

—¡Qué casualidad! Mi abuela se apellidaba Bisset.

—Entonces puede que todo esto te pertenezca —dijo Andrew abriendo sus brazos haciéndome reír—. El monasterio, a su vez, dio nombre al pueblo. Tras la reforma, el edificio y las tierras pasaron a ser de los Fraser, del Señor de Lovat. Nuestros antepasados, los Grant, siempre fueron aliados del clan Fraser de Lovat, trabajaron sus tierras y estuvieron bajo su protección y le sirvieron. También lo éramos de los Gordon, McGregor y Campbell y enemigos de los Comyn, Cameron

y Chisholm.

—Es un lugar precioso. Tenían razón al llamarlo así —dije tocando las viejas piedras bajo lo que quedaba de un ventanal gótico. Grant es un apellido de este condado, entonces.

—Es un apellido común por aquí, emparentado con los Bisset. Una teoría es que los antepasados de los jefes del Clan Grant eran Le Grand y llegaron a Escocia con los normandos, como los Fraser. Aunque también se dice que eran parte del *Siol Alpin*.

—¿Qué es el *Siol Alpin*? —pregunté comenzando a interesarme por la historia que Andrew me estaba contando y su modo de hacerlo, parándose de pronto para crear expectación, prosiguiendo con elocuentes gestos o bajando la voz misteriosamente y acompañándolo todo con el constante movimiento de sus manos.

—Un grupo de familias que descienden de Alpin, padre de Kenneth MacAlpin, primer rey de Escocia y que creo el germen de los clanes. Pero la historia oral del clan Grant, en cambio, relata un origen de Noruega antes de llegar a las tierras de Strathspey con Malcolm III. El emblema Grant es una imagen de una colina en llamas que representa *Craig Elachie*, el punto de reunión de los Grant. Cuando se encendían señales de fuego en la cima de Craig Elachie, o "La Roca de la Alarma", los miembros del clan se reunían allí para organizarse frente a un ataque. Eran partidarios de William Wallace y apoyaron a Robert the Bruce. Una rama del clan Grant, la nuestra, los Grant de Glenmoriston, se pusieron del lado de los jacobitas y lucharon en la Batalla de Prestonpans en 1745 y se les atribuye haber ganado el día debido a su oportuno refuerzo. También lucharon como jacobitas en la batalla de Culloden en 1746. Ochenta y cuatro miembros del clan Grant de Glenmoriston fueron capturados en Culloden por los ingleses y transportados a Barbados, donde fueron vendidos como esclavos. Se dice que el presidente de los Estados Unidos de América, Ulysses S. Grant, era descendiente de nuestro clan. Y en el sitio de Inverness, en 1746, entre los comandantes jacobitas se encontraba el coronel James Grant —dijo Andrew con el fuerte acento de las Tierras Altas.

—A mi tío o a George les encantaría oírte hablar —dije con nostalgia. Andrew me miró con ternura.

—En nuestras tierras se les da mucha importancia a los apellidos y de dónde vienen, de quiénes somos hijos, de quién parientes… Todo el mundo suele tener extensos lazos familiares. Por aquí, es raro el no tener una gran familia —dijo con cierto deje de tristeza.

—Cuéntame más —le pedí para seguir escuchando ese acento tan hermoso en la voz de Andrew. Él sonrió preparándose para proseguir con el espontáneo relato de sus ancestros.

—Los primeros Grant que aparecieron en Escocia se registran en el siglo XIII, cuando adquirieron las tierras de Stratherrick. Uno de la familia, posiblemente Gregory Grant, se casó con Mary, hija de Sir John Bisset, y un hijo de este matrimonio se convirtió en Sheriff de Inverness. Otro hijo se casó con la hija de Alexander Comyn, conde de Buchan, que descendía de Donald III, rey de Escocia.

—Te sabes el árbol genealógico entero —dije con un poco de envidia sana—. Yo solo sé que mi abuela era francesa por parte de madre y que mi padre, al parecer, descendía de normandos. Y eso gracias a mi tío, que era el que se preocupaba de esas cosas.

—¡Ah, y casi me olvido! Me dejaba lo más importante —exclamó Andrew—. Nuestros colores son el rojo, el granate, el verde y el azul y nuestro lema es *"Mantente firme, mantente seguro"*.

—Mantente firme, mantente seguro —repetí ante la atenta mirada de Andrew.

Caminé entre las ruinas, seguida de cerca y en silencio por Andrew y pensé que su gallardía, como la de un caballero antiguo, probablemente se la daba la certeza de pertenecer a aquel lugar, a un pasado, y que yo solo era una nómada sin orígenes ni destino.

CAPÍTULO VII

De caballos y hombres

El paseo con Andrew me hizo sincerarme con facilidad. Era sencillo hablar con él. Andrew escuchaba sin intentar quedar por encima o demostrar sus conocimientos, como solía hacer George. Andrew solo pretendía entretenerme.

Pero la imagen de George, desdibujada en mi memoria, regresó y la tristeza también.

—Ayer, por fin, recibí la carta que reconoce a mi esposo como desaparecido —dije por fin.

—Lo siento, Grace.

Un petirrojo revoloteó ante nosotros posándose sobre la hiedra que cubría una de las paredes de la abadía de Beauly que aún quedaba en pie, mirándonos curioso.

—Debería sentirme aliviada y finalizar el duelo, pero solo me siento… me siento… —no encontraba la palabra exacta. Me detuve. Solo podía mirar a aquel pajarillo que nos observaba con sus ojillos redondos y oscuros.

—Furiosa —dijo Andrew de pronto.

—¡Sí, eso es! Me siento furiosa. Estoy enfadada con George. ¡Es como si la vida me hubiese gastado una broma pesada! Me siento estafada —reconocí caminando de nuevo.

Andrew caminaba a mi lado asintiendo.

—Me sentí igual de niño, al morir mi madre —dijo con esa voz hermosa, suave y tranquila que era como una caricia.

Entonces le hablé de cómo conocí a George, de mi admiración por él siendo discípulo de mi tío, de cómo nos enamoramos despacio, de un modo reposado, yo primero, él después, cuando ya no veía a la sobrina adolescente de su mentor en mí, de nuestro largo noviazgo siempre interrumpido por sus viajes y conferencias, de la decisión precipitada de casarnos porque pensé que estaba embarazada, pero no lo estaba, cuando ya se divisaba la guerra. Se lo conté todo, sin guardarme nada y él me escuchó.

—¡Y justo entonces decidió alistarse! Recién casados casi, se fue voluntario a luchar por su país y me dejó. Y ahora sé que él podía

haber pedido un destino en Londres, así hubiésemos podido estar juntos. Y lo peor es que nunca me dijo a qué se dedicaba, nunca supe que pertenecía al servicio secreto como agente. Me dejó para irse a jugar a los espías sabiendo que nunca me gustó estar sola. Y por todo eso me siento engañada y enfadada —dije apretando los puños al terminar.

Después resoplé como si acabase de abandonar un gran peso a mis pies y el alivio inmediato me provocó un intenso suspiró que dio paso a un sollozo del que me arrepentí enseguida.

Andrew se acercó despacio, me acarició el hombro y aquel gesto suyo, silencioso y dulce, me desarmó por completo y las lágrimas comenzaron a brotar sin freno.

Mi sorpresa fue que, en vez de mostrarse contrariado o incapaz de saber qué demonios hacer con una mujer llorosa, como le hubiese ocurrido a mi tío o a mi difunto marido, Andrew no mostró desazón alguna y rodeándome con sus brazos me acunó con ternura, haciendo que me sintiese aliviada de inmediato.

«Hacía tanto que nadie me abrazaba…», pensé. Siempre fui yo la que proporcionó consuelo durante todos aquellos años de horror. Nadie se había preocupado en consolarme a mí o tan siquiera preguntarme cómo me encontraba. No daba tiempo a nada de eso cuando llegaban los heridos del frente y había que correr a salvarlos. Las enfermeras no teníamos tiempo para llorar.

Continué hipando como una niña, abrazada a Andrew. Él me apretó un poco más fuerte contra su pecho y yo me apoyé para dejar que me acunase mientras murmuraba palabras ininteligibles en gaélico y me acariciaba el pelo como si fuese una de esas potrancas a las que domaba. Lentamente, comencé a calmarme gracias a Andrew, que me frotaba la espalda ofreciéndome el refugio de su pecho ancho y cálido.

Andrew olía a musgo y turba, a heno y leña, a fogata y whisky. Su pecho subía y bajaba con cada respiración, sus manos presionaban mi espalda arriba y abajo, despacio. Poco a poco dejé de sentir aquella angustia que me oprimía la garganta, elevé mi rostro hacia el de Andrew y me encontré con su mirada dulce y apacible y sus labios sonrosados y entreabiertos.

De pronto, me sentí terriblemente turbada y separé mi cuerpo del suyo. Él se apartó de mí ruborizado. Me fijé en sus orejas, rojas como brasas, que parecían suavísimas a la luz del sol, con una pelusa rubia como la de los niños.

—¿Quieres caminar un rato? —preguntó.

—Sí, me apetece andar un poco —sonreí azorada.

Andrew tomó las riendas de su caballo y caminando a mi lado lo llevó hasta un riachuelo cercano. Después soltó al caballo para dejarlo beber en la orilla. Los dos nos sentamos para observar a *Whisky*. El lugar me pareció maravilloso, con el bosque al lado, lleno de los colores verdes de la primavera y el agua cristalina

—¿Sabes francés? —pregunté para romper el silencio recordando su historia de los Bisset de Beauly.

—Un poco. Lo estudié durante un año, cuando mi tío me envió interno a un colegio en Edimburgo, antes de la guerra. Pero… bueno, no duré mucho allí.

—¿Por qué?

—Me echaron —dijo Andrew con una sonrisa pícara de niño travieso.

—¿Qué ocurrió? —pregunte dispuesta a escuchar lo que de seguro era otra historia divertida y bien contada.

—Pues, verás… Me pillaron besando a la hija del director del colegio.

—¡No! —exclamé entre carcajadas.

—Sí, la expulsión fue inmediata —rio Andrew.

—Así que eres un Casanova.

—¡Oh, no, no! — exclamó apurado—. Fue ella la que se coló en mi dormitorio e intentó besarme y… bueno, me besó, de hecho. Me pillaron porque su padre estaba alertado de las rondas nocturnas de su hija por los pasillos de los dormitorios de los internos. El único que no lo sabía era yo. El director entró seguido del guardián nocturno que había visto como ella se había colado por la ventana trepando a un árbol que pegaba a los dormitorios. Lo hacía habitualmente cuando se bebía el whisky de su padre. Le olía el aliento de lejos. Pero nadie me lo avisó. Dije que estaba borracha y eso le enfadó mucho al director.

Me defendí como pude, pero nadie me creyó.

—¡Oh, Andrew! —dije retorciéndome de risa.

—¡No te rías! Mi tío me castigó duramente. Estuve un mes recogiendo estiércol.

—Es que es muy gracioso cómo lo cuentas. Lo siento —me excusé intentando dejar de reírme.

Andrew asintió riendo también, mientras yo recordaba a la chica del mercado, Lorna. Parecía que el joven Andrew tenía un imán para las chicas atrevidas.

Andrew me observó sonriendo en silencio.

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, gracias. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto— suspiré.

—Me alegro —dijo asintiendo.

Se tumbó sobre la hierba todo lo largo que era y cerró los ojos al sentir los rayos del sol sobre su rostro. Contemplé como el sol sacaba destellos de fuego de su pelo y de la barba incipiente que empezaba a asomar en su recia mandíbula. Definitivamente, Andrew era hermoso, un hombre bello y así, sereno y despreocupado, parecía incluso más joven. En sus rasgos podían aún adivinarse los que una vez tuvo de niño, con las mejillas sonrosadas salpicadas de pecas, sus labios rojos, sus pestañas doradas, largas y espesas y sus párpados azulados.

Tuve que reconocer que no me extrañaba que las chicas encontrasen tan irresistible aquella virilidad que exhibía sin darse cuenta. Aunque concluí que a mí, lo que más me agradaba de Andrew era esa dulzura suya, mezcla de inocencia y sinceridad, junto con la inexperiencia juvenil que desprendía y que lo hacían parecerse a un cachorro de alguna raza grande y cariñosa.

Quise pensar que la guerra, a pesar de sus cicatrices, no había podido con su ternura natural, que no había destruido su esencia, porque eso podía significar que tampoco habría destruido la mía.

Andrew se quedó dormido en un momento, sobre el abundante y mullido césped repleto de margaritas. Su respiración se ralentizó poco a poco y su rostro se relajó por completo. En ese momento parecía un niño y no pude evitar sonreír.

Me quedé contemplándolo en silencio. Su cabeza estaba ladeada y tenía una expresión de completa paz en el rostro sosegado por el sueño

Me fijé en su frente amplia, sus pómulos altos y esculpidos, su mentón poderoso. Tenía una barbilla dividida en dos por un hoyuelo. Andrew era un hombre de huesos largos y grandes músculos. Ya lo había visto sin camisa por exigencias médicas y todo su inmenso y elegante cuerpo me recordaba al de una estatua griega de esas del Museo Británico, pero aquella parte de su anatomía, esa parte hundida donde acababa su cuello largo y fuerte y comenzaba su pecho tan ancho y musculoso, no sé por qué, me parecía especialmente atrayente. El lugar perfecto de su cuerpo era precisamente aquel hoyo entre sus clavículas, bajo su nuez.

Permanecí abstraída unos instantes y pude ver el pulso palpitando en su cuello.

Su pecho subía y bajaba lentamente. No sé cuantos minutos pasé contemplándolo, regodeándome en su belleza devastadora, sin sentirme culpable en absoluto.

Pero de pronto, Andrew arrugó el ceño y comenzó a emitir gruñidos. Los ojos se le movían bajo los párpados. Estaba teniendo una pesadilla. Su cara se contrajo de angustia, estaba sufriendo y decidí despertarlo. Toqué su brazo con suavidad y entonces su cuerpo entero saltó, abrió mucho los ojos y me vio. Parecía desorientado, estaba asustado y respiraba afanoso. Se sentó rápidamente y yo le acaricié la espalda. Tenía el cuerpo rígido y temblaba. Había visto eso antes en el frente: era el miedo, el miedo acumulado que pasaba factura en forma de pesadillas.

—Estás en casa. Estabas soñando. Ya terminó, la guerra terminó —susurré despacio, intentando hacerlo volver con delicadeza.

Andrew inspiró y resopló con fuerza.

—En mi cabeza aún no ha terminado. A veces… sueño con que estoy todavía allí, sueño con mis amigos muertos, los veo destripados por un obús.

—Lo sé.

—A ti también te ocurre, ¿verdad, Grace?

Asentí. Andrew cerró los ojos con fuerza y suspiró. Se quedó un rato en silencio, después pareció sobreponerse, se levantó, fue hacia el río y se mojó la cara para despejarse.

Me levanté también y fui a su encuentro. *Whisky* se acercó a Andrew y apoyó el morro en la espalda de su dueño. Él se giró y le acarició la cabeza, hablándole en gaélico con ternura.

—Le digo que estoy bien. Los caballos lo notan todo, sienten los estados de ánimo de las personas, sobre todo la de sus dueños. Él me relaja mucho y lo sabe —Andrew tomó las riendas de *Whisky* y se giró hacia mí sonriendo—. Ven acércate a él, no tengas miedo.

—No es miedo, es que no sé si le gusto —dije andando hacia *Whisky*.

—Él nota que estás incómoda o insegura, por eso no se acerca a ti. Si quieres ganarte su confianza tienes que acercarte tú a él. Camina tranquila, despacio. Además, una actitud calmada se transmite al animal. Si estás nerviosa cuando estás interactuando con él, lo único que conseguirás es que el caballo también se ponga nervioso. Es como con las personas.

Miré a Andrew y a *Whisky* intermitentemente. Volvía a ser el mismo Andrew de siempre tras apartar de su mente las sombras de la guerra. Él me inspiraba confianza y eso me hizo acercarme con mayor facilidad a su hermoso caballo de pelaje castaño anaranjado. Andrew me observaba con sus ojos claros y dulces, asintiendo.

—¿Cómo lo logras? ¿Cómo consigues domarlos?

—Es una cuestión de paciencia, de darles su tiempo. No lo puedes forzar porque no funciona. Es un proceso lento, suave. Lo principal es pasar mucho tiempo con el caballo. Visitarlo siempre que puedas, simplemente para hacerle compañía. Les gusta no estar solos. Es lo primero que hago cuando intento domarlo. Lo cepillo, le doy de comer. La persona a la que más respeto tienen siempre los caballos es a aquel que les da de comer. Puedes probar a darle frutas, como manzana, o vegetales como zanahoria, por ejemplo. Cada uno tiene sus gustos, todos tienen su propia personalidad. Cuando el caballo nota que lo cuido, confía en mí. Luego hago que su futuro dueño me imite para que el caballo lo acepte como a mí. Pero para entonces ya

ha hecho el vínculo con los humanos. Cepillarlo es otra forma de estar en contacto con el animal. Hay que cepillarlo siempre que lo visites. Si no es con el cepillo, puedes pasarle los dedos suavemente. Mira así —dijo tomando mi mano y llevándola junto con la suya hasta el pelaje del lomo cálido y suave de *Whisky*. Él cabeceó un poco al principio, pero enseguida se dejó acariciar por mí sin problemas, conducida por la mano grande y cálida de Andrew.

—Es muy agradable —dije.

—El contacto tranquilo se transmite directamente al caballo. Por eso, son tan dóciles cuando se les acaricia. Acariciarlo suavemente puede ser una buena manera de que siempre te relacione con la tranquilidad, lo que es algo muy positivo. Pero no se puede de cualquier manera, hay que saber cómo acariciar a un caballo porque hay ciertas zonas que es mejor no tocar y porque hay que hacerlo paso a paso. Al igual que con la comida, hay que acercar la mano hacia su nariz para que la huela y te relacione por el olfato en posteriores ocasiones. Después, se acaricia las zonas que le son más agradables, como es el cuello, la espalda y el muslo. Él te marcará el límite hasta dónde quiere llegar y que no deberías forzar. Si no, le pondrás nervioso.

—De niña montaba, pero un caballo me dio una coz una vez y creo que no me fio mucho de ellos por eso.

—Es por la visión periférica. No son cazadores. Al tener los ojos situados a los lados de la cara, y no de manera frontal como nosotros, su visión es lateral. Esto hace que tenga nula visibilidad en su parte trasera. Así que para que no se altere, porque nos sienten, cuando nos acerquemos al caballo, para no asustarlo, deberemos de hacerlo donde tiene su campo de visión, por los lados. Si se asusta, puede reaccionar con una coz. A la hora de caminar con el caballo, procura no alejarte demasiado de él, sobre todo si estáis en un terreno que no conoce, porque también se asustará. Los caballos son muy asustadizos, pero les gusta la compañía.

—Me podría pasar horas acariciando a *Whisky*.

—Le gusta cómo lo acaricias —sonrió—. A mi *Whisky* me calma. Cuando regresé, él me recordaba y sentí que me había echado de

menos. Nos conocemos desde que era un potrillo. Pasé muchos días solo con él, cabalgando a mi vuelta.

Miré a Andrew con ternura y dejé de acariciar a *Whisky* un momento. El caballo lo notó y me dio un toque suave con su cabeza.

—Quiere que continúes. Le gusta tu tacto —dijo con su voz más suave, la que empleaba para domar a los caballos—. Háblale. Conocer tu voz también será importante para poder ganar su confianza. *Whisky* ya empieza a reconocerte. A él le gusta que le den conversación. Yo le hablo mucho y él lo agradece. En el caso de los caballos, si tenemos un tono de voz elevado, tendremos que forzarlo para que no sea así, bajarlo. Un tono suave hará que no se altere.

Me di cuenta de que Andrew tenía razón, que las relaciones buenas y duraderas entre los humanos también se crean mediante el contacto y el cuidado constante y quise creer que era eso lo que nos estaba ocurriendo a Andrew y a mí.

—El sol está muy bajo ya, pronto anochecerá y empieza a hacer frío. Deberíamos volver para no acabar con el culo helado.

Montó de un saltó y me tendió la mano con una de sus sonrisas espectaculares.

CAPÍTULO VIII

Una casa de cuento

Cuando regresé a la pensión de la señora Baxter me la encontré de nuevo indispuesta. Finalmente, se sinceró conmigo delante de una taza de té.

—Fui a ver al doctor Lean, como me aconsejó usted, y me mandó hacer unas pruebas —mi casera hizo una pausa para tomar aliento antes de proseguir—. Me lo dijeron ayer. Tengo un tumor en el pecho y quieren que me opere rápidamente.

—¡Oh, señora Baxter! —dije sinceramente afectada por la noticia.

—Mi madre murió de eso mismo. Pero no la trataron. ¿Qué piensa usted? —preguntó Mai Baxter con voz temblorosa.

—Señora Baxter, no soy médico. Yo…

—Oh, pero podría serlo si se lo propusiera. Ya lo creo —sonrió.

Aferré su mano con fuerza.

—Debe hacerlo. Debe tratarse. Si le han dicho que lo haga es que hay esperanza.

La señora Baxter asintió.

—He hablado con mi sobrina y ella podría alojarme mientras estoy en Edimburgo y operarme allí. Supongo que lo mejor es que me vaya con ella porque necesitaré ayuda, ¿verdad? —asentí intentando mantenerme firme, sin mostrar mis emociones. La señora Baxter suspiró—. Entonces lo haré. Confío en usted, querida. Lo único que siento es que tendré que cerra la pensión y la dejaré sin alojamiento.

—Por eso no se preocupe, Mai. ¿Puedo llamarla Mai?

—Claro que sí, querida —sonrió.

—Me las arreglaré —dije aferrando de nuevo su mano.

Pero lo cierto era que se me presentaba un problema. Necesitaba un lugar donde quedarme y tenía que encontrarlo rápido. Y los hoteles estaban por encima de mis posibilidades. Además, como dijo la señora Baxter, no estaba bien que una mujer se alojase sola en un hotel. Era poco respetable para cualquier señora o señorita que quisiese mantener una reputación correcta. A mí no me importaba tanto mi

reputación como a mi casera, pero tuve que admitir que no podía permitirme el lujo de perder el trabajo por habladurías. Y eso no era tan difícil en un pueblo. Además, lo necesitaba. Necesitaba el sueldo hasta que comenzase a cobrar la pensión de viudedad. George no me había dejado mucho.

En realidad, era yo quien no quería tener que disputarme nada con su hermana, una mujer a la que apenas había visto un par de veces. La familia de George, acomodada, con varios miembros en el ejército y descendiente de terratenientes de Oxforshire, no mostraron ningún interés en acudir a nuestra boda civil improvisada en Londres. Tampoco se había puesto en contacto conmigo tras conocer la desaparición de mi marido. Di por supuesto que su trabajo como profesor no le reportaría muchos beneficios y que a su familia, yo le parecería poco como consorte.

Fue la propia señora Baxter quien me solucionó el inconveniente de mi alojamiento. La buena mujer se sentía culpable de dejarme en la calle de un día para otro y habló con el reverendo, que al parecer no solo trabajaba como sacerdote de sus fieles para la iglesia de Escocia, sino que en sus ratos libres se dedicaba a hacer de gestor inmobiliario.

El reverendo McCormack, un hombre grueso de mediana edad, con la misma cara saludable de todas las gentes de por allí, apareció por la pensión a la hora del té para degustar las galletas de jengibre de mi casera, *scones* con crema y emparedados de jamón con mantequilla.

—Se trata de la antigua propiedad de los Chisholm. Está a las afueras, un poco alejada y necesitará una mano de pintura para la humedad. Lleva un par de años cerrada, pero la techumbre del *cottage* está en perfectas condiciones —dijo el reverendo—. ¡Qué maravilla volver a probar el jamón asado, Mai! Lo echaba de menos. El racionamiento parece que está llegado a su fin, felizmente.

—Estaba un poco caro, pero ya iba siendo hora de volver a las buenas costumbres y tomar un té como Dios manda.

—¡Desde luego! —rio el reverendo.

—También he conseguido panceta y salchichas —añadió la señora Baxter ante el regocijo del reverendo.

—Disculpe… ¿Se puede ir andando desde el dispensario? —

pregunté dudando si atacar la bandeja con los emparedados antes de que el reverendo diese cuenta de todos ellos.

—Es un buen paseo, pero usted tiene piernas jóvenes —dijo la señora Baxter.

—Siempre puedo agenciarme una bicicleta —dije intentando animarme a mí misma.

—El alquiler creo que se adecuará perfectamente a sus posibilidades, según lo que me ha contado Mai —dijo el reverendo cogiendo otro emparedado de jamón.

—Está en el camino a la granja de los Grant, cerca de un pequeño bosque —añadió mi casera.

—¡Ah, conozco el camino! —dije animada por la perspectiva de ser vecina de Andrew y su tío. Recordaba el desvío del que me habló Andrew la primera vez que me llevó desde la granja hasta Inverness explicándome los nombres de todos los lugares y hablándome de a quién pertenecía cada propiedad que veíamos de camino.

—¡Pues no se hable más! —dijo la señora Baxter aliviada.

—Muchas gracias, les estoy muy agradecida —dije dirigiéndome al reverendo y a Mai Baxter.

—No hay de qué, señora Grenville. Espero verla por la iglesia el domingo —se dejó caer el reverendo.

—Oh, me temo que soy católica, padre.

No quise explicarle que en realidad nunca había prestado mucha atención a ritos religiosos de ningún tipo. Mi familia descendía de franceses, mi tío era agnóstico y George, aunque de religión anglicana, nunca fue lo que se dice un hombre excesivamente místico.

—Puede ir a la iglesia de todas formas. Estaré encantado de recibirla los domingos.

Asentí sin mucho entusiasmo viendo como el reverendo daba cuenta del último emparedado. Y pensé que era una lástima haberme quedado sin probar el jamón asado, y que debía haber estado más rápida.

Fue el propio reverendo McCormack quien se ofreció a acompañarme hasta la antigua propiedad de los Chisholm en su coche,

un Morris 10 de 1939. Fue cuando le hablé de mi tío Archie, un hombre enamorado de los automóviles, dejándole muy sorprendido de mis conocimientos acerca de los vehículos británicos. Después, el reverendo me explicó cómo, tras morir el único hijo de la familia en la guerra, los Chisholm habían vendido los animales y se habían marchado a Edimburgo, al no poder hacerse cargo solos de sus pocas ovejas, gallinas, unos cuantos cerdos y un par de vacas.

—Tuvieron al pobre muchacho ya mayores, sabe usted. Fue una lástima —dijo el reverendo apenado—. Mire, ahí está la antigua granja Chisholm.

Dirigí la vista a donde apuntaba el dedo del reverendo y la vi; era una pequeña casita de dos plantas, con el tejado de pizarra, a la que se accedía por un estrecho sendero rodeado por prados cercados por muros bajos de piedra. Tras la casa estaba el antiguo establo y no muy lejos, entre la bruma, se divisaba un oscuro bosque de coníferas.

Accedimos a la propiedad y bajamos del coche. Nada más poner un pie en tierra escuché el sonido del agua.

—Se escucha como… ¿Hay algún río cerca?

—En efecto, es un afluente del río Ness, un riachuelo, más bien.

Rodeé la casita mientras el reverendo charlaba de su buena orientación hacia el sur y la cercanía a Inverness.

—Y como ya sabe, los Grant no están muy lejos de aquí. Siguiendo el sendero, atravesando el bosque, se llega enseguida a su granja. Es un atajo.

Me fijé en el terreno circundante y el antaño pequeño huerto, ahora lleno de malas hierbas debido al abandono. Plantas humildes como los cardos, tréboles y dientes de león se habían adueñado del entorno, pero también pude comprobar como alguna prímula asomaba entre las zarzas. La hiedra había trepado por las paredes y el musgo y los líquenes lo invadían todo, pero pude vislumbrar un rosal de la blanca y sencilla rosa escocesa y algunos arbustos de lavanda. Los narcisos y margaritas silvestres abundaban por los alrededores, y dando sombra a la entrada había un cerezo en plena floración.

Pude imaginar cómo habría sido el antiguo huerto con coles, nabos y zanahorias, fresas y hierbas aromáticas de temporada, y recordé el

que mi tío tuvo en Oxford, porque, como él decía, el estar atado a la tierra, trabajándola, le hacía poder pensar mejor en sus discursos académicos.

Por dentro, la casa no pintaba mejor que el exterior azotado por la lluvia y la nieve. Olía mucho a polvo y a humedad. Las paredes pedían a gritos una buena mano de pintura. Los muebles brillaban por su ausencia, pero una recia mesa que aparentaba buen estado y una estupenda chimenea presidían la planta baja de una sola estancia. Las escaleras que daban a la planta superior y las vigas de madera parecían estar en buen estado, y la zona de cocina y comedor disponía de un robusto fogón de hierro forjado a carbón.

Subimos a la primera planta que disponía de dos habitaciones, lo que había sido dos dormitorios, uno pequeño, supuse que el del hijo de los Chisholm, y otro más grande. Sorprendentemente, la casa poseía un cuarto de baño con lavabo, sanitario con cisterna y una gran bañera esmaltada en color blanco.

—La casa no tiene luz eléctrica, pero sí agua corriente. El tendido eléctrico de Inverness no llega aún hasta aquí, pero está proyectado hacerlo. El propio Alex Chisholm fue quien puso un cuarto de baño para su esposa. Eran un matrimonio ejemplar y muy buenos vecinos y feligreses.

—Es extraño que nadie haya querido alquilarla hasta ahora. Es un bonito lugar —dije pensando en voz alta.

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, hay gente que asegura haber visto el fantasma del hijo de los Chisholm rondando por aquí y ni se acercan —dijo con cara de desaprobación—. Las gentes de las Tierras Altas son muy supersticiosas y en lo que más creen, lamentablemente, es en brujas y fantasmas.

—¿Aún hoy en día? —pregunté.

—Sí, son de ideas arraigadas. Yo soy del sur, de los Borders y he tenido que acostumbrarme a esas peculiaridades de mis feligreses. Es muy difícil hacerles renegar de esas creencias paganas.

—Al fin y al cabo son celtas, ¿no? Es parte de su cultura —dije recordando lo poco que había aprendido de aquel antiguo pueblo.

No recibí respuesta y continué inspeccionando las estancias,

seguida del reverendo. La humedad se había ido adueñando de cada rincón.

—Cuando los Chisholm vivían aquí, esto tenía mejor aspecto —suspiró el reverendo mirándome de reojo mientras yo inspeccionaba todo en silencio—. Podemos buscar otra cosa, no se preocupe.

El papel de las paredes estaba despegado y en algunas se caía a jirones. Pero había algo en aquel pequeño *cottage* que me gustaba. Estaba orientado al sur y la luz del sol entraba por las ventanas iluminándolo todo. Podía imaginarlo bien encalado, con muebles recios y cortinas blancas, como si fuese la casita del bosque de Blancanieves.

—Si me baja un poco el precio del alquiler me lo quedo —dije mirando al reverendo con los brazos en jarras.

—Necesitará ayuda para sanearlo todo, muebles nuevos, enseres…

—Sí, eso está claro —suspiré—. Pero no me importa un poco de trabajo. Ni los fantasmas.

«Así mantendré la mente ocupada. Es lo mejor», pensé imaginando la soledad, aquella vieja compañera, que me daba mucho más miedo que cualquier ánima perdida.

El reverendo se ocupó de proporcionarme pintura y brochas, una escalera y útiles y productos de limpieza, así como barniz para las maderas, y se comprometió a llevarme en su automóvil en los ratos libres que me dejaba la enfermería. Gracias a eso logré limpiar todo el interior de la casita en un tiempo récord. Con mi exiguo sueldo compré sábanas, toallas y menaje de cocina en la tienda de caridad de la Cruz Roja, y también me agencié una bicicleta de segunda mano para poder cruzar Inverness con mayor facilidad.

Cuál no sería mi sorpresa, cuando nada más llegar a la antigua casa de los Chisholm, en el que iba a ser mi primer domingo como pintora de paredes, me encontré con Hamish y Andrew, ya sumergidos en la tarea de blanquear tabiques y lijar maderas.

—El reverendo nos dijo que necesitaba que le echásemos una mano, muchacha —dijo Hamish al ver mi cara de sorpresa.

—¡Oh, vaya! Pues… muchísimas gracias. Lo cierto es que no me

viene nada mal —balbuceé vestida con unos viejos pantalones de lona que había conseguido en la tienda de la Cruz Roja, mis botas de agua y un pañuelo anudado en la cabeza.

—Hoy es domingo y el reverendo estaba ocupado —bromeó Andrew mirándome divertido.

Su sonrisa inmensa me hizo sonreír a mí también y así, contagiada de su espíritu alegre y amable, me puse manos a la obra.

Andrew y yo nos dedicamos a pintar las paredes exteriores e interiores y Hamish, después de ocuparse de reparar el tejado, al que le faltaban unas pocas tejas, se unió a nosotros. La primera jornada terminó con una cena improvisada a base de empanada de carne que había preparado la señora Baxter, galletas de avena con queso y un poco del whisky de Hamish.

Tuve que esperar al siguiente domingo para terminar la tarea de adecentar mi nuevo domicilio. Los Grant volvieron a ayudarme. Esta vez solo se presentó Andrew como pintor. La cercanía que compartíamos hizo que la mañana transcurriese entre risas y anécdotas divertidas. Él me hizo sonreír con sus historias de las gentes de Inverness mientras nos pasábamos el bote de pintura.

A la tarde apareció Hamish y nos encontró riendo a carcajadas, sentados sobre una vieja manta, en el suelo, manchados de pintura y comiendo manzanas.

—Veo que os lo estáis pasando en grande en vez de trabajar —dijo Hamish bajando del carro.

—Ya hemos terminado. Solo estábamos descansando un poco —se excusó Andrew.

—Pues todavía queda tarea, así que venga, ¡arriba!

Me incorporé y mi sorpresa fue mayúscula al ver que el tío de Andrew traía el carro cargado de muebles.

—¿Y eso? — exclamé.

—Tus muebles, muchacha, que tienes mesa pero no dónde sentarte.

Y así, con los muebles que Hamish había conseguido, y que nunca me dijo cómo, concluimos la labor de dejar la casa lista para vivir.

Lo último que colocamos fue el colchón para mi cama con el

cabecero de forja.

La casa olía a recién pintada y las cortinas de encaje que me había hecho Mai Baxter para las ventanas eran blancas.

Andrew y su tío se despidieron de mí tras ayudarme a encender la cocina económica y la chimenea que caldearía toda la casa.

Cuando ya creía que me encontraba sola y aún manchada de pintura, agotada y dispuesta a preparar el primer té en mi nuevo hogar, llamaron a la puerta. Al abrirla me encontré el metro noventa de Andrew frente a mí con un ramillete de flores.

—Pensé que… bueno, sueles tener un jarrón con flores en la enfermería y he visto que ponías uno sobre la mesa cuando estábamos terminando de colocar la vajilla y pensé que… que te gustaría para adornar la casa en tu primer día. Bueno, noche.

Me quedé sin poder reaccionar, mirando el pequeño ramo de flores, en las que destacaban unas nomeolvides de un vivo azulón junto a otras florecillas silvestres. Andrew continuó ofreciéndome el ramo durante unos instante, aguardando hasta que se lo cogí azorada.

—Gracias, Andrew. Son preciosas —acerté a susurrar, enternecida por aquel gesto tan dulce—. ¿Quieres pasar y tomarte un té?

—Gracias, Grace, pero creo que es algo tarde y… debo marcharme.

—Lo comprendo. En otra ocasión —dije decepcionada.

Andrew asintió con una de sus espectaculares sonrisas y tras un escueto buenas noches se marchó. El sol se ponía ya cuando lo vi alejarse con su habitual forma de caminar a grandes zancadas.

Me dispuse a colocar el ramillete en el jarrón que había comprado expresamente para decorar la recia mesa de roble de la cocina-comedor pensando en el caballeroso gesto de Andrew, mientras intentaba apartar mis pensamientos negativos acerca de su rechazo.

«Se lo has pedido porque temes la soledad que te aguarda esta noche. Pero por mucho que busques no vas a encontrar nada mezquino en él, todo lo contrario, es un chico decente y más listo que tú, por eso no ha aceptado», me dije.

En realidad, si me paraba a pensar en dónde me encontraba y aparcaba mis modernas y estúpidas ideas de ciudad, era fácil comprender su respuesta. Probablemente, Andrew no había aceptado

mi té porque era un caballero y no consideraba correcto quedarse a solas en casa de una joven viuda, al anochecer. Él era muy consciente de que si alguien lo veía salir de mi casa solo me comprometería. Al fin y al cabo, Inverness no era Londres, sino una ciudad muy pequeña en la que todo el mundo se conocía y en la que los chismes estaban a la orden del día.

Posé el jarrón con un poco de agua y las florecillas en el centro de la rústica mesa y me dispuse a pasar la primera noche en mi nueva morada.

Debido a todo el trabajo del día, nada más tumbarme en la cama de forja, sobre el estupendo colchón de plumón de ganso que me había conseguido Hamish, junto con unas bonitas mantas de lana, me quedé dormida.

Y el sueño fue reparador, sin las pesadillas de antaño.

CAPÍTULO IX

El bosque de la bruja

Por fin estábamos cara a cara mi soledad y yo. La verdad era que nunca había vivido sola. Primero lo hice con mis pobres padres, luego con mi tío y después con George. En el hospital o en el frente compartía todo con mis compañeras enfermeras. Era la primera vez en mi vida que estaba en un lugar que era solo mío.

Mis primeros días en la antigua casa de los Chisholm fueron de calma y descanso tras la jornada laboral, alternados con fines de semana de frenética actividad para lograr que aquella vivienda tuviese la apariencia de un hogar.

La vida en aquella casita de cuento parecía ir tomando cierto orden. Había comenzado a tener rutinas domésticas y por primera vez comenzaba a disfrutarlas. Y aunque aquel agujero en mi interior, lleno de una desasosegante soledad que nunca se cerraba con nada ni con nadie, seguía ahí, ya no parecía tan insondable. Y lo que era aún mejor, mis pesadillas con desagradables imágenes de la guerra ya no eran tan vividas y frecuentes. Algunos días, solo me despertaba con la sensación de que había tenido un mal sueño pero sin recordarlo.

Mi gran problema continuaba siendo la cocina. No había tenido ni el tiempo ni el interés por aprender a cocinar que se le presupone a una esposa, y básicamente me alimentaba de tés, tostadas de mantequilla y mermelada, queso con galletas, huevos en todas sus variantes, sándwiches, latas de conserva, caldo hecho con Bovril y manzanas. Echaba de menos la buena mano en la cocina de la señora Baxter y suplía sus platos calientes tomando algún que otro guisado de carne o sopa de puerro en la taberna más cercana a la enfermería.

También comencé a recuperar el antiguo huerto de los Chisholm y empecé a disfrutar de paseos por los alrededores, alejándome progresivamente de la casa, tomando confianza con el bosque que circundaba la propiedad, y por cuyo sendero, el reverendo me había dicho que se llegaba a la granja de los Grant.

Era junio ya y el bosque empezó a ser mi refugio. Aquel, cercano a mi casa, estaba formado principalmente por abedules, avellanos, serbales, pinos escoceses, abetos, álamos y enebros. El húmedo y fértil

suelo estaba tapizado de helechos, musgos y líquenes. Por todas partes asomaba una fuente o un arroyo.

El bosque también era el hogar de muchos corzos, ciervos rojos y ardillas. Tampoco faltaban los urogallos, y si se tenía un poco de paciencia se podía ver sobrevolarlo a las águilas.

Siguiendo el serpenteante riachuelo se llegaba al caudaloso río Ness, que cruzaba las tierras de la granja de los Grant.

Una mañana de domingo me aventuré a adentrarme más en el frondoso bosque. En realidad, en un primer momento lo hice buscando nuevas flores para la casa. Había encontrado bonitos lirios junto al riachuelo, pero no quería cortarlos todos porque junto al agua quedaban realmente hermosos.

Así que, poco a poco, penetré en la espesura siguiendo el sendero. Fue entonces cuando me despisté al ver unas preciosas prímulas escocesas, con su furioso color morado, y perdí de vista el sendero.

No llegué a perder la calma ni a sentirme extraviada porque enseguida salí a un claro del bosque donde los árboles habían creado un círculo abierto a la luz del sol. El lugar poseía una calma que hizo que me sintiese a salvo. Me quedé allí, en el centro del claro, bajo el sol, mirando al cielo. De repente, de entre la espesura apareció como de la nada una anciana que sujetaba una cesta con lo que parecían un par de liebres muertas y un ramo de flores.

Di un respingo asustada. La mujer me miró de arriba abajo, acercándose sin inmutarse, con sus ojos de un color ámbar idéntico al de los míos.

—Hola, buenos días —dije intentando sonreír con el corazón latiéndome con fuerza por la sorpresa.

Quise reanudar mi camino, pero la anciana llegó hasta mí en silencio, mientras continuaba observándome. Tenía unas ropas raídas y pasadas de moda, pero limpias, y el pelo plateado, suelto, largo y rizado le caía sobre los hombros. Toda ella transmitía una imagen de dignidad y elegancia, no de pobreza. No era una vagabunda. Sus rasgos aún eran hermosos, probablemente había sido una mujer muy bella porque aún tenía una hermosa figura y una piel delicada y perfecta para su edad.

—¿Se ha perdido, forastera? Parece estar muy lejos de casa, *caileag* —me preguntó con voz suave y profunda. Posiblemente, se había fijado también en mi acento, como todo el mundo por allí.

—Pues… en realidad no lo sé —sonreí—. Creo que me he desviado del sendero. Iba en dirección a la casa de los Grant.

—Sí, se ha desviado un poco. Es por allí, cruzando un grupo de avellanos —dijo señalando hacia un lado del claro—. No tema. El bosque es seguro, más que la ciudad. Hay algún tejón y puede que de vez en cuando aparezca un jabalí, pero si no los molestas no se meterán contigo. Lo único que no debes hacer nunca es quedarte dormida bajo un árbol cerca de la colina porque las hadas te llevaran, y cuando despiertes pensarás que han pasado tres días, pero en realidad habrán pasado muchos años y ya nadie te recordará.

Observé a la anciana desconcertada por sus palabras.

—Soy la nueva enfermera del dispensario de Inverness. Me llamo Grace. Hago visitas a domicilio, por si alguna vez necesita algo —dije para cambiar de tema.

—No suelo ir mucho a la ciudad, pero gracias. Yo me llamo Hazel y también fui forastera una vez. Mi casa está hacia las montañas, tras pasar dos viejos tejos que crecen juntos, por si algún día te pierdes o necesitas algún ungüento para torceduras o remedios para el reuma —se giró para indicarme la dirección—. Aunque, creo que para ti podría preparar algo más adecuado que linimento para unas friegas. Tal vez algo para despedirte del pasado mientras aguardas el zumbido de las abejas.

La miré turbada por sus palabras y asentí sin comprender muy bien a qué se refería, absorta en contemplar sus manos huesudas, pero de algún modo elegantes. En sus dedos pude advertir unas marcas extrañas que los rodeaban, como líneas y puntos aparentemente tatuados.

—Gracias, Hazel —dije intentando sonreír.

—No hay de que, *nighean bhreagha* —respondió con aquella voz que por un instante me pareció reconocer en algún rincón de mi memoria.

Seguí las indicaciones de la anciana y enseguida encontré el

sendero que conducía a la granja de Hamish y Andrew.

Para cuando llegué, el tiempo había cambiado radicalmente, como era habitual por aquellas tierras. Se había levantado un viento fuerte, húmedo y enseguida sentí frío.

Divisé la granja de los Grant y calculé que se tardaba en llegar unos veinte minutos a buen paso desde mi nuevo hogar, si excluía el rato que estuve perdida y mi extraña charla con la anciana del bosque.

Hamish estaba en la puerta de la casa quitándose sus botas de agua para dejarlas en la entrada y no mancharlo todo de barro, cuando me vio. Le saludé con vehemencia y una sonrisa, y el barbudo montañés tuvo que dejar de fruncir el ceño.

—¿Qué haces por aquí, muchacha? —sonrió.

—He cruzado el bosque dando un paseo para ver a mis vecinos. ¿Y Andrew? —dije buscando a mi mocetón amigo pelirrojo con la vista.

—Ha ido a Inverness. Ha quedado con un par de amigos. Necesita salir de la granja de vez en cuando.

—Claro, es finde semana —dije sintiéndome algo decepcionado por no encontrarlo con su tío. Llevaba días sin verlo y me lo había pasado en grande mientras arreglábamos la casa. Su presencia cercana y amable siempre me hacía sentir bien. Me apreté el cárdigan al sentir un escalofrío.

—Anda, pasa, que parece que ha refrescado y tienes cara de frío —dijo cediéndome el paso en la entrada de la casa—. Te prepararé un *Hot Toddy*.

—Perdón, ¿un qué?

—Es una bebida para entrar en calor, un trago caliente. Siéntate —dijo Hamish poniéndose a sacar botes y botellas de alacenas—. Por supuesto, lleva whisky, agua, limón y miel. No tengo limones, hay que ir a comprarlos al mercado, no siempre hay y son caros, pero sí tengo un buen whisky, clavo y la mejor miel de brezo de la zona. Le echaré un poco de jengibre para darle el toque. Ya verás como está muy bueno.

Contemplé cómo disponía todos los ingredientes sentada frente a la lumbre, sin perder de vista las elaboraciones que Hamish estaba disponiendo con cara de gran concentración.

—Suena bien.

—Y sabe mejor —dijo tendiéndome una taza bien llena de dorado, fragante y caliente caldo—. Además, tiene propiedades medicinales, muchacha.

—¿Ah, sí? —pregunté burlona.

—Comprobadas. Sirve para el catarro, el dolor de garganta y de cabeza, el resfriado, y quita hasta el dolor propio de las mujeres. Cura todo tipo de males.

Le miré asombrada por la última afirmación, pero al probarlo comprendí que si tomaba más de una taza probablemente dejaría de sentir cualquier tipo de dolor. El brebaje estaba sorprendentemente bueno.

—Está delicioso, Hamish.

—*Aye*. Está demostrado que al mezclar ingredientes dulces con agrios o picantes se estimula la saliva. Y se pueden hacer unos vahos muy beneficiosos de *Hot Toddy* para acabar con la congestión nasal. Si a esto, le sumamos una ingesta de buen whisky, le añadimos el bienestar mental, haciendo el cóctel más placentero —sonrió guiñándome un ojo.

—No lo dudo, Hamish. Es una buena receta y teoría —dije dándole otro trago largo al delicioso *Hot Toddy*. Entonces recordé a la anciana —. Por cierto, al cruzar el bosque me encontré con una mujer llamada Hazel. ¿Sabe quién es?

—Claro. Es la Bruja del Bosque —dijo sentándose a mi lado, frente a la chimenea—. En realidad nadie sabe cómo se llama ni de dónde vino y rara es la vez que aparece por Inverness. Se hace llamar Hazel, sin apellido, y se dice que tiene muchos más años de los que en realidad aparenta.

—¿Bruja? Por lo que me ha dicho es una curandera que prepara remedios con plantas y cosas así —dije asombrada. No podía creer que un hombre hecho y derecho como Hamish Grant creyese en las brujas.

—Lo más probable es que sea una *nawken*, una viajera romaní de las tierras altas, de los caminantes de verano, que les llamábamos de niños por aquí. Ya casi no quedan, son como los gitanos del sur, aunque tienen su lengua propia y sus costumbres. Montan sus tiendas

en campamentos, como los indios de Norteamérica, y van de pueblo en pueblo y por las ferias vendiendo cacharros y alfarería. Aún hablan gaélico, aunque quedan muy pocos ya. En mi niñez eran tratantes de caballos, pescadores de perlas y vendedores ambulantes. Cuando mi abuela se enfadaba conmigo porque había hecho alguna trastada me decía que yo era hijo de un gitano, por mi pelo oscuro. Aunque tú también podrías serlo, muchacha. Se dice que los viajeros de las tierras altas son los últimos pictos y que aún guardan los primitivos ritos y secretos de la era antigua de los druidas. A Hazel puedes llamarla como quieras: curandera, hechicera, *ban-druidh*…, pero es eso lo que es: una mujer sabia, como decía mi madre, que conoce las plantas, los astros, quita el mal del ojo y que sabe cómo ayudar a parir a las mujeres y a todo lo contrario. Aunque… —Hamish hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué Hamish? —dije atrapada por la forma de contar del montañés.

—Pues que esta mujer es algo más. Tiene el don de la profecía, los poderes ancestrales de los druidas. Una vez me topé con ella en el bosque y me dijo cosas que solo yo podía saber de mi propia vida —dijo Hamish poniéndose muy serio—. Llegó hace algunos años ya, y hay quién dice que es una viajera del tiempo.

—¿Qué es ser una viajera del tiempo?

—Forma parte del folklore local. Es alguien que ha traspasado el velo del tiempo y ha viajado por él a otra época. Existen leyendas como la de la mujer de Balnain, que regresó de su viaje. Es una canción escocesa. Dice que un hombre estaba en la colina de las hadas, en la víspera de *Samhain* y oyó a una mujer cantando de forma triste y lastimosa desde las rocas de la colina una canción.

—¿Qué es *Samhain*? —le interrumpí.

Hamish sonrió.

—La noche en la que el portal entre los vivos y los muertos se abre y se puede traspasar, del 31 de octubre al 1 de noviembre. Pero primero escucha esto —dijo aclarándose la voz carraspeando—. «*Soy una mujer de Balnain. La gente me ha robado otra vez, parecía que decían las piedras. Estaba sobre la colina, y el viento aumentó, y el sonido del*

trueno atravesó la tierra. Puse mis manos sobre la roca más alta y viaje a una tierra lejana, distante, donde viví por un tiempo entre extraños que se convirtieron en amantes y amigos. Pero un día, vi la luna salir y el viento se levantó una vez más. Entonces toqué las piedras y viaje de vuelta a mi tierra y volví con el hombre que había dejado atrás».

Me quedé callada escuchando atentamente y cuando Hamish Grant terminó de casi cantar con la voz de las Tierras Altas aquella leyenda ancestral, sentí un estremecimiento.

—Tengo que aprender aún muchas cosas de Escocia —susurré asombrada por mi reacción ante aquel relato.

—Puede que tú también seas una mujer sabia —sonrió el barbudo montañés mirándome fijamente.

—¿Cómo? —reí.

—Llegaste aquí en *Beltane*, muchacha.

—¿*Beltane*?

—La fiesta celta que anuncia el final del invierno, el 30 de abril. El calor del sol regresa tras los duros meses de frío invierno. Con el calor vuelve la vida, la tierra es más fértil, el ganado regresa a pastar al campo… Todo renace. En cambio, con la vuelta del *Samhain*, todo muere, finaliza la temporada de cosechas, se recoge al ganado de los prados y la etapa de la larga y abundante luz finaliza para dar la bienvenida al invierno. Es el ciclo de la vida. Son fiestas paganas que estuvieron prohibidas mucho tiempo. Las palabras proceden del gaélico escocés antiguo. Pero ya casi nadie lo habla por aquí. Mi abuela lo hacía, y mi madre. Lo que sé me lo enseñó ella —susurró con esa melancolía que ya me era conocida no solo en Hamish, sino también en el resto de los habitantes de las Tierras Altas. Empezaba a comprender a aquellas gentes bravuconas, alegres y a la vez con un sentido trágico de su destino y del pasado.

—Es una lástima no saberlo. No lo entiendo, pero todo suena hermoso en gaélico —dije sinceramente—. ¿Andrew no sabe gaélico?

—Algo. Debí enseñarle más, pero… la vida nos puso a prueba, muchacha.

De pronto, un alegre vozarrón nos sacó de nuestra franca conversación.

—¿Estabais hablando de mí? —dijo Andrew acercándose con su espléndida sonrisa.

—¿Qué tal por Inverness, sobrino? —preguntó Hamish.

—Bien, bien. Grace… —dijo haciendo su gesto característico de tocarse la gorra de tweed para saludarme. Enseguida se acercó a olisquear lo que bebíamos—. ¿*Hot Toddy*?

—Sírvete, aún queda. La muchacha estaba destemplada y es lo mejor que existe para recomponerse —dijo Hamish.

Andrew tomó una banqueta y se sentó a mi lado con una taza humeante.

—La verdad es que lo necesito. He tenido que llevar a Alec a su casa casi a rastras.

—Ese muchacho necesita una mujer —dijo Hamish cabeceando.

—No se le puede dejar entrar en la taberna—me aclaró Andrew justo antes de darle un largo trago a la deliciosa mezcla de whisky caliente—. ¡Uhm! Haces el mejor *Hot Toddy* de toda Escocia, tío.

Los miré a ambos sonriendo frente al fuego, y de pronto añoré a mi propio tío Archie.

—Debo irme ya —suspiré interrumpiendo la anécdota que, seguro, Andrew estaba dispuesto a comenzar.

Ambos, tío y sobrino, se levantaron a la vez como si yo fuese una reina.

—Hoy ha conocido a Hazel —dijo Hamish.

—¿A la bruja? —preguntó Andrew.

—¿Tú también? —reí.

—Te acompaño —dijo Andrew levantándose de su asiento, y supe que no iba a aceptar un no por respuesta.

—Siempre la hemos llamado así y ella lo sabe. Pero no le importa que le digamos "bruja", te lo aseguro. Lo acepta de muy buen grado. No es en señal de desprecio. En la ciudad, la gente que no la conoce sí habla mal de ella. No les gustan los gitanos, pero nosotros la conocemos. Solo es una mujer diferente, que no vive como las demás. Y a la gente no le gusta lo diferente porque no lo comprenden —me miró de reojo—. No me entiendas mal, pero tú… tú eres un poco

como ella.

—¿Yo?

—Una mujer viajera y sabía que sana y que ayuda a los demás.

—Entonces también soy una bruja —reí.

Y Andrew sonrió asintiendo.

—Una bruja blanca —dijo.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre nosotros mientras cruzábamos el bosque de la bruja. Aligeramos el paso y llegamos a la parte trasera de mi casa, casi a la carrera, resoplando y fatigados.

—Nos hemos mojado igual, me temo —rio Andrew.

Bajo el tabardo de lana abierto, él llevaba una camisa que por culpa de la carrera final para alcanzar mi casa, y al estar mojada, se le había quedado pegada al torso. Me di cuenta de que mi blusa había corrido la misma suerte.

Nos miramos jadeando, sofocados. Estábamos frente a frente sin poder apartar los ojos el uno del otro, petrificados y sin resuello. La dirección de su mirada se centraba en mi boca. La suya estaba entreabierta. Se chupó los labios respirando afanoso y estos quedaron húmedos, rojos y brillantes. Sus pupilas estaban dilatadas, y por un momento pensé que me deseaba.

De pronto, su mirada viró y pude apreciar como Andrew se quedaba mirando al tendedero que estaba a mi espalda, el que había improvisado para colgar la ropa. Pude ver cómo se sonrojaba intensamente y enseguida me di cuenta de por qué.

Toda mi lencería estaba allí: bragas, sostenes, medias de nailon, ligueros y combinaciones con puntillas y de colores pastel se empapaban bajo la lluvia y flotaban con el viento. Me volví a descolgarlas a toda velocidad toda avergonzada.

—Se han mojado —musité a Andrew con todas ellas en la mano.

—Eso parece —susurró Andrew intentando no mirar mi ropa interior.

No pude evitar sonreír tímidamente. En ese momento se me resbaló uno de mis ligueros, y Andrew se apresuró a cogerlo al vuelo con unos reflejos que me dejaron pasmada. Después me lo tendió y se despidió

de mí aún con los carrillos rojos como la grana.

CAPÍTULO X

El baño del fauno

El verano es una época de mucho trabajo en las Tierras Altas. Los lugareños se afanaban con las cosechas y en recoger el heno para el crudo invierno.

En aquella estación, los fines de semana, Andrew acudía a las ferias de ganado de las comarcas vecinas con su tío para vender sus terneras, queso y mantequilla. Por eso no los veía mucho y ya comenzaba a añorar su compañía.

Julio y agosto transcurrió entre rutinas en el dispensario y sin sobresaltos pero con bastante trabajo. La creación de un Servicio Nacional de Salud estaba tomando forma y el Consejo Asesor Científico de Administración e Investigación Médica de Escocia me había pedido que ayudase al doctor Lean a recoger todas las notificaciones y expedición de certificados de asistencia de salud pública del condado de Inverness para remitírselas la Junta de Sanidad que trabajaba en la redacción de la futura ley sanitaria.

Llevaba algo más de dos meses en mi casita de cuento y casi era el lugar donde más tiempo había vivido, sin contar mi niñez primera con mis padres y que ya apenas recordaba.

Me despertaba con el canto de los pájaros al amanecer, desayunaba mi té, solo eso, como siempre había hecho. Después me iba al dispensario en bicicleta, y regresaba de la misma forma para arreglar el trozo de tierra que quería convertir en un jardín y huerto. Algunas noches me acostaba nada más cenar, pero cuando lograba mantener los ojos abiertos leía junto a la chimenea, sentada en un sofá muy cómodo que me había conseguido Hamish. Como cuando era niña, había vuelto a mi antigua manía de guardar flores en los libros. Algunas de las nomeolvides de Andrew ya estaban secas entre las páginas de un volumen de Burns que había tomado prestado de la biblioteca municipal.

Disfrutaba mucho de mis paseos por los alrededores de mi casa, sobre todo por el bosque. La anciana curandera a la que llamaban bruja no me preocupaba. La había vuelto a ver un par de veces, nos saludábamos, charlábamos un poco de plantas medicinales y

proseguíamos nuestro camino. Parecía ver en mí a una igual, o esa era mi impresión cada vez que me la cruzaba.

Aquella mañana di un rodeo siguiendo el curso del riachuelo, y casi sin darme cuenta llegué hasta un lugar que parecía de cuento de hadas. Después de todo lo que había escuchado acerca de leyendas y mitología escocesa, supuse que todos por allí darían por hecho que existían y que moraban en aquel paraje tan bonito.

El riachuelo se había hecho mucho más amplio y caudaloso a medida que lo seguía en mi caminata y terminaba en una hermosa cascada, no muy alta, que caía sobre un pequeño remanso encajado entre piedras, helechos, musgo, mimbreras y sauces. Me asomé y frente al pequeño lago de aguas cristalinas descubrí una explanada cubierta con lo que me pareció la hierba más verde y con el aspecto más esponjoso que había visto en mi vida. En aquella pradera había flores de todos los colores por todas partes, y sobre ella revoloteaban mariposas blancas y amarillas. Junto al agua volaban libélulas y pensé que en cualquier momento un hada diminuta aparecería montada sobre una de ellas.

Rodeé el lugar encaramándome a una ladera y de pronto, un chapoteo en el agua me avisó de que no me encontraba sola. Me agazapé deprisa tras unos frondosos arbustos y allí, sin ser vista, desde lo alto, observé de dónde venía el sonido que claramente era el de alguien nadando.

Era un día de calor inusual para aquella región, pero aun así, supuse que el agua estaría helada. Mi sorpresa fue mayúscula al divisar a Andrew abajo, en el lago, nadando alejado de la cascada. Su pelo rojo al sol era inconfundible hasta mojado.

Mi primer impulso fue retroceder. «Debería marcharme», me dije sintiéndome culpable de estar allí espiando. Pero enseguida rechacé ese pensamiento.

«¡Qué diablos!, solo es Andrew nadando y si me ve salir de entre los matorrales de repente se morirá de vergüenza. No estoy haciendo nada inmoral», pensé.

En ese momento se giró en el agua y su cuerpo quedó flotando todo lo largo que era con los brazos en cruz. Tenía los ojos cerrados y

estaba completamente desnudo, aunque el agua lo ocultaba. Envuelto en aquellas aguas cristalinas, cubierto por ellas, parecía disfrutar mucho de su baño porque canturreaba. Tuve que admitir con una sonrisa que no tenía el mejor oído del mundo porque reconocí la canción, pero me di cuenta de que entonaba fatal.

Aquella visión de su inmenso cuerpo me impactó. Era hermoso, tal vez el chico más hermoso que recordaba haber visto nunca y no pude aguantar una sonrisa pícara cuando se puso a nadar a grandes brazadas y pude admirar su pálido trasero. Andrew se quedó inmóvil de nuevo y se dejó llevar por el movimiento del agua. El sol hacía brillar el agua que mantenía su cuerpo a flote.

Casi al llegar a la cascada braceó con vigor hasta unas rocas y se incorporó sobre ellas para situarse debajo y dejar que el chorro de agua le cayese sobre el cuerpo, de espaldas a donde yo me encontraba.

De pronto, desapareció tras la pequeña catarata como por arte de magia. Oteé intentando descubrir dónde se encontraba, pero no pude ver nada más que lo que parecía un agujero en la roca. Al rato, cuando ya estaba dudando si quedarme o marcharme, pensado si Andrew habría desaparecido entre las piedras porque le habían raptado las hadas, volvió a aparecer debajo del chorro de agua.

Me quedé completamente inmóvil, intentando atisbar, a pesar de que aquel surtidor natural dificultaba mi visión, y aguardé, contemplando como se frotaba el cuerpo bajo el agua mientras silbaba una melodía ligera y alegre, admirando el pecho musculoso, los brazos fuertes. Su cuello se estiró hacia atrás, su boca se abrió, cerró los ojos de nuevo y bebió de aquella agua cristalina emitiendo un gemido ronco al final. Después de estar un rato jadeando bajo el manto de agua que le caía sobre los hombros y resbalaba sobre su cuerpo, se giró y, casi sin que me diese tiempo a percibirlo, se zambulló de nuevo en la poza de aguas turquesas y brillante como un pez, y en unas pocas brazadas, alcanzó la orilla.

No podía dejar de observarlo. Era adictivo contemplar a Andrew creyéndose totalmente a solas, desnudo y disfrutando de la naturaleza como un fauno de las antiguas leyendas romanas. Estaba divirtiéndose como un niño y me hacía feliz verlo tan relajado. Casi temía respirar

pensando que podría escucharme y darse cuenta de que lo estaba espiando.

Me sentía tremendamente libertina, como una espectadora de algún antiguo rito pagano de purificación semi prohibido en la que simples mortales se convertían en dioses mientras ninfas vírgenes les observaban aguardando su momento y esa sensación de conocimiento, a pesar de que yo no era ya ninguna jovencita casta, me hizo ruborizarme como una adolescente.

Andrew salió del agua y se sacudió como lo hacen los perros y eso me hizo reír en silencio. Sus rizos mojados le caían por el cuello, un rayo de sol le dio de pleno haciendo que la luz sacase reflejos de fuego de su pelo. Se quedó inmóvil bajo el sol, supongo que sintiéndose limpio y renovado y en ese instante fue como contemplar al mismísimo dios del bosque, un desnudo dios nórdico del agua y las montañas.

Mi boca se abrió asombrada ante aquel espectáculo de la naturaleza. Fue como tener una epifanía. De pronto me sentí como si estuviese sufriendo una alucinación, una visión celestial. Su cuerpo se asemejaba al de una estatua griega de esas que tantas veces había visto en mis visitas a museos con mi tío. La silueta de Andrew, perlada de gotas de agua, resplandecía y supe que jamás contemplaría nada más hermoso y en plenitud que el cuerpo perfectamente esculpido de aquel muchacho pensativo, sereno y desnudo bajo la luz del sol.

Su vientre liso parecía cincelado en piedra, su espalda recta y musculosa hasta alcanzar la curvatura que daba paso a unas nalgas redondas y firmes a las que seguían unos muslos recios como columnas. Justo sobre sus glúteos respingones se vislumbraban los llamados "hoyuelos de Apolo", dos pequeños agujeros situados en el punto donde **se** unen el hueso sacro con la pelvis. Tuve que reconocer que en el caso de Andrew, el nombre de aquella zona de su cuerpo le iba que ni pintado. No todo el mundo posee esa característica física tan peculiar y atractiva a la vista que ancestralmente se asocia con ser un buen amante.

Ya había visto su torso desnudo, pero no estaba preparada para contemplar la belleza de su pelvis y aquella forma característica en "v"

de los hombres, que baja del vientre hacia ambos lados de la cadera. Mis labios entreabiertos hicieron el amago de emitir una expresión de genuina admiración.

Sin darme tiempo a continuar mi peculiar lección de anatomía masculina, Andrew se tumbó sobre el manto de hierba que supuse blanda y templada por el sol, porque justo al hacerlo emitió un suspiro de puro placer que resonó por el eco de aquel solitario y mágico lugar y que me erizó la piel de pies a cabeza. Tragué saliva para detenerme a contemplar el abundante vello rojizo y rizado de su pubis. Debí detenerme allí, pero no pude o más bien no quise perderme el espectáculo de admirar toda aquella virilidad al descubierto.

Llegado aquel momento yo ya estaba vergonzosamente acalorada. Me chupé los labios en un acto reflejo y jadeé sin poder evitarlo al detener mis ojos en la palidez de sus ingles y el sonrosado miembro descansando sobre el hueco entre sus muslos anchos y en los que se adivinaba una suave pelusa entre dorada y cobriza.

Muy a mi pesar, la imagen de George desnudo acudió a mi mente y la comparación fue inevitable. Tuve que reconocer que era difícil acercarse a aquella apabullante perfección anatómica. La belleza y las medidas de Andrew eran devastadoras.

«Definitivamente, todo él es grande», sonreí sintiéndome una descarada.

De pronto, emitió un gruñido que me sacó de mi ensimismamiento. Se estaba estirando sobre la hierba haciendo que se le marcase cada músculo de su fornido cuerpo. Para terminar la situación más pícara que recordaba haber vivido, pude contemplar cómo Andrew bostezaba mientras se acariciaba el pene y se frotaba los testículos como si fuese un león de la selva rascándose y secándose al sol. No pude evitar imaginar cómo sería tocarlo y sujetar sus testículos en mi mano. Aquella imagen instantánea, involuntaria y muy turbadora fue tan vívida que tuve que coger aire con fuerza y mi cuerpo experimentó un temblor que reverberó en mis entrañas haciendo que estas vibrasen trémulas. Era la primera vez en mi vida que sentía mariposas en el estómago sin besar a ningún hombre o al menos tener cierto contacto físico con él.

Después de aquel momento tan salvaje e indecoroso, él se levantó, se vistió y se fue sin darse cuenta de mi presencia. Aguardé un tiempo prudencial antes de levantarme algo aturdida y sintiendo que las piernas me temblaban, achacándolo a mi postura en cuclillas mientras espiaba a Andrew.

Había experimentado una fuerte impresión, pero no quise darle importancia. Eché a andar acalorada y confusa. Durante todo el camino de vuelta, aún turbada, no paré de repetirme a mí misma que Andrew solo era mi amigo, que debía aparcar aquellas desasosegantes imágenes de mi mente.

Llegué sudorosa por culpa del día caluroso y el rápido paseo de vuelta y me negué a reconocer la excitación que mi cuerpo había experimentado hasta que la vi reflejada perfectamente en mi ropa interior.

Solía asearme en el dispensario en aquella ducha que tanto me recordaba a las de los hospitales, pero que disponía de agua caliente. Una ducha rápida y práctica. Allí, en la casita, tan solo me aseaba y me bañaba para relajarme, casi siempre el viernes, como buena inglesa, pero aquella tarde necesitaba templar mi ánimo, así que me preparé un baño calentando agua en una gran olla, y aprovechando también la del recipiente de la cocina económica, que siempre estaba caliente gracias a ella.

El vapor inundó el pequeño cuarto de baño calentándolo rápidamente. Eché al agua unas gotas de aceite de baño que había comprado en una perfumería de Inverness, y que en aquel momento me hizo sentir la mujer más superficial y elegante al mismo tiempo; me desnudé y me sumergí en el agua fragrante y tibia exhalando un gemido de pura satisfacción, que me recordó inmediatamente al que había escuchado a Andrew bajo la cascada, en el lugar que yo acababa de bautizar como el "Estanque de las Hadas".

Pero fue un error, no me relajé en absoluto. Estaba tensa, nerviosa, me sentía culpable y el agua solo me traía escenas de aquel lago y de Andrew, de las líneas y los contornos de su cuerpo, de la perfecta desnudez pura y abrumadora. Las imágenes se sucedían en mi mente

en aquella bañera llena de agua caliente. Había experimentado una experiencia reveladora que me afectaba en lo más íntimo de mi ser, ahora ya no tenía duda alguna.

No paraba de pensar en Andrew, en su hermoso y hercúleo cuerpo desnudo, su piel sonrosada, sus gloriosas proporciones, las blancas caderas y esa palidez donde no le daba nunca el sol. Su piel era delicada a simple vista y debía ser muy suave. Recordé el tacto de sus manos en mí, aquel día en la granja, tras nacer el ternero; sus muslos rodeando los míos mientras montábamos a caballo, el calor que desprendía su cuerpo, su mano presionando mi vientre, su aroma. Contemplé su rostro y su preciosa sonrisa en mi cabeza mientras mis dedos, ligeros y ansiosos, se iban adentrando entre mis muslos y aquella visión, o todas juntas, me hicieron despertar por fin.

No pude evitarlo. Al lavar mis partes íntimas las sentí especialmente sensibles, al igual que mis pechos, cuyos pezones se irguieron tan solo con rozar el agua, y no quise eludir más mis necesidades, esta vez no. Las había adormecido durante años para no echarlas de menos, para no sentir la ausencia. Me había conformado, aunque añoraba profundamente el tacto de un hombre, aquellas antiguas sensaciones en mi cuerpo tan deliciosas.

Los veía todos los días, magullados, amputados, desnudos. Los lavaba, les cambiaba los vendajes y hablaba con ellos, pero de un modo mecánico, sin darles nada más que consuelo en forma de morfina. A pesar de todo, yo no era ajena a aquellos cuerpos jóvenes, a las formas masculinas. Pero estaba casada y simplemente me aferré al decoro y reprimí aquellos instintos naturales. No desear, no tener pensamientos impuros.

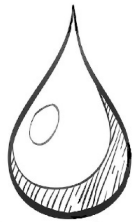
Pero allí, en aquella bañera y en aquel preciso momento, algo dentro de mí despertó; un deseo adormecido y visceral que había aguardado paciente, sin darse por vencido, emergió brutal.

Y entonces lo hice, abandoné todo atisbo de pudor y me toqué despacio primero, insegura como cuando era una adolescente y comenzaba a descubrir los placeres ocultos y solitarios. Mis dedos se deslizaron por mis pliegues, se adentraron tanteando. Después fue muy fácil recordar. Mi piel respondió a aquel deseo apabullante que

me poseía. No pude frenarlo, era tan intenso que cerré los ojos y me sumergí en el agua de la bañera sobrecogida por las sensaciones que emanaban de mi propio cuerpo.

Su voz susurrante y profunda en mi oído mientras cabalgábamos, esa dulce y tranquila voz en gaélico que empleó para domar a aquella yegua brava, llenó por completo mi mente y todos mis sentidos, saturándolos de un placer delicioso y feroz y llegué muy deprisa.

Allí, sola, como si la bañera fuera un refugio para mi cuerpo y mi alma, amparada por el agua caliente, dejé volar mi mente, la liberé del recato por un momento y volví a experimentar el temblor en mi vientre, y mis muslos se estremecieron mientras pensaba en el cuerpo desnudo y mojado de Andrew. Me dejé llevar sintiendo el latido del placer en mis oídos, sumergida bajo el agua, con la imagen de su pubis rojizo y el sonido de un suspiro, y al salir jadeé sin voz, libre al fin. El deseo había regresado y yo solo pude llorar y reír de alegría.



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XI

Un fantasma

El verano en las Tierras Altas escocesas es extraordinariamente breve y enseguida comienzan las heladas nocturnas. Andrew y su tío dudaban de que existiese el verano como tal, pero para mí, el ver todo lleno de las flores amarillas del tojo era suficiente para considerarlo verano. El espectáculo natural era apabullante, mucho más acusado que en lugares de clima más benigno. Los meses de junio, julio y agosto se convirtieron en mis favoritos porque pude contemplar el esplendor de la floración de brezo como enormes alfombras de color rosa y púrpura sobre las montañas.

En Escocia hay un brezo, el de color blanco, que se utiliza por las novias porque se dice que trae suerte. Otro perfecto para la miel y uno incluso para hacer los tejados de las casas. También pude comprobar que fue el símbolo de algunos antiguos clanes.

Otra de sus múltiples leyendas cuenta que durante muchos siglos se pensó que donde crece el brezo no ha habido derramamiento de sangre en batalla, o que esta planta solamente aparece donde fueron enterradas las hadas.

Había viajado mucho con mi tío Archie y tenía la convicción de que en los lugares en los que el clima es más duro en invierno, la primavera y el verano, sobre todo, brilla mucho más por ser estaciones tan esperadas, tal vez. Los países mediterráneos que había visitado me habían parecido de un clima mucho más monótono y decepcionante. Allí, el cambio de las estaciones no era tan claro, el sol brilla todo el año y por eso nunca encontré señales tan esplendorosas del poder de la naturaleza como las que estaba contemplando en las Tierras Altas.

Según la señora Baxter, a la que fui a visitar a Edimburgo, las Tierras Altas ya me habían abducido.

—Les pasa a muchos viajeros que nunca antes han visitado unas tierras como estas, querida —me dijo Mai Baxter a la que los estragos del cáncer que padecía la habían enflaquecido.

—El doctor Lean le manda saludos.

—Pues devuélvaselos de mi parte y dígale que me recomendó un buen especialista.

Asentí tomando su mano.

—¿Cómo se encuentra hoy, Mai? —dije.

—No aproveche para tomarme el pulso—bromeó.

—Deformación profesional —dije sonriendo y acariciando aquella mano pequeña y cálida.

—Estoy mejor, pero todavía me encuentro muy cansada y no me valgo bien con este brazo, se me hincha mucho. No le mentiré, está siendo muy duro. El dolor es intenso, apenas puedo mover el brazo y me siento… —suspiró aguantando un sollozo, llevándose la mano al lugar que antes había ocupado su pecho—. Si mi pobre Walter me viese ahora…

—Seguiría queriéndola igual, con pecho o sin él, seguro —dije.

—Lo sé, lo sé. Era un hombre amable y tan gentil… Y yo también fui guapa y joven una vez —suspiró—. ¿Podría traerme ese álbum de fotos que hay sobre la mesa, querida? Era de mi hermana y tiene algunas fotografías de mi boda.

Lo hice, le tendí el viejo álbum y ahí estaba, una jovencísima Margaret Baxter vestida a la moda eduardiana, lozana, de mejillas llenas y coloradas, ilusionada del brazo de un apuesto joven y orgulloso escocés, vestido con su kilt.

—Él se empeñó en llevar el kilt. Estaba tan guapo… No hay nada más apuesto que un escocés con kilt —se quedó pensativa un momento, absorta en la fotografía, acariciándola y de pronto reaccionó a un pensamiento—. Por cierto, qué tal le va siendo vecina de los Grant. ¿Y el joven Roy?

—¡Oh, bien, bien! Son buenos vecinos —sonreí temiéndome una ráfaga de preguntas.

—Pregunto porque hace no muchos días lo vi aquí, en Edimburgo, en compañía de una chica. No pude ver quién era ella porque estaba de espaldas. Charlaban amigablemente a la entrada de una tienda, nada más, pero de pronto él le tendió algo que brillaba. Tampoco pude ver más porque tenía cita con el médico y mi sobrina me apremió, pero me pareció que era un anillo.

Tomé mi taza de té que se había quedado helado y comencé a darle vueltas con la cucharilla intentando sonreír mientras la señora Baxter

continuaba hablando de lo bonito que estaba Edimburgo y lo que había cambiado desde que ella era joven.

Me obligué a no pensar en Andrew. Si estaba con una chica no era mi asunto. Pero me sentí avergonzada por haber tenido aquella clase de pensamientos evocando la imagen de su cuerpo y ofendida a la vez, porque él no había confiado en mí. Andrew podía haberme dicho que estaba viéndose con alguien y no lo había hecho. O tal vez, tuviese algo que ocultar, como una relación no muy honesta en la capital. No parecía esa clase de chicos, pero tal vez no le conocía en absoluto, me dije. Recordaba a amigos de George que, como él decía, hacían ese tipo de cosas y salían con muchachas poco adecuadas solo por diversión.

A raíz de aquello, no volví por los alrededores de la cascada ni me acerqué a la granja de los Grant en varias semanas.

Al final fue Hamish quien lo hizo. El verano ya terminaba y la melancolía se iba adueñando del campo y del paisaje en general.

Yo continué recogiendo flores silvestres para adornar mi casa. Las flores solían durarme días, pero a esas alturas del año era difícil encontrarlas ya. Quedaban pocas, tan solo algunas campanillas de otoño y margaritas silvestres. Pronto comenzarían las heladas, y el largo y duro invierno acabaría con las flores más resistentes también.

Estaba quitando malas hierbas del jardín y aireando la tierra cuando Hamish se plantó ante mí, a caballo. Viéndolo allí, con aquella gallardía genuina, la misma que tenía su sobrino, me imaginé que los antiguos *lairds* habrían sido como él, rudos montañeses a caballo, curtidos en intrigas y guerras de clanes.

—¿Qué es de tu vida, muchacha? Hace días que Andrew y yo no te vemos y nos preguntábamos si iba todo bien.

—Sí, claro, todo va estupendamente. Es que he estado muy ocupada. Tuve que ir yo misma a por unas medicinas a Edimburgo y estuve con la señora Baxter.

—¿Cómo se encuentra Mai?

—Bien, la operación fue todo un éxito, pero aún tiene que recuperarse. Me puso al día de todo. Hasta de que vio a Andrew en

Edimburgo —dije sin levantar la cabeza de mis matas de margaritas.

—Sí, estuvo hace casi un par de semanas en la capital.

—Mai me ha dado todo tipo de detalles de dónde estuvo y con quién. Al parecer no estaba solo. Hasta me dijo algo de un anillo y una chica —dije hundiendo la pala en la tierra con fuerza.

Hamish resopló y levanté la vista. Parecía enojado.

—Mai Baxter debe de estar mejor, no cabe duda. Sigue igual de chismosa que siempre esa maldita mujer —farfulló.

—¡No hable así de la pobre señora Baxter! —dije levantándome furiosa.

—No le deseo ningún mal y no lo haría si ella no metiese la nariz en donde no le llaman, muchacha —Hamish me miraba fijamente sobre su montura—. Andrew estaba con la viuda de Rob, uno de sus mejores amigos, muerto en la guerra. Se tuvieron que casar, ya me entiendes, y la muchacha se quedó viuda con su pequeño todavía siendo un bebé y tuvo que empeñar hasta su alianza de boda. Andrew fue a devolvérsela porque la rescató de la casa de empeños. La pobre Rose se ha tenido que ir a trabajar a Edimburgo con su hermana, que ya vivía allí hace años, y tiene una tienda de comestibles con su marido. Rose comenzó a verse con un chico el año pasado y el pueblo entero se le echó encima. ¡Y todo por culpa de viejas cotillas como Mai Baxter que no saben no meter las narices en los asuntos de los demás!

Me quedé allí de pie, sintiéndome ridícula.

—Lo siento, Hamish.

—No te preocupes, muchacha. No soy yo el difamado —dijo siguiendo su camino hacia la ciudad.

Un día llego el otoño, de pronto, sin previo aviso. La llovizna y la niebla nunca se habían ido, pero de la noche a la mañana, las temperaturas se desplomaron. Aunque el espectáculo de ver los bosques tornarse de oro y cobre merecía aquel viento helador y que el sol fuese desapareciendo día tras día.

Los colores del paisaje escocés eran espectaculares en esa época del año y las puestas de sol sublimes. Pero lo más impresionante de todo

aquel ecosistema era cuando, a finales de septiembre y durante octubre, se apareaban los ciervos rojos, Aunque he de decir que los bramidos suelen ser parecidos a lo pesados que se ponen los palomos en la ventana.

Si salía a la puerta de mi pequeña casa cuando caía la noche, podía sentir cómo la oscuridad me envolvía como un manto negro y aterciopelado. Sobre mi cabeza, el cielo era de un negro intenso salpicado con miles de centelleantes estrellas, como jamás pude contemplar en Londres o en ningún otro lugar. A veces, las auroras boreales llegaban hasta Inverness iluminando el cielo con luces de colores, sinuosas y mágicas.

El silencio de las noches de las Tierras Altas en aquella solitaria casita, que a alguien de la ciudad le hubiese podido parecer sobrecogedor, a mí me parecía consolador. Supongo que el poder de la oscuridad en aquellas montañas eternamente nubladas era lo que mi ánimo maltrecho necesitaba para sanar de sus heridas.

Algunas madrugadas, el viento era tan fuerte que golpeaba las contraventanas sin cesar. Otras, todo estaba en calma y solo se escuchaba el ulular de las lechuzas y el rumor del riachuelo cercano. Era entonces cuando me parecía el momento propicio para que toda clase de espíritus se manifestasen, incluso el fantasma de aquel chico, el hijo de los Chisholm.

Una noche escuché sonidos que no eran los habituales en medio de la madrugada. La casa solía crujir; las escaleras que daban a los dormitorios, las vigas de madera; todo lo hacía, pero aquellos ruidos llegaban de la parte exterior del *cottage*. Sonaba como si alguien estuviese golpeando la puerta y después arrastrase algo que raspaba las paredes exteriores.

El ruido cesó y volvió a comenzar, y ni corta ni perezosa cogí la linterna que tenía sobre la mesilla de noche, junto a la cama, y sin encenderla me acerqué a la ventana para observar en la oscuridad. En un principio no distinguí gran cosa, pero aguzando la vista, cuando me acostumbré a la negrura del exterior, divisé una especie de bulto que se movía y me estremecí al acordarme de la historia del fantasma del joven Chisholm.

«No seas estúpida, Grace. Los fantasmas no existen. Escocia te está afectando demasiado», me dije.

Encendí la linterna, tomé una toquilla de lana, me la puse sobre los hombros y descalza, bajé casi de puntillas, tensa de miedo, pero dispuesta a enfrentarme al fantasma o a quien fuese.

«¿No será un lobo? No, tonta, ya no existen los lobos en Gran Bretaña… creo. A lo sumo será un zorro. Un zorro grande. O un ciervo histérico por conseguir una cierva», dije para tranquilizarme.

Llegué a la planta baja. La chimenea estaba apagada, pero la cocina económica, con los rescoldos del día, calentaba la estancia que servía como saloncito, comedor y cocina. Cogí el atizador de la chimenea para utilizarlo como arma en caso de necesidad y con él en una mano, y la linterna en la otra, me dispuse a ver quién o qué había allí fuera.

Abrí la puerta lentamente y noté el frío de la noche en todo mi cuerpo, así que me envolví en la toquilla. En ese momento, el bulto en movimiento se cruzó frente a mí, en la oscuridad. Era enorme y resoplaba como un tren. No me dio tiempo de nada más porque frente a mí distinguí una silueta humana y solté un grito levantando el atizador.

—¡Soy yo, Grace, soy Andrew! —exclamó la sombra en el instante en que le apuntaba con la luz de la linterna y distinguía el pelo rojo de Andrew Grant.

—Pero… ¿Qué demonios haces aquí a estas horas? ¡He estado a punto de atizarte con el hierro de la chimenea!

Andrew estaba ante mí y sujetaba una larga cuerda.

—Se nos ha escapado nuestro toro, el semental. El muy mal nacido ha aprendido a abrir la puerta del establo y del cercado. Lo tenemos apartado porque… bueno, no dejaría a las vacas en paz.

—Comprendo. Es un toro muy listo —sonreí divertida por las efusivas explicaciones de Andrew.

—¡No sabes el espectáculo que organiza! Bramando como un desesperado. Y las vacas mugiendo, nerviosas. Descontrola todo el establo y luego las vacas lecheras no dan leche. Hasta el pobre Angus se pone nervioso ¡Y eso que es un buey! No hay nada peor que un semental embravecido. El caso es que sale corriendo y hay que ir a

buscarlo —dijo exasperado y casi tiritando—. ¡Y se me ha vuelto a escapar el muy endemoniado!

—Ha ido por ahí —dije riendo y apuntando en la dirección por la que había huido el bulto que en realidad era el toro semental de los Grant.

Andrew se tocó la gorra a modo de saludo, sonrió y casi caminando agazapado como un felino se perdió en la noche.

Me quedé oteando en la oscuridad. No pasó mucho rato sin que lo viese regresar con el semental atado a la cuerda, manso como un corderito y a él con una gran sonrisa de triunfo. Para entonces yo ya había encendido un candil de carburo y echado más carbón a la cocina económica.

—¡Lo he atrapado! Iba hacia la granja de los Cameron, a por sus vacas, el insensato —dijo Andrew, resoplando afanoso por la carrera mientras yo no podía para de reír.

—¿Insensato? —dije llorando de risa.

—¡No te rías! —dijo Andrew sin poder disimular una sonrisa—. Cameron no dudaría en pegarle un tiro si se acerca a una de sus vacas. Son como sus hijas. Me va a volver loco este animal.

—¿No podéis venderlo?

—Hector nos costó un dineral. Primero tenemos que amortizar el gasto.

—¿Hector? —dije sin poder evitar una carcajada.

—Mi tío le puso así porque le gusta la historia antigua. Ya sabes, los griegos y romanos y todo eso. Hamish estudio latín y griego de joven. Tuvimos otro toro que se llamaba Minos. Por el minotauro.

—Y yo que pensé que tu toro era un fantasma —reí.

—Lo será. Si continúa dando tanto quehacer acabará siendo una ristra de chuletas —dijo mirando al semental con cara de pocos amigos. El animal resopló como respuesta y comenzó a comerse mis matas de margaritas.

—¡Eh! ¡Deja mis flores, Hector! —le regañé.

—Maldito bicho… —resopló Andrew tirando de él.

La noche era gélida y con cada palabra o aliento exhalado salía humo de la boca de Andrew.

—¿Quieres pasar a tomar un té? Debes estar helado —pregunté.

Andrew sopesó mi propuesta un instante y quitándose la gorra asintió.

—¿Puedo atar a Hector en tu cerca, lejos de tus margaritas?

Me puse a preparar el té mientras Andrew tomaba asiento en mi mesa. Enseguida me di cuenta de que se sentía azorado por estar a solas conmigo. Que yo solo vistiese un fino camisón y la cálida, pero escasa toquilla de lana no ayudó.

Ambos estábamos en silencio, algo cohibidos. No pude evitar pensar en mis estúpidas sospechas debido a las habladurías de la señora Baxter. Estaba claro que aquel muchacho no tenía malicia alguna. Tal vez el problema estaba en mí y en lo cínica que me había vuelto como para prestar atención a unos chismes. Estaba sumida en mis pensamientos, preparando un par de tazas con sus platitos respectivos y cucharillas cuando Andrew se colocó a mi lado.

—¿Tienes huevos y panceta? —preguntó.

—Sí, creo que aún me quedan.

—¿Y avena para las gachas y arenques?

—Eh…, me temo que no.

—Lástima —dijo Andrew chasqueando la lengua.

—Soy bastante *sassenach* en lo que a desayunos se refiere.

—No pasa nada —dijo frotándose las manos—. Voy a preparar un gran desayuno.

—¿Ahora? Son las cuatro de la mañana.

—¿No tienes hambre? —preguntó extrañado.

—No mucha —dudé.

—A mí me ha entrado de correr por ahí detrás de Hector.

—Creo que tú siempre tienes hambre, Andrew —reí.

Andrew asintió riendo también.

—Es cierto —dijo guiñándome un ojo—. Mi tío dice que soy como un ciervo joven después del celo.

—Es ahora, ¿no? No escucho otra cosa que los bramidos de los ciervos a lo lejos.

—Sí, es la época de apareamiento. Para ganarse el derecho a

copular con las hembras, los machos intercambian bramidos y se enfrentan chocando las astas en sangrientas luchas que dejan exhausto hasta al vencedor —dijo haciendo gestos y moviendo la cabeza imitando a los ciervos—. Durante toda la época de reproducción, los machos no se alimentan y pasan todo el día luchando entre ellos o copulando con las hembras que se hayan ganado. No es raro que muchos mueran de hambre y puro agotamiento si el año ha sido malo y no han acumulado reservas suficientes para el invierno.

—Vaya… Es muy dramático todo.

—A vida o muerte —dijo dando un mordisco a una manzana mientras rebuscaba con la mirada—. ¿Dónde tienes la sartén?

Yo dispuse la mesa y él se ocupó de las sartenes. Al final nos sentamos frente a un festín de huevos con panceta, tostadas con mermelada y champiñones en lata salteados con hierbas aromáticas, mantequilla y un buen té.

—Está todo riquísimo —dije masticando a dos carrillos.

—¿Ves cómo sí tenías hambre? Pero te daba pereza cocinar.

—El aroma me ha despertado el apetito. A mí se me suele quemar todo.

—¡No te creo! Eres siempre muy… —se quedó callado buscando la palabra y la dijo con cuidado—. Minuciosa.

—¿Minuciosa?

—Sí, como enfermera lo eres. Te he visto.

—Pues en la cocina pierdo toda la perfección. No me gusta cocinar, en absoluto. Pienso que es porque no me sale nada bien y me aburre.

—No importa —dijo con la boca llena de pan con mantequilla—. No es necesario que sepas cocinar. Eres una buena enfermera y ese es tu don. Mi tío cree en los dones. Que cada persona tiene unas habilidades con las que nace.

—Tú eres bueno con los caballos.

—Eso dicen —sonrió.

—Lo eres —susurré.

Él sonrió con aquel glorioso gesto dulce en su rostro amable y pensé que era muy reconfortante tenerle cerca y que tal vez su verdadero

don era su gentileza. Después se puso a recoger los platos y a llevarlos al fregadero para comenzar a lavarlos. Su presencia poderosa llenaba la pequeña cocina. Lo miré y sin querer, recordé el Estanque de las Hadas, y se me pasó un pensamiento nada casto por la cabeza. Para acallarlo decidí preguntarle por algo que había querido saber desde hacía tiempo.

—Por cierto, hablando de tu tío, vi un libro en vuestra casa que estaba ilustrado por Hamish. Tenía dibujos sobre la fauna y flora de las Tierras Altas.

—Sí, ese es su don. Estudió en Edimburgo y fue dibujante de revistas, libros y periódicos antes de la Primera Guerra Mundial. A veces… bueno, a veces creo que se quedó en la granja por mí. Tengo la sensación de que estoy en deuda con él y que él esperaba que yo llegase a ser alguien, a estudiar y viajar o algo así.

Asentí. Definitivamente, teníamos mucho en común y no pude evitar pensar que Hamish Grant era todo un misterio.

—Mi padre era médico. A mí me crio mi tío Archie y comprendo lo que quieres decir. Perdí a mis padres de niña en un estúpido accidente de tren —dije encogiéndome de hombros—. Es extraño. Ni siquiera sé por qué ese día yo no iba con ellos. Nadie ha podido explicármelo. Me dejaron con una vecina de confianza y por eso estoy aquí.

—Lo siento, Grace —dijo Andrew con la sinceridad que le caracterizaba.

Le hablé de mis padres, de aquella rueda que se pinchó justo en medio de la vía, cuando cruzaban un paso a nivel; de mi tío y de los tiempos de Oxford, de estar siempre con la maleta preparada para otro destino y otro lugar.

—Mi tío era mi única familia. Bueno, él y George —dije.

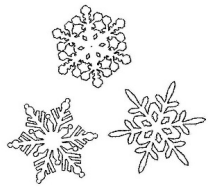
—Es como yo con Hamish. Él es mi única familia —dijo sentándose de nuevo a la mesa.

—Tienes suerte, Andrew —susurré intentando no emocionarme.

Andrew se quedó en silencio y suavemente agarró mi mano sobre la mesa, sin mirarme, porque si lo hubiese hecho me hubiese echado a llorar. En vez de eso preguntó: «¿Más té?».

Su tacto templó mi ánimo y me quedé así, bebiendo mi segunda

taza de té, los dos juntos, viendo amanecer, y su presencia me hizo desear que aquella madrugada no terminase.



CAPÍTULO XII

El viento blanco

La ventisca de nieve lo cubrió todo en un instante sin casi darme cuenta. Fue culpa mía. Subestimé la fuerza de la naturaleza en aquella tierra salvaje y hermosa.

En aquel estado de semiinconsciencia, vi a mis amigas enfermeras muertas como si aún siguiesen vivas delante de mí, como si a Beth, la preciosa y elegante Beth, no le hubiese reventado el cuerpo un obús; o que la simpática y alegre Violet no hubiese sido alcanzada por fuego de ametralladoras; o como si a Rosalyn, la inteligente y admirable Rosalyn, no se le hubiese venido encima el techo de la sala de curas en aquel hospital de campaña improvisado en una capilla, en Francia. Las tres continuaban hermosas, con bonitos vestidos de flores y carmín en los labios, con todas sus esperanzas de un futuro feliz intactas; idealistas, como al principio de la guerra, en nuestra estancia en el Hospital St. Bartholomew's de Londres, cuando me llevaban con ellas a Picadilly, y a bailar las noches de los sábados, para que no me quedase sola pensando en George; antes de Dunkerque, antes del Blitz, antes de todo.

Allí estaban, extendiendo sus manos para que yo las alcanzase, pidiéndome que las acompañara. Pero él me hizo quedarme. Fue su voz lo que me hizo no seguirlas. O más bien regresar.

⌘

En el *cottage* no tenía la radio que la señora Baxter tenía en su salón y no pude escuchar la previsión del tiempo, pero todo apuntaba a que se avecinaba la primera gran nevada del año en las Tierras Altas y que no iba a ser pequeña.

Los periódicos habían alertado de que el invierno se adelantaba, que llegaba una profunda borrasca que cubriría de nieve todo Inverness y alrededores, pero el día anterior pude contemplar un fantástico atardecer otoñal que cubrió el cielo de tonalidades anaranjadas, rojas y violáceas saliendo del dispensario, a eso de las cuatro y media de la tarde.

Al día siguiente, el tiempo era completamente distinto. El sol

parecía no querer salir y la oscuridad se adueñó de las pocas horas de luz de aquellas latitudes.

No tuve pacientes en toda la mañana. Supuse que el mal tiempo, con abundante granizo y los primeros copos de nieve, les habría disuadido de acercarse al dispensario. El viento, acompañado de la anunciada nieve, comenzó a azotar sin tregua hacia el mediodía. Las temperaturas se habían desplomado en un par de horas. La intensidad de la nevada no hacía más que crecer, así que cerré la enfermería, y como no me apetecía cocinar, me dirigí a la taberna para comprar algo de comer y llevármelo a casa. Tenía planeado plantarme junto a la chimenea con un buen trozo del pastel de carne hecho por la mujer del dueño, Meg la tabernera, una pelirroja exuberante y simpática que debido a su generoso escote, y a que cocinaba una buena y económica comida casera, hacía que el bar de su enclenque marido Gavin estuviese siempre lleno.

Salí con el delicioso pastel salado, todavía caliente, dentro del envoltorio de papel de periódico y lo guardé en mi bandolera de piel. Apenas había gente por las calles.

Ya iba a ponerme en marcha con mi bicicleta cuando me crucé con el reverendo McCormack y este se paró a saludarme muy a mi pesar. No me apetecía tener una charla amable entre vecinos en aquel momento. Quería irme a mi casa.

—¡Grace! Iba a decir buenos días, pero con este tiempo… ¿Ya se va para casa?

—Sí, reverendo, hoy hace tan mal tiempo que no ha venido nadie.

—Hace bien. Y se va a poner peor. Dicen que la tormenta tan solo durará unas pocas horas, pero que va a ser fuerte. Yo también me voy a la vicaría a cobijarme. Quédese en casa, encienda un buen fuego y hágase una sopa caliente.

«Eso es lo que pienso hacer en cuanto me lo permita usted, buen hombre», pensé sonriendo al inoportuno reverendo.

—Sí, hoy lo mejor es quedarse al lado de la chimenea —sonreí sin ganas, comenzando a tiritar.

—¿Le comenté que la compañía eléctrica por fin va a hacer llegar electricidad a las inmediaciones de su *cottage*? —dijo el reverendo.

Parecía tener ganas de charla y a poco estuve tentada de poner los ojos en blanco.

—No, pero es una gran noticia. Gracias —dije intentando ponerme en marcha.

Pero el reverendo prosiguió con su charla acerca de la eficiencia de la compañía eléctrica, y entonces decidí contraatacar para poder alejarme de allí antes de que se me hiciese de noche. Al reverendo solo había una cosa que le gustaba más que una cháchara.

Solo tuve que abrir y cerrar mi bandolera de piel para esparcir el aroma del delicioso pastel de carne de Meg para que el inoportuno reverendo olfateara el aire como un jabalí.

—Vaya, ¿qué es eso que huele tan delicioso?

—Creo que se refiere al pastel de carne de Meg. Me llevo un poco para cenar.

—¿No me diga que no huele delicioso? Esa mujer cocina como los ángeles.

—Pues, reverendo, debería apresurarse en ir a la taberna si quiere conseguir un trozo. Ya sabe que se agota enseguida.

—¡Oh, sí, sí! Es muy buena idea. Me encanta el pastel de carne de Meg. Gracias por el consejo —dijo alejándose con premura.

Una vez libre del glotón del reverendo me puse en marcha. Nada más hacerlo me di cuenta de que apenas circulaban automóviles. Los coches habían comenzado a desaparecer de las carreteras.

Miré a mi alrededor sorprendida. En cuestión de minutos un manto de nieve lo estaba cubriendo todo; calles y aceras.

Pensé que con mi bicicleta no tendría problemas para llegar a casa, que estaba a escasa media hora pedaleando a buen ritmo, pero no medí mis fuerzas.

No era la primera vez que no hacía caso a las señales de peligro. Durante la guerra había vivido varios incidentes por culpa de mi valentía, o más bien por pasarme de intrépida. Como en aquella ocasión en la que el conductor y camillero de la ambulancia que trasladaba los heridos dejados por los bombardeos nocturnos sobre Londres, murió al estallar un artefacto que había quedado sin explotar

entre las ruinas de una casa en Benthnal Green, en el East End. Ni corta ni perezosa me puse al volante con los escasos conocimientos que había recibido de mi tío, que de vez en cuando me permitía conducir su pequeño utilitario Austin 7 de los años 20.

Aquella mañana, crucé las calles londinenses y sorteé tráfico y escombros sin chocar contra nada ni nadie, salvando a varios heridos graves.

Aquello fue una temeridad, como también lo fue no resguardarme en el dispensario y esperar a que pasara la ventisca. Los grandes copos caían con mucha intensidad, pero lo peor no fue eso, sino los vientos fuertes que arrastraban muchísima nieve y que redujeron la visibilidad al mínimo. A menos de un kilómetro de distancia no se distinguía el camino y de pronto, me di cuenta de que estaba en medio de la tormenta.

Supe después que aquel día, la sensación térmica estuvo por debajo de los −20 °C. Llegó un momento en que, simplemente, el camino desapareció bajo el espesor de la nieve y no pude encontrarlo. Dejé la bicicleta abandonada porque no podía cargar con ella e intenté seguir caminando, orientándome mediante árboles y algún tocón o piedra que me era familiar, pero tras un rato no podía distinguir ni las montañas cercanas.

Era lo que los lugareños llamaban "viento blanco", un fenómeno meteorológico que provoca una pérdida de la percepción de las distancias al anular la visión del horizonte o de los objetos que puedan servir de referencia visual.

La visibilidad ya solo era posible a menos de un metro de distancia, con lo que no pude distinguir entre mi ruta normal, viable y segura y otra que no lo era.

Al final, me di cuenta angustiada de que me había perdido. Miré a mi alrededor tiritando con fuerza, sintiendo los primeros síntomas de la hipotermia, aquel cansancio parecido al sueño que embota los sentidos.

«Me he desorientado por eso», pensé aterrorizada. Sabía lo que vendría de no encontrar un refugio pronto. A -30 °C una persona mal preparada se congela en un minuto, y ni siquiera hace falta tanto frío:

la sensación y sus efectos se multiplican si hay humedad. Pero el viento tampoco ayuda; hay que protegerse de él.

Fue ese viento el que se llevó mi gorra de lana. Busqué con los ojos llorosos, irritados por el frío, y acerté a ver una especie de conjunto de árboles que no llegaba a ser un bosque. Me acerqué trastabillando. Me pesaban las piernas como si fuesen de plomo y tenía un frío tal que me dolía la cabeza.

Aún era de día, pero casi no podía ver ni los gruesos troncos de los árboles. Me abracé a unos de ellos aturdida. Mi mente comenzaba a estar confusa y no entendía qué hacía allí.

«Tienes que moverte, Grace. Tienes que continuar caminando. ¡No te pares!», me dije a mi misma.

Haciendo un gran esfuerzo, porque mi cuerpo estaba torpe y mis movimientos comenzaban a ser erráticos, proseguí temblando de pies a cabeza. El cuerpo me pedía parar, estaba agotada, pero yo sabía que no debía hacerle caso. Todo era producto de la hipotermia. Si la temperatura ambiental es muy baja, la temperatura corporal normal, que suele ser de alrededor de 37 °C, desciende bruscamente y comienza la hipotermia leve. Yo lo sabía por el entrenamiento al que nos habían sometido como enfermeras de campaña. No tenía ninguna duda.

Dando tumbos, caminé intentando mantener la calma y sobre todo la atención en mi entorno y entonces la vi, la señal del cruce que tomaba en dirección al cottage, por lo que deduje que aquellos eran los árboles de las tierras de los Cameron. Había dado un rodeo en vez de tomar el sendero hacia mi casa. Entonces recordé que aunque la casa estaba alejada del grupo de árboles, había una especie de construcción redonda de piedra que no era otra cosa que un monumento de la Edad de Hierro, de los que abundan por tierras escocesas, que los escoceses llaman un "*broch*", y que ahora se empleaba como redil de ordeño o refugio para ovejas.

Mi mente reaccionó acelerando mis movimientos hacia aquel lugar. No podía verlo, pero estaba allí, por allí cerca tenía la salvación; un cobijo para resguardarme.

Se considera hipotermia leve cuando la temperatura corporal se sitúa por debajo de los 37 °C y va acompañada de confusión mental, torpeza de movimientos y cuerpo tembloroso. Mi cuerpo acusaba ya con creces aquella primera fase porque mis manos habían comenzado a entumecerse y mi respiración se había vuelto rápida y superficial.

«Si la noche me alcanza a la intemperie, será mi fin», pensé aterrada. Comencé a desesperarme porque no encontraba el ansiado refugio. Mis músculos no me respondían y ya no podía abrazar mi propio cuerpo para infundirme calor. En algún momento de aquella caminata a través del campo lleno de nieve, había dejado abandonada mi bandolera, perdido mi bufanda y tampoco llevaba puesta mi boina de lana, pero ya no me acordaba. Estaba entrando, sin percatarme de ello, en la segunda fase de la hipotermia, cuando la temperatura del cuerpo se queda entre los 35 °C y 33 °C. Los escalofríos se habían vuelto más violentos. La falta de coordinación en los músculos me hacía menearme con movimientos lentos y costosos, acompañado de un ritmo irregular del corazón y leve letargo, a pesar de que yo estaba alerta.

A esas alturas, seguro que mis labios, orejas, dedos de las manos y pies se habían puesto azules. De repente divisé un bulto grande y chato, y supe que había encontrado la construcción megalítica que estaba en medio de las tierras donde pastaba el ganado de los Cameron.

Me apresuré todo lo que mi cuerpo me permitía ya y tras un gran esfuerzo, y lo que me pareció muchísimo tiempo, alcancé el ansiado refugio. Tuve que agacharme para entrar y permanecí de cuclillas dentro de aquella construcción maciza y con un muro doble circular. Al estar hecha de piedra en su interior se conservaba una temperatura uniforme y mucho más cálida que la del exterior en invierno y más fresca en verano. Finalmente, me acurruqué agotada en el suelo de tierra. Olía a heces de ovejas y a humedad, pero no me importó. Me quedé apoyada en la pared hecha de antiguas rocas y noté como mi cuerpo se iba relajando muy despacio.

Los escalofríos habían desaparecido. Por debajo de los 33 °C se trata de una hipotermia grave, y comporta pérdida de la consciencia,

dilatación de pupilas, bajada de la tensión y latidos cardíacos muy débiles y casi indetectables. Si hubiese querido hablar, probablemente no hubiese podido ya. Mis pensamientos eran lentos, apenas podía moverme y definitivamente había perdido la capacidad de pensar con claridad.

Por debajo de 30 °C la piel expuesta se vuelve pálida y fría, el pulso y ritmo respiratorio disminuyen de manera significativa, pero puede aparecer taquicardia. Se entra entonces en un periodo de letargo, se pierde la capacidad de mover las extremidades y la persona se queda prácticamente dormida, inconsciente. Se produce un paro cardíaco, los órganos principales fallan y se entra en coma. El frío que causa la parada cardiaca también «congela» el cerebro.

El mío había comenzado a helarse, y por un instante lo supe, iba a morir allí, dentro de aquel lugar ancestral y tal vez nadie me encontrase nunca.

Mis tres amigas, Beth, Violet y Rosalyn estaban allí conmigo y me tendían la mano, y por un momento pensé en abandonar, en dejar de luchar.

Sería sencillo, me dije. Solo tenía que abandonarme a aquel sopor y cerrar los ojos. Tal vez existiese ese cielo del que hablaban y me encontrase allí a George, a mis padres, a mi tío.

Ya no sentía frío, cansancio o dolor. Iba a morir, pero no me importaba, no tenía miedo porque todo habría acabado, todos los pesares y padecimientos del alma y el cuerpo se terminarían para siempre. Allí, en la oscuridad, sentí como me rodeaba una gran paz y pensé en mis padres y en esa imagen, la única que lograba recordar, congelada en un par de fotografías que me quedaban de ellos. Noté algo caliente que me corría por la mejilla. Eran mis lágrimas.

De pronto escuché una voz masculina conocida, angustiada y apremiante, y aquella paz en mi cuerpo y mi mente desapareció.

Seguí a esa voz, me aferré a ella y entonces comenzó mi lucha y el dolor por sobrevivir.

Mi último pensamiento racional fue decirme a mí misma: «no te duermas, Grace. Haz caso a esa voz. No te duermas».

CAPÍTULO XIII

La voz de Andrew

Fue su voz la que me retuvo en este mundo y me mantuvo consciente. Era más fuerte que yo, algo que me ataba a la tierra y me daba fuerzas. Algo que, sin saberlo, había estado buscando durante toda mi vida.

Sentí como alguien me tomaba en brazos y me ceñía. Sentí el calor de otro cuerpo humano y escuché mi nombre. Alguien me llamaba con desesperación.

«¡Es Andrew!», pensé.

Aquella voz era la de Andrew y mi mente comenzó a intentar despertar de aquel sueño helado gracias a aquel sonido.

—¡Tienes pulso! ¡Gracias a Dios! —le escuché exclamar.

No podía abrir los ojos. Me sentía tan agotada que no lograba moverme. Mi cabeza intentaba enviar órdenes a mis músculos y articulaciones sin éxito mientras su voz continuaba implorando.

—Grace, sé que puedes escucharme. ¡No te duermas! ¡Mantente despierta, por favor! —decía Andrew con aquella suave voz.

Pero era inútil, mi cuerpo estaba paralizado. Me esforcé en estar atenta a su voz. Mis sentidos estaban adormecidos. Solo el del oído y el olfato me funcionaban.

Noté como Andrew me cubría con su chaqueta, sentía su calor a través del grueso paño de lana, notaba su aroma y continué escuchando, intentando salir de aquella parálisis que me dominaba, aferrándome a su voz, al calor de su cuerpo, a la vida.

—Grace, aguanta un poco más. Puedes hacerlo, sé que puedes porque eres fuerte, muy fuerte. La ventisca parará y podremos salir pronto, ya lo verás ¡No te rindas! —imploró.

Sus manos frotaron las mías. Su aliento y su presencia grande y cálida llenó el cubículo de piedras. No se escuchaba nada proveniente del exterior, solo los latidos de su corazón que se confundían con los míos. Todo estaba en calma, mi alma también. Todos mis fantasmas se habían reunido allí, dentro de aquella construcción prehistórica, para que los dejara marchar, para despedirse de mí. Todos menos George.

No sé cuánto tiempo estuvimos dentro de aquel refugio de piedra juntos, solo recuerdo que Andrew salió de allí conmigo en brazos, sin dejar de mantenerme pegada a su cuerpo, abrigándome con su calor y que caminó y caminó.

Ya no nevaba, eso lo sé porque los copos suaves y fríos habían dejado de mojar mi cara. Al rato escuché voces y sentí como me metían en un coche. Andrew volvió a tomarme en brazos y me habló más despacio, susurrándome al oído.

—Quédate conmigo, Grace, quédate conmigo.

Creo que escuché la voz del reverendo y después todo se nubla en mi recuerdo. Comencé a ser consciente de mi propia respiración de nuevo, pero no podía más que emitir vagos lamentos. Comencé a tiritar, Andrew me sostuvo mientras violentos escalofríos me hacían volver a notar mi propio cuerpo. Me dolía todo. Después sentí como si mi ser flotase. Estábamos fuera del coche. Noté el aire frío y húmedo en mi piel. Andrew cargaba conmigo de nuevo. Lo último que recuerdo fue el peso de las mantas, el olor a mi almohada y su voz tranquilizadora a mi lado.

Desperté en mi cama abrigada por un montón de mantas, todas las que tenía en la casa. En un primer momento, no reconocí mi dormitorio con aquellas vigas de madera, las paredes blancas y la cama de forja. Estaba aturdida y desorientada, y aún asustada porque intenté levantarme rápidamente, pero toda aquella cantidad de mantas que tenía puestas encima pesaba como el plomo y al intentar levantarlas e incorporarme me mareé y caí sobre la almohada sin fuerzas.

—No, muchacha. Tiene que estar quieta y en cama para recuperarse —escuché.

—¿Hamish? —pregunté entrecerrando los ojos. Hasta la tenue luz escocesa me hacía daño—. ¿Y Andrew?

Su imagen estaba grabada en mi mente. Y su voz, sobre todo su voz.

—Acabo de relevar a mi sobrino —dijo arropándome de nuevo con las mantas.

—Ahora lo recuerdo… ¿Fue él quien me trajo?

Mi voz me sonó débil y ronca.

—*Aye*. Y quien te encontró. De no haber sido por Andrew… —Hamish chasqueó la lengua.

—¿Se ha marchado?

—No, está abajo durmiendo. Le he convencido para que eche una cabezada en el sofá. Se ha pasado toda la noche velándote. No ha querido irse a casa. Prefería esperar a que despertases. Estaba muy preocupado por ti.

—Pensé que lo había soñado —musité confusa aún. Tenía unas imágenes vagas en mi mente de Andrew a mi lado, tomando mi mano y arropándome. Incluso creía haber soñado que él besaba mi mano, pero todo estaba demasiado confuso. Tragué saliva o más bien lo intenté. Carraspeé con fuerza antes de volver a hablar. Tenía la boca seca y la garganta dolorida—. ¿Podría beber un poco de agua, por favor?

—Claro, muchacha. Ahora te subo un poco de caldo. Tienes que tomar cosas calientes, me ha dicho Andrew. Él también estuvo en la guerra y sabe de salvar gente —dijo Hamish.

—Sí, es cierto —susurré.

Aguardé en la cama, bajo aquella montaña de mantas. El sol tenue de finales de otoño entraba por la ventana iluminando la caldeada habitación. La tormenta había pasado. Supuse que la cocina económica y la chimenea estarían encendidas. La chimenea subía hasta el tejado pasando por mi dormitorio, y si estaba a pleno rendimiento era suficiente para caldear la pequeña habitación.

Intenté mover los pies y para mi alivio pude hacerlo sin problemas. Observé mis manos y no vi signos de congelación en los dedos. Solo me dolía la cara y los labios, quemados por el frío. Tenía los ojos irritados, así como la nariz y la garganta por culpa de respirar el aire helado sin protección alguna. Por lo demás todo estaba bien. Solo necesitaba recuperar las fuerzas. Me sentía muy débil.

De pronto, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —respondí con voz cascada.

La puerta se abrió y apareció Andrew agachado porque su pelirroja y rizada cabeza casi tocaba con el marco superior. En sus manos portaba un cuenco humeante con una cuchara y una servilleta y llevaba su preciosa sonrisa puesta. Al verlo también sonreí.

—Hola, Grace. Te traigo un poco de caldo.

—Gracias —susurré intentando no emocionarme.

De repente, y seguramente debido a la debilidad, me sentía muy vulnerable y al borde del llanto. Era la primera vez en mi vida que sentía que alguien cuidaba de mí desde que mi tío había muerto de una apoplejía, poco después de empezar mi relación con George, mientras estábamos de viaje por España.

Andrew se sentó en la silla donde había estado Hamish, y yo respiré hondo intentando incorporarme sin éxito.

—Aguarda, Grace. Deja que te ayude —dijo posando el cuenco de caldo sobre la mesilla, disponiéndose a colocar las almohadas a mi espalda. Después me hizo pasar un brazo por sus hombros y él pasó el suyo alrededor de mi cintura, sujetándome. En un momento me encontraba sentada en la cama, sobre las almohadas—. ¿Estás bien así?

Asentí tímida. Me acababa de dar cuenta de que me encontraba vestida tan solo con la combinación que llevaba bajo mi ropa.

—Gracias otra vez —dije tapándome un poco. Andrew me miró de reojo.

—Te tuve que quitar… la ropa. Estaba empapada por la nieve y el reverendo…

—Comprendo —reí.

Andrew sonrió enrojeciendo hasta las orejas.

—¿Quieres tomar un poco de caldo? —dijo tomando el cuenco con la cuchara de encima de la mesilla.

—Sí, por favor —asentí.

Intenté coger el cuenco, pero me temblaban las manos porque estaba sin fuerzas.

—Creo que será mejor que lo tenga yo —dijo Andrew poniéndome la servilleta sobre mi escote.

Y sin decir nada más tomó la cuchara y me dio varias cucharadas de caldo despacio, a la boca, aguardando a que tomase cada una de ellas y sin dejar de mirarme.

—Está bueno —dije.

—Es de puerros y carne de venado. Te vendrá bien.

Yo me sentí azorada por sus cuidados. Después de un rato, y tras tomarme casi todo el caldo, noté como mi cuerpo se templaba, por fin.

—Hamish dice que has estado aquí toda la noche —dije tomando la servilleta para tendérsela a Andrew, que la dejó junto al tazón casi vacío, sobre la mesilla.

—Quería asegurarme de que estabas bien —respondió Andrew—. Has estado durmiendo un día entero.

—Gracias. Estarás muy cansado.

—He podido dormir un rato en tu sofá —dijo sin poder evitar un bostezo.

—¿Cómo me encontraste, Andrew?

—Es una larga historia —me advirtió.

—No me importa, me gustan tus historias —sonreí haciéndole sonreír a él también.

—Pues verás… estaba en el pueblo, tenía que ir al mercado a comprar patatas y otras cosas, pero como me temía, casi todos los puestos estaban cerrados. Por culpa de la tormenta, los comerciantes no se habían aventurado a abrir presagiando poca afluencia de clientes y una difícil vuelta a casa. Saliendo del mercado, maldiciendo mi poca previsión por haber perdido toda la mañana, me encontré con el reverendo que me dijo que los de la compañía eléctrica ya habían avisado que iban a expandir el tendido eléctrico hasta las granjas y casas de las afueras y que te iban a poner luz en el *cottage.* Por eso fui al consultorio, a decírtelo, pero ya no estabas. Después de ir a comprar té que, por cierto, aún está muy caro, me acerqué hasta la taberna de Gavin, donde sueles comer, y gracias a Dios, me encontré de nuevo con el reverendo McCormack. Él salía y me dijo que te había visto. Me contó que te habías marchado a casa. El tiempo había empeorado muchísimo, pensé en ti en bicicleta y tuve un extraño presentimiento, sentí… Bueno, que estabas en apuros y me fui en tu busca. Llevaba

todo el día con algo que me agobiaba, como una sensación de esas que tenía en la guerra, en esos días en los que luego ocurrían cosas malas. Me desperté así —susurró.

—Sí, lo sé. Te despiertas con esa sensación de que algo terrible ocurrirá, ¿verdad? —Andrew me miró con ternura—. ¿Y cómo diste conmigo?

—Cuando vi la bicicleta casi enterrada en la nieve, ya saliendo de Inverness en dirección a tu casa, supe que tenías problemas serios y que debía salir en tu busca. Después encontré tu bandolera tirada y tu boina enganchada en un árbol cerca de la propiedad de los Cameron y… bueno, supuse que te habrías perdido y que estarías buscando refugio por los alrededores y pensé en aquella construcción que estaba en medio de sus campos, el *broch*.

—¿Cómo lo supiste?

—Era el único lugar donde podías resguardarte. Era lo más lógico, apenas se veía y no se podía caminar campo a través con aquella ventisca. Además, eres una *sassenach* muy inteligente —sonrió—. Y valiente.

—O muy loca. No debí intentarlo siquiera —susurré horrorizada por lo que podía haberme pasado.

—No te culpes. Nadie imaginó que tendríamos viento blanco tan pronto—entonces se puso serio—. Cuando te encontré creí que estabas… muerta. Pero me di cuenta de que aún tenías pulso y esperé a que escampara un poco para sacarte de allí. Te mantuve caliente dentro del *broch*, hacía menos frío que fuera. Esperé a que amainara el temporal y salí a la carretera contigo en brazos. Por suerte ya nevaba muy poco y pude llegar hasta la carretera. El reverendo había ido en mi busca con su coche. Se lo pedí cuando lo dejé en Inverness porque me temía algo. Te trajimos a tu casa porque las carreteras hasta el hospital estaban intransitables y estaba anocheciendo. Pero yo sabía que estarías bien.

Sonreí. Ahora lo recordaba, recordaba su aroma. Andrew se había quitado su ropa de abrigo y después de ponérmela me había envuelto en sus brazos para acunarme en ellos y mantenerme con vida. Olía a madera y a humo y a él y mis mermados sentidos se llenaron de ese

aroma. También recordaba su voz mientras me acunaba, esa voz suave, profunda y tranquilizadora que no dejó de susurrarme. La voz que me hizo querer vivir.

—¿Por qué lo supiste? —pregunté emocionada sin poder aguantar las lágrimas.

—Porque dijiste mi nombre en el coche. Empezaste a tiritar y dijiste mi nombre —susurró aferrando mi mano.

Me recuperé en pocas horas y solo me quedé en cama un día más. Aquella noche, tras mi regreso del frío, soñé con aquella mañana de hacía más de un año, la del 8 de mayo de 1945, en el hospital, cuando la enfermera más joven, Jane, vino corriendo y gritando la noticia de que Alemania se había rendido.

A las 02:41 de la mañana del lunes 7 de mayo de 1945, en los cuarteles del Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada en Reims, Francia, el jefe del Estado Mayor del Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas, el general Alfred Jodl, firmó el acta de rendición incondicional para todas las fuerzas alemanas ante los Aliados. Esta incluía la frase «todas las fuerzas bajo el mando alemán cesarán las operaciones activas a las 23:01 horas, hora de Europa Central, el 8 de mayo de 1945».

Las celebraciones brotaron a lo largo de Europa de manera espontánea. Esa misma mañana del 8 de mayo hubo una concentración popular en Londres para celebrar el triunfo, mientras ocurrían algo similar en París.

No recuerdo qué hice el día que declaramos la guerra a Alemania, sé que fue el 3 de septiembre del 39, que lo escuché por la radio, pero no recuerdo detalles de aquel día. Fue uno más, no dejó huella en mi vida. Todos creímos que terminaría pronto o que lo arreglaría la diplomacia, que Alemania retiraría sus tropas de Polonia, y que Francia daría marcha atrás en su declaración y eludiría una nueva contienda.

Lo que sí recordé siempre fue el día de la rendición. Recuerdo que gran parte de las enfermeras, médicos y pacientes se echaron a llorar. Algunos se abrazaban con lágrimas de alegría por la paz y la promesa

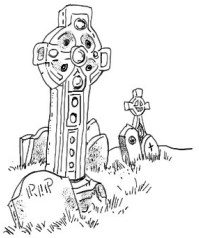
de recuperar sus vidas, otros lloraban amargamente por lo que habían perdido y por los que jamás regresarían. Muchos brindaban con lo que tenían más a mano o bailaban. Recuerdo que alguien trajo un par de botellas de champán y nos las bebimos como si fuesen agua.

Unos meses antes me habían dado la noticia de la más que probable desaparición de George en Francia. Por eso había regresado al continente, para estar más cerca, por si aparecía, para que supiese que siempre estuve cerca.

Después de la noticia que todo el planeta estaba esperando, enemigos y aliados, me quedé de pie, observando aquella explosión de emociones humanas, callada, sin expresar emoción alguna porque en realidad no podía sentir nada. Todo lo bonito, bueno y amable se había ido. Nada quedaba para mí de la gloria de la juventud, de las esperanzas y sueños que un día tuve.

¿A dónde se había marchado la chica feliz y despreocupada que bailaba, se pintaba los labios de carmín y tarareaba las canciones de moda de la radio? ¿Podría regresar, volvería a ser ella, a ser feliz a pesar de la guerra o ya solo sería una sombra de lo que fui?

Solo un rato después, me di cuenta de que por fin volvería a ver a George, que no podía haberse esfumado de la faz de la tierra, que él regresaría a casa conmigo, enseguida, estuviese donde estuviese.



CAPÍTULO XIV

Había prometido no olvidar y, sin embargo, lo estaba haciendo sin querer y ahora tenía que perdonarme a mí misma por ello.

Poco a poco fui recordando mis visiones dentro de aquel *broch* que nos había servido como refugio a Andrew y a mí, y me había impactado recordar que entre los fantasmas de mi memoria no figura George por ninguna parte.

Me sentía culpable de aquel olvido, de olvidarlo a él.

El 31 de octubre era el día en el que al llegar la tenebrosa noche, esta le ganaba la batalla al día. La luz se apagaba, el sol se escondía y la oscuridad reinaba por unos meses, según el antiguo calendario celta.

Aquellas gentes de las Tierras Altas todavía celebraban los ritos de la vida, los ciclos de la naturaleza que los pobladores de las ciudades habíamos olvidado.

Samhain cayó en domingo y tras acudir a la iglesia a pedir por sus difuntos, la gente se retiró pronto a sus casas, tal vez por miedo a las ánimas, que caminarían entre los vivos aquella noche. Yo opté por pasear por Inverness y ver su castillo de arenisca roja del siglo XIX, con vistas a los acantilados cercanos y sus jardines abiertos al público.

Al mediodía comenzó a llover y me dirigí a la taberna de Gavin a almorzar algo. No pensaba ni remotamente ponerme a cocinar en mi día libre.

Entré y me sorprendió mucho encontrarme al dueño del local, a Finn y al reverendo, intentando levantar a Hamish del suelo sin éxito. Ni el rollizo párroco ni el pequeño Finn ni el flaco tabernero eran capaces de elevar el corpachón del enorme montañés. Un de los taburetes frente a la barra estaba tumbado junto a él. Su cuerpo desmadejado no dejaba lugar a la duda: estaba completamente borracho.

Todos los parroquianos se giraron al verme entrar. Me acerqué al trío sin dudarlo y me agaché para intentar comprobar el grado de

embriaguez de Hamish. Nada más acercarme pude reconocer los vapores del alcohol en su respiración.

—Se ha bebido un montón de cervezas y una botella de whisky entera —dijo Finn con su sonrisita de dunde.

—Creí que no caería, pero ahí está —dijo el tabernero.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el reverendo.

—¿Y le parece bonito dejarle beber así, Gavin? —exclamé enfadada.

—Siempre lo hace en este día, señora —dijo Finn—. Intenté convencerlo, pero es el ser humano más terco que he conocido jamás, se lo juro por Dios.

—No jures, Finn. ¡Y menos en el día del Señor! —le riñó el reverendo.

Intenté espabilar a Hamish llamándole repetidas veces hasta que balbuceó una sola palabra que no alcancé a entender en un primer momento. Después me di cuenta de que era el nombre de una mujer. Hamish llamaba a una tal Effie. Y parecía que me estaba confundiendo con ella.

—¿Quién es Effie? —pregunté a los que me rodeaban extrañada.

—Era la madre de Andrew, su cuñada —dijo el reverendo.

Al rato, conseguimos sacar de la taberna a Hamish con ayuda de varios parroquianos más. El aire frío le despejó lo suficiente para mantenerse en pie aunque no erguido. El reverendo se ofreció a llevarle hasta la granja Grant en su coche y yo me aventuré a acompañarlos para asegurarme de que el tío de Andrew estaba bien.

A mitad de camino, Hamish pidió bajar del coche y nada más hacerlo, vomitó gran parte de lo que se había bebido aquella mañana en la cuneta.

—¡Lárguese, muchacha! Esto no es un buen espectáculo —gruñó malhumorado al darse cuenta de que yo le había seguido.

—He visto a hombres hechos y derechos mearse y cagarse encima al ver sus propias tripas fuera, así que no me diga lo que puedo o no puedo ver —le espeté entregándole mi pañuelo. Hamish titubeó sin atreverse a cogerlo—. Ya me lo lavará. ¡No sea tan melindroso,

hombre!

—Es el automóvil. No me gusta, me mareo.

—¡Sí, claro! Por supuesto —dije con ironía.

Continuamos el accidentado viaje y paramos un par de veces más, la primera para una segunda vomitona y la tercera para que Hamish orinara antes de hacérselo encima, según sus propias palabras.

Cuando llegamos a la granja, él ya estaba lo suficientemente consciente como para cambiarse la ropa que se había salpicado de vómito y ofrecerme un té de jengibre para atenuar las náuseas, que preferí preparar yo en la chimenea de la cocina.

—Bébalo poco a poco, a sorbos pequeños para que le siente bien —le aconsejé.

—Ya estoy mejor, Grace —dijo Hamish tomando la taza humeante que le acababa de ofrecer mientras se sentaba a la mesa—. Lamento el espectáculo.

El recio montañés estaba sorprendentemente lúcido y ni balbuceaba.

—No se preocupe —dije sentándome a su lado, dispuesta a escuchar o solamente a hacerle compañía.

Hamish dio un sorbo a su té y se quedó con la mirada perdida asintiendo.

—Es que hay días en los que los fantasmas vuelven para atormentar a los vivos, muchacha. ¿Sabes lo que es el *Samhain*?

—Es la Noche de los Fieles Difuntos, al menos para los católicos. Y creo que es esta misma noche.

—Mis antepasados también fueron papistas, pero la persecución les hizo abandonar la iglesia de Roma. La verdad es que a mí me da igual a que dios se le rece. Ninguno escucha. Además, con los años soy más afín a las creencias de mis ancestros. Hoy comenzaba el invierno para ellos. Esta es la noche en la que el velo que separa el mundo de los vivos y el de los muertos se vuelve más estrecho, y por unas horas compartimos este mundo mortal con quienes vuelven a visitarnos desde el más allá, seres del inframundo como las hadas y también los difuntos, que por alguna razón dejaron cuentas pendientes aquí.

—¿Fantasmas? —pregunté.

—Hoy ella tal vez venga a visitarme y me perdone —susurró asintiendo.

—¿Se refiere a Effie? —Hamish me miró sorprendido—. La nombró en la taberna.

Hamish se quedó callado, con una mirada turbia y perdida, antes de proseguir.

—Ella murió un día como hoy, por eso Andrew está en el cementerio. Ha ido a pedir por el alma de su madre. Aunque también debería pedir por la mía —Hamish continuó bebiendo el té y aguardé por si quería continuar. No me equivocaba—. Yo prefiero que ella no venga esta noche porque eso significaría que es un alma en pena y que no tiene descanso y no podría soportar que Effie no estuviese en el cielo. Pero, por otra parte… ¡Oh, que Dios me perdone! Desearía tanto volver a verla, aunque solo fuese una vez más…

Hamish se levantó de pronto y creí que se encontraba indispuesto de nuevo, pero solo se acercó hasta el aparador de la cocina para rebuscar en un cajón. De él sacó un pequeño álbum de fotos y sentándose de nuevo a la mesa, junto a mí, me lo tendió. Yo lo abrí por la primera página y allí estaban las fotografías en sepia de los que, supuse, habrían sido parientes de los Grant porque tenían un aire familiar. Con un gesto apremiante me instó a que continuase pasando las ajadas láminas forradas con un papel de seda que amarilleaba por culpa del tiempo y la humedad. Al llegar a la fotografía de una pareja, su voz me hizo detenerme.

—Ese era mi hermano Douglas y esta era Effie, la madre de Andrew.

Me quedé observando la fotografía, en concreto a aquella mujer de rasgos refinados y pelo rizado. En la fotografía llevaba un modesto vestido, pero aun así tenía el porte de una reina y era alta y esbelta.

«La misma boca ancha, la frente amplia, nariz recta y pómulos marcados», me dije sorprendida por el parecido.

Concluí que Andrew no tenía nada que ver con su padre, un hombre escuálido y de pelo claro, que no guardaba ninguna similitud con su hermano Hamish, pero confirmé que sí era el vivo retrato de su hermosa madre.

—Era muy bella —dije.

—Andrew es idéntico a Effie. Ella siempre era cordial con todo el mundo. Y le gustaban las manzanas. Siempre estaba sonriendo —susurró con una triste sonrisa, acariciando la fotografía—. Murió por mi culpa. Estoy maldito.

—No diga eso, Hamish. Las desgracias ocurren, la gente enferma y…

—¡No enfermó! Andrew no sabe la verdad —me interrumpió con rudeza—. Estaba embarazada y su cuerpo no lo soportó.

Miré a Hamish extrañada.

—Pero ella… —me quedé callada de pronto porque comprendí lo que Hamish estaba intentando contarme.

A mi memoria vino la imagen de uno de los médicos, en Dunkerque. Aquel hombre no soportaba todo ese horror y bebía durante todo el día. El alcohol suele producir ese efecto en la gente, les hace contar sus miserias y sus verdades y no fue diferente con Hamish Grant. Él ya había comenzado su confesión y nada lo iba a parar.

—El parto de Andrew fue muy complicado y la dejó mal. No debió volver a quedarse en cinta, pero… —se tapó la cara con las manos y sollozó—. ¡Yo la maté! Iba a tener otro hijo mío, ¿entiendes, muchacha? Yo, con mi lujuria y mi egoísmo, la condené. Y dejé huérfano al muchacho. La conocía desde crío. Yo era algo mayor que ella, ella era de la edad de mi hermano. Me fui a estudiar a Edimburgo, a la escuela de arte, para aprender el oficio de ilustrador, pero llegó la guerra y me alisté. Cuando Andrew hizo lo mismo me llevaron los demonios.

—¿Por qué se alistó usted? —pregunté intentando comprender lo que intuía era una triste historia.

—Quería ver mundo. ¡Qué insensato fui! Regresé siendo diferente. Ya sabes bien lo que ocurre en las guerras, ves cosas que te cambian por dentro.

—Sí, te hacen peor persona casi siempre.

—No a todo el mundo, no a mi Andrew —negó con la cabeza con vehemencia y continuó—. A mí siempre me gustó dibujar y se ganaba

bien ilustrando libros, revistas y anuncios en periódicos. Un día terminó la Gran Guerra y regresé a la granja de mis padres, la que llevaba mi hermano porque yo no quise quedarme, a pesar de que era mi deber como hermano mayor. Y entonces, aquella chiquilla pecosa se había convertido en la mujer más hermosa que había visto nunca. Pero no solo era bella, tenía una elegancia natural que no poseía ninguna otra mujer de la región. La dibujé muchas veces y me sabía su rostro de memoria. Aún lo recuerdo. Effie era tan divertida y avispada… Y era terca como una mula y tenía un genio del demonio. Como tú —sonrió Hamish.

—Pero se casó con su hermano.

Hamish asintió.

—Mi hermano estaba enamorado de ella, pero Effie y yo nos gustábamos, eso se sabe siempre. Con solo mirar a otra persona lo sabes. Yo lo supe nada más verla. Ella quería a Douglas, lo sé, sé que siempre fue una buena esposa para él, pero yo… yo la perseguí, la rondé y al final logré lo que quería —dijo con rabia—. No conté con que me enamoraría de Effie. Pero era imposible no amarla, tenía un corazón inmenso y una dulzura que no era de este mundo, como…

—Como Andrew —dije sin pensar.

—Exacto —dijo Hamish mirándome a los ojos—. Ese muchacho tiene el mismo corazón tierno y valiente de su madre.

Me sonrojé azorada. Hamish acababa de darse cuenta de lo que ni yo misma quería reconocer.

—¿Qué ocurrió? —pregunté rápidamente.

—Ella siempre supo que no me quedaría, me conocía mejor que yo mismo. Yo quería ganar dinero, vivir en la capital y divertirme. Pero mi hermano enfermó, nunca fue un hombre fuerte. Cuando murió debí casarme con Effie, pero seguía con la estúpida idea de dejar la granja y regresar a Edimburgo, a mi vida bohemia de antes, de cafés y tabernas, de mujer en mujer, sin dar explicaciones a nadie, sin comprometerme, sin dormir, dibujando y bebiendo hasta el amanecer. Por eso se casó con mi hermano, porque me conocía. Fui un idiota y cuando quise darme cuenta ya era tarde. Ya siendo viuda quise pedirle matrimonio, ¿sabes, muchacha? Estaba de cuatro meses ya y aguardé

como un cobarde hasta que empezó a notarse. Me prometí con ella con el antiguo rito del *Handfasting,* pero todo salió mal —no entendí muy bien que me quiso decir Hamish con el compromiso, pero le dejé proseguir—. El bebé nació muy prematuro, era demasiado pequeño y no se pudo hacer nada por él. Effie murió al día siguiente. Traje al médico, pero era tarde ya. Le prometí en su lecho de muerte que cuidaría de Andrew siempre, que no lo dejaría solo en este mundo y que sería un hombre de bien, no como yo. Effie solo quería una vida tranquila, amaba su hogar, las montañas, a Andrew y me amaba a mí, pero era inteligente y supo qué hermano escoger para que fuese el padre de su hijo.

—Entonces… ¡Andrew es su hijo! —exclamé atónita.

Pero Hamish no me escuchaba.

—La dejé embarazada y me marché a Edimburgo. ¡Fui un gusano despreciable! No lo supe hasta Navidad, cuando vine a visitar a mi hermano. Ya se habían casado —susurró escondiendo el rostro entre sus manos—. No le digas nada a Andrew, por favor, quiero que siga pensando que solo soy su padrino y no el egoísta que lo concibió y que se maldice cada día por estar vivo.

—No lo haré, Hamish, se lo prometo —dije con el corazón sobrecogido, comprendiendo que era hora de marcharme y dejar llorar a solas a aquel hombre torturado. Lo último que necesitaba Hamish Grant en aquel momento era mi compasión.

Él asintió, enterró la cabeza entre sus brazos, apoyado en la mesa y comenzó a sollozar como un niño. Me levanté en silencio y tocando su hombro con piedad me fui, dejándole con sus fantasmas.

Salí de la granja Grant bastante conmocionada por las revelaciones de Hamish, y nada más alcanzar el sendero hacia el atajo en dirección a mi casa, me encontré con Andrew que regresaba del cementerio caminando a buen paso y con las manos en los bolsillos.

Había dejado de llover, pero el atardecer tocaba a su fin. Cuando Andrew me vio me saludo con la gran sonrisa de Effie y un toque en su gorra de tweed y sin tener que decirnos nada nos pusimos a caminar juntos de camino a mi casa, yo con el corazón encogido

después de lo que Hamish acababa de compartir conmigo.

—¿Has venido de visita? —preguntó.

—No, tu tío estaba en la taberna bastante indispuesto y le he acompañado a casa para asegurarme de que se encontraba bien.

—¡Oh, claro! Hoy es *Samhain* y todos los años pasa lo mismo. No suele beber en exceso a diario, solo lo normal de los hombres de por aquí, pero este día le trastorna. No sé por qué —dijo molesto mientras yo pensaba que *lo de los hombres de por aquí* no era poco, precisamente —. ¿No habrás venido sola con él a cuestas?

—No, no —sonreí—. Me ayudó el reverendo. Nos trajo en coche, pero tuvimos que parar varias veces.

—Espero que no haya sido muy incómodo atenderlo.

—No, no te preocupes. Soy enfermera y estoy acostumbrada, ¿recuerdas? —Andrew asintió intentando sonreír, pero estaba cohibido por la situación—. Mañana solo tendrá una gran resaca, no es nada. Que beba mucha agua y té.

—Hamish nunca tiene resacas. Y yo tampoco —dijo sonriendo con picardía—. Pero sé cómo se pone. Luego le da por hablar del pasado, de mi padre, de mi madre… Vengo del cementerio, de llevarles flores.

—Sí, me lo ha dicho.

Andrew suspiró. Empezaba a conocerle lo suficiente como para saber que le incomodaba hablar de la borrachera de Hamish, así que cambié de tema.

—Andrew, ¿qué es el *Handfasting*? Lo he escuchado por ahí y no logro adivinar de qué se trata —mentí.

—Se basa en antiguos ritos paganos celtas. Significa el compromiso de una pareja que promete casarse formalmente. Es como una matrimonio temporal.

—¿Matrimonio temporal?

—Aquí en Escocia es muy habitual aún hoy en día. Puede tener lugar en cualquier lugar, en interiores o exteriores. Con frecuencia es el hogar de la novia, pero no hace tanto, también se llevaban a cabo en tabernas, en un huerto e incluso a caballo. Era común la presencia de un testigo o testigos creíbles y que no estuviesen borrachos —no pude evitar una carcajada—. No te rías. Después había una boda como

Dios manda, en una iglesia y con un sacerdote sobrio. Solía hacerse rápido, porque se suponía que la pareja debía abstenerse de tener relaciones hasta la boda, pero en la práctica…

—Entiendo. Eso seguramente era la principal preocupación del sacerdote —dije soltando otra carcajada.

—Antiguamente, era costumbre que un hombre tomara a una mujer y la mantuviese por espacio de un año sin casarse con ella; y si ella lo complacía todo el tiempo, se casaban al finalizar el año, pero si no la amaba, la devolvía a sus padres.

—¿Ah, sí? ¡Qué bonito!

—Bueno, no podía ser raptada, tenía que ser de mutuo acuerdo.

—¡Oh, me dejas más tranquila! —exclamé.

—No era tan injusto como parece. Ella también podía rehusar —rio.

—Así que los escoceses inventasteis el divorcio —exclamé riendo con ganas.

Andrew asintió y se quedó mirando cómo me reía sonriendo con ternura. Junto a él me sentía de nuevo ligera y su presencia había apartado los sombríos pensamientos después de la cruda confesión de Hamish.

—Me gusta hacerte reír, Grace. Te ríes de un modo tan gracioso… —susurró Andrew y su voz me hizo sentir algo conocido y suave en el estómago.

—¿Me río de un modo gracioso? —sonreí.

—Déjalo. No sé ni lo que digo —dijo azorado haciendo un gesto de disculpa—. ¿Quieres saber qué hacían exactamente en el *Handfasting*? ¿Cómo era el rito?

Andrew me miró fijamente, yo asentí en silencio.

—Es una antigua costumbre celta. Un juramento de sangre —dijo muy serio.

—¿De… sangre? —pregunté alarmada.

Él sacó un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta de lana y me hizo aguardar con un gesto de su mano.

—Sí, se dice que los novios decían sus votos tras haberse herido la parte interior de las muñecas, mientras las presionaban y juntaban la sangre del uno con el otro. En realidad, es todo mucho menos cruento.

Durante el *Handfasting*, el hombre y la mujer se toman de la mano derecha y declaran en voz alta que se aceptan mutuamente como marido y mujer. Las palabras pueden variar, pero tradicionalmente consistían en una fórmula, algo así como: "Yo te tomo como mi esposo, o esposa, y te doy mi cuerpo y mi espíritu para que seamos uno" —dijo con su voz más suave y susurrante, mirándome fijamente a los ojos. Yo no podía apartar los míos de los suyos. Después tomó mi mano junto a la suya, alargamos nuestros brazos, posó su palma en la mía. La suya abarcó con creces mi mano, Tras lo cual, rodeó muestras muñecas con el pañuelo—. En el ritual de la unión de manos, las parejas unen sus manos como con un lazo, como símbolo de eternidad. Los celtas creían que el matrimonio era un acto muy importante en el que no solo se unían dos personas, sino dos almas, que tras buscarse a través del tiempo, se encontraban para convertirse en una sola.

Me quedé de pie frente a él, respirando profundamente, observando nuestras manos entrelazadas y de repente sentí ese vínculo de unión ancestral procedente de algún lugar perdido en el tiempo. Fue tan real que mi cuerpo tembló. Miré. A Andrew. Él me estaba mirando también y sus ojos brillaban.

—Tienes frío. Venga, vamos, caminemos —dijo soltando el pañuelo que se deslizó suavemente por mi piel rompiendo el hechizo.

Caminamos de nuevo en silencio. Nos acercábamos al bosque y la luz era cada vez más tenue. Anochecía y la hora de los espíritus estaba cada vez más cerca.

—Andrew, ¿te importa que rodeemos el bosque? No me apetece pasar por allí hoy.

—¿No tendrás miedo de las hadas y los espíritus? —susurró y después se puso a imitar el ulular de un fantasma rodeándome y haciendo aspavientos con los brazos en alto.

—Eres un chiquillo. ¡No te burles! Me da respeto, nada más —dije fingiendo un enojo que no sentía en realidad, dándole una palmada en el brazo.

—No lo hago. Eso que te pasa es que te estás volviendo escocesa —dijo Andrew, muy sonriente y convencido.

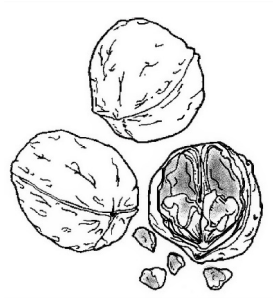
Hicimos el resto del camino tratando de mantener una charla

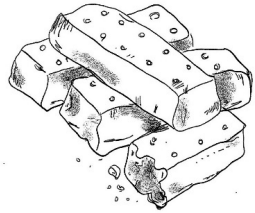
intrascendente, pero su cuerpo estaba muy cerca del mío y yo añoraba aquel calor que me había mantenido con vida durante la tormenta, su calor.

Al llegar al *cottage* se despidió en la puerta. Supe que no pensaba pasar a pesar de que yo lo deseaba.

Ya estaba segura de cuál era la naturaleza de mis sentimientos hacia Andrew y era todo un alivio haberme dado cuenta. Me había estado engañando intentando creer que solo era una grata amistad y no la natural atracción entre un hombre y una mujer. Y sabía por qué. Me sentía culpable por George.

—Para mantener a los espíritus contentos y alejar a los malos, déjales comida afuera esta noche, como ofrenda. Unas manzanas o nueces bastarán. Y Si quieres que los fantasmas no rocen tu puerta esta noche, pon una luz en la ventana. Déjala encendida toda la noche y te protegerá —me aconsejó Andrew antes de marcharse.





CAPÍTULO XV

El baile de Fin de Año

¿Cómo se produce esa chispa? ¿De dónde brota y por qué? ¿Cuál es ese momento en el que te das cuenta de que sientes algo por alguien que no es solo una apetencia física? ¿Cómo puedes distinguirlo de un simple capricho? ¿Cuál es la diferencia entre desear y amar? ¿Lo sabes primero con la cabeza, con el corazón o con las tripas?

Llevaba tiempo siendo consciente de cuanto me atraía Andrew, pero lo había estado reprimiendo, ahora me daba cuenta. Era especialmente sensible a su presencia, cuando me rozaba casualmente o le sorprendía observándome. Seguía sus movimientos y me detenía en detalles nimios de su rostro, o en sus manos, en cómo torcía la sonrisa cuando bromeaba, o en cómo se le marcaba el cuerpo bajo la camisa. Me encantaba ver cómo se sonrojaba hasta las orejas o fruncía el ceño, y amaba su forma de contar historias.

Después de aquella tarde, tras la confesión de Hamish, tuve que reconocer que, a lo largo de los meses, había provocado deliberadamente numerosos encuentros entre nosotros o simplemente me había hecho la encontradiza para pasar más tiempo con él porque a su lado me sentía bien, demasiado bien y no quería dejar de sentirme así.

Pero había algo que me exasperaba de Andrew y que no comprendía: ¿por qué él no daba un paso al frente y propiciaba algo más? ¿Era porque se suponía que yo debía estar aún de luto o simplemente una razón más lógica y decepcionante como que solo me consideraba su amiga?

Pensar en ello me creaba una desazón que nunca antes había experimentado. Mi romance con George había sido la consecuencia de un galanteo consciente entre ambos, pero comenzado por él, como se suponía que debía ser. Un día simplemente dejó de verme como la sobrina de su mentor, según sus propias palabras.

Yo había sentido curiosidad por el apuesto alumno de mi tío mucho antes que él por mí, pero finalmente todo sucedió de un modo natural. No tuve que forzar nada, fue cómodo, solo me dejé cortejar, que era lo que se esperaba de una joven discreta y virtuosa, aunque no del todo

inexperta.

Sin embargo, Andrew rompía todos mis esquemas. Era atento y detallista conmigo. ¿Cuál era el problema, entonces?

Lo que tenía claro era que no parecía dispuesto a dar el primer paso y aquella situación me exasperaba. Por eso acepté su invitación al baile, dispuesta a dar el paso por él.

Un día, a las puertas de Navidad, Andrew se pasó por el consultorio a traerme ramas de abeto y acebo para decorarlo.

Hacía un día muy desapacible, granizaba continuamente y su rostro estaba colorado por el frío, como el de un niño.

—Grace, te he traído lo que nos sobra de la decoración de la iglesia y también unas galletas de mantequilla. Son compradas en el mercado. Por aquí la gente las suele hacer en casa para regalar en Navidad, pero ni Hamish ni yo sabemos —dijo tendiéndome una cajita.

—Huelen de maravilla —dije abriendo y olisqueando el contenido de la caja de cartón—. ¿Es mi regalo navideño?

—Algo así —dijo Andrew azorado—. Las de forma de abanico se llaman *shortbread* y *fingers* las alargadas. La señora McNeil, la del puesto de dulces, las hace muy bien.

—Gracias, Andrew. En Londres solíamos comer los *mince pies* —Andrew puso cara de extrañeza—. Son unos dulces típicos de Inglaterra. Es una tartaleta pequeña hecha con masa quebrada y rellena de manzana, fruta escarchada picada y frutos secos, con un toque de licor y especias. Se pueden comer fríos, pero a mí me encantan calientes, recién sacados del horno. Antes de la guerra los compraba en un salón de té cerca del *college*, en Oxford.

—Suena delicioso —dijo Andrew.

—Te está entrando hambre, ¿a que sí? —dije sonriendo.

—Un poco —rio.

Le tendí la cajita de galletas abierta y tomó una con cara de alegría mientras yo hacía lo mismo.

—Por cierto, desconocía que en Escocia no era un día festivo el día de Navidad.

—Esto no es Londres. Aquí las cosas se hacen de otra forma, ya

sabes.

—Sí, ya me voy dando cuenta —reí.

—Hasta hace poco no se celebraban las fiestas navideñas, solo acudíamos a los servicios religiosos. Aquí las llamábamos *Yule*. Ahora, ya empezamos a celebrarlas, pero la Navidad estuvo prohibida por la iglesia de Escocia porque representaba el catolicismo y *Yule* el paganismo.

—Comprendo.

—Por eso no es un día de fiesta del calendario. Pero sí celebramos mucho el Año Nuevo, lo que nosotros llamamos el *Hogmanay*. Por cierto, hay un baile ese día, en el salón parroquial. Bailaremos, claro… —titubeó, pero respiró hondo y continuó sin trabarse—. Habrá un *cèilidh* y cantaremos el *Auld Lang Syne*. Vendrás, ¿verdad?

—Claro —respondí.

El día de Navidad decidí llevar a cabo una costumbre escocesa, algo llamado *redding*, que consistía en dedicar el día a limpiar a fondo, así que me empeñé en dejar impoluto el dispensario y el *cottage* y hasta quité las cenizas de la chimenea.

Se me hizo extraño pasar aquel día trabajando, pero al estar ocupada no pude pensar tanto en toda la gente que faltaba en mi vida. Había recibido una postal navideña de la señora Baxter, que ya estaba mucho más recuperada, y de un par de compañeras de mi etapa en el Hospital St. Bartholomew's de Londres, pero por lo demás, nadie me recordaba.

Después me di un baño bien caliente y me tomé una sopa de lata. Entonces, justo cuando me estaba quedando dormida junto a la lumbre, me di cuenta aterrorizada de que probablemente no tenía ningún vestido decente para el baile de fin de año. Me levanté angustiada y me puse a rebuscar en el armario. Enseguida comprendí que había pasado los últimos meses con dos faldas, unos pantalones, cuatro blusas y dos vestidos pasados de moda, acompañados de chaquetas de punto y mi viejo abrigo. Toda mi ropa elegante había ido a parar a una tienda de caridad antes de abandonar Londres rumbo a Escocia. Ni siquiera tenía unos zapatos decentes porque me pasaba el

día en botas de agua y gabardina. Con el invierno era peor. Me ponía encima algo de abrigo y me importaba bien poco lo que llevase debajo. Por no hablar de mi cabello. Me miré en el espejo del armario y lo que vi me horrorizó. Tenía la cara llena de pecas por no haberme protegido el rostro, ya que había dejado de llevar sombrero. Sin haber pasado un peine por mis rizos en todo el día, me puse a cepillarlo con insistencia, intentando quitarme los nudos, pero era una tarea complicadísima y dolorosa.

«¡Maldita sea! ¡Parezco una salvaje!», pensé. Acababa de darme cuenta de que no me lo había cortado desde que llegué y me había crecido muchísimo.

«Voy a acabar como la Bruja del Bosque».

Aquella noche, me dormí tomando la decisión firme de acudir a la peluquería sin falta y de comprarme un vestido.

Recorrí durante días las boutiques del centro de Inverness, pero fue una tarea ardua encontrar un vestido que no me pareciese demasiado ostentoso y que me cupiese. Nada más probarme el primero, me di cuenta de que mi trasero había aumentado desde que estaba en Escocia y comía las deliciosas empanadas y sopas *Scotch Broth* y *cock-a-leekie* de Meg la tabernera, o los sabrosos quesos escoceses. Aunque todavía me costaban los arenques y el *haggis* seguía siendo demasiado fuerte para mí, me había aficionado a los dulces tradicionales escoceses, como las bolas de masa hervida, un pudín de sebo cargado de melaza, frutas y especias llamado *clootie*, los bollos negros de hojaldre y que incluyen pasas y grosellas junto con especias como canela y pimienta negra,y los deliciosos trozos de *tablet* que consumía sin descanso en la enfermería, una bomba calórica de leche condensada y mantequilla. Todo aquello había hecho su efecto después de mi paupérrima alimentación durante la guerra. A veces, en el hospital, llegué a estar tan cansada que prefería poder dormir que comer.

Por fin pude dar con un vestido a mi gusto que estuviese a la moda. Resultó ser un poco caro, pero intenté no pensar mucho en ello. Era de color azul claro, drapeado, con mangas, largo y de satén, con botones

a la espalda. Lo acompañé de unos zapatos de baile. Al parecer ya no se llevaban los guantes. El pelo lo dejé para la misma víspera del *Hogmanay*. Pedí cita en la peluquería más cercana al dispensario y acudí dispuesta a parecer de nuevo una mujer elegante.

La peluquería estaba repleta y nada más entrar, varias clientas me miraron de arriba a abajo. Pude escuchar como una de ellas se refería a mí claramente como "la *sassenach*". Si bien era cierto que poco a poco, y probablemente gracias a los Grant, había logrado hacerme con la aceptación de las gentes de Inverness, también había una pequeña parte de vecinos a los que no les agradaba que yo fuese inglesa.

Someterme a todo aquel ritual femenino después de casi seis años me resultó sorprendentemente agradable y relajante. El verme en el espejo con mi pelo más corto peinado en hondas brillantes y suaves al tacto me hizo sentirme hermosa de nuevo.

—¿Puede ponerme carmín en los labios, por favor? —pedí a una sorprendida peluquera, la señora Ross—. Y ya que estoy… ¿Podría hacerme la manicura también?

Acabé de rematar el día gastando más dinero del que en un principio tenía previsto en una combinación con encaje y un conjunto de ropa interior nuevos. Y me puse mis mejores medias, las negras que tenían costura en la parte de atrás.

Enfundada en aquel vestido, que en el último momento me pareció demasiado ostentoso para un baile organizado por la parroquia y los comerciantes de la ciudad, entré con paso firme en el salón parroquial, donde se celebraban también las exposiciones del grupo de acuarelistas de Inverness, el concurso de bailes tradicionales de las Tierras Altas y el concurso floral anual.

El amplio salón de suelo de madera estaba engalanado con telas y banderolas blancas y azules. Se habían dispuesto las sillas alrededor de lo que era el espacio de baile para descansar los pies durante la velada. Sobre una tarima, una orquesta formada por una guitarra, un violín, un acordeón, la flauta, el *tin whistle*, *el bodhrán* y un cantante con otro violín, ya amenizaba la tarde con una tonadilla que invitaba a moverse.

Al otro lado de la sala, enfrente del escenario, se había colocado una mesa engalanada con un bonito mantel sobre la cual había varias poncheras.

Llegué en el autobús comarcal, con el baile comenzado y con un nudo en el estómago. Andrew y yo no habíamos quedado en nada formal, solo en que nos veríamos allí, pero yo estaba nerviosa como una colegiala. Mis tacones resonaron en el recinto y muchos de los presentes se giraron para mirarme. Los murmullos no tardaron en comenzar y se intensificaron cuando me quité el abrigo y se lo tendí a la chica del guardarropa, situada junto a la puerta del salón.

Divisé a Andrew enseguida, estaba hablando unos cuantos muchachos, uno de ellos llevaba una prótesis como de madera en una mano y supuse que sería su amigo Alec.

Las gentes de Inverness se habían presentado con sus mejores galas de domingo, sobre todo las jovencitas, pero también los caballeros de cierta edad iban bien vestidos con corbatas y pajaritas. El panorama masculino era desolador. Apenas había muchachos jóvenes, tan solo unos pocos, la mayoría tullidos, lo que hacía que las escasas miradas femeninas se dirigiesen a Andrew y su imponente planta. Vestido con un traje de tres piezas y una corbata de tartán, con el pelo recién cortado y peinado con fijador y recién afeitado, parecía un actor de cine.

La chica rubia del mercado también estaba allí, rodeada de otras jovencitas que me observaban cuchicheando. Me di cuenta de que todas las miradas estaban puestas en mí y en mi vestido nuevo, pero el que parecía más asombrado con mi entrada era Andrew, que me miraba de pies a cabeza sin pestañear.

Iba a acercarme a Andrew para saludarle, pero pude observar cómo Lorna Monroe se adelantaba y se ponía a charlar con el grupo de chicos. La joven llevaba un vestido con un generoso escote y a los muchachos se les iban los ojos sin querer. Lorna sonreía y los chicos se atusaban el pelo riendo alguna gracia que acababa de hacer ella.

En ese momento recordé que yo había sido así una vez, una jovencita despreocupada y jovial a la que le agradaba gustar a los chicos. Aquel pensamiento me puso triste y me giré hacia una de las

poncheras para servirme un ponche que me bebí de un trago. Estaba fuerte, pero volví a tomarme otro para no seguir pensando en aquel antiguo reflejo de mí misma.

—Has venido —escuché a mi espalda.

Me giré, era Andrew mirándome con su hermosa sonrisa enorme, luminosa y sincera trayéndome al presente.

—Tú me invitaste —sonreí sirviéndole un poco de ponche.

—Sí, claro… Me alegra mucho que hayas venido. Seguramente, esto no es como una baile de Londres, pero nadie hace mejor el ponche que Bill Morrison. Le echa de su whisky. Lo hace en su casa y te aseguro que es lo más fuerte que he probado jamás. Te aconsejo que no tomes demasiado. Y que no se entere el reverendo, anda por aquí intentando mantener el orden y las buenas costumbres —me susurró al oído.

Andrew tomó el vaso de ponche que le tendí, le dio un sorbo largo hasta apurarlo y lo dejó sobre la mesa.

—¿Hamish no ha venido contigo? —pregunté mirando a nuestro alrededor para ver si veía al adusto montañés al que, tras su confesión, me iba a costar mucho llamar "tío" delante de Andrew.

—No, no le gustan este tipo de cosas. Además, dice que lo de recaudar fondos para los mutilados y viudas de guerra es una hipocresía del gobierno. Ya sabes cómo es.

—En cierto modo es así. La Cámara de los Lores y la de los Comunes manda a sus súbditos a la guerra y luego les da limosna a sus huérfanos —dije.

—Yo no lo hubiese dicho mejor. Estoy de acuerdo con mi tío y contigo, pero, por otro lado, aquí están los pocos amigos que me quedan y necesitan esa ayuda, aunque sea injusta e insuficiente.

Miré a Andrew con admiración. Era la primera vez que daba una opinión política y estaba claro que no era un *tory* rancio.

Los músicos comenzaron a tocar una tonada lenta. Andrew no dejaba de mirarme y yo continuaba teniendo aquellos estúpidos nervios alojados en el estómago.

—Estás… —comenzó a decir mirándome de arriba abajo.

—¿Rara, no? Hacía siglos que no me arreglaba. Desde antes de la guerra. Necesitaba un corte de pelo y bueno, el vestido es nuevo.

Todos los que tenía los dejé en Londres. Y ya estaban pasados de moda, eran de antes de la guerra. No tenía nada que ponerme —me excusé hablando atropelladamente.

—Estás preciosa —susurró Andrew de repente.

—Tú tampoco estás nada mal con ese traje, Andrew. No te había visto nunca con corbata. Estás muy elegante.

Él sonrió azorado. Lo cierto es que estaba imponente, pero no se daba cuenta de su propia apariencia y eso lo hacía más atractivo aún.

—¿Bailamos? —dijo tendiéndome la mano.

Asentí y le acompañé al centro del salón. Él tomó mi mano, la suya ardía, la mía estaba helada. Me rodeó la cintura, me atrajo hacia su cuerpo en silencio y comenzamos a movernos al son de una vieja canción escocesa. Era una melancólica balada y el violín que acompañaba la voz del cantante sonaba triste. La pista de baile estaba repleta, las luces eran tenues y enseguida me di cuenta de que Andrew estaba en lo cierto respecto al ponche de Morrison.

—Bailas bien —dije.

—Tú también —respondió Andrew.

—Hacía tanto que no bailaba… —suspiré—. Antes me gustaba mucho.

Andrew me observaba fijamente. Para romper el contacto visual me apoyé más en él. Estaba algo agachado hacia mí y mis zapatos de tacón me permitían descansar la cabeza en el hueco de su hombro, bajo su cuello. Notaba su calor y el pulso fuerte y rápido en su cuello. y veía aquel hoyuelo bajo su nuez, que parecía tan suave. De pronto, la tonada cambió y se hizo más ligera y giramos juntos entre las demás parejas.

—Deberías bailar también con las demás chicas. Creo que te estoy acaparando —dije pensando en la mirada de resentimiento que acababa de dedicarme la madre de Lorna Monroe.

—No quiero bailar con ninguna otra chica. Si hubiese querido bailar con alguna de ellas, no estaría bailando contigo, Grace.

—¿Por qué no? Todas ellas están deseando que las saques a bailar y supongo que ellas y sus madres van a odiarme eternamente si continúas bailando conmigo.

—Las conozco desde que eran unas mocosas.

«Te vi con Lorna Monroe en el mercado una vez. La estabas besando», pensé, pero no lo dije.

Andrew pareció ir a decir algo más, pero de repente comenzó a sonar una tonada rápida y muy alegre.

—¡Ven! —dijo aferrando mi mano con fuerza.

—¡Pero no sé bailar esto! —exclamé.

—Es un *set*, es la danza más común en los *céilidhs*. Consiste en un grupo de cuatro parejas, con dos parejas situadas frente a otras dos, formando un cuadrado o un rectángulo. Cada pareja intercambia posiciones con la pareja de enfrente manteniendo los pasos al ritmo de la música. Las parejas van cambiando. ¡Es fácil! —dijo Andrew.

—No lo he bailado nunca —dije aferrada a la mano de Andrew.

—No importa. ¡Tú sígueme! —exclamó sonriente.

Empezamos a bailar frente a otra pareja. Al rato la otra pareja que bailaba enfrente se intercambió por la de la esquina y luego por la otra. Empezaba a perder el resuello y el ponche con el estómago vacío había comenzado a pasar factura a mi equilibrio. Miraba al suelo intentando seguir los pasos de Andrew que bailaba sin perder ni el ritmo ni el aliento. Cuando elevé la cabeza, me encontré con una nueva pareja masculina, la tonada había cambiado y Lorna bailaba al lado de mi pareja, frente a Andrew, con gracia y una gran sonrisa. Y entonces, aquella visión de ellos me provocó un profundo desagrado.

«Estás celosa, reconócelo», me dije avergonzada.

Paré de bailar y me despedí de mi pareja de baile con una breve disculpa elegante para retirarme a un lado del parquet encerado y brillante, donde la gente bailaba sin cesar. Desde aquel ángulo observé a la muchacha mirar a Andrew y sentí un nudo en el estómago. Estaba utilizando todas sus armas que incluían sonrisa, pelo y busto.

Unas mujeres de mediana edad charlaban animadas por el ponche y la música. En algún momento de la conversación escuché un claro "*sassenach*" y supe que estaban hablando de mí. La escasez de luz, la música y puede que mi inusual aspecto me hizo pasar desapercibida entre el bullicio y pude escucharlas aguzando el oído.

—Mira qué buena pareja hace mi Lorna con Roy. Imaginad lo

bonitos que serían mis nietos —dijo la señora Monroe.

—Pero parece que la *sassenach* se ha fijado en él. Fíjate como ha venido de peripuesta —le dijo otra mujer con voz burlona.

—Yo la veo muy elegante. Tiene mucho porte y es muy agraciada, no lo podemos negar —añadió otra.

—Será desvergonzada… Pero si se dice que no lleva ni un año viuda y fijaros cómo anda persiguiendo a nuestros muchachos —añadió la señora Monroe.

—Y al parecer no lleva el apellido de su difunto marido porque en la oficina de correos me han dicho que la carta que le llegó de Londres viene a nombre de una tal Sra. Radcliff y ella se hace llamar Grenville —susurró otra mujer.

—Es medio francesa, o eso dicen —dijo la que me pareció la señora McMillan.

—Por eso frecuenta la taberna sola, viste pantalones y no va a la iglesia.

—Es porque es católica —añadió la otra mujer.

—Ahora me lo explico todo —concluyó la señora Monroe.

No quise escuchar más. El rubor que provoca la cólera había encendido mis mejillas. Estaba furiosa con aquellas mujeres que no me conocían de nada y parecían odiarme profundamente, pero también conmigo misma por haber albergado esperanzas de algún tipo respecto a Andrew. No tenía ningún derecho. Él era un muchacho joven, con todo por delante, como aquella jovencita.

«Ni siquiera puedo darle hijos y ella, vista su lozanía y juventud, es muy probable que sí», reconocí con amargura.

George y yo hablamos de ello antes de casarnos. George era un hombre tradicional. Él aspiraba a formar una familia. Durante nuestro largo noviazgo de casi cuatro años, por dos veces pensé que podría haberme quedado embarazada, pero no ocurrió. Ya casada lo intentamos las escasas veces que pudimos sin que sucediera. Mi periodo siempre había sido irregular y George me habló de visitar a un ginecólogo después de la guerra. Estaba ansioso por tener descendencia. En aquel momento, recordé con desagrado lo presionada que me sentí y su desilusión cada vez que me venía el

periodo.

Era inútil negarlo, no tenía ningún derecho a pensar en Andrew. Nos estaba perjudicando a ambos tratando de ir más allá de una sana amistad. Miré a Lorna y vi sus mejillas encendidas por el baile y la emoción, su pecho lleno bajo el escote, su larga melena sedosa y rubia. Decidida, fui a por mi abrigo y tras ponérmelo busqué al reverendo. Lo encontré charlando con otro grupo de mujeres que al verme se dedicaron a repasar mi atuendo sin perder detalle.

—¡Reverendo! Está aquí, que bien que lo encuentro —dije sin arrepentirme de haberle interrumpido—. ¿Podría hacerme el favor de acercarme a casa en su automóvil? Me encuentro un poco indispuesta y me temo que la noche está muy desapacible

No mentí, me encontraba en un estado de confusión y zozobra extraña y hacía mucho frío.

—Claro que sí, Grace. No se preocupe. Tengo que llevar también a la señora Simpson y a su hija, la señorita Fiona, que también viven en las afueras.

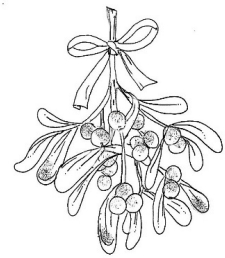
De camino al *cottage* tuve que soportar el parloteo del reverendo y de la señora Simpson, que se basó principalmente en recordarle a su hija que debía sonreír a los muchachos del pueblo y ser más femenina si quería conseguir marido.

—¿No está de acuerdo reverendo? En mis tiempos, si no tenías un par de pretendientes antes de los veinte años era mala señal. Estas muchachas de hoy en día que dejan pasar así el tiempo no sé qué piensan de la vida.

Fiona no dijo nada, pero resopló varias veces.

—Además, los hombres escasean en estos tiempos —dije mordaz. La hija de la señora Simpson me miró y creí adivinar cierta complicidad en su sonrisa.

—¡Qué razón tiene usted, querida! Siempre han escaseado por aquí. ¡Desde Culloden! —respondió la señora Simpson.



CAPÍTULO XVI

Bajo el muérdago

Llegué a casa sintiéndome mayor, derrotada, con los pies doloridos y el ánimo sombrío. No me cambié enseguida, en vez de eso me preparé un reconfortante té y encendí la chimenea para caldear la casa. Sentía frío y desesperanza, pero recordé las palabras de Andrew: "Estás preciosa", y por eso me dejé puesto el vestido un poco más, por simple vanidad.

«Supongo que no volveré a usarlo en mucho tiempo, así que da igual, lo disfrutaré un poco antes de llevarlo a la tintorería y guardarlo para mejor ocasión. Si es que tengo otra más algún día», pensé.

La casa estaba decorada aún con ramas de fragante pino y acebo. Hasta había dispuesto una corona en la puerta y colgado muérdago sobre ella, como la primera Navidad y última que pasé con George.

Mientras me quitaba las horquillas y las peinetas de carey, me cepillaba y dejaba sueltos mis bucles ahora sedosos y brillantes, mis pensamientos vagaron por aquellos recuerdos de mi efímero matrimonio. No podía dejar atrás el pasado y eso me alteraba. Creía haber logrado mantenerlo a raya allí, tan lejos de Londres, pero estaba siendo una noche extraña en todos los sentidos.

Decidí que no me iba a permitir más momentos de compasión conmigo misma y tras tomarme el té resolví recoger los adornos de la puerta para guardarlos.

Justo al abrirla lo vi allí plantado, alto, serio bajo la llovizna, supuse que a punto de tocar a la puerta. Estaba vestido aún con el traje de tres piezas de tweed y la bonita corbata de tartán. El pelo mojado hacía que los rizos de su flequillo le cayesen sobre la frente.

—Andrew… ¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.

—Te fuiste sin despedirte y pensé que tal vez no te encontrabas bien. Alguien me dijo que estabas indispuesta.

—Solo estaba cansada. Me dolían los pies por los zapatos nuevos. Gracias, pero no tenías por qué preocuparte —me excusé.

—No te has quedado a cantar el *Auld Lang Syne* —sonrió Andrew.

Su comentario me hizo sentir una punzada de ternura, pero de pronto se me pasó por la mente la imagen de Lorna Monroe y los

comentarios de su madre y olvidé mi compasión.

—Estabas bailando con Lorna Monroe y no quise molestarte.

Lo dije sin pensar, y al momento me di cuenta de que Andrew se había percatado de cuánto me había molestado aquello.

—Solo bailé con ella por cortesía, Grace. Luego fui a buscarte para bailar de nuevo contigo y ya no estabas.

—¡Oh, Andrew! ¿De verdad crees que ella bailó también contigo por cortesía? ¿De verdad eres tan cándido?

No debí decir aquello. Su mirada azul me fulminó. Estaba irritado, mucho más que aquel día en el que le hice esperar para ir a ver a Hamish, cuando yo estaba molesta por haberle visto besándose con Lorna. Y lo que era aún peor: sabía de mi despecho.

—Y tú tan cobarde —me espetó entre dientes.

—¿Cómo dices? —aullé.

—No pensé que lo fueses, pero esta noche te has comportado como una cobarde y también como una maleducada. Te invité a ti, solo a ti, no a Lorna.

Le miré furiosa. No podía creerlo.

—¿Cómo te atreves? —exclamé.

—¿Cómo te atreves tú? Al menos podías haberme dicho que te marchabas.

—¿Ah, sí? ¿Es que te debo explicaciones? ¿O acaso tengo que darte las gracias por la invitación de alguna forma especial? —dije desafiante.

—¿Por quién me tomas? Creí que te conocía —dijo entre dientes. Estaba ofendido, no podía ni mirarme. De pronto resopló y volvió a hacerlo—. ¿Has huido de mí, Grace?

Lo dijo acercándose a mí hasta quedar bajo el marco de la puerta, bajo el muérdago. Su altura y su cuerpo tapaban toda la entrada.

—¿De veras piensas eso, so arrogante? —chillé.

—¡Sí, lo pienso! Y no soy ningún ingenuo como tú te crees —gritó acercando su rostro al mío, fiero y desafiante. Se había enfadado conmigo. En Escocia no se hacían las cosas como el Londres.

Él tenía razón, había huido, me conocía perfectamente. Y encima había perdido los nervios. No tenía excusa para mi comportamiento.

Me quedé paralizada. Nunca había visto así a Andrew y me sobrecogió tenerlo delante, tan inmenso, con los ojos echando chispas y los orificios de la nariz abiertos como los de un toro. Una vena se le marcaba en la sien. Su aliento caliente, su respiración agitada y su mirada salvaje recorrían mi rostro. Olía a loción de afeitar, y a madera y turba. Podía sentir su cuerpo conteniendo toda su fuerza, en tensión. Notaba su calor, su respiración acelerada llegando hasta mis labios con un aroma a whisky. Él los contempló y su mirada de furia se transformó en avidez y en ese instante, al mirarme la boca y yo la suya, algo dentro de mí estalló y no pude reprimirme. Le besé con arrebato y él me correspondió saboreando mis labios con furor, buscando mi lengua con la suya, sin cesar. Yo respondí a aquel beso con todo mi ser, mi boca ansiaba la suya, su sabor, su aliento y no podía abandonarla.

De pronto se apartó bruscamente, dejándome débil y agitada.

—¡Grace, no! Grace, para por favor… No quería que fuese así —susurró ronco y jadeante.

—Lo siento, siento haber herido tus sentimientos, Andrew —gemí tomando su rostro entre mis manos—. No te enfades conmigo, por favor. No soportaría que te enfadases conmigo.

—No estoy enfadado contigo. No puedo enfadarme contigo —dijo apoyando su frente en la mía.

Noté la humedad de mis lágrimas surcando mi rostro. Me ardían las mejillas. Las suyas también quemaban como el fuego. Cerró los ojos con fuerza y al abrirlos suspiró profundamente. Posé mis manos en su pecho. Pude sentir los latidos de su corazón fuertes, constantes y apresurados. Él aferró mis manos.

—Grace, si quieres que me marche, pídeme que me vaya ahora o no podré hacerlo.

—No quiero que te vayas, Andrew. ¡Quédate! —gemí.

Esta vez fue él quien me besó. Fue un beso largo, profundo y devastador, que arrasó con mis últimas defensas, encendiendo mi cuerpo hasta hacerme temblar de necesidad.

—¿Qué quieres de mí, Grace? ¡Dímelo! —me imploró sin resuello, sin soltarme de su fuerte abrazo.

—¿Qué puedes darme?

—¡Todo, todo lo que quieras, todo lo que me pidas! —jadeó.

—Llévame a la cama.

Se lo pedí, le pedí lo que más anhelaba y que había estado negando meses. Le tendí mi mano y él la tomó sin dejar de mirarme.

Subimos al dormitorio en silencio, como poseídos por un hechizo, sin soltarnos de la mano. Andrew se fijó en la cama nada más entrar y después me miró a mí y se quedó observándome como si fuese un inmenso felino. Me di cuenta de que estaba nervioso y eso no me tranquilizó en absoluto porque yo no estaba mucho mejor que él.

—¿Cómo se supone que debemos comenzar? —sonreí aferrando mis propias manos, intentando aligerar aquella tensión, pero en vez de arreglarlo con aquella pregunta que creí ligera, la cara de Andrew me dijo que acababa de empeorarlo todo.

—No lo sé. Creo que no soy el más indicado para decirlo —susurró ronco, moviéndose inquieto, sin apartar sus ojos de los míos.

La turbación entre ambos creció y no pude evitar preguntar.

—¿Por qué?

—Porque soy virgen —dijo con los brazos en jarras carraspeando para aclararse la garganta.

Le miré anonadada. Así que ese era el problema. Andrew estaba asustado por su falta de experiencia y le intimidaba la mía. Sentí una gran ternura por él en aquel momento. Estaba claro que se encontraba muy incómodo después de aquella sorprendente revelación. Me di cuenta de que tendría que ser yo la que diese el primer paso, y pronto.

Yo no era virgen ni mucho menos, pero hacía más de tres años que no estaba con George y no iba a ser fácil para mí tampoco.

—No te preocupes —dije acercándome lentamente hasta estar frente a él, junto a la cama—. Hace mucho tiempo también para mí. Tendrás que hacerme recordar.

Andrew no dejaba de mirarme, tenía las pupilas dilatadas, su respiración era profunda y estaba sonrojado. No cabía duda de que científicamente hablando estaba al borde de la ebullición.

Alargué mis brazos para tocarlo.

—Dame tus manos —susurré. Él me las tendió vacilante. Sus manos eran muy grandes en comparación con las mías y estaban sorprendentemente calientes. Me las aferró con fuerza—. Si nos tocamos será más sencillo para ambos. Yo también estoy nerviosa.

Asintió con el ceño fruncido y apretó los labios. Estaba preocupado, casi podía escuchar sus pensamientos. Llevé sus manos hasta mi cintura y él me ciñó con firmeza. Respiré hondo, estábamos a escasos centímetros el uno del otro. Comencé por quitarle la chaqueta deslizándola por sus amplios hombros con lentitud. Me temblaban las manos. Proseguí con su chaleco y después solté el nudo de su corbata lentamente. Andrew me observaba detenidamente mientras me disponía a ocuparme de su camisa. Al hacerlo, pude apreciar cómo tragaba saliva y su nuez subía y bajaba, sobre lo que médicamente se llama "incisura yugular" y que ahora me parecía un nombre feísimo para aquel lugar de su anatomía tan bello. Él continuaba aferrando mi cintura, mirándome fijamente y yo seguí con los botones de su camisa. Cuando dejé al descubierto su pecho musculoso, me apretó un poco más y no pude evitar un suspiro al sentir como se pegaba a mi cuerpo.

—Perdona —susurró.

—No pasa nada.

Los dos sonreímos azorados.

—Si hago algo que no te gusta, dímelo, por favor —me pidió.

—Claro, no te preocupes —susurré acariciando su pecho.

Al hacerlo, inspiró con fuerza y entreabrió los labios. Noté los músculos tirantes y duros bajo mis manos. Entonces le quité la camisa acariciando sus hombros y sus clavículas mientras contemplaba su torso formidable. Bajé mis manos por sus brazos y las deslicé por su pecho notando el suave vello cobrizo de sus pectorales. Andrew se quedó inmóvil, casi sin respirar. Y entonces, de repente, me tomó con ímpetu por la cintura y atrayéndome hacia él, me besó. Fue un beso largo, profundo y ávido que termino en un gemido mutuo.

—Besas muy bien —jadeé mareada.

—Tú también —susurró respirando afanoso.

Me estrechó de nuevo en sus brazos y yo me dejé envolver por su inmenso cuerpo cálido. Esta vez el beso fue lento, más suave, pero su

cuerpo continuaba impaciente. Al apretarme contra su vientre advertí que estaba más que dispuesto. Yo también lo estaba, sentía un hormigueo delicioso en mi vientre, fruto del deseo. Sin aguardar más le solté los pantalones. Mientras lo hacía sentía la respiración de Andrew en mi rostro, agitada y caliente. Me apresuré todo lo que pude y al terminar le bajé los pantalones junto con su ropa interior de un tirón. No pude evitar mirar hacia abajo.

—Ya estás. Ahora te toca a ti —susurré turbada, apartando la mirada.

—Sí, eso creo —sonrió vanidoso con voz profunda y muy suave, provocando en mí una auténtica oleada de pura necesidad.

Me giré para facilitarle la tarea de soltar los diminutos botones forrados en satén azul grisáceo. Supe que le estaba costando debido a lo grandes que eran sus dedos y lo pequeños que eran los dichosos botones e imaginé que estaría concentrado en la tarea, haciendo alguna mueca graciosa y sonreí. Cuando terminó exclamó victorioso algo ininteligible y entonces volví a ponerme frente a él.

La suave tela se deslizó por mi cuerpo cayendo a mis pies dejándome en ropa interior. Andrew me miraba fascinado. Deslizó los tirantes de mi sostén muy despacio, mientras yo soltaba los corchetes traseros. En un instante mis pechos quedaron desnudos. Andrew tenía la mirada oscura y fiera y al mirarle tuve que reconocer que era el hombre al que más había deseado en toda mi vida.

Tomé sus manos y se las posé sobre mis pechos. Absorto, las deslizó rozando mis pezones, que al contacto con ellas se irguieron inmediatamente. Andrew tomó aire con fuerza.

Yo no podía más. Sentía cómo los nervios y la apremiante tensión del deseo alojada en mis entrañas, las volvía vibrantes y tiernas.

—Bésame otra vez —pedí.

Lo hizo y de paso me tomó en brazos como si no pesase nada y me tumbó sobre la cama sin que me diese tiempo a prepararme. En un instante se subió a la cama, se puso de rodillas frente a mí y tirando de mi ropa interior se llevó el liguero y las medias por el camino, dejándome completamente desnuda. No le di tiempo a pensárselo y aferrándole por la nuca lo atraje hacia mí. Andrew comenzó a

besarme el cuello bajando hasta mis pechos. Cuando empezó a chupar mis pezones yo ya gemía sin poder hacer nada para evitarlo. Sus caderas se resistían a pegarse del todo a las mías, pero yo elevé mi pelvis y deslicé mis manos por su espalda hasta alcanzar sus musculosas nalgas que se tensaron con mi roce. Las presioné para acercarlo más a mí y lo apremié suave, pero con firmeza para que se deslizara entre mis muslos. Entonces Andrew levantó la cabeza de entre mis pechos resoplando.

—¡Cristo bendito! Estás tan mojada —jadeó. Y justo en aquel instante me penetró con una concisa embestida que nos hizo gemir con fuerza a ambos.

—Ahora no te pares —gemí.

⌘

No tardó mucho. Fue vigoroso y tierno a la vez porque no cesó de mirarme mientras lo hacíamos. A mí no me dio tiempo a acabar, pero no me importó. Al terminar pude sentir como todo su ser temblaba de pies a cabeza. Después se desplomó jadeante sobre mi cuerpo mientras susurraba mi nombre gimiendo con los ojos cerrados. Ambos estuvimos un rato en silencio, recuperando el resuello. Al rato comenzó a acariciarme el rostro despacio, sin dejar de observarme.

—¿Te he apretado demasiado fuerte? —susurró.

—No, no te preocupes.

—¿Seguro? Es que… tenía miedo de hacerte daño.

—No me has hecho daño —sonreí.

Era imposible que me lo hubiese hecho porque hasta yo misma me había maravillado de lo dispuesta que estaba.

—¿Y te ha gustado? —preguntó ansioso.

Si bien era cierto que yo no había culminado, había disfrutado muchísimo de aquel momento tan arrebatado y diferente. Asentí acariciando sus rizos pelirrojos sonriéndole con ternura.

—¿Y a ti? —pregunté, aunque conocía perfectamente la respuesta.

—¡Oh, sí! ¡Muchísimo! —exclamó sonrojándose por completo.

Los dos reímos. Él me besó con ternura y acomodó mi cabeza sobre su pecho. Su corazón aún latía con muchísima fuerza. La piel de su pecho todavía estaba sonrosada debido a la excitación. De pronto se

incorporó un poco y se puso a contemplarme estudiando mi cuerpo mientras deslizaba las yemas de sus dedos por los contornos de mis labios, mis pechos y mi vientre.

—Eres tan hermosa… Adoro mirarte —suspiró conmovido.

—Tú también eres hermoso, Andrew, y también me gusta mucho mirarte —sonreí admirando su belleza poderosa.

Era cierto, Andrew era precioso, dulce, intenso y encantador. Y era solo mío, yo le había desvirgado y él parecía encantado de que así fuese, si hacía caso a la amplitud de su gloriosa sonrisa.

—Te vas a reír de mí, pero lo cierto es que nunca había visto una mujer completamente desnuda. Cuando teníamos unos doce o trece años, mis amigos y yo vimos a la prima de Robert Graham en la ventana mientras se lavaba. Ella tenía dieciséis años y… bueno, sabía que la mirábamos —dijo gesticulando. Pero de pronto se puso serio—. En la guerra era fácil conseguir prostitutas muy baratas. La mayoría de aquellas pobres chicas estaban famélicas y enfermas. Y te podían pegar cualquier cosa, desde una tuberculosis a la sífilis. Jamie Stuart acabó con ladillas y piojos. A mí también me apetecía, pero no quería… bueno, me daba miedo contagiarme y me daba pena por ellas, que a cambio de un poco de comida se dejaban hacer cualquier cosa. Algunas tenían la cabeza rapada porque habían estado con alemanes.

—Lo sé. Una vez vi a unas mujeres así en un pueblo de Francia. Las estaban insultando y les tiraban piedras. Estaban medio desnudas, y estaba claro que habían sido golpeadas y forzadas. Intenté que alguien hiciera algo, pero me dijeron que eran colaboracionistas. Fue espantoso —dije temblando al recordar.

Andrew besó mi frente, se acomodó en la cama y yo me apoyé en su pecho. Era muy agradable porque, mientras hablaba con voz muy suave, me iba acariciando la nuca, los hombros y la espalda.

—Liberamos un pueblo en el norte y esa noche varias chicas vinieron a buscarnos mientras dormíamos. Según algunos era para darnos las gracias, pero solo querían algo de comer o un cigarrillo a cambio. La que vino conmigo era una cría. Apenas tenía cuerpo de mujer. Me dijo algo en francés y comenzó a besarme y a soltarse la

blusa. A mí no me apetecía, estaba agotado, solo quería dormir. Ella olía a sudor y estaba claro que, de algún modo, lo hacía obligada. Yo no quería que fuese así. Hamish siempre me ha dicho que lo mejor de la existencia de un hombre es poder hacer el amor con la mujer a la que ama y que hay cosas que al hacerse mancillan nuestra alma y nos roban la pureza. Si me hubiese quedado en el pueblo y no hubiese habido guerra, probablemente lo hubiese acabado haciendo con alguna chica de aquí, en algún pajar, pero aquello…. No era algo sincero —dijo con tristeza—. Aquella noche no llegué a hacerlo del todo, en realidad. Ella se sentó encima de mí, metió su mano en mis pantalones, me tocó sin desnudarme y eso fue todo. No lo considero mi primera vez. Muchos murieron vírgenes, sin haber estado dentro de una mujer, sin haber sentido esto que he sentido contigo. Mi primera vez es hoy contigo, Grace.

Le besé con pasión y él me apretó entre sus brazos. Pude notar que estaba listo de nuevo y a mí aún me apetecía muchísimo.

—¿Quieres hacerlo otra vez? —susurré en sus labios.

—¿Puedo? —preguntó con una inocencia deliciosa.

Asentí, sonrió y surcando su boca con mi lengua le atraje de nuevo hacia mí, rodeando sus caderas con mis muslos.

Esta vez fue más lento y menos apremiante y se deleitó acariciándome sin prisa, con mano firme pero suave, hasta hacerme temblar de placer únicamente con sus labios y sus manos.

Había en Andrew algo que me excitaba muchísimo, era una mezcla de curiosa avidez y delicadeza. Era tierno y poderoso a la vez. Preguntaba, aguardaba. Y era muy imaginativo. Enseguida descubrió diferentes posturas más cómodas para ambos y distintos ritmos. Y su juventud era algo definitivamente a su favor porque lograba recuperarse rápidamente.

Aquella segunda vez tuvo la intuición de parar a tiempo para esperarme. De todas formas apenas necesitó aguardarme. Yo misma estaba maravillada de mi deseo y del placer que estaba sintiendo. En algún momento de aquel segundo encuentro me arqueé bajo su cuerpo gritando de gusto haciendo que Andrew saliese de mí asustado.

—¿Estás bien, Grace? —exclamó.

Sin apenas resuello asentí con la cabeza, aturdida de satisfacción.

—Tranquilo. Estoy perfectamente. Todo está bien, muy bien —jadeé rendida.

Andrew sonrió feliz y rojo como la grana acariciando mi rostro.

—No sé lo que he hecho, la verdad, pero me alegro. Quiero complacerte, Grace. Nunca he creído lo que Bruce dice.

—¿Qué dice Bruce?

—Que a las mujeres no os gusta como a nosotros —dijo acomodándose en la cama.

—Me complaces, Andrew. Mucho —sonreí arrebatada por su sinceridad—. Y Bruce no tiene ni idea. Sí que nos gusta, pero tenemos otro ritmo diferente, sobre todo al comenzar. Por otro lado, no tenemos que aguardar para volver a hacerlo.

Andrew emitió un gruñido de asentimiento y sonrió acariciando mis pechos con su nariz. Esta vez era él quien no había terminado y yo ya estaba exhausta, así que decidí ayudarlo.

Me incorporé un poco y le contemplé mordiéndome el labio con picardía. Estaba tan hermoso allí, tumbado, desnudo y excitado que me conmovía mirarlo.

—Quédate quieto— le pedí acariciándole el cuerpo hasta posar mi mano sobre su miembro suave y rígido.

Él solo pudo jadear como respuesta y ver cómo lo sujetaba en mi mano, mientras le acariciaba lentamente.

Incrementé el ritmo. Andrew gemía sin apartar los ojos de mí y de lo que le estaba haciendo. Cuando lo introduje en mi boca gritó de placer y sorpresa. Después ya solo pudo gimotear hasta que noté como se estremecía violentamente, abandonándose a mis labios y mi lengua. La postura me permitió observar cómo echaba la cabeza hacia atrás en la almohada y cerrando con fuerza los ojos, mientras apretaba la poderosa mandíbula, tenso y tembloroso, terminaba manando con fuerza entre quejidos de placer.

—¡Santo Dios! —jadeó abriendo los ojos, bañado en sudor, mientras yo sonreí poderosa.

—¿Te ha gustado? —pregunté vanidosa.

—¡Dios, sí! ¡Muchísimo! —exclamó jubiloso—. Creí que lo que me decía mi amigo Rob era una exageración o directamente mentira, pero veo que es cierto.

Reí posándome sobre su cuerpo. Él respiró hondo y también rio mientras acariciaba mis rizos y besaba mis labios con ternura. Después me arropó envolviéndome con las mantas y su cuerpo.

—Grace… —dijo al rato, a punto de quedarse dormido—. Creo que estoy enamorado de ti.

—Yo también, Andrew —susurré estremeciéndome al decirlo. Acababa de quedarse dormido.

Andrew se durmió con una mano rodeando mi cintura y la otra posada sobre uno de mis pechos. Y pensé que era como si mi seno, blando y redondo, siempre hubiese pertenecido a aquel hueco, el de la palma de su mano.

CAPÍTULO XVII

Año nuevo, vida nueva

Lo había hecho, le había dicho que lo amaba sin que él pudiese escucharme y no me arrepentía de ello porque era cierto, amaba a Andrew Grant, aquel mocetón apodado Roy, de veintidós años, pelo rojo, dulce y risueño.

Aquella primera noche de año nuevo apenas descansamos. Al despertar me quedé viéndole dormir, sin moverme. Me tenía aprisionada entre sus musculosos brazos y su cuerpo ardía. Recordé la noche pasada. El eco de sus acometidas aún palpitaba en mis entrañas.

Andrew gruñó débilmente, estaba soñando. Tras fruncir el ceño un instante, su semblante volvió a ser dulce. Sonreí, parecía un niño pequeño. Pero pronto cambié mi apreciación acerca de él al sentir algo duro que se posaba contra uno de mis muslos. Miré y vi su tremenda erección matutina. Estaba rígido como una vara y al pensar en ello mi cuerpo también empezó a arder.

Momentos después, al despertar, nuestras miradas se encontraron. Sus ojos somnolientos eran azules y suaves. Sus manos comenzaron a acariciarme y su sonrisa se ensanchó al notar como me apretaba contra él.

—¿Aún me deseas, Grace? —jadeó suave en mi oído.

—Muchísimo —reconocí acalorada. No tenía ningún sentido negar lo que nuestros cuerpos no podían esconder.

Lo hicimos despacio, tumbados de costado, el uno frente al otro, hasta que el placer nos consumió por completo, dejándonos exhaustos y sudorosos. Me estremecí al escucharle gemir en el mismo instante en el que el débil sol del invierno entraba por la ventana.

—Me muero de hambre —dije desperezándome en la cama. Andrew sonrió mirándome con picardía y me asusté—. No es ese tipo de hambre. Necesito comer, en serio.

—Yo también —suspiró asintiendo, no sin antes morderme un pecho con suavidad—. Si no meto algo al estómago pronto voy a

empezar a darte bocados a ti.

—¡Para! —reí.

—Pero moriría feliz —susurró.

Dormimos hasta bastante tarde y nos levantamos juntos, comprobando que el atrevimiento de la noche había dado lugar a una mañana de cierta timidez. Supongo que para evitarla, Andrew me hizo el desayuno. Aunque según sus propias palabras, fue porque necesitaba reponer fuerzas.

—¿Sabes lo que hacemos en Escocia para tener un año venturoso? —preguntó conmigo sentada a la mesa en bata, mientras él freía panceta y unos huevos.

—No, ¿qué?

—Llevamos a cabo el *first-footer* —dijo con el fuerte acento de las Tierras Altas.

—¿Cómo? —dije dándole el primer bocado a mi desayuno.

Andrew se sentó a mi lado sirviéndose doble ración de huevos con panceta y tostadas.

—El visitante que primero pise la casa tiene que ser un hombre moreno y bien parecido. Además, tiene que estar fuera de la casa antes de que den las doce. No puede entrar con las manos vacías. Y debe traer carbón, una moneda de plata, galletas de mantequilla, sal y whisky, por supuesto.

—¿Por qué moreno?

—Dicen que así se sabía que no era un invasor vikingo.

—Escoceses… —reí.

—Pero contigo no creo que cuente porque eres una *sassenach*, mi vida—dijo dándome un tierno beso en los labios.

Me quedé mirándole sorprendida por sus cariñosas palabras y sonreí. Él me miró a los ojos fijamente y yo solo pude aprovechar para robarle el último trozo de panceta.

Había amado a George, no podía negarlo. Lo había querido mucho y me sentía agradecida por ese amor.

El poco tiempo concedido fue el de un afecto tranquilo, ahora me daba cuenta, de admiración por mi parte, también de tés y lecturas, de

viajes compartidos. Muchas palabras se quedaron sin decir y los sueños sin cumplir, pero ahora, por fin, podía mirar atrás sin remordimiento por ser feliz.

Porque ahora me daba cuenta de que nada podía compararse a Andrew. Él era como el trueno y la tormenta, el campo agreste y las montañas nubladas. Y nada era semejante a lo que sentí cuando me aferró a él bajo la tormenta y me salvó.

—Va a anochecer. Debería volver. Hamish se estará preguntando donde demonios estoy a estas horas. Creerá que estoy con los chicos del pueblo aún, de borrachera. No le gusta que beba. Qué ironía, ¿verdad?

—Se preocupa por ti, Andrew.

Me costaba pensar en Hamish como su tío, pero debía mantener mi promesa.

—Me va a hacer recoger estiércol toda la semana —dijo Andrew absorto en el fuego de la chimenea mientras acariciaba mis rizos sentado en el sofá, conmigo en su regazo, bostezando de cuando en cuando.

—Vete, entonces. No quiero que te riña por mi culpa —dije dándole un suave beso.

Él continuó besándome y el tierno beso inicial dio paso a uno muy intenso que solo terminó porque necesitábamos coger aliento.

—No quiero irme —gruñó sonriendo en mis labios mientras me acariciaba un pecho.

—Mañana trabajamos los dos. Necesitamos dormir —dije acariciando su rostro.

—¿Quieres que nos veamos mañana? —preguntó risueño.

—Sí, claro. Podrías pasarte por el dispensario cuando termine —dije sonriendo sobre sus labios antes de volver a besarle.

Era cierto, quería volver a verle, estar con él de nuevo. Lo que no tenía tan claro era si debían vernos juntos. Aún recordaba los comentarios del baile.

Me quedé dormida pensando en Andrew nada más posar mi cabeza sobre la almohada. Las sábanas aún olían a nosotros.

Al día siguiente acudí a mi trabajo en la enfermería como de costumbre. Solo al montarme en la bicicleta me di cuenta de la intensidad de lo que Andrew y yo habíamos compartido. Su recuerdo me provocó un hormigueo delicioso en el estómago, además de una amplia sonrisa que no pude quitarme en toda la mañana.

En general, estaba siendo una jornada tranquila en la que me encontraba extrañamente despistada. Tuve varios pacientes con molestias derivadas de intoxicaciones etílicas más o menos severas, algunos golpes y torceduras y un corte que necesitó puntos.

Me di cuenta de que no andaba atenta como acostumbraba cuando maldije en voz alta delante de mi paciente por haberme pinchado a mí misma al coser la herida.

No lograba centrarme en mis tareas y me confundí un par de veces en labores rutinarias. Por eso había pensado tomarme un descanso para poder recuperar la concentración con un té. Estaba despidiendo a mi último paciente cuando Andrew entró en el consultorio con sus rizos rojos y su maravillosa sonrisa.

El corazón comenzó a latirme con fuerza y pronuncié su nombre con asombro y nerviosismo.

—¿Estás muy ocupada, Grace? —preguntó. Negué, sin poder responder, absorta en su preciosa sonrisa, la que me estaba regalando solo a mí, y despedí deprisa al señor Craig, casi empujándolo hacia la puerta. Andrew se despidió muy educado del vecino de Inverness, cruzó el dispensario, quitándose su gorra de tweed, con sus andares ligeros, llegó hasta mí y tomando mi rostro entre sus manos, me besó con una ternura y pasión que me dejó débil, casi temblorosa—. Ya sé que habíamos quedado más tarde, pero necesitaba verte. No podía esperar.

Antes de dejarme llevar por aquella gloriosa sonrisa y todo lo demás, me di cuenta de que no era el lugar adecuado para lo que mi cuerpo anhelaba.

—Ahora no hay nadie, pero puede venir alguien en cualquier momento — balbuceé mientras él me ceñía a su cuerpo y me besaba sin cesar.

—Cerraré la puerta —susurró acariciando mis caderas con sus manos enormes y cálidas.

—¡No tiene pestillo! —gemí.

Él titubeó un momento y se detuvo.

—¡Oh, señor! No había venido a esto, pero… ¿Me deseas, Grace? Porque yo no puedo… —dijo deslizando su nariz por mi cuello, aspirando mi aroma.

No pudo terminar de hablar porque noté mis piernas débiles y mis entrañas temblorosas y asentí devorando su boca. Si en algún momento dudé si dejarle continuar, enseguida cedí a sus caricias. Ya no pudimos decir nada coherente ninguno de los dos, porque cegados por las ansias de volver a estar juntos nos dejamos llevar sin pensar en otra cosa que no fuese aquel apetito desmesurado.

Andrew me tomó en sus brazos sin dejar de besarme y me llevó hasta la mesa que me servía de escritorio para sentarme sobre ella. Jadeé sonriendo mientras le sacaba la camisa de los pantalones y forcejeaba con sus tirantes. Él me subió la falda junto con el mandil. Noté sus manos calientes deslizándose por mis muslos mientras me quitaba la ropa interior. Yo le bajé los calzoncillos jadeando. La embestida fue tan fuerte que la mesa entera se tambaleó debajo de mí. Di un respingo al sentirle entero porque aún tenía los músculos tirantes y la carne especialmente sensible después de la estupenda noche anterior. Noté el placer nada más comenzar y también el escozor debido a la segunda acometida, más profunda que la primera.

No sé si fue la sensación de peligro por el hecho de que pudiesen sorprendernos en semejante situación, lo cierto fue que no recordaba haberme sentido tan excitada en toda mi vida, a pesar de que ambos estábamos casi vestidos.

—¡Date prisa! —le apremié aferrándome al borde de la mesa.

—Tranquila, no tardaremos mucho —sonrió.

Estaba en lo cierto. Andrew estaba extraordinariamente dispuesto, al igual que yo. Fue pura necesidad, un acto urgente y lleno de avidez por parte de ambos. Sentí una sensación deliciosa, casi cercana al dolor, que sacudía todo mi cuerpo y me hacía sentir impúdica y salvaje. Andrew me tomó por las nalgas para elevarme y sujetarme

con fuerza, y ya no paró. El golpeteo de sus caderas en las mías, de su vientre y sus muslos contra los míos era delicioso. Él resoplaba y gruñía por el esfuerzo y me hacía lloriquear de gusto. Me aferré a su cuerpo posando mi boca sobre su cuello para acallar mis quejidos de placer mientras escuchaba mi nombre pronunciado por sus labios. Cerré los ojos extasiada, notando el latir de su pulso en su cuello caliente. Sentí sus primeras contracciones y enseguida las acompañé con las mías. Los latidos fuertes y vigorosos y su cálida descarga me inundaron mientras notaba profundamente el palpitar en mis entrañas.

Nos quedamos unos instantes inmóviles, aún unidos, jadeando, abrazados. Después, yo le acomodé la ropa y él me ayudó con la mía.

—Tienes que irte —susurré acariciando sus mejillas. Las tenía ardiendo.

—Sí, no quiero ponerte en un compromiso —dijo acariciando mi rostro—. ¿Quieres que vaya esta noche?

Aguardaba azorado, yo asentí. Él me dio un beso profundo y apasionado que yo acepté con la misma pasión como respuesta.

Me pasé el resto del día sumida en deliciosos pensamientos. Horas después, todavía resonaban tenues palpitaciones en mis oídos, como un eco atenuado de sus latidos entre mis piernas.

Llegó antes de la cena, yo tenía la puerta abierta. Aquello no era Londres y ningún habitante del campo las cerraba. No había nada ni a nadie a quien temer. No había sirenas de ambulancias o bomberos, ni de ataques aéreos ni bombas explotando. No añoraba Londres y menos aquellos recuerdos sonoros de la guerra.

Andrew entró silencioso como un felino y me sorprendió tomándome por la cintura mientras estaba intentando preparar la cena en la cocina económica. Me ciñó con fuerza y me besó en el cuello con ternura, sin decir una sola palabra. Nada más sentir sus suaves labios me estremecí.

—Eso no huele mal —susurró sin soltarme.

—Estaba intentando preparar algo para cenar. Son guisantes de lata con panceta —dije girándome para mirarle. Siempre que volvía a verle

me sorprendía lo hermoso que me parecía—. ¿Tienes hambre?

Sonrió con picardía y elevó una ceja haciéndome reír. Supe lo que iba a responderme.

—Tú también hueles de maravilla, no solo ese guiso —dijo besando mi escote.

—Me he dado un baño al volver de la enfermería.

Me olisqueó la nuca y el cabello como un jabalí, haciéndome reír.

—Me temo que yo huelo a caballo.

Hice lo mismo que él había hecho conmigo.

—No demasiado. Hueles a heno seco y a jabón —dije soltándole la camisa para enterrar mi nariz en el vello de su pecho y besar el hueco entre sus clavículas.

Elevé mis ojos. Andrew me estaba mirando recorriendo mi rostro, deteniéndose en mi boca.

—Quiero verte —susurró con voz ronca.

—¿No prefieres cenar antes? —pregunté.

Negó con una pícara sonrisa. Subimos al dormitorio y cumplí su deseo desnudándome frente a él.

—Tu turno —pedí después.

Él también se desnudó mientras le observaba. Una vez sin ropa, me senté al borde de la cama y me recosté para admirarle y no pude evitar un jadeo al verlo tan dispuesto. Le acaricié el muslo y rodeé su cadera hasta el vientre.

—Me encanta que me toques, Grace. Así estoy menos nervioso.

—¿Te pongo nervioso?

—Mucho —asintió azorado—. Pero si me tocas se me pasa.

Estaba sintiendo la ternura más inmensa de toda mi vida cuando Andrew se agachó y me separó las piernas mientras se colocaba entre mis muslos. Entonces me di cuenta de sus intenciones.

—¿Qué crees que estás haciendo? —reí.

—El otro día fuiste muy amable conmigo y quiero devolverte el favor.

—¿Amable? —sonreí sorprendida—. ¡No fue amabilidad! A mí me gustó hacértelo, Andrew.

—¿No te importa que… bueno, que me derrame en tu boca?

—No, me gusta —sonreí ante su apabullante y sincera curiosidad.

Él me miró con el rostro iluminado de alegría, y apoyando su mejilla en mi muslo, inhaló con fuerza y emitiendo un gruñido de satisfacción. Yo le observaba maravillada. Su barba rojiza me raspaba la piel. Elevó sus ojos hacia mí de nuevo—. Quiero complacerte más que ninguna otra cosa en el mundo porque me gusta, como a ti. ¿Quieres permitírmelo?

Emití un gemido de asentimiento como respuesta, me tumbé sobré la cama y abrí más las piernas. Su aliento me quemaba la piel.

—No te muevas —susurró justo antes de arrasar con mi cordura, tan solo con un toque de su lengua.

—¡Dios mío…! —gemí cerrando los ojos.

Me sentía a su merced, indefensa. Todo a mi alrededor desapareció, solo podía notar sus manos sujetando firmemente mis muslos, su barba rozando mi piel, su boca deslizándose por mis ingles, el calor de cada jadeo, su lengua que no paraba de lamer y chupar con avidez.

No tardó nada en lograrlo. Mi cuerpo estalló en un sinfín de gemidos y sacudidas. Al parar, Andrew me contempló maravillado, incorporándose sobre mi cuerpo.

Cuando dejé de resoplar y logré recuperar el control de mi cuerpo, él me aguardaba preparado para proseguir.

—Me parece que es mi turno —susurró con una gloriosa sonrisa penetrándome inmediatamente.

Un rato después, ambos yacíamos sudorosos sin poder separar nuestros cuerpos, en mi caso exhausta tras un segundo orgasmo demoledor.

Andrew se puso a observarme, creo que con una mezcla de curiosidad y vanidad. Yo le desordené los rizos sin poder dejar de sonreír.

—Nunca había dormido con una mujer. Y ahora no quiero hacer otra cosa —suspiró—. Quiero dormir siempre contigo, Grace.

—¡Pero si no me dejas dormir! —reí.

Y Andrew me miró con su sonrisa torcida, pícara y preciosa. De repente me abrazó y me acarició con ternura.

—Grace, quiero que sepas que… —tragó saliva—. Cuando te vi por

primera vez me pareciste la mujer más deseable del mundo, pero después, cuando lloraste y pude consolarte y volver a hacerte reír… bueno, entonces me di cuenta de que era algo más, no el simple nerviosismo ante una chica bonita. Mis intenciones contigo son totalmente honestas. No es solo este… anhelo de ti, es mucho más que eso.

Lo dijo con el semblante serio, intentando no trabarse, con mucha solemnidad y con las orejas rojas, mirándome fijamente y yo sentí una ternura y un cariño por él que jamás había tenido antes por nadie. Le acaricié las mejillas y lo besé suavemente.

—Lo sé, Andrew —respondí. Le conocía lo suficiente como para saber que me estaba diciendo la verdad.

—Y sé que no soy un buen partido porque no tengo ni un automóvil.

—Pero me llevas a caballo.

—No te burles —sonrió.

—No me burlo, Andrew. Prefiero mil veces ir contigo montada en *Whisky* que con el reverendo McCormack —dije haciendo una mueca de desagrado.

Andrew se echó a reír y después se puso serio de nuevo y me tomó las manos.

—Lo que quiero decir es que me gustaría que… bueno, ¿quieres ser mi novia, Grace?

—Sí, claro que quiero —dije enternecida.

Andrew me abrazó con fuerza.

—No sé si deberíamos decírselo ya a Hamish, ¿Qué te parece?

—Sí, Hamish debería saberlo. Se lo diremos cuando tú quieras.

—Es que, ¿sabes de qué tengo ganas, Grace? Tengo ganas de ir de la mano contigo por todo Inverness. Creo que eso hacen los novios, ¿no?

Reí besándole de nuevo. Entonces recordé los chismorreos de la noche del baile.

—Grace, ¿qué pasa? —preguntó Andrew.

—Nada —sonreí.

—Te pasa algo, lo sé —dijo tomándome por la barbilla con

suavidad—. Eres transparente, mi vida.

—No quiero que la gente hable.

—¿Te han dicho algo ofensivo, Grace? —preguntó.

—En el baile… Por eso me fui. Hubo algunas mujeres que fueron… un poco despectivas.

Me miró angustiado.

—Y yo me enfadé contigo… ¿Por qué no me lo dijiste? —dijo apenado.

—Porque no fue nada, en realidad. Si lo pienso ahora, solo me parecen unas cuantas mujeres crueles cotilleando por aburrimiento —dije enredando mis manos en sus rizos rojizos—. No te preocupes.

—Son unas chismosas. Hamish tiene razón. Hasta de él han murmurado.

—¿Qué murmuran de tu tío?

—Mentiras —dijo abrazándome con ternura—. No permitiré que hablen mal de ti, nunca.

CAPÍTULO XVIII

Amar y desear

Las primeras campanillas de invierno surgían ya entre la nieve de camino a la granja Grant. Recuerdo con ternura aquellos primeros días juntos. Éramos dos tontos avergonzados a ratos y sin poder dejar de tocarnos y besarnos la mayor parte del tiempo, locos el uno por el otro, no conscientes aún de la suerte que se nos había concedido.

Andrew solía venir todas las noches, decía que a dormir conmigo, y a primera hora de la mañana, sin apenas salir el sol, se escabullía para llegar a la granja antes de que Hamish se diese cuenta, abrigándome y dejándome durmiendo por fin.

Andrew era mucho más ingenuo que yo. A mis casi veintiocho años ya sabía cómo funcionaba el mundo, sobre todo en las comunidades pequeñas. Todavía recordaba los rumores que se desataron en el rectorado cuando comenzó mi relación con George. Él me llevaba unos cuantos años, yo era la sobrina de su mentor y las habladurías no se hicieron esperar entre sus compañeros y sobre todo entre el profesorado. Por eso le pedí a Andrew que esperase un poco a que yo fuese considerada viuda legalmente para dar a conocer nuestra relación.

—Vale, esperaré porque me lo pides tú, pero si por mí fuera… —dijo paseando junto a mí cerca del *cottage*.

—¿Qué harías? —sonreí robándole la manzana que se estaba comiendo y dándole un mordisco.

—Gritar a los cuatro vientos que te quiero —sonrió antes de besarme.

Así que para no dejarnos ver por Inverness me llevó a una feria del condado, cerca de Beauly. Fuimos en autobús. Hacía un día frío, pero lucía el tímido sol de febrero.

Allí comimos empanadas de carne y manzanas con caramelo y bebimos cerveza local. Había músicos y el ambiente era muy festivo.

—Antes, solo se hacían ferias en verano, pero ahora, las autoridades están intentando fomentar el comercio local y que vengan visitantes.

Francamente, no creo que las Tierras Altas sean como París o algo así.

—¿Por qué no? Podría funcionar. A mí me encanta estar aquí, la vida es más tranquila, más lenta y menos ruidosa —Andrew me miró con ternura. Un hombre cantaba una antigua y hermosa canción en gaélico acompañado por el lamento de un gaitero, no muy lejos de nosotros—. La naturaleza es grandiosa, los paisajes de las Tierras Altas no se encuentran en ningún otro lugar de Gran Bretaña y tenéis la historia de Escocia, las gaitas, la pesca del salmón y el whisky. Es perfecto para atraer a gente que esté harta de la ciudad. A la princesa Elisabeth le gusta mucho Escocia, como a su madre y su tatarabuela, dicen en Londres. Y Nessie también ayudaría mucho.

Andrew me escuchaba con interés.

—No sé… Lo del monstruo es solo la historia de algún borrachín, estoy seguro —sonrió—. Yo he vivido siempre aquí y nunca vi ningún monstruo o nada parecido. Primero tendrían que poner algún hotel más y deberíamos tener, al menos, alguna carretera decente. Londres nos abandonó hace mucho tiempo, Grace.

—Tal vez con el tiempo. Mi tío decía que el futuro será el turismo —dije justo al darme cuenta de que un pequeño grupo de mujeres a las que conocía de Inverness nos observaban con atención—. No te gires, pero hay varias señoras allí que nos están espiando. No me sé sus nombres, pero me parecen conocidas.

Andrew se dio la vuelta sin hacer caso alguno de mi advertencia y al verlas las reconoció. Entonces, ante mi estupor, las saludo con la mano.

—Sí, son las hermanas McLeod y la mujer de Logan, el del mercado que le compra los quesos y la mantequilla a mi tío y su hermana —dijo agitando la mano muy sonriente, haciendo que las mujeres saludasen tímidas y se volviesen avergonzadas—. ¿Cómo nos habrán reconocido?

—Mides casi dos metros y eres pelirrojo, Andrew. No es difícil —reí.

—Hay más hombres grandes y pelirrojos por aquí. Los de las Tierras Altas somos buenos mozos.

—Pero tú no eres un hombre corriente —dije acariciando su pecho.

Andrew me miró con ternura.

—¿Sabes? Les vamos a dar una razón para que cuchicheen de verdad —dijo él. Y sin que me diese tiempo a evitarlo, me tomó por la cintura para aferrarme y besarme con tanta pasión que me temblaron las piernas.

—Mañana lo sabrá todo Inverness, incluida la señora Monroe.

—¿Te preocupa esa mujer, Grace? —dijo soltándome lentamente.

—La señora Monroe tiene una sola ambición en la vida: casar a su hija y a poder ser contigo y por eso me odia, porque he estropeado sus planes —suspiré.

—No fue posible antes y mucho menos será posible ahora. ¿Y sabes por qué? —dijo besándome de nuevo, ante la mirada aún atónita del grupo de comadres.

—¿Por qué? —susurré en sus labios.

—Porque me voy a casar contigo, Grace.

—Aún no podemos. Deben pasar dos años para que a… para que… —titubeé nerviosa por lo que acababa de escuchar.

—¿Eso es un sí? —me interrumpió con el rostro brillando de emoción.

Asentí y Andrew me tomó en brazos elevándome del suelo y haciéndome girar en el aire. Me aferré a él sabiendo con certeza que jamás me había sentido tan feliz, pero con una punzada de culpabilidad. Me sentía culpable por no sentir nostalgia de la Grace del pasado, de George, de mi otra vida, aquella que intentaba ser todo para los demás sin pensar en ella misma, la que siempre estaba en un hogar de prestado. Con Andrew no necesitaba más que ser yo misma, haciendo caso a mis propios deseos y necesidades, las que él colmaba de buen grado.

A veces sentía que no merecía tanta felicidad. George estaba muerto y yo iba a dejarlo atrás para tener otra oportunidad, otra existencia, pero la deseaba y la quería lo más pronto posible. Faltaban tan solo unos meses para que se cumpliesen los dos años de su desaparición y que se decretase la declaración de fallecimiento en combate y fuese considerada viuda a efectos legales. Estaba tan impaciente como Andrew o más por tener un hogar con él porque ya

pertenecía a aquel lugar, a aquel chico y a aquellas montañas.

Aún en brazos de Andrew, un pensamiento rozó mi mente oscureciendo aquel momento de felicidad. Si iba a casarme con él debía ser decente y decirle la verdad: que lo más probable fuese que jamás pudiésemos tener hijos.

El chisme no tardó en circular por Inverness. Todo el mundo murmuraba que se había visto al joven Roy besando a la enfermera en una feria. Las miradas se posaban en mí allá donde iba, venían muchos más pacientes que en realidad no requerían de mis servicios médicos y Hamish se enteró.

Pero no fueron los chismes de los vecinos los que le pusieron al corriente de la situación y tampoco nosotros tuvimos que decirle nada. El montañés se había dado cuenta ya. No se lo pusimos difícil.

—¡Menudo par de necios estáis hechos! Lo vais pregonando a gritos desde hace tiempo —exclamó sirviéndonos un poco de whisky, tras la comida dominical en la granja.

—¿Ah, sí? Y yo que pensaba que estaba disimulando —dijo Andrew haciéndome reír.

—Pues ha sido inútil. Lo sé desde antes que lo supieseis vosotros —rio Hamish cabeceando—. Por eso he invitado a Grace a comer, para ver si os decidíais a contármelo de una vez.

—Mis intenciones con Grace son nobles, tío —dijo Andrew muy serio mirándome a mí y a Hamish intermitentemente.

—Es que si no lo fuesen estarías en un buen lío, muchacho. No permitiré que trates mal a Grace, ¿me oyes?

—¿Por quién me tomas? —exclamó molesto.

Hamish le palmeó la espalda con cariño.

—Solo espero que la maledicencia no os alcance —dijo.

—¿La maledicencia? —preguntó Andrew extrañado.

—Grace ya sabe a qué me refiero —dijo Hamish mirándome—. Todas las madres de hijas casaderas se van a poner furiosas con Grace por robarles el soltero más codiciado de la región.

—¡Yo no soy el trofeo de nadie! Nunca he pretendido a ninguna muchacha del pueblo. ¡No tuve tiempo! —exclamó Andrew, aún

sorprendido por las consideraciones de Hamish.

—Creo que Lorna Monroe y su madre no opinarán lo mismo. Ya te lo he dicho —dije.

—¿Tú también? —resopló Andrew.

Hamish asintió ante la mirada sorprendida de Andrew

—Grace, está en lo cierto. Esa mujer es ambiciosa y sabe que somos pocos los propietarios y muchos los arrendatarios de tierras. Quiere tierras, aspira a hacerse un castillo —rio levantándose de la mesa—. Anda, id a dar una vuelta mientras recojo esto. ¡Venga, largaos!

Salimos y caminamos hacia los establos. Andrew estaba callado y fruncía el ceño como cuando algo le preocupaba o molestaba.

Para distraernos nos pusimos a dar de comer a los caballos y a cepillarlos. *Whisky* relinchó nada más verme.

—Está contento de verte —dijo Andrew acariciando sus crines tostadas.

Yo le acaricié el belfo y la testuz haciéndole resoplar de satisfacción.

—Te acuerdas de mí, ¿eh, bonito? Hacía tiempo que no te veía. ¿Me has echado de menos, precioso?

De pronto, Andrew me tomó por los hombros con suavidad para ponerse frente a mí.

—Te juro, Grace, que yo jamás he pretendido a Lorna.

—La besaste.

—¡Me besó ella a mí! No me dio otra opción. Hubiese sido… bueno, no podía apartarla sin más en un lugar público. Es solo una cría.

—No tanto —sonreí—. Ella creerá que tiene algún derecho sobre ti por conocerte de siempre y que yo solo soy una advenediza. Además, su madre la alienta. No me quedó duda en el baile.

—¡Eso no tiene ningún sentido! ¡Nunca le he dado muestras de nada que le pueda hacer pensar que estoy interesado en lo que sea que ella, o su madre, imagine! —resopló Andrew.

—Pero yo soy la *sassenach* que ha venido a robarles a su Roy. Y para colmo viuda y mayor que tú —dije.

—Por eso, a veces, he estado tentado de irme a Edimburgo. Esta es una ciudad muy pequeña y todo el mundo es primo o hermano de

alguien y murmura del vecino.

—Pasa también en Londres —reí viendo como fruncía el ceño enojado.

Le acaricié los rizos que le caían sobre la frente. Andrew me miró y tomándome por la cintura, me atrajo hacia él y me besó despacio.

—He besado a más mujeres que a Lorna. Algunas chicas en Edimburgo, en las ferias de los pueblos y he de reconocer que me gustaba mucho, lo confieso. Nunca he dormido con ninguna que no seas tú, pero las he tenido en mis brazos y bueno… —titubeó sonrojándose—. Pero cuando estoy contigo, Grace, cuando te tengo es como si ardiese. Me hierve la sangre, me quemo, pero no siento dolor y solo deseo que me consuma ese fuego que me provocas.

Lo miré y repasé sus labios con las yemas de mis dedos. Él las besó una a una.

—Yo también siento eso, Andrew —susurré.

Asintió complacido. Sus ojos brillaban de deseo.

—Tú, bueno… no quiero que pienses que insinúo que tú… —respiró con fuerza.

—¿Qué quieres decirme? —susurré con ternura al ver cómo le estaba costando expresar lo que sentía.

—Sé que tú, por haber estado casada, tienes más conocimiento de lo que un hombre y una mujer… hacen —dijo por fin—. Lo que quiero saber es si es siempre así. Que si es común lo que sucede entre nosotros cuando hacemos el amor.

Me miraba fijamente, aguardando mi respuesta y pensé en lo que iba a decirle. Era cierto, yo tenía más experiencia y tuve que reconocerlo en aquel instante, había amado a George Radcliffe con todo mi corazón, pero lo que ocurría entre Andrew y yo no era habitual, no lo había sentido ni en mis primeras veces con George. Él fue un amante experimentado y considerado, pero el ardor de Andrew, lo que sus besos provocaban en mi ánimo y lo que conseguíamos juntos era distinto. Y no era solo deseo, como imaginé en un principio. Sentía un amor profundo y fuerte por aquel muchacho tan sincero y alegre, y solo anhelaba su felicidad. Necesitaba su sonrisa cálida y amable porque si le veía feliz todo lo demás no importaba.

«¿No es eso el amor, desear lo mejor para quien amas?», pensé.

—No, no lo es. Esto es… distinto —dije por fin y entonces Andrew me tomó en sus brazos y me besó con una intensidad que me hizo estremecer.

—Cuando tiemblas así en mis brazos… —susurró en mis labios temblorosos, presionando su vientre contra el mío, haciéndome sentir lo dispuesto que estaba.

—Aquí no… —dije sin mucha convicción—. No podemos, es la granja de Hamish.

Whisky volvió a relinchar para llamar nuestra atención.

—Es un mimoso —dijo Andrew palmeando el lomo de su caballo.

—Como su dueño —reí.

—Tengo que confesarte que estaba deseando que algún caballo volviese a golpearme para que me curases. Pensé que si tú, haciéndome daño, me excitabas tanto, al acariciarme sería el cielo. Y cuando te llevé a caballo, ¡Oh Señor! Con ese trasero grande y precioso que tú tienes entre mis muslos… —me susurró Andrew al oído aferrando mis nalgas con sus dos manos, haciendo que mis entrañas se tensasen de placer.

—¡Vaya! Tonta de mí, creí que primero había surgido una sincera amistad entre nosotros, que no era simple lujuria —reí—. Pero veo que solo me quieres por mi trasero.

—¡Oh, sí! Por eso de la amistad y por todo lo demás, también, mi vida. Pero tengo que reconocer que te deseaba por tu trasero, sobre todo—. Le di un codazo en el costado haciéndole reír a carcajadas. Me aferró con fuerza a su cuerpo. Forcejeé intentando soltarme pero era imposible. Me rendí y al notarlo, sus caricias se volvieron suaves y me acaricio el cuello enredando sus dedos en mis rizos, deshaciéndolos con delicadeza—. Y también me encantan tus ricitos. Son mucho más prietos que los míos.

—No hay quien los peine —dije mirándole.

—Eres muy hermosa y tus rizos oscuros también lo son —dijo abrazándome.

—Así que no crees en la amistad entre un hombre y una mujer y todas tus gentilezas fueron para conquistarme —dije.

Andrew mostró su sonrisa ladeada de niño travieso.

—Si la dama en cuestión se parece a la señora Simpson o a las hermanas McLeod, sí creo en la amistad, pero si posee este estupendo trasero y esos ojos que tú tienes no, mi vida.

Reí besándole con avidez. Fue cuando *Whisky* nos empujó cabeceando.

—Está celoso. Te quiere solo para él —dijo Andrew.

Reí besándolo con ternura. Andrew tomó mi rostro entre sus manos.

—Nunca tengo suficiente de ti. El saber que puedo complacerte y el que tú respondas de la forma en que lo haces es como un milagro. Incluso después de acabar de tenerte te deseo tanto… —susurró acariciándome—. Ven —dijo abandonando mi boca de pronto para darme la mano y conducirme hacia el pajar con sus andares apresurados.

—¿A dónde me llevas? —reí intentando seguir sus pasos.

—Ya lo sabes —dijo mirándome con la sonrisa más pícara que había visto en mi vida.

Andrew me ayudó a subir a la parte donde se guardaba la paja y el grano, en lo alto, para que no llegasen a ella los ratones. Nos hundimos en el heno entre risas y sentí su calor envolviéndome. Me desnudó y yo a él, justo lo necesario para que su piel y mi piel se uniesen. Mis pechos y su pecho, mi vientre contra el suyo, mis muslos rodeando sus caderas. Me encantaba su forma de moverse, la fuerza de su deseo y sus ganas de mí.

—No es lo mismo, ¿verdad? —jadeó sofocado aún.

—¿El qué? —pregunté todavía presa de la ensoñación posterior al orgasmo.

—Amar y desear —susurró acariciando mi rostro.

—No, no lo es —dije casi sin voz, estremeciéndome sin querer.

—Te amo, Grace. Y te voy a amar siempre. ¿Sabes por qué? —dijo con la voz ronca de emoción. Yo negué con la cabeza abrazándole con fuerza—. Porque siento que… que te amo cada vez más, cada día que pasa.

—Yo también te amo, Andrew —susurré con un nudo en la

garganta y lo besé sintiendo como ardía también por él. Las manos, los labios y todo mi cuerpo me ardían de ganas de tenerlo de nuevo.

—Es la primera vez que me lo dices —dijo suspirando de satisfacción.

«No, pero te acababas de quedar dormido y no lo escuchaste», pensé besándolo con ternura, sabiendo que estaba completamente segura.

—Tu tío estará preguntándose dónde nos hemos metido. Ya será casi la hora del té— dije incorporándome, no sin antes besar su pecho con ternura.

—Diremos que estuvimos paseando —dijo Andrew levantándose de un salto y ayudándome a bajar del pajar.

Salimos del pajar quitándonos las hebras de hierba seca del pelo para que Hamish no se diese cuenta.

Y comprendí que tal como llevábamos el pelo, lleno de pajas, iba a ser muy difícil creernos.

CAPÍTULO XIX

Hazel

Los días se fueron haciendo más largos y las noches más cortas y por fin regresó el calor del sol. Lo habíamos añorado meses y ahora, la naturaleza se manifestaba, enseñándonos todos sus colores y el verdor fosforescente en las hojas nuevas y la hierba. Hacía un año de mi llegada, era mi segundo *Beltane* y ya sentía que pertenecía a aquel lugar y a Andrew. Y él a mí.

Había algo en aquellas montañas, en los lagos, donde se reflejaban las nubes que volaban veloces y en el agua de los ríos, que me hacían vincularme a aquella tierra de castillos, donde la lluvia era distinta, de muchas formas diferentes y tenía varios nombres, como Andrew me había dicho.

Desde que le conocía había descubierto en cada gota de agua, en el viento húmedo, en la niebla, algo nuevo que me ataba de un modo extraordinario, a aquellos parajes que ya no me eran extraños, donde ya no me encontraba incómoda ni forastera.

Andrew era parte de aquel paisaje que ya no me parecía tan inhóspito y salvaje, sino cercano y consolador. Ahora, él era una figura sólida y constante en mi vida, una presencia poderosa y tranquilizadora como las montañas, que se encontraban ahí, mirase donde mirase. Y porque sabía que había regresado de la muerte por él. Que su voz me había salvado.

⌘

En el *cottage* y por los alrededores me encontraba a salvo de los chismorreos que la señora Monroe había ido propagando concienzudamente por todo Inverness. A veces me cruzaba con su hija Lorna en el mercado y tenía la sensación de que, aunque la muchacha evitaba mi mirada, no me observaba con animadversión, como su madre y algunas mujeres de su círculo, sino con vergüenza.

Intentaba frecuentar lo menos posible el centro, y mi lugar favorito ya era el bosque, frondoso y cambiante a lo largo de las estaciones y a la vez inmutable.

En ocasiones iba hasta la casa de Hazel, la que llamaban "la bruja".

Ella me invitaba a una aromática infusión que elaboraba con manzanilla y otras flores, me hablaba de las propiedades de las plantas que secaba dentro de la pequeña y austera cabaña y de las raíces con las que elaboraba pomadas para verrugas, torceduras y lumbalgias.

Aquello era algo que siempre me había fascinado, tal vez, debido a que mi padre, aunque médico, no era ajeno a la medicina que otros pueblos habían practicado ancestralmente. Mi mente aún recordaba su despacho en Londres, lleno de libros sobre medicina tradicional repletos de dibujos del cuerpo humano, y algunos otros volúmenes referentes a la medicina de pueblos como el chino o hindú.

Las flores y plantas medicinales colgaban de las vigas de madera y el aire del interior de la cabaña en penumbra, olía a aceites esenciales y a la cera de las velas.

—El aroma de esta tisana es delicioso y con la miel de brezo me encanta —dije aspirando del humeante vapor con aroma a frambuesas que emanaba de la taza.

—La vendo en el pueblo junto con el jabón para el pelo que te di para probar la última vez.

—Es un jabón estupendo para el pelo rizado, lo deja sedoso y fácil de peinar —agradecí.

—Es por la miel. Es de mis abejas.

—¿Tus abejas?

—Sí, ellas me regalan su miel. Son las que polinizan las flores y hacen que los árboles den fruto; las guardianas de la fertilidad. Y si las escuchas es porque vas a ser bendecida por ellas.

—¿De qué forma? —pregunté.

—Anuncian la preñez —dijo sirviéndome un trozo de bizcocho de manzana recién hecho.

—Nunca las he escuchado. Creo que es porque no puedo tener hijos —dije sin más. Con Hazel no tenía por qué disimular.

De pronto, Hazel se levantó de su asiento y se acercó a mí.

—Levántate.

Lo hice y entonces ella posó sus manos sobre mi vientre y ante mi estupor lo apretó. Estuvo concentrada, con los ojos cerrados durante un rato, sin dejar de presionar mi vientre y finalmente me soltó para

volver a sentarse frente a mí.

—Sí que puedes concebir. Eres perfectamente capaz, no tienes ningún problema —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —exclamé entre asombrada e incrédula.

—Lo sé. Tengo ese don —dijo encogiendo sus hombros elegantes—. Hay formas de ayudar a lograrlo. Algunas han perdurado en el tiempo, como los antiguos rituales de fecundidad.

—Perdona, Hazel, pero es que yo siempre he sido reacia a estas cosas. Creo en la medicina, en la ciencia, aunque me doy cuenta de que todavía existen vecinos que en vez de venir a verme o pedirme que les visite el doctor Lean, prefieren creer en la magia.

—Sé a qué te refieres. Hay lugares donde los vecinos visitaban un viejo pozo la noche del 1 de mayo, en *Beltane*, beben de su agua y caminaban nueve veces alrededor de ese pozo. O se sumergen en las aguas de un río y recogen del fondo nueve piedras. Pero un lago o estanque también sirven. Y mucha gente aún realiza el antiguo ritual del *Clootie Well*, en el que mojan paños de tela en los manantiales de los bosques y luego se atan a los árboles sagrados de la cultura celta, con la esperanza de curarse de ciertas enfermedades.

—¿Por eso a veces veo retales de colores en el bosque, durante mis paseos?

—Así es —asintió Hazel—. Hay muchas cosas que yo no puedo curar y tu sí, pero ambas tenemos el mismo don. Tú estuviste en la guerra, ¿verdad? Y seguro que alguna vez solo tuviste tu intuición para guiarte y salvar una vida.

Asentí asombrada.

—Sí, es cierto, fue así muchas veces —dije mientras probaba el delicioso bizcocho—. En cuanto a los hechizos para quedar embarazada… tengo curiosidad. ¿Realmente funcionan?

—En realidad, te voy a ser sincera. Solo necesitas la semilla de un hombre joven y fuerte que te haga el amor, pero no de cualquier manera, tiene que entregarse por completo a ti y tú a él —sonrió—. A algunas mujeres les pasa, les toma un tiempo y se ponen nerviosas porque creen que no pueden quedarse en cinta. Necesitan esa clase de unión especial para engendrar y tardan en encontrar el momento

adecuado. Tranquila, tendrás su simiente y la vida crecerá en ti. Entonces escucharás a las abejas.

—¿Cómo sabes esas cosas? —pregunté sin creerme del todo lo que decía.

—Las he ido descubriendo. De niña comencé a darme cuenta de que tenía ciertas aptitudes, escuchaba cosas e intuía otras. Mi madre también tenía el poder de las antiguas, las mujeres druidas. Escuchaba a la naturaleza y esta le hablaba de diversas formas. La naturaleza puede entregarnos medicinas y también crear venenos. Es una dualidad. Durante mucho tiempo se nos persiguió por vivir en comunión con la naturaleza y practicar los antiguos ritos de la tierra, los árboles sagrados y el sol y la luna. Nos llamaban brujas porque sanábamos y ayudábamos a otras mujeres a deshacerse de preñeces no deseadas o evitando que quedasen en cinta. Los sacerdotes cristianos nunca nos aceptaron porque nos oponíamos a su poder, al poder de los hombres sobre las mujeres. Las hacíamos un poco más libres —sonrió misteriosa—. Y nuestra libertad asusta a muchos porque solo nosotras tenemos el don.

—¿Qué don?

—El de dar vida. Ese es el gran poder, en realidad, y lo saben. Y quieren poseerlo y creen que poseyéndonos y sometiéndonos lo logran, pero no es así. Por eso llegan a odiarnos tanto, porque nos temen.

—Comprendo lo que quieres decir —asentí.

—Todavía honro la memoria de mis antepasadas, aquellas a las que difamaron, encarcelaron, torturaron y quemaron. Y lo hago creando tónicos y cremas, pero también con pócimas para evitar el embarazo o para frenarlo y que no llegue a término, no te voy a engañar. Y sé que es un delito —la miré asombrada—. Pero si aún hay mujeres que necesitan de mi ayuda y vienen a mí, yo las ayudaré siempre. Algunas no pueden acudir a sus padres porque ellos son las que las han mancillado, otras han sido forzadas por algún pariente borracho o trabajan para el que las abusó. Algunas, son abandonadas por sus novios cuando se enteran. A veces no llego a tiempo porque han tardado mucho en acudir a mí y puede costarles la vida. Nunca les

cobro nada, no me interesa el dinero. Tengo el que necesito para alimentarme. El dinero te hace menos libre y yo soy libre, no soy otra cosa. Estoy donde quiero estar y hago lo que quiero hacer y soy feliz así.

—¿Y no tienes miedo a que te delaten? —pregunté.

—No lo harán. Ellas tienen mucho más que perder que yo. No te preocupes. Yo también fui enfermera en una guerra —dijo dándome una suave palmadita en el brazo.

La miré asombrada y decidí que no iba a juzgarla, ni a Hazel ni a ellas. No era nadie para hacerlo porque nunca había estado en su piel.

—Me gustaría que viniesen a mí. Pero les cuesta sincerarse conmigo y nada me agradaría más que poder aconsejarlas sobre las relaciones. Hay maneras de que no tengan que abortar, pocas, pero algunas existen. ¡Y que no tengan que pedir consejo al reverendo! —exclamé—. El otro día una muchacha me preguntó acerca de lo que sentimos las mujeres cuando estamos con un hombre. Tuve que explicarle como era su propio cuerpo. Creo que jamás había escuchado nada parecido y creo que salió encantada con mi explicación. Sé que los hombres tienen el mismo problema, mucha desinformación e ideas totalmente absurdas y trasnochadas. Es frustrante —dije respirando hondo.

—Dales tiempo. Tienen miedo. A ellas las han aterrorizado generación tras generación con la decencia y la virtud. ¡Ojalá yo no hiciese falta! En estas tierras aún están muy arraigadas las tradiciones. Ninguna doctrina es santo de mi devoción. Muchos me llaman bruja por eso, pero no me ofende. También hago simples frivolidades como jabones y cremas para mantener el pelo y la piel suave, fragante y lograr enamorar a un hombre. Aunque la verdad es que nunca es solamente por eso—sonrió y sus ojos del color del ámbar brillaron pícaros y alegres—. Tú no los necesitas. Tus ojos brillan y tu piel está más suave y sensible y ya sabes por qué es. El culpable es el buen tacto de un hombre. Uno con… destreza.

Sonreí comprendiendo a qué se refería.

—Hasta te sonrojas al pensar en él. Eso es bueno —sonrió Hazel.

Me toqué las mejillas con las manos, azorada.

—¿Tanto se me nota?

—Eres joven, hermosa y él también lo es. Es algo natural. Una vez también fui joven y lo recuerdo, recuerdo ese ardor. Él me amo sobre todas las cosas de la tierra y yo a él, pero se fue antes. A veces nos reencontramos en sueños. Sé que solo es cuestión de tiempo que volvamos a estar juntos —suspiró con melancolía—. Para tu caso en particular, puedo prepararte una tisana para que te deje dormir.

—No, no quiero que me deje dormir —reí.

Compré a Hazel varios jabones de miel y aceites esenciales de salvia, menta, lavanda y caléndula, y velas de cera de abeja y otras con sándalo para espantar a los mosquitos. Cuando ya me marchaba de su casa, me decidí a preguntar.

—¿Es Andrew ese hombre, Hazel?

—¿El joven y encantador mocetón pelirrojo? —rio—. ¿Le amas con las entrañas? Porque él lo hace con una fuerza mayor que la del agua del río que baja de la montaña y deja las piedras lisas y redondeadas de tanto rozarlas.

—¿Cómo lo sabes?

—Le vi un día mientras paseabais por el bosque. Te mira con bondad y sin cobardía. Además, desde que reparé en ti por primera vez has cambiado. Caminas de otra forma y eso significa que ya es tu amante —sonrió y bajé la mirada avergonzada—. Ese hombre es para ti y tú eres para él.

—Sí, le amo de esa forma. Nunca había amado así, tienes razón. Estuve casada y amaba a mi marido, pero esto es… diferente —reconocí azorada.

—¿En qué sentido?

—Es como no poder imaginar la vida sin su presencia y a la vez sentirse más libre que nunca, con una inmensa ilusión, pero albergando un gran temor por no poder controlar este sentimiento que se desborda —me sinceré.

—¿Notas todo eso en el estómago, como si aletease en tu interior todo eso que sientes?

—Sí —susurré—. ¿Crees que se puede pertenecer a alguien antes de conocerlo?

Hazel sonrió mirándome de un modo enigmático.

—Claro. Vosotros os pertenecéis desde mucho antes de conoceros. Tú perteneces a este lugar. Eres parte de él desde hace mucho tiempo —dijo.

Y así, imbuida por el misterio que envolvía a la Bruja del Bosque, me fui de vuelta a casa pensando en aquellas extrañas palabras.

Mis intentos de inculcar ciertos conocimientos sobre la intimidad a las jóvenes del pueblo, pronto abandonaron la prudencia del dispensario y llegaron a oídos del reverendo McCormack, que no tardó en presentarse ante mí como el garante del pudor y la decencia del pueblo.

Acudió con la excusa de que le dispensara sus medicinas para la acidez de estómago, pero enseguida me llevó a su terreno.

—Si tomase comidas menos copiosas y más sencillas, sin tanta grasa y salsas se sentiría mejor. Las sales que le receto son solo bicarbonato y le dan alivio, pero no debe abusar de ellas.

—Lo sé, pero es mi gran pecado: la gula. No tengo otro, bien lo sabe Dios.

—Debería hacerme caso y tomarse esa infusión de manzanilla e hinojo que le recomendé. La que hace Hazel. Hamish Grant la toma y le va de maravilla.

—Hamish es un hombre al que nunca le vi comer en exceso, aunque sí beber, y no es un buen ejemplo, Grace. En cuanto a usted, si me permite decírselo, no debería frecuentar ciertas… compañías.

—¿A cuáles se refiere, reverendo?

—A esa mujer del bosque, Hazel. No es lo más recomendable para una dama como usted, me temo —dijo el reverendo mirándome con cautela.

—Gracias por lo de dama. ¿Y por qué no lo es, si puede saberse?

—Digamos que… esa mujer tiene ciertas particularidades que no gustan a las gentes de por aquí y su amistad con ella podría perjudicarla.

—¿Perjudicarme? —pregunté extrañada.

—La gente habla.

—Sí, no saben hacer otra cosa, al parecer —dije molesta.

—Solo le prevengo de que hay buenas feligresas de esta comunidad que han venido a quejarse de su conducta para con sus hijas y que están dispuestas a presentar una queja contra usted.

—¿Con qué cargos en mi contra? —exploté—. Solo les he explicado a unas jovencitas y a un par de mujeres casadas aspectos básicos de sus propios cuerpos. Le recuerdo que soy matrona además de enfermera, reverendo. Debo velar por la salud de las mujeres en todos los sentidos.

—Pero eso es algo que debe quedar en la intimidad de las familias —dijo con vehemencia—. Le supongo prudencia y discreción con lo que esas muchachas le comenten y compartan, pero aun así… yo creo que debe…

—Reverendo —le interrumpí con una sonrisa forzada—. He comprendido lo que quiere decirme. No se preocupe. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo —dije tendiéndole el bicarbonato e invitándole a marcharse.

Hazel estaba en lo cierto, amaba a Andrew y sucedió de una forma natural, sin que ninguno de los dos pudiese evitarlo.

Andrew tenía una forma de hacer el amor sincera. Ponía todo su entusiasmo y siempre precisaba de mi consentimiento para comenzar y ese hecho, me parecía el colmo de lo sensual en un hombre.

Su torpeza inicial en la intimidad pronto desapareció para dar paso a una determinación por complacerme que me tenía fascinada. Disfrutaba viéndome gozar. En ocasiones se detenía y me observaba deleitándose en contemplarme y acariciarme hasta lograr que le implorase continuar. Entonces volvía a mí con una sonrisa vanidosa en sus labios, haciéndome reír.

La molesta conversación con el reverendo McCormack enseguida quedó olvidada tras una sopa de puerros. Aquel día terminó con nosotros amándonos en el suelo, junto a la chimenea, sobre un montón de mantas y varios cojines.

—Qué bien hueles… —dijo Andrew husmeando entre mis rizos, haciéndome cosquillas en el cuello y rozándome con su barba.

—Es por el jabón que hace Hazel —dije acomodándome entre sus brazos.

—¿Me traerás uno a mí?

—Tú ya hueles bien.

—¿Yo? No siempre, *mo ghràdh*—rio.

—¿Qué significa? —pregunté.

—¿*Mo ghràdh*?

—Si, eso —asentí.

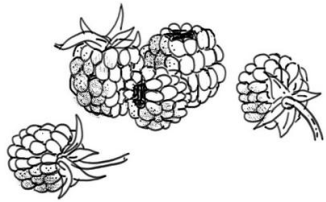
—Mi amor —susurró con la voz más dulce que le había escuchado jamás.

—¡Oh, Andrew! —suspiré aspirando el aroma de su pecho—. A mí me encanta tu olor, ¿sabes?

—¿A qué huelo? —sonrió.

—A heno fresco, a madera… —dije olisqueando el vello de sus pectorales—. A veces a whisky… A jabón, a frambuesas, a hoguera, a turba y a musgo.

—Y a caballo, mi vida —rio besándome con ternura.



CAPÍTULO XX

El Estanque de las Hadas

Un soleado sábado de junio, Andrew se empeñó en llevarme a pasear después de comer.

—¿No preferirías ir a la ciudad con tus amigos? —pregunté.

Él me dirigió una mirada tan apasionada, me miró de tal modo, que me turbó por completo.

—No, prefiero un millón de veces estar contigo. Además, hoy vamos a ir a un lugar especial —dijo con un tono de voz profundo y misterioso, tomando mi mano.

—Ya sé dónde me llevas —sonreí viendo que tomaba el sendero que rodeaba mi casa en dirección al bosque, desviándose del camino a su granja.

—¿Ah, sí? —preguntó extrañado—. ¿Se te están pegando los poderes de la Bruja del Bosque y ahora eres adivina?

Asentí sonriendo.

—Vamos al Estanque de las Hadas.

—¿Cómo? —rio Andrew.

—Te vi —reconocí azorada—. Un día caminé hasta allí paseando y te vi bañándote.

Él me miró asombrado.

—Así que la primera vez que hicimos el amor no era la primera vez que me veías desnudo —sonrió con picardía.

—No —dije mordiéndome el labio—. Ya sabía lo que me iba a encontrar.

—Siempre supe que tenías ventaja —dijo dándome un beso largo y profundo.

Volvió a tomar mi mano apretándola con fuerza y caminamos atravesando el bosque, siguiendo el riachuelo, que nos condujo hasta llegar a aquel escondido paraje de ensueño.

No había vuelto al estanque desde que vi a Andrew en todo su esplendor y el entorno de la cascada me pareció aún más bonito que la primera vez; un diminuto paraíso escondido entre helechos, piedras y sauces. La frondosa pradera que hacía las veces de playa verde a orillas del pequeño lago de aguas cristalinas estaba repleta de flores.

Andrew me condujo por un acceso fácil y bajamos hasta la cascada.

—Descálzate, que te voy a mostrar una cosa —me pidió cortés, sobre las piedras salpicadas por aquel salto de agua.

Lo hice, él también, y con los zapatos en la mano, por un hueco en la piedra, rodeamos la cascada. En un momento estábamos tras la cortina de agua transparente, dentro de la roca, en una cueva, detrás del salto de agua. La quietud allí era sorprendente. El aire era cálido y el ambiente estaba impregnado de un vapor caliente que mojaba nuestro pelo y nuestras ropas. Aquella cueva guardaba el secreto de aquel estanque oscuro. Metí mis pies descalzos en él y de mi boca salió una exclamación que hizo reír a Andrew.

—¡Está caliente! —dije.

—Son aguas termales de un manantial que surge de la roca y viene del interior de la montaña. La cascada hace que desde fuera no se pueda ver. Lo descubrí de niño y lo guardo en secreto desde entonces, así que no puedes decirle a nadie que existe porque me estropearían mi lugar favorito.

—No lo haré —prometí con la mano en el pecho, a la altura del corazón.

Andrew tomó mi mano y se la llevó a los labios para besarla. Después se quedó frente a mí, comenzó a desnudarse y yo le imité. Me quité la ropa con lentitud. Allí, en aquella penumbra cálida, nos desvestimos sin dejar de mirarnos, con el ruido de la cascada sorprendentemente amortiguado, donde nuestros susurros resonaban por el eco de la gruta.

Se escuchaban caer gotas creadas por el vapor condensado sobre el líquido caliente y nuestras respiraciones. La esbelta figura de Andrew se metió poco a poco en el agua. Yo también entré con precaución, aguardando la impresión de aquella agua en mi cuerpo. Estaba sorprendentemente cálida.

—Ven —susurró tendiéndome la mano.

Andrew me transmitía una confianza que jamás había sentido junto a nadie más. Me sumergí con él, despacio para no resbalar, sintiendo las piedras del fondo de aquella piscina natural, lisas y suaves. Me adentré hasta los muslos y después hasta que el agua rozó mi pubis

haciéndome sentir un suave cosquilleo entre las piernas. La sensación de calidez líquida sobre la piel era abrumadora y extraña, muy agradable. Cuando el agua me llegó al vientre, Andrew me tomó de las manos y no me soltó hasta que el líquido caliente cubrió mis pechos.

Olía a musgo y tierra mojada. Flotábamos, aunque sin perder pie, en aquella agua oscura y quieta. No era un estanque muy profundo. Gotas de vapor hacían que nuestra piel brillase empapada.

—¡Qué caliente! —suspiré de gusto.

—Sí, es muy agradable. Deja los músculos relajados —dijo Andrew.

Se acercó más a mí y el agua ondeo a mi alrededor provocándome un delicioso placer en mi cuerpo desnudo. Extendió las manos y me aferró a él dejándome pegada a su vientre.

—Estás resbaladiza, como los salmones. ¿Te gusta? —susurró acariciando mis pechos.

—Mucho —jadeé riendo a la vez.

—Dicen que el calor del interior de la tierra lo produce un antiguo volcán —dijo Andrew y su suave voz, con aquel hermoso acento, resonó dentro de la cueva y de mí. Y pensé que éramos nosotros quienes provocábamos aquella calidez.

Flotábamos juntos. Nuestro propio movimiento provocaba suaves ondas que rompían contra nosotros. Pude notar mi pulso ralentizado por el calor. No hablábamos, solo nos acariciábamos, meciéndonos en el agua.

—Debí traerte antes. Debí hacer todo antes —susurró meciéndome en sus brazos.

Mis manos se deslizaron sobre la humedad que cubría su espalda mientras hilillos de sudor se deslizaban entre mis pechos.

—¿Tardaste tanto en decidirte porque soy viuda? —pregunté enredando mis dedos en el vello mojado de su pecho musculoso.

—¡Oh no! Estaba completamente decidido a conquistarte —reí al escucharle—. Pero… bueno, me parecía más considerado aguardar un poco. No hubiese sido respetuoso y sobre todo no sabía si tú sentías lo mismo que yo.

Negué con la cabeza pensando en cómo podía haberlo dudado.

¡Cómo no iba a amarlo! Le acaricié los rizos mojados que caían sobre su frente.

—¿Y ahora? ¿Lo sabes? —susurré, posándome en su cuerpo caliente y mojado.

—Ahora sí, y quiero que sepas que estoy completamente rendido a tus encantos. Si tú me quieres soy tuyo, m*i sassenach* —jadeó ronco de deseo justo en el instante en que me elevaba sobre él.

Mis pezones duros y grandes debido a la excitación rozaban su pecho. Sus manos me aferraron por las nalgas y me alzó. Yo rodeé sus caderas con mis muslos. El encaje de nuestros cuerpos fue perfecto. Estábamos resbaladizos, lubricados como truchas.

Los dos gemimos a la vez. Con la piel caliente, nos unimos sin ningún esfuerzo, como si esa unión fuese la forma natural de existir y fuésemos un solo ser. Su presencia en mi interior me llenaba. Andrew se movía lentamente, al compás de mis caderas, sin separarnos apenas. No salió de mí en ningún momento. Se mantuvo dentro, presionando suavemente, sin cesar.

Mis quejidos de dicha provocaban en él maravillosos gemidos de respuesta.

—Me gustan esos ruiditos que te provoco cuando hacemos el amor —jadeó—. Creo que escucharte mientras gozas de mí es de las cosas que más me gustan en el mundo, además de verte.

Gemí de placer. Me sujetó con más fuerza porque el deleite y el calor que nos envolvía me estaba dejando sin fuerzas. Le rodeé el cuello con mis brazos y él empujó más dentro aún, provocándome un sollozo de puro goce.

Reí y suspiré a la vez sintiéndole en lo más profundo de mi interior y él rio también haciendo que aquella cueva se llenara con nuestra risa y nuestros placenteros lamentos.

—Y adoro hacerte reír —dijo.

Gemí sintiendo su boca y su lengua en la mía. No pude decir más, solo asentir con un quejido. Nada coherente podía salir de mis labios porque mi cerebro estaba colmado de placer.

Sostenida por su cuerpo, sentí su voz en mi oído, jadeante, dulce. Pronunciaba mi nombre, me decía palabras que no entendía, pero que

me encendían más y más. Su voz se convirtió en un murmullo, como si yo fuese una de esas potrancas que domaba mediante susurros y caricias. Sus manos me exploraban con suavidad, tocándome bajo el agua. Las deslizaba por mis nalgas y regresaba de nuevo entre mis muslos, sin prisas, resoplando de placer. En un momento de nuestra unión presionó el punto más saliente de mi sexo y sentí un estremecimiento que recorrió mi columna hasta llegar a mis mismísimas entrañas. Noté como mi interior se tensaba y expandía y emití un sollozo justo al comenzar a palpitar. Andrew gruñó aguantando y se quedó inmóvil, sintiéndome, mirándome mientras yo me abandonaba a aquel delicioso milagro.

Me desplomé sobre su cuerpo, temblorosa. Y entonces él continuó.

—Quiero darte más placer —jadeó sofocado.

Yo no podía articular palabra. Sus acometidas eran deliciosas. Nunca habíamos hecho el amor así antes.

Continué escuchándole entre jadeos trémulos.

—Quiero penetrarte hasta lo más profundo de tu ser y escucharte gemir y hacértelo una y otra vez, *mo ghràdh*—jadeó sin resuello.

—Andrew, por favor… —sollocé sin voz.

—¿Quieres que pare?

—¡No! —gruñí sintiendo de nuevo como el placer crecía en salvajes oleadas desde mis muslos temblorosos hasta expandirse por todo mi ser.

—Quiero que grites y tiembles en mis brazos, Grace —jadeó.

Y entonces comenzó a penetrarme con verdadero ímpetu. El placer era insoportable. Me palpitaban aún las entrañas, mi cuerpo temblaba, blando y sin fuerzas y él no paraba, embistiéndome con un vigor increíble. Yo sollozaba de placer. Mis sentidos se habían desconectado de mi cuerpo y Andrew me sostuvo para que flotara. Estaba débil y me sujetó por las caderas llevándome de nuevo hasta él. Su lengua y su boca buscaron mis pechos y ya no pudimos más. Me arqueé rendida, su vientre comenzó a contraerse con fuertes espasmos y toda su potencia brotó y se derramó entre mis muslos. Emití un quejido al sentir el flujo ardiente que me llenaba. Aquel calor llegado de las entrañas de la tierra se confundió con el de Andrew en mis propias

entrañas.

Cuando salimos del agua, tras estar abrazarnos un rato, y alcanzamos por fin el exterior, me sentí mejor que nunca, aunque agotada. Me pareció que el aire era frío. Nuestra piel se veía enrojecida y ambos nos sentíamos poseídos por una debilidad deliciosa. Nos tumbamos al sol, húmedos, sobre el césped, rodeados de flores, y aguardamos a que nuestras respiraciones se serenasen sin dejar de mirarnos, tomados de las manos.

Habíamos dejado nuestras ropas a la entrada de la cueva, pero como no había nadie por allí, decidimos quedarnos desnudos un rato más en aquel paraíso, antes de ser de nuevo mortales y regresar al mundo real, expulsados de aquel Jardín del Edén por algún antiguo dios celoso de nuestra felicidad.

—Puede que seas una *selkie* —dijo Andrew surcando mi cuerpo con caricias lentas y muy suaves, que me hacían estremecer.

—¿Qué es eso? —pregunté sintiendo el sol y las yemas de sus dedos por mi espalda sin poder decidir qué o quién causaba más ardor en mi piel.

—Se les conoce como *maighdeann-ròin* en gaélico o "doncella foca". Las leyendas de las islas del norte dicen que los y las selkies son seres sobrenaturales formados a partir de las almas de personas que se ahogaron. Los *selkies* pertenecen a "los cambiantes". Tienen el don de poder deshacerse de su piel de foca y transformarse en mujeres u hombres de belleza inigualable. Una vez que una *selkie* toma su forma humana, oculta su piel de foca cerca del mar, entre las rocas, de manera que nadie pueda hallarla. Y cuentan que si un humano encuentra su piel de foca, puede someterla y la *selkie* obedecerá fielmente al que posea su piel. Pero si la *selkie* llega a encontrar su piel, huirá de regreso al mar —dijo incorporándose para sentarse y teatralizar el relato con gestos y muecas, haciéndome sonreír—. Hay un cuento que habla de un hombre que robó la piel de una *selkie* que encontró desnuda a la orilla del mar y la convirtió en su esposa. Pero ella pasaba su cautiverio añorando el mar, su verdadero hogar. Tuvo varios hijos de su esposo humano, pero un día descubrió donde

guardaba él su piel e inmediatamente regresó al mar abandonándolos y nunca la volvieron a ver. Solo a veces, sus hijos veían una gran foca en la playa que se les acercaba y los "saludaba" lastimeramente.

—¡Oh, qué historia tan triste! —dije.

—Está la versión de cuentos para niños, para que no lloren, la *selkie* vuelve a visitar a su familia en tierra una vez al año. Pero también está la versión… bueno, más sugerente.

—¿En qué sentido? —sonreí con picardía.

Andrew rio besando mi mejilla. Nos habíamos puesto los dos boca abajo sobre la hierba fresca, hombro con hombro.

—Muchas hembras *selkies* abandonan el mar durante las noches de luna llena o días de fiesta. Si una de ellas encuentra un hombre que le gusta, bailará y beberá con él toda la noche, pero cuando el sol vuelva a salir, regresará al mar. Si el hombre la espera fiel, a la vera del mar, durante las siguientes lunas llenas, puede que conmueva a la *selkie*, que abandonará el mar para unirse a él para siempre. Las doncellas *selkies* son famosas por convertirse en excelentes esposas.

—¿Ah, sí? —sonreí besando su espalda caliente—. Te vas a quemar.

—Y tú. Tienes la piel tan blanca como el marfil y más suave que nada que haya tocado jamás —dijo mirándome con deseo, con la voz dulce como una caricia.

Bajé la mirada sonrojada por sus sensuales palabras y seguí preguntando.

—¿Y cómo son los *selkies* machos?

—Los *selkies* machos son descritos como jóvenes de una belleza inaudita en su forma humana, con grandes poderes de seducción sobre las mujeres. Por lo general buscan aquellas que no están satisfechas con su vida, como las mujeres casadas en espera de sus maridos pescadores que se acercan al mar tristes y llorosas. Si una mujer desea a un macho *selkie*, debe arrojar siete lágrimas al mar y este aparecerá y cambiará a su forma humana para acostarse con ella.

—Puede que el *selkie* seas tú —sonreí.

—Nunca he visto una foca pelirroja —rio Andrew haciéndome reír a mí también—. ¿Sabes lo que dice Hamish de mí? —dijo volviendo a tumbarse de cara al sol, cerrando los ojos.

—No, ¿qué? —susurré admirando su magnífico cuerpo y su rostro, enredando mis dedos en el vello de su pecho.

—Pues que soy como esos pobres ciervos rojos jóvenes en la época de apareamiento, que se quedan famélicos de tanto complacer a las hembras —jadeó ronco tomándome por la cintura.

Me senté en su regazo, acomodándome sobre sus recios muslos, dejándole crecer y entrar con ternura, y me mecí suavemente hasta sentirlo rendido entre mis piernas, agitándose sudoroso, sujetándome por las caderas, disfrutando de cómo le poseía.

Cabalgué sobre él sin sentir nada más que su piel, abandonándome a su voz, a aquella sensación tan carnal. Por un instante no existió nada más, solo aquella unión única, aquella ansia vertiginosa por tenernos mutuamente.

La visión de Andrew bajo mi cuerpo, el contemplar nuestra perfecta unión allí, sobre la tierra y bajo el cielo, como si fuésemos los primeros o últimos habitantes del planeta, me llevó al éxtasis.

En el momento de máximo placer miré hacia arriba, suspendida sobre su cuerpo formidable. La luna llena ya se veía en el cielo. Acababa de salir y por unas horas, compartiría el firmamento con el sol.

A pesar de sentirme satisfecha, aquel palpitar en mi vientre aún no había cesado cuando llegué a casa. En realidad, solo acababa de comenzar.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XXI

Un fantasma que regresa

El telegrama jamás llegó a mis manos porque fue enviado a la última dirección que el Ministerio de Defensa tenía de mí: la pensión de la señora Baxter.

Al encontrarse cerrada, nadie lo recogió y por eso tampoco nadie se puso en contacto conmigo a tiempo.

Fue en un día de pleno verano, de esos con lluvia fina y suave, que cala lentamente. Estaba a punto de terminar el horario de mañana y canturreaba pensando que en cualquier momento aparecería por la puerta Andrew, con su radiante sonrisa llena de promesas y que comeríamos juntos. Había hecho sus emparedados favoritos, con mostaza, huevo y jamón asado y tenía manzanas. Después, él se dedicaría a los recados para la granja que solía hacer una vez por semana, en el centro de Inverness, y me esperaría de nuevo para acompañarme a casa en mi bicicleta. Volveríamos a cenar y dormir juntos, como tantas noches, en aquella rutina domestica tan sólida que habíamos creado entre los dos en apenas seis meses.

En el instante en que la puerta se abrió, yo estaba de espaldas, arreglando las flores que había recogido por el camino a primera hora de la mañana, disponiéndolas en el pequeño jarrón azul que compré al poco de llegar a Escocia. No me volví inmediatamente, solo sonreí imaginando su rostro en mi mente, su pelo rizado, brillante y rojo, sus ojos dulces y pícaros, azules como el agua de nuestro estanque de las hadas, y su sonrisa maravillosa que lo era todo para mí.

—Vienes pronto, como siempre —reí girándome con el jarrón en la mano.

Mis manos comenzaron a temblar, aunque mi cuerpo se quedó paralizado, sujetando el jarrón con el agua y las flores con tanta fuerza que creía que se iba a deshacer entre mis dedos. Él pronunció mi nombre, lo dejé caer de mis manos y el jarrón se estrelló contra el suelo.

Miré hacia el embaldosado un momento y vi las flores desparramadas junto con el agua que mojaba mis pies y el jarroncito azul hecho añicos. Después levanté la vista y reconocí aquel rostro por

fin, aunque su voz se me hizo extraña en un primer momento.

—George… —susurré casi sin poder articular palabra.

Él me miró sin osar moverse de la puerta, probablemente extrañado de mi falta de reacción a su sorprendente aparición.

—Grace… ¿No te enviaron el telegrama? —preguntó.

Negué con la cabeza sin pestañear.

—¿Eres tú, George? —pregunté con voz temblorosa, sintiendo como si toda la sangre de mi cuerpo se agolpase de pronto en mi garganta.

«Que sea una alucinación, que no sea él, que solo sea fruto de mi imaginación, por favor», pensé e inmediatamente me sentí tan culpable de mis propios pensamientos que experimenté náuseas.

Aquella sombra del pasado, el fantasma de George, de mi marido, al que tanto había llorado, cobró vida y caminó hacia mí sin que pudiese hacer nada para detenerlo. Le vi llegar y tomarme suavemente de las manos como en un sueño. Solo al sentir por fin su tacto pude creer que era real.

Me fijé en nuestras manos. Las suyas eran delicadas como las de una mujer, incluso más suaves que las mías, siempre con la manicura hecha. Él acarició mis dedos justo donde debía estar mi alianza.

—Soy yo, cariño —dijo con aquella voz de mi pasado tan familiar, en aquel tono tranquilo, con el acento de la clase acomodada de Inglaterra, mientras yo mantenía la mirada fija en el suelo, en las flores—. Siento haberte causado este… sobresalto. Parece que hubieras visto un fantasma. Pensé que habrías recibido el telegrama, que estarías esperándome.

—No… no he recibido ningún telegrama —balbuceé mirándole por fin.

Se quitó el sombrero y recorrí los rasgos de su rostro. Su pelo oscuro bien peinado, su rostro afilado de ojos grandes y castaños, atractivo, ya tenía las primeras arrugas. Pero me di cuenta consternada, de que aquel hombre, al que amé en el pasado, solo representaba el recuerdo lejano de otra existencia, de otra yo que se había marchado para siempre. Ahora estaba completamente segura.

—¿Eres tú de verdad? —repetí esperando aún una respuesta negativa.

Asintió y entonces me eché a llorar. Él me abrazó y me consoló durante un rato.

Pero yo no lloraba de alivio, no me sentía feliz de que George hubiese regresado a mí, porque solo podía pensar en Andrew y en lo que pasaría ahora con nosotros tres.

Fue como invocarlo con mi mente porque en aquel mismo instante apareció por la puerta con sus andares briosos y su fantástica sonrisa. George continuaba abrazándome, pero yo elevé la cabeza al escuchar cómo se abría la puerta, miré hacia ella y al verme, Andrew se quedó paralizado. Me separé de George como si me quemara su tacto y él se giró.

—Oh, tienes visita. Discúlpeme, señor…

—Grant —dijo Andrew muy serio, mirándome a mí y a George consecutivamente.

—Es un paciente, claro —dijo George sonriendo—. Lo lamento. Salgo y te espero fuera, querida.

Y besando mi frente abandonó la enfermería. Andrew miró cómo se alejaba George y casi al momento se acercó cauteloso. Su rostro reflejaba la angustia de comprender quién acababa de marcharse y a la vez una total confusión.

—Grace, ¿ese es tu… marido? —susurró.

—Es George —asentí aún conmocionada.

—Pero, ¿qué diablos…? ¡Te dijeron que había muerto! —dijo asombrado.

—No sé qué está pasando. Se ha presentado aquí de repente, como si fuese una aparición o parte de una broma pesada. Me ha hablado de… de un telegrama, de que iban a avisarme, pero no sé qué ocurre, no lo sé, Andrew —sollocé.

—Tranquila, tranquila… —susurró aferrándome con suavidad, acunándome entre sus brazos.

Suspiré con fuerza cerrando los ojos llenándome de su aroma, intentando retirar de mi mente el aroma de George, a su loción de afeitar, la de siempre. Cuando volví a mirar a Andrew, descubrí en su rostro aquella expresión que tenía cuando estaba dándole vueltas a algo en su cabeza, intentando encontrar el modo, la solución a algún

problema que le preocupaba. Inmediatamente después, algo hizo clic en su cerebro y su expresión concentrada dio paso a otra de total decisión. Andrew había resuelto hacer algo y yo aún no sabía qué.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté. Pero Andrew evitó mi mirada y sentí un escalofrío—. Tendré que hablar con él.

Me solté del abrazo de Andrew y quise ir al encuentro de George con la sincera intención de contarle lo nuestro, pero Andrew me lo impidió.

—¡Grace, espera, por favor! No se lo digas —dijo sujetándome del brazo con suavidad.

—¡Pero debe saberlo! ¡No podemos ocultárselo!

—Es tu marido, Grace. Está vivo.

—¿Y eso en qué cambia las cosas?

—Lo cambia todo, *mo ghràdh* —dijo mirándome con ternura—. No eres viuda.

Miré a Andrew atónita.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que tú y yo no podemos estar juntos.

—No, no es cierto. Claro que podemos. Hablaré con él, le contaré todo y comprenderá.

—Grace, legalmente es tu marido. Acaba de volver, de quién sabe dónde, y si le cuentas lo nuestro… puede…

—¿Denunciarme? ¿Obligarme a volver con él? No, George no es así. No lo haría. Él lo comprenderá, entenderá que yo creía que estaba… Que me dijeron que estaba muerto y que nosotros… ¡Que simplemente ocurrió! Que lo que pasa entre nosotros es verdadero, que me amas y te amo. Lo comprenderá, sí —dije con vehemencia, sumida en un estado de absoluta confusión y de nervios.

—No, Grace, él te está esperando afuera y ha venido hasta aquí a por ti, a buscarte para que regreséis a casa —dijo aferrando mis manos que no dejaban de temblar.

—¿A casa? ¿Qué casa? Mi casa está aquí contigo. ¡No, no me iré!

—Es tu marido, Grace. No sería decente…

—¿Decente? Lo que tenemos, lo que hacemos juntos cada noche… ¿No te parece decente? —exclamé enfadada, soltando mis manos de

entre las suyas.

—¡No, no es eso! —resopló ansioso—. Por lo que me has contado de él parece un hombre íntegro que te ama.

—¿Y nosotros? ¿No te importa qué será de nosotros? —pregunté obstinada.

Miré a Andrew y vi en sus ojos que había tomado una decisión. Supe que él era tan cabezota como yo, y que no iba a cambiar de parecer y eso me angustió tanto que comencé a respirar entrecortadamente.

—Cálmate, *mo ghràdh* —dijo atrayéndome hacia él de nuevo.

—No puedes obligarme a que me vaya.

—Pero tampoco puedo pedirte que te quedes. No puedo hacer nada para que te quedes —susurró con la voz temblorosa, a punto de romperse.

Me abrazó con muchísima fuerza, respiró profundamente el aroma de mi pelo, yo me aferré a él con todas mis fuerzas, nos besamos desesperadamente hasta gemir y entonces me soltó. El cuerpo nos temblaba a ambos. Le agarré de la ropa intentando mantenerlo pegado a mi cuerpo, pero se alejó.

—Fue un sueño hermoso, tú eres el sueño más hermoso que he tenido, Grace y que tendré jamás, pero se acaba hoy, aquí y ahora —dijo muy serio, con voz suave pero firme. Negué sollozando y Andrew extendió su mano para acariciar mi mejilla y retirar una lágrima que caía cálida y pesada—. No permitiré que arruines tu vida. Ya has comprobado lo crueles que pueden ser las personas cuando murmuran, cómo calumnian y critican hasta destrozarte. Te quiero y no dejaré que te señalen por mi culpa. Sabes que no lo harán conmigo, que será a ti a quien culpen. Y no quiero que sufras.

—No me importa —sollocé.

«Y ya estoy sufriendo».

—¡Pero a mí sí! Me importas más que nada en el mundo. Solo quiero que seas feliz.

—¡Ya soy feliz ahora, contigo! —gemí.

—Yo lo seré sabiendo que estás en este mundo, en algún lugar de Londres o donde quiera que vayas y que vivirás feliz. Debemos hacer

lo correcto.

—Entonces… ¿Quieres que me vaya?

—Sí, quiero que lo hagas. Me alegro muchísimo de haberte conocido, Grace, pero es lo mejor —dijo Andrew.

—No es cierto —sollocé furiosa.

Negué una última vez. Él me miró a los ojos una vez más y besó mi frente con dulzura, justo donde lo había hecho George, pero aquel beso ardió en mi piel.

—Adiós, Grace —musitó.

Y dándose media vuelta se fue sin mirar atrás.

Yo me quedé temblando de frío, de pie, sobre el charco de agua mezclado con los trozos de vidrio de mi jarrón roto y las flores mojadas, sin poder reaccionar. El corazón me latía en los oídos. Instantes después apareció George por la puerta con una gran sonrisa.

—Tu paciente me ha dicho que ya podía pasar —de pronto se paró a mirarme extrañado—. ¿Estás bien, Grace?

Asentí intentando mantener la calma, tratando de no desmoronarme.

—Me duele la cabeza y… me acaban de dar una mala noticia de otro paciente —dije. Era cierto, acababa de comenzar a sentir un tremendo dolor de cabeza pulsátil como consecuencia de la angustia que estaba experimentando.

—Oh, vaya. ¿Una de tus migrañas, querida? Podemos ir a mi hotel. No es nada del otro mundo, pero está en el centro.

—Tengo que acabar mis tareas de hoy.

—Claro, claro —dijo con desinterés. Sabía cuándo algo le resultaba fastidioso—. ¿Te quedan muchas?

—No —susurré.

—Puedo esperarte.

—Sí, si no te importa. ¿Podrías aguardarme en la taberna que hay enfrente? Solo será un momento, saldré enseguida —le interrumpí.

—De acuerdo —dijo tranquilo.

«Tengo que ganar un poco de tiempo. Pensar», me dije deseando que Andrew regresarse y apareciese por la puerta, arrepentido de su decisión. Pero no lo hizo.

Me puse a ordenar las recetas, el escritorio, aguardando sin poder concentrarme. Finalmente, decidí enfrentarme a la realidad, cerré la enfermería y acudí a la taberna.

Gavin me vio entrar, pero enseguida volvió a lo suyo y dejó de prestarme atención. Su esposa Meg no estaba y me alegré porque ella se hubiese mostrado mucho más pendiente en intentar averiguar quién era el hombre que estaba conmigo.

Encontré a George delante de una pinta, sentado en una de las mesas. Su expresión era taciturna, pero al verme entrar sonrió.

—Siéntate, Grace. ¿Quieres tomar algo? El local engaña. Tienen una cerveza excelente —dijo cediéndome un sitio frente a él.

—No, no. Solo quiero saber. Necesito saber, George.

George me relató lo que ya conocía: cómo nada más alistarse, un funcionario del Estado Mayor le ofreció formar parte del Servicio de Inteligencia Británico. Necesitaban gente que supiese de cartografía y hablase alemán y francés. A George le ofrecieron ser agente del antiguo SIS, reconvertido en el MI6, la Sección VI de la Inteligencia Militar Británica.

En un principio perteneció a la oficina londinense responsable de la intercepción y el descifrado de comunicaciones extranjeras con sede en Bletchley Park, pero muy pronto le encomendaron pasar a ser miembro de una unidad que colaboraba con la Resistencia francesa. Eran operaciones arriesgadas que requerían de una falsa identidad. Finalmente, fue enviado al continente. Tras el Incidente de Venlo al principio de la guerra, una operación en suelo holandés que resultó un fracaso para la Inteligencia nacional, George regresó a suelo británico.

—Fue cuando pasamos un par de días juntos en Navidad. Pero no podía decirte nada, ni siquiera a ti. Después del 40 y con Francia dividida, los británicos nos habíamos quedados solos. Era vital colaborar con la Resistencia. En el 41 me asignaron varias misiones que requerían cruzar a Francia, a la zona ocupada. Iba y venía.

—Todo eso lo sé, George. Me falta conocer por qué en el 45, un día, recibí una carta diciéndome que habías desaparecido y que lo más probable es que estuvieses muerto.

—Lo entiendo, entiendo que necesites respuestas, Grace. A principios de 1944 me encomendaron contactar con la Resistencia en el continente. Iba a ser una operación sencilla, pero cara a cara. Mi grupo debía reunirse con miembros de la Resistencia en un lugar de Francia y darles una información vital para el desarrollo de la guerra en la frontera entre Bélgica y Holanda. Estaba en juego el día del desembarco en Normandía. Pero teníamos un topo y cuando los cuatro acudimos a la cita con los agentes en la frontera estos no aparecieron. En su lugar, sufrimos una emboscada y cayeron todos menos el enlace francés y yo. Él era el topo. Me capturaron llevándome en un camión junto a vecinos del pueblo cercano. Pensé que me fusilarían, pero me ayudó un lugareño y logré escapar. No hubiese sobrevivido a uno de aquellos brutales interrogatorios. Tenía órdenes de usar una cápsula de cianuro si era apresado por la Gestapo. Pero me hirieron y tuve que esconderme. Pasé meses en una bodega subterránea. Cuando estuve mejor me ayudaron a huir judíos partisanos. Durante todos esos meses no pude contactar con ningún miembro de mi equipo. No pude decir que continuaba con vida. Había perdido todos mis documentos. No podía identificarme, estaba en territorio controlado por los alemanes y era imposible cruzar el Canal. Al final logré colarme en un camión que cruzaba Francia y que me dejó en la frontera española con una identidad falsa. Entré en el país con un pasaporte alemán y desde Madrid volé a Lisboa. Allí, después de varios meses más, logré recuperar mi identidad. Llegué a Londres la semana pasada —dijo finalmente con una gran sonrisa.

Dejé que hablara, que me contara todo lo que quisiera y cuando terminó le miré escéptica. Mi ánimo había cambiado. Pero me quedaba una duda por resolver.

—¿Fuiste voluntario a alguna de aquellas misiones?, ¿te prestaste o te obligaron de alguna forma?

—Voluntario —respondió George.

Acababa de escuchar el relato de un hombre que había sufrido mucho, pero que también había disfrutado jugando a ser un espía del gobierno, lejos de mí.

—No te reconozco. Toda la guerra separados y dos años creyéndote

muerto. ¿Por qué? —pregunté—. Muchos lucharon por su país también, pero en casa. ¿Necesitabas demostrar algo a alguien?

—No, pero no me hubiese sentido lo suficientemente útil desde un despacho. Es lo que he hecho toda mi vida, pero por alguna razón supe que yo era necesario para aquella misión, que entraría a formar parte de la historia de mi país —dijo vehemente—. Puede que fuese algo presuntuoso por mi parte, pero sentí que se me necesitaba allí, en aquel momento. Quise probarme a mí mismo.

—Pero yo también te necesitaba, George. Tú eras mi familia. No tenía a nadie más y no estabas, te fuiste y pasé toda la maldita guerra sola.

—Lo sé, Grace, y no me alegro de ello. Me imagino lo duro que ha sido para ti. Y lo confusa que estás ahora, lo entiendo. Cometieron un error imperdonable diciéndote que yo había muerto, pero ahora podremos recuperar el tiempo perdido. ¡Volveremos a Londres y haremos todas esas cosas que habíamos planeado! —dijo entusiasmado. Mi escasa demostración de alegría le hizo proseguir—. Lo lamento, Grace. Comprendo que ahora mismo te sientas abrumada. Ha sido todo una gran conmoción, pero te compensaré. Yo también estoy aturdido y confuso, pero ahora estamos juntos de nuevo y todo volverá a ser como antes.

Pero supe que ya nada podría ser igual, que yo era otra persona, que la Grace que amó a George se había quedado en algún lugar, en algún momento en el tiempo entre 1940 y 1945 y que la Grace que era ahora amaba a Andrew.

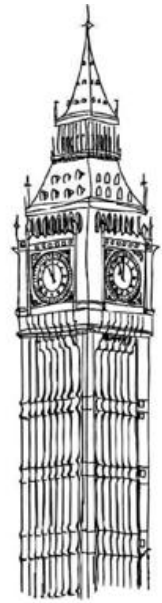
—Necesito… —comencé, pero no hallaba las palabras adecuadas.

—¿Qué necesitas? ¿Recoger tus cosas? ¿Dejar la enfermería preparada para tu sucesora?

—Necesito hablar con el doctor Lean. Y tengo una casa alquilada y…

«Y necesito hablar con Andrew. Tengo que verle y volver a hablar con él para convencerle. Sé que si volvemos a vernos lo lograré. Haré que me escuche y recapacite», pensé esperanzada sin prestar atención a George, que continuaba hablándome de la casa que había alquilado en Londres mientras daba con mi paradero.

—Te gustará, ya lo verás. La podrás decorar a tu gusto, haremos una fiesta e invitaremos a nuestros amigos. Será divertido.



CAPÍTULO XXII

Londres

Pedí a George que me esperase en el hotel. Debía hablar con Andrew primero antes de tomar ninguna decisión.

Miré mi reloj. Habían pasado casi dos horas desde que George había aparecido en el consultorio. Cogí mi bicicleta y sin perder un minuto más me dirigí a la granja de los Grant suponiendo que Andrew estaría allí.

Pedaleé poseída de una fuerza sobrehumana. Eran casi las dos de la tarde cuando llegué exhausta, sin aire, y entré como un torbellino, sabiendo que la puerta estaría abierta. Hamish estaba junto al fuego de la chimenea, sentado en una banqueta con la cabeza gacha.

—¿Dónde está? —pregunté sin resuello.

—Acaba de salir, Grace.

—¿Te ha contado algo? —pregunté esperanzada, pensando que tal vez había hecho el camino contrario y al igual que yo había ido en mi busca.

—Sí, me ha dicho que tu marido está vivo y que ha venido a buscarte. Me ha dicho que vendrías. Te conoce. Y también me ha dicho que no podía estar aquí cuando tú llegases. También se conoce a sí mismo —dijo Hamish levantando la mirada. Sus ojos estaban tristes, vencidos por la vida y entonces supe que no, que Andrew no me buscaría y sentí una rabia infinita—. Para él, hacer lo correcto es importante, y aunque no lo creas es su manera de cuidarte. Quiere lo mejor para ti y piensa que debes volver con tu marido.

—Pues está equivocado, ¡maldita sea! —protesté rabiosa.

—No le culpes, muchacha, cúlpame a mí. Le crie intentando que tuviese más principios y honradez que yo y la vida… ¡La vida es tan cruel! —renegó.

—¿A dónde ha ido Andrew, Hamish? Por favor —imploré temblando.

—A la estación. Ha hecho la maleta. Se marcha a Edimburgo y me pidió que no te lo dijese, pero no puedo ver como esto os destroza a los dos.

Negué con la cabeza sin lágrimas, solo aterrada. Hamish me miró,

unos instantes. Resopló, frunció el ceño gruñendo unas palabras en gaélico y se levantó de la banqueta.

—¡Qué demonios! Puede que lleguemos aún—dijo levantándose de la banqueta.

Salimos en el carro a toda prisa. Hamish intentó que llegase a tiempo azuzando a sus pobres caballos, pero al pisar la estación, el tren había partido ya, y entonces me di cuenta de que Andrew me estaba obligando a irme con George, a ser leal.

—¡Maldito cabezota! —gritó Hamish tirando su gorra al suelo.

Me quedé bajo la lluvia, mirando las vías, sin saber qué camino tomar, sin voluntad para continuar.

—¿Y qué voy a hacer ahora? ¿Qué puedo hacer? —pensé en voz alta.

Hamish miró al horizonte y resopló.

—Seguir, muchacha. A veces parece que no se puede, pero se hace, se continúa respirando —respondió Hamish.

Me eché a llorar desconsolada, helada, temblando de frío y de dolor. Hamish me abrazó y aguardó a que me calmase.

—Intentaré hablar con él. Te lo prometo. Le haré recapacitar. Le diré que vaya a Londres a buscarte —dijo tendiéndome un pañuelo—. Vamos, Grace. Te llevaré a Inverness con tu marido. Venga, muchacha. ¡Ánimo!

«Será como si la guerra no hubiese existido nunca», dijo George. Me despedí de Hamish dándome cuenta de que el osco montañés del principio de mis días en las Tierras Altas se había convertido en alguien al que podía considerar casi mi familia. Él volvió a reiterarme sus intenciones de hablar con Andrew y disuadirle de que regresase a casa y que se pusiese en contacto conmigo, tras lo cual, me acercó hasta el *cottage* y me ayudó a recoger mis cosas. Yo solo acepté todo sin voluntad. La que tenía se la había llevado Andrew con él en aquel tren rumbo a Edimburgo.

Después, Hamish me llevó al encuentro de George. Fue él, mi marido, quien me acompañó a hablar con el doctor Lean para anunciarle mi renuncia. Me alegró saber que el sufrido doctor tenía en

gran estima mi trabajo. Así se lo hizo saber a George y añadió que me echaría de menos, pero se hizo cargo cuando él le explicó las circunstancias de mi repentina partida.

Pude haber seguido a Andrew y dejar a George esperando en aquel hotel de Inverness, pero supe que si lo hacía, Andrew y yo no tendríamos ningún futuro juntos, que la traición sería a partir de ese momento y no antes. Y maldije a Andrew por tener razón.

Aquella misma tarde, anocheciendo, tomamos el tren hacia Londres. El viaje nocturno fue espantoso, largo, agotador. Con cada milla, a cada minuto, me alejaba un poco más de Escocia y de Andrew. George se pasó las primeras horas de viaje conversando acerca del trabajo que le habían propuesto para formar parte de un gabinete del gobierno y la opción de retomar su cátedra en la Universidad de Oxford.

—Pero yo prefiero seguir con la docencia y las conferencias. La vida militar terminó para mí y mis servicios a la nación también. Mi vida civil proseguirá. Creo que aceptaré la cátedra en Oxford después del verano. Tendremos una vida como siempre habíamos deseado —dijo sentado frente a mí, sonriente—. ¿Tú qué opinas, Grace? Estás muy callada, querida.

—Es que aún me duele la cabeza y el viaje no ayuda —mentí.

George se quedó mirándome fijamente un momento.

—Tu rostro es el mismo, pero algo ha cambiado en ti. Tal vez sea… tu peinado. O tu falta de él —dijo riendo y señalando mi indomable mata de pelo rizada.

—Me gusta así —musité.

—¿Desde cuándo? —exclamó divertido—. No puedo creerte. Cuando lleguemos a Londres te harán un bonito peinado y saldremos a cenar y al teatro, como antes.

Asentí, sin fuerzas para oponerme a su entusiasmo.

Lo hubiese hecho. Hubiese opuesto resistencia, mostrado un poco de lucha si Andrew hubiese estado a mi lado, pero me había abandonado por un estúpido sentimiento de decoro para conmigo. Al parecer, él tenía una idea trasnochada acerca de la honra, de la mía y la suya, y de lo que me pasaría si abandonaba mi condición de mujer

decente.

En realidad él estaba en lo cierto. No era ninguna ilusa, sabía lo que les ocurría a las mujeres adúlteras, a las que decidían elegir el riesgo de un amor ilícito y vivir saltándose las normas. El divorcio era todavía un escándalo, algo inmoral, socialmente reprobable, algo que atentaba contra las bases en las que se sustentaba la sociedad británica antes de la guerra: la familia. Entonces recordé las palabras de Hazel: "**N**os temen, temen nuestra libertad".

Andrew tenía razón, estar en boca de todos era lo mínimo que me esperaba.

«Pero si él hubiese luchado junto a mí, lo hubiese soportado de buen grado», pensé con el corazón encogido por la añoranza y la rabia. Él no quería que me señalasen, que pusiesen una letra escarlata en mi pecho, pero a mí no me hubiese importado portarla si podíamos continuar juntos.

«¿Es que mi decisión no cuenta para nadie? ¿Tan solo la de los hombres?», me dije, exhausta, sin poder parar de dar vueltas en mi cabeza a todos aquellos pensamientos angustiosos.

George se quedó dormido apoyado en el cristal. Me fijé que su pelo comenzaba a tener algunas canas en las sienes. Y me di cuenta de que el muchacho de veintidós años, que iba a ser un reputado historiador y del que me había enamorado a mis quince años al verle en Oxford en primavera, jugando un partido de tenis que ganó, ya tenía treinta y cinco años y su juventud estaba a punto de desvanecerse.

Durante el resto del viaje, me dediqué a observar el paisaje que, bajo la luna, iba mutando del montañoso y agreste de las Tierras Altas a las domesticadas colinas de las Tierras Bajas, que daban paso a los páramos de Yorkshire, las Midlands del Este y por fin al Gran Londres.

Mi ciudad continuaba como la dejé, bulliciosa e incesante. Mientras me aguardaba en Inverness, George había reservado habitación en un hotel porque, según me dijo, la casa que había alquilado aún no estaba acondicionada del todo, faltaban algunos muebles que se habían retrasado y debían estar por llegar, entre ellos la cama.

Nada más bajar del taxi que nos llevó hasta el céntrico hotel, sentí

el ensordecedor ruido del tráfico y me sobresalté. El alboroto era abrumador para mis sentidos, como haber viajado en el tiempo desde una época lejana en la que no existían aquellas máquinas con ruedas y los hombres iban a caballo por aquellas hermosas tierras de castillos y leyendas. Aquel pensamiento me hizo recordar a *Whisky* y mis ojos se nublaron por las lágrimas.

George me vio y pensando, tal vez, que me había emocionado al volver a ver mi ciudad natal, me tomó de la mano.

Amanecía cuando llegamos a Londres, pero daba igual, la gran urbe milenaria siempre estaba en constante movimiento. Aún se apreciaban los estragos de la guerra en las aceras y las casas. Las sirenas, los pitidos, las calles llenas de gente, las luces de los coches, las prisas de taxis y autobuses, los anuncios luminosos y todo aquel ajetreo me mareó y me sentí enferma de pronto.

—Cuando veas la casa que he alquilado te encantará, lo sé —dijo George apretando mi mano en la suya—. Me da pena que no esté todo listo aún, pero en unos días podremos trasladarnos.

—George, ¿te importaría si al llegar al hotel me acuesto y desayunas solo? No me siento con fuerzas ahora.

—Pues yo necesito al menos un té. ¿Seguro que te encuentras bien, Grace? —me dijo con el rostro somnoliento.

—Sí, solo necesito descansar. No he podido dormir en el tren.

Él asintió y me dio un beso en la frente.

—Está bien, querida. Tengo que acercarme al ministerio para hacer algunas gestiones que se han demorado. Desayunaré, me iré y te dejaré dormir.

Cuando por fin me quedé sola en la habitación me senté en la cama y miré a mi alrededor contemplando lo confortable que parecía todo: la cama con su edredón y almohadones, el tocador, las hermosas lámparas que se podían encender desde las mesillas y la del techo, la suave y mullida alfombra, las butacas de terciopelo y las cortinas a juego que caían hasta el suelo.

—Pero no hay flores —dije en voz alta y me eché a llorar.

Logré sobreponerme con un cálido baño en el cómodo y moderno

aseo de la habitación y me metí en la cama sin deshacer la maleta e incomprensiblemente me quedé dormida. Tal vez por fin, después de tantas horas fingiendo, la soledad y el silencio de aquella habitación de hotel me procuró un poco de paz. Me sentía aliviada de no tener que lidiar con el entusiasmo de George, y a la vez disimular mi falta de ilusión. Pero lo que realmente temía, no podía engañarme a mí misma, era el momento que llegaría más tarde o más temprano, cuando estuviésemos a solas y George sugiriese retomar nuestro matrimonio en el sentido más íntimo de la palabra. Temía nuestra primera noche juntos.

Por eso, cuando George propuso salir a cenar a The Ivy no lo dudé. Era mejor escapar de la agobiante sensación que me producía aquella habitación de hotel con tanta luz.

—Pero no tengo nada que ponerme —dije abriendo mi maleta y observando su precariedad.

—¿Y este? Es bonito —le oí decir a George, que en ese momento miraba el contenido de mi maleta con aprensión, sacando de entre mis jerséis de lana rústica el vestido azul grisáceo de satén que había comprado para el baile de fin de año, la noche que Andrew y yo habíamos hecho el amor por primera vez.

No pude evitar recordar sus enormes manos soltando los pequeños botones en mi espalda y cómo, todavía sin tocarnos, sentí su calor abrasador envolviéndome. Un torbellino de sensaciones se apoderó de mi mente y tuve que aferrarme al lugar en el que me encontraba, al presente, para mantener el control. Mis ojos se quedaron fijos en los dibujos de las telas de las cortinas, en sus líneas que formaban grecas doradas.

—No, ese no —me apresuré a responder—. Voy a ver si la peluquera del hotel me arregla el pelo. Ya pensaré más tarde qué me pongo.

—Excelente idea —dijo George dándome un beso en la mejilla. No respondí a su beso, solo le dediqué un breve sonrisa y enseguida me di cuenta de que él no había pasado por alto mi distancia—. Por cierto, querida. Creo que deberías volver a ponerte la alianza.

Fue George quien se ocupó de mi vestuario. Tuvo tiempo mientras una paciente señora del servicio de peluquería del hotel dedicaba casi toda la tarde a mi corte y peinado. George acabó trayéndome un vestido de noche muy bonito, de gasa de seda en color burdeos con encaje de Chantilly.

—Pruébatelo, a ver si he acertado con la talla —me pidió sentándose sobre la cama. Me di cuenta de que tenía la intención de observarme mientras me vestía y aquello me turbó.

—George, si no te importa, necesito un poco de… privacidad —le pedí avergonzada.

—Claro, claro, querida —dijo sin alterarse.

George se levantó y se puso a pasear por la habitación del hotel, tocando el cenicero, la lámpara sobre la mesilla, las cortinas, sin saber muy bien que hacer. Yo, mientras, tomé el vestido, mi ropa interior y mis medias asintiendo agradecida y me encerré en el baño para desvestirme.

Al salir, George me esperaba sentado en la butaca, pero al verme se levantó contemplándome boquiabierto.

—Estás maravillosa, Grace. Y te has vuelto a poner tu anillo —susurró y yo se lo agradecí con una sonrisa tímida.

Él hizo lo mismo que yo vistiéndose en el baño, lo cual agradecí enormemente. Se puso un traje con corbata que le hacía parecer el mismo hombre elegante de antaño, sobrio y clásico; su sombrero, y me tendió el brazo cuando estuve lista para salir.

Nada más hacerlo nos dimos cuenta de que llovía.

—¡Oh, qué fastidio! —exclamó George contrariado.

—No importa, me gusta la lluvia —dije con nostalgia, ante la mirada extrañada de George—. ¿Sabes que en Escocia hay un montón de tipos de lluvia?

—Ya sabes que yo la aborrezco. Si por mí fuera me pasaría gran parte del año en algún país seco y soleado y la evitaría lo más posible —dijo poniendo cara de disgusto.

The Ivy, el antiguo café italiano convertido en el restaurante de los artistas desde 1917, había sido uno de mis lugares favoritos para

cenar. Cercano a los teatros de Covent Garden, icono de la noche londinense, con sus vidrieras emplomadas en las ventanas y los asientos verdes y el roble en su suntuoso comedor, continuó abierto durante la guerra y seguía siendo el lugar de reunión de actores, escritores y gente de la farándula que deseaba un lugar clásico y privado para cenar después de una velada teatral.

Sabía por qué George había reservado mesa en The Ivy, era lo que antaño solíamos hacer en nuestras citas londinenses: una velada teatral, una cena que podía acabar en baile y una reserva en algún céntrico y moderno hotel para hacer el amor y desayunar en la cama. Pero ahora, todo aquel ritual tan cosmopolita me parecía absurdo y artificial. Me sentía extraña, como si no encajase en aquel decorado tan pomposo y todo me resultaba fingido.

—Para mí, coctel de gambas y lenguado de Dover con salsa Menier. ¿Y tú, querida? —dijo George mirando la carta animado.

—Yo un bistec de Angus con patatas asadas y un poco de salsa Worcestershire, nada más.

—Puedes pedir lo que quieras, Grace. Un día es un día —sonrió George.

—Es lo que me apetece. Pasé tanto tiempo sin probar un buen filete durante la guerra… Me he acostumbrado a comer distinto, supongo —expliqué encogiéndome de hombros—. Ahora prefiero los platos menos elaborados.

—Supongo que en Escocia te habrás hartado de comida sencilla —dijo George

—Había olvidado lo snob que puedes llegar a ser, George —murmuré poniendo los ojos en blanco.

—Es que todavía no comprendo cómo tú sobreviviste a las Tierras Altas —rio.

—Puede que ya no sea la misma, George. Puede que solo necesite cosas humildes, no todo esto —dije mirando en derredor aquella estética que ahora me parecía tan decadente.

—Solo intento recuperar el tiempo perdido, cariño —dijo George intentando evadir la discusión con su acostumbrada diplomacia.

Y me di cuenta de que lo que antaño me parecía una gran virtud de

mi marido ahora me exasperaba terriblemente. Pero opté por no discutir, no me encontraba con fuerzas suficientes. Mi habitual carácter explosivo parecía haberse evaporado momentáneamente.

—Lo lamento, George. Es que… hace calor en Londres y hay tanto barullo en todas partes… Ya me había olvidado del caos de la gran ciudad. Estoy un poco abrumada y nerviosa. Y muy cansada —me apresuré a añadir.

—Comamos, no te preocupes —me sonrió.

Lo hicimos, comimos en silencio, apenas comentando lo sabroso que estaba todo, mientras yo pensaba en esa frase tan manida: *Recuperar el tiempo perdido*.

Tras la cena reiteré que estaba muy cansada. Era cierto, por alguna extraña razón me faltaba energía, así que no fuimos a bailar y regresamos al hotel directamente.

No había pasado por alto las connotaciones que para George tenía aquella especie de cita que acabábamos de representar. La desazón que experimenté en la cena fue en aumento al llegar al hotel y quedarnos a solas en la habitación.

Sabía lo que George pretendía. Al fin y al cabo éramos marido y mujer y hasta el momento en que la guerra nos separó, nuestra unión incluía relaciones íntimas, frecuentes, y de buen grado por parte de los dos. Incluso se podía decir que era yo la que las buscaba con mayor interés. Las reuniones de George con sus sesudos colegas siempre me habían supuesto un fastidio, ya que sentía que esos libros y charlas me alejaban de él.

Intenté ganar tiempo desvistiéndome y aseándome en el baño con una lentitud provocada, con la esperanza de que a él le entrase sueño y olvidase sus pretensiones de acostarse conmigo.

Finalmente, salí con la bata puesta sobre el camisón menos sexy que encontré y me metí en la cama deprisa, con un escueto "buenas noches". George, que estaba leyendo The Times en ropa de dormir, me respondió lo mismo, se levantó para quitarse el batín que llevaba sobre el pijama, y se acostó tras apagar la luz.

Fue entonces cuando noté como se acercaba a mí. Su brazo rodeó mi cintura suavemente, como antaño. Me quedé inmóvil, pensando si

rechazar aquel gesto de cariño o no, cuando George trato de besarme. Entonces, reaccioné inmediatamente y sin pensar, rechazando su acercamiento con un brusco alejamiento.

—George, no, por favor… —supliqué.

—Discúlpame, pensé que… —susurró y su voz me sonó avergonzada.

Me incorporé y él hizo lo mismo sin terminar la frase, encendiendo la lámpara de la mesilla de su lado de la cama.

—Hoy no, no podría. Necesito tiempo. Necesito volver a acostumbrarme a todo, a…

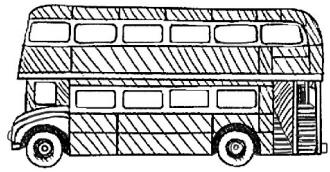
—A mí. Necesitas acostumbrarte de nuevo a mí, quieres decir —asentí mirándole con tristeza—. Me he dado cuenta de que te sientes violenta cuando te desvistes y cuando intento tocarte.

—Es que ha sido todo tan repentino… Intenté hacerme a la idea durante mucho tiempo de que no volvería a verte nunca. ¡Todo el mundo me dijo que rehiciera mi vida! Y ahora tengo que volver a reconstruir todo a mi alrededor de nuevo —resoplé alterada—. No sé si logro expresar lo que siento con claridad. Estoy muy confusa, George.

—Lo comprendo, querida. Lo tendrás, tendrás ese tiempo que necesitas, no te preocupes —dijo extendido su mano para coger la mía.

La mente es extraña. En aquel momento recordé porque dije que sí a su propuesta de matrimonio. Dos años antes de la guerra, George me había parecido el hombre ideal para mí; centrado, seguro de sí mismo y con la suficiente experiencia; un apuesto ratón de biblioteca que me proporcionaría seguridad después de la vida ajetreada que había llevado con mi tío, un hombre extravagante, que tan pronto me hacía preparar la maleta rumbo a Egipto como a Francia.

Dejé que George tomase mi mano y que la apretase en la suya y me calmé. Después apagó la luz, me dio las buenas noches y se acostó sin rozarme.



CAPÍTULO XXIII

Dejar el pasado atrás

Dicen que cuando soñamos con alguien es porque ese alguien nos tiene en sus pensamientos. ¿Me tendría Andrew en los suyos? ¿Soñaría conmigo?

Yo sí había soñado con él. En mis sueños había visto su pelo rojo ardiendo bajo el sol, tumbado de espaldas, desnudo sobre la hierba fresca de nuestra pradera en el Estanque de las Hadas. Había sentido el tacto de su piel en la mía, su calor, el aroma de su cuerpo, el sabor de su boca, y me había despertado temblando, bañada en sudor.

Con la respiración agitada y el corazón latiendo en mis entrañas, me levanté con sigilo al baño de la casa que George había alquilado para pasar el verano, antes de regresar a Oxford. Una vez dentro me encerré y encendí la luz del espejo del lavabo.

Al verme me sorprendí de mi propia imagen. Tenía el rostro encendido, los pezones se marcaban erguidos bajo el camisón y supe que en mi sueño, Andrew me estaba haciendo el amor, que sus manos me habían acariciado como solo él podía hacerlo, que su cuerpo se había unido al mío en un baile incesante de besos y gemidos.

Me acaricié los pechos, los sentía sorprendentemente sensibles sobre la tela empapada de mi camisón y me mordí el labio aguantándome un quejido, evocando sus maravillosas manos cálidas y grandes. Sintiendo que el recuerdo iba a poder conmigo, dirigí mi mano entre mis muslos. Tenía la ropa interior empapada, me la quité y la eché al cesto de la ropa sucia sollozando de necesidad.

Intenté recuperarme orinando, bebiendo agua, mojándome la cara, refrescándome el escote, y aún con aquellos ecos del añorado placer en mi mente, regresé a la cama.

Me metí con cuidado, apenas levantando las sábanas y la colcha, intentando no perturbar el sueño de George. Él respiraba suavemente de espaldas a mí. Hacía un mes de su regreso a la vida, a mi vida.

No podía dormir, era imposible. Me quedé inmóvil y al rato cambié de postura. En mi mente se sucedían imágenes de Andrew: su gloriosa sonrisa al despertar, sus ojos azules como los lagos escoceses observándome con deseo y de pronto recordé su voz, profunda, suave

y sensual; ronca de placer cuando hacíamos el amor, suave como sus caricias mientras nos quedábamos dormidos en nuestra cama; la voz del hombre que me salvó de la muerte.

Suspiré desesperada, las lágrimas rodaban por mis mejillas y me volví hacia George. Él notó mis movimientos en la cama y se despertó.

—Grace… ¿Te ocurre algo, querida? ¿No puedes dormir?

—Es solo un sueño —respondí llorando.

George se acercó y me recostó la cabeza en su hombro, con mucha delicadeza. Volví a suspirar. Mi cuerpo ardía de puro anhelo físico.

George acarició mi cabeza.

—¿Has tenido una pesadilla? ¿Mejor así?

Asentí sintiendo su presencia a mi lado, muy consciente de su cuerpo y del mío. Necesitaba que alguien me tocase. Mi cuerpo, sin ser acariciado por las manos de Andrew, ya no podía soportar más aquella abstinencia de la carne y sobre todo del alma. Me giré hacia George y rocé su cuerpo con el mío. Él también se volvió hacia mí, me rodeó con uno de sus brazos y posó su mano en mi espalda. En vez de apaciguar mi ánimo, su tacto, me excitó aún más.

—Acaríciame —susurré.

George comenzó a surcar mi espalda con su mano, sobre mi camisón. Pero su tacto no era el que yo anhelaba, el de aquella mano cálida, áspera y grande. Me apreté contra su cuerpo con las entrañas ávidas, casi sentía dolor. Con lentitud, me fue soltando los botones del camisón. Él quería ir despacio, retomar nuestro contacto con suavidad, pero no se lo permití. Mis manos corrieron a soltar los botones de su pijama. Mis pechos se posaron sobre su pecho y mi vientre sobre el suyo.

—Te añoro, Grace. Añoro a mi esposa —jadeó.

—No hables —le pedí antes de besarle en la boca con fiereza.

George me devolvió el beso y mi boca buscó su lengua con avidez. Fue un beso lleno de deseo apremiante. Desesperada, busqué la cinturilla de su pijama en la oscuridad y metí mi mano para acelerarlo todo. George gimió aferrándome y mi cuerpo hambriento tomó el mando. Él intentó calmarme con caricias, pero yo me resistía a su tacto, a sus besos, y rechazando su abrazo, me aupé sobre su cuerpo,

me deshice del camisón y le desnudé de cintura para abajo con urgencia, colocándome sobre sus caderas. No quería que me tocara.

—No enciendas la luz —le pedí.

Cerré los ojos y me puse sobre George, obligándole a que entrara en mí. Al notarlo en mi interior emití un gemido cargado de dolor, aunque él no podía saberlo. No fue amor, no hubo ternura por mi parte, solo un apetito febril lleno de furia con el que intenté saciar mi agonía y mi rabia por no poder tener a Andrew.

George se impulsaba bajo mis muslos mientras yo le montaba enardecida. Mis movimientos le obligaban a agitarse, a seguir mi desesperada carrera. Quería terminar rápido, llegar enseguida y saciarme, pero no podía, no lo estaba consiguiendo. El placer que estaba consiguiendo no era lo suficientemente profundo. Casi me dolían las entrañas de ganas, pero no lograba culminar por mucho que lo intentase. Con un quejido de rabia tomé las manos de George y las posé sobre mis pechos. Sus manos comenzaron a acariciarlos con ternura y yo resoplé cabalgándole más deprisa.

Pensé en Andrew, cuando me sostenía sobre su cuerpo formidable, con aquel vigor tan extraordinario, en sus poderosos músculos en tensión, su boca jadeante que no paraba de buscar mi boca y mis pechos, en sus potentes embestidas y me recliné sobre George ofreciéndole los senos. Él los tomó en su boca y yo le tomé por la nuca apretándole contra ellos. Necesitaba más.

—¡Chúpame! —le exigí.

Sus labios se cerraron alrededor de uno de mis pezones y obedeciendo a mis deseos, succionó, lamió y chupó con fuerza. La sensación fue muy intensa porque tenía los pezones especialmente sensibles, me escocían. Pero mi cuerpo no lograba liberarse del todo de aquella tensión que sentía en las entrañas. Gruñí aumentando el ritmo. Me agitaba frenética sobre George. Él resoplaba exhausto. Mis ansias me hacían gimotear sin cesar.

—Grace, más despacio, cariño… —gimió.

George obtuvo un sollozo por respuesta. Casi lo estaba logrando. No iba a parar ahora. Pensé en los esfuerzos de Andrew al amarnos, en su cuerpo bañado en sudor después de complacerme varias veces.

Rememoré su cabeza rizada entre mis muslos y cerré con fuerza los ojos decidida a terminar con mi agonía por mí misma.

Con una mano me sujeté sobre el cuerpo de George, la otra la metí entre mis muslos empapados. Mis dedos buscaron ese lugar que Andrew sabía encontrar y conocía tan bien, al que acudía para complacerme tan solo con sus dedos, su lengua o su boca, ávido de mis gemidos. Me toqué, presioné con fuerza, froté deprisa con tanta añoranza que casi me hice daño.

El placer ascendió de nuevo, brotó de lo más hondo de mi ser y de mis recuerdos, y por fin comencé a palpitar mientras mis muslos golpeaban implacables contra las caderas temblorosas de George. Continué agitándome, mientras él se dejaba ir lloriqueando en quejidos quedos, sin hacer demasiado ruido, como acostumbraba. A mis oídos llegó el recuerdo de los potentes jadeos de Andrew cuando llegábamos juntos, de sus salvajes gemidos de placer, de la forma en que gritaba mi nombre al derramarse, y de su cuerpo vibrando arrebatado mientras yo me balanceaba temblorosa y desecha de placer, hasta caer exhausta sobre su pecho sudoroso.

Emití un hondo suspiro al terminar e inmediatamente me retiré de encima de George sin miramientos, para tenderme desnuda sobre la cama, resoplando.

Pero aquello solo logró darme un urgente y breve alivio, y no se parecía en nada a lo que Andrew y yo habíamos compartido, y mi desesperación regresó.

George jadeaba a mi lado, intentando recuperar el resuello. Busqué el camisón entre las sábanas, me lo puse y tumbándome de nuevo cerré los ojos. Necesitaba dormir, alejarme, soñar.

Fue entonces cuando escuché a George.

—Grace, no sé qué te ocurre, pero sé que hay algo que te inquieta.

—No es nada, solo me cuesta adaptarme —dije en la oscuridad—. El verano londinense no ayuda. Es bochornoso y hace que me sienta como… enferma.

—No me refiero a eso. Es que… —se sentó en la cama aún sofocado. Su tono de voz me recordó a cuando se sentía incómodo por algo—. Hace un momento he sentido que en realidad no estabas aquí

conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que estabas haciendo el amor tu sola —dijo levantándose de la cama.

En la penumbra distinguí su silueta desnuda. Tomó su batín y se lo puso. Sus pasos se dirigían hacia la puerta del dormitorio.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—Me temo que me he desvelado, querida. Duerme.

Continué despertándome por las noches, buscando a aquel que se colaba en mis sueños y me hacía jadear mojada y llorosa por el recuerdo de sus caricias.

George se pasaba los días investigando en la Biblioteca Nacional y en diversos archivos históricos para un nuevo proyecto que a él le entusiasmaba tanto como me aburría a mí, y había contratado una mujer, la señora Doyle, para que hiciese las tareas del hogar como al principio de nuestro matrimonio, cuando los huevos pasados por agua del desayuno los hacía duros sin remedio.

Mi tío, soltero empedernido, preocupado solo de sus libros e investigaciones, y completamente ajeno a las mujeres y, por lo tanto, a las labores del hogar, tenía siempre una señora que las hacía por él y que también las hizo por mí.

Nada más llegar a la casa nueva de Londres había intentado acomodarme a mi nueva realidad preparando una cena especial que acabó en la basura y eso fue lo que había disuadido a George de que no me ocupase de la cocina.

Me pasaba los días arreglando el jardín, que estaba muy abandonado e intentando que la casa no se me viniese encima. Acostumbrada a trabajar, el día se me hacía eterno a pesar de que George se encargaba de planearme las jornadas, dándome sus escritos académicos para pasarlos a máquina.

No tuve noticias de Andrew en todas aquellas semanas y llegué a pensar que jamás las recibiría hasta que llegó una carta de Hamish. Fue la señora Doyle quien me la entregó una mañana, tras regresar de un paseo.

La carta de Hamish con la dirección de la granja Grant temblaba en mis manos. Yo le había escrito un par de semanas atrás, atreviéndome por fin a darle mi dirección y a preguntar por Andrew.

En cuanto la señora Doyle me la entregó, me encerré en mi habitación para leerla a solas y sin interrupciones de aquella mujer enjuta y exasperante, de ascendencia irlandesa, que me preguntaba por todo y de todo antes de hacer nada en la casa.

Nada más entrar en mi dormitorio me quité la chaqueta y me senté en la cama para disponerme a leer lo que Hamish me había escrito. Las primeras líneas preguntaban por cómo me encontraba y poco después, el montañés me hablaba de su visita a Andrew en Edimburgo.

Reparé en que Hamish tenía una caligrafía excelente y un cuidado lenguaje, y pensé que no había llegado a conocer lo suficiente a aquel hombre lleno de secretos.

La carta comenzaba relatándome el tiempo que hacía en Escocia y solo aquel dato me hizo sentir una aguda y dolorosa nostalgia. Lo que siguió no mejoró mi estado de ánimo:

> Siento decirte, querida Grace, que mi visita fue un desastre de principio a fin. Fui con la intención de hacerle recapacitar, de propiciar un encuentro entre vosotros dos, pero sabes cómo es Andrew, un maldito cabezota, tanto como lo soy yo.
>
> Está viviendo en una pensión de mala muerte, en los muelles. Su casera me recibió con cara de pocos amigos.
>
> Encontré a Andrew muy desmejorado, no te voy a mentir. Solo trabaja y trabaja. Dice que quiere ahorrar dinero para poder viajar. Quiere ver mundo, irse lejos.
>
> No te he dicho que está empleado en el puerto de Leith, un lugar sucio, lleno de pobreza y antros de mala muerte. Trabaja en la carga y descarga y acaba agotado tras las duras jornadas. Sé que no le gusta lo que hace, que no es una labor para él. Andrew tiene un don y lo está desperdiciando.
>
> Le dije que me había decepcionado, que él podía hacer algo mejor que andar entre marineros borrachos y burdeles, que huir nunca soluciona nada y ahora lo lamento. Se enfadó y discutimos. Le dije que solo se ama así, como vosotros os amáis, una vez en la vida, y que dejar pasar ese amor es lo peor que un hombre puede hacer, que debía buscarte. Me contestó mal, creo que había pasado por la taberna al salir del trabajo.
>
> Los dos tenemos el mismo carácter fuerte de no dar el brazo a torcer y

esa es nuestra perdición, muchacha. Tú hacías que él fuese más paciente, que esa gentileza que heredó de su madre aflorase. Pero ahora solo le queda lo malo de mí. Te has llevado contigo su ternura.

Allí fue cuando tuve que dejar de leer porque tenía los ojos nublados por las lágrimas.

Le di algún consejo más y él acabó por decirme que quién era yo para darle lecciones. Estábamos acalorados, furiosos el uno con el otro. Le acusé de ser un cobarde como yo y me preguntó por qué decía eso. Al final se lo conté todo, toda la historia de su madre y mía y cómo murió y por qué. Eché mi última carta y perdí. Le dije que yo era su padre para ver si así reaccionaba.

Ahora no quiere saber nada más de mí, dice que me odia. Se siente traicionado, piensa que ha vivido toda su vida engañado, que su vida es una mentira.

No debí hacerlo. Una vez más, solo fui un egoísta y por descargar mi conciencia le hice mal a quien más quiero. Ahora que sabe toda la verdad, creo que solo tú puedes traerlo de vuelta a casa.

No quiero causarte desazón, muchacha, pero no tengo a nadie más a quien recurrir. A mí no quiere volver a verme. Solo te escuchará a ti.

Sé que no tengo ningún derecho y que no puedo ni debo pedirte que dejes a tu marido y te arriesgues a una vida de habladurías, pero tal vez podrías escribirle y hacerle recapacitar.

Me equivoqué. Su hogar está en las montañas, en los lagos y en la lluvia.

No espero que me perdone, sé que no lo merezco, pero quiero que sea feliz y he visto sus ojos y sé que ahora no lo es.

Hamish añadía la dirección de Andrew en Edimburgo y se despedía con un escueto: «Ojalá volvamos a vernos, muchacha».

Al terminar de leer la misiva, no podía dejar de llorar. Me sentía culpable de la desdicha de Andrew, y me daba cuenta de que le echaba tanto de menos que podía ser que aquel malestar que sentía sobre mí como una nube de desdicha, que me hacía sentir enferma, cansada y triste, fuese consecuencia de la nostalgia.

Tras aquella carta me debatía más que nunca en la duda, entre las ganas de escapar a los brazos de Andrew y el miedo a su rechazo. Entre la desesperada necesidad de estar con él y la responsabilidad a la que me obligaba el compromiso que un día contraje con George.

Aquel malestar se convirtió en la excusa perfecta. Me ayudaba a que George no volviese a intentar un acercamiento.

No habíamos vuelto a tener relaciones desde aquella extraña noche y yo no lo deseaba en absoluto. Él tenía razón, no le había hecho el amor a él y no había sido ni tan siquiera amor, solo una necesidad imperiosa de la carne que me había dejado un gran sentimiento de culpa.

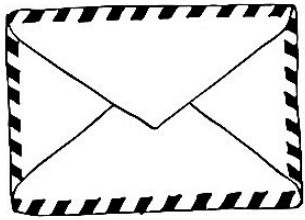
Nuestros inicios habían sido muy diferentes. Antes de estar prometidos tuve que mostrarme reticente para guardar las apariencias, pero una vez comprometidos formalmente, hacíamos el amor casi cada noche. Por aquel entonces él pensaba que yo era una mujer muy fogosa. Y estaba en lo cierto. Muchas veces solía ser yo la que iniciaba los acercamientos íntimos y me exasperaba que él no me buscase.

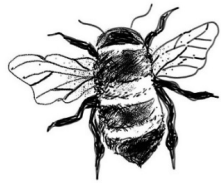
Pero ya no era así y no porque yo hubiese cambiado. Físicamente, George me seguía pareciendo un hombre atractivo. Conservaba su antigua forma física gracias a ser de naturaleza delgada. No había perdido pelo como otros compañeros de promoción y mantenía aquel estilo clásico de inglés de buena familia que ya no me cautivaba. Pero había algo que realmente nos separaba. Una especie de velo de insinceridad y fingimiento que ambos nos obligábamos a escenificar para conservar las buenas maneras. Yo llevaba encima una coraza para no mostrar lo que realmente sentía, para no desmoronarme.

Una noche, ya en la casa alquilada en Ealing, regresó de una cena con unos colegas de la universidad oliendo a alcohol y comenzó un torpe acercamiento. Alegando que tenía calor se quitó la camisa del pijama. Después, al acostarse, sus manos rozaron mi cintura y yo me sobresalté. Mi cuerpo se tensó, pero farfullé haciéndome la dormida, girándome para ponerme de espaldas. Él notó mi rechazo y no insistió. De hecho, no volvió a intentarlo en adelante.

Me di cuenta de que nos iba a ser imposible retomar nuestro matrimonio en el punto en el que lo dejamos. El tiempo y la distancia había convertido nuestra relación en un mero recuerdo del pasado. No era culpa de George y quise creer que tampoco mía. La única realidad era que se había abierto una brecha insalvable entre los dos, un

abismo en el que no lográbamos volver a conectar anímicamente y que hizo que físicamente fuese totalmente imposible. Mi mente estaba a cientos de millas de allí. Se había quedado en aquellas montañas de niebla y brezo, en aquella voz y aquella sonrisa.





CAPÍTULO XXIV

El zumbido de las abejas

Vivíamos en Ealing, una zona tranquila de clase media del noroeste de Londres, no demasiado castigada por las bombas durante el Blitz, en una calle típica de casas adosadas victorianas de un par de plantas, con pequeños jardines traseros, al oeste de Charing Cross.

Según George, el barrio, antes ayuntamiento independiente y ahora suscrito al gran Londres, era una de las zonas más antiguas de la ciudad, con vestigios de 7000 años de antigüedad. Y yo solo podía pensar que, tal vez por eso, aquel lugar era tan sumamente aburrido.

Era final de agosto y acababa de levantarme. Nada más dar unos cuantos pasos en dirección a la cocina, sentí el mareo y una especie de asco en el estómago.

«El mismo de ayer», pensé.

Había estado indispuesta recientemente por lo que achaqué a una gripe estomacal y aún me encontraba con el estómago raro. Todo me daba asco desde entonces. La casa olía a comida, a algo grasiento. Necesitaba aire y abrí la puerta de la cocina que daba al jardín trasero. Eso me espabilaría y ahuyentaría aquel olor tan desagradable.

Salí al aire de la mañana, pero no era lo bastante fresco. Estaba siendo un atípico verano en Londres, muy bochornoso, y las flores que había plantado se estaban marchitando por la falta de lluvias.

Me metí de nuevo en casa a darme un baño para refrescarme. Añoraba el frescor de las Tierras Altas. Me senté al borde de la bañera, en camisón, observando como el agua caía e iba llenándola. El sonido del agua me recordó a Escocia y a Andrew. Hacía casi tres meses de nuestra separación, pero él seguía allí, en mí, poseyendo mis pensamientos.

Cerré en grifo, me quité la ropa y me sumergí en el agua tibia suspirando aliviada. La casa estaba en silencio. Era domingo y George aún dormía. Salí de la bañera más relajada, sin rastro del mareo. Iba a envolverme en la toalla cuando vi mi propio reflejo en el espejo del lavabo. Mis pechos, de pronto, me parecían más redondeados. Los toqué, los sopesé con mis manos y sentí una molestia, como cuando estaba a punto de tener el periodo.

«Tal vez me venga por fin», me dije.

Había perdido la cuenta de nuevo y estaba segura de que era por los cambios tan repentinos que habían acontecido en mi vida. Me habían trastornado todo, hasta a mi, ya de por sí, desequilibrado y molesto periodo.

La ventana del baño estaba abierta y llegaban los sonidos del jardín y la calle, de los pájaros piando y algo más que no lograba reconocer. Agucé el oído, todavía sujetando mis pechos. El ruido se acercó. Era una especie de zumbido familiar, como el de abejas volando.

—¡Es el zumbido de las abejas! —susurré y automáticamente recordé las palabras de Hazel aquel día: «Son las guardianas de la fertilidad. Y si las escuchas es porque vas a ser bendecida por ellas. Anuncian la preñez».

En ese mismo instante solté mis pechos y tuve el tiempo justo de levantar la tapa del inodoro para vomitar.

Aún de rodillas sobre la tapa del retrete me acaricié el vientre temblando a la vez de miedo y esperanza.

Dos días después, un ginecólogo del centro de Londres me confirmó lo que yo ya sabía: estaba embarazada. Mis cálculos me decían que de entre unos dos meses y medio, casi tres, si era de Andrew o de poco más de uno y medio si era de George.

Salí de la consulta ginecológica aturdida por la noticia. El doctor, un tipo serio y no muy amable, me había examinado sin mucha delicadeza, pero no fue esa circunstancia la que hizo que mis piernas pareciesen de gelatina. La felicidad mezclada con el temor y la ilusión hacían que no pudiese dejar de temblar ni de sonreír.

La sonrisa aún no se había borrado de mi cara en el metro, rumbo a Ealing. De pronto me di cuenta de lo que supondría la noticia para George. Se volvería loco de alegría y aquello haría que mis esperanzas de regresar a Escocia y a Andrew, cada vez más lejanas, se perdiesen irremediablemente.

«No puede saberlo, George no debe saberlo, no aún», pensé.

Porque en mi fuero interno estaba segura, sabía que aquella vida que crecía en mi interior era fruto de mi amor por Andrew y que

Hazel tenía razón y que yo era una de esas mujeres que necesitan de una unión total para engendrar.

¿Pero cómo podía probarlo?

Las noches posteriores las pasé sin poder conciliar el sueño. Me daba cuenta de que era cuestión de semanas que comenzase a notarse claramente mi estado. La cintura ya había comenzado a perder su forma y sobre todo por las noches, cuando me sentía más hinchada, asoma una barriguita incipiente al mirarme en el espejo. Había tenido los pezones y los senos hipersensibles durante varias semanas, pero ahora se me estaba pasando aquella molesta sensación. El dolor estaba remitiendo, lo que era una señal clara de que el primer trimestre de embarazo estaba llegando a su fin. El dato irrefutable era que mis sujetadores empezaban a quedarme apretados.

«De dos meses, seguro. Puede que terminando el tercero», pensé angustiada porque probablemente no podría saber quién era el padre de mi hijo o hija hasta verlo en mis brazos.

No podía demorarlo más. George iba a darse cuenta, si no lo había hecho ya, de mis náuseas y cambios físicos. Pero me preocupaba más aún que Andrew no supiese nada porque estaba segura de que él era el padre de la criatura. Lo sentía en mis entrañas. Y estaba convencida de que la noche que había tenido aquel encuentro íntimo con George, hacía más de un mes, porque aquello no podía llamarse hacer el amor, el escozor de mis pezones ya me anunció que estaban cambiando, que mi cuerpo entero lo hacía.

El momento de hablar con George llegaría en breve, pero sobre todo debía hablar primero con Andrew, al que no me había atrevido a enviar una carta que había comenzado a escribir una y otra vez, sin poder terminarla porque sabía que todo lo que sentía no bastaba con unas letras.

Al llegar a casa, George me esperaba en el salón, exultante, con la noticia de su contrato editorial para una serie de libros aburridísimos sobre el feudalismo en Gran Bretaña, de los que me había hablado semanas atrás.

—Horace Watson, mi editor, nos ha invitado a cenar en su casa

para celebrarlo. Su esposa Vivian es encantadora, ya lo verás. Por cierto, ¿qué hay de aquellas amigas con las que me contabas que salías a bailar?

—Murieron en la guerra.

—Oh, vaya… —carraspeó—. Deberías hacerte amiga de Vivian, querida.

No encontré ninguna excusa adecuada para evitar aquel compromiso, estaba demasiado abrumada por los acontecimientos y a eso de las siete y media de la tarde ya estábamos en Bloomsbury, en una de sus blancas casas georgianas.

Horace Watson era un hombre con gafas de pasta y pelo rubio peinado con fijador que a primera vista me pareció de gustos extravagantes debido a su colorida pajarita de lunares rojos y fondo morado. Su habla engolada no ayudó a que cambiase de parecer.

La cena fue un moderno buffet frío, ya que la señora de la casa era norteamericana.

La dicharachera Vivian, McGregor de soltera, que según ella descendía de una antigua familia de colones escoceses de Carolina del Norte, se interesó enseguida por mi estancia en Inverness en cuanto George comentó mi, según él, locura transitoria y altruista como enfermera.

—¡Qué pintoresco todo! —exclamó Vivian Watson mientras fumaba uno de sus caros cigarrillos de tabaco rubio americano.

—Grace tiene ese tipo de peculiaridades deliciosas. ¿Verdad, querida?

—No es una peculiaridad deliciosa, George. Es mi don.

—¿Tu don? —preguntó George extrañado.

—Sí, alguien me dijo una vez que todos tenemos uno. Siempre deseé ser enfermera. No fue ninguna decisión alocada. Supongo que me viene de mi padre, que fue médico —expliqué para todos los presentes—. Tuve la oportunidad de ejercer durante la guerra y después se me brindó ese puesto en las Tierras Altas. Me gusta mi trabajo y considero que soy buena en él.

—Me parece usted una aventurera, querida. Y brindo por eso —dijo Vivian chocando su copa llena de un moderno coctel del cual no

recuerdo el nombre

—¿Pero no es cierto que esa zona del país aún está bastante atrasada debido a su aislamiento histórico? —preguntó el señor Watson.

—No se aislaron solos, señor Watson. Creo que los ingleses tuvimos algo que ver. Y depende a qué llame usted atraso. Las naciones supuestamente más desarrolladas de la tierra y nuestro progreso hemos sido capaces de perpetrar dos monstruosas guerras mundiales en menos de veinticinco años.

—Por desgracia es cierto. Veo que defiende la vida bucólica —asintió Horace Watson.

—Hasta a mí me sorprende —rio George.

—¿Oxford no es lo suficientemente bucólico? —preguntó Vivian.

—No, aparenta serlo nada más —dije.

—Pero ahora no vivís precisamente en el centro de la ciudad, George.

—Ealing es un barrio tranquilo y agradable con calidad de vida. Tiene parques, muchas iglesias y está bien comunicado, a media hora escasa del centro en metro. Además, el aeropuerto de Heathrow no está lejos. No es una zona muy cosmopolita, pero casi mejor, no soporto esos aromas a cocina exótica de otros barrios más céntricos. Hay muchos irlandeses, pero es un mal menor —rio George junto con los Watson—. Incluso he pensado en comprar la casa con tu adelanto editorial. Como segunda residencia en Londres. Se está reconstruyendo la ciudad y es una buena inversión comprar bienes inmuebles.

—¿Y cuándo ibas a comentármelo? —pregunté con una sonrisa fingida, intentando no sonar molesta.

—No encontré el momento, querida. El tema de la docencia me gusta, pero no te hace rico, como bien dice Horace. Mira tu tío, era una eminencia, pero no te dejó nada. Y mi familia proviene de terratenientes de la campiña, pero aparte de tierras arrendadas con ovejas y una vetusta villa donde vive mi hermana, no tienen mucho más. No tengo el poder adquisitivo tuyo, Horace, pero creo que poseo cierta ambición y pretendo hacerme con un capital y ahora es el momento.

—Los precios están bajos y se puede comprar para en unos años vender por mucho más. Londres tiene un gran futuro —apuntó Horace Watson.

—Ya lo creo. Todos mis compatriotas arden en deseos de conocer la vieja Europa y ahora, viajar es más barato que nunca —añadió Vivian Watson.

—Todo se andará, querido George —dijo Horace Watson dándole una palmada en la espalda—. Pretendo hacer de ti un superventas. Te presentaré como un héroe de guerra. Tu historia de espía atrapado por los nazis en la Francia ocupada es estupenda.

—Fue en la frontera belga y holandesa —puntualicé.

—Oh, cambiaremos nombres y alguna cosa más para que el MI6 no se enfade y ya está —bromeó George.

—Pensé que ibas a escribir unos libros sobre feudalismo —dije extrañada.

—Oh, sí, pero Horace me ha animado a escribir primero una historia contando mi experiencia en la guerra.

—Me parece una gran idea —dijo Vivian—. Todo ese peligro constante, las bombas… En Estados Unidos se venderá de maravilla. Hasta podría acabar siendo una película de Hollywood.

—La verdad es que no llegué a pegar un solo tiro —dijo George sonriendo muy ufano y en aquel momento sentí que le despreciaba profundamente.

—Vivian tiene razón. El libro funcionará muy bien, ya lo verás. Y lo de Hollywood no lo descartes. Haremos una gira —dijo Horace antes de dirigirse a mí—. Querida Grace, le robo a su marido un rato. Voy a fumar mi pipa como tengo por costumbre después de cenar y a mi esposa no le agrada en absoluto el aroma, así que me llevo a George a la parte trasera de la casa, al jardín.

—Así no aburriremos a las damas hablando de negocios —dijo George.

—¡Qué bien, los discos de jazz y todo el whisky para nosotras! —dijo Vivian dando un beso en la boca a su marido.

George tan solo me hizo un gesto con la cabeza, ya que, como buen inglés, nunca había sido capaz de dar muestras muy visibles de afecto

en público. Y me di cuenta de que, lo que en otro tiempo me hubiese parecido una exhibición gratuita, ahora me provocaba cierta envidia.

Me senté con Vivian en su sofá de terciopelo de un rabioso color magenta. La casa estaba decorada a la última, muy alejada del gusto inglés por las flores en el papel de las paredes y los sofás Chester.

—Horace me ha contado la historia de su marido en la guerra. ¡Es fascinante! —dijo aquella mujer rubia platino con los labios pintados de rojo, que parecía una artista de cine.

—Bueno, no tanto, vista desde mi perspectiva.

—¡Oh, claro! Lo comprendo. Debió ser terrible para usted, Grace.

—Le dieron por muerto. Oficialmente desaparecido en combate y todo el mundo me dijo que lo mejor era no albergar esperanzas, seguir adelante y al final les hice caso y… La verdad es que no está siendo fácil adaptarme de nuevo a la vida matrimonial —me sinceré.

—Sí, el matrimonio tiene sus mieles, pero también sus momentos amargos. Nosotros viajamos mucho y disfrutamos de la vida para no caer en la rutina. Soy de la opinión de que el matrimonio hay que endulzarlo de alguna forma cuando ya se llevan unos años de convivencia porque de lo contrario se llega al aburrimiento y de ahí al divorcio solo hay un paso —suspiró Vivian.

—¿Es usted partidaria del divorcio? —pregunté esperanzada de poder compartir mis sentimientos por fin con alguien.

—¡Oh, no, por supuesto que no! —respondió.

—Vaya, me siento decepcionada. Pensé que era usted una mujer de mundo, Vivian.

—Y lo soy, pero al divorcio siempre le acompaña cierto nivel de… escándalo. En la gente corriente no lo veo mal, pero es algo socialmente inaceptable que a las mujeres nos hace perder nuestro estatus social.

—Pero a veces el amor se termina. ¿No existe el derecho a otra oportunidad, a ser feliz?

—¿Y quién ha hablado de amor y de felicidad, querida? Los matrimonios no se crearon para eso —rio—. Le contaré un secreto, Grace. Horace y yo tenemos una máxima: cuando comenzamos a notar que nos falta algo en nuestra relación, la… animamos un poco.

—¿La animan? —pregunté sin entender.

—Comenzamos durante la guerra. Él tuvo sus escarceos consentidos y yo los míos. Los dos lo sabíamos. Hicimos un pacto. La fidelidad está sobrevalorada. Requiere mucho esfuerzo y renuncia, y lamentablemente para mí yo no soy una mujer así. No me gusta esforzarme sin necesidad. O tal vez nunca he llegado a sentir esa especie de locura que se le supone al hecho de estar enamorada incondicionalmente de alguien. Soy una mujer práctica y superficial. ¿Y usted, Grace?

—¿Si soy práctica? —sonreí con ironía—. No, no lo soy en absoluto.

—Así que es una mujer que se guía por sus valores. Admiro eso. En su caso, lo de la franqueza no hace falta decirlo, querida. Su rostro expresa cada sentimiento que pasa por su cabeza. Me he dado cuenta de que le ha incomodado enterarse de los planes de su marido delante de extraños. No la culpo. Los hombres suelen ser excesivamente paternalistas.

—Sí, es algo que al principio me gustaba en George y que ahora me exaspera. Lo reconozco.

—También sé de su papel en la guerra. Usted también se merece un libro, querida. Puede que más que su marido. Podría ser la nueva Florence Nightingale.

—No, solo soy una mujer normal. No una heroína. Hubo un montón de mujeres como yo o mejores en la guerra. Soy capaz de pecar, como todos los seres humanos —dije.

—Pues debería probar lo de tener una aventura. Al fin y al cabo, todos los hombres las tienen, lo confiesen o no. ¿O usted cree que su marido, con ese porte tan británico, no ha hecho suspirar a las francesas y no ha sucumbido alguna vez a los encantos de otra mujer? ¿Le conoce de verdad? —dijo Vivian guiñándome un ojo tras apurar de un trago su coctel.

—No lo creo. George no es así —dije, pero a mi mente llegó el recuerdo de sus numerosos escarceos durante su tiempo de estudiante de Oxford y de los comentarios de un antiguo amigo suyo cuando George anunció que estábamos juntos. De cómo él me felicitó por ser

la mujer que le haría sentar la cabeza.

—¿Y usted? No me diga que nunca albergó, digamos… ciertos deseos ilícitos hacia algún apuesto soldado al que curó. Las mujeres tenemos deseos igual que los hombres y la guerra nos ha cambiado a todos, querida Grace —dijo Vivian devolviéndome al presente, dándome una palmada en el hombro.

Me quedé pensativa mientras Vivian ponía uno de sus discos de jazz, aceptando que podía ser cierto, que tal vez él había cambiado, porque yo misma lo había hecho.

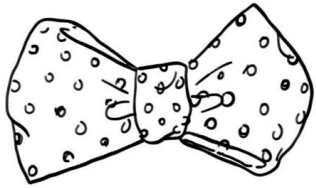
—Y ahora, querida, hábleme de esa maravillosa tierra escocesa —dijo sirviéndose un whisky con hielo y sifón que hubiese hecho maldecir por el agravio a Hamish Grant y a todos sus ancestros.

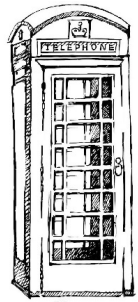
Vivian Watson se disponía a hacer lo propio preparando el mismo brebaje para mí, pero lo evité a tiempo.

—¡El mío solo, por favor, Vivian! Y mejor del de la botella de al lado. Ese whisky que acaba de servirse es irlandés. ¿Qué quiere que le cuente? —suspiré.

Vivian me miró asombrada antes de tenderme el whisky y sentarse a mi lado.

—A ver, ahora que estamos solas, cuénteme… ¿Es cierto que esos rudos hombres escoceses de las Tierras Altas no llevan nada debajo de su kilt? —preguntó bajando la voz con una sonrisa.





CAPÍTULO XXV

El tiempo perdido

Llegué a casa molesta con George, con los Watson y conmigo misma.

Nos desvestimos en silencio en el dormitorio, compartiendo el cuarto de baño, sin rozarnos ni mirarnos. No me acosté inmediatamente, bajé a la cocina y me serví un vaso de leche caliente con la esperanza de que, esta vez, sí, me indujese a un sueño reparador alejado de las angustiosas imágenes de la guerra que habían regresado.

A pesar de haber comido del buffet frío de los Watson, me encontraba extrañamente hambrienta y me puse a comer galletas directamente de la caja. George entró a la cocina en pijama y se sentó a la mesa, frente a mí. Yo ni siquiera levanté la mirada. A esas alturas de la noche no soportaba su tranquilidad, el insoportable dominio de sí mismo, de sus emociones, que me recordaba mi inutilidad intentando esconderlas.

—Espero que no hables de mí en tu libro —dije para molestarlo.

—No, no lo haría sin tu consentimiento, querida —sonreí con sarcasmo mientras mojaba la enésima galleta en leche caliente—. Sé que te ha molestado que no te lo dijese, cariño, pero no fue mi intención. No encontré el momento, eso fue todo.

—Estoy aquí todo el día sin hacer nada y ¿no encontraste el momento, George?

—No es fácil hablar contigo, Grace.

—¡Oh, claro! La culpa es mía. Me encanta como siempre te despojas de la responsabilidad. Nunca es tuya, siempre es de los demás, ¿verdad? Tú lo decides todo, pero luego la culpa es de otros.

—¿Qué es lo que te molesta tanto? ¿Puedes decírmelo, por favor? —preguntó manteniendo la calma.

—¡Nunca me preguntas, joder! Lo decides todo por mí. Yo no cuento. ¡Maldita sea! —grité sabiendo que odiaba que dijese groserías. Me exasperaba que él no perdiese la calma. Quería hacerle enfadar, discutir. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

—No es cierto, Grace —suspiró—. Y por el amor de Dios, deja de

comer galletas con tanta ansia.

—Decidiste ir a la guerra, decidiste hacerme regresar a Londres. ¡Decides, decides! —dije con la boca llena.

—¿Y no puedes dejar de recordarme mi error? Porque esta distancia que hay entre nosotros antes no existía, pero ¿no puedes perdonarme y empezar de nuevo? —sentía su exasperación por fin.

—No, no puedo, George. Lo he intentado, pero no puedo. Porque no me dejaste decir nada. No tuve opción porque nunca fue por mí, para mi bien. No lo hiciste entonces y no lo haces ahora.

—Eres injusta conmigo. Lo haré, a partir de ahora lo haré, Grace. Te lo prometo

—¿Como lo de comprar esta casa? ¿Ibas a decirme algo antes de hacerlo? Mucha gente se ha quedado sin hogar, hay zonas de Londres aún destrozadas, ¿y tú te vas a dedicar a especular? Eso es oportunismo, aunque a tus nuevos amigos norteamericanos les parezca genial.

—Bueno, querida, porque yo no lo haga, no van a dejarlo de hacer otros y quiero darte lo mejor.

—Me vuelves a poner como excusa, George. Yo no quiero eso que tú llamas "lo mejor". No me casé contigo por eso.

George resopló.

—Lo sé, lo sé, Grace. Pero ¿qué hay de malo en querer mejorar en la vida? Es de tontos no hacerlo.

—Has cambiado George —dije cerrando la caja de galletas y levantándome de la mesa.

—Tú también, querida —dijo él sosteniéndome la mirada—. Creo que esta noche dormiré en el sofá si no te importa.

—No, no me importa —dije dándole la espalda de camino al dormitorio.

En ese momento me sobrevino una náusea y tuve que darme la vuelta para empujar a George, que ya salía de la cocina, y entrar a toda velocidad para llegar a tiempo de vomitar en el fregadero.

Mientras salían violentamente de mi cuerpo todas las galletas, junto con el vaso de leche, el coctel, el whisky y aquella espantosa cena fría de los Watson, pude escuchar el murmullo de disgusto de George.

Al terminar me quedé exhausta pero extrañamente a gusto. Temblorosa y bañada en sudor, me apoyé en la pila de mármol de espaldas al desastre que acababa de organizar. Desde la puerta, George me contemplaba incómodo, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Estás bien, Grace? —preguntó alarmado y con cara de disgusto.

—No te preocupes, lo limpio todo ahora —dije suspirando aliviada.

—Tal vez debería verte un médico. Estuviste enferma no hace mucho.

—No, no es nada, solo es indigestión. Estoy perfectamente —dije y sin pensarlo, por instinto, me acaricié el vientre en ese momento.

George se me quedó mirando el vientre, los pechos y sus ojos se abrieron asombrados.

—¡Grace…! ¿Estás…? —exclamó con el rostro lleno de alegría.

Me di cuenta de que ya era inútil negarlo, que él acababa de darse cuenta de mi estado. Le miré a la cara y vi sus ojos llenos de lágrimas de emoción, y no tuve valor para decirle lo que no podía probar aunque quisiera.

—George, yo…

No pude continuar. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, aunque no por las mismas razones que las de él.

—¡Oh, mi amor! Te abrazaría si no tuvieses la ropa salpicada de vómito —rio entre lágrimas sin dejar de mirarme embelesado.

—Sí, estoy hecha un desastre. Necesito darme un baño —hipé.

—Ya te lo preparo yo, cariño. No te preocupes —dijo saliendo de la cocina con una inmensa sonrisa en su rostro.

La noticia hizo que durante unos días George se mostrase como el marido más solícito y amoroso, y que el sentimiento de culpa que albergaba yo por no poder amarlo como suponía que se merecía, me hiciese sentirme la peor persona del mundo.

No me cabía duda de que si le daba la oportunidad sería un buen padre. George lo deseaba muchísimo, estaba segura, pero no podía dejar de pensar en Andrew y cómo reaccionaría si llegaba a saberlo.

Tenía pendiente aquella carta para Andrew, la tenía escrita en mi mente, pero a veces es el destino el que toma sus propios camino y las

decisiones por nosotros.

Aquella mañana, George había salido pronto de casa por sus asuntos editoriales y yo había comenzado a recoger cosas en cajas para iniciar nuestra mudanza a Oxford. Lo estuve demorando porque no me apetecía nada aquel nuevo cambio en mi vida. Había salido de aquella ciudad universitaria con veintiún años y regresaría con veintiocho. Era como dar marcha atrás en mi propia existencia. En mis últimas pesadillas me veía anclada al suelo, sin poder despegar mis pies de él, vestida con el uniforme de enfermera militar, viendo como los obuses caían a mi alrededor sin que yo pudiese escapar para ponerme a salvo. Sin poder escribir una maldita carta y echarla al correo.

Que la señora Doyle fuese tan perfeccionista con la limpieza y el orden, y me consultase absolutamente todo fue providencial.

George había dejado un montón de libros listos para empacar y la eficiente señora Doyle, había traído un montón de cajas de cartón para ir guardándolo todo.

En el secreter del salón, donde estaba su máquina de escribir, sus libros de consulta imprescindibles y varios abrecartas de su colección, también había un montón de papeles y manuscritos por guardar.

Avisé a la señora Doyle de la existencia de esos manuscritos y de que debía guardarlos junto con los libros. Cuando regresé de hacer unas compras vino rauda a preguntarme todas sus dudas matutinas que yo le respondí con toda la paciencia de la que fui capaz. Después, la señora Doyle se puso a preparar la comida y yo la sustituí en la tarea de recoger las cosas de George.

—Señora Radcliffe, he dejado el secreter libre de papeles, como me pidió, pero quedan muchos en los cajones y desconozco cuáles valen y cuáles son para tirar, porque el señor Radcliffe lo guarda absolutamente todo, valga o no —dijo Martha Doyle mientras se ataba el delantal.

—Yo me ocupo. Gracias, señora Doyle —dije sonriendo ante su apreciación.

Era cierto, George tenía la espantosa costumbre de guardarlo todo por si acaso.

Me acerqué al secreter. Sobre él, en un marco de plata, descansaba la fotografía del día de nuestra boda. En ese instante de mi vida sabía lo que hacía unirse a dos personas, pero aún no había descubierto lo que se necesitaba para que dos personas quisieran permanecer juntas.

Aquel 12 de marzo de 1938, yo vestía un traje de chaqueta azul y las perlas de mi madre; George, un bonito traje oscuro de tres piezas con sombrero y Hitler estaba invadiendo Austria. Sentí una especie de nostalgia al ver mi mirada hacia él, con su por entonces moderno bigote, una mirada congelada en el tiempo de absoluta admiración. Nos la había sacado un amigo de Oxford a la salida de la oficina del registro civil, donde había hecho de testigo. Mi pertenecía a la Iglesia católica, hacía que casarme por lo civil con George, un anglicano, fuese lo más rápido y cómodo, pero que se viese como algo extravagante para su tradicional familia, que no acudió.

Recordé lo feliz que me había sentido aquel día, a pesar de que ya no tenía familia, de cómo imaginé que mi familia era George y que nunca nos separaríamos. No podíamos saber que la guerra lo cambiaría todo.

Una dolorosa punzada de nostalgia me oprimió el pecho y me obligué a dejar de pensar en el pasado. Me puse a revisar los cajones repletos de carpetas, papeles y apuntes a mano. Fui sacando y mirando todo con sumo cuidado.

Cuando llegué al último cajón, este estaba cerrado con llave y acudí a la cocina a preguntar a la única persona de la casa que controlaba donde estaba cada cosa.

—Señora Doyle, ¿sabe usted dónde guarda la llave del secreter mi marido? —dije

—Sí, la tiene metida en el plumier.

—Gracias, señora Doyle. Eso que está cocinando huele de maravilla —dije aspirando el aroma a cordero asado que salía del horno.

Regresé al salón. Efectivamente, la llave estaba donde me había apuntado la señora Doyle. Abrí el cajón cerrado del secreter y descubrí un montón de carpetas con el sello del Ministerio de Defensa. La curiosidad me pudo y comencé a revisar aquellos documentos. La mayor parte de ellos no me decían nada, tan solo eran aburridos

resúmenes de órdenes con fechas y números. Como no sabía si aún valían para algo, recopilé todas las carpetas y las coloqué en una pila sobre el secreter, pero una de ellas se me escurrió cayendo al suelo. La carpeta de cartón se abrió y los folios se desparramaron a mi alrededor. Empecé a recoger todos los papeles y examinando uno de ellos, rápidamente me di cuenta de que se trataba de un informe médico de George hecho por el IM6.

La curiosidad, mi maldita o bendita curiosidad, me hizo leer los resultados médicos que ocupaban unas tres hojas. George parecía estar en perfecto estado de salud. Tenía buena vista y oído. Fue al pasar la página cuando mis ojos se detuvieron en una palabra: infertilidad.

Paré al instante, releí las frases anteriores y posteriores a esa palabra para comprobar si estaba equivocada, pero no, no quedaba duda alguna. Los informes confidenciales de un examen médico minucioso por parte de los servicios secretos del Ministerio de Defensa Británico concluían, sin lugar a equívocos, que George era estéril debido a haber sufrido parotiditis en su adolescencia. Y yo sabía que sí, que la inflamación de los testículos durante las paperas, podía provocar que la producción espermática resultase alterada.

Aquello lo cambiaba todo. Mis manos temblaban mientras sujetaban aquel papel, la prueba y certeza escrita de lo que mi alma sentía. Acto seguido comprendí que George me estaba engañando, que había sido consciente de que la vida que alojaba en mi vientre no le correspondía.

Recordé cómo desde el inicio de mi matrimonio insistió en tener descendencia y lo culpable que yo me sentí al ver cómo, mes tras mes, no me quedaba embarazada. Entonces lo achaqué a mis reglas muy irregulares, a veces inexistentes. Pero me acababa de dar cuenta de que George siempre había sabido que sus paperas podían ser el origen del problema, no yo. Aun así, no me había dicho nada. Me engañaba y ahora tenía en mis manos la prueba de su mentira.

Comencé a sollozar de alegría apretando aquel informe médico contra mi vientre. Ya no tenía que buscar ninguna excusa. Aquella hoja era un salvoconducto para salir de Londres y regresar a Escocia, para recuperar mi vida, la que quería tener de verdad.

George no vino a comer aquella tarde. Llamó por teléfono en el último momento para decirme que estaba con Horace Watson en su despacho, ultimando cosas importantes. Yo le dije que tenía un asunto que tratar con él y George contestó: «A la tarde, querida».

La lástima o culpabilidad habían desaparecido por completo. Mi enésima comida en soledad me libró del todo de los últimos resquicios de compasión que podía albergar aún. Degusté el delicioso cordero que había preparado la señora Doyle tranquilamente y después comencé a preparar mi maleta, solo la mía.

George llegó a la hora del té. Yo le aguardaba en el salón con la maleta preparada y la carpeta del informe médico sobre el regazo.

Entró muy ufano, se quitó el sombrero y la chaqueta, me dio un beso en la mejilla y se sentó en una de las butacas, frente al horrendo sofá tapizado con tela de loneta estampada con motivos florales. Suspiró y se aflojó la corbata.

—¿Qué tal va tu libro? —pregunté.

—Todo está saliendo a pedir de boca —sonrió—. ¿Cómo te encuentras cariño? Veo que estás recogiendo cosas ya. No quiero que te canses en exceso.

Fue en aquel instante cuando reparó en la carpeta que tenía yo sobre el regazo.

—¿Has estado revisando mis papeles? —preguntó cambiando el gesto.

—Recogiéndolo todo para la mudanza —respondí abriendo la carpeta de cartón de color azul—. Tienes un montón de cosas que deberías tirar. Como por ejemplo esto: tus exámenes médicos para convertirte en espía.

La tiré frente a él, sobre la mesa baja, abierta en la página en la que se podía leer perfectamente, con la típica tipografía de máquina de escribir, la palabra "infertilidad". George cogió la carpeta y no tuvo que leer nada. Ya lo sabía.

—Grace, cariño, puedo explicarlo.

—Debes explicarlo, George, porque desde el minuto uno has sabido que este hijo no era tuyo. Y supongo que sospechabas que era posible

que fueses estéril cuando te casaste conmigo. Las paperas son traicioneras.

—No estuve seguro hasta que me hicieron esos análisis, pero ahora ya no importa nada de eso, ¿no crees? —dijo intentando mantener la calma, acomodándose en la butaca—. Será un hijo nuestro, de los dos. Nadie tendría por qué enterarse.

—Pero sería una mentira, George.

—¡Oh, Grace, por favor! Deja de ser tan… íntegra por una vez en tu vida. Te sorprendería saber la cantidad de gente que no es hija de quien cree serlo —sonrió con ironía y yo solo pude pensar en Andrew y en Hamish Grant.

—No puedes estar pensándolo en serio —dije horrorizada.

—¿Quién es él? Déjame adivinarlo… ¿Tal vez aquel joven tan fornido y pelirrojo que entró en la enfermería el día que fui a buscarte a Escocia? Estoy en lo cierto, ¿verdad? Estabas aguardando a alguien que no era yo. Cuando entró te vi mirarle y noté algo extraño entre los dos. Después, al marcharse, mientras yo te esperaba fuera del consultorio, él llevaba el rostro demudado por la pena y me dijo que ya podía pasar. Estaba llorando. Cuando me dijiste que acababan de darte una mala noticia supuse que sería por eso y que yo solo era un marido celoso. Parece ser que la mala noticia era yo —rio—. Nuestro hijo tendrá buenos genes, los de un campesino alto, guapo, fuerte y sano. No tengo inconveniente en que sea pelirrojo.

—George, ¿te estás escuchando? —pregunté sin poder creer lo que estaba oyendo. Y me di cuenta de que por fin le había hecho perder el control al siempre flemático profesor George Radcliffe.

—Solo quiero que me digas si es él o no —exigió y su rostro me pareció el de un hombre diferente, desconocido y frío, el rostro cruel de un espía, no el del hombre al que yo había amado una vez.

—Sí, lo es. Se llama Andrew, Andrew Grant, tiene 23 años y fue un héroe en la guerra, pero no le publicarán ningún libro.

George sonrió sarcástico.

—Son buenas referencias para un semental.

—No te equivoques, George. Lo que él y yo tuvimos fue amor —dije irritada.

—Sí, claro, querida. ¿Y qué crees que haría ese joven granjero si le dijeses que esperas un hijo suyo? —dijo burlón.

—¡Tú no le conoces, no sabes cómo es! —exclamé—. Andrew es el ser más amable y honrado que he conocido. Me dejó cuando se dio cuenta de que estabas vivo. Yo no quería, pero él pensó que era lo correcto y lo mejor para mí.

Por un instante, me pareció ver odio en sus ojos, pero de pronto cambió el gesto y regresó la calma a su rostro.

—Tampoco me importa tanto. Fueron circunstancias excepcionales y eres mi esposa y te amo. Puedo vivir con ello. Lo que hicimos en tiempos de guerra no debería contar, ¿no opinas lo mismo?

—¿Qué quieres decir?

—Que no voy a echarte en cara nada, lo prometo —sonrió.

Automáticamente, me vino a la memoria el comentario de Vivian Watson: «¿O usted cree que su marido no ha hecho suspirar a las francesas y no ha sucumbido alguna vez a los encantos de otra mujer? ¿Le conoce de verdad?»

Y me di cuenta de que la respuesta a aquella pregunta era que no, que no le conocía. George era ahora un hombre sin honor ni principios y me repugnaba. Aquel hombre que me miraba con una pasmosa tranquilidad, solo rota por un leve, casi imperceptible temblor en su ojo izquierdo, era un desconocido y pude comprender por qué le habían reclutado como espía. Era capaz de mentir, fingir y ocultar sin remordimientos.

—¿Me fuiste infiel, George? —pregunté por fin.

—Y me lo preguntas tú —rio negando con la cabeza.

—Yo pensé que era viuda. Y Andrew y yo fuimos amigos antes que amantes.

—Conmovedor —susurró George.

—No has respondido a mi pregunta —dije enojada.

—¡Ya no importa! ¡Nada de eso tiene importancia, por Dios! —gritó por fin.

Comprendí que acababa de responderme.

—¡Me importa a mí, maldito seas! —vociferé.

—Grace, lo siento, de verdad. No fue nada serio. ¡Te amo y tú lo

sabes! —susurró de pronto juntando sus manos con desesperación.

—Pero yo ya no George. No te deseo nada malo, quiero que seas feliz, pero ya no estoy enamorada de ti. Amo a Andrew.

George se restregó el rostro con las manos y resopló.

—¿No podrías olvidarle con el tiempo? ¿No puedes darme un poco más de tiempo a mí? —imploró.

—Eso que me pides… no es posible. No existe tal cantidad de tiempo —respondí intentando mantenerme serena—. No te seguiré a Oxford. No lo haré más, George. Me marcho. Vuelvo a Escocia y quiero el divorcio.

—¿Eres consciente de lo que vas a hacer, Grace, de lo que supondrá para ti ser una mujer divorciada? Aunque ahora no lo creas, no quiero que sufras.

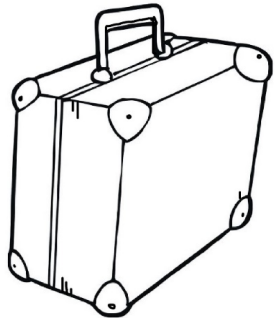
—Totalmente —respondí sin pestañear.

George asintió y después, suspiró profundamente.

—Pensé en decírtelo muchas veces, hablarte de mis sospechas, antes de casarnos y después, pero nunca encontraba el momento. No fui lo bastante valiente, me daba miedo perderte, supongo —dijo sarcástico—. También pensé que pasaría toda la vida contigo, que envejeceríamos juntos, pero no será así, ¿verdad? Porque el tiempo perdido, perdido está.

Su mirada se quedó fija en la mía durante unos instantes, esperando una respuesta que nunca llegó, hasta que la bajó. Entonces supe que se daba por vencido y que me dejaría marchar sin oponerse y eso me hizo comenzar a perdonarle.

Cogí mi maleta una vez más. Solo me llevé lo que había traído de Escocia y un camisón y una bata que me había comprado. Llegué a tiempo al último tren con destino al norte, a las Tierras Altas escocesas y me pasé casi toda la noche llorando. Lloré por George y por mí, por lo que fuimos, por los hijos que no tuvimos, por todo lo que la guerra nos arrebató.



CAPÍTULO XXVI

Los muelles de Leith

Llegué a Edimburgo de madrugada y cargando con mi maleta, busqué la dirección de la pensión que Hamish me había dado en Leith, donde se suponía que estaba Andrew hospedado.

La señora que me atendió, con cara de pocos amigos y aún en camisón, fue reticente a darme una habitación en aquel cuchitril maloliente hasta que le enseñé mi anillo de casada, tras mentir diciendo que era la esposa de Andrew. Eso y mostrarle mi cartera con varios billetes, el poco dinero que había logrado ahorrar de mi trabajo en Escocia, hizo que me condujese directamente a la habitación de Andrew, por lo que supuse que lo que menos le importaba era quién era realmente mi esposo.

Un cuartucho húmedo de suelo de madera, sin lustre alguno, con una cama, una cómoda desvencijada y un grifo con un pequeño lavabo, eso era todo. El retrete estaba en el patio trasero y solo había un aseo para los huéspedes, con una ducha llena de roña, al fondo del pasillo. Tras mostrarme todo aquello, la mujer me hizo pagar por adelantado la noche, me dijo que Andrew había salido ya a su trabajo en los muelles y me dejó sola en aquel cuarto oscuro y poco ventilado.

Repasé con la mirada todo, lamentando que Andrew tuviese que vivir en aquellas condiciones. Su casa en la granja era un hogar humilde, pero siempre estaba limpia y ordenada. Abrí el primer cajón de la cómoda. Allí estaban sus jerséis de buena lana escocesa. Cogí uno y aspiré su aroma. Olía a él: a leña, al fuego de la chimenea, a paja seca y a su esencia. Mis sentidos se llenaron de aquella añorada fragancia y mi mente regresó a la lluvia y la turba, al brezo y la niebla y los ojos se me llenaron de lágrimas.

Me acaricié el vientre que en cuestión de un par de semanas se había vuelto mucho más prominente. Ya no me cabía duda, era final de septiembre y estaba iniciando el segundo trimestre.

—Nacerá en marzo —susurré emocionada.

Y en aquel mismo instante, como si fuese una respuesta a mis palabras, sentí un extraño burbujeo, como un zumbido de abejas resonando dentro de mí y supe que estaba ahí, que nuestro hijo o hija

me estaba escuchando y por primera vez le hablé con la voz rota por la emoción.

—Eres tú, ¿verdad, pequeño? O pequeña —reí abrumada de felicidad—. Ahora vamos a ir a buscar a tu padre. Deséame suerte, mi amor.

Me dirigí a los muelles de Edimburgo todo lo deprisa que fui capaz. Una suave e incesante lluvia fina que lo calaba todo y hacía brillar las piedras, el pavimento y los tejados de las casas, me acompañó en la oscuridad de aquella madrugada. El corazón me palpitaba muy fuerte, a toda velocidad, pero yo sabía que había otro más dentro de mí, latiendo al compás del mío y de repente me sentí acompañada, con el ánimo necesario para enfrentarme a lo que me deparase la providencia, los hados o la fortuna.

La proliferación de tabernas y antros, a cuáles peores, me confirmó que me estaba acercando a mi destino. Cuando llegaba a The Shore, la zona portuaria de Edimburgo situada en la desembocadura del río Leith, el río que atraviesa la capital escocesa hasta unirse al fiordo en el norte de la ciudad, comenzaban a faltarme las fuerzas. Había pasado toda la noche viajando, apenas logrando cerrar los ojos y no había cenado ni desayunado.

En ese momento de mi camino me di cuenta de que había dejado de llover.

«Claro, esto es Escocia. El tiempo puede cambiar diez veces en un mismo día», pensé sin poder dejar de sonreír.

El puerto había vivido tiempos mejores, sobre todo con el auge del comercio del aceite de ballena, pero ahora estaba en franca decadencia, con los antiguos edificios abandonados que habían pertenecido a las viejas compañías balleneras. Caminé adentrándome en la zona de descarga de los buques, entre las grúas, con los gritos de los marineros marcados por el cantarín acento escocés y las gaviotas chillando a mi alrededor. Comenzaba a amanecer y un rayo de sol, desafiando a la lluvia, luchaba por asomar tímidamente entre la bruma marina.

Los hombres me miraban al pasar, algunos silbando y otros, los más

atrevidos, dedicándome groserías. Hice caso omiso de todos ellos, me abroché hasta el último botón de mi gabardina y caminé ligera y sin mirar a nadie, como cuando tenía que hacerlo entre los grupos de soldados durante la guerra. Estaba segura de que no me iba a ser difícil dar con Andrew entre todos aquellos mozos de carga.

«No habrá ninguno tan alto y con el pelo tan rojo como él», pensé con orgullo.

Me dirigí directamente al que me pareció uno de los encargados del muelle, un hombre con una gorra y ropa de trabajo, en la que figuraba su pertenencia al personal del puerto, que voceaba sobre una tarima.

—¡Disculpe! —grité entre el alboroto que me rodeaba de cajas golpeando el suelo, motores de camiones en marcha aguardando su carga y grúas en funcionamiento.

El hombre que daba voces a diestro y siniestro mientras iba apuntando cifras y nombres en un albarán, me miró de arriba abajo, extrañado. Probablemente preguntándose qué demonios hacía yo allí y pensando que aquel no era lugar para señoras bien vestidas con acento inglés.

—¿Sí? —respondió el tipo con un cigarro en la boca y con cara de fastidio.

—Buenos días, estoy buscando a mi marido. Trabaja aquí, en el puerto. Se llama Andrew Grant y es de Inverness —dije asegurándome de que se me viese el anillo de casada.

—Hay muchos hombres de las Tierras Altas trabajando en los muelles, señora. Si no me da más datos… —dijo el hombre haciendo un ruido con la boca, sin soltar en ningún momento el cigarro de entre los dientes.

—Es pelirrojo y muy alto y fuerte —añadí.

—Es el grandullón, jefe. ¡Roy, el que parece un armario! —gritó otro hombre a mi lado.

—¡Ah, demonios, Roy! Haber empezado por ahí. El muchacho es inconfundible. No sabía que estaba casado. Siga hasta donde está anclado ese barco, el más grande. Tiene que estar ahí, señora Grant —vociferó al que llamaban jefe.

Di las gracias y comencé a avanzar entre los trabajadores sudorosos

con los nervios a flor de piel, alojados en el estómago. Me sentía tan alterada que no podía dejar de temblar.

La niebla en jirones llevados por la brisa comenzaba a despejarse y el sol empezaba a salir tímidamente. Yo miraba a derecha y a izquierda intentando encontrar a Andrew entre todos aquellos hombres que se deslomaban metiendo y sacando mercancías de los barcos, pero no conseguía verlo.

«¿Dónde estás Andrew? La impaciencia me está dando dolor de estómago. O será hambre», me pregunté inquieta.

De pronto, un rayo de sol salió entre las nubes y su reflejo me hizo entrecerrar los ojos. Al volver a abrirlos del todo, oteé de nuevo. Fue entonces cuando divisé aquella cabellera roja, rizada y espesa brillando al sol.

El corazón comenzó a latirme con tanta fuerza que pensé que se me pararía. Era Andrew, sin duda. Caminé hacia él emocionada, asustada y llena de esperanza. Estaba de espaldas y no podía verle la cara, pero su pelo era inconfundible. Su formidable anatomía también. Estaba vestido solo con una camiseta interior de tirantes que se le pegaba al cuerpo debido al sudor, una camisa atada a la cintura y unos pantalones de trabajo. Llevaba tiempo sin cortarse el pelo y los rizos mojados se le pegaban al cuello

Me fui acercando cada vez más despacio, sin poder apartar los ojos de su alta figura. El corazón me latía en la garganta, en los oídos y en el vientre. Justo al llegar hasta él le escuché resoplar por el esfuerzo físico que estaba realizando y entonces lo hice, le llamé.

—¡Andrew! —dije elevando la voz entre la multitud de ruidos que nos rodeaban.

Él se giró al instante y se irguió frente a mí. Sus ojos azules me recorrieron de pies a cabeza, muy abiertos, sin pestañear.

—Grace… —susurró despacio y al escuchar mi nombre de sus labios, al oír su voz, temblé de emoción.

Apenas nos separaba un metro de distancia. Y ambos estábamos frente a frente. Pensé que él vendría y me abrazaría nada más verme. Estuve imaginando durante todo el viaje nuestro reencuentro, todo lo que le diría, pero en aquel momento, con toda su altura y su rostro

vikingo delante de mí, no pude decir nada coherente.

Me pareció que estaba más delgado. No se había afeitado y su abundante barba pelirroja le cubría parte de las mejillas y el mentón. Reparé en su ceño fruncido y eso me indicó que estaba dándole vueltas a cómo enfrentarse a aquella situación totalmente inesperada, a cómo enfrentarse a mí. Esperé a ver si él se acercaba, sonreía o daba alguna señal de alegrarse de verme, pero no lo hizo. Y al darme cuenta me invadió el pánico porque nada estaba sucediendo como yo lo había imaginado. Imaginé un reencuentro lleno de abrazos y besos, y allí delante solo tenía un muro de silencio llamado Andrew.

—¿Qué estás haciendo aquí, Grace? —preguntó por fin.

El sol volvió a ocultarse tras las nubes que volvían a amenazar lluvia. Su rostro hermoso estaba cansado. Unas ojeras moradas surcaban sus ojos, y anhelé verle sonreír, porque si lo hacía sería como si aquel sol volviese a salir de nuevo calentando mi alma dolorida.

—He dejado a George. Vuelvo a Inverness y quiero que vengas conmigo —dije con voz firme, aunque me sentía aterrada.

Un leve temblor le recorrió el cuello y los musculosos hombros.

—Grace, no voy a volver —dijo.

—Dame una razón —pedí intentando mantener la calma.

—Allí ya no hay nada para mí.

—Tienes la granja, a Hamish…

«Me tienes a mí», quise decir.

Al escuchar el nombre de su padre su semblante se ensombreció y me di cuenta de que había cometido un error nombrándolo.

—Fue él quien te dijo dónde estaba, ¿verdad? — me interrumpió enfadado.

—Sí, me escribió.

—Él no es nada mío. Le dije que me dejase en paz. No quiero volver a verlo nunca más.

—Es tu padre, Andrew.

—¡No, no lo es! Es el hombre que tuvo la culpa de la muerte de mi madre, pero no es mi padre —dijo rabioso.

—Andrew, él te crío, pudo abandonarte, dejarte en algún hospicio, pero no lo hizo. Él te quiere. Sabe que hizo muchas cosas mal, pero

solo desea que le perdones.

—¿Perdonarle? No le debo nada. ¡Me engañó, maldita sea! Me mintió. Toda mi vida es un engaño. ¡Hasta tú me mentiste! Él me dijo que lo sabías y tú no me dijiste nada. ¿Por qué, Grace? Yo confiaba en ti —dijo bajando cada vez más la voz hasta convertirla en un susurro.

—Hamish me hizo jurar que no te lo diría. Lo prometí.

Andrew negó con la cabeza. Estaba furioso y supe que no iba a cambiar de opinión porque era un maldito cabezota.

—Vuelve a Londres, Grace, y pídele a tu marido que te perdone.

—¡No! Y es él quien debería pedirme perdón a mí —dije obstinada.

Andrew me miró y vi que sus ojos no mostraban la aspereza que intentaba transmitir con sus palabras, solo una profunda tristeza.

—Vete y olvídate de mí —dijo dándose la vuelta para continuar con su tarea.

—¿Lo dices en serio? ¿No puedo hacerte cambiar de opinión? —pregunté intentando no llorar.

Me sentí impotente. No había contado con que Andrew pudiese mostrar aquella actitud tan resentida. Todo estaba saliendo mal, muy mal.

—Sí, no volveré. Es mi última palabra —dijo levantando una caja, sin mirarme.

—¿Crees que ha sido sencillo para mí? ¿Qué no me despertaba cada noche pensando en ti, sin poder aguantar aquella agonía de no tenerte más? —dije sincerándome ya sin vergüenza alguna—. Tú me rescataste una vez, me diste fuerzas para no morir y gracias a ti no me di por vencida, ¿recuerdas?

Andrew suspiró.

—No te pongas en evidencia, Grace. No puedo regresar. ¡No puedo! Vete, por favor —pidió con desesperación.

Contemplé su rostro hermoso, lleno de dolor, a pesar de sus duras palabras. Andrew ya no era el mismo y acepté la derrota.

—Solo te estoy devolviendo el favor. Si no regresas a tu hogar espero que no lo hagas por mi culpa, que sea porque de verdad lo quieres así. Pero no te quedes aquí porque si lo haces pensaré que eres un cobarde —dije con rabia.

Me giré dándole la espalda a Andrew y comencé a caminar. Mis pasos resonaban en el pavimento lleno de charcos. Comenzó a llover de nuevo. Mi cuerpo apenas notaba la lluvia, solo la intensa angustia de dejar a Andrew atrás, de saber que no iba a seguirme.

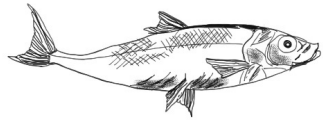
Y me di cuenta de que lo que más me dolía no era su rechazo. Lo peor de todo era que él había perdido su alegría. El Andrew que vivía en aquel lugar hediondo y que se mataba a trabajar en los muelles solo era una sombra de aquel muchacho dulce al que yo amaba. Ni tan siquiera la guerra había podido con aquel optimismo. Solo yo se lo había arrebatado. Le había robado su preciosa sonrisa y al intuirlo sollocé.

Podía comprender a Andrew, no quería vivir una vida de mentiras. Yo tampoco la quería, por eso tuve clara una cosa: no iba a regresar a Londres, no volvería con George porque yo tampoco quería esas mentiras para mí y mi hijo. A él siempre le diría la verdad.

Tenía que aceptarlo. Había fracasado, no había logrado que él creyese en mí. Un gemido de dolor me cortó la respiración. Fue entonces cuando todo el cansancio y los nervios me jugaron una mala pasada. En aquel momento me di cuenta de que estaba sola, embarazada, sin trabajo, sin un hogar y entonces, el pánico se apoderó de mí.

Las náuseas me atenazaban el estómago. Sentía las piernas temblorosas de pura debilidad y me di cuenta de que iba a desmayarme. Me sujeté a un muro en medio del camino intentando respirar con normalidad para evitar desfallecer, pero la angustia no me dejaba. Creí escuchar voces desconocidas que me preguntaban cosas sin sentido. Noté a la criatura en mi vientre y lo aferré con mis manos, como intentando protegerla de todo aquel dolor que estaba sintiendo.

—Estoy bien, estamos bien —respondí casi sin fuerzas, intentando proseguir. Caminé unos pasos más y entonces todo se nubló de repente, sentí como caía y después nada, no hubo nada más.



CAPÍTULO XXVII

Su voz logró hacerme regresar de nuevo. Escuché a Andrew, primero reconocí su llamada llena de angustia, y después sentí unos brazos que me rodeaban y que me alzaban del húmedo pavimento para darme calor.

—¡Grace, Grace, responde, por favor! —imploró.

—Estoy bien, solo me he mareado —susurré, pero no estaba segura de que pudiese escucharme porque apenas me oía a mí misma.

Quise ponerme en pie, pero Andrew me lo impidió.

—Tranquila, te has desmayado. No intentes levantarte.

Quería respirar pero me costaba. Mis manos temblorosas intentaron soltar los botones de la gabardina sin éxito, de pronto sentía que me asfixiaba.

—No puedo respirar —jadeé.

Andrew me ayudó y tiró con fuerza soltando todos los botones, que saltaron a mi alrededor. Cogí aire con fuerza por fin y sentí alivio.

—Estoy aquí, estoy contigo —dijo Andrew retirando mi pelo mojado de la cara.

Comencé a respirar más despacio, intentando no hiperventilar y poco a poco recuperé el resuello en brazos de Andrew.

«Acabo de sufrir un ataque de ansiedad», me dije intentando no darle demasiada importancia. No era el primero. Durante la guerra había tenido varios episodios similares cuando todo se desbordaba a mi alrededor y me sentía presa del pánico sin poder ni tan siquiera expresarlo mediante gritos o con palabras. La angustia y la incertidumbre era tal que entonces me sobrevenían aquellos episodios que me paralizaban por completo.

—Ayúdame a levantarme —le pedí a Andrew intentando sobreponerme.

—¿Seguro?

Asentí y entonces Andrew me intentó sujetar para que me pusiese de pie. Al hacerlo me rodeó la cintura con su brazo y posó una mano en mi vientre. Fue entonces cuando lo notó. Sintió el bulto redondeado y duro en vez de mi abdomen de antaño, y sujetándome

se sentó en el suelo y me volvió a posar, esta vez sobre su regazo.

—¡Dios santo, Grace! —exclamó asombrado—. ¿Por qué no me lo has dicho?

Le miré con ternura.

—Creía que no podría nunca tener hijos. No llegué a explicártelo nunca, iba a hacerlo, pero entonces él regresó. Pero resulta que yo no tenía ningún problema, era George quien lo tenía —susurré con un nudo en la garganta.

Andrew me miró atónito y al comprender lo que acababa de decirle y lo que significaba, me abrazó y me acunó con ternura en sus brazos.

—Lo siento, lo siento… —sollozó—. Has debido decírmelo desde el principio.

—No quería que vinieras conmigo solo por lástima o por un sentimiento de culpa o responsabilidad —dije.

—Mi vida… ¡Perdóname, por favor! —lloró besando mis mejillas, mis parpados, mis labios.

Aquel breve roce de su boca posándose en la mía se convirtió en un profundo contacto entre nuestros labios. El beso fue largo, lento y estuvo lleno de alivio, de perdón y de anhelo. Mi saliva se mezcló con sus lágrimas y la boca me supo a sal y a Andrew. La tensión que había sentido desde que salí de Londres se disipó y mi cuerpo se relajó por fin.

Le miré, su rostro reflejaba un gran cansancio y pesar. Le acaricié la mejilla mojada y barbuda, y él cerró los ojos suspirando profundamente. Apoyando su frente en la mía.

—Nacerá en primavera —dije con una sonrisa y entonces comencé a llorar. Lloramos los dos sin dejar de abrazarnos, ajenos a todo el barullo que nos rodeaba.

Fue una voz masculina de alguien llamando a Andrew la que nos hizo soltarnos.

—¡Grant, al trabajo, que no se hace solo!

—¡Me tomo el día libre, Ferguson! —gritó Andrew levantándose conmigo.

El tal Ferguson se acercó encarándose con Andrew que aún me sujetaba para que me mantuviese en pie.

—¡Si lo haces, mañana no vuelvas! —dijo el tipo apuntando a Andrew con el dedo a pesar de que le llegaba por el pecho.

—Anda, vámonos, Grace.

Andrew me rodeó la cintura para ayudarme a caminar. Aún me sentí débil.

—Pero te van a echar del trabajo.

—Me da igual. Tenemos que volver a casa —dijo besando mi frente.

Andrew me llevó a la primera taberna que encontró y pidió un té acompañado de arenque y pan con mantequilla. El arenque no era santo de mi devoción, pero lo devoré sentada con él en una mesa apartada de la multitud de estibadores del puerto que a esas horas ya estaban trasegando pintas.

—Estaba hambrienta. No había comido nada desde que salí de Londres —sonreí terminando mi té.

Andrew, que había estado observándome en silencio mientras comía, me acarició el rostro con ternura.

—No estés preocupado. Estoy bien. Tenía el estómago como cerrado por los nervios. Solo estoy cansada, nada más. Tal vez tenga un poco de anemia, pero es normal en mi estado. Comeré *black pudding*, lo prometo.

—¿*Black pudding*? —preguntó Andrew confuso.

—Sí, tiene sangre de cerdo y es muy rica en hierro. Su falta produce la anemia —dije.

—Entonces te compraré *black pudding* para desayunar todos los días.

—No hace falta —sonreí.

—Grace, voy a cuidar de ti y de nuestro bebé, pero tienes que dejarme hacerlo. Sé que no estás acostumbrada, que siempre te has valido sola, pero ¿lo harás?, ¿me dejarás? —dijo tomando mis manos. Las suyas ardían y las mías estaban heladas. Fue entonces cuando me di cuenta de que las tenía todas magulladas.

—Sí, te lo prometo —susurré mirando su rostro. Andrew estaba agotado. Los pómulos y la poderosa mandíbula se le marcaban más que nunca. Se notaba que necesitaba dormir y comer más.

—¿Tienes frío? —la preocupación continuaba ensombreciendo su rostro.

—No, ya no. Ya estoy mejor, de verdad. He entrado en calor con el desayuno.

—Estabas tan pálida… pero ya te ha vuelto el color al rostro.

—¿Te has asustado? No quiero que estés preocupado —le dije con ternura.

—Es que… siento haber sido tan… —negó con la cabeza—. Comprendo que no supieses qué hacer cuando te enteraste de lo de… Hamish. No he debido culparte ni hablarte así. Te he hecho daño. Soy un bruto.

—Ya no habrá secretos entre nosotros nunca más —Andrew me miró con tristeza—. ¡Oh, Andrew, no quiero que estés triste!

—¡No, no lo estoy! Te lo prometo.

—¿Te alegra la noticia? —pregunté con cierto temor.

—¡Muchísimo! —dijo con la voz temblorosa por la emoción mientras me acariciaba el vientre—. Solo estoy pensando en… bueno, en nosotros. En los planes que una vez hicimos y en que no podré casarme contigo, Grace.

—Le pediré el divorcio a George. No se negará.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque me debe algo —dije con dureza—. Sé que aún llevo su anillo, pero hoy lo necesitaba para poder llegar a ti. Me he tenido que hacer pasar por tu esposa.

Andrew resopló. Me daba cuenta de que todo aquello le mortificaba.

—Yo no quería esto para ti.

—¡Escúchame, por favor! Yo también soy consciente de lo que conlleva un divorcio para una mujer. Por suerte no tengo un título nobiliario y mi nombre y mi reputación me importan un pepino —dije.

—¿Un pepino? —preguntó Andrew. Y en ese momento se le escapó una risita y su gloriosa sonrisa volvió a embellecer aún más su atractivo rostro.

Yo también sonreí emocionada por aquella muestra de alegría que

me llenaba el alma de dicha. Por fin lograba ver un atisbo del Andrew de siempre. Él aferró mis manos con fuerza y se las llevó a los labios para besarlas.

—Te amo, Andrew Grant —dije de nuevo al borde de las lágrimas.

—Y yo a ti. No sabes cuánto —suspiró Andrew.

—Sí que lo sé, porque yo te quiero igual —sonreí antes de besarle.

Andrew regresó conmigo a la pensión donde vivía en Leith. Subimos al dormitorio y se empeñó en que yo debía descansar.

—Tú también deberías. Se te cierran los ojos.

—Ya dormiré. Ahora tengo que ir a cobrar lo que me debe Ferguson —dijo muy serio—.

—¿Ahora? —pregunté sorprendida.

—Le voy a reclamar todas las horas que me debe por las buenas o por las malas.

—Andrew, ten cuidado —le pedí.

—Tranquila, en cuanto me tenga enfrente no se atreverá ni a chistar. Nadie en los muelles es capaz de meterse conmigo, te lo aseguro —dijo vanidoso haciéndome poner los ojos en blanco—. Bueno, solo Gustav podría. Es un sueco más grande que yo.

Le miré sin poder quitarle los ojos de encima, mientras se deshacía de la camiseta y la camisa y se ponía ropa limpia. Una vez me sobrepuse a todo aquel despliegue de músculos, abrí mi maleta para ponerme mi camisón, el mejor que tenía, de color rosa pálido, de tirantes, con encajes y una bata de seda a juego. Lo saqué con toda la intención, para mostrarle lo que se iba a perder, un poco molesta por tener que aguardar a que regresase del puerto. No me había imaginado así nuestro reencuentro. Andrew se quedó mirándolo.

—Qué bonito —susurró—. Yo no puedo comprarte camisones así.

—Ni falta que hace. No estoy contigo por eso —dije abrazándome a él con fuerza.

—Lo sé, *mo ghràdh*—dijo tomando mi rostro entre sus enormes manos, llenas de callos y heridas—. Pero me gustaría poder regalarte ese camisón y muchas cosas bonitas más.

Tomé sus manos y las besé despacio porque las tenía ásperas y muy

magulladas.

—Espera. Antes de irte déjame que te cure un poco —dije sacando un neceser con material de curas de mi maleta—. Siéntate en la cama.

—Sí, señora —dijo Andrew mirándome con una espléndida sonrisa.

Sonreí también y me dispuse a desinfectar los roces y le apliqué yodo, le puse un poco de venda y esparadrapo en las heridas más feas y apliqué una crema de árnica en los golpes frotándolos suavemente a la vez que masajeaba las palmas de sus manos encallecidas. Andrew no dejaba de mirarme, mientras le hacía la cura concentrada en mi tarea, en silencio, sin mirarle a los ojos para no distraerme. Notaba su cuerpo muy cerca del mío, lleno de calor, y se me hacía muy difícil concentrarme.

—Ya está, así se te curarán antes los rasponazos y no se te infectarán —dije al terminar, orgullosa de mi trabajo, besando sus nudillos. Y en aquel momento me di cuenta de que había echado mucho de menos mis labores de enfermera.

—Me encanta como me cuidas. Adoro tu tacto en mi piel —susurró, rodeando mis caderas y posando su frente en mi vientre—. Cuando te conocí solo pensaba en volver a hacerme daño para que tú volvieses a tocarme. Incluso me gustaba que me regañases como a un niño mientras me curabas.

—Es que eres como un niño pequeño —sonreí acariciando sus rizos.

—Es lo que más he echado de menos, tu tacto —susurró.

—No volveré a marcharme, te lo prometo.

Andrew dejó que le sujetase el rostro entre mis manos y me miró con una intensidad que casi me hizo temblar.

—Y yo no volveré a darme por vencido, *mo ghràdh*.

Acaricié su pelo, su barba y él cerró los ojos, suspirando de placer.

—Ahora vete. Yo descansaré un rato. Pero vuelve pronto sano y salvo o te acordarás de mí —dije surcando sus labios apasionadamente, prometiéndole con aquel beso toda la eternidad juntos.

Una vez sola en aquel cuarto decidí lavarme un poco con la pastilla de jabón de Andrew. De ninguna de las maneras iba a acercarme al

plato de ducha roñoso del final del pasillo.

Me asomé con aprensión al lavabo. No estaba sucio, así que di al grifo. El agua estaba helada, pero limpia y me espabiló del todo.

«Ahora no voy a poder dormir, va a ser imposible», pensé casi resignada.

Después me metí en la cama. Nada más descansar mi cabeza en la almohada, sentí la inconfundible esencia de Andrew en ella, en las sábanas, envolviéndome, por toda la cama.

Desde que estaba embarazada notaba los aromas con mayor intensidad. No soportaba el olor de los perros, sobre todo si pasaban a mi lado en la calle y estaban mojados, y habían dejado de parecerme apetecibles los huevos fritos. Pero el aroma de Andrew lo había mantenido en mi memoria aquellos meses y, al volver a olfatearlo, me daba cuenta de que parecía mucho más profundo que antes y que la sensación que provocaba en mí era de tal vehemencia que me había sofocado.

Hundí mi rostro y exhalé un gemido de pura necesidad. Estaba deseando que regresase para poder estar con él por fin. Le deseaba tanto que me temblaba el cuerpo de solo pensar en tenerle de nuevo.

Pero para mi desesperación, tardaba en volver. Resoplé metida en la cama con aquel camisón demasiado lujoso para aquella habitación.

«Por lo menos, esta impaciencia me mantiene despierta», me dije.

Miré mi reloj de pulsera, ya era casi mediodía y pensé que lo mejor era levantarme, vestirme y recogerlo todo para marcharnos cuanto antes, rumbo a Inverness y no pasar ni un minuto más en aquel lugar lleno de mugre y humedad. Me puse a guardar las cosas de Andrew, sus útiles de aseo y de afeitar y cuando comencé a recoger sus jerséis y camisas di con un cuaderno con papel de cartas. Lo abrí y vi varias hojas escritas. Eran cartas comenzadas con un «Grace, mi vida», «Querida Grace», o un simple «Grace», pero que no habían sido terminadas.

Me puse a leerlas y me di cuenta de que eran de Andrew, y que todas estaban encabezadas con mi nombre, pero ninguna había pasado de las primeras líneas.

—No sabía cómo decirte que no podía estar sin ti, pero a la vez

estaba… desquiciado. Necesitaba respuestas —escuché a mi espalda.

Andrew estaba en la puerta del dormitorio.

—Yo también intenté escribirte, pero no lograba expresar lo que quería decir. No podía darte la noticia de que íbamos a tener un hijo sin verte —dije sintiendo que era el momento de decirle toda la verdad, aun sabiendo que iba a causarle dolor—. Te he prometido que no habrá más secretos.

—Sí, lo has hecho —dijo sentándose en la cama, frente a mí.

—No supe de la esterilidad de George hasta ayer. Descubrí un examen médico por su ingreso en el Servicio Secreto, y fue allí donde se explicaba que George había tenido paperas de niño y que eso le provocó el problema de infertilidad. Lo intuyó antes de casarse conmigo y no me dijo nada. Me engañó. Siempre pensé que era yo la que tenía problemas por culpa de mis periodos irregulares. Así que puedo entender cómo te sientes por lo de Hamish —me senté a su lado—. Lo intenté, no voy a engañarte. Intenté continuar con mi vida, con mi matrimonio, pero quiero que sepas que cuando comprendí que estaba embarazada yo sentí que era tuyo. Siempre lo sentí así.

Andrew comprendió lo que estaba intentando contarle y resopló apoyando sus manos sobre sus muslos. No podía mirarme a los ojos. Estaba dolido.

—Lo entiendo, yo fui quien te dijo que te fueses con él, pero me siento… —negó con la cabeza.

—¿Tú has estado con alguien? —me atreví a preguntar aun sabiendo que podía no gustarme su respuesta.

—¡No! Claro que no. Aunque te eché de menos más de lo que podía soportar y podía haberme consolado en brazos de otras mujeres, no he estado con nadie más. Fui un iluso pensando que podría vivir sin ti —susurró ronco y de pronto me miró con los ojos llenos de rabia y de lágrimas sin caer—. Contéstame a una cosa, Grace.

—Dime —susurré aliviada por sus palabras y con el alma algo más ligera gracias a las mías.

—¿Si no estuvieses embarazada hubieses vuelto a por mí?

Reflexioné un instante. Imaginé qué hubiese ocurrido si no hubiese descubierto el engaño de George y me di cuenta de que no hubiese

soportado aquella existencia. Una vida al servicio de un marido, sin desearlo, sin hijos y sin nada a lo que aferrarme. La respuesta de Andrew me procuró un alivio inimaginable y me dije a mí misma que hubiese soportado que Andrew hubiese estado con otra mujer, pero no que hubiese sentido algo por ella.

—Sí —dije sin dudarlo, mirándole a los ojos.

Estábamos sincerándonos a pesar del dolor, y supe que debía preguntar y confiar en poder con todo lo que me respondiese Andrew. Me acerqué y me senté junto a él en la cama.

—¿Y tú? ¿Estarías conmigo si no estuviese esperando un hijo tuyo? ¿Si no pudiese tenerlos nunca?

—Sí, Grace —dijo sin titubear—. En el puerto, cuando te vi que caías al suelo, tuve tanto miedo de que te pasara algo malo… Fue como cuando te perdiste en la nieve. Me aterró pensar que podría perderte.

Nos abrazamos emocionados sin poder contener las lágrimas.

—No llores, Grace. No, mi vida. No soporto verte llorar, pero si lo haces, si lloras, que sea conmigo —sollozó. Un profundo suspiro me dejó sin palabras—. Ahora estás conmigo. No tienes que llorar sola nunca más.

Estuvimos abrazados un buen rato, consolándonos mutuamente.

—¿Has conseguido que Ferguson te pague? —pregunté por fin, suspirando de nuevo con fuerza, pero ya serena.

—Sí, sin problemas. Le dije que estábamos esperando un hijo, me felicitó y hasta me invito a una pinta, por eso he tardado. Él tiene cinco —dijo Andrew sorbiéndose los mocos como un niño.

Saqué un pañuelo del bolsillo de mi bata y se lo tendí.

—Entonces es hora de irnos.

—Sí, volvemos a casa —dijo regalándome su espléndida sonrisa.

Terminamos de recoger todo y esa misma mañana dejamos Edimburgo rumbo a las Tierras Altas.

CAPÍTULO XXVIII

Regreso a las Tierras Altas

Recordé mi primer viaje en tren a Escocia y mis miedos, reticencias e ideas preconcebidas acerca de sus gentes y esas hermosas tierras del norte y me di cuenta de que allí había encontrado todo lo que buscaba, aún sin saberlo, donde no se suponía que debía estar. Justo enfrente de mí.

Durante el trayecto en tren miré mi alianza dorada y finalmente lo hice, me la quité, como la primera vez que pisé Escocia, pero esta vez con la intención de que el anillo que un día me dio George desapareciese de mi dedo para siempre.

Me sentía presa de aquel agotamiento que me acompañaba en las noches de guardia durante la guerra, cuando llevaba sin dormir tantas horas que ya no notaba el cansancio físico, y mi mente nublada por la falta de sueño se resistía a parar. Esa hiperactividad falsa que me provocaba la fatiga extrema, solía terminar conmigo postrada y extenuada en cualquier camastro o rincón, sin ser ya capaz de escuchar o entender nada.

Andrew había llamado a su amigo Alec desde la pensión de Leith para que fuese a buscarnos en su carro y así fue como llegamos hasta mi antiguo hogar, el *cottage*. Según Alec, el reverendo McCormack no había logrado alquilarlo por culpa de la vieja historia del fantasma acerca del hijo de los aún dueños del lugar, los Chisholm. Tuve que reconocer que me alegró mucho aquella circunstancia y la especial querencia por las supersticiones de las gentes de las Tierras Altas.

Alec no se atrevió a preguntar nada acerca de mi regreso y nosotros no dijimos gran cosa limitándonos a hablar del tiempo, el tema más común en las conversaciones escocesas.

—¿Qué tal la nueva enfermera, Alec? —me atreví a preguntar por fin.

—No tenemos. Todavía no se ha cubierto la plaza —respondió.

—Entonces, tal vez pueda recuperar mi empleo —dije esperanzada.

—No veo porque no —dijo Alec—. Si un comerciante prospero se corta un dedo va a Edimburgo, pero los granjeros no se lo pueden permitir. Necesitamos el dispensario para atender las urgencias y a

una buena enfermera.

—Gracias Alec. ¿Y qué opinas de las gestiones del gobierno para crear un sistema público de médicos y hospitales? Me interesa tu opinión y la de Andrew.

Andrew y Alec se miraron dubitativos, pero Andrew le hizo un gesto afirmativo a su amigo y este se animó a contestar.

—La gente aprecia al doctor Lean mucho, es un buen hombre que la mayor parte de las veces no cobra sus consultas, pero no es suficiente. Los granjeros son reacios a deber dinero, se acuerdan de la época de los desahucios, y se necesita un servicio para quienes no tienen lo suficiente. El problema es que se dice que el gobierno de Londres está intentando poner en marcha un sistema como en Rusia. Por eso hay gente que no lo quiere, creen que nos vamos a volver todos comunistas.

—¡Qué ridiculez! —exclamé.

Andrew me miró con una de sus irónicas sonrisas torcidas.

—Espero que lo hagan pronto. Los arrendatarios también se ponen enfermos y la caridad no es justicia, solo es lástima y a veces ni eso —dijo Andrew muy serio.

—Y ahora hay viudas y huérfanos de guerra por todo el país que no pueden pagar absolutamente nada —añadió Alec.

Animados por sus coincidentes opiniones, los dos amigos se pusieron a charlar de las necesidades de las gentes del campo con vehemencia, y de los cambios sociales que había traído la guerra y que afectaban a la clase trabajadora.

—Creo que los políticos deberían escucharos a vosotros. En Londres no lo comprenden. No comprenden absolutamente nada —dije finalmente, mirándolos con admiración.

Según Andrew, su amigo era un tipo reservado y leal, pero varios vecinos de Inverness nos habían visto saliendo de la estación, así que deduje que, en breve, toda la pequeña ciudad sabría de nuestro regreso.

No quise pensar en ello. Había guardado la llave del pequeño *cottage* con la esperanza de volver y nada más abrir la puerta, sentí

que estaba en casa de nuevo.

Dejé las maletas en el dormitorio, Andrew encendió la chimenea con la poca leña que sobró cuando me marché e intentó preparar algo caliente con un par de latas de judías y otra de sopa de tomate que quedaba en la despensa. La casa estaba fría y húmeda, pero todo seguía en su lugar.

—No es una gran cena, pero así no te acostarás con el estómago vacío —dijo.

—Me hubiese comido cualquier cosa —dije rebañando bien el plato haciendo sonreír a Andrew.

—Mañana iré a por un poco de leña, solo nos queda turba, y al mercado, a por provisiones —dijo colocándome un rizo díscolo tras la oreja.

—Y tenemos que decirle al reverendo McCormack que he vuelto y que pienso seguir pagando el alquiler. Dispongo de mis ahorros todavía.

—Iré yo a hablar con él, descuida —dijo serio.

—También me pasaré por la consulta del doctor Lean, a ver si puedo recuperar mi trabajo. Y me gustaría hacerle una visita a Hazel —dije dominada por un repentino optimismo.

En aquel momento pensé en la otra visita que iba a realizar, pero no le hablé a Andrew de Hamish, no quise estropear aquel momento tan hogareño.

Andrew asintió a cada cosa que dije mientras me observaba en silencio, sonriendo complacido ante mi entusiasmo. La cena caliente, el calor del fuego y sobre todo su compañía me infundieron tanta paz que mi cuerpo, relajado por completo, comenzó a acusar el agotamiento que en realidad debía haber sentido hacía horas. Comencé a bostezar mientras charlaba de trivialidades como la necesidad de quitar el polvo que se había acumulado en la superficie de todo cuanto había en le *cottage* y la urgencia de lavar las cortinas.

—Te vas a quedar dormida —susurró Andrew mirándome con ternura y una preciosa sonrisa.

—¿Vamos a la cama? —pregunté sabiendo lo que encerraban esas simples palabras.

Él me miró de una forma que me hizo sentir la mujer más deseada de la Tierra. Como respuesta le tendí la mano y él la tomó, como la primera vez que subimos juntos hasta nuestro pequeño dormitorio abuhardillado para hacer el amor.

Al entrar continuábamos tomados de la mano, extrañamente tímidos.

—La cama está sin hacer —dijo Andrew dándose cuenta de pronto. Yo le miré azorada. Recordé que antes de marcharme había deshecho la cama y había puesto sábanas sobre los muebles principales para que no se llenasen de polvo—. No te preocupes, tú vete sacando tus cosas de la maleta y yo iré preparando la cama.

Saqué la bata de la maleta y una toquilla. Mi error fue querer sorprender a Andrew poniéndome en el baño el bonito camisón de seda que tanto le había gustado. Ya dentro, quise aprovechar para repasar un poco mi aseo más íntimo con una toalla y de paso me cepillé mis alborotados rizos. Para cuando salí, la cama estaba hecha y Andrew aguardándome encima, dormido.

Resoplé frustrada, sintiéndome una estúpida, pero después me quedé observando cómo dormía y no pude evitar sonreír albergando una profunda ternura por él.

A pesar de su rostro cansado y sus rasgos más marcados, al quedarse dormido recuperó su habitual expresión infantil de cuando soñaba y pareció relajar su semblante. Observé su boca entreabierta y el pulso en su cuello, suave y constante. Tenía la camisa medio desabrochada y su pecho asomaba pálido y musculoso. No pude evitar un suspiro, resignada. Resoplaba suavemente y cuando me metí en la cama se abrazó a mí sonriendo para volver a resoplar en mi nuca medio dormido. Ni siquiera se había desvestido. Le tapé con la manta como pude y no tardé ni cinco minutos en dormirme también.

Desperté a medianoche, sumida en su calor. La luz de una luna enorme entraba por la ventana del dormitorio. El cuerpo de Andrew me rodeaba, sus brazos, sus piernas, todo él, y yo estaba hecha un ovillo, desconcertada porque no sabía dónde me encontraba. Cuando me percaté de que no era un sueño, de que era su aroma, sus manos,

las que ceñían mi cintura, suspiré de felicidad. Lo hice tan profundamente que Andrew se espabiló, me abrazó y ronroneó en mi cuello como un felino.

—Grace… —gimió de placer sobre mi nuca.

Me apreté contra él. Estaba más que dispuesto. Los labios y hasta los dedos me quemaban de las ganas de volver a sentirle.

—Tócame, Andrew —le pedí pegando mi trasero aún más fuerte contra sus caderas.

—Deberías descansar, mi vida —dijo casi en un jadeo, intentando zafarse de mí con suavidad.

Me giré hacia él contrariada.

—¿No quieres hacer el amor conmigo? ¿Te sientes incómodo? ¿Es porque estoy embarazada? —pregunté molesta, sentándome sobre la cama.

Él se espabiló del todo y se incorporó extrañado.

—¡No, no, Grace! No es eso —exclamó—. Es todo lo contrario, mi vida. ¡Si no puedo más!

—Pues no lo parece —dije cruzándome de brazos.

—Es que… bueno, me da miedo haceros daño a ti y al bebé —susurró.

Le miré en la penumbra y sonreí tomando su rostro entre mis manos. Le ardían las mejillas.

—No puedes hacernos daño, Andrew. Durante el embarazo se pueden mantener relaciones. Además, tengo una gestación normal. Estoy bien y todo va perfectamente. No hay ningún problema —le susurré con ternura.

—Ah, ¿sí? —jadeó pegándose a mi cuerpo.

—Sí, podemos hacerlo —gemí comenzando a desatarle los botones de la camisa.

Él me facilitó la tarea tirando de ella para sacársela por la cabeza mientras yo forcejeaba con sus pantalones. Estábamos ansiosos los dos.

—Bésame, tócame, Grace —me suplicó.

Yo le toqué y él me tocó, como la primera vez, para dejar de estar nerviosos. Mi mano se posó en su miembro y la suya se metió entre

mis muslos. Llenó su mano con mi carne y la presionó suavemente mientras yo le acariciaba despacio, haciéndole gemir. Cuando sentí la piel de su torso desnudo pegada a mi cuerpo, aspiré su aroma, acaricié su vello y lamí su piel, justo en aquel hueco delicioso entre sus clavículas, encendida por su calor.

Andrew me bajó los tirantes del camisón y sentí el dulce cosquilleo de su barba en mis pechos.

—Te han crecido —susurró admirándolos y sosteniéndolos en sus enormes manos—. Y tienes los pezones más grandes también.

Rocé su cuerpo con ellos instándole a probarlos. Él tomó uno de mis pezones en su boca, ansioso, mientras me estrechaba entre sus brazos.

Deseábamos tanto la piel del otro que no podíamos parar de tocarnos, chuparnos y besarnos. Él sabía a salsa de tomate y a las galletas de avena, algo rancias que había conseguido rescatar de la despensa. Su lengua era cálida y húmeda y se deslizó por mi cuerpo haciéndome unas cosquillas deliciosas con la barba. Me agarró las nalgas con fuerza y rodé colocándome sobre su cuerpo grande y poderoso. Andrew había adelgazado por culpa del duro trabajo físico del puerto y era puro músculo. Él tomó mis manos y entrelazándolas con las suyas, se adentró entre mis muslos haciéndome gemir, pero no entró, primero se regodeó, obligándome a emitir aquellos sonidos inconexos que me salían sin querer y que le hacían resoplar de placer. Permanecí encima mientras resbalaba suave y caliente, tan rígido que parecía imposible.

La luz tenue de la luna bañaba nuestros cuerpos desnudos entrelazados.

—Te amo —murmuré con un hilo de voz, desesperada por sentirlo y entonces, por fin, me penetró abriéndose paso sin esfuerzo, grande y urgente.

Se quedó quieto unos instantes dentro de mí, y permaneció así, mirándome, sin moverse, intentando aguardar, alargando aquel placer exquisito de nuestra unión, pero estaba demasiado excitado. Yo froté mis pezones contra el vello de su pecho para alentarlo a proseguir, no quería hacerle esperar más, deseaba verle llegar, y entonces gimió con fuerza temblando y ya no paró de moverse.

Me tenía entre sus brazos con el aún pequeño y abultado vientre redondeado sobre el suyo. Jadeé con fuerza. Se aferró a mis nalgas sintiendo el pequeño bulto contra su cuerpo. Comenzamos a agitarnos juntos, despacio, sintiendo aquella vida entre los dos, protegiéndola con el amor que estábamos dándonos mutuamente.

Andrew se estremecía entre mis muslos. Le aferré por la nuca deshaciendo sus rizos mojados de sudor y él me besó y abrazó raspándome el cuello y los pechos con la barba. Noté mi sangre bombeando desde el corazón, distribuyéndose cálida y rápida por todo mi cuerpo, y pude sentir también su propio pulso atronador que hacía acelerarse al mío.

Disfruté los apremiantes esfuerzos cada vez más urgentes hasta que por fin sentí sus latidos desbocados en mi interior y entonces, justo entonces, fue cuando vibraron mis propios latidos en las entrañas a la vez que se despertaba aquel dulce burbujeo del nuevo ser que habíamos engendrado de aquella forma tan maravillosa.

Desde la ventana se divisaba un trozo de cielo cuajado de estrellas.

Me incliné sobre Andrew para besarle y mis rizos le acariciaron la cara haciéndole sonreír. Me acarició el rostro, el cuello y los pechos y emitió un ruido de pura satisfacción al sentir mi boca en uno de sus pezones. Estaba sudoroso y el suave vello de su vientre duro y plano sabía a sal.

Al sentir mis labios surcando su cuerpo, suspiró con fuerza.

—Me moría por tenerte otra vez —susurró ronco mirándome de una forma que hizo que se me erizase toda la piel del cuerpo y que me sintiese ardiendo de deseo de nuevo.

—¿Soportarías siete meses más sin…? —dije mirando a Andrew con intención, jugueteando con el vello cobrizo y húmedo de su pecho.

—¿Sin hacerlo? —exclamó mirándome espantado.

—Es broma —reí.

—Eres cruel, mi vida —rio.

—Hamish, en la carta que me envió, decía que querías marcharte lejos, viajar. ¿Aún lo deseas? Porque no quiero ser yo quien te ate y no te permita hacer algo que deseas —le pregunté intentando alejar mis

últimos temores.

Andrew me miró con su sonrisa más apacible.

—No deseo nada más que esto. Te lo prometo, Grace —susurró besándome con suavidad.

Me apoyé entre el hueco de su brazo y su hombro y acaricié su pecho. Me sentía liviana y a la vez muy frágil, con los sentimientos a flor de piel. Como siempre, desde el principio, siempre había sido así con Andrew. Él me hacía sentir como si mi corazón tuviese alas. Esa sensación me ponía al filo de todo, salvaje y muy vulnerable al mismo tiempo, pero sobre todo hacía que me sintiese a salvo, más a salvo que nunca.

CAPÍTULO XXIX

Un buen afeitado

Ya estaba despierta, en un duermevela delicioso, pero Andrew me hizo despabilarme del modo más placentero del mundo. Se metió bajo las mantas y enterró la cabeza entre mis pechos, besándolos y chupándolos mientras me acariciaba entre las piernas con sus dedos grandes y largos.

No tardé en comenzar a gemir y casi sin darme cuenta estábamos enredados de nuevo, sin poder separar nuestros cuerpos, jadeando y riendo a la vez.

De pronto, Andrew se levantó como asustado.

—Grace… —susurró con cara de espanto.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañada.

Él me acarició con delicadeza el rostro, el cuello y fue bajando hasta mis pechos sin dejar de contemplarme inquieto.

—¡Oh, no! ¡Y también tus mejillas!

—¿Qué ocurre? —dije levantándome deprisa, pensando que algo me habría provocado alergia. Me acerqué hasta el espejo de la puerta del pequeño armario ropero para verme. Cuando me fijé en mi reflejo me quedé asombrada. Tenía gran parte del cuello y el escote con rubicundos ronchones que sobre mi pálida piel se distinguían muchísimo. Pero enseguida me di cuenta de qué era.

—Me has rozado con la barba mientras hacíamos el amor —sonreí con tranquilidad.

—He sido un bruto y te he magullado esa piel tan suave que tienes. Lo siento, mi vida —dijo Andrew apenado.

Regresé a la cama y me puse la bata sentándome junto a él.

—Tengo la piel demasiado sensible, enseguida se me pone colorada. Hasta por las etiquetas de la ropa —dije acariciando su barba pelirroja y rizada—. No es nada, no me duele.

—Bueno, lo mejor es que me afeite. No pienso volver a magullarte por mí… por ser demasiado… —resopló levantándose contrariado.

—¿Por tu entusiasmo y frenesí al hacerme el amor? —bromeé.

—Me mortifica verte así, aunque digas que no te duele —dijo acariciándome apenado.

—Pero yo no quiero que te afeites —me quejé.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque me resulta muy… sensual el roce de tu barba en ciertas partes de mi cuerpo. Sobre todo en las más ocultas —susurré.

—¡Oh, Dios Santo! Qué salvaje eres —sonrió azorado.

—Bésame con esa barba, anda —dije tomándole del mentón

Lo hizo, me dio una beso profundo y largo, lleno de pasión.

—Pero no acepto tus reticencias. Pienso afeitarme —dijo soltando mis labios y dejándome jadeante para levantarse de la cama y salir del dormitorio.

—Está bien, pero con una condición —dije persiguiéndole hasta el cuarto de baño.

Andrew se puso a orinar agachado porque daba con la cabeza en el techo abuhardillado, e intentó cerrar la puerta, pero la abrí para conversar mientras lo hacía.

—¡Grace! —exclamó azorado.

—No te preocupes, no me escandalizo fácilmente. He sido enfermera en el frente y he visto cientos de hombres orinando desnudos, de hecho yo misma les sondaba a muchos de ellos.

Andrew puso los ojos en blanco intentando terminar lo más deprisa posible. Después se sacudió un poco para no ir goteando por la casa y me reí al verlo.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—El cómo te la zarandeas. Es gracioso —dije ante su mirada atónita, haciendo el mismo gesto que él con la mano.

Después de aquel momento incómodo para él y muy divertido para mí, le seguí hasta la cocina. Él reavivó el fuego de la chimenea con un poco de turba y yo puse el agua para el té y un inmenso puchero, el más grande que tenía, para calentar agua para un baño.

—La barba se ablandará si nos damos un baño caliente —dije.

«Nos va haciendo falta», pensé.

Habían pasado dos días desde mi salida precipitada de Londres y me sentía incómoda. Necesitaba agua y jabón por todo mi cuerpo y Andrew no era una excepción. Él tenía razón en opinar que yo era algo salvaje porque me encantaba su recio aroma masculino, pero

aquello ya empezaba a ser demasiado.

No era fácil llevar el barreño y Andrew fue de gran ayuda. Aunque me di cuenta de que debido a mi estado él estaba dispuesto a no dejarme cargar ni con una manta. Nos bañamos juntos porque el agua no permanecía caliente mucho tiempo. Cerré la puerta para mantener el calor que proporcionaba el vapor del agua caldeada en aquel pequeño cuarto de baño. Andrew se sentó entre mis muslos y se estiró, todo lo largo que era, sacando los pies por el borde de la bañera.

—Podríamos poner una de esas calderas de agua caliente en un futuro —dije jabonando su torso y su vientre.

Andrew tenía los ojos cerrados y apoyaba su cabeza rizada entre mis pechos, suspirando de vez en cuando.

—Eso será caro. Necesito un trabajo primero —dijo con el ceño fruncido por una repentina preocupación.

—Creo que no demasiado. No te preocupes. Ahorraremos —dije enjabonando sus rizos rojizos.

Él levantó la vista y me besó con ternura.

El agua se estaba quedando fría y decidimos salir ya aseados y frescos. Me sentía tan bien que no podía recordar un día mejor que aquel en toda mi vida. Andrew dispuso la navaja, la brocha y el jabón de afeitar con parsimonia sobre el lavabo y entonces debió de recordar lo que le había empezado a decir antes del baño.

—¿Qué condición era esa? —preguntó.

—Que me dejes afeitarte —dije envuelta en una toalla.

Andrew estaba desnudo y los rizos de su pelo y la barba le goteaban sobre el pecho. Admiré su fornido cuerpo mojado y brillante con satisfacción, y ni corta ni perezosa me puse frente a él tomando la brocha y el jabón para comenzar con la tarea de acabar con aquella frondosa barba rojiza.

—¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendido.

Asentí.

—Quiero afeitarte.

Andrew me miró divertido, entornando los ojos con una inmensa sonrisa.

—Espera. Lo has hecho alguna vez, ¿verdad? —preguntó asustado.

Volví a asentir. Él comprendió y asintió a su vez algo azorado. Entonces le besé con ternura, para que se olvidase de sus pensamientos acerca de mi matrimonio con George, tomando su rostro entre mis manos, de puntillas. Andrew me rodeó con sus brazos y me alzó para besarme intensamente.

—Será divertido, ya verás —dije pegada a su cuerpo.

—¿Divertido? —sonrió muy cerca de mi boca. Afirmé con una pícara sonrisa.

—Siéntate aquí —le pedí acercándole una silla de madera que tenía en el baño. Andrew me hizo caso sin poder reprimir una sonrisa espectacular.

—Eres consciente de que te encanta mandar y a mí que me mandes, ¿verdad?

—Shhh, quieto —reí.

—Bien, ya estoy sentado y prometo estar quieto por mi bien —dijo mirándome intentando mantener la compostura.

—¿Confías en mí? —pregunté.

—Siempre —susurró.

Primero llené con agua la pila del lavabo y le enjaboné la cara con la brocha cargada de espuma sin prisa. Había afeitado a George muchas veces, porque él me lo pedía. Y ahora quería crear recuerdos para nosotros, los nuestros, y esperaba que aquel fuese uno bueno a partir de ahora. Si no me equivocaba, a Andrew le iba a encantar mi afeitado porque era un hombre al que le gustaba ser mimado. A él no le gustaba estar solo, en eso éramos iguales, pero además necesitaba ternura y ser tocado.

Pensé en aquellos meses separados y los estragos que la soledad había hecho con él y en cómo se reflejaba en su rostro demacrado y su cuerpo más delgado y me estremecí. Me conmovía mucho su dolor. No quería que sufriese nunca más. Ya había sufrido suficiente al quedarse huérfano de niño. Además, tenía que reconocer que él me hacía ser más dulce. La guerra me había endurecido mucho, pero Andrew había conseguido volver a enternecerme.

Él se mantuvo quieto, sentado en la silla, desnudo, mirándome mientras le enjabonaba la barba y lo dejaba listo para comenzar con la navaja.

Con ella ya en la mano me acerqué a Andrew casi rozando su muslo con mi cuerpo. Él alargó la mano intentando acariciarme y yo me aparté.

—¡Ah, no! No puedes tocarme —dije amenazándole con la navaja —. Si me distraes puedo cortarte.

Me miró riéndose como un niño travieso.

—Estoy a tu merced, mi vida —respondió mirándome con ternura.

Me puse muy seria, me coloqué de nuevo junto a él, sin rozarlo, pero algo más nerviosa porque sus ojos azules no paraban de observarme. Respiró hondo y se apoyó en la silla. No me tocó, no hizo falta, solo reposó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Estaba feliz, hermoso y todo mi ser respondió a aquella visión de un modo muy lúbrico, concretamente entre mis muslos.

Comencé a afeitarle en silencio, para no distraerme pensando en su desnuda anatomía. Pasé la navaja por su espesa barba rojiza presionando con cuidado. Estaba muy afilada y enseguida me llevé un poco de vello al arrastrar, dejando parte de su piel sonrosada al descubierto. Limpié la navaja en el agua del lavabo y di otra suave pasada por su mejilla para hacer aparecer un poco más de su suave piel. Lo hice por tercera vez y llegué hasta el mentón.

Andrew se mantuvo formal, en silencio. Su pecho subía y bajaba con cada respiración. Lo hacía profundamente, casi suspirando debido a mi tacto. Le estaba gustando muchísimo y me alegré de haber acertado al suponerlo.

Poco a poco, la barba fue desapareciendo de su hermosa cara. Mi cuerpo, tan solo tapado con una toalla, estaba muy cerca del suyo y podía notar su calor. Sin querer, rocé su pierna con la mía y él suspiró dejando los labios entreabiertos para, justo después, abrir los ojos y mirar los míos. Sus pupilas se dilataron y supe que me deseaba. Me miró implorante, como pidiéndome permiso para acariciarme, pero con una sonrisa pícara negué con la cabeza.

Andrew continuó observándome de un modo tan intenso que me

era muy difícil concentrarme. Me coloqué junto a él, tomé su cabeza ladeándola para dejar expuesta su marcada mandíbula, y pasé la navaja con más suavidad, pero sin vacilar, sabiendo que allí estaba, junto con el bigote, el vello facial más espeso y duro, arrastrando el jabón y con él la barba ablandada por nuestro baño caliente.

Proseguí con su cuello. Su nuez subía y bajaba justo por encima de aquel lugar perfecto de su cuerpo, el hueco entre sus clavículas.

Pasé una toalla mojada por su piel para retirarle los restos de jabón, aunque más bien le acaricié con la toalla. Su pulso palpitaba con fuerza en su ancho cuello sonrosado, ya sin barba. Apoyé mi cadera en su cuerpo para tener mejor ángulo de visión y al rozar su piel con la mía noté cómo se agitaba su respiración. Después me coloqué frente a Andrew para afeitarle la zona del bigote, donde su barba era más rubia y dura, sin poder evitar recordar las deliciosas cosquillas que la noche pasada había logrado hacerme con ese bigote.

Tenía su cuerpo desnudo muy cerca. Miré su torso aún perlado de gotitas de agua que descansaban sobre el vello de sus pectorales y no pude evitar chuparme el labio inferior. Andrew se dio cuenta y paseó su mirada por mi cuerpo insistentemente. Sus ojos se detuvieron en la toalla entreabierta sobre mis muslos y yo me detuve. La mano me temblaba, toda yo temblaba de ganas.

—Sigue, no te pares —sonrió susurrando con voz ronca—. Lo haces muy bien.

—En dos pasadas más termino —mi voz me sonó extraña, como más dulce, excitada.

—Lo haces muy… suave— dijo en voz baja, metiendo su mano por debajo de la toalla, acariciando mi vientre muy despacio, con las yemas de sus dedos, rodeando con ternura la aún pequeña curva.

Los lóbulos de sus orejas estaban rojos y su rostro encendido. Miré hacia abajo y no me sorprendió comprobar lo excitado que estaba.

—Me falta muy poco —mi voz fue casi un jadeo.

—Bien… Me encanta que te falte tan poco —susurró con aquella voz profunda y acariciadora que me hipnotizaba los sentidos, y sonrió con picardía.

—¿Sabes que tienes la mente muy sucia, Andrew Grant? —le reñí

con ternura.

Me quitó la navaja de la mano con suavidad, sumergiéndola en el agua del lavabo e inmediatamente después, sus dos manos se dirigieron raudas a acariciar mis caderas, rodeándolas hasta alcanzar mis glúteos que agarró sin excesiva delicadeza.

Andrew tenía el rostro elevado hacia mí y me observaba con una mirada llena de pasión y adoración. Le acaricié las mejillas, los rizos, dejando caer los míos sobre su rostro. Al sentirlos rozando su piel aspiró mi aroma y suspiró.

Todo mi ser temblaba de anhelo. Me coloqué entre sus piernas, apoyándome en sus muslos. Él respiró profundamente y posó su frente en mi abdomen quitándome la toalla. Yo le apreté contra mi cuerpo y él comenzó a besar mi vientre despacio, con besos muy suaves.

No lograba retirar mis ojos de su cuerpo. Andrew volvió a apretarme contra él y yo me senté sobre sus muslos. Su boca estaba a la altura de mis pechos y automáticamente mis pezones se endurecieron al notar su aliento caliente. Sonrió acariciándolos con la punta de su nariz, suspirando de placer. Aún le quedan restos de jabón en la cara. Deslizó sus manos calientes acariciando mi ya casi inexistente cintura mientras besaba mis pechos. Sus labios alcanzaron un pezón, se lo metió en la boca y chupó apretándolo entre la lengua y el paladar. La sensación fue indescriptible. Todo mi cuerpo tembló de placer.

Andrew se dio cuenta y cerró los ojos un instante, respirando hondo y al abrirlos tomó mi boca con una fuerza maravillosa. Gemí y él respondió con un profundo jadeo. Noté su palpitante erección y me froté contra ella haciéndole gruñir. Le rodeé con mis muslos y empujé hacia abajo, disfrutando de su firmeza suavísima, atrapada entre mis piernas. Andrew me tomó por la cintura sin dejar de mirar mis ojos, mi boca y me sujetó elevándome, haciendo que mis entrañas se estremeciesen por anticipado.

Estaba lista y él lo sabía. Era su forma de amarme, él siempre me esperaba, aguardaba para estar seguro de que era el momento adecuado para mí. Pegó mi vientre al suyo, me sujetó con vigor elevándome un poco y me volvió a bajar sobre su miembro, entrando

en mí.

Me penetró despacio, con una ternura asombrosa. Él apoyaba su frente en la mía y cerraba los ojos, mientras yo le observaba extasiada. Besé su boca y él me devolvió el beso comenzando a moverse lentamente. Ya no tenía barba y su piel era suave de nuevo, como la de un niño. Y en aquel instante deseé con todo mi corazón que el Andrew de siempre regresase, aquel chico ingenuo, despreocupado, con el corazón más grande del mundo.

Me abracé a él conmovida y comencé a moverme siguiéndole, sin pensarlo, sin esfuerzo, por instinto. Su beso, que continuaba invadiendo mi boca, se volvió intenso y apremiante, como su lengua, como sus empujes, cada vez más potentes. El anhelo cálido y suave de mi vientre se volvió urgente, ávido. Nuestros jadeos se agudizaron. Comencé a sentirlo, estaba llegando. Solo me hicieron falta tres embestidas más que conté mentalmente, y estallé en un potente éxtasis perfecto que acompañó al suyo.

Terminamos sin resuello, exhaustos, mirándonos a los ojos. En mi cara tenía restos de espuma de afeitar que él me retiró dulcemente con sus dedos, mientras respiraba aún con fuerza.

—Nunca terminó así antes —le dije besando sus labios.

Andrew comprendió lo que intentaba decirle y me acarició con ternura y una inmensa sonrisa de felicidad.

—¿Ves cómo iba a gustarte? —susurré sobre su la piel ardiente de su cuello.

—¡Oh, Santo Dios! ¡Ya lo creo! —jadeó riendo mientras me abrazaba, manteniendo el precario equilibrio sobre la silla, por los dos —. Dime una cosa.

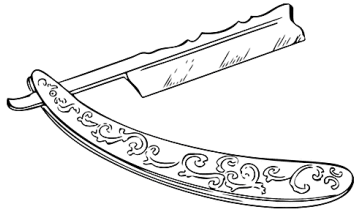
—¿Qué? —susurré temblando aún.

—¿Se pasa alguna vez este deseo, Grace?

En aquel instante me di cuenta de que nunca había deseado así a George, con aquella necesidad física, casi dolorosa, con tanto afán, que no me había sentido ni tan expuesta a alguien ni a la vez tan protegida y codiciada, y que aquel anhelo arrasador era debido a todo eso que Andrew hacía brotar en mí.

—No lo sé Andrew, de verdad que no lo sé —jadeé antes de

besarnos de nuevo.



CUARTA PARTE

CAPÍTULO XXX

Las tres visitas

Se suele decir que las noticias vuelan y eso fue lo que ocurrió con nuestro regreso. Un par de días después, Andrew volvió al mediodía con la confirmación de que ya había hablado con el reverendo McCormack respecto al alquiler del *cottage*. También me corroboró que toda la pequeña ciudad de Inverness ya murmuraba sobre nosotros.

—Aunque me temo que hablan más de ti —dijo muy serio.

—Lo supongo. Y no mejorará la cosa en los meses venideros —dije tomando su mano sobre la recia mesa de la cocina—. ¿Estás preparado para todo lo que dirán?

—¿Y tú? —preguntó Andrew a su vez apretando mi mano en la suya.

—No me importa lo que digan de mí —respondí con ternura tocando mi vientre.

Era cierto, podría tolerarlo. Estaba segura de que iba a poder aguantar las habladurías sobre mí, pero no sí le hacían daño a él.

—Pero a mí si me importa, mi vida. No soporto que te hagan sufrir.

«A mí me ocurre lo mismo», pensé. Miré a Andrew. Estaba serio y le acaricié la mejilla con ternura para calmar su desazón.

—Cambiemos de tema. ¿Qué te ha dicho el reverendo McCormack?

—Mientras paguemos el alquiler no hay problema. Me ha soltado un sermón sobre mi alma y la moral, pero ha cogido las libras sin rechistar —respondió.

—El dinero no tiene alma, ¿verdad? —dije sarcástica.

—Así es, mi vida —me dijo acariciando mi vientre con ternura.

Decidí que iba a hacer caso omiso a cualquier cosa que escuchase y centrarme en volver a la normalidad, a mi vida en Escocia, lo que para mí ya era mi hogar.

Pero para lograrla debía realizar varias visitas.

La primera fue al doctor Lean, y Andrew insistió en acompañarme.

Reginald Lean era un hombre de mediana edad, soltero y discreto,

que no frecuentaba ni la taberna ni la iglesia, sobrio en el vestir y muy competente en su trabajo. El doctor se alegró mucho de verme, aunque obvió en todo momento mi situación conyugal, con lo cual entendí que ya había llegado a sus oídos que Andrew y yo estábamos juntos.

Me encontraba perfectamente, pero Andrew se empeñó en que el doctor me examinase. En un primer momento, me pareció que no era correcto aquel trato de favor, pero tuve que darle la razón en que era mejor que el doctor Lean llevase mi embarazo a tener que desplazarme hasta Perth o Aberdeen.

—Está en perfecto estado, Grace. Los latidos del bebé se escuchan fuertes y normales. Tiene la tensión arterial bien y veo que se encuentra perfectamente, salvo por esa debilidad. Puede que usted esté en lo cierto y sea a causa de una anemia de hierro —el doctor miró a Andrew que escuchaba en silencio —¿Sigue teniendo náuseas matutinas?

—No, han desaparecido. Ahora solo tengo un apetito voraz —reí.

—Bien, perfecto. Le haré unos análisis para corroborar lo del hierro. Coma cosas sustanciosas, carnes rojas, huevos, *black pudding*, espinacas y lentejas. Nuestro *haggis* también es rico en hierro. Si la analítica nos confirma que lo requiere, le daré un suplemento.

—Espinacas y lentejas —repitió Andrew asintiendo.

—Sí, según recientes estudios, es conveniente comer de todo durante el embarazo. No debe faltar la leche fresca y los cereales —dijo dirigiéndose a Andrew confirmándonos que daba por hecho que él era el padre.

—Gracias, doctor —dijo Andrew.

Sabía que el doctor Lean era un hombre que no se dejaba llevar por los chismes, y al que no le importaban mucho las convenciones sociales, y que estaba a favor de la creación del sistema de salud público que planeaba el gobierno laborista del primer ministro Clement Attlee, así que no dudé en comentarle lo que realmente me preocupaba.

—En cuanto a mi antiguo puesto de enfermera… —dije sin andarme con cautela alguna—. Me gustaría recuperarlo, doctor. Sé

que está vacante aún.

—Sí, es cierto, y no tengo nada en contra para que así sea, pero deberé ponerlo en conocimiento de la comisión que lleva el asunto de los centros de asistencia comarcales y estos tendrán que dar parte al patronato presidido por Lord Lovat, el principal benefactor de esta zona. Lo tendrá que aprobar esa comisión de nuevo, ya que usted renunció en junio por motivos personales, pero espero que sea un mero trámite.

—¿Cree que habrá algún problema? —pregunté.

No pude pasar por alto la mirada que el doctor nos echó a ambos.

—Bueno, no es usual que una mujer en su estado trabaje, pero apelaré a su excelente salud y al estupendo desempeño de sus funciones en el pasado.

—Las mujeres embarazadas trabajan en sus granjas desde tiempo inmemorial y eso sí es trabajo duro —sonreí—. Además, nadie ha reclamado o se ha postulado para el puesto de enfermera. Y es una pena que el dispensario esté cerrado y que la gente tenga que desplazarse lejos.

—No me opondré, si es eso lo que le preocupa, Grace. Además, la guerra ha pasado y las cosas están cambiando para todos, pero sobre todo para las mujeres —dijo mirándonos a Andrew y a mí—. Y dicho esto, les felicito a ambos.

Después, el doctor Lean nos tendió la mano a los dos cordialmente y nos citó para otra consulta un mes más tarde.

Salí muy contenta de la consulta y acompañé a Andrew hasta el mercado para regresar andando hasta el *cottage* porque el doctor Lean había dicho que en mi estado era bueno pasear. Al llegar preparé algo rápido de comer y nos sentamos a la mesa. Andrew estaba pensativo. Aún no había recuperado totalmente su habitual carácter optimista.

—Haré caso y dejaré la bicicleta durante unos meses, pero me voy a sentir muy aislada. Dependeré del autobús —dije sirviéndole un poco de empanada de carne que había comprado.

—Todo se reduce a que encuentre un trabajo lo más pronto posible.

—Y a que yo recupere mi puesto —añadí.

—Y que podamos comprar una camioneta de segunda mano —

asintió.

—¿Y una radio? Y podríamos poner teléfono.

—Primero que nos pongan luz eléctrica de una vez por todas —dijo Andrew, taciturno.

—Me parece una gran idea lo de la camioneta. ¿Sabías que mi tío Archie me enseñó a conducir un automóvil y que conduje ambulancias en la guerra? —Andrew me miró espantado.

—No había pensado que… bueno, que la condujeses tú precisamente.

—Y tú, ¿sabes conducir? —pregunté desafiante levantándome a por las coles de Bruselas hervidas.

—No, pero aprenderé —respondió impetuoso.

Yo dejé la fuente con las coles sobre la mesa y de pie a su espalda, puse los ojos en blanco y le rodeé el cuello con mis brazos, besando su cabeza rizada.

—Mañana igual voy a echar un vistazo a los caballos de Alec. Uno andaba un poco tocado de un tendón —dijo.

—Echas de menos a los caballos. ¿Has considerado volver a trabajar en alguna granja? —pregunté—. Sabes que eres bueno con los caballos, Andrew. Es tu don.

Él me miró taciturno y supe que estaba pensando en Hamish.

Fue a Hamish a quien le dediqué mi segunda visita al día siguiente.

Después de comer me inventé una necesidad repentina de comprar unos ojales y en vez de tomar el autobús en dirección al centro de Inverness me desvié hasta el cruce que quedaba junto a la granja Grant. Andrew me vio coger el autobús y se fue caminando hasta la granja de Alec, para hacerle una visita, sin sospechar nada. Sentí cierto remordimiento por ocultárselo, pero acallando mi conciencia, juzgué que la causa lo valía. Estaba decidida a reconciliar al hijo con su padre.

Lloviznaba cuando llegué a la granja. Me acerqué a la casa, nada parecía haber cambiado en el exterior, y grité desde la puerta.

—¡Al de la casa! ¿Hay alguien?

Escuché pasos apresurados y enseguida apareció ante mí Hamish

Grant.

—¡Pero bueno, muchacha! —exclamó abriendo los brazos—. Había oído que habías vuelto, pero no sabía si fiarme de las habladurías de taberna.

—¿En la taberna también se comenta? —bromeé con sarcasmo.

Me abracé con cariño al que un día me pareció un osco montañés maleducado y me enternecí al ver que aquel duro hombre de campo tenía los ojos brillantes de la emoción.

—Pues ya ves que es cierto. He vuelto con Andrew, lo he traído a casa.

Hamish asintió y me cedió el paso al interior de su casa. Una vez dentro me ofreció una silla y él tomó otra para sentarnos frente a la chimenea.

—Pasa, pasa y cuéntame, ¿has dejado Londres definitivamente?

—Sí, he dejado a George. Gracias por ser tan discreto, Hamish —sonreí—. Es largo de explicar, pero te diré que ya no era el hombre que yo conocí una vez y del que me enamoré.

—Las guerras cambian a la gente —dijo lacónico y me dio la sensación de que el antaño fortachón granjero estaba más enjuto y avejentado. Su frondosa barba, de un oscuro tono rojizo y su pelo caoba, de pronto, estaba lleno de canas.

—Me mintió y hay algo que no nos permite estar juntos. En realidad, alguien —dije sonriendo y tocándome el vientre—. Vas a ser abuelo.

Hamish abrió mucho los ojos y se llevó las manos a la boca antes de soltar una carcajada de alegría.

—¡Cristo bendito! ¡Qué alegría me das muchacha! —exclamó sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas—. ¿Cuándo?

—En primavera, a finales de marzo, más o menos.

—¡Oh, muchacha! ¡Qué alegría! ¿Y qué dice Andrew? ¿Y cómo estás tú?

—Pues Andrew está contentísimo con la noticia. Él se encuentra bien, está bien. Yo también —sonreí—. Cuando fui a buscarle a Leith lo encontré muy desmejorado, tenías razón, pero ya come como un cavador de nuevo, aunque, me temo que le pesa mi situación, y que a

nuestro hijo lo vayan a considerar ilegítimo.

—La gente debería meterse en sus asuntos —rezongó Hamish.

—Sería lo más adecuado, pero nada mejor que un chisme —suspiré—. Parece que nadie se ha percatado de vuestro distanciamiento todavía.

—Es cuestión de tiempo. Por mi parte, no tengo nada que reprocharle a Andrew. Pero te seré sincero, Grace. Me gustaría mucho poder formar parte de la vida de mi futuro nieto —dijo mirándome con cariño.

—Por mi parte no veo inconveniente —dije y la cara de Hamish Grant se iluminó de alegría—. Le haré recapacitar, lo lograré, te lo prometo. Haré que ese cabezota de casi dos metros reflexione.

Hamish suspiró aliviado.

—Solo tú puedes conseguirlo y sé que lo harás —dijo.

—Yo también lo creo. ¿Cómo te las apañas con la granja?

—Tengo a Finn. No es muy avispado pero trabaja duro.

—Si no te importa me gustaría hacerle una visita a *Whisky*.

—¡Oh, claro! Se va a alegrar mucho de verte. Ya verás —dijo Hamish levantándose de la silla para acompañarme a los establos.

El bonito caballo trigueño de Andrew se puso a relinchar nada más tenerme delante. Yo le di de comer y le acaricié la cabeza y el lomo para que se tranquilizase, como Andrew me había enseñado.

—Hola precioso, ¿te acuerdas de mí? —le dije al animal con ternura.

Whisky cabeceó resoplando en mi hombro.

—Los caballos tienen muy buena memoria —dijo Hamish mirando al animal con nostalgia—. Se lo regalé a Andrew al cumplir los dieciséis años. Es hijo de la que fue nuestra mejor yegua. Es un gran caballo.

—Echará de menos a su dueño. ¿Echas de menos a Andrew? Porque sé que él te añora mucho, aunque no me lo diga. Yo te he echado de menos mucho también.

El precioso animal me dio un toque con el morro y yo le acaricié con cariño besándole de parte de Andrew.

Tras tomarme un té con Hamish, emprendí el regreso a casa prometiendo volver a menudo. Lo hice por el camino del bosque. Quería realizar mi tercera visita. Solo así iba a sentir que estaba de vuelta en las Tierras Altas de verdad.

No tuve que llamar para entrar porque la que llamaban la Bruja del Bosque tampoco cerraba nunca la puerta. Hazel estaba preparando sus ungüentos cuando crucé el umbral de su pequeña cabaña con el techo de paja, y al verme me dedicó una extraña sonrisa.

—Hola Hazel. He vuelto —dije.

La cabaña entera olía a cera de abejas y a hierbas aromáticas.

—Y no vuelves sola. Las abejas y tu hombre hicieron su trabajo —me dijo y fue extraño porque sentí algo así como si nos hubiésemos visto un par de horas antes.

—Sí, las escuché por fin, como tú me dijiste —sonreí emocionada.

—Lo llevas escrito en la cara, te está cambiado el cuerpo, la mirada, sobre todo.

—Ya empieza a notarse. La cintura casi ha desaparecido —dije tocándome el vientre.

—Déjame ver… —Hazel dejó lo que estaba haciendo, se limpió las manos en su delantal y se acercó hasta mí para posar sus manos sobre mi cada vez más abultado vientre. Estuvo un rato en silencio, aguardando el movimiento que ya era más que un burbujeo—. Tercera o cuarta semana del cuarto mes ya. Es una niña. Una niña fuerte y sana de primavera —dijo Hazel.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendida.

Hazel elevó una ceja y sonrió de nuevo.

—Por algo me llaman bruja, *caileag bheag*.

De regreso al *cottage*, me encontré a Andrew sentado frente a la chimenea, cosiéndose un botón de una camisa. Parecía aburrido porque se alegró mucho de verme.

—Has tardado —dijo dándome un beso que me supo a mantequilla —. ¿Has encontrado esos ojales?

—No. No tenían de los que yo quería. Tendré que volver a ver si los han traído —dije intentando sonar veraz, sentándome en el sofá, a su lado—. ¿Y tú que has hecho mientras tanto? —pregunté para distraer su atención

—He comenzado a limpiar el antiguo establo…, que podríamos emplear para algo, no sé todavía para qué, y después… bueno, me moría de hambre, así que me tomé un té y… me he comido los *scones* que compramos para desayunar con la mantequilla que quedaba —me dijo avergonzado mientras yo ponía los ojos en blanco intentando permanecer seria—. Pero no te preocupes, mañana preparo yo el desayuno. No te quedarás sin desayunar por mi culpa.

No pude evitar una risita acompañada de un beso mientras me sentaba junto a él, en el sofá, frente a la chimenea. Me recosté sobre su pecho cálido. La temperatura había bajado mucho ya a finales de septiembre y la noche empezaba a ganar la batalla a las horas de luz.

—Huele muy bien —dije haciéndole mimos en la barriga y bostezando—. Estoy cansada y hambrienta. Hoy he caminado mucho.

—He asado patatas. Y ha sobrado empanada.

Le besé con ternura y él me acarició el vientre con un gesto tan dulce que se me escapó un suspiro lleno de congoja sin querer.

—¿Estás bien, Grace? —preguntó Andrew alarmado al ver temblar mi barbilla sin saber muy bien si reír o llorar.

—Sí, es que soy tan feliz… Y creo que el estar embarazada me está causando malas pasadas con esto de las emociones. Se me juntan todas a la vez —hipé con una sonrisa.

—¿Y lloras? —sonrió también.

—Se puede llorar de felicidad.

Andrew me miró y sus ojos me recorrieron el rostro sin perderse detalle, después me acarició todo el contorno de la cara para, al final, darme un suave beso dulce y largo.

—He tardado tanto porque he ido a visitar a Hazel. Ella me ha dicho que es una niña.

—¿Cómo puede saberlo?

—No lo sé, pero yo la creo. ¿Tú qué prefieres que sea?

—Me da igual. Yo solo quiero que estéis bien. Que todo salga bien

—susurró acariciando mi barriga. Había dejado de sonreír.

Me di cuenta de que Andrew temía el momento del parto y de que su temor provenía de saber, por fin, que su madre había muerto al dar a luz a aquel hermano prematuro que no sobrevivió.

—No nos pasará nada. Estoy bien y ella también —dije tomando su rostro entre mis manos—. Tu madre tuvo un embarazo difícil y ningún médico o matrona le hizo controles. Se evitarían muchas complicaciones si todas las futuras madres pudiesen acceder a una simple consulta.

—Ahora recuerdo que ella estaba como… enferma. Pero lo olvidé. Nadie me habló de ella y olvidé muchas cosas de mi madre. Eso tampoco se lo perdono a él —dijo arrugando el ceño—. Recuerdo el día de su entierro, que no me dejaron verla. Posiblemente, porque la enterraron con mi hermano. También recuerdo que vino mucha gente y que estuve rodeado de extraños porque Hamish no apareció. Recuerdo los cuchicheos y la puerta abierta de casa para que su espíritu pudiese salir. Todos me decían que ya era un hombre, que no llorase y yo solo… solo quería que se fuesen para poder ponerme a llorar. Esa noche Hamish regresó borracho y se quedó a vivir en la granja.

—No fue culpa de Hamish, Andrew. Probablemente, no se hubiese podido hacer nada en cualquier circunstancia —dije rodeándole con mis brazos. Él se quedó pensativo y no contestó—. Ya la noto, ¿sabes? A la niña. Cada vez con más fuerza porque es muy fuerte, como tú. Y yo también lo soy, así que no temas nada. La guerra me enseñó que no puedo controlarlo todo, pero también que soy muy capaz y que sobreviviré. Lo único que me da miedo es… que no tuve una madre. No tengo en quien basarme para criar a nuestra hija.

—No importa, aprenderás. Aprenderemos juntos —Andrew se inclinó, besó mi vientre y susurró sobre él—. Hola pequeña, soy papá.

CAPÍTULO XXXI

La pelea

Llovía otra vez y el suave repiqueteo de las gotas de agua contra el tejado se fue convirtiendo en un sonido más fuerte, monótono pero relajante. Ahora, la lluvia ya no me parecía un fastidio, como le ocurre a la gente de ciudad en general, sino una bendición caída del cielo, algo beneficioso para el campo, las personas y los animales.

Todavía sentía el hormigueo que los labios de Andrew habían provocado en los míos. Tras hacer el amor me había estrechado contra él, posando su mano en mi vientre y así, acariciándolo, se había quedado dormido, completamente relajado y satisfecho, como él decía, al haberme dado placer.

Lo hacíamos prácticamente todos los días. Y lo que en nuestras primeras semanas había sido pura lascivia urgente, ahora era una necesidad suave y profunda del otro, que se despertaba tal vez por la mañana, o al mediodía, al rozarnos sin querer, al mirarnos o al sucumbir a un beso que creíamos que solo sería breve. El ajetreo diario nos frenaba hasta que ese deseo culminaba en la noche, al tocarnos desnudos en el lecho.

Se podía decir que tanto Andrew como yo teníamos el mismo ritmo carnal. Había encontrado a un igual, alguien que estaba a la altura de mis necesidades más íntimas y que no dudaba en satisfacerlas, dejando a un lado cualquier otra cosa. Como aquella vez que habíamos salido a pasear por los brezales cercanos y en un arrebato, terminamos haciendo el amor a plena luz del día, entre los helechales, con la piel desnuda suficiente para tales menesteres, sin importarnos que el rocío nos mojase.

En un principio, llegue a pensar que aquella podía ser una pasión desbocada de esas traicioneras que llevaba a la gente al desastre, por la intensidad con la que nos amábamos. Lo había visto con demasiada frecuencia durante la guerra. Hombres y mujeres se unían con desesperación, sin pensar en el futuro o las consecuencias.

En mis primeras veces con Andrew había creído perderme a mí misma. Siempre me atemorizó perder el control absoluto de mis actos y afectos. Me daba cuenta, pero ahora, darle todo a Andrew me

parecía lo más natural del mundo. Era una entrega mutua. Yo consentía y él tomaba y al revés.

Me removí molesta en la cama. Tenía una necesidad imperiosa de orinar y no tuve más remedio que levantarme. La noche de principios de octubre era fría y aunque intenté regresar rápidamente a la cama, no pude evitar destemplarme por completo.

Al sentirme de nuevo bajo las mantas, Andrew emitió un pequeño gruñido de placer y se acercó a mí pasándome su pesado brazo musculoso por encima.

—Estás helada. Ven… Deja que te dé calor —susurró atrayéndome a su cuerpo que ardía, como de costumbre, para apretarme con mucha suavidad. Sus palabras sonaron suaves y dulces entre el ruido constante de la lluvia. Sentía su piel caliente contra la mía.

—Eres como una estufa —reí acomodando mi trasero y mi espalda, a sus muslos y su pecho. Me sentía deliciosamente bien entre sus brazos.

Andrew emitió un ruido que parecía una risa y al momento ya estaba otra vez resoplando, dormido.

Al rato me di cuenta de que estaba desvelada y supe que me iba a costar conciliar el sueño de nuevo. Intenté relajarme, pero no podía. El enorme cuerpo de Andrew envolvía el mío. Él debió notar mi intranquilidad porque se despertó.

—¿No puedes dormir, mi vida? —preguntó somnoliento.

Me volví hacia él y negué con la cabeza.

—¿Sabes qué? —dijo Andrew con voz pícara, y supe que iba a contarme una de sus historias—. No te lo había contado, pero resulta que Alec está saliendo con alguien. Ha dejado de beber y todo. ¿A que no adivinas con quién?

—¿Ah, sí? Me alegro por él. Por lo que he visto, y cuentas, es un chico muy dispuesto y muy cordial, aunque bastante tímido. Y se le puede considera agraciado.

—¿Agraciado Alec? Pero si es un tirillas —rio Andrew.

—Pero tiene un hermoso rostro y unos ojos muy bonitos —Andrew me miró escéptico—. ¿Bueno, y quien es la afortunada?

—Se trata de Lorna Monroe —yo abrí la boca ante la sorpresa—. Pero están saliendo en secreto porque Alec sabe que los padres de Lorna no le consideran un buen partido. No puede trabajar en el campo con la mano que le ha quedado y dependerá de su hermano para llevar la granja familiar. Además, ellos tienen ovejas y eso da menos dinero que las vacas. Pero como él dice, le faltan cuatro dedos de la mano derecha, pero aún posee un pulgar grande y fuerte.

Andrew soltó una carcajada y entonces me di cuenta de la broma.

—¡Oh, hombres…! —dije dándole un codazo en el costado. Su cuerpo vibró de risa.

—Lorna le está enseñando a escribir con la mano izquierda.

—Qué bonito gesto —dije contenta por Alec y a la vez por no tener que pensar en Lorna como la chica que andaba detrás de Andrew—. Lo que no entiendo es cómo han llegado a salir juntos.

—Al parecer, el día del baile, en año nuevo, Alec estuvo bailando con ella cuando me fui en tu busca. En un descuido de la madre de Lorna, Alec salió a fumar, ella le acompañó y entonces se besaron. Ella le dijo que le gustaba desde hacía tiempo, pero de un modo distinto. Eso no lo entendimos ni Alec ni yo.

—Yo sí lo entiendo —dije poniendo los ojos en blanco ante la ingenuidad de Andrew y su amigo.

—Bueno, pues ahí empezó todo.

—El mismo día que nosotros —dije besando su pecho.

—No, yo ya sentía algo muy poderoso por ti antes de esa noche —dijo Andrew besando mi frente.

—¿Ah, sí? —susurré contemplando su rostro. Los ojos de Andrew brillaban en la penumbra.

—Sí, lo que pasa que aquella noche estabas tan preciosa… Y yo ya había pensado en todo lo que te diría. En cómo bailaríamos, en que después te acompañaría a tu casa paseando, charlaríamos y… bueno, en que te besaría y te pediría para salir y… ¡Demonios! Lo había imaginado en mi cabeza, palabra por palabra. Estaba tan nervioso…

—Y todo te salió al revés por mi culpa —dije acariciando su rostro en la oscuridad.

—No, en realidad todo salió de maravilla —dijo besándome—. Ese

vestido te quedaba… Parecías una estrella de cine.

—Aún lo tengo —reí—. Tú también estabas impresionante y guapísimo con aquel traje de tres piezas. Me deslumbraste con tu camisa blanca, tu corbata y tu chaleco de Tweed.

—Pues si aún tienes ese vestido, deberíamos salir algún día para que lo luzcas.

—Lo mismo digo —susurré vislumbrando su sonrisa blanca en la penumbra. Andrew me apretó contra su cuerpo.

—Creo que yo también me he desvelado así que… ¿Me ayudas a volver a dormirme? —susurró besando mi cuello.

—¿Cómo tenías pensado que te ayude? —dije lamiendo su nuez, provocándole un gemido.

—Seguro que se te ocurrirá algo, *mo ghràdh*.

—Creí que lo decías de broma —respondí la tarde siguiente, viendo como Andrew se ponía su único traje de tres piezas.

—No, quiero llevarte a bailar o al cine.

Me acerqué a él ya en combinación para hacerle el nudo de la corbata que se estaba resistiendo.

—No sé. ¿Te parece que es una buena idea? —dije apretando el nudo ante la mirada atenta y azul de Andrew.

—Sí, y sé lo que estás pensando y no, no me importa que cotilleen —dijo tomándome por la cintura para besarme con fuerza.

—Bien —sonreí ante su decidido beso—. Mejor al cine. Hace siglos que no voy.

—Ponen *El capitán Kidd*.

—¿Quién sale? —dije comenzando a ponerme las medias ante la atenta mirada de Andrew.

—Randolph Scott y Charles Laughton. Dicen que es muy buena. Es de esas de piratas, con pelucas y todo —dijo gesticulando por encima de su cabeza—. El capitán Kidd era escocés, de Dundee.

—Uhm… No me gustan mucho las de piratas —respondí siguiendo con la tarea de subirme la media sin romperla.

—En el Olimpia dan *Breve Encuentro*. Esa es de amor.

—¡Ah, sí! De Trevor Howard. ¿Te has mirado la cartelera?

—En la taberna de Gavin. ¿Prefieres esa? —preguntó sin quitar ojo de mis piernas.

—Sí —dije levantándome en combinación para ponerme el vestido de satén drapeado que se me resistía—. ¡Oh, señor! Dentro de poco no me valdrá nada ¿Me ayudas con los botones?

—Claro, esos botones son mi perdición —sonrió con picardía.

Era una tarde de sábado desapacible, con aguanieve, y el cine Olimpia estaba a rebosar. Teníamos las butacas en el centro de la sala y en cuanto entramos todo el mundo giró la cabeza para mirarnos. Andrew tomó mi mano y se abrió camino entre el gentío para llegar hasta nuestros asientos. La película estaba a punto de comenzar. Varias mujeres murmuraron a nuestro paso en el momento exacto en el que apagaban las luces. Creí entender la palabra "desvergonzada" a una de ellas y deseé con todas mis fuerzas que Andrew no la hubiese oído. Nos quitamos los abrigos y nos sentamos.

La película se trataba de un drama romántico contemporáneo. Celia Johnson y Trevor Howard estaban maravillosos en sus respectivos papeles del doctor Alec Harvey y Laura Jesson, una respetable mujer casada, que se encuentran por casualidad en una estación del tren y se enamoran sin remedio.

«Todo empezó en un día corriente, en un lugar corriente, el café de la estación de Milford…», comenzaba la protagonista.

En un momento de la cinta, ella también decía: «No sabía que a alguien corriente pudiera pasarle algo tan intenso». Y en ese instante me sentí completamente identificada con aquella frase.

El tren levantaba el polvo de la estación y una pequeña mota de polvo se colaba en el ojo de ella, que entraba en la cafetería en busca de una rápida solución a su molestia. Un médico que esperaba su tren la socorría y ese breve contacto físico entre médico y paciente, entre dos desconocidos, lo iniciaba todo.

El enamoramiento simplemente pasaba, como ocurre en todos los enamoramientos, no tenían justificación ni porqués. Ellos eran felices en sus respectivos matrimonios, pero el amor les sacudía y los expulsaba de sus vidas rutinarias de forma abrupta.

Andrew me tomó de la mano en varias ocasiones y se la llevó a los labios. Parecía que la película también le estaba gustando.

Tras esa inocente mota de polvo, los encuentros de los enamorados comenzaban siendo casuales y castos. En un primer momento, luchaban por contener ese amor, hasta que era inevitable. Después, los encuentros concertados ya no eran tan honestos. Todo se volvía clandestino. Se veían sus tardes de cine, los platos compartidos en restaurantes y sus paseos por el campo. Pero finalmente, la vergüenza era demasiado grande y la culpa abrumadora.

La recreación de aquella infidelidad desató ciertos murmullos de desaprobación.

El final de la conmovedora historia de amor imposible me dejó con un nudo en la garganta y un miedo indefinible porque me reconocía en aquella mujer y en aquella sociedad, la nuestra, la que no iba a aceptar nuestra desobediencia.

Al encenderse las luces y levantarnos para ponernos los abrigos, todo el mundo se dio cuenta de mi vientre abultado y, por lo tanto, de mi estado y entonces el murmullo fue ensordecedor.

«Por eso ha regresado. ¡Qué inmoralidad!», percibí a mi espalda a una señora desconocida. Miré a Andrew, lo había escuchado y estaba completamente sonrojado. Yo estaba alterada y no lograba atarme el abrigo. Andrew me lo cerró, tomó mi mano y me sacó de allí sin decir una sola palabra ni mirar a nadie, solo aferrando mi mano con fuerza. Observé como apretaba la mandíbula y la vena que se le hinchaba en la sien cuando estaba furioso.

Al salir al exterior me encontraba aturdida y solo podía ver los rostros de la gente a nuestro alrededor y sus caras de reproche. Andrew me ayudó a ponerme los guantes. Su mirada mortificada lo decía todo. Y yo solo lo sentía por él, no por mí.

—Ha sido por mi culpa. Te he expuesto a todos esos perversos falsos virtuosos —dijo entre dientes.

—A mí me da igual, Andrew.

—¡Pero a mí no! No voy a permitir que te insulten, *mo ghràdh* —exclamó apenado.

Le acaricié el rostro con ternura y comencé a sentir unas tremendas

ganas de llorar.

—Lo único que temo es que acabes avergonzándote de mí. Mira como terminan los amantes de la película —susurré al borde de las lágrimas.

—¡Oh, mi vida! Es solo una película —dijo sonriendo y abrazándome con fuerza—. Yo jamás podría avergonzarme, ¿sabes por qué?

—No —sollocé.

—Porque me siento muy orgulloso de ti, Grace —dijo tomando mi rostro para besarme a la vista de todos.

Las cosas no mejoraron. Después del incidente del cine, los rumores de mi embarazo se expandieron por todo Inverness. Entonces presentí que los jueces de la moral me harían pagar. Ya no podían acusarme de brujería, colgarme ni quemarme en una hoguera, pero no me iban a devolver mi puesto de enfermera.

Una noche, Alec trajo a Andrew a casa todo golpeado. Me había quedado medio adormilada junto al fuego, leyendo un libro de la biblioteca, en donde el día anterior me habían mirado con desaprobación la bibliotecaria, la señora Sinclair y todos los allí presentes.

Nada más verlo aparecer apoyado en su amigo me despabilé asustada.

—Pero, ¿qué demonios ha pasado? —exclamé. Andrew llevaba la cara llena de golpes, sangraba de una ceja y se agarraba la cabeza y el costado, mientras Alec lo ayudaba a sentarse a mi lado con dificultad.

—No es nada, Grace. No te preocupes —dijo Andrew resoplando.

Me fijé mejor en él. Llevaba la camisa desgarrada y tenía una brecha en la cabeza de la que sangraba mucho.

—Estábamos en la taberna, pero juro que no íbamos a beber. Andrew quiso comprar algo para cenar y entonces unos tipos se empezaron a meter con… nosotros —titubeo Alec.

Definitivamente, Alec Murray no era un buen mentiroso. Andrew callaba y su rostro, en vez de expresar dolor, estaba contraído por la ira.

—¿Fue así? Dime la verdad, Andrew Grant —pregunté alarmada y enfadada a partes iguales mientras cogía una servilleta y se la ponía a Andrew en la herida de la cabeza—. Alec, tráeme el maletín que tengo en ese armario, en la parte de abajo. Voy a ver si arreglo este estropicio. Apriétate aquí, no dejes de apretar.

—No es nada —rezongó Andrew.

Alec me dio el maletín y saqué todo lo necesario para desinfectar heridas.

—Sí, sí es. Tengo que limpiarte esas heridas y ese corte en la cabeza va a precisar puntos, no para de sangrar —dije aplicando una gasa del material médico que guardaba en casa por si tenía que salir de urgencia a hacer alguna cura.

—Yo, creo que me marcho ya. Pero si necesitáis cualquier cosa no dudéis en llamarme —musitó Alec.

—Gracias Alec, gracias por traerlo a casa —asentí agradecida.

Andrew gruñó a su amigo haciendo un gesto en señal de despedida y cerró los ojos con fuerza al sentir la presión de la gasa con yodo.

—Te has hecho una buena herida en esa piedra dura que tienes por cabeza. Voy a tener que darte un par de puntos —él gruñó dolorido agarrándose el costado. Le quité la ropa y vi los golpes hinchados que ya empezaban a ponerse morados—. ¿Con quién te has peleado? Han tenido que ser varios porque te han dado una buena paliza. ¿Habéis bebido?

—No, ni una sola gota y sí, han tenido que ser varios para poder conmigo. ¿No me vas a dar algo de whisky primero? —dijo gruñendo de dolor mientras comenzaba a coserle la brecha de la cabeza.

Dejé de coser, me levanté mirando a Andrew de reojo, y fui hasta la alacena para coger la botella del "agua de los dioses" y llevársela. Él la abrió y le dio un trago largo, seguido de otros dos más.

—Ya está bien. Acabarás borracho y te dolerá igual —dije quitándole la botella para continuar cosiendo la brecha con cara de pocos amigos.

—A Alec no le han pegado porque es manco. Él ha intentado separarnos junto con Gavin, pero no les ha sido fácil. Han sido los cochinos de los McKay y los Walker. Son primos —me explicó

Andrew.

—¡Malditos animales! —murmuré indignada.

—Tranquila, ellos estaban borrachos y han acabado peor que yo —dijo con una sonrisa orgullosa.

—Escocés cabezota… —dije cosiendo esta vez sin miramientos, provocándole un aullido de dolor—. Y no lo siento.

—Sé que no lo dices de verdad. Solo estás enfadada conmigo —dijo sonriéndome con ternura.

—No me pongas ojitos, Andrew Grant, no es el momento. Me has dado un susto de muerte y estoy embarazada de tu hija.

—Lo lamento, mi vida —susurró—. ¿Sabes que eres maravillosa?

—¡No me hagas la corte! No es divertido verte llegar sangrando como un cerdo, ¿sabes? —dije con un nudo en la garganta. Andrew posó su mano en mi mejilla y me acarició con suavidad, intentando calmarme. Me temblaba el pulso y tuve que respirar hondo.

—Tranquila, estoy bien. Solo son unos golpes.

—Puedo curar a desconocidos y hacerles pasar mil sufrimientos, pero a ti… es más difícil verte… herido —me quejé suspirando—. Me preocupa el golpe de las costillas, tienes un hematoma grande. Espero que no te hayan roto ninguna. Lo demás no es grave, pero estarás muy dolorido unos días.

—Puedo respirar hondo sin problemas. Solo me ha arreado fuerte el idiota de Mike McKay, pero yo le he roto una silla en la cabeza. Le apodan "pequeño Mike" pero es todo lo contrario. Tendré que pasar por la taberna. Le prometí a Gavin que se la pagaría.

—¡Estupendo! —exclamé enojada de nuevo.

Él me miró mientras yo terminaba de curarle el corte de la ceja con cara de pocos amigos. Estaba claro que ya me conocía y sabía cuándo debía guardar silencio.

—Ya está. Te voy a aplicar una crema para los golpes y me voy a la cama. Pero antes me vas a decir por qué te has pegado con esos salvajes.

—No te va a gustar, Grace.

—Lo imagino —dije empezando a aplicarle una crema de árnica en un pómulo hinchado.

—Esos *mhac na galla*, engendros de mil rameras, se burlaron. Pero se cuidarán muy mucho de volver a hacerlo.

Estuve a punto de reírme de la expresión que había empleado, muy típica de Hamish pero aguanté.

—¿De ti?

—No —susurró. Y supe que la agraviada había sido yo porque Andrew no podía mirarme a los ojos.

—¿Qué dijeron?

—No pienso repetirlo —dijo con rabia.

Le tomé de la barbilla e hice que me mirase y le hablé con ternura.

—No tienes que hacerlo. No quiero que te pelees por mí.

—Lo haré las veces que haga falta. Un hombre tiene que luchar por lo que es suyo y por lo que ama. Lo hice en la guerra y ahora con más razón. No dejaré que te insulten, *mo ghràdh*. Eres mi mujer, la madre de nuestra hija y te respetarán por las buenas o por las malas.

Ese era el encanto de Andrew, que sonaba como un caballero de otra época, de aquellos que se batían en duelo por sus damas. Era un hombre algo ingenuo y nada cínico, incapaz de mentir, por eso no parecía ser de aquel espantoso siglo XX.

Le acaricié el rostro manchado aún de su propia sangre y suspiré dándome por vencida. No iba a poder detenerlo. Andrew era el hombre más noble que había conocido, pero también el más obstinado y orgulloso.

Tras limpiar la sangre coagulada de su cara con un poco de jabón y agua templada, y poner su ropa a remojo, dejé a Andrew descansando en el sofá y me acosté. Estaba agotada por culpa de todo el ajetreo que acababa de acontecer y no quería ni cenar.

Dormía ya cuando percibí el murmullo de las mantas y el crujir de la cama bajo el peso del cuerpo de Andrew. Escuché algún gruñido leve. Le dolía el cuerpo, pero aun así se tumbó rodando sobre el colchón para llegar hasta mí y abrazarme. Yo suspiré aliviada al sentir su calor.

—¿Sigues enfadada conmigo? —susurró a mi espalda.

—No, no lo estoy —dije sin volverme.

No se lo dije, pero lo cierto era que no podía estar mucho tiempo enfadada con Andrew. Me era del todo imposible.

—Iba a dormir abajo, pero no lograba coger postura —dijo pegando su cuerpo contra el mío. Noté sus muslos duros y calientes contra mis piernas mientras nos acomodábamos el uno al otro.

—¿Te duele mucho? —pregunté.

—No demasiado. Solo la cabeza. Me late donde está la herida.

Su brazo me rodeaba la cintura. Tomé su mano y me la llevé a los labios para besarla con ternura. Tenía los nudillos destrozados por los puñetazos. Andrew emitió un ruidito de satisfacción y noté como su cuerpo se apretaba contra mi trasero. Lo que sentí justo después me hizo darme cuenta de que mi compasión hacia él era del todo injustificada y que no estaba tan mal como aparentaba.

—¡Pero será posible! ¿Aún tienes… ganas de eso después de una paliza? —dije saltando de golpe en la cama.

—Siempre que te tengo cerca, Grace. Sé que soy un sátiro. No lo puedo evitar. Y más, si me aprietas la entrepierna con ese trasero tan redondo y suave que tú tienes —suspiró.

—Yo no estoy apretando nada. ¡Eres tú! —me quejé.

—Anda, no te enfades… —dijo con una mirada tan pícara y una sonrisa tan espléndida que era imposible no sucumbir—. Aunque cuando estás enfadada te encuentro realmente preciosa y muy deseable también.

—¡Por el amor de Dios! Eres incorregible —reí.

—Ven aquí, *mo ghràdh*, que quiero lograr que hagas esos ruiditos tan estimulantes —suplicó acariciando mis caderas y mi cintura.

—¡Yo no hago ruiditos! —rezongué.

Sus manos se deslizaron hasta mis nalgas y las estrujó como si estuviese amasando pan.

—Oh, sí. Claro que los haces —susurró, y supe que estaba sonriendo mientras me subía el camisón hasta dejarme el trasero al aire.

Me giré y Andrew me atrajo hacia él aferrando uno de mis muslos. Yo no opuse resistencia. No pude ni quise.

CAPÍTULO XXXII

Temporada de caza

Fue Alec quien le ofreció el trabajo. Ya había comenzado la temporada de caza en las Tierras Altas y Rory Murray, uno de los diez primos de Alec y el más insensato, se había lesionado un pie al caerse de un peral en estado de clara embriaguez, justo antes de empezar su trabajo como mozo de cuadra en el castillo Beaufort.

Aquel castillo, también llamado Castillo Dounie, una mansión de estilo baronial escocés reconstruida en el siglo XIX a partir de los cimientos del antiguo castillo del Clan Fraser, estaba situado en la margen derecha del río Beauly, cerca del pueblo del mismo nombre, a 13 millas al oeste de Inverness.

El ser mozo de batidas, cobrador de piezas o mozo de cuadra en las cacerías que se extendían de octubre hasta casi marzo, en el caso del ciervo rojo, era un trabajo muy demandado en la zona, bien remunerado y que daba de comer a muchas familias que no alcanzaban con lo que cosechaban en sus paupérrimas granjas.

—Estuvimos muy cerca una vez.

—Sí, lo recuerdo. Con *Whisky* —sonreí.

Andrew asintió. Supe que le había dolido el escuchar el nombre de su querido caballo y recordarlo. Yo estaba intentando hacerle reaccionar y que consintiese en visitar a Hamish, pero Andrew cambió de tema enseguida.

—Por una parte, me siento muy honrado porque tal vez conozca al Jefe Lovat. Nos contaban sus hazañas en la guerra y eso nos daba ánimos.

—¡Sé quién es Lord Lovat! El precursor de las Unidades tipo Comando en nuestro Ejército, ¿no? Todo un personaje. Mi tío lo conoció. Estudió en Oxford.

—Exacto. Simon Fraser es el 25º jefe del Clan Fraser, 15º Lord Lovat y 4º Barón Lovat. Sus amigos lo llamaban Shimi Lovat en la guerra, una versión inglesa de su nombre en gaélico. Su clan se refiere a él como MacShimidh, su patronímico gaélico, que significa hijo de Simon. Dicen que era habitual verle con su jersey de lana escocesa debajo de la guerrera militar

—Al parecer las ordenanzas no le preocupaban demasiado, como buen escocés —reí.

—¿Sabes lo de su gaitero Piper Bill? Era un chaval de veintiún años que el 6 de junio de 1944 llegó a la playa Sword en una de las lanchas de desembarco junto a Lovat. Lord Lovat pidió a Bill Millin que encabezara el desembarco con los acordes de *Highland laddie*. El gaitero objetó que el mando inglés no dejaba tocar la gaita en combate, pero Lord Lovat dijo que ellos no eran ingleses —rio Andrew haciéndome reír también a mí—. El gaitero cumplió las órdenes de Lovat y en cuanto se abrió el portón de la lancha avanzó haciendo sonar su gaita sin apenas inmutarse de lo que sucedía a su alrededor. En ese momento, Lord Lovat tomó una decisión insólita y ordenó a Millin que desfilara por la playa mientras tocaba la gaita. Millin se puso en pie, lleno de aire la bolsa de su gaita, y comenzó a tocar *Road to the isles* mientras se movía de un lado a otro de la playa dando ánimos a los suyos. No paró de tocar *Blue bonnets over the border* mientras sus compañeros luchaban y caían a su alrededor sobre la arena. Probablemente, esa sorpresa causada en el enemigo fuese lo que le salvo de recibir ningún disparo y ayudar de esta forma a conquistar la playa.

—¡Menuda historia! Pero, ¿por qué no podía tocar la gaita? —dije admirada de la expresividad que empleaba Andrew para contarla, con un despliegue de manos, brazos al aire y muecas.

—Estaba prohibido tocar la gaita porque durante la Primera Guerra Mundial los gaiteros escoceses eran los primeros en entrar en combate de todos los regimientos. Me lo contó Hamish —dijo sombrío—. Él fue uno de los gaiteros que encabezaban los ataques durante la guerra de trincheras, insuflando moral a sus compañeros con la música de sus gaitas. Eran el primer objetivo de los alemanes. Murieron muchísimos escoceses. Nunca más la ha vuelto a tocar —Andrew se quedó pensativo un momento y después prosiguió—. Para nosotros, los escoceses que estuvimos en la guerra, el Jefe Lovat ha sido como uno de esos guerreros míticos jacobitas de las Tierras Altas de otros tiempos, el jefe del Clan Fraser, al frente de una banda de belicosos *highlanders*. Por eso despreció el casco y desembarcó con boina, como

habían combatido siempre los *highlanders*, y por eso llevaba un arma que ningún otro oficial aliado tenía: su rifle de caza mayor Winchester 45-70. Se dijo que los paracaidistas ingleses de la 6ª División Aerotransportada habían tomado Pegasus durante la noche, después de un asalto aéreo con planeadores, pero no podrían resistir mucho. La brigada de Lovat tenía que llegar a las 12 de la mañana para relevarlos y mantener la posición. La leyenda dice que llegó minuto y medio tarde y que presentó sus disculpas por el retraso. Bueno, en realidad se retrasó una hora. Cuando le hirieron de gravedad, Lord Lovat se dirigió al coronel Derek Mills Roberts y le traspasó el mando con toda serenidad. «Pase lo que pase, ni un paso atrás», dijo. Pidió un cura, recibió la extremaunción y todos le dieron por muerto.

—Creo recordar que se dijo que el propio Hitler había puesto precio a su cabeza con una recompensa de 100.000 marcos.

Andrew asintió.

—Pero sobrevivió y como ha quedado declarado inútil para el servicio, Churchill le ofreció el puesto de comandante en jefe del Honorable Cuerpo de Caballeros de Armas de la Cámara de los Lores, aunque Lord Lovat rechazó el nombramiento y terminó la contienda al frente del Ministerio de Economía para la Guerra, dimitiendo tras la derrota electoral de Churchill de hace dos años.

—Lo admiras —dije.

—En cierto modo sí. Y me gustaría conocerle, pero…

—¿Pero?

—No quiero dejarte sola y menos en tu estado.

—Estaré bien.

—No tienes teléfono y esto está muy alejado de todo.

—Hazel está cerca. Y también Hamish —dije por fin.

—Grace… —resopló.

—Ya sé que no quieres que lo vea, pero va a ser el único abuelo que tendrá nuestra hija.

—No, no quiero. Y sé que no puedo prohibírtelo, que sería inútil, pero preferiría que respetases mi opinión —dijo obstinado.

—Y yo que respetes la mía —dije mirándole a los ojos.

Andrew me mantuvo la mirada un momento para tenderme los

brazos que yo acepté sin rencores. Él no iba a insistir.

«Ya veremos quién es más obstinado aquí, Andrew Grant», pensé.

—Vámonos a dormir —dijo besándome con ternura.

—Sí, que mañana tenemos consulta con el doctor Lean —dije.

—¿Crees que se habrá resuelto lo de tu readmisión y la reapertura del dispensario? —preguntó Andrew subiendo las escaleras de camino al dormitorio.

—No tengo muchas esperanzas, si he de serte sincera —suspiré siguiéndole.

—Si no reabren el dispensario tendré que aceptar el trabajo de Alec —dijo Andrew entrando a nuestro cuarto—. En Inverness me está siendo más difícil de lo que creía encontrar un trabajo.

—Lo sé —dije soplando la vela y abrazándome a Andrew en la oscuridad, sabiendo que le estaban castigando por estar conmigo.

Yo estaba en lo cierto. En mi siguiente consulta, el doctor Lean nos confirmó que el patronato había desestimado volver a abrir el dispensario.

—Y tras las buenas noticias y comprobar que todo está bien y su embarazo transcurre a la perfección, me temo que he de darle las malas noticias. Al parecer algunas personas influyentes has dado informes negativos acerca de usted, Grace.

—¿Acerca de mi trabajo o de mi vida privada? —pregunté irritada—. Creí que se examinarían mis méritos como enfermera y no se tendrían en cuenta los comentarios de las mayores calumniadoras de la comarca.

Andrew, sentado a mi lado en la consulta del doctor, posó su mano en mi rodilla para tranquilizarme. El doctor Lean no contestó y nos miró apesadumbrado.

—Lo lamento mucho, Grace. Yo era el primero que quería tenerla de vuelta. Usted sabe mucho más que cualquier enfermera común, tiene la experiencia extraordinariamente dura y valiosa que le dio la guerra. Además, egoístamente hablando, me aliviaba mucho mi carga de trabajo atendiendo las urgencias, pero todavía dependemos de las donaciones de las familias más notorias del condado.

Sabía perfectamente a qué familias se estaba refiriendo el doctor Lean, y lo que habrían dicho de mí para que no me consideraran apta: conducta inmoral y mal ejemplo para las mujeres de nuestra comunidad. Además de la contribución de Lord Lovat, estaban los dueños de los almacenes Princess, la sastrería McDonald, el reverendo McCormack y el joyero más importante de Inverness, el señor Monroe, cuya esposa y madre de Lorna, había propagado todo tipo de pérfidos rumores sobre mi persona.

—Por suerte eso pronto acabará —dije resentida.

—Sí, confío en que nuestro gobierno apruebe por fin la nueva ley que ponga en marcha la mayor revolución en la salud pública de este país. Cuando eso ocurra, tenga por seguro que volveré a intentarlo. Le repito que es usted una gran enfermera, Grace. Procure no preocuparse en exceso, no es bueno en su estado y tome este preparado que le he recetado que contiene hierro y vitaminas. Nos vemos en cinco semanas —dijo el doctor levantándose a estrechar nuestras manos.

—Gracias doctor —dijo Andrew.

—Y no crea que todo el mundo habla mal de usted. La señora Baxter escribió una carta al patronato defendiéndola y explicando cómo sus consejos le salvaron la vida. Me la envió a mi primero y le está muy agradecida. Lo que no sé es cómo se enteró del asunto.

Me fui de la consulta dolida y decepcionada, pero sobre todo preocupada porque sin mi trabajo y sin el trabajo en la granja, a Andrew no le quedaba más remedio que aceptar aquel puesto de mozo de cuadra en la finca de los Fraser de Lovat, a más de doce millas de casa.

—Anda, vamos —dijo tomando mi mano—. Esta mañana pensé que tras la consulta podríamos ir a comer algo a la taberna de Gavin, y así le pagaría la silla que le debo, pero hoy quiero llevarte a un restaurante de verdad.

—De acuerdo, me crujen las tripas. Cada vez tengo más hambre. Va a ser verdad eso que dicen de las embarazadas que comen por dos.

Andrew sonrió y me dio un beso en los labios.

Una vez dentro del restaurante pedimos la sopa del día que en

aquella ocasión era *cullen skink*, una sopa de abadejo ahumado con patata, cebolla y leche que me supo deliciosa y mejillones hervidos. Andrew pidió carne de venado de temporada con *neeps*, *tatties* y guarnición de guisantes y zanahorias.

—¿A qué le llamáis *neeps* y *tatties*? —pregunté.

—Se presentan junto con muchos platos escoceses. *Neeps* son nabos y *tatties* patatas. Si se añade mantequilla y cebollino a la mezcla, se obtiene *clapshot*, un puré fino muy rico.

Comimos en silencio, disfrutando de la compañía mutua y de la deliciosa comida escocesa, pero con una sensación de melancolía porque sabíamos que la separación forzosa iba a suceder. Andrew se había puesto una camisa con corbata y su chaqueta de Tweed. Me quedé observando su atractivo rostro, sus manos al mover los cubiertos.

—Le voy a pedir a Alec que esté pendiente de ti. Ya sé que no te parece necesario, pero lo voy a hacer —dijo Andrew muy serio sacándome de mi ensimismamiento.

—Si así te quedas más tranquilo, estoy conforme. Me parece un buen tipo, de fiar.

—Lo es. Quiere casarse con Lorna y si los Monroe no les dejan se escaparán a Gretna Green —dijo sonriendo.

—¡Qué romántico! —exclamé.

—Me alegro mucho por él. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo —dijo frunciendo el ceño mientras recogía con los dedos las migas de las galletas saladas de avena que lo acompañaban todo y que habían quedado sobre su plato.

—¿Te has quedado con hambre? —pregunté.

—Bueno…, no diría que no a un buen lomo de salmón o a algo de postre, pero me temo que no nos lo podemos permitir.

—He pensado pedirle a George el divorcio —dije de repente. Había estado buscando el momento adecuado para decírselo y me daba cuenta de que ya no disponía de más tiempo. Andrew me miró asombrado—. Le mandaré un telegrama.

—¿No sería mejor una carta?

—Tardaría más.

—Pero no lo cotillearía todo el pueblo gracias a la telegrafista. La señora McTavish no es la señora Baxter, pero se le acerca mucho —alegó Andrew.

—Visto así… Tal vez tengas razón —acepté.

—Era a esto a lo que no quería arrastrarte —murmuró.

—Es mi decisión, no me arrastras a nada —susurré con cariño.

—Sí, a tener mala reputación. Y es mi culpa. Por eso quise ser sensato porque supe que podríamos ser desdichados.

—Odio la sensatez y nunca seré desdichada a tu lado —Sonreí. Andrew me miró con ternura—. No, no es culpa ni tuya ni mía, es culpa de la maledicencia, como dijo Hamish. ¿Ahora comprendes por qué nunca te dijo nada?

Ese mismo día, Andrew le dijo a Alec que le dijese a su primo que aceptaba el trabajo de mozo de cuadra para las batidas de zorros rojos. La temporada de caza de las diversas especies, como las becadas, faisanes, ciervos y zorros, daba trabajo a los hombres del campo de septiembre hasta bien entrada la primavera.

Pagaban muy bien y era un trabajo con el que estaba muy familiarizado. Tenía que madrugar para tener a los caballos perfectamente herrados para galopar campo a través, cepillarlos, asearlos tras la batida porque acababan llenos de barro; ponerles y quitarles los arreos y darles agua y comida. Cuidar de los caballos era un trabajo que Andrew había hecho siempre en la granja.

Me enojé con la vida por apartarlo de mi lado, no quería, pero no podía ser injusta con Andrew. Era por nuestro bien. Los ahorros no nos iban a durar eternamente. Así que al día siguiente y para despedirnos, decidí no estar triste y hacer una cena especial en casa pero con ciertas trampas. Compré los platos principales hechos en el mercado: trucha asalmonada ahumada, más económica que el salmón o el ganso, ensalada de col y rábanos y *crowdie*, un queso suave con pimienta y avena, para untar en galletas de avena, pero decidí aventurarme a hacer el postre de los postres escoceses: un delicioso *cranachan* con nata batida, avena tostada y macerada en *whisky*, frambuesas y un chorrito de miel. Y como ya no había frambuesas,

porque estábamos a finales de octubre, empleé arándanos.

Andrew apareció por la puerta con un ramillete de las últimas flores que aún quedaban: margaritas tardías y otras de un tono azul precioso, cardos secos, y un poco de brezo combinado con hiedra, que colocó en un rústico jarrón de barro en el centro de la mesa.

Él ya sabía que me gustaban mucho más las flores silvestres que las compradas, y me hacía ramilletes para la cocina y el dormitorio. Siempre tenía algún ramito decorando la casa.

—Uhm… Huele bien —dijo acercándose para tomarme de la cintura mientras terminaba de poner la mesa—. Casi igual de bien que tú.

—Me apena no tener ningún mantel de lino. Vi unos muy bonitos en el centro, pero estaban muy caros —suspiré.

—Este está perfecto. No pasa nada, mi vida —dijo sentándose a la mesa.

—¿Ya has preparado lo que te vas a llevar? —pregunté sirviéndole trucha.

—Sí, ya lo tengo todo —dijo sirviéndose ensalada de col y rábanos.

No estuvo todo lo locuaz que solía ser y comimos relativamente en silencio, observándonos el uno al otro. Al terminar nos tomamos el vaso de *cranachan* frente a la chimenea.

—¿Arándanos? —rio.

—No quedan frambuesas a estas alturas del año —dije encogiéndome de hombros ante la sonrisa maravillosa de Andrew.

—Uhm… Está muy bueno —dijo besándome en los labios y dejándome aroma a whisky con nata.

—Qué goloso eres.

Andrew rio con picardía, se quedó mirándome y de pronto apoyó su frente en la mía suspirando.

—Solo serán unas semanas —dije para animarlo y animarme a mí misma.

—Lo sé, hasta la primera nevada.

—Quedará un mes más o menos. Y cuando regreses a finales de noviembre me encontrarás inmensa ya —dije.

—¿La notas? Yo todavía no y estoy impaciente —dijo posando sus

dos manos en mi vientre. Yo asentí.

—Falta poco para que sientas las patadas. Ya estoy de veinte semanas. Es la mitad del embarazo—dije.

—¿Ya? —dijo Andrew sorprendido.

—A tu vuelta la notarás —susurré en su boca.

Subimos al dormitorio para amarnos a la luz de las velas, sin apagarlas. La habitación estaba fría y nada más desnudarme se me encogieron los pezones haciéndome sentir casi dolor. Cada vez eran más grandes y oscuros. Me pegué a Andrew y su maravilloso calor los volvió blandos de nuevo. Él me sujetó los pechos en sus manos sopesándolos con ternura.

—¡Dios Santo, qué hermosos pechos tienes! Te pesan.

—Están preparándose para que el bebé pueda mamar.

Andrew se agachó para lamerlos y gruñendo de placer se metió uno en la boca.

—Qué suerte va a tener —sonrió pasando la punta de su lengua por un pezón endureciéndolo de nuevo.

Estuvo un rato chupándolos sin prisa, deleitándose con cada uno, haciendo que yo comenzase a gemir quedamente. Me abracé a él ansiosa y Andrew me estrechó con fuerza, con un hondo suspiro de placer.

—Tócame, Grace —susurró suplicante mientras me rozaba con su miembro erguido, ardiente y suave, estremeciéndose.

Deslicé mis manos por su torso hasta notar el vello de su vientre, y bajé despacio hasta alcanzar su pene rígido y más allá, abarcando con mis manos sus testículos duros y llenos. Entonces exhaló un quejido largo y yo le conduje al lecho. Nos tumbamos muy juntos bajo las mantas. Cada vez iba a ser más complicado encontrar una postura adecuada para mí. Que se colocase a mi espalda comenzaba a ser la mejor opción.

Le ofrecí mi cuerpo arqueando mi trasero para que se situase entre mis nalgas. Andrew me abrazó con ternura, acariciando mi vientre, los pechos, entrando en mí, suave y lento. Yo estaba totalmente dispuesta y él lo sabía. La sangre me palpitaba entre las piernas, en los pechos,

en los labios y hasta en la punta de mis dedos. Me giré para besarle con una necesidad que me hizo gemir. Él me tocó entre los muslos y toda la piel de mi cuerpo se erizó.

Nos unimos, él me cubrió con su cuerpo. Pude sentir el aliento jadeante y caliente de sus esfuerzos en mi espalda.

Me aferré a Andrew, a su palpitar, hasta que lo confundí con el mío y quise retenerlo dentro de mi cuerpo. No quería renunciar a él, a aquella gloriosa unión nuestra. Me aferré todo lo que pude hasta que se volvió blando de nuevo y volví a ser solo yo misma.

—Te amo —susurré ya en la oscuridad mientras él resoplaba aún en mi nuca, acariciándome con la punta de su nariz

Por la mañana no me percaté de su despertar. Se levantó de madrugada, se vistió, me dio un beso suave y largo y me arropó ante de irse. Fue entonces cuando, ya despierta, me empeñé en bajar hasta la puerta para despedirme. Tapada con mi toquilla y envuelta en sus brazos, lo besé con ansia. Andrew me abrazó muy fuerte, no quería soltarme.

«Ojalá nieve pronto este año», pensé cuando finalmente vi su alta silueta alejarse en la niebla, en dirección al autobús a Beauly. Mis ojos le siguieron hasta que vieron desdibujarse los recios contornos de su cuerpo hermoso y formidable.

CAPÍTULO XXXIII

Aliadas

La añoranza es extraña y te envuelve como una niebla que nunca se disipa del todo. Cualquier cosa de mi día a día me recordaba a Andrew.

«Si estuviese trabajando no lo echaría de menos con tanta fuerza», pensaba intentando sobrellevarlo lo mejor posible. Así había sido durante la guerra. Había soportado la soledad gracias al incesante trabajo.

Mi tío Archie siempre me dijo que yo era un "culo de mal asiento" porque no era capaz de estarme quieta sentada en una silla más de diez minutos y por fin entendí por qué. Iba a morirme de aburrimiento sin poder hacer nada de provecho en todo el día, salvo cocinar. Pero cocinar para uno mismo no es la mejor opción para alguien a quien no le gusta la cocina y la considera una pérdida de tiempo absoluta.

Los alimentos frescos se me habían terminado y me quedaban muy pocas conservas. Y encima tenía un hambre voraz a todas horas.

Así que desobedecí las recomendaciones de Andrew de pedir ayuda a Alec y empleé mi bicicleta para moverme del *cottage* a Inverness. No podía estar molestando a su pobre amigo cada dos por tres para todo.

No me pareció una mala idea hasta que, tras hacer todas las compras que había previsto de verduras frescas, patatas, y almorzar algo en el mismo mercado, supe que iba a tener que dejar la bicicleta por un tiempo al sentir un agudo pinchazo que me recorría una de las nalgas bajando por el muslo hasta la parte trasera de la rodilla.

Cargaba el peso de la compra más el mío, que ya había aumentado en casi siete kilos, y supe que era un ataque de ciática.

«Claro, no hago más que comer desde que desaparecieron las náuseas», me dije a mí misma.

Resoplé sabiendo que no podría llegar a casa en la pesada bicicleta. Intenté continuar, pero una de las bolsas se me resbaló de las manos con todo su contenido. Empezaba a darme cuenta de que la famosa torpeza de las embarazadas era real. Mientras intentaba agacharme, abriendo mucho las piernas sin conseguirlo, vislumbre a la señora Monroe con su hija a la puerta de la joyería de su marido, situada en

el pasillo principal del Mercado Victoriano. Su mirada de triunfo me dijo que nadie a mi alrededor iba a ayudarme, a pesar de que todos podían contemplar que estaba en apuros.

Así fue, ningún vendedor o clienta se apiadó de mí. No movieron un solo músculo. En vez de eso se quedaron observándome con mayor o menor descaro. Me entraron ganas de llorar pero me contuve.

«No voy a darle el gusto de verme derrotada, señora Monroe. No se lo di a la maldita *Luftwaffe* de Hitler, menos a usted, harpía», me dije.

Pero lo cierto era que no sabía muy bien qué hacer. Casi había decidido dejar el contenido de mi bolsa allí tirado cuando Lorna Monroe vino en mi auxilio.

—Déjeme que la ayude —dijo agachándose para empezar a recoger mis manzanas, puerros, cebollas, patatas y zanahorias desparramadas a mis pies.

Mi sorpresa fue mayúscula. En un momento, la muchacha había recogido todo y lo había vuelto a guardar en mi bolsa con una sorprendente rapidez. Quise quitarle la bolsa de la mano, pero ella rehusó—. Deje, yo se la llevo.

Miré de reojo a su madre. La señora Monroe, que en un primer momento había llamado a su hija en voz alta, observaba la escena entre atónita y furibunda.

—Gracias Lorna. Pero creo que tu madre se va a enfadar contigo si me sigues ayudando —le dije.

—No se preocupe —dijo y miró a su madre desafiante para volverse hacia mí de nuevo—. La acompañaré hasta casa. Cargaremos las bolsas en la bicicleta y la llevaremos andando entre las dos.

—¡No sabes cómo te lo agradezco, Lorna! —exclamé aliviada—. Me acaba de dar una especie de tirón y me cuesta agacharme en mi estado. Empiezo a sentirme algo pesada e incómoda.

Lorna asintió y cargando con las bolsas me tomó del brazo para caminar a mi lado. La gente del mercado no dejaba de observar la reacción de su madre, que se había quedado parada como una estatua en la entrada de la joyería familiar, viéndonos partir.

Lorna hizo lo que me había dicho y tomamos el camino hacia el *cottage*. Ambas estábamos algo cohibidas e intentamos charlar de cosas

intrascendentes. Al llegar a casa, ella metió mis compras, las guardó, me ayudó a sentarme en el sofá colocándome dos cojines detrás y avivó el fuego de la chimenea.

—Lorna, déjalo. Te lo agradezco muchísimo, pero ya estoy mejor.

—Pensaba ayudar con la cena —dijo la joven y bonita muchacha rubia.

—Puedes hacerlo si te quedas a tomar el té conmigo.

—No, no debería. Pensándolo bien, mi madre ya estará bastante enfadada, pero es que… a veces no la soporto —resopló.

—No creo que vaya a enfadarse mucho más por un té. A veces está bien revelarse.

Ella asintió con una sonrisa y llenó la tetera de agua y la puso al fuego. Después preparó el té y se sentó a mi lado en el sofá tendiéndome una taza.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí, sí, la ciática es algo normal estando embarazada, pero bastante molesto, te lo puedo asegurar.

—No debería ir en bicicleta en su estado.

—Llámame Grace, por favor. Supongo que tienes razón, pero no sé cómo voy a desplazarme hasta el centro —resoplé acomodándome sobre los cojines mientras me acariciaba el vientre.

Lorna me observó curiosa.

—¿Ya lo sientes? —preguntó. No parecía una chica tímida, aunque sí educada.

—Cada vez más —asentí.

—Tengo muchas ganas de tener hijos. Me encantan los niños —confesó ruborizándose hasta la raíz de pelo, mientras se echaba miel en su taza—. Alec también lo está deseando, pero no lo vamos a tener fácil para poder estar juntos.

—Te entiendo. Andrew me lo ha contado.

Ella bajó la mirada avergonzada.

—Grace, yo nunca pretendí a Andrew. Tienes que creerme. Era solo… un juego.

—¿Un juego?

—Sé lo que creíste porque nos viste besarnos. Entiéndeme, a todas

las chicas de la comarca nos ha gustado Andrew alguna vez —«A las chicas, madres y abuelas», pensé—. Y además, mi madre no hacía más que insistirme en que debía… intentar conquistarlo. Y mis amigas, pero yo conozco a Andrew desde niños, aunque es cuatro años mayor que yo, y al conocer a Alec me he dado cuenta de lo que siento de verdad. Me parecía apuesto, pero nada más.

La muchacha hablaba con sinceridad y parecía aliviada de poder contárselo a alguien.

—Andrew me ha dicho que Alec y tú queréis casaros.

—¡Oh, es lo que más deseo en el mundo! —dijo Lorna emocionada.

—Y que le estás enseñando a escribir con la otra mano.

—Sí, Alec es muy despierto y pronto lo conseguirá —sonrió.

—Pero crees que tus padres no lo van a aceptar.

—Estoy segura —dijo con tristeza.

—Y necesitas una aliada, supongo.

Lorna me miró entusiasmada.

—¿Podrías serlo, Grace?

—Sí, Lorna, pero no veo en qué puedo ayudarte. No soy muy popular en la comarca —bromeé.

—Nadie en Inverness es capaz de oponerse a mi madre por la influencia de mi padre. Es amigo del alcalde, del reverendo… Nadie menos tú —dijo más segura de sí misma—. Ella pensará que Alec Murray no es un buen partido porque es manco, no tiene vacas y por su granja no pasa el río y es mucho más pequeña que la de los Grant. A mi padre creo que le daría un poco igual lo de su mano, pero no lo considerará un hombre con fortuna y apoyará a mi madre. Ella quiere un buen matrimonio para mí, siempre me lo dice. Me siento muy sola, Grace. Mis amigas están manejadas por sus madres, que son todas amigas a su vez de la mía. Solo cuento con Alec, pero me aterra que se enteren en mi casa y perderlo. Me mandarían lejos, estoy segura.

Al terminar todo aquel alegato, Lorna se quedó callada, ruborizada y a punto del llanto.

—Ya que estamos en ello, seamos sinceras. Fue tu madre la que me vetó ante el patronato en la reapertura del dispensario, ¿verdad? —Lorna asintió—. Repito que no sé cómo puedo colaborar con lo de

Alec pero cuenta conmigo. No te delataré y te ayudaré en lo que pueda.

—Muchas gracias, Grace —dijo Lorna.

En realidad, para mí también fue un alivio haber aclarado las cosas. Aún me dolía pensar en el beso entre Andrew y Lorna, y ahora me daba cuenta de que solo habían sido mis celos absurdos. Por otro lado, mi amistad con ella podía convenirnos a ambas. Era lo lógico si nuestras respectivas parejas eran los mejores amigos desde la infancia. Además, echaba de menos la camaradería femenina, como la que había tenido con mis amigas enfermeras. Nunca había tenido muchas amistades viviendo y viajando constantemente con mi viejo tío. Tampoco con George, pero con Beth, Rosalyn y Violet había encontrado las hermanas que nunca tuve.

Añoraba a mis queridas amigas muchísimo, pero por desgracia ya no estaban en este mundo. Tal vez aquella muchacha y yo pudiésemos congeniar. Era más joven que yo, casi diez años, pero parecía resuelta e inteligente. También Hazel era bastante mayor que yo, y aun así la consideraba ya una amiga.

«Y Lorna parece tener los pies en la tierra y tener arrestos suficientes, después de todo», pensé esperanzada. Nunca había podido soportar a las mujeres que se acomodaban o conformaban y con falta de propósitos.

—Me parece que Alec y tú hacéis muy buena pareja. De verdad lo creo. Por otro lado, no me parece justo que tu madre tenga que decir nada acerca de tu elección en este caso. Alec es un buen chico. Andrew no podría tener malos amigos, lo sé.

—¿A que sí? Alec es muy especial. Es tan bueno y dulce… Y me respeta. Aunque a veces pienso que demasiado —suspiró Lorna ruborizada mirando mi vientre sin querer—. Grace, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro —respondí sorbiendo mi té.

—Espero no ofenderte, pero ¿es cierto que creías que eras viuda y que tu marido ha regresado y que lo has abandonado? —preguntó Lorna sin ambages.

—Sí, lo es. Me dijeron que había muerto. Pensé que era viuda. Lo

supuse durante dos años porque el ejército así me lo aseguró. Luego George regresó de entre los muertos, pero voy a divorciarme. A él no le deseo ningún mal, pero ya no le amo. La guerra nos separó y soy la primera en lamentarlo. Por otra parte, amo a Andrew más que a nada en este mundo, estoy esperando un hijo suyo y no puedo imaginarme una vida sin estar a su lado.

Lorna me miró asintiendo.

—Te comprendo —dijo sonriendo.

Alec me llevó en la furgoneta de su hermano hasta Inverness, y acudí hasta la consulta del doctor Lean, que me prohibió coger pesos y andar en bicicleta para mantener a raya la ciática.

Por lo demás, el suplemento de hierro estaba haciendo su efecto y me encontraba mejor, no tan cansada y adormilada como meses atrás.

También acudí a donde Hazel para que me diese una friega con algún maravilloso ungüento suyo.

—Esta criatura es como su padre, muy fuerte —dijo ella mientras me tocaba la barriga.

—Sí, la siento mucho ya. Se mueve, no para quieta —reí.

—Tu muchacho tiene la fuerza de un caballo. Está claro que es su hija.

—Está trabajando en Beauly y le echo tanto de menos… —suspiré. Hazel me miró de reojo con una enigmática sonrisa y yo tuve que morderme el labio aguantándome la risa—. No sé si debería preguntarlo, pero…

—Pregunta, pregunta —rio Hazel.

—¿Es normal el… desearlo tanto estando embarazada? No, sé, a veces me siento tan perversa…

—Es bueno para el parto, lo facilita.

—¿Ah sí?

—Y ya verás. Cuando él regrese se te quitará la ciática —rio Hazel haciéndome reír a mí también—. Ponte acostada de lado, *mo nighean.* Voy a darte un masaje en ese joven trasero. A ver si así te alivio un poco, pero que sepas que el dolor volverá. Es una niña grande. ¿Dónde la tendrás?

—Pues… aún no lo he pensado. Pero creo que Andrew lo ha hecho por mí—«Por eso se ha ido, para conseguir dinero para el hospital», recordé—. Tiene miedo. Su madre murió de parto.

Hazel asintió.

—Eres primeriza, sabes de obstetricia y también sabes qué es lo mejor. Parir en casa mata a muchos bebes y muchas madres. Yo ayudo cuando no queda otro remedio, pero si tienes opción… He visto como se complica todo en un par de minutos y he perdido a la madre y al bebé sin poder hacer nada porque esa mujer no pudo permitirse ir a un hospital.

—Lo sé —dije sintiendo miedo de pronto.

Tragué saliva para quitarme el molesto nudo que se me había puesto en la garganta.

—Pero tú no te preocupes. Tienes caderas anchas, estás sana y fuerte, y ella quiere salir al mundo y conocerte. Estaréis las dos bien.

—Eso espero —suspiré esperanzada—. ¿Ves el futuro, Hazel?

—No, pero ella me lo ha dicho —sonrió dándome una suave palmada en la nalga.

CAPÍTULO XXXIV

La batida

Fue otro primo de Alec, uno que no se caía de los árboles, el que dio el aviso. Alec llegó una noche con la noticia de que Andrew había sufrido un accidente y necesitaba atención médica.

—¿Un accidente dices? —pregunté alarmada.

—Al parecer no tenían mozos suficientes para la batida y se llevaron a Andrew. Él ha cazado con Hamish toda la vida y sabe disparar. Era una cacería con gente de ciudad, de esa que paga por matar animales y luego lo comenta en su club social. Según mi primo Will, uno de los caballeros no sabía ni qué hacer con su escopeta y se le disparó con tan mala fortuna que hirió a Andrew en la pierna y…

—¿En qué parte de la pierna? —le interrumpí cada vez más preocupada, levantándome del sofá. No quise pararme a pensar en una herida grave. Además, lo importante era darse prisa.

—No lo sé bien. Le curaron enseguida, pero al parecer, ahora tiene fiebre. Le traerán mañana a Inverness, pero mi primo dice que no tiene buena pinta y las heridas de caza son traicioneras. No sé si en tu estado…

—¡Maldita sea! Eso es que se ha infectado porque no le han limpiado bien —exclamé sorprendiendo a Alec—. Espérame aquí que voy a vestirme y cojo mi maletín de primeros auxilios y te acompaño.

—A eso venía —dijo Alec por fin, elevando la voz para que le escuchase, viéndome correr escaleras arriba—. Mi primo les dijo que tú eras enfermera y que podías ir. El médico de la familia está de vacaciones y el doctor Lean…

—¡Qué despropósito! ¡Por supuesto que voy a ir yo! Ir hasta Inverness y avisar al doctor Lean nos haría perder tiempo —dije atándome el abrigo, que apenas me cerraba ya, y cogiendo mi maletín con todo lo necesario. No sabía lo que me iba a encontrar y Alec no conocía ningún detalle más. Allí llevaba lo imprescindible para cualquier emergencia como vendas, pinzas, tijeras, esparadrapo, hilo para sutura, gasas, algodón, alcohol, yodo y algunas medicinas básicas como aspirinas. Lo abrí nerviosa al tenerlo en mis manos y comprobé que llevaba los viales de penicilina y la jeringuilla en su estuche y

sentí un gran alivio. Solo lamenté no tener morfina—. Has hecho bien, Alec. Mi especialidad son las heridas de bala.

Alec me llevó en la camioneta de su hermano y en poco más de media hora estábamos llegando al imponente castillo de piedra del Clan Fraser de Lovat, a orillas del río Beauly.

Era más de medianoche y nos hicieron entrar por la puerta del servicio. Dado que mi estado de buena esperanza era ya más que visible, me presenté como la señora Grant, enfermera del doctor Lean y esposa de Andrew, ante lo que me imaginé sería algún lacayo de guardia, confiando en que no hubiesen llegado hasta allí los rumores y chismes de Inverness.

El muchacho me condujo hasta la zona de alcobas del servicio, dejando a Alec atrás y después por una escalera hasta las estancias que pertenecían a los mozos de cuadra. Aquello parecía un laberinto lleno de escaleras y pasillos.

En una estancia mal ventilada, aunque con luz eléctrica, y sobre una cama estrecha y pequeña en la que casi no cabía, estaba Andrew tapado por una manta. Me acerqué acompañada del mozo de cuadra. Tomé una silla que había en el cuarto y me senté al lado de la cama que ocupaba Andrew. Parecía dormitar con los ojos cerrados, tenía la cara pálida y respiraba con dificultad. Me froté las manos intentando calentarlas un poco y le toqué la frente. Andrew dio un respingo espabilándose de golpe. Ardía de fiebre y sudada.

—Soy yo, Andrew, Grace. Tranquilo, cariño —susurré.

—Grace… —balbuceó—. ¿Qué hace aquí?

Intentó incorporarse, pero se lo impedí.

—No te muevas mucho. Puede que hayas perdido bastante sangre y te marees.

—Sí, la verdad es que desde esta mañana me encuentro peor. Me duele la cabeza y la herida me… palpita.

Mi cerebro se puso a funcionar del modo para el que había sido entrenado. Sin demora, dando los pasos precisos, sin dudar. Tenía un herido delante y conocía perfectamente el protocolo a seguir. Le destapé. Andrew estaba en calzoncillos. Primeramente, al no disponer de agua y jabón a mi alcance, me eché alcohol en las manos, busqué la

herida y encontré el vendaje manchado de sangre y el líquido que supuraba en el muslo. Había otro rasguño menor por perdigones y las quemaduras habituales del disparo. A simple vista me di cuenta de que el disparo no había alcanzado ninguna vena o arteria importante y que no había pérdida de masa muscular ni ningún hueso astillado y respiré aliviada. Otra cuestión era la piel circundante que presentaba una apariencia hinchada y enrojecida.

—Está infectada. Puede que te quedé algún perdigón dentro aún o simplemente que no te la limpiasen bien —dije contrariada—. Te voy a hacer daño, Andrew, pero es necesario.

—No te preocupes —dijo Andrew asintiendo con determinación.

—Voy a intentar palpar para ver si ha quedado algún perdigón. ¿Preparado?

Andrew asintió frunciendo el ceño y tomando aire con fuerza.

Comencé a tocar los bordes de la herida y los alrededores mientras escuchaba los respingos de Andrew. La herida estaba efectivamente hinchada, roja y sensible. También puede ver algo de líquido transparente supurando. Pero eso era buena señal, me dije. Había visto miles de heridas de bala en mis años de enfermera de guerra y cosas mil veces peores. La infección había comenzado por culpa de un perdigón que acababa de palpar.

—¿Cómo lo ves? Sé sincera —resopló Andrew cuando notó que había dejado de presionar. Estaba sudando a mares.

Le tomé de la muñeca para evaluar su pulso. Los síntomas más frecuentes de la sepsis son la fiebre, el aumento del ritmo cardíaco y la frecuencia respiratoria, escalofríos, sarpullidos, confusión y sensación de estar desorientado. No iba a espera a que Andrew tuviese todos ellos.

—Todo es por un perdigón que se ha quedado sin sacar. Te voy a dar penicilina. Menos mal que la tengo en el botiquín —dije sonriendo a Andrew, pero temblando a la vez al pensar qué hubiese hecho sin ella.

—¿Me vas a pinchar? —dijo Andrew mirándome de pronto con los ojos muy abiertos.

—¡No me digas Andrew Grant que a un hombre tan grande y fuerte

como tú, que luchó contra los nazis, le dan miedo las inyecciones! —protesté—. ¿Te han puesto alguna vacuna alguna vez?

—Una vez, de niño, el viejo doctor Lean, padre. Pero no recuerdo cuál era.

—¿La del tétanos, tal vez? ¿Por qué fue? ¿Lo recuerdas? —pregunté rebuscando en el botiquín para sacar el estuche con la jeringuilla.

—Me hice una herida con… un hierro.

—Tétanos —asentí—. En las zonas rurales es la más probable. ¿Alguna vacuna más?

—No lo recuerdo, mi vida —dijo Andrew haciendo una mueca de dolor al sentir el pinchazo, evitando mirar. Le había hecho hablar adrede para distraerlo mientras preparaba la jeringuilla que guardaba esterilizada en mi estuche.

—Te he puesto ya la penicilina y así evitaremos la septicemia. Es el mayor riesgo ahora. La herida infectada puede provocar una infección sistémica hasta llegar al shock séptico.

—¿Septicemia?

—Gangrena. Ahora tengo que sacarte ese perdigón, Andrew, y no puedo esperar a llevarte al dispensario en Inverness y ponerte anestesia —dije sin miramientos para poder proseguir. Andrew asintió cerrando los ojos con fuerza y yo le acaricié la frente con ternura—. Lo haré deprisa, cariño. Aguanta.

Cogí las pinzas, las limpié con un poco de alcohol y hurgando en la carne fresca, pincé el perdigón con mano firme intentando que no se me escapase para ser concisa y no causar un quebranto innecesario. Andrew gruñía de dolor y necesité de toda mi sangre fría para soportar hacerle daño y verle sufrir. La herida comenzó a sangrar de nuevo.

—Ni siquiera la han suturado los muy ineptos de… —me mordí la lengua para no maldecir. Por culpa de algún inútil estaba haciéndole pasar un mal rato a Andrew.

—¿Tienes que coserla? —preguntó resoplando bañado en sudor.

—Es lo mejor, es muy irregular, por un lado profunda. Podría cerrar en falso y volver a infectarse —dije mirándole a los ojos, los tenía brillantes por la fiebre.

—Si tú dices que es necesario lo es —dijo Andrew con una sonrisa.

Me limpié la sangre de las manos con alcohol, le acaricié el rostro que tenía empapado en sudor con ternura, y me giré buscando al mozo que me había traído allí y que aún aguardaba esperando en la puerta.

—Disculpe, ¿Podría traerme agua limpia y jabón para lavar la herida antes de suturarla? La jaboneta que esté sin usar, por favor. Ah, y una toalla limpia. Me urge —demandé poniendo mi tono más autoritario, el que empleaba con los militares y médicos más reacios a la figura femenina.

—Eh… ¡Claro, señora! —dijo el mozo saliendo disparado del cuarto.

—Acabas de asustar al pobre muchacho —dijo Andrew intentando sonreír.

Le volví a acariciar sonriéndole también y él cerró los ojos suspirando suavemente. Sabía que mi tacto le aliviaba y continué tocándole el rostro, el cuello y el pecho hasta que regresó el mozo con la palangana con agua y una jaboneta.

Empapé unas gasas en el agua, froté el jabón para hacer un poco de espuma y con mucha suavidad, y sin presionar ni arrastrar, lavé la herida y los alrededores y la sequé con gasas nuevas.

Andrew gimió varias veces.

—¿Un poco mejor? —pregunté, aunque sabía que no debía hacerlo. Una enfermera solo debía hacer su trabajo sin preguntar, pero era Andrew, mi Andrew.

—Me alivia el agua fresca. Me ardía la herida.

—En unas horas te hará efecto la penicilina y te bajará la fiebre —dije acariciando su frente sudorosa intentando tranquilizarle. Yo sabía que él estaba seguro de mis palabras, que le estaba diciendo la verdad —. Voy a comenzar, Andrew.

—De acuerdo. Vi a un hombre morir de gangrena en la guerra. No llegaron a tiempo al hospital de campaña y fue terrible lo que sufrió —asintió respirando hondo—. Estoy preparado, Grace.

Comencé a coser su carne intentando no pensar en el dolor de Andrew, pero con cada nuevo punto apretaba los dientes y jadeaba. Lo

hice rápidamente, sin desfallecer, aunque sintiendo cada maldita puntada que daba en su cuerpo. Justo al terminar, Andrew gimió agotado. Estaba blanco como el papel.

—Creo que voy a vomitar… —balbuceó.

Rápidamente, agarré un orinal de cerámica que había visto bajo la cama y alegrándome de que estuviese vacío, lo puse junto a Andrew justo a tiempo para que vomitase dentro. Al terminar se tendió de nuevo en la cama jadeando. Yo tiré todas las gasas sucias dentro del orinal, me levanté y se lo tendí al mozo sin mediar palabra, junto con la palangana con el agua, ya sucia de sangre y jabón. El chico se quedó quieto, dudando y después lo cogió con aprensión.

—Lléveselo y tráigame más agua limpia, por favor. Ah, y avise a mi acompañante de que partiremos por la mañana. Se llama Alec. Le agradecería que le proporcionara un lugar para pasar la noche. Yo me quedaré con el señor Grant —el mozo parecía seguir dudando y me miraba confuso—. Por lo que he visto no hubo ningún médico que atendiese al señor Grant y eso no me parece muy reglamentario en estos casos de accidentes de caza, pero no daré parte al doctor Lean, el médico comarcal, ya que vengo en su nombre.

El mozo asintió sin rechistar para desaparecer del cuarto rápidamente y volver con la misma premura.

—No voy a taparte la pierna. El frío te vendrá bien. Dejaré que la piel se seque al aire antes de cubrirla con una venda. Intenta dormir un poco ahora —le dije a Andrew, mojándole la frente y el pecho con más gasas humedecidas en agua limpia—. Por la mañana nos iremos con Alec. Ya te sentirás mejor en unas horas.

—Aún tienen que pagarme —dijo Andrew asintiendo agotado.

Sonreí y continué acariciándole la frente y posándole gasas frescas hasta que se quedó dormido.

Me pasé la noche sentada al lado de su cama, velando a Andrew que a ratos temblaba por la fiebre. Pasadas unas horas, por fin pudo dormir profundamente. En medio de la noche despertó de golpe, mirando a su alrededor desorientado hasta que me vio, entonces se tendió tranquilo de nuevo y me sonrió.

—¿Un mal sueño? —pregunté arropándole.

Asintió con el rostro aún alterado y supe que había soñado con la guerra.

—¿Tú estás bien, Grace? —preguntó tendiéndome la mano. Yo se la aferré con fuerza y posé la otra en su frente. Ya no tenía fiebre.

—Sí, solo tengo un poco de sueño, pero ya dormiré cuando llegue a casa. Descansa un poco más.

—Tengo mucha sed —jadeó.

—Voy a buscar un vaso de agua —dije besando su frente.

Salí del cuarto. Todo estaba a oscuras en aquel laberinto de pasillos con puertas, donde seguramente dormían todos los numerosos miembros del servicio de aquel castillo. Acostumbrándome a la penumbra, inspeccioné un poco más hasta dar con un aseo con un lavabo. Solo me faltaba el vaso o una taza. Me colé en una especie de despensa, encendí la luz y allí encontré una jarra vacía. La olisqueé antes de llevármela. Estaba aparentemente limpia. Ya en el aseo la enjuagué con agua y la llené para regresar al lado de Andrew.

Le dije que bebiese despacio, pero estaba muy sediento y bebió con ansia mojándose todo el pecho mientras yo le ayudaba sosteniéndole la jarra. Después le sequé un poco con la toalla y lo arropé, no fuese a pillar una pulmonía.

—¿Cómo ocurrió el accidente, Andrew? —pregunté con él de nuevo acostado en la cama.

—El grupo a caballo había parado nada más comenzar. Uno de los cazadores había desmontado porque supuestamente su caballo no galopaba como debía. Un señoritingo que no ha galopado campo a través en su vida. Fue otro de ellos, que ya había descabalgado, quien efectuó un disparo sin querer. El proyectil rebotó y me alcanzó en la pierna. En la parte del músculo del muslo.

—Sí, en el cuádriceps de la pierna izquierda —asentí.

—Fue mientras estaba distraído junto al caballo que supuestamente galopaba mal. Sé que los perdigones pierden velocidad muy rápidamente y su capacidad de lesionar de gravedad. La distancia corta también influye para que la herida no haya sido tan grave. He tenido mucha suerte.

—Eso fue providencial —dije sin querer imaginar que el tiro

hubiese sido más arriba, en la femoral. Todo pudo ser peor: rodilla, estómago, amputación…

—Soy un hombre con mucha suerte. Estábamos cerca del castillo aún y me trajeron deprisa entre varios mozos. No podían conmigo —rio. Yo le contemplaba aliviada—. Te has asustado, ¿verdad, mi vida?

—Un poco —reconocí.

—Lo siento, *mo ghràdh* —dijo tomando mi mano, llevándosela a los labios para besarla con suavidad—. El maldito idiota no sabía que la escopeta hay que tenerla siempre levantada cuando no se está apuntando. De la manera más tonta, se dio la vuelta cerca de mí para hacerle un comentario a otro cazador y se le disparó. Menos mal que el tiro ha rebotado y solo me ha dado de refilón.

—Te apuntas a todo —bromeé sin soltar su mano.

—Siento darte tantos disgustos, es que me iban a pagar más por la batida y los ahorros nuestros…

—Lo sé, lo sé, cariño —le dije con ternura—. Pero me gustaría que dejases de ponerte en riesgo por una temporada.

Andrew cobró lo estipulado y regresamos a casa en la camioneta de Alec. Él aún iba algo dolorido, pero la infección ya había remitido.

—¿Te han pagado bien? —preguntó Alec.

—Sí, está todo, aunque me da rabia no haber podido terminar el mes, hubiese ganado más.

—No importa —dije yo aferrando su mano aliviada de regresar a casa.

—Honestamente, lo que más me fastidia es no haber conocido a Lord Lovat. Pregunté, pero me dijeron que se encontraba en Londres —dijo resoplando. Yo bostecé sin poder evitarlo y Andrew me apretó la mano en la suya.

—Estarás agotada, *mo ghràdh.*

Alec conducía atento a la sinuosa y estrecha carretera mojada y llena de baches.

—La verdad es que estoy deseando llegar, pero aún me queda algo por hacer antes de echarme a la cama —dije suspirando y acariciándome el vientre.

—¿El qué? —preguntó Andrew.

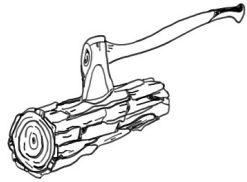
—Tendré que darte una segunda dosis de penicilina en cuanto lleguemos a casa —dije.

—¿Me vas a volver a pinchar? —exclamó Andrew alterado.

—Cada ocho horas, tres dosis. Faltan dos —dije con mi tono autoritario de enfermera.

Andrew puso los ojos en blanco e intentó cambiar de postura en el asiento de la camioneta, entre Alec y yo.

—Sí, señora —respondió mirándome de reojo y sonriendo. Estaba claro que ya se encontraba mejor.



CAPÍTULO XXXV

Era casi media noche cuando Andrew apareció en la cocina tapado solo con la manta de la cama.

—¿Qué haces aquí? ¡Deberías estar durmiendo! Tienes que hacer reposo y mantener la pierna en alto, como te he dicho —le reñí levantándome del sofá, donde me había acostado para dormir, dejando a Andrew solo en el dormitorio con la pierna sobre todos los cojines y almohadones que pude encontrar, tratando de elevar la herida para que quedase por encima del nivel del corazón. Eso siempre ayudaba a reducir la hinchazón. Era mucho más fácil hacer labores de enfermería si una no se acostaba en la misma cama que el paciente.

Él me miró como si fuese un niño al que reprenden sin ser culpable del delito.

—He venido a buscarte —dijo azorado y desnudo, con la manta apenas tapándole, tiritando—. No me parece educado dejarte dormir aquí abajo sola, en tu estado.

—Estoy perfectamente y así no te molestaré si me muevo o me levanto —dije sonriendo ante su trasnochada caballerosidad.

—Grace… —susurró Andrew—. Me he acostumbrado a dormir contigo y ahora me cuesta mucho dormir solo.

Le miré lamentando la reprimenda que le acababa de echar, albergando una ternura inmensa por aquel hombretón que tenía delante. Me levanté del sofá en camisón, arropándome con mi toquilla, y fui hasta donde estaba Andrew. Sin decir nada, rodeé su cintura con suavidad y apoyado en mí, le ayudé a subir las escaleras cojeando para regresar al dormitorio y acostarme con él.

—Estás helado. ¿Te encuentras bien? —pregunté arropándole y apoyándome sobre su pecho para infundirle calor, intentando no rozarle la pierna.

—Sí, ahora sí —sonrió aliviado—. Gracias por venir a buscarme, Grace.

—Iría hasta el fin del mundo por ti, Andrew Grant.

—Sé que lo harías —dijo besando mi pelo—. Lo que siento es

haberte fallado.

—¡Tú no me has fallado! ¿Por qué dices eso? —exclamé incorporándome un poco.

—Sí, tú has ido a Beauly y viniste a buscarme a Leith y yo… —resopló—. Yo debí haber ido a buscarte a Londres. Lo pensé un montón de veces y ahora lo haría sin dudar, pero fui un cobarde y te defraudé…

No le dejé terminar.

—No me has defraudado, Andrew —susurré tomando sus manos para ponerlas sobre mi vientre. Fue entonces cuando notó el movimiento.

—¡Lo he sentido! ¡Se acaba de mover! —exclamó asombrado.

Asentí emocionada.

—¿Lo ves? Te dije que a tu vuelta la sentirías ya —susurré.

—Ya no la noto, ahora está quieta. Quiero volver a sentirla —dijo acariciando mi vientre concienzudamente.

—Tienes que esperar un rato para que vuelva a patalear —reí.

Andrew aguardó sin levantar sus enormes manos de mi vientre, conteniendo hasta el aliento y al rato, el bebé volvió a agitarse con fuerza.

—¡Dios Santo, Grace! —sollozó riendo entre lágrimas.

Yo le atraje hacia mí para besarle con ternura, sabiendo que nunca podría amar tanto a ningún otro hombre como le amaba a él.

—¿Ves cómo no me has defraudado, Andrew Grant? Y no eres ningún cobarde, todo lo contrario, cariño.

Él me besó con fuerza, profundamente. Después nos quedamos abrazados, él apoyó su frente en la mía y cerró los ojos.

—Me voy a casar contigo, Grace. Te lo prometo.

—Lo sé —susurré sobre sus labios antes de caer rendida de cansancio.

Andrew tenía una salud de hierro. Según él mismo me había dicho, casi nunca se ponía malo y pude confirmar que sus plaquetas estaban en perfecto estado porque la encarnadura de su herida era estupenda.

Aun así continué lavándole la piel circundante del muslo los días

posteriores con agua tibia y jabón, evitando mojar la herida. También le cambié el vendaje al menos una vez al día, manteniéndolo limpio y seco en todo momento.

Lo más complicado fue lograr que guardase cama. Le obligué a estarse quieto, pero al tercer día, Andrew ya no podía más y tras volver de un paseo por el bosque en el que visité a Hazel y a Hamish me lo encontré nada menos que cortando leña en el antiguo establo.

—¡Pero… será posible! Si aún no te he quitado todos los puntos. Se te van a saltar y se te abrirá la herida.

Él me miró como si le hubiesen pillado en una travesura, pero de pronto, su semblante inocente cambió por completo.

—Vienes de ver a Hamish, ¿verdad? —dijo mirándome de un modo que casi sentí temor.

No merecía la pena negarlo.

—Sí —respondí desafiante—. ¿Cómo lo has sabido?

—Tienes estiércol de la cuadra en las botas —dijo muy serio.

—*Whisky* te echa de menos.

—Eso es un golpe bajo, Grace.

Dejó de mirarme y se puso a dar hachazos a diestro y siniestro. Estaba enfadado. Muy enfadado. Una vena palpitaba en su sien.

—¡Lo sabía! Sabía que habías ido a ver a Hamish —dijo cortando un tronco por la mitad de un solo golpe. El hachazo resonó con fuerza.

—¿Cómo?

—Porque no sabes mentir. Todo se refleja en tu cara —dijo dejando el hacha y mirándome a los ojos—. ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

—Desde que volvimos. Y pienso seguir haciéndolo.

—Lo sé —dijo dando otro hachazo a un trozo de madera que partió como si fuese mantequilla.

—Él estaba preocupado por ti. Había escuchado lo de tu accidente de caza y se alegró mucho de verme y de saber que estabas bien. Además, quiere hacer un regalo al bebé.

—¡Ni hablar! Si lo hace lo devolveré —rezongó con el ceño fruncido.

Inspiré profundamente intentando mantener la calma.

—¿Por qué no hablas con él? Estaría encantado de que vuelvas a la

granja. Es tu granja, al fin y al cabo. Él te necesita, Andrew. Con Finn no da abasto. Así no tendrías que buscar otro trabajo.

—¡No! —gritó.

Yo resoplé de pura frustración.

—Eres un cabezota y te portas como un niño, ¿lo sabías? —dije enfadada—. ¡Y deja de dar hachazos así de fuerte o se te abrirá la herida, bruto!

Me giré con la intención de seguir riñéndole, pero Andrew me estaba mirando de una forma que me hizo desistir. Recordé que me había dicho que le parecía especialmente atractiva cuando me enfadaba, así que intenté mostrarme todo lo conciliadora que pude.

Le dejé allí echando chispas y me metí en casa rabiosa. Al rato entró empapado en sudor y subió directamente al cuarto de baño sin mirarme.

Le escuché resoplar desde abajo mientras se lavaba con agua fría. El sonido de chapoteo del agua me recordó que sentía ganas de orinar desde hacía un rato y me di cuenta de que debido al embarazo no iba a tener otro remedio que subir.

Andrew estaba desnudo frente al lavabo, enjuagándose el jabón del cuerpo porque con la herida no se podía bañar.

—¿Vas a tardar mucho? —pregunté.

—No, ya está —dijo tomando la toalla para secarse con vigor todo el cuerpo.

Me quedé aguardando mientras contemplaba su cuerpo fuerte y hermoso. Se le marcaba cada músculo desde la espalda hasta las nalgas. Observé intentando disimular que llevábamos casi un mes sin hacer el amor. Después secó el suelo con la toalla, recogió la ropa sucia, lo echó todo a un cesto que había dispuesto para ello en el baño y me cedió el paso agachando la cabeza para pasar por la puerta.

Al entrar al minúsculo cuarto de baño rozó mi cuerpo con el suyo y nuestras miradas se cruzaron un instante. Yo entré por fin y él salió y cerré la puerta. Justo al hacerlo resoplé con fuerza, exasperada.

Estuvimos todo el resto de la tarde evitándonos. Yo leyendo en el sofá y él yendo de un lugar a otro sin hacer nada en concreto. El día era muy frío y mientras preparaba el té, me percaté de que no

quedaba leña suficiente para avivar el fuego, y que tampoco disponíamos de turba.

Me di cuenta de que Andrew me observaba de reojo sentado a la mesa, alejado del sofá. Decidí salir en busca de la leña que había cortado en el establo y regresé al rato con unos cuantos troncos, pero no era suficiente. Iba a tener que hacer varios viajes si quería calentar bien la casa. Cuando me aproximaba a la lumbre se me cayeron un par de troncos y maldije en voz alta.

Andrew se levantó y no tuve tiempo ni de agacharme a por ellos porque él se me adelantó.

—¿Quién es la bruta ahora? —me dijo quitándome los que aún llevaba en brazos para echarlos al fuego.

—Tendré que ir a por turba —pensé en voz alta.

—Iré yo mañana.

—No estás en condiciones —dije hosca.

—Grace, tú no puedes recoger turba en tu estado, ¡por amor de Dios, sé juiciosa! —exclamó exasperado.

«Tiene razón, maldita sea», tuve que aceptar.

Se le marcaba el mentón y aquella vena le sobresalía en la sien. Continuaba enfadado y volvió a alejarse de mí.

«Exasperado, más bien, parece un toro, resoplando», me dije.

—Grace, déjame que te ayude —dijo con la voz más dulce y suave del mundo.

—Puedo yo —dije intentando mantener mis emociones a raya, pero el cúmulo de sentimientos que había experimentado todos los días pasados e incluso ese mes entero sola me estaba pasando factura.

Le miré por fin a los ojos. Llevaba toda la tarde sin tener contacto visual con él y ese fue mi error porque al hacerlo sentí un inmenso dolor en el pecho y unas tremendas ganas de llorar. Tenía los sentimientos a flor de piel por aquel combate de voluntades que estábamos representando y tuve que reconocer que me estaba portando como una estúpida. Inspiré con fuerza aguantándome un suspiro y el rostro de Andrew, se relajó por completo.

Entonces me di cuenta de que apenas había convivido con George, que no habíamos dispuesto del tiempo suficiente y que no estaba

acostumbrada a la rutina de un hogar, a sus tensiones, a ceder o recapacitar. Además, tanto mi temperamento como el de Andrew eran apasionados, teníamos un carácter fuerte y sería inevitable chocar. Finalmente, tuve que reconocer que sería complicado, que a pesar del amor y del deseo no siempre sería fácil nuestra convivencia.

«¿Y si no estoy preparada para nada de esto?», pensé. No quería llorar porque sabía que sería una de aquellas veces en las que comenzaba y ya no podría parar fácilmente.

Andrew prosiguió, él no iba a abandonar, no iba a dejar de intentarlo nunca.

—¡No, no lo haces! No me dejas ayudarte. No bajas la guardia. Estás comportándote como si aún fueses la enfermera jefe y no das tregua. Pero no vas a ser débil por pedir ayuda. Eres la mujer más fuerte que he conocido jamás, Grace y creo que mucho más que la mayor parte de los hombres, pero conmigo no tienes por qué hacerlo —susurró con aquella voz aterciopelada, hablando despacio, sin dejar de mirarme.

Mi barbilla tembló y no pude más. Andrew tenía razón, estaba cansada de ser tan fuerte. Emití un suspiro que se quebró en mi garganta y terminó siendo un sollozo ahogado que desató una congoja que me hizo hipar sin control.

Andrew vino corriendo hacia mí. Yo me había quedado plantada, inmóvil, en medio de la cocina, sin atreverme a dar un paso hacia él, aunque era lo que más deseaba en el mundo: ir hacia él y refugiarme entre sus brazos fuertes y amorosos. Me alcanzó en el instante en que mis lágrimas se habían vuelto incontrolables, me abrazó con ternura y entonces dejé ir todo aquel nudo de dudas y angustia.

Él no dijo nada, solo me permitió llorar hasta que su camisa estuvo mojada por mis lágrimas

—Grace… No soporto verte así. No puedo verte llorar —susurró acariciando mi espalda—. Siento que te he hecho daño y lo lamento tanto…

—Tú no me has hecho daño. Soy yo misma la que me lo hago. Siempre ha sido así —hipé aliviada apretándome contra su cálido pecho—. No me sueltes.

—No voy a hacerlo, mi vida —susurró apretándome con más fuerza.

Poco a poco me fui calmando. Miré a Andrew y me di cuenta de que también tenía los ojos llenos de lágrimas y me aferré con fuerza a él.

—No quiero que nos enfademos —supliqué.

—Yo tampoco. Odio discutir contigo —dijo tomándome por donde había estado un día mi cintura para acariciarme el vientre.

—Pues no seas tan cabezota —susurré.

—Mira quién habló —sonrió.

En ese momento me percaté de que durante mi tiempo con George no habíamos discutido jamás. Tuvimos nuestros desencuentros, siempre comedidos, sin gritos ni llantos, aquellos que él solucionaba con su sarcasmo habitual, pero nunca fuimos sinceros el uno con el otro. No de la forma que Andrew y yo lo éramos.

Nos quedamos mirándonos abrazados. Andrew tomó mi rostro que cabía entero entre las palmas de sus manos y me besó. Al sentir sus labios mi cuerpo tembló de anhelo. Su boca se abrió ávida y mi lengua buscó la suya impaciente.

El beso se convirtió en un deseo irrefrenable, profundo y ardiente del cuerpo del otro. Llevábamos un mes sin acariciarnos, sin sentir nuestra unión y aquel beso fue como una chispa que lo prendió todo.

Él me tomó en brazos y me subió al dormitorio con premura. Nos desnudamos mutuamente sin parar de besarnos. Andrew se recostó en la cama, sobre todos los cojines y almohadones que le había puesto para elevar su pierna, y me tomó para colocarme sobre él, en una postura en la que yo me colocaba a horcajadas sobre su otro muslo, el sano, y él dejaba su pierna herida lo más alejada de mí.

—No quiero hacerte daño —susurré dudando.

—Solo me hace daño no tenerte —jadeó tomando mi boca con fuerza, haciendo que el poco raciocinio que me quedaba desapareciese en un solo jadeo.

Mis pechos estaban a la altura de su boca y le faltó tiempo para saborearlos. Los asió en sus manos y comenzó a lamerme los pezones

con delicadeza.

—Uhm… Te saben dulces —susurró haciéndome gemir.

—Me estoy… dando un aceite para mantenerlos suaves y que no se me… agrieten después —gimoteé.

Andrew vibró bajo mi cuerpo y se los metió en la boca consecutivamente. Yo le veía disfrutar jadeando de ganas, acariciándole entre mis muslos.

—Los tienes cada vez más grandes y oscuros —gruñó chupando con más fuerza.

Gemí aguantándome las ganas de gritar.

Andrew jadeó con fuerza y sin dejar de regodearse en mis pechos me tomó con suavidad para colocarse bajo mi cuerpo, mientras me acariciaba las nalgas hasta alcanzar mi entrada con sus dedos.

—¡Métete! —le imploré lloriqueando de impaciencia frotándome contra él.

Nada más sentirle dentro, cuando noté como mis entrañas, por instinto, le rodeaban y lo ceñían, gemí. Él jadeó intensamente al notarme y comenzó a mecerme con él. Apenas habíamos comenzado a movernos. Me bastó un instante para empezar a palpitar con una fuerza desconocida. Mi necesidad era inmensa. Andrew se dio cuenta y presionó fuerte.

—No puedo esperar —jadeó.

—No lo hagas —gemí.

Me arqueé temblando y palpitando. Gimoteé al notar como comenzaba a derramarse, gozando de la visión de su cuerpo, de nuestros sonidos: sus músculos tensos, el rumor de la piel sonrosada rozando, el murmullo húmedo de nuestros cuerpos al juntarse, de sus gemidos de éxtasis. Me acarició el vientre, los muslos, chupó mis pechos sensibles y llenos y terminamos gritando entre sacudidas de placer, abrazados.

—Ha sido tan fácil… No puedo creerlo. Estaba tan… dispuesta —jadeé sin voz, satisfecha, descansando sobre su cuerpo tembloroso.

—Estás cada vez más tierna y te siento mucho más —susurró abrazándome.

—Sí, cada vez es más fuerte —gemí sofocada, besando su cuello que sabía a sal.

Después del frenesí nos quedamos quietos, respirando afanosos. Miré hacia la ventana y vi los primeros copos cayendo.

—La primera nevada —susurré.

—Lo sé. Por eso estaba cortando leña —dijo acariciando mi rostro.

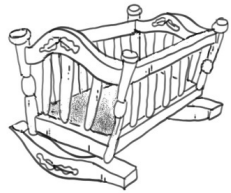
Le miré avergonzada y acaricié sus rizos despeinados surcando su rostro con mis labios. Andrew me besó con una ternura extraordinaria. Yo le toqué el miembro caliente, que todavía vibraba bastante rígido entre mis muslos empapados, y él volvió a penetrarme suavemente, creciendo de nuevo dentro de mí.

La segunda vez fue lenta, acogedora, ya sin la urgencia anterior.

—Vamos a tener que enfadarnos más a menudo —susurré al terminar, adormilada sobre su pecho.

—No, no quiero que nos enfademos, mi vida —dijo besando mi pelo.

Me rodeó con su cuerpo, su piel, su calor y la paz regresó a mi ánimo.



CAPÍTULO XXXVI

Un regalo de Navidad

1947 iba llegando a su fin y después de los años de guerra, en los que las Navidades habían perdido por completo su significado y solo las veía como una frivolidad, volvía a sentir las ganas de verlo todo lleno de árboles llenos de adornos, luces de colores y de escuchar viejos villancicos. Recordaba la Navidad pasada, cuando Andrew y yo tan solo éramos amigos y me di cuenta de cuánto había cambiado mi vida y de lo feliz que era con todos esos cambios.

Durante todo el mes de aquel helador noviembre intenté escribir a George una carta con la petición de divorcio, pero tras comenzar unas cuantas concluí que mientras esperaba una respuesta se alargarían los trámites, así que finalmente decidí no posponerlo más y llamarle desde un teléfono público. Era lo más sensato, práctico y discreto, teniendo en cuenta que Andrew y yo no teníamos teléfono en el *cottage* ni nadie de nuestro entorno.

Supuse que George ya estaría instalado en Oxford, así que llamé a la secretaría del Campus para que me diesen su teléfono o alguna dirección para contactar con él. La secretaria me confirmó que el profesor Radcliff ya impartía su curso en la Facultad de Historia, pregunto quién requería la información y tuve que responder que su esposa.

A efectos legales yo aún era la señora de George Radcliffe y, al menos, eso me daba la ventaja de poder preguntar por su paradero. Finalmente, se me facilitó un número de teléfono privado donde podía contactar con él. Quería zanjar la cuestión de una vez por todas y dado que ya era una hora en la que podía encontrarse en casa, decidí no demorar más el asunto. Respiré hondo y marqué el número. La petición de llamada sonó solo dos veces, metí más monedas y aguardé.

—Hola, buenas tardes. ¿Quién es? —dijo él al otro lado de la línea con su acento inglés, que ahora me resultaba tan extraño.

—Hola George, soy yo, Grace —dije un poco nerviosa.

—¡Grace…! Hola. ¿Cómo estás? —titubeó un poco.

—Bien, gracias. ¿Y tú? —pregunté azorada.

—Bien, bien. Ya estoy instalado en Oxford dando clases de nuevo y

a punto de publicar mi libro —dijo deprisa y su voz me sonó algo alterada—. ¿A qué se debe tu llamada?

—Verás, cuando me fui de Londres no concretamos nada, pero creo que lo mencioné, aunque no lo recuerdo bien —respiré hondo—. No voy a andarme por las ramas, George. Quiero pedirte que me concedas el divorcio. Pienso que sería lo mejor para los dos.

—Ah, era eso, claro —susurró.

—¿Qué pensabas que podía ser? —pregunté extrañada.

—Que me felicitabas las Navidades, que te habías dado cuenta de que me echabas de menos a pesar de todo, que no podías vivir sin mis tediosas charlas acerca del árbol genealógico de los reyes de Inglaterra… Cosas así —bromeó haciéndome sentir ternura. Volví a insertar más monedas para proseguir con la llamada—. No tengo inconveniente, Grace.

—Te lo agradezco mucho. Así los dos podremos continuar con nuestras vidas. Tú podrás comenzar de nuevo y yo podré dar un apellido a mi hijo o hija.

Hubo un silencio seguido de un carraspeo.

—¿Cómo te encuentras? —dijo George suavizando la voz.

—Bien, me encuentro muy bien. Todo va perfectamente.

—¿Estás con él? —preguntó.

—Sí, con Andrew.

George tardó un poco en contestar.

—Me alegro de que estés bien y de haberme equivocado —dijo y me pareció escuchar un suspiro—. Grace, no sé si sabes que para que no tengamos que vernos en los tribunales y que el procedimiento sea lo menos enojoso y lo más rápido posible, de acuerdo a la ley vigente, tendré que acusarte de adulterio. ¿Lo sabías? Doy por hecho que querrás un divorcio fácil y lo más pronto posible por tu estado. Aunque también tienes derecho a pedir la anulación. No te lo reprocharía.

—Sí, sí claro. Lo desconocía totalmente, pero no me opongo. Puedes acusarme de adúltera, si es necesario, aunque tú y yo sabemos que eso no es verdad.

—No se trata de la verdad, me temo. Es una ley que está dispuesta

desde 1857 y es totalmente anacrónica, lo sé, pero hay que dar un motivo para comenzar con los trámites de divorcio y la más efectiva suele ser esa vía. Yo soy el demandante y seré yo quien cubra con los gastos y trámites.

—Lo sé —dije áspera—. Pero es irónico, ¿no crees?

—Sí, en eso tengo que darte la razón. En cuanto a los bienes…

—No voy a reclamar nada, ya que nada tenía al casarme contigo.

—Está bien, Grace. No quería ofenderte.

—No me has ofendido, George.

—Eso te honra —carraspeó—. Iniciaré las gestiones mañana mismo. Me voy a poner en contacto con nuestro… con mi abogado en Londres, Adams, ¿te acuerdas de él?

—Sí, claro —murmuré.

Suspiré profundamente, quería terminar con aquel engorroso asunto cuanto antes.

—Si no tienes inconveniente, ¿puedes enviarme todo el papeleo a Escocia? Al juzgado de Inverness. No estoy en condiciones de desplazarme hasta Inglaterra en mi estado y no tengo teléfono en casa. Si hay algo que necesitéis decirme tú o tu abogado, puedes mandarme un telegrama.

—Sí, por supuesto. Así lo haré.

—Gracias George. Te deseo una feliz Navidad.

—Lo mismo para ti, Grace. Feliz Navidad —dijo suavemente.

—Adiós George. Cuídate mucho.

—Y tú —susurró.

Él colgó primero y después lo hice yo. Por un lado, sentí una sensación liberadora y un gran alivio, por otro una pena profunda por lo que un día fuimos George y yo. Había amado a aquel hombre, de eso no me cabía duda y, sin embargo, ahora era un extraño para mí.

No tardé mucho en recibir la confirmación del inicio del proceso de divorcio en una carta oficial. Solo quedaba esperar y así se lo hice saber a Andrew.

—Es injusto y denigrante que él te acuse de adulterio a ti —dijo Andrew, enfadado, sentado junto a mí en el sofá, frente a la chimenea,

repasando los papeles que nos acababa de entregar el cartero.

—No me importa —dije tomando sus manos.

—Es mentira, Grace. Estoy seguro de que te molesta. Te conozco —dijo Andrew aferrando mis manos.

—Está bien, pero si eso nos va a permitir ponerle tu apellido a nuestra hija, me tiene sin cuidado —dije vehemente.

Andrew me miró asintiendo con una sonrisa y me besó en la frente.

—¿Y esa carta? —pregunté señalando un sobre que Andrew había abierto y cuyo contenido había apartado sobre el sofá.

—Es de George —dijo.

—Lo sé, conozco su letra. ¿No piensas dármela? —dije tendiendo mi mano.

Andrew tomó la carta, pero no me la dio.

—No va dirigida a ti —sonrió.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Es para mí.

Y leyó: «Mi muy poco estimado señor Andrew Grant».

Miré a Andrew sorprendida.

—George es así. Tiene esa clase de humor irónico y muy sarcástico.

—No dudo que sea cierto. Me imagino que no me tendrá ningún cariño —dijo Andrew antes de proseguir.

—¿Qué más te dice? —pregunté.

—¿Te la leo?

Asentí y entonces Andrew comenzó a leer con su hermosa voz:

> Le escribo para informarle de que en un futuro no muy lejano podrá disponer por ley de todo lo que un día fue mío. Aunque si me permite darle un humilde consejo, Grace nunca le pertenecerá a nadie porque es demasiado independiente y obstinada para eso. Por fin me he dado cuenta.
>
> Por si siente curiosidad, señor Grant, soy infeliz sin ella, aunque espero dejar de serlo algún día. Grace ya no confía en mí y además le ama a usted. Ese fue siempre mi mayor temor, el perder su confianza y al final se hizo realidad. Pero toda la culpa fue mía, absolutamente, y no sabe cómo lo lamento.
>
> Quiero dejar constancia en esta carta de que Grace Grenville nunca me fue infiel a efectos morales. No puedo decir lo mismo, lamentablemente.

Espero que usted la haga todo lo feliz que yo no pude ni supe.

Dígale que esta carta es mi regalo de Navidad. Acabo de firmar los papeles que mi abogado remitirá al juez. A Grace le deseo lo mejor y, por lo tanto, a usted también, no me queda más remedio.

Es usted un hombre muy afortunado y le envidio profundamente.

Atentamente,

George Thomas Radcliff

P. D.: Os enviaré un libro firmado.

—También me pide que cuide bien de ti y…

—¿Y qué más? —pregunté con un nudo en la garganta y unas tremendas ganas de llorar.

—Que no te deje sola, que esa es tu contradicción más grande, que quieres ser libre, pero no te gusta estar sola.

Sollocé sin poder evitarlo.

—¡Oh, pobre George! Al final me ha comprendido. Tú me entendiste desde el principio —suspiré emocionada y miré a Andrew que me observaba fijamente—. Lo siento por él, ¿sabes? Quiero que sea feliz. De verdad se lo deseo.

—Tienes un corazón enorme, mi vida —susurró Andrew.

—No tanto como el tuyo.

—¿Te hubieses casado con él si te hubiese dicho que era estéril desde el principio? —preguntó Andrew.

—Sí, seguramente. Lo amaba, o al menos eso creía a mis diecinueve años. Aunque ahora me parece que fue más una especie de deslumbramiento adolescente, y probablemente de admiración. Ahora sé que el amor es otra cosa, bastante más profunda y que requiere de sacrificios, aunque también es muy sencillo —sonreí—. Tú eres el amor de mi vida, Andrew Grant. No lo dudes nunca.

—No lo hago, *mo ghràdh.*

Y pensé que George nunca me había merecido, pero Andrew sí, desde el primer momento.

—Te amo —dije con emoción tomando sus manos de nuevo.

—Y yo a ti, Grace. Con toda mi alma y mi ser —dijo tomando mi

rostro entre sus manos para besarme amorosamente.

Las de 1947 fueron unas Navidades especiales. Las últimas que pasamos solos los dos y en las que ya dispusimos de luz eléctrica en el *cottage*. Por una parte, me dio lástima porque las velas que le compraba a Hazel daban un aire muy íntimo al ambiente de la casa, pero tuve que reconocer que iba a ser muy cómodo disponer de luz en las habitaciones.

El país vivía sumido en la recuperación tras la guerra y acababa de ver como su heredera al trono, la princesa Elizabeth, de veintiún años de edad, y un apuesto príncipe de la casa real griega y danesa, Philipp Mountbatten y Battemberg, de veintisiete y recién nombrado Duque de Edimburgo, se casaban por amor el 20 de noviembre en la Abadía de Westminster, en Londres, delante de 2.000 invitados, diez de ellos monarcas de Europa, en una ceremonia que la radio de la BBC llevó a más de 200 millones de personas en todo el mundo. Dado que la suya fue la primera boda *real* retransmitida a todo el planeta, las tiendas se habían llenado de fotografías y recuerdos de la feliz pareja. Aquel enlace, denominado "austero" por los periódicos de la época, tuvo mirto y flor de brezo blanco de Balmoral, donde pasaron parte de la luna de miel y en la que no abandonaron el país para no gastar mucho.

Estaba claro que a Andrew le encantaba la Navidad y decoró la entrada y toda la casa con ramas de pino, acebo y un ramo de muérdago bajo todos los marcos de las puertas de casa, según él, para cumplir con la tradición cada vez que pasásemos por debajo.

Al día siguiente a Navidad invitamos a Alec y a Lorna a comer con nosotros. Llegaron puntuales en la camioneta vestidos de domingo.

—Como en Inglaterra celebráis el Boxing Day, Alec y yo hemos pensado que estaría bien haceros un regalo —dijo Lorna mirando a Alec—. Así que os hemos traído algo que seguro vais a necesitar en unos pocos meses.

Lorna se aguantó una risita mientras Alec entraba en casa algo voluminoso tapado por una manta y lo dejaba en medio del salón.

—Podéis destaparlo —dijo Alec muy sonriente.

Andrew y yo nos miramos y él me hizo una señal para que lo hiciese yo. Así que me acerqué, quité la manta y no pude evitar una exclamación de sorpresa al ver lo que Alec nos había traído.

—¡Es una cuna! —exclamó Andrew acercándose a verla.

—Alec, es preciosa —dije emocionada.

—La ha hecho mi hermano, que es muy buen carpintero. Es de roble y sin ningún nudo. Está sin pintar ni barnizar, por si queréis pintarla vosotros de algún color.

Andrew me rodeó los hombros con su brazo mientras los dos observábamos la preciosa cunita de madera con balancín. Después se acercó a su amigo para darle un fuerte abrazo.

—Ya estaba pensando en hacerme con una, pero esto… ¡Es una maravilla! —dijo con la voz rota por la emoción—. No sé cómo agradecértelo, amigo.

—No tienes por qué hacerlo. Me salvaste la vida una vez. Y has cuidado de mí desde entonces. Es más que suficiente ¿Te lo ha contado, Grace? ¿Cómo me salvó? —dijo levantando su mano mutilada.

—No, no lo ha hecho —dije mirando a Andrew, que callado, trataba de no conmoverse más de la cuenta.

—Mejor que lo haga Alec —dijo Andrew.

—No hay mucho que decir. Fue antes del desembarco. Me habían herido de gravedad en un bombardeo en Francia. Recuerdo que no sentía dolor. Miré y mi mano ya no estaba, mis dedos habían desaparecido, solo quedaba el pulgar colgando de un amasijo de carne. Solo recuerdo eso y que él me llamaba a gritos. Si no hubiese sido por Andrew, que tiró de mí y me sacó a hombros antes de que me desangrara, no lo hubiese contado.

Andrew permanecía callado, mirando la cuna. Yo tomé su mano sin decir nada y la apreté en la mía.

—No sé si os habéis fijado, pero el frontal de la cuna está decorado con flores grabadas de cardos y roble —señaló Lorna.

—¡Y mira los barrotes, qué bien trabajados están! Tu hermano es un artista, Alec —dije mientras Andrew se agachaba para contemplar mejor aquel excelente trabajo de ebanistería, con una inmensa sonrisa

que no le cabía en la cara.

—Yo os he traído esto también —dijo Lorna mostrándonos un paquetito envuelto en un lazo.

—Gracias Lorna —dije tomándolo de sus manos para abrirlo delante de todos—. ¡Oh, Dios mío, es una mantita de punto! Es preciosa.

—La ha tejido Lorna —dijo Alec orgulloso.

—La he estado haciendo en secreto. Me falta el gorrito. Lo estoy terminando. Como no sabemos qué será, la he hecho con lana de varios colores y aún no le he puesto los lazos —rio.

La miré con ternura y le di un abrazo deseando poder hacer algo para que Alec y ella pudiesen estar juntos libremente.

—Venga, vamos a comer. No sé vosotros, pero yo tengo un hambre de lobo —dijo Andrew frotándose las manos.

Comimos lomos de salmón ahumado con coles de Bruselas, zanahorias y puré de nabos, patatas asadas con un delicios queso de untar y *Dundee cake*, una tarta que compró Lorna en una confitería y que yo no había probado nunca.

—Es una tarta de frutas con mazapán y glaseado en la parte superior. Se hace con harina, mantequilla, azúcar, mermelada de albaricoque, huevos, almendras, cerezas confitadas y leche —me explicó.

—Está deliciosa —dije probándola. Y tiene ese siempre característico sabor a whisky de fondo.

—El whisky no puede faltar —dijo Andrew—. Por cierto, he comprado una botella para que brindemos.

Y lo hicimos, brindamos por el amor, por la amistad y por todas las cosas realmente importantes que ninguna guerra podría arrebatarnos nunca.

La velada terminó casi a la hora de la cena. Alec cantó un bonito villancico, *The Cherry Tree Carol*, que acabamos acompañando todos.

—Nos quedaríamos más, pero Lorna tiene que regresar a casa —dijo Alec, tras un rato de alegres cánticos.

—He dicho que me iba de compras a Edimburgo y se supone que

vuelvo en el tren y mi padre me irá a buscar en coche a la estación. No quiero que me descubran —dijo dirigiendo una sonrisa pícara a Alec.

Nos despedimos de ellos muy a nuestro pesar. Había sido una tarde divertida y llena de risas. Fue al quedarnos solos cuando Andrew comenzó a comportarse de un modo extraño. Estaba pensando en algo que lo mantenía con el ceño fruncido mientras recogíamos la mesa juntos. Después de un rato empecé a impacientarme y decidí preguntar.

—Hacen una pareja preciosa, ¿verdad? —le dije a Andrew con una sonrisa. Él hizo un ruido más parecido a un gruñido como respuesta—. Puedo escuchar tus pensamientos, Andrew Grant.

—¿Cómo? —preguntó saliendo de su ensimismamiento.

—Que esos engranajes de tu cabeza están girando y girando —dije haciendo sobre mi sien un gesto circular con el dedo.

—Solo estaba pensando.

—Está claro —sonreí—. ¿Qué te ocurre?

—Bueno… verás, ya sé que habíamos acordado que no nos haríamos regalos de Navidad para no gastar. No andamos precisamente bien, pero yo tenía una cosa para ti. Aunque ahora no sé si dártela.

—¿Qué es? —pregunté acercándome a Andrew.

—Pues… es una radio —dijo con los brazos en jarras.

—¿Una radio? —exclamé llena de alegría.

—Sí, sé que te gusta la música, que te gustaba ir a bailar con tus amigas y a veces canturreas.

—¿Canturreo? —reí.

—Lo haces —dijo Andrew mirándome con ternura—. Es de segunda mano y no me he gastado mucho, pero… bueno, al ver los regalos tan bonitos que nos han hecho Alec y Lorna… me da un poco de vergüenza, la verdad.

—¡Oh, mira que eres tonto! ¡Pero si me encanta! —dije acariciándole el rostro con cariño—. Pon esa radio, ¡venga!

Andrew sonrió y me hizo un gesto para que aguardara mientras sacaba una caja de la despensa

—La escondí aquí hace unos días. Como ya disponemos de luz pensé que podríamos tener una radio. Y con el tiempo hasta uno de esos frigoríficos.

—O una máquina lavadora —pensé en voz alta.

Era relativamente fácil lavar ropa blanca o mudas y camisas, pero el resto de las ropas no se secaba nunca y tenía que llevarlas a una lavandería del centro.

—Sabía que si estaba en la alacena de las conservas, no repararías en ella —rio Andrew.

—Estás en lo cierto. Ni me había fijado —dije maravillada de lo bien que me conocía ya.

Sacó de la caja el aparato y lo conectó a nuestro flamante enchufe nuevo de la cocina.

—Espero que funcione. ¿Qué quieres escuchar? —dijo encendiendo el aparato y moviendo el mando que comenzó a hacer el característico ruido de captar los diales.

—Música, algo actual —respondí impaciente.

—A ver si logro encontrar esa cadena que pone éxitos… —murmuró Andrew.

El aparato comenzó a captar melodías, pero ninguna nos convencía y fuimos dejándolas pasar hasta que, de pronto, sonó una conocida.

—¡Deja esa, Andrew! —exclamé—. Me encanta. Es *It´s been a long, long time*.

Andrew asintió complacido. Yo comencé a dar unos pasos de baile mientras me miraba sonriente. Me acerqué a él y le tendí las manos. En ese momento comenzaba a cantar Kitty Kallen, con la orquesta de Harry James, aquel gran éxito de 1945 que tantas veces había escuchado.

—Baila conmigo —le pedí.

—Está bien, pero espera.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté viendo como apartaba muebles y sillas sin apenas esfuerzo.

—Voy a hacer sitio para que tengamos nuestro propio salón de baile —dijo terminando en un santiamén—. Y ahora, futura señora Grant, ¿me concede este baile?

—Por supuesto, señor Grant —dije tomando su mano.

Nos besamos en el momento en que la cantante decía: *Entonces, bésame una vez. Entonces, bésame dos veces. Bésame una vez más.*

CAPÍTULO XXXVII

El perdón

Era casi el día de Año Nuevo, y mientras Andrew ayudaba a Alec y su hermano en algunas labores de su granja, recibí la visita de Hamish por sorpresa.

—¿Se puede, muchacha? —gritó en la puerta.

Me acerqué y ahí estaba el barbudo montañés en su carro, cargado de lo que me parecieron botes de pintura, una escalera y algunas sábanas viejas.

—¡Hamish! Claro… Pasa, pasa —dije viendo como descargaba todas aquellas cosas de su carro sin saber cómo evitarlo.

—No está Andrew, ¿verdad? —dijo entrando en el *cottage* con todos los bártulos.

—No, está en la granja de Alec, ayudándole con los animales. No volverá hasta la noche.

—Bien —dijo asintiendo—. Así podré hacer lo que he venido a hacer y no tendré que discutir con él. ¿Cómo estás, muchacha? ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, la verdad es que nunca me he encontrado mejor. Perdona Hamish, pero, ¿qué has venido a hacer?

—Voy a decorar la habitación a mi nieto y me da igual lo que diga el cabezota de su padre. Cuando estuvimos arreglando esta casa recuerdo que quedó vacía la habitación pequeña de arriba, y he pensado que quedaría bonita si la pinto un poco —dijo con su voz de trueno y una inmensa sonrisa.

Miré a aquel hombretón con ternura.

—¿Has vuelto a pintar, Hamish?

—No, pero eso no se olvida —dijo dándose golpecitos en la cabeza con sus dedos—. Lo que sí he hecho es dejar de beber tanto. Y tengo el pulso firme como cuando era un muchacho. Y si la montaña no va a Mahoma… Ya sabes lo que dicen. Tú no te preocupes por nada, Grace. Yo me ocupo de todo y en unas horas estará hecho. Será mi regalo para vuestro hijo y para mi primer nieto.

⌘

Así fue. Hamish no paró ni para comer ni bajó para tomar el té que le ofrecí. Desde la cocina se escuchaba de vez en cuando el ruido de la escalera de madera al ser arrastrada y el silbido de alguna canción.

Era casi la hora de la cena y lo que estuve temiéndome todo el día ocurrió. Andrew apareció por la puerta y al acercarse a darme un beso, olfateó el olor a pintura enmascarado por el guiso que estaba en el fuego de la cocina económica. Justo entonces escuchó el ruido que estaba haciendo Hamish arriba y frunció el ceño.

—¿Qué es ese ruido? ¿Y ese olor a pintura? ¿Quién está en casa?

—Andrew, siéntate y te serviré la cena mientras te lo explico.

Andrew no hizo ningún caso de mi consejo, me miró y subiendo los escalones de madera de dos en dos se plantó en el piso de arriba. Escuché sus pasos urgentes mientras subía detrás de él, pensando en cómo iba a hacer para frenar la ira de aquel hijo cabezota contra su padre.

Cuando llegué hasta la habitación tapizada de sabanas viejas, extrañada por no escuchar aún ni un solo grito, encontré a Andrew observando las paredes del pequeño cuarto iluminado por una lámpara de carburo, y la que habíamos puesto hacía muy poco en el techo. Estaba absorto y en silencio, con los brazos en jarras. La cuna se encontraba tapada y apartada para que no se manchase. Hamish había pintado de blanco el armario y una cómoda que había salpicado con dibujos de pequeñas hojas de roble, bellotas y hiedra. Miré a mi alrededor y vislumbre todo el trabajo de aquel antiguo ilustrador plasmado en las paredes. Las cuatro estaban decoradas con hiedra, ramas de árboles, hojas y pajarillos sobre ellas. Había todo tipo de detalles, como flores perfectamente reconocibles: rosas escocesas blancas, narcisos amarillos y campanillas azules; un zorro asomando tras un tronco, abejas, mariposas y otros insectos. Como fondo, un paisaje de montañas nubladas salpicadas de brezo, ciervos, un unicornio, riachuelos y bruma. El techo estaba pintado con nubes blancas y azul celeste, como los colores de la bandera escocesa.

Andrew estaba en medio del futuro cuarto del bebé, mirándolo todo con los ojos muy abiertos, asombrado, en total quietud. Hamish continuaba pintando la última manzana que colgaba de una rama,

ajeno a nosotros. Toqué el brazo de Andrew y sentí un temblor en su cuerpo al hacerlo. Él se giró para mirarme y contemplé la emoción en sus ojos. En ese instante, Hamish terminó de pintar aquella manzana madura, por una parte, y por otra aún no, de la que resbalaba una gota de lluvia, limpió con mucha parsimonia el pincel que estaba utilizando en un trapo mojado con algún disolvente y sin decir nada, recogió todas las cosas en silencio.

—Dejaré todo así por si tengo que retocar algo, aunque creo que he terminado —dijo Hamish finalmente, mirando todo satisfecho—. Mañana vendré a recogerlo todo, cuando ya esté seco.

No cruzó ni una palabra con Andrew, ni siquiera le miró, pero su hijo si lo hizo, continuó observando a su padre mientras salía y se quedó contemplando la puerta en silencio, cuando ya había desaparecido.

Andrew no dijo nada acerca de Hamish, se pasó el resto de la noche sin pronunciar una palabra, se acostó tarde y oliendo a whisky, y a la mañana siguiente, cuando desperté, ya se había ido.

Regresó después de comer, y tuve la extraña sensación de que la carga que soportaba sobre sus hombros, desde que supo cuáles eran sus verdaderos orígenes, se había aligerado por fin, y que su rostro estaba descansado y volvía a tener esa jovialidad e inocencia de antaño.

Fui hasta él nada más cruzar el umbral y le abracé sin decir nada. Andrew me estrechó con fuerza entre sus brazos.

—A partir de mañana madrugaré bastante otra vez —dijo acariciando mi pelo.

—Bien —dije sonriendo.

—Nuestra niña tendrá una familia. Ya lo he hablado con Hamish —dijo acariciando mi vientre.

No tuvo que decirme nada más ni yo se lo pedí. A partir de entonces, Andrew volvió a trabajar en la granja, su granja, donde creció, ayudando a Hamish y Finn con el ganado, haciendo mantequilla, queso, ordeñando, cuidando a los caballos y al resto de los animales, segando, abonando, trabajando en lo que hizo siempre y

volvió a hablarse con el hombre al que no llamó padre nunca, pero al que pudo perdonar por fin.

A veces pienso que la suerte es tan caprichosa como esquiva. Andrew no tardó en recibir de nuevo encargos para entrenar caballos y fue entonces cuando realmente regresó la paz a su alma, cuando recuperó su don y volvió a montar a *Whisky*.

Lo llevaba en las venas, era feliz cabalgando a lomos de su caballo, susurrándole palabras en gaélico mientras le palmeaba el brillante pelaje.

Ya estaba claro para mí que Andrew provenía de una estirpe antigua de hombres rudos, acostumbrados a la lucha, aquellos que se manejaron con la espada y que lo perdieron todo doscientos años atrás, un 16 de abril de 1746 en las ciénagas de Culloden Moor, sin olvidar jamás su honor y su palabra.

Además, era todo un espectáculo ver a aquel chico tan apuesto cruzar con elegancia la ciudad montado en uno de aquellos preciosos animales, como un señor de antaño, de esos que lucían con orgullo los colores de su casa y juraban lealtad al jefe de su clan.

⚭

También fue providencial para todos, o parte de esa suerte, que la señora Baxter, ya totalmente recuperada, regresase a vivir a su casa y la recuperase de nuevo como pensión. Yo no me atrevía a visitarla, pero fue Lorna la que, pretendiendo independizarse de su familia, se ofreció a ayudar como cocinera en la pensión de Mai Baxter a cambio de un pequeño sueldo.

Lorna fue la que me dijo que la señora Baxter me invitaba a tomar el té y acudí sin demora, aunque algo preocupada por la repercusión que tuviese que Mai supiese de mi relación con Andrew y mi embarazo. Por algo Andrew la llamaba "la BBC".

Ella me recibió con cariño, alabó mi vestido, me felicitó por mi estado y no pudo evitar regañarme por no acudir a la peluquería con más asiduidad.

—En realidad no voy nunca, señora Baxter —me sinceré.

—Llámame Mai, querida. Entre nosotras hay confianza —dijo sirviéndome té en sus mejores tazas de porcelana, sentadas en el salón

de su pensión—. Era con azúcar y sin leche, ¿verdad?

—Gracias, Mai —dije asintiendo—. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. Recuperada y a salvo gracias a ti, que me aconsejaste bien. Tengo una deuda contigo.

—No, solo hice mi trabajo, Mai.

—Bueno —suspiró echando un par de terrones de azúcar en su té—. Cuéntame, querida. Lorna me ha puesto en antecedentes de todo lo sucedido, pero quería oírlo de tus propios labios.

—¿Que estoy esperando un hijo de Andrew Grant, que he dejado a mi marido, el que regresó por sorpresa vivo de la guerra y que soy feliz aquí, en Escocia? —dije sirviéndome un pastelillo glaseado con crema.

—Me alegro, no creas que no —dijo Mai Baxter dándome una palmadita en el brazo—. No seré yo quien apruebe el divorcio, pero en ocasiones…

—George no era quien yo creía. Hizo algo que lo cambió todo.

Mai dio un sorbo a su té.

—Disculpa que te lo pregunte, querida, pero… ¿Te engañó? —preguntó en un susurro Mai Baxter.

—En el más amplio sentido de la palabra. Era él quien no podía tener hijos, siempre lo supo y me lo ocultó. Los demás engaños que sufrí me importan menos que ese —suspiré con una sonrisa irónica—. Pero no se ha opuesto a mi petición de divorcio. Ya sé que a ojos de mucha gente solo soy una mujer adultera, pero en mi corazón no lo siento así porque me enamoré de Andrew pensando que era viuda. Amo a Andrew Grant. Es muy buena persona, es sincero y trabajador. Tiene un corazón inmenso que no le cabe en el pecho y sé que será un gran padre.

—Me di cuenta antes que tú de que lo amabas. Hablabas de él con admiración y él te miraba de un modo… —sonrió Mai con picardía—. Recuerdo aquella vez que te trajo hasta aquí a caballo. ¡Jesús, cómo te miraba! Y tú no te diste cuenta de que no podía apartar los ojos de ti. Por eso me extrañó lo que vi en Edimburgo y te lo conté para ver si te hacía espabilar. Fui un poco entrometida, me temo. Luego, pasé un día y me enteré de todo lo acontecido con la viuda de su amigo

muerto en la guerra. Es un gran chico.

—Él no miente, es incapaz de hacerlo. No ha nacido con esa capacidad —dije sin poder evitar emocionarme un poco—. Quiere casarse conmigo y que nuestro bebé sea un Grant.

Apuré mi taza. Mai asintió y sirvió más té para las dos.

—En mi época era impensable algo así. Las jovencitas que tenían algún desliz antes del matrimonio, no hablemos durante, casi siempre se marchaban a la ciudad o al extranjero, si contaban con posibles, para no dar que hablar y no deshonorar a su familia, pero son otros tiempos. Es como la madre de esta chica, Lorna. Por cierto, os habéis hecho buenas amigas, ¿no?

—Sí, sí —dije extrañada—. ¿A qué se refiere con lo de la madre de Lorna?

—Ada Monroe se casó embarazada. Mi madre me lo contó. Poca gente sabe que Ada, Forbes de soltera, es hija de una doncella. Su madre, Elsie, era primera doncella en casa de los Monroe, de la señora Monroe concretamente. Mi madre trabajó allí de cocinera y conocía muy bien a la madre de Ada Monroe. Se casó con un lacayo de la casa que murió siendo Ada muy niña, de tuberculosis. La madre de Ada no era de Inverness. Siempre fue una mujer muy trabajadora pero también muy ambiciosa y severa. Cosía muy bien. Tanto es así que vestía a su hija como una dama e incluso la llevó a la escuela. De niña pasaba mucho tiempo en casa de los Monroe y la trataban como una más de la familia. Los Monroe se han dedicado a la joyería desde hace casi cien años, aunque sus ancestros eran herreros y por eso han tenido siempre una buena posición en la comarca. Resulta que Ada era una muchacha muy vistosa, ya me entiende. Bueno, pues se dice que Ada engatusó a Alistair padre para lograr casarse con el hijo. Y Alistair Monroe hijo, era bastante mujeriego, como su padre, Aquí le llamamos John, que es su segundo nombre, para diferenciarlo de su padre —entonces, Mai Baxter bajó la voz—. Porque no lo conociste, pero Lorna es idéntica al difunto Monroe padre, un hombre muy apuesto, mucho más que su hijo. Ada estuvo prometida a un chico que tenía un comercio, de una aldea cercana a Beauly, pero lo abandonó por Alistair hijo.

Escuché todo el relato referente a los Monroe estupefacta y asombrada de la capacidad de la señora Baxter para recopilar datos de sus vecinos, y sobre todo de recordarlos mientras despachaba pastelillos, sándwiches y té de Darjeling. Fue entonces cuando decidí intentar poner en marcha mi plan.

—Pues debería saber que ha sido Ada Monroe quien ha vetado mi regreso como enfermera y ha hablado mal de mí a medio pueblo, entre otros al reverendo McCormack. Sabrá que sigue cerrado el dispensario. Por cierto, Mai, tengo que agradecerle que hablase bien de mí. Me lo dijo el doctor Lean.

—Oh, era lo correcto, tú me salvaste la vida, querida. No estaría aquí hoy sin ti —dijo aferrando mi mano—. En cuanto a Ada Monroe…

—No está bien que yo lo diga, pero ella ha estado esparciendo rumores contra mí desde que llegué. Me lo ha confirmado su hija que, a diferencia de su madre, es una gran chica. Y todo porque pretendía que Andrew se casase con Lorna —dije enojada.

—¡Oh, esa mujer es terrible! Se cree la Inquisición española. ¡Pues me va a oír el reverendo!

Entonces se me ocurrió que tal vez aquella era la oportunidad de ayudar a Lorna y a Alec conociendo las inclinaciones de la señora Baxter y su afición por los romances, tanto los de novela como los de la vida real.

—Mai, ¿sabía usted que Lorna sale con un chico de Inverness en secreto?

La cara de la señora Baxter se iluminó de curiosidad.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes quién es?

—Pues sí, se trata de Alec Murray.

—¿El hijo menor de la granja Murray? —asentí—. Ese pobre muchacho… Regresó mutilado de la guerra.

—Así es, es muy amigo de Andrew. Es un chico muy despierto y ha pasado momentos muy difíciles por lo que le ocurrió en la guerra, pero Lorna está consiguiendo que se reponga.

—¡Oh, cómo me alegro! Creo recordar que es un muchacho tímido pero bastante apuesto. Aunque no con esa apostura tan llamativa de tu

Andrew, claro.

Sonreí, azorada. Y entonces fue cuando decidí proseguir con el chisme esperando que Mai Baxter hiciese su trabajo.

—Bueno, pues resulta que los pobres chicos llevan su relación en secreto porque Lorna sabe que su madre la enviará lejos de aquí si se entera de que anda con Alec Murray. Lorna sabe que su madre jamás admitirá que su hija se case con un chico tullido que no podrá jamás llevar la granja familiar y deberá vivir ayudado por su hermano mayor —asentí poniendo una voz dramática, como solía hacer Andrew cuando contaba una de sus historias.

—¡Oh, qué terrible! Pobres muchachos —exclamó consternada la señora Baxter mientras cogía el último pastelillo glaseado.

—Sí, es terrible lo que sufren por culpa de esa mujer. Incluso han pensado en escaparse a Gretna Green para poder casarse, pero Alec no quiere que sus padres deshereden a Lorna. ¿Usted cree que lo harían? —pregunté.

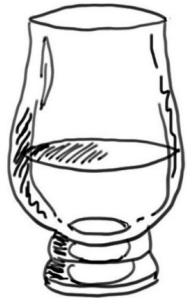
—Lorna es hija única y el ojito derecho de su padre y no creo que sea capaz de echar a su hija a la calle, pero Ada Monroe… Es tan ambiciosa y severa con su hija como lo fue con ella su madre.

—Y pensar que ella tiene tanto que esconder… —dije con intención, sin poder evitar sentirme un poco culpable por intentar manipular a la señora Baxter en mi beneficio.

«Pero también puede que consiga ayudar a Lorna y Alec, además de a mí misma», me justifiqué. Además, tenía que intentar evitar que el dispensario continuase cerrado por el bien de todos y que la gente ruin que abusaba de los demás ganase, como siempre. Era una cuestión de principios, no solo egoísmo.

—Tanto que si se supiese, sería todo un escándalo —dije mirando a la señora Baxter.

Su rostro me confirmó que Mai iba a tomar cartas en el asunto.



CAPÍTULO XXXVIII

Hope

El frío invierno de las Tierras Altas llegaba a su fin. Faltaban pocas semanas para el alumbramiento y ya teníamos todo preparado menos el nombre de la criatura.

—A mí me gustaría ponerle el de mi madre de segundo nombre: Catherine. Es mi segundo nombre también —dije recostada en el sofá, junto a Andrew, con la chimenea encendida, la lluvia de principios de marzo golpeando las ventanas y la radio en nuestro dial favorito de grandes éxitos.

—¿Y qué te parecería Effie? Era el de la mía —dijo Andrew acariciando y besando mi prominente barriga mientras aguardaba el siguiente movimiento de nuestro bebé.

—¿Effie es…? —titubeé.

—Es un diminutivo de Euphemia, un nombre escocés muy popular.

«Sería popular en el siglo pasado», pensé.

—Me gustaría que tuviese un nombre más moderno.

—Pues le pondremos tres nombres, uno moderno y dos antiguos —dijo Andrew. Reí al notar una patada y ver como Andrew posaba su cabeza sobre mi vientre—. No puedo escuchar nada, pero acaba de darme una patada en la oreja.

—Pero ella sí te escucha, estoy segura —dije acariciando sus rizos rojizos. Andrew cerró los ojos suspirando de placer.

—¿Y si al final es un niño? —dijo al rato.

—Pues el de mi padre y el tuyo, pero no lo es —sonreí.

—Ni hablar, no llamaré a mi hijo Hamish. Nunca me gustó.

—¿Qué significa?

—Hamish es una variante de Jacob. Jamie, Jim, Jimmy, James… Jake. Seamus, en gaélico, significa lo mismo.

—Mi padre se llamaba John, pero me gustaría añadir a mi tío Archie.

—¿Archie? Suena demasiado a inglés —dijo incorporándose con cara de asco.

Me eché a reír

—¿Y Jackeline? Mi abuela se llamaba así. Mi madre era medio

francesa y por parte de padre tengo ascendencia normanda.

—Pero también podríamos ponerle un nombre escocés de primero. Fiona es un buen nombre escoces, por ejemplo. O Aileen, Bonnie o Meribeth —puse cara de asco y Andrew sonrió besándome con ternura —. No te convencen.

—Me gustan Marigold o Lily, Heather, Daisy, Holly, Iris…

—Es complicado esto de encontrarle un nombre y más ponernos de acuerdo los dos —dijo Andrew

—Hazel dice que ella misma, la niña, nos dirá su nombre —dije intentando tumbarme en el sofá sin mucho éxito. Andrew se levantó para ayudarme.

—Espera, déjame que te ponga este cojín debajo —dijo

—Hoy estoy molesta. Tengo los pies hinchados y me duelen los riñones. Ya no logro coger postura para dormir —resoplé.

—Lo sé, no parabas de dar vueltas esta noche.

Intenté estirarme, lo que me provocó un crujido en la espalda que me hizo emitir un gruñido. Andrew me miró con ternura y se sentó a mi lado para tomar mis piernas, ponerlas sobre las suyas y descalzarme.

—¿Qué vas a hacer? —sonreí.

—Darte un masaje en los pies. No puedo hacer mucho más, pero al menos quiero aliviarte un poco.

Le miré sintiendo que lo amaba muchísimo, sobre todo por aquellas pequeñas cosas que siempre hacía por mí. Sus enormes manos estaban calientes, como siempre, y con la fuerza de sus largos dedos presionando mis doloridos pies, pronto empecé a gemir de gusto.

—Vaya, veo que te está gustando —sonrió.

Cerré los ojos asintiendo y suspirando de alivio.

—Es que es una delicia —jadeé.

—A partir de ahora no sé si optar por hacerte el amor o masajearte los pies.

—No me hagas elegir —reí.

Andrew besó mis pies con ternura y continuó con el placentero masaje.

—No te he tocado estas últimas noches porque no sé si es adecuado

a estas alturas —dijo azorado.

—No pasa nada. Hazel incluso dice que es bueno para el parto. El problema es la dichosa ciática, por eso me pongo ese cojín entre las piernas —dije acariciando sus manos—. Pero sabes que cuando dé a luz tendremos que estar al menos cuarenta días sin hacerlo.

—Sí, lo sé —suspiró poniendo una cara de pesadumbre que me hizo sonreír—. Estaré tachando los días que faltan en el calendario.

Andrew se agachó para besarme con ternura. Sabía a pan y manzanas. El beso fue tornándose apremiante, nuestras lenguas se encontraron y comenzamos a acariciarnos. Nos deseábamos muchísimo, eso no había cambiado, y me daba cuenta de que probablemente jamás cambiaría aquella forma de entregarnos el uno al otro. Fue al tener aquel pensamiento cuando tuve que reconocer que estar cuarenta días sin poder hacer el amor con Andrew iba a ser una tortura para mí también.

Andrew comenzó a subirme el camisón a la vez que besaba y acariciaba mis muslos. Yo intenté soltarle los pantalones pero me detuvo.

—Déjame a mí —susurró tomando mis manos y besándolas.

Asentí y él me soltó los botones del camisón para dejar al aire mis pechos. Los observó acariciándolos con suavidad, casi con veneración. Los sentía de nuevo muy sensibles, más pesados que nunca, como repletos. Los apretó y juntó con ternura. Jadeé al sentir cómo él lamía suavemente mis pezones mientras me quitaba la ropa interior despacio.

Intenté acomodarme, le sujeté por la cinturilla del pantalón y le atraje hacia mí, pero él volvió a impedírmelo con suavidad.

—No te muevas.

—Te quiero dentro —imploré.

—No, yo lo haré, yo te daré placer, mi vida —susurró deslizando sus manos cálidas por mis nalgas.

Gemí con fuerza al escucharle. Andrew me entreabrió los muslos con sus manos, los acarició y besó con suavidad hasta que se detuvo para mirar lo que estaba logrando en mi cuerpo. Sus labios dieron paso a su lengua. La deslizó hasta probarme y una vez lo hizo no paró

de lamer y chupar hasta que sintió en su boca cómo todo mi ser temblaba desecho de placer.

—Quiero verte —jadeó.

Después se incorporó para contemplarme aún toda estremecida, mientras continuaba acariciando toda mi carne empapada y vibrante, disfrutando de verme gozar, dándome placer, como él decía.

Los espasmos en mí fueron tan intensos y largos que me dejaron sin respiración. Él contemplaba fascinado y sonriente el espectáculo de gemidos y sacudidas que mi cuerpo estaba experimentando y que prolongó con sus hábiles dedos. Cuando logré articular palabra me tomó en sus brazos para acunarme en ellos con ternura hasta que me quedé dormida, agotada y satisfecha.

⌘

En mis prácticas como enfermera y matrona había visto y atendido múltiples y variados partos y me sentía confiada. Andrew había decidido pedirle la camioneta a su amigo Alec para desplazarnos hasta el hospital más cercano cuando llegase el momento.

Estaba bien de salud y no había tenido ninguna complicación durante el embarazo. Además, el bebé no paraba de moverse, pero notaba las pataditas en la parte baja del vientre y eso era señal inequívoca de que estaba de nalgas. Lo único que me extrañaba era que no se hubiese girado aún. Pero también sabía que hasta la semana treinta y siete nada podría hacer, así que decidí no darle demasiadas vueltas y mantener a Andrew al margen. No quería preocuparle. Sabía el miedo que le daba pensar que su propia madre murió de parto

En mi mente tenía claras las fechas y sabía que Andrew me había fecundado aquel lejano día de junio, en el Estanque de las Hadas, cuando cabalgándole, justo en el momento del orgasmo, miré a la luna y al sol, que brillaban juntos a la vez en el firmamento justo en el solsticio de verano.

Finalmente, en la semana, treinta y siete, acudí a la única persona que podía ayudarme.

—El doctor Lean me lo dijo el mes pasado, pero no le dio importancia porque opinó que se giraría a tiempo. He hecho de todo, hasta limpiar el suelo a cuatro patas, pero no se ha girado todavía —

Hazel me miró preocupada—. Se puede manipular el vientre para obligarla a hacerlo. Yo misma realicé esa práctica con éxito a varias mujeres durante mis prácticas de matrona en el Hospital St. Bartholomew's de Londres, pero no puedo hacérmelo a mí misma.

—Sí, es perfectamente posible y así no hay que hacer una cesárea de urgencia, pero sabes que puede provocarte el parto.

—Me faltan menos de quince días y en cualquier momento descenderá para encajarse. No puedo esperar más, Hazel. Si no, la única solución será irme hasta un hospital y que me hagan una cesárea. En la consulta del doctor Lean no hay medios para ello, se necesita un quirófano y si se presenta el parto mañana o cualquier día cercano sin un vehículo, con estas carreteras… Eres mi única esperanza —dije.

—Sí, es lo más sensato, pero es un poco molesto el procedimiento. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—Confío en ti —sonreí.

—¡Pues vamos allá! Con esperanza —dijo remangándose. Después se puso a prepararme una tisana.

—Tienes que estar relajada, así que primero túmbate y tómate esto, es básicamente tila y no te quitará el dolor, pero te dejará más tranquila.

Hazel se quitó el mandil y lo cambió por uno limpio, se lavó bien las manos, dándome tiempo para tomarme la tisana tranquila, tras lo cual, me destapo de cintura para abajo y colocó las palmas de las manos sobre mi vientre.

—Aquí estás —dijo con voz suave al notar a la criatura.

Comenzó a hablar a la niña en gaélico, con voz suave, como si la tuviese delante, mientras manipulaba mi vientre, presionándolo con sus manos, y aquel tono susurrante que empleó logró transmitirme una sensación de paz que me sosegó por completo.

Ella palpaba mi vientre, deslizando las palmas de sus manos a los lados y en círculos, presionando en ciertos lugares. El bebé se movía con fuerza haciéndome casi sentir dolor. Respiré hondo e intenté mantenerme serena, pero Hazel tuvo que iniciar un segundo intento.

—Con esta mano estoy procurando sacar las nalgas de la pelvis y

hacer que se dé la vuelta hacia adelante, pero me está costando, es grande y no quiere, está cómoda así. Te estoy molestando adrede para que te muevas, pequeña. Tienes que ayudar a tu madre, venga —dijo dirigiéndose al bebé mientras yo resoplaba, ya dolorida.

Noté cómo el bebé presionaba contra las paredes de mi útero, agitándose. Con la otra mano, Hazel acompañó la cabeza y la columna para que se diese la vuelta completa, presionando con mano firme pero sin hacerme ningún daño. De pronto, noté un dolor más agudo y cómo mi vientre cambiaba de forma por completo. La sensación fue tan extraordinaria que di un respingo estremeciéndome.

—¡Acabo de sentirla, ha dado una voltereta, se ha girado! —dije notando el dolor profundo en mis entrañas.

—Sí, ya está. Espera recostada un rato aquí por si acaso. Guarda reposo hoy. Puede que mañana aún sigas dolorida. Si notas contracciones, sangras, tienes dolor lumbar o cualquier otra cosa, ven a verme o manda a tu hombre a por mí. Ahora ya estás lista para salir al mundo, pequeña —dijo Hazel con una sonrisa, acariciando mi vientre con ternura.

—Creo que ya sé cómo te vamos a llamar, cariño. Serás *Hope,* y me parece que a tu padre le va a encantar —suspiré sonriendo emocionada.

Los días siguientes los pasé sin molestias. Andrew estaba mucho más inquieto que yo y apenas se separaba de mí.

—Tienes que trabajar en la granja, así que vete ya. Me encuentro perfectamente —dije poniendo los ojos en blanco.

—Después de lo que me contaste que te tuvo que hacer Hazel… —resopló abrumado.

Una vez en casa, le había puesto en antecedentes de todo y mientras le describía la vuelta que dio el bebé en mi vientre, Andrew tuvo que sentarse. Aun así, estaba decidido a estar conmigo durante el parto.

Andrew continuó frunciendo el ceño sin dejar de mirarme.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunté viendo cómo daba vueltas por la cocina como un león enjaulado

—No iba a decírtelo, pero… bueno, tú has sido sincera conmigo, así que…

—¡Oh, habla ya, Andrew Grant! —dije levantándome del sofá, no sin dificultad.

—Hamish me ha pedido que le acompañe a la feria del condado mañana, pero no voy a hacerlo. Que se lleve a Finn aunque no quiera —me dijo al fin, con los brazos en jarras.

—¿Por qué no? —pregunté. Él me miró como si no diese crédito a lo que estaba escuchando.

—Grace, por Dios…

—¿Cuánto tiempo estarías fuera? —pregunté pensando en lo bien que nos iba a venir un dinero extra para pagar la estancia en el hospital.

—Faltaría una noche. Nos iríamos por la mañana y volveríamos a la mañana del día siguiente.

—¿Y por qué Hamish no quiere ir con Finn?

—No quiere ir con Finn porque… bueno, habrá venta y el único bueno con los números soy yo —resopló.

—Puedes ir sin problemas —dije acercándome a él.

—Ya falta poco y no quiero dejarte sola —dijo tomándome en brazos para acariciarme el vientre.

—Queda tiempo. Te vas mañana y vuelves pasado. No va a nacer aún, te lo aseguro —susurré besándole con ternura.

El bebé, continuaba en la postura correcta, pero aún no se había encajado para el parto. Todavía perdía el aliento si me fatigaba y era porque mi vientre no había descendido aún.

—¿Estás segura? —preguntó Andrew tomando mi rostro entre sus manos.

—Sí, no temas —dije besándole en los labios. Él me devolvió un beso lento e intenso que me dejó sin respiración y con ganas de más.

La tormenta comenzó entrada la noche. Daba vueltas en la cama, sola, sin poder conciliar el sueño. Me sentía molesta desde la tarde porque tenía un inoportuno ardor de estómago.

Andrew había salido muy de mañana y hasta después del té no

había comenzado a dolerme la espalda. Me había levantado de la cama con una extraña sensación y nada más ponerme en pie me di cuenta de que tenía el vientre bajo. Fue al agacharme a coger leña para reavivar el fuego para el desayuno cuando noté una urgente necesidad de orinar. El bebé estaba presionando la vejiga, no cabía duda. Que estuviese encajado no significaba necesariamente que fuese a ponerme de parto, así que no le di mayor importancia.

Cené tan solo una sopa para no empeorar el ardor de estómago y me metí a la cama muy pronto, escuchando unos truenos lejanos. Ya acostada, y con el cielo iluminado por los relámpagos, me di cuenta de que tanto líquido me iba a mantener despierta. Efectivamente, tuve que levantarme para ir al cuarto de baño. La lluvia golpeaba con fuerza las ventanas y el viento ululaba como si fuese un extraño monstruo ancestral.

Me sentía rara, pero me acosté de nuevo, aunque me fue imposible conciliar el sueño enseguida. Cuando comenzó a escucharse de nuevo el sonido de los truenos y arreció la tormenta, volví a levantarme a orinar y entonces lo vi. Mi ropa interior estaba manchada.

«Ya está. Ya falta menos», me dije mirando con aprensión aquel cúmulo de flujo espeso y viscoso, algo sonrosado, sabiendo que tampoco aquella señal era una evidencia de que el parto fuese a comenzar.

Pero cuando me senté a orinar en el retrete, sentí un dolor agudo en mis entrañas. Me agarré el vientre, estaba duro y supe que era una contracción, una de las de verdad. Había experimentado débiles contracciones que apenas dolían desde hacía semanas, pero aquella era diferente. El dolor fue hondo, largo y me recorrió por dentro con mucha intensidad. Era medianoche.

«Tengo que relajarme. Probablemente, me falten aún muchas horas. Solo estoy nerviosa», pensé intranquila.

Logré coger postura y escuchando el sonido de la lluvia, que no cesaba, me quedé dormida por fin, pero al rato, otro intenso espasmo me hizo gemir despertándome.

«No, no puede ser. ¡Hoy que estoy sola, no!», imploré asustada.

Me incorporé en la cama y en ese momento me sentí mojada.

«Acabo de romper aguas», pensé aterrorizada.

Miré la cama con ojos de enfermera, intentando mantener la calma. La sábana estaba húmeda, pero no había rastro de sangre.

«Bien, todo va bien. Puede que sean las primeras contracciones». Pero en aquel momento una fuerte contracción, más larga que la precedente, me hizo jadear de dolor. Habían pasado escasos minutos desde la anterior.

—Tengo que calcular cada cuanto tiempo las tengo —me dije a mi misma en voz alta, intentando mantenerme serena.

Lo hice, me incorporé en la cama, cogí mi reloj de pulsera de la mesilla y aguardé. La siguiente contracción me dobló de dolor justo cinco minutos después.

—¡Oh, no pequeña! ¡Hoy no, por favor! —imploré jadeando mientras me agarraba el vientre intentando levantarme de la cama.

El espasmo posterior fue el peor. Larga y muy intensa, la contracción incluso me cortó la respiración. Me aferré a la cama para aguantar. Fue cuando me di cuenta de que tenía que salir y buscar a Hazel. Estaba sola y no iba a tener tiempo de nada más. Llevaba media hora con contracciones continuas y cada vez más fuertes. Estaba de parto e iba a ser rápido. A veces ocurría. Unas mujeres tardaban días y otras apenas horas. Cogí mi abrigo, un gabán para la lluvia de Andrew con capucha, me lo puse todo sobre el camisón, me calcé las botas de agua con unos calcetines llevando conmigo mi maletín de enfermera, la linterna y salí hacia el bosque, bajo la tormenta.

Caminé lo más deprisa que pude. Tenía que aprovechar el tiempo hasta la siguiente contracción. El camino estaba enfangado y me daba miedo patinar. Por suerte me sabía aquella ruta con los ojos cerrados. Al poco de empezar a cruzar el bosque sentí la siguiente contracción. Gemí con fuerza parándome en seco, aferrándome al tronco de un árbol y aguardé a que pasara. Jadeante, recogí mi maletín y retomé la marcha. La linterna me ayudó a seguir el sendero y pronto alcancé el claro del bosque. Fue allí donde tuve que pararme de nuevo. El dolor era cada vez mayor. Me doblé sobre mí misma y caí de rodillas perdiendo la linterna. Por suerte, puse las manos a tiempo de

quedarme a cuatro patas gruñendo de dolor. En ese momento sentí eso que todas las embarazadas que están de parto dicen notar: las ganas de empujar.

—¡No, aún no, aquí no! —grité asustada.

Con las fuerzas ya mermadas me levanté resoplando y proseguí en dirección a la casa de Hazel. La luz de un relámpago lo iluminó todo. Justo cuando divisé la choza y el humo que salía de su chimenea, me sobrevino la siguiente contracción que me hizo aullar de dolor. Entonces comencé a gritar pidiendo ayuda. La cabaña estaba a escasos metros y recé para que Hazel pudiera escucharme.

Grité y grité mientras la tormenta continuaba haciendo bramar al bosque entero. La puerta se abrió por fin y apareció Hazel bajo la lluvia, en camisón y con una lámpara de carburo.

—Grace, ¿eres tú, muchacha?

—Sí, estoy aquí. ¡Ayúdame, ya viene! —sollocé a gritos.

Hazel llegó hasta mí, me aferró con fuerza y me levantó del suelo a duras penas. Sujetando el maletín, necesité de todas mis fuerzas para alcanzar el cobijo cálido de la choza, pero logré reunirlas justo a tiempo. Mi grito de dolor resonó en todo el bosque.

Una vez dentro, Hazel me ayudó a quitarme el abrigo y las botas, me tendió en un camastro, se lavó bien las manos en una jofaina, me levantó el camisón, me abrió las piernas y me examinó.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —dijo palpando mi vientre.

—Algo más de dos horas. Me he sentido molesta todo el día, pero ha sido a media noche cuando he notado que había roto aguas. Después todo se ha acelerado mucho.

La contracción me hizo gritar dejándome sin aliento.

—Estás pariendo, muchacha. Has dilatado casi por completo —yo gemí asustada—. No te preocupes, tienes suerte. Va a ser rápido y todo saldrá bien. Levántate.

—¿Levantada?

—La peor forma de dilatar es tumbada. Cualquier postura que te permita reclinarte hacia delante con libertad, como apoyar los brazos sobre una cama, de rodillas o a gatas, hace el trabajo de parto mucho

más llevadero y así podré masajearte los riñones para aliviarte un poco. Pasea, cuando notes la contracción para y agárrate. Y no empujes aún, aunque tengas muchas ganas. Así no habrá desgarro.

Asentí resoplando con fuerza. Hazel puso agua a calentar en la chimenea, iniciando una actividad que parecía impropia de una mujer de su edad. Cogió sabanas limpias, mantas, un par de toallas, preparó el camastro y por último puso agua limpia en una palangana.

Caminé respirando como había enseñado a otras mujeres a hacerlo. Las contracciones se sucedían cada vez más seguidas y largas, sin darme tiempo a reponerme. El camisón se me pegaba al cuerpo empapado en sudor. Aproveché un breve descanso que me dio el lacerante dolor para respirar y reunir las pocas fuerzas que aún tenía.

—¿Cuánto tiempo llevamos? —gemí temblando.

—Apenas una hora —dijo agachándose para palparme—. ¡Ya noto la cabeza!

—¡Otra! —gruñí apretando los dientes.

—¡Venga, ahora! Aprovecha la contracción y empuja fuerte. ¡Vamos!

Grité de dolor al sentir avanzar al bebé por mis entrañas. Era una sensación fortísima, como si mi cuerpo se abriese en canal rompiéndome por dentro. El angustioso dolor volvió a cesar una vez más. Me temblaban las piernas como si fuesen de gelatina.

—No puedo estar de pie, no me sostengo, Hazel. ¡No tengo fuerzas suficientes! —jadeé angustiada.

Hazel se agachó para examinarme de nuevo.

—Túmbate. Dos empujones más y saldrá. ¡Puedes hacerlo, muchacha!

Asentí resoplando y me tumbé ayudada por Hazel. Entonces pensé en Andrew y en que casi prefería que él no tuviese que verme pasar por aquel trance sin poder hacer nada por aliviarme. Un nuevo trueno retumbó sobre nuestras cabezas, acompañado de un grito mío de dolor.

Lo supe, noté un cambio brutal en mi cuerpo. Aquel dolor no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Era de una

intensidad sobrecogedora, tan desgarrador que mi cuerpo ya nunca lo olvidaría.

Todo mi ser me pedía incorporarme y así lo hice. Jadeando y gimiendo me erguí apoyándome con fuerza en el camastro y empujé una vez más. En ese momento, justo en aquel preciso instante, con el último empujón, pensé en Andrew. Tuve su rostro en mi mente en aquellos últimos segundos brutales llenos de padecimiento.

Nadie tiene que decírtelo, tú lo sabes, el bebé va a salir y solo quieres que lo haga y notas cómo te abres por dentro para dejarle pasar. Me apoyé casi sentada sobre los riñones, con las manos y los pies en la cama, haciendo fuerza hacia adelante, con las piernas totalmente abiertas. La impresión de ver la cabeza del bebé que por fin salía fue abrumadora.

Recuerdo claramente la cabeza de la niña ya fuera y el resto del cuerpo dentro. La sensación de impaciencia porque saliera de una vez y aliviara la tensión en mi cuerpo y el dolor era indescriptible. Hazel comenzó a recitar unas palabras extrañas. Yo estaba como en trance, no escuchaba, solo obedecí a algo mucho más poderoso, algo salvaje, visceral, un instinto de supervivencia brutal, completamente animal, que me hizo maldecir con un inmenso grito de rabia.

Puedo decir que casi sentí algo cercano al placer al notar como mi bebé abandona por completo mi cuerpo, con aquellas palpitaciones tan conocidas. Vi a mi hija salir de mí mientras yo lloraba y gemía de felicidad y dolor, todo junto. Todo mi cuerpo vibraba empapado en sudor, mis entrañas temblaban, el corazón me palpitaba desbocado y solo pude sonreír sin parar de llorar mientras susurraba el nombre de Andrew sin cesar.

—Eso es, utiliza su fuerza. ¡Llama a tu hombre! —me apremió Hazel.

Vi como salían los piececitos por fin y ya no me dolía nada. El alivio fue inmenso e instantáneo.

Esos últimos momentos, hasta que la escuché llorar, fueron los más angustiosos de mi vida. Hazel la tomó deprisa, le limpió la boca y las fosas nasales y la tapó con una manta.

—Es una niña. ¿Ves cómo tenía razón? —dijo Hazel con una sonrisa

—. Y es idéntica a su padre. Mírale el pelo.

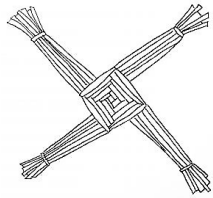
La luz del amanecer lo bañaba todo de una luz irreal. La tormenta había pasado. Tomé en brazos a Hope, jadeante y agotada. Mi hija berreaba, le acaricié el pecho lleno de secreciones y fluidos y vi su piel sonrosada debajo. Lo primero en que me fijé fue en sus manos. Recuerdo que me parecieron grandes para ser las de un bebé. Después, reparé en sus pestañas largas y mojadas. Eran exactamente iguales a las de Andrew, con aquel color entre rubio y rojizo en las puntas y muy espesas. Temblando de emoción, toqué su cabecita blanda y palpitante y vislumbre una pelusa con aquel mismo color de los rizos de su padre.

Hazel aguardó unos minutos antes de cortar el cordón, hasta que expulsé la placenta y dejó de latir por sí solo. Entonces, colocó una pinza en la parte que aún estaba unida a la niña y cortó, terminando con aquel vínculo físico que nos había mantenido unidas durante meses.

—Ya está. Es grande, fuerte y muy bonita —dijo Hazel y me pareció notar cansancio en su voz.

Amanecía cuando estreché con ternura a mi hija contra mi pecho.

—Hola, Hope. Bienvenida —susurré.



CAPÍTULO XXXIX

En algún momento de aquel amanecer, absorta en cada movimiento y ruido que hacía Hope, me quedé dormida con ella en mi pecho. Cuando desperté me extrañó no ver a Hazel por ninguna parte, pero imaginé que habría salido para avisar a Andrew, que ya estaría de regreso en casa.

Me sentía rara, como con las reminiscencias de un extraño sueño que no lograba recordar del todo en mi mente. Recordaba retazos sueltos, como imágenes, pero todo estaba confuso en mi mente.

Me incorporé en el camastro con dificultad. Sentía los pechos incómodos y estaba muy dolorida, pero sabía que no tenía fiebre ni hemorragia y que todo había salido bien, que mi cuerpo estaba haciendo su trabajo y la leche subiría al cabo de unas horas. Hope era grande y fuerte y enseguida se agarró al pecho intentando mamar lo que aún no era más que lo que las enfermeras matronas de mis prácticas me habían enseñado a llamar calostro. Yo, que había ayudado a varias madres primerizas a dar el pecho a sus bebés, ahora me sentía nerviosa y emocionada al ver la boquita de Hope rodeando todo el pezón y succionando con fuerza.

«Es puro instinto animal», pensé asombrada del reflejo natural del bebé buscando mi pezón con ansia.

Recuerdo que, viendo a mi hija alimentándose en mis brazos, concluí que tenía el nombre perfecto porque, en verdad, ella representaba la esperanza. La que apenas me quedaba cuando llegué a aquellas tierras y que había logrado calar en mí como aquella lluvia fina que mojaba las montañas. Era la encarnación de la ilusión y la fe de su padre mezclada con mis ganas de sobrevivir.

—Solo espero que también heredes su inmenso corazón —susurré besando la cabecita de Hope.

El sol había salido ya y Hazel no regresaba. Fue en aquel momento cuando comencé a escuchar la voz de Andrew. En un principio pensé que era fruto de mi imaginación, pero su voz, su extraordinaria y amada voz crecía acercándose, gritando mi nombre. Estaba buscándome. Sus gritos resonaban angustiados por todo el bosque.

Hice un esfuerzo por levantarme del camastro, pero estaba demasiado dolorida como para hacerlo con Hope en brazos. Tapé los oídos de la niña con mis manos y grité también, con la esperanza de que él me escuchase. La voz de Andrew, fuerte y profunda, se fue acercando hasta que estuvo al lado, pronunciando mi nombre sin cesar.

—¡Estamos aquí! —grité.

Andrew apareció por la puerta justo después y mi alivio fue inmenso. Se acercó corriendo hasta el camastro. Su cara reflejaba el miedo y la angustia de la búsqueda. Hubiese corrido hacia él, pero me dolía el cuerpo y tenía a la niña dormida en mis brazos.

Andrew me miró, miró a Hope como si no creyese lo que estaba contemplando, tendiendo sus brazos, acercando sus manos a nosotras, casi sin apenas rozarnos y se rompió, rodeándonos con su cuerpo por fin.

—¡Oh, Dios santo, Grace! ¡No te encontraba! —sollozó.

—Estamos bien, las dos estamos bien —dije acariciando sus cabellos.

—¿Es una niña? —asentí sonriendo. Andrew se quedó mirando el bulto que acababa de despertarse, emitía ruiditos y se movía entre nosotros dos y se le escapó un profundo sollozo.

—Es Hope. ¿Quieres cogerla?

Andrew me tendió sus brazos, maravillado, tomó a Hope en brazos con sumo cuidado y destapando su cabecita de entre la manta que la cubría rio entre lágrimas.

—Es preciosa —susurró con aquella espectacular sonrisa conmovedora y bondadosa que lo hacía devastadoramente hermoso—. Hola Hope, soy papá. Hola cariño.

Fue tan tierno al decirlo, tan cuidadoso mientras acariciaba su cabecita pelirroja que todas las emociones de aquellas horas pasadas regresaron agolpándose en mí, haciéndome llorar de felicidad.

Andrew y yo nos miramos con los ojos llenos de lágrimas. Él se inclinó a besarme y yo le devolví el beso.

—Te amo —susurré.

—Y yo a ti, *mo ghràdh* —dijo sin soltar a nuestra hija. Después la

destapó un poco más y la contempló durante un buen rato maravillado, absortó en cada detalle de su rostro y su cuerpo, como yo había hecho nada más tenerla en brazos.

—Es… perfecta —dijo mirándome abrumado.

Asentí.

—Es idéntica a ti. Mira esa pelusilla rojiza de su cabeza —sonreí.

—Sí —rio Andrew—. Aunque tiene tu boca.

Andrew estaba tocando su manita y Hope se aferró al dedo de su padre bostezando y haciendo que este exclamase lleno de asombro.

—¡Tiene mucha fuerza! ¡Y mira cómo bosteza! —rio.

—Sí, es como su padre: grande, fuerte y pelirroja.

—Siento no haber estado contigo, mi vida —dijo mirándome embelesado.

—No te preocupes, Hazel me ayudó. No hubo tiempo de nada. Pero me extraña que no haya vuelto todavía.

En ese momento, al nombrarla, me di cuenta de que el rostro de Andrew se volvía sombrío y volví a tomar en brazos a Hope.

—Grace, Hamish y yo hemos encontrado a Hazel hace un rato.

—¿Encontrado? —pregunté sin comprender todavía lo que Andrew trataba de decirme.

—Sí, Grace. Ella… bueno, estaba tendida bajo un tejo, cerca del claro.

—¿Cómo? No comprendo.

—Cuando llegué con Hamish a casa no estabas y supimos que algo te había pasado. ¡Dios, casi me vuelvo loco de angustia! Imaginé que si te habías sentido indispuesta habrías acudido a Hazel. Decidimos venir hasta la cabaña y de camino dimos con ella.

—¡Oh, no! Pobre Hazel. Pero… ¿Qué le ha pasado? —sollocé.

—No lo sé. Estaba como dormida, cariño. No tenía cara de haber sufrido en absoluto. Ya no se podía hacer nada por ella. Hamish la ha cargado en el carro y la ha llevado a la ciudad para… bueno arreglar todo lo referente a su defunción.

—Pero si estuvo conmigo toda la noche, hasta el amanecer. Hope nació al amanecer y después… ella salió a por no sé qué planta y regresó enseguida. Más tarde me quedé transpuesta un rato, justo

hasta que has llegado.

—Pero eso no puede ser, Grace.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Porque acaba de amanecer —dijo Andrew muy serio.

—¡No, no puede ser! Estaba amaneciendo cuando nació Hope. ¡Estoy segura! Y ya han pasado un par de horas, al menos.

—No cariño, estarás confusa de puro agotamiento. Llegamos a casa antes de amanecer, era aún noche cerrada. Yo no quise hacer noche en el pueblo de la feria ganadera. Dejamos a Finn en el cruce de la granja. No quería tardar más en llegar a casa. Estaba intranquilo y al no verte fue cuando comenzamos a buscarte Hamish y yo. No sabíamos donde estaba la cabaña de Hazel exactamente y la tormenta no nos lo puso fácil. Era aún de noche cuando cruzamos el bosque estoy seguro.

—No puede ser Andrew. Ella… estuvo conmigo hasta hace bien poco. Apenas he dormido un rato. Estoy segura —Andrew me miró extrañado—. Estaba agotada por el parto y Hazel salió un momento a por esas hierbas que te he dicho, pero regresó enseguida, en unos minutos, y cogió a Hope para lavarla con esas mismas hierbas en el agua. Mientras lo hacía le habló con unas extrañas palabras que no comprendí y después, besó su frente e hizo unos gestos con las manos sobre ella.

—Y puso esto en la puerta —dijo Andrew mostrándome una cruz cuadrada trenzada con juncos—. Esta es la cruz de santa Brígida, la diosa pagana Brigit, una antigua sacerdotisa druida encargada de mantener el fuego sagrado druida, a la que se le rinde culto en Irlanda y Escocia como diosa y dadora de vida porque está ligada a la primavera. Es un símbolo de protección y prosperidad. Hazel era una *cailleach*, una anciana sabia, una dama blanca. Tiene sus runas celtas ahí, encima de la mesa.

—¿Las piedras? Sé lo que son las runas. Son un método celta y vikingo de adivinación, ¿verdad?

—Sí. Probablemente, con ellas leyó los augurios a la niña.

—No lo sé, no lo recuerdo bien —dije confusa.

Andrew acarició mi rostro mirándome muy serio.

—No le hables de esto a nadie, Grace, por favor.

—¿Por qué?

—En estas tierras aún se cree mucho en los antiguos ritos paganos y si alguien se enterase de que Hazel murió al nacer Hope…

—¿Qué pasaría?

—Te dirían que es el renacer del círculo de la vida. Que su espíritu estaría en nuestra hija y que ella será con el tiempo una bruja.

—¿No me digas que tú crees en esas cosas?

—Siempre hay cosas inexplicables en este mundo. Supongo que las gentes antiguas tenían su modo de hacerlo, de responder a esas preguntas. Nosotros ahora tenemos la ciencia. Hay gente que se guía por la biblia para todo —Andrew se encogió de hombros—. No creo en brujas y hadas, pero prefiero que no se sepan esta clase de… bueno, detalles de su nacimiento. Con el tiempo podrían atribuirle ciertas habilidades a Hope que le traerían problemas.

Suspiré abrumada.

—No te negaré que estoy confusa por el cansancio del parto, pero eso lo recuerdo bien, Andrew. Yo estaba en un duermevela porque Hazel me había administrado una tisana con algo para calmar el dolor y que me dejó como atontada, pero ahora lo recuerdo perfectamente. Hazel regresó e hizo todas esas labores. Llámalo magia o superstición. Ella parecía… no sé cómo explicarlo, la escuchaba, aunque como si estuviese lejos, pero yo tenía los ojos abiertos y lo vi todo.

Andrew me observaba en silencio.

—Ese ritual que hizo es para proteger a la recién nacida. Bendijo su nacimiento y se lo agradezco —dijo Andrew besando las manitas de Hope.

—¿Qué pasará con el cuerpo de Hazel?

—No lo sé muy bien, porque, según el reverendo, no se le puede dar un entierro cristiano, y no tenía familia, parientes o amigos.

—Me tenía a mí. Yo era su amiga —le dije a Andrew con tristeza—. Ella hubiese preferido ser enterrada a la manera celta y no con un responso del reverendo McCormack.

—Sí, yo también lo creo —sonrió Andrew—. Y creo también que ella te diría que no estés triste, que es el curso de la vida. Unos se van

y otros llegan.

Nos abrazamos con Hope sostenida entre los dos.

—Estás agotada, ¿verdad? —dijo Andrew acariciándome con ternura.

—Sí, y empiezo a estar hambrienta también. Tengo ganas de irme a casa con Hope. Pero hasta que no llegue Hamish con el carro no podremos hacerlo —suspiré intentando acomodarme recostada sobre el camastro.

—Por cierto, pienso poner teléfono en casa y comprar esa dichosa camioneta de segunda mano me cueste lo que me cueste. Y dame a Hope, así podrás dormir un rato —concluyó Andrew besando mi frente con ternura.

—Está bien —sonreí cerrando los ojos.

Me quedé profundamente dormida por fin y soñé con una extraña melodía que Hazel solía canturrear mientras trabajaba. La misma cuya letra me recitó una vez Hamish y que hablaba de una mujer que viajaba en el tiempo.

Hamish llegó con el carro hacia el mediodía y entró en la cabaña como un huracán.

—¿Dónde está? ¡Quiero ver a esa criatura! —exclamó Hamish pasando agachado por la puerta, al igual que tuvo que hacer Andrew.

—Aquí está tu nieta Hope, abuelo Grant —dije con orgullo pasándole la niña a Andrew para que se la mostrara a su padre.

—¡Oh, qué bien me ha sonado eso, muchacha! Así que una nieta, ¿eh? —en el ese momento, con la niña ya en brazos, se quedó en silencio, contemplando a Hope como hipnotizado. La voz le tembló al hablar de nuevo—. Es… una chiquilla preciosa. Se parece tanto a…

Y no terminó la frase porque los ojos se le llenaron de lágrimas. Miré a Andrew. Su semblante estaba serio pero no molesto.

—He pensado que podríamos ponerle de segundo nombre, Effie, y de tercero el de mi madre y segundo mío, Catherine, en gaélico: Catrìona —dije mirando a padre e hijo.

Andrew me miró con cariño y asintió. Ambos nos quedamos aguardando la respuesta de Hamish, que absorto en Hope no

reaccionaba.

—Como vosotros decidáis. Yo… no me considero digno de hacerlo —las lágrimas le corrían por el rostro mientras sonreía a su nieta.

De camino al *cottage*, Hamish nos explicó que el doctor Lean había certificado que Hazel llevaba horas muerta cuando la encontraron él y Andrew. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar que aquellos momentos que tenía atesorados en mi mente no podían haber sido más que un sueño. Pero por alguna razón supe que había sido real, que el espíritu de la Bruja del Bosque, como todos la llamaban en Inverness, se había quedado conmigo y con Hope un poco más hasta asegurarse de que estábamos a salvo y que bendijo a mi hija antes de dejar que su espíritu abandonase su cuerpo definitivamente.

—Creo que deberíamos enterrarla en el bosque, en su mundo, bajo el tejo donde murió —dije pensando en Hazel, que no se me iba de la cabeza.

Así lo hicimos. Logramos que el reverendo McCormack no la contase como una feligresa por no considerarse cristiana la propia difunta, que según él, en muchas ocasiones y delante de testigos había declarado no pertenecer a la religión cristiana al no estar bautizada como tal.

—Por eso hay gente que supone que era una viajera del tiempo. Porque vivió en una época pagana alguna vez —explicó Hamish.

Andrew y yo nos miramos en silencio.

El reverendo se santiguó al oír las intenciones de Hamish y Andrew, que fueron los que se entrevistaron con él, en la rectoría. Con un: "que Dios se apiade de su alma", y la recomendación de que bautizásemos a Hope en cuanto nos fuese posible, dio por zanjado el asunto.

Un par de días después, en la funeraria, nos entregaron el cuerpo. Decidimos realizar un funeral celta quemando el féretro al aire libre, durante la noche, en los pastos de la granja Grant.

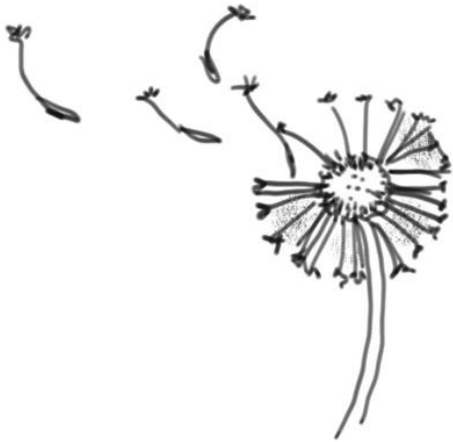
Guardamos las cenizas que el viento no había dispersado en una vasija de barro y las enterramos bajo uno de los tejos cercanos a la cabaña, bajo aquel árbol ancestral que representaba la vida y el renacer de la muerte para los antiguos pobladores de aquellas tierras,

junto con enseres que pertenecieron a Hazel, como su peine de carey y unas peinetas de hueso, su amuleto de ámbar, un collar con una bolsita llena de verbena que siempre llevaba encima como protección, sus runas de piedra y un mortero donde machacaba sus hierbas. Sobre la tumba colocamos una rama de avellano, echamos unas semillas de manzano en la tierra y la rodeamos con piedras del río. Yo le hice un ramo de flores con campanillas azules, brotes de cardo, diente de león y hiedra y Hamish dijo unas palabras en gaélico que Andrew me tradujo.

—Le está deseando buen viaje y le pide que vele por nosotros agradeciéndole su labor —susurró Andrew cargando en su pecho a Hope mediante el saco, o más bien bandolera, que había ideado para llevar a nuestra hija por lugares donde no se podía transitar con un cochecito de bebé y que eran casi todos los de alrededor del *cottage*.

Fue en el momento en que nos marchábamos cuando un gorrión se posó sobre el tejo que daba sombra a la tumba de Hazel. El pajarillo nos observó un momento con sus ojillos oscuros, pio y después alzó el vuelo.

—Buen augurio nos deja el mensajero de los dioses. *Aye*. Vamos familia, dejémosla descansar —dijo Hamish caminando hacia el claro del bosque.



CAPÍTULO XL

Cuarenta días y cuarenta noches

Las dos primeras semanas tras el nacimiento, fueron una sucesión de días en los que el sueño y la vigilia se confundían, así como las horas de luz y las noches. La lactancia materna resultó ser bastante agotadora al principio. Sentía los senos llenos, pesados e hinchados hasta que la niña mamaba y aliviaba esa sensación. A veces, con solo escuchar el llanto de Hope o tomarla en brazos ya notaba un cosquilleo cálido en el pecho, otras era tan fuerte la respuesta de mi cuerpo que el tirón en mis pechos casi era molesto, como si los rodease una cuerda, y la leche simplemente comenzaba a fluir por sí sola con solo acercarme a mi hija.

La tercera semana comencé a acostumbrarme a aquellos nuevos horarios y rutinas. Lo que nunca imaginé fue que los sentimientos placenteros fuesen comunes a otros muchos menos castos que alimentar a un bebé, especialmente cuando me lavaba los pechos o los untaba con la crema hecha con cera de abejas y miel que me hizo Hazel expresamente para evitar las temidas grietas y estimulaba con ello mis pezones.

—Es una pena que se haya perdido con ella todo lo que hacía: los jabones, las cremas, las tisanas… —suspiré mientras me untaba un poco de aquella crema totalmente inocua para el bebé, pero perfecta para mis sensibles y castigados pezones y que también había servido para evitar las estrías en mi vientre y que continuaba dándome para disminuir las que se habían formado inevitablemente.

Andrew hizo un ruido que me pareció de asentimiento observándome de reojo. Noté algo extraño en su forma de mirarme, como si se esforzase en no fijarse en mí, en mi cuerpo, pero no le quise dar mayor importancia.

—¿Hazel no tenía algún libro donde guardaba sus… pócimas o recetas o como se llamen sus ungüentos milagrosos? —preguntó Andrew de pronto.

—¡Eres un genio, Andrew Grant! —dije levantándome para besarle —. Voy a salir un momento y me llevo a Hope.

Corrí escaleras arriba para vestirme.

—Bien, así aprovecharé para ir a la granja. Tengo trabajo atrasado. Por cierto, ¿a dónde vas? —preguntó Andrew siguiéndome hasta el dormitorio.

—A buscar un libro —respondí guiñándole el ojo.

La cabaña estaba como la última vez. Andrew había limpiado las evidencias del nacimiento de Hope, pero todo continuaba en su sitio, como Hazel tenía dispuesto. Sus frascos, tarros y alambiques, sus flores secas colgando de la techumbre y aquel aroma a cera de abeja y plantas aromáticas lo invadía todo.

Entre a la cabaña con cierta reverencia. Una vez dentro tan solo se escuchaban los gorjeos de Hope, hecha un ovillo dentro del saco hecho por Andrew en el que la cargábamos la mayor parte del tiempo, con el gorrito y la mantita que Lorna le había tejido.

—Aquí es donde naciste, Hope Grant —le susurré.

Comencé a buscar en las estanterías, en cajones y alacenas, pero no encontraba lo que había venido a buscar por ninguna parte. Sin embargo, recordaba con claridad cómo Hazel solía estar escribiendo en un libro cuando pasaba a visitarla: una especie de dietario con las cubiertas de cuero granate cerrado con cuerdas y con el canto labrado.

Ya no sabía dónde buscar y cansada, me apoyé en la mesa donde mi añorada amiga solía hacer sus preparaciones. Todo estaba en silencio, Hope dormía y por un momento creí sentir una presencia allí, a mi lado. Algo incorpóreo que se movía a mi alrededor, como una brisa fresca.

—¿Eres tú Hazel? ¿Estás aquí con nosotras? —pregunté.

Había dejado la puerta abierta y en ese instante, con una ráfaga de viento, entró un pajarito. Era un gorrión que revoloteó alrededor de nosotras, se posó en la esquina de la mesa y nos observó moviendo su cabecita de un lado a otro.

Fue entonces cuando noté el pomo del cajón de la mesa en mi muslo. Era el último lugar que me faltaba por inspeccionar. Lo hice, tiré del cajón de madera y ahí estaba el libro. Lo abrí despacio y comencé a revisarlo. Estaba repleto de recetas para hacer todo tipo de cremas y jabones. También de los diferentes efectos de las plantas, y

explicaciones de lo que cada una producía en el paciente. Algunas aclaraciones estaban escritas en una lengua extraña que yo jamás había leído y acompañada de extraños símbolos que me recordaron a los pictogramas que se hallaban tallados en algunos monumentos megalíticos escoceses que se atribuían a los ancestrales pictos. A mi memoria llegaron las palabras de mi tío Archie y su explicación acerca del lenguaje de símbolos que ellos poseían y que aún hoy no ha podido ser descifrado, trazos que representaban bestias extrañas, águilas, salmones o peines.

Recordaba haber oído a George hablar de aquella antigua tribu celta que habitó más allá del muro de Adriano, al norte de los ríos Forth y Clyde, llamados por los romanos "los Hombres Pintados", por llevar el cuerpo tatuado y las caras pintadas de azul. Aquellos descendientes de los caledonios crearon el reino de Alba y su unificación territorial fue la que marcó el origen de Escocia.

También, gracias a mi tío Archie, conocía la antigua leyenda que atribuía al mítico Merlín, probablemente un druida, la pertenecía a aquel pueblo que tan fieramente combatió contra los invasores romanos para mantener su independencia, y que acabaron desapareciendo al ser absorbidos por otras culturas, pero cuyo nombre permanecía aún en las leyendas, en las piedras ancestrales y los vientos susurrantes de las Tierras Altas.

—Las manos de Hazel, sus tatuajes en los dedos… —susurré.

El libro recogía incluso la mítica receta de cerveza de brezo de aquel pueblo perdido en el tiempo y supe que Hamish tenía razón respecto a Hazel.

Otra ráfaga de aire húmedo y frío me rodeó. Esta vez no venía de la puerta. Fue entonces cuando el gorrión pio para salir volando de nuevo y desaparecer por donde había entrado.

Cerré el libro muy despacio, sonriendo. Hope se removió dentro de la bolsa de lona donde la cargaba y me pareció que sonreía en sueños.

—Muchas gracias, Hazel. Sé que tengo tu permiso —susurré antes de salir de la cabaña para regresar con mi hija a casa.

La esperada primavera, dio lugar un año más a las "noches blancas"

de las Tierras Altas, donde nunca oscurecía del todo.

Casi todas aquellas noches de la primavera de 1948 se me hicieron larguísimas y acababa por traer a Hope a la cama porque era agotador levantarme hasta tres veces para darle el pecho. La ponía entre Andrew y yo y los dos permanecíamos tumbados, viéndola gorjear hasta que nos quedábamos dormidos los tres.

Pero algunas noches no había forma de dormirla. Aquella en concreto estaba convirtiéndose en un infierno. Finalmente, Andrew se levantó y la tomó en brazos.

—Duerme un poco. Ya me ocupo yo de Hope —me dijo con una sonrisa acompañada de su hermosa cara de sueño.

—Espera. Puede que siga con hambre —bostecé.

—Le has dado el pecho varias veces. No es eso. Estará desvelada. ¿Verdad *mo nighean phrìseil*? —dijo acunando a Hope entre sus enormes brazos, consiguiendo que se callase automáticamente—. Bajaré al sofá, la pasearé y le contaré un cuento y si se queda dormida la pondré en el cuco, que hoy parece que no quiere estar en la cuna. Aprovecha tú, mientras tanto.

—Creo que prefiere tus brazos y tus historias. Tu voz la calma. No la culpo —dije suspirando.

Andrew me sonrió suspirando a su vez. Después me echó una mirada de esas que antes de nacer Hope nos hubiese provocado un auténtico arrebato.

Los dos lo sabíamos. Estaba siendo duro para ambos el no poder hacer el amor durante tantos días y, sin embargo, estar más unidos que nunca.

Andrew evitaba mirarme de esa forma que hacía que toda la piel del cuerpo se me erizase, y yo evitaba rozarle demasiado para que no le ocurriese lo mismo.

Volví a suspirar e hice lo que me había aconsejado Andrew y dormí hasta el amanecer. La luz de abril comenzaba a entrar por las ventanas dando a los muebles y las cosas tonalidades doradas. Hacía frío, así que bajé para avivar el fuego de la chimenea que calentaba toda la casa. Andrew estaba dormido en el sofá y Hope también, en el cuco de mimbre que empleábamos para cargarla. La subí a la habitación y

volví a bajar para echar turba y algo de leña a la chimenea. Al notar el movimiento cercano, Andrew se despertó e inmediatamente miró a su alrededor buscando el cuco.

—La he subido al dormitorio. Estaba dormida.

—Es la primera vez que duerme tantas horas seguidas —dijo Andrew incorporándose del sofá.

Me senté junto a él. Estaba somnoliento, despeinado y necesitaba afeitarse, pero estaba guapísimo. Él me miraba en silencio.

—¿Sabes que estás preciosa? —susurró.

Negué con la cabeza atusándome los rizos hechos una maraña.

No me sentía nada hermosa, todo el día con sueño, sin peinar y desvestida, así que agradecí muchísimo aquella mirada llena de embeleso. Le acaricié la barba y bajé mi mano hasta tocar su pecho desnudo. Andrew se desperezó sonriendo y me atrajo hacia él.

—Tú también estás muy guapo —dije apoyándome sobre su cuerpo.

—¡Dios, cómo te echo de menos! —susurró apretándome contra él.

—Y yo a ti —dije besando su pecho.

Andrew suspiró con fuerza.

—¿Cuántos días han pasado? —preguntó abrazándome.

—Solo veintidós —resoplé.

—¡Oh, maldita sea! —gruñó besando mi frente.

—Lo siento —gemí deseándole con toda mi alma.

—No importa, mi vida. Es toda una tortura, pero lo soportaremos —sonrió besando mis labios con ternura.

Me apreté contra él sin ninguna intención, pero tenía los botones de mi casto camisón desabrochados y uno de mis pechos quedó completamente al aire sobre su cuerpo. Andrew jadeó al sentir mi piel sobre la suya. Intenté apartarme para no ponérselo más difícil, pero él me atrajo con más fuerza. El beso fue inevitable. Su boca y mi boca se buscaron con una ansiosa necesidad hasta quedarnos sin aliento. Fui yo la que intenté separarme de su cuerpo.

—No, quédate así —suspiró—. Solo necesito abrazarte y que me toques.

Le acaricié con ternura.

—¿Te he tocado poco estos días? —él asintió con un gemido quedo

—. No quiero ponérnoslo más difícil a ambos. Es por eso.

—Lo sé y te lo agradezco, mi vida, pero es que te veo todo el día con las blusas abiertas, en camisón, con los pechos al aire. Y están tan hermosos… —susurró mirándolos con codicia.

—Sabes que puedo aliviarte de alguna forma, ¿verdad?

—Sí, pero… ya lo he hecho yo mismo en… —carraspeó—. Bueno, en el baño.

—¡Oh, Andrew! —reí.

—Me avergüenzo de mi mismo y de mis pensamientos, pero en fin, si te he de ser sincero, vivo en un estado total de lujuria.

—Me encanta tu lujuria —reí besándole con suavidad—. Y quiero que sepas que yo me siento igual que tú.

El tiempo transcurre deprisa cuando no quieres que lo haga y muy despacio cuando deseas lo contrario. Pero finalmente, la cuarentena pasó; los cuarenta días con sus cuarenta noches.

Hope crecía y crecía y ya dormía gran parte de la noche. El problema era que ambos acabábamos tan agotados con nuestras labores diarias que esas horas, mientras la niña dormía, las pasábamos durmiendo también.

Finalmente, fueron Lorna y Alec los que se apiadaron de nosotros.

Ella vino a visitar a Hope una tarde, mientras Andrew se encontraba en la granja con Hamish.

—Qué preciosa está Hope —dijo Lorna contemplando el sueño apacible de mi hija mientras compartíamos una taza de reconfortante té—. Tengo tantas ganas de tener mis propios bebes… Siempre he querido ser madre.

—Te prevengo que no es todo tan maravilloso como parece. Ahora la ves dormida y limpia, pero la mayor parte del día no es así. Y echo de menos algunas cosas. Me gustaría volver a trabajar como enfermera, tener tiempo para un largo baño y… Ya me entiendes —suspiré mirando a Hope, que dormía apaciblemente en su capazo, a nuestro lado—. Aunque no la cambiaría por nada en el mundo.

—Hay algo que me da miedo de ser madre —dijo Lorna sin dejar de observar a Hope.

—¿Y qué es?

—Pues… ¡Oh, me da un poco de vergüenza! —dijo sonrojándose.

—Adelante. Me imagino lo que es —sonreí.

—Es que mi madre después de tenerme ya no quiso dormir con mi padre. Siempre me dice lo desagradables que son los hombres y el estar con ellos. Y sé que aunque viven juntos, no hacen vida matrimonial. Siempre escuché los rumores sobre mi padre. Desde niña. Y no quiero que me pase eso con Alec. Aunque, todavía no hemos… estado juntos —Lorna carraspeó antes de continuar—. Siempre he tenido curiosidad. Es… ¿Agradable, Grace?

—Mucho —reí bajando un poco la voz—. Estar con un hombre al que amas es lo mejor. Es natural querer darle placer y que él quiera darte placer a ti, es parte del amor de una pareja.

—Yo… lo deseo. Deseo a Alec, pero, por otro lado, creo que es pronto para tener hijos. Quiero… disfrutar de la vida y opino que eso no es algo malo, ¿verdad?

—No, no lo es. Y no te preocupes, Lorna. Lo de tu madre no te va a pasar a ti —sonreí quitándole importancia. No quise comentarle a Lorna los rumores que la señora Baxter había compartido conmigo, aunque parecía que ella también estaba al tanto de algunos—. El problema es que por mucho que se desee, cuando hay un bebé en casa no hay tiempo material para ello.

Lorna rio con picardía.

—Alec me dijo hace unos días que Andrew se quejaba de lo mismo que tú —susurró.

Puse los ojos en blanco, resoplando y pensando qué más le habría contado a su amigo.

—Es un alivio, supongo —reí.

Lorna miró a Hope y me miró a mí.

—He pensado que… Yo podría quedarme con Hope una tarde y así vosotros podríais estar a solas.

—¿Lo harías? —pregunté esperanzada.

—Encantada —Lorna sonrió mirando a Hope.

Tomé sus manos y se las apreté con cariño, suspirando, aliviada.

Decidí no demorar mucho el asunto, pero no le expliqué a Andrew mi trato con Lorna. Tan solo le dije que ella iba a cuidar a Hope un rato y que así podríamos pasear solos. Él me miro y su cara de extrañeza enseguida dio paso a otra astuta y pícara.

Así que, al día siguiente, Andrew llegó a media mañana con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hamish quería saber para qué diablos necesito la tarde libre.

—¿Y tú que le has dicho? —pregunté caminado de su mano en dirección al que ahora ambos llamábamos el Estanque de las Hadas.

—Que no pregunte tanto —sonrió Andrew—. Creo que no se ha dado cuenta de mis perversas intenciones.

—¿Cuáles son?

—He fantaseado con ello durante más de cuarenta días y tengo todo aquí —me dijo golpeándose la cabeza con un dedo.

Los dos nos besamos sin poder dejar de reírnos. Yo me había bañado esa mañana, antes de que Andrew regresase de la granja. Él se había aseado, como de costumbre, tras volver del trabajo duro de la granja y había cogido una manta y una cesta con manzanas, una botella grande de cerveza y pastelillos de carne que nos fuimos comiendo por el camino.

Llegamos a aquel recóndito lugar alejado y escondido de ojos indiscretos y nos sentamos sobre la manta, descalzándonos en la pradera verde y floreada que crecía al borde de aquella piscina natural. El sol se apiadó de nosotros y decidió aparecer.

Yo me había lavado el cabello y como ya lo tenía muy largo, me recogí un poco en un moño bajo. Andrew se sentó a mi lado, estábamos muy juntos y casi podíamos sentir la respiración el uno del otro y aquello me produjo un extraño nerviosismo muy agradable. Aunque sabía lo que iba a suceder y lo habíamos hecho un montón de veces, me sentía nerviosa, casi tímida y pude darme cuenta enseguida de que él también se sentía azorado por cómo jugueteaba con la hierba y toqueteaba las cosas de la cesta en silencio.

—¿Quieres una manzana? —preguntó tendiéndome una.

—Claro —asentí tomándola de su mano, que ardía.

Di un mordisco a la fruta. Estaba jugosa y la boca se me llenó de su

zumo. Después se la tendí a Andrew mirándole a los ojos. Él no había parado de observarme. Tomó la manzana y mordió también sin quitarme los ojos de encima. Después la dejó en mi regazo y con sus dedos, se puso a deshacer mis rizos suaves y perfumados con jabón de caléndula.

—Me encanta tu pelo —dijo tomando uno de mis largos y ensortijados mechones para olerlo.

—Y a mí el tuyo —susurré enredando mis dedos en su sedosa mata de ondulado y grueso pelo rojo.

Se quitó el chaleco de lana que llevaba sobre la camisa y acercó su cuerpo al mío. Yo también me quité mi jersey. El corazón me latía con fuerza y sentía un agradable cosquilleo en el estómago. Toqué su pecho notando el calor de su piel bajo la camisa. Él tragó saliva sin dejar de mirar mi boca. Entonces se abalanzó sobre ella y comenzamos a besarnos con una ansiosa necesidad. Sabía a manzanas y cerveza.

De pronto, me vi tumbada con Andrew encima, sintiendo como se precipitaba todo y sentí la necesidad de frenarlo acariciando su pecho y su rostro suavemente.

—Despacio… —jadeé besándole con ternura.

—¿Te hago daño, mi vida? —preguntó elevándose un poco.

—No, no, es que… —comencé a decir, pero enseguida dejé de hablar al ver su rostro preocupado y me incorporé.

—Háblame, Grace. ¿Qué ocurre? —susurró sentándose de nuevo, acariciando mis mejillas que ardían, al igual que mis labios, mis manos y todas las partes de mi cuerpo que acababan de estar en contacto con el de Andrew.

—Te va a parecer una tontería, pero…

—¿Qué, *mo ghràdh*?

—Pues que me siento como si fuese virgen de nuevo —sonreí azorada. Andrew me miró extrañado—. Es que no sé si volveré a sentir lo mismo, si será igual, si me dolerá. Mi cuerpo ha cambiado, me veo extraña, mal y estoy…

—¿Nerviosa? —dijo él terminando mi propio pensamiento.

—Nerviosa, inquieta, sensible… Es como si no me reconociese a mí misma.

—Sigues siendo la mujer más hermosa que he visto jamás, Grace. Y siempre serás hermosa para mí. Además, te deseo tanto… Mucho más que al principio, cuando te conocí, porque ahora he aprendido y sé cómo darte placer.

—¡Oh, Andrew…! —suspiré abrumada.

Andrew me miró y besó mi frente con tanta ternura que me pareció que me dolía el corazón al verlo así de inquieto por mí.

—¿Quieres que lo dejemos para otro día? No me importa esperar a que estés más dispuesta.

—¡Oh, no! Si lo estoy, estoy mucho más que dispuesta. En realidad… me muero de ganas de tenerte —gemí ansiosa.

Andrew me abrazó con fuerza y me hizo mirarle tomando mi rostro entre sus enormes manos.

—Toquémonos. Tú misma me dijiste la primera vez que así sería más fácil —susurró acariciando mis labios, que temblaron al sentir las yemas de sus dedos.

Él surcó toda mi boca, mi cuello y se adentró en el escote de mi blusa acariciando la curva de mis pechos. Temblé sin querer, le bajé los tirantes y él comenzó a soltarme los botones de la blusa mientras yo hacía lo mismo con los de su camisa sin parar de acariciarle. Andrew se quitó la camisa, yo me quité la blusa y solté mi sujetador mostrándole mis pechos. Él los cubrió con sus manos con ternura y veneración, y entonces sentí como mis pezones se erguían tensos y duros. Las palmas de sus manos ardían y mis pechos estaban llenos y pesados. Su tacto despertó todos mis sentidos erizando mi piel. Tomé su boca con avidez y sentí su lengua caliente y mojada. Ya no hizo falta más que deshacernos del resto de la molesta e innecesaria ropa.

Mi cuerpo vibraba de placer pegado al suyo, bajo aquel tímido sol de primavera, mientras escuchaba el ruido del agua de la cascada. Su boca tomó la mía con un gruñido de pasión que me hizo gemir. Nuestro beso se hizo más y más profundo. Sus manos continuaron con aquella cálida y dulce labor de disfrutar de mis senos y de complacerme. Era como si los adorase.

—Los echo de menos —susurró resoplando sonrojado.

—Bésamelos —imploré sintiendo aquella añorada humedad entre

mis muslos.

Lo hizo, sus manos los juntaron con mimo, posó su boca sobre mis pezones y deslizó la punta de su lengua con suma delicadeza sobre ellos. Di un respingo de puro gozo al sentir sus labios y entonces noté como brotaba la leche. Andrew, en vez de apartarse, emitió un gruñido de placer sin dejar de lamerme.

—¿A qué sabe? —pregunté.

—A ti, dulce y un poco salada a la vez —jadeó elevando el rostro para mirarme.

Yo lo animé aferrándole por la nuca, instándole a chuparme. Mi cuerpo lo añoraba tan vivamente que no podía más. Andrew se quedó quieto, respirando con fuerza, buscando la confirmación en mis ojos. Asentí y fue cuando me tomó posándome sobre él. Gemí intensamente al sentirlo dentro de mí y él jadeó cerrando los ojos con fuerza. Yo estaba completamente abierta y él, tan rígido que parecía imposible.

Y entonces, el ardor y el milagro de nuestra unión regresó más fuerte que nunca. Mis pechos continuaron manando mientras él me acunaba con su cuerpo. La leche goteaba por mi vientre y caía sobre sus muslos.

No podía parar de gimotear. Era tal el goce y el alivio que sentía al tenerle dentro que mi de nuevo, que mis ojos se llenaron de lágrimas. El deseo de ambos por el otro era tan vigoroso que nos hacía gemir sin cesar. Andrew bramó de placer tumbándome y cubriéndome, y ya no paró hasta que sintió como mis entrañas se cerraban a su alrededor, tiernas y húmedas, como mis pechos mojados.

La luz de la tarde se reflejaba en su piel blanca y suave, llena de pecas, y sacaba reflejos rojizos de su pelo. Andrew tenía los ojos cerrados mientras le acariciaba el rostro con ternura. Estaba tan hermoso que no quise decir ni hacer nada para poder observarlo un poco más y deleitarme con la visión de su cuerpo fatigado, tendido desnudo al sol entre dientes de león que lanzaban cientos de semillas al aire.

—Te he dado placer de nuevo… —susurró sonriendo satisfecho.

—¿Y yo a ti?

Me atrajo hacia él con fuerza sin dejar de sonreír.

—¡Dios Santo! Muchísimo, mi vida.

Los dos reímos desnudos y abrazados sobre la hierba. Después, Andrew se levantó, me tomó de la mano y me llevó tras la cascada, a aquella bañera natural de agua cálida y vaporosa para volver a hacer el amor conmigo.

—Aquí fue donde concebimos a Hope, en el Estanque de las Hadas —susurré apoyando mi cabeza en su hombro, con el cuerpo lánguido y sofocado.

—¿Cómo estás tan segura? —susurró besando mi cuello y provocándome un temblor delicioso que recorrió todo mi cuerpo y reverberó en mis entrañas aún tiernas y palpitantes.

Le miré allí, en la penumbra de aquella cueva, aplacada y satisfecha, aunque sabía que sería solo por unas horas, que aquel deseo mutuo era perpetuo e irrefrenable.

—Porque di a luz en marzo. Fue aquí, en junio del año anterior. Un embarazo no son nueve meses sino diez lunas y aquel día había luna llena —Andrew acarició mi rostro mojado sin dejar de mirarme asintiendo—. Estaba sobre ti, lo recuerdo, cabalgándote y cuando comenzamos a temblar los dos miré al cielo y el sol y la luna lo compartían. Fue entonces. En ese instante cerré los ojos y te sentí muy dentro de mí, muy profundo, diferente a otras veces, más que nunca. Y esa sensación se quedó conmigo durante horas. Incluso al día siguiente aún te notaba en mi interior. Y ahora sé que aquel temblor no éramos ni tú ni yo, sino Hope.

Andrew se quedó absorto en mí, fascinado y susurrando mi nombre, me aferró con fuerza para besarme con afán.

CAPÍTULO XLI

Todo por unas setas

Desconozco qué le dijo Mai Baxter a Ada Monroe, lo cierto fue que surtió efecto porque los comentarios y críticas malintencionadas hacia mi persona cesaron. Ya podía pasearme por Inverness del brazo de Andrew, con Hope en su cochecito, sin que nadie torciese el gesto y se volviese a mirarnos con desaprobación. Lo estuve haciendo de todas formas, pero sentí un gran alivio al no notar el peso de la opinión pública y su condena sobre nuestros hombros. Incluso hubo un día en que nos acompañó Hamish, todo orgulloso.

Hope crecía deprisa y a pesar de disfrutar cada minuto de ella yo añoraba volver a trabajar como enfermera. El doctor Lean aguardaba la nacionalización del dispensario como sala de urgencias con la entrada en vigor del nuevo programa de asistencia sanitaria pública y me había prometido que contaría conmigo, aunque el dispensario continuaba cerrado.

Todo se solucionó por culpa de unas setas y gracias a Finn.

Era sabido en Inverness que Hamish era un experto en setas. Finn solía ir con él a recolectarlas cuando comenzaba la temporada, en septiembre. Los hongos comestibles eran un manjar delicioso con el que acompañar platos de caza, y muy apreciadas por las gentes de las Tierras Altas.

Pero aquel año, Hamish Grant estaba más preocupado por ver crecer a su nieta, que ya iba para los seis meses y era la perdición de su abuelo. Nunca vi antes a un hombre ser tan cuidadoso y tierno con un bebé. Hasta Andrew se extrañó de ver a su padre ejerciendo con tanta maña y vocación sus labores de abuelo.

Esa fue la razón por la que Finn no pudo contar con Hamish para catalogar una cesta llena de setas de óptima apariencia.

Fue aquella misma tarde cuando Finn comenzó a encontrarse mal mientras hacía sus labores en la granja de Hamish y Andrew. A la tarde, Andrew llegó a casa preocupado.

—Grace, ¿podrías pasarte por la granja un momento?

—Claro. ¿Qué ocurre? ¿Hamish está enfermo? —dije dejando de revisar el libro de Hazel.

—No, no es Hamish. Es Finn. Lleva vomitando toda la tarde. No ha dejado de trabajar, pero se está poniendo cada vez peor. Le duele el estómago, dice que tiene muchos retortijones, temblores y parece como mareado.

—Voy a coger mis cosas. Espero que solo sea una intoxicación alimentaria y no fiebre tifoidea. Lávate muy bien las manos con jabón y pon la ropa que traes a lavar, por si acaso.

—Es extraño porque hace muchos años que no hay esas fiebres por la región. ¿Puede ser disentería? Recuerdo que en el frente diezmaba a los soldados.

—Tendré que averiguarlo —dije preocupada—. Quédate tú con Hope, no quiero que la niña pueda contagiarse, si es que se trata de algo así.

Llegué todo lo deprisa que pude a la granja y una vez dentro me encontré a Hamish preparando té y a Finn con muy mala cara tumbado sobre la cama que había pertenecido a Andrew. Hamish entró conmigo al dormitorio. Junto al lecho descansaba un caldero y un orinal. Estaba claro que Finn también sufría de diarrea por el fétido aroma de la habitación. Abrí la ventana nada más entrar, dispuesta a dejar a un lado los pocos remilgos que me quedasen.

—Hola Finn, ¿cómo te encuentras? —dije con voz calmada acercándome a él para posarle la mano en la frente y tomarle el pulso. Estaba claro que tenía fiebre y taquicardia.

—Pues perdone que se lo diga, señora, pero como el demonio de malo. Me duele mucho el cuerpo y las tripas. Discúlpeme —dijo y acto seguido gruñó de dolor para vomitar dentro del caldero.

—No te preocupes. Está claro que estás enfermo y yo soy enfermera, no tienes que disculparte Finn. ¿Cuánto tiempo llevas vomitando?

—Desde la mañana. No he parado —jadeó—. Poco después de llegar a la granja.

—Le he dicho que se acueste porque no le veo bien como para llevarlo a casa en carro. He preferido que lo veas tu primero. Vive con su madre y su tío en un *croft* en la montaña y la mujer está delicada.

—Sí, la conozco. Has hecho bien —asentí sentándome al lado del

enfermo, en una silla junto a la cama.

—No quiero contagiarla.

—Haces muy bien, Finn —dije palpando su abdomen y mirando sus pupilas que estaban extrañamente contraídas.

—¿Te traigo algo, Grace? —preguntó Hamish.

—Sí, gracias Hamish. Una palangana con agua fresca y jabón y un paño para ponerle en la frente y aliviarle un poco. No puedo darle un antitérmico porque lo vomitaría. Voy a reconocer a Finn a ver si descubro qué es lo que le pasa.

—Estás en muy buenas manos, Finn, no te preocupes —dijo Hamish saliendo de la habitación.

Finn hizo una amago de sonrisa, pero no le duró mucho porque le sobrevino otro doloroso espasmo que le hizo vomitar de nuevo. Le dejé que descansase un rato mientras le ponía un paño húmedo en la frente, pensando que también podía ser apendicitis.

—¿Llevas desde la mañana así? ¿Y la diarrea también la tienes desde la mañana? Cuéntame qué sientes y desde cuándo.

Ya ha parado. Ahora solo vomito. Hamish me ha dado té, pero no lo retengo en el estómago. Me duele mucho y tengo calambres fuertes y sudo a mares y me mareo. Me tiembla todo —dijo con ojos febriles.

—Debes beber a sorbos pequeños y muy poco. Y aguardar a que te siente bien para continuar. Ni se te ocurra comer nada sólido de momento.

—Desde el desayuno no he comido nada. Y lo hice pronto. Suelo desayunar tarde o nada, pero me encanta la tortilla de setas y me hice una temprano. Ya han pasado muchas horas desde…

—Espera, Finn ¿Qué has dicho que comiste? —pregunte alarmada observándole las pupilas de nuevo.

—Una estupenda tortilla de setas.

—¡Eso es! Es una intoxicación por comer setas— dije palpando de nuevo el abdomen—. Todas las setas venenosas causan vómitos y dolor abdominal. Solo las comiste tú esta mañana, en el desayuno, ¿verdad?

—Sí, sí. Las recogí ayer y me quedé solo unas pocas.

—Un momento, ¿le diste a alguien parte de esas setas?

—Al tabernero, a Gavin, para que las cocinara. Suelo llevarle setas. El otoño es el mejor momento para recogerlas.

—Finn, ¿por qué no me mostraste las setas, hombre? —preguntó Hamish contrariado—. Siempre te he dicho, cuando vamos a cogerlas juntos, que es importante que seas sensato y no cojas setas que no conozcas.

—¡Me parecieron todas buenas, Hamish! Eran de esas que no son venenosas, estaba seguro, las he visto contigo un montón de veces.

Miré a Hamish con preocupación.

—La intoxicación puede variar según la estación del año y según la forma de cocinarlas. Es difícil diferenciar las setas silvestres venenosas de las no venenosas, incluso para personas muy experimentadas —resopló Hamish dirigiéndose a mí—. Las reglas populares no son fiables. En los bosques de Escocia, hay docenas de especies de setas silvestres, pero solo unas pocas se utilizan como alimento. ¿De cuáles cogiste, Finn? Para ver si podemos dar con las malas por el parecido.

—Las variedades de por aquí: boletus, chantarelas amarillas, esa que saben a pollo… —dijo retorciéndose de dolor.

—Pollos de los bosques, sí —dijo Hamish.

—Y lenguas de vaca, colmenillas y setas de pie azul.

—¡Esa es! La de pie azul se puede confundir con otras toxicas. Y además, aunque sea la comestible, si no se cocina bien, también provoca lo que tú tienes. Te durará un día como mucho —dijo Hamish y después se dirigió a mí—. Por lo general, las setas que causan síntomas pronto son menos peligrosas que las que causan síntomas tardíos. Siempre me lo han dicho. Esas setas tienen un tóxico… No recuerdo el nombre.

—Muscarina —dije—. Y sí, tener vómitos es bueno porque hace desaparecer la toxina del cuerpo.

—¡Eso es!

—El tratamiento adecuado consiste en hidratar y antitérmicos si hay fiebre —dije.

—Prepararé más té —dijo Hamish saliendo del dormitorio.

—Te acompaño. Ahora vengo, Finn —dije con voz suave.

Una vez en la cocina me dirigí a Hamish preocupada.

—Hay que saber quién ha comido de esas setas sin demora porque en algunas personas se puede complicar el cuadro toxico. En la mayoría de las personas afectadas, los síntomas son leves y generalmente desaparecen sin dejar secuelas. Como tú dijiste, casi todas las personas se recuperan en 24 horas. Pero si los vómitos no remiten en unos pocos días, entonces la persona desarrolla insuficiencia hepática. A las 48-72 horas pueden aparecer los primeros signos de insuficiencia.

—Lo he visto, la gente se pone amarilla —dijo Hamish.

—Exacto. La insuficiencia hepática provoca un tinte amarillo de la piel llamada ictericia. A veces los síntomas desaparecen por sí solos, pero en torno a la mitad de las personas que sufren este tipo de intoxicación mueren en unos cinco u ocho días por fallo hepático grave.

—Bien, entonces llevamos a Finn a ver al dotor Lean y hablamos con Gavin.

—No, a Finn no debemos moverlo por ahora, tendrá el hígado inflamado, pero hay algo que sí podemos darle para que se recupere y que le darían en un hospital: atropina. Es un componente que tiene la belladona que se le da a los intoxicados.

—La planta de las brujas —dijo Hamish.

Asentí.

—Lo sé porque Hazel tenía un libro donde describía los efectos curativos de cada planta. Lo he estado estudiando. La solución de hojas y raíces de belladona baja la fiebre, regula el intestino, es relajante, antiinflamatoria… le estabilizará. Iré a buscarla a la cabaña de Hazel.

—Bien, muchacha —asintió Hamish.

—No tardaré nada —dije.

Y salí por la puerta a toda prisa.

Una vez en la cabaña me puse a buscar entre los cientos de frasquitos y botellas que tenía Hazel en sus estantes y armarios.

«Seguro que la guardabas en alguno de tus frascos», pensé.

Encontré primero el diente de león, que en tisana limpia el hígado y

lo desinflama. Cuando di con la belladona emití un grito de triunfo y salí corriendo de nuevo hacia la cabaña.

—Hamish, yo prepararé la solución de belladona para que Finn se la tome. Mientras, vete a la taberna de Gavin. Es preciso avisarle. Si han comido ya las setas hay que encontrar a los que lo hicieron uno a uno y notificarlo al doctor Lean.

—De acuerdo, muchacha —dijo Hamish saliendo sin perder un minuto.

Sabía que tenía que diluir mucho el compuesto proveniente de las hojas y raíces de la planta. De otra manera, la belladona podía ser muy peligrosa y matar a Finn. Debía administrasela de tres a cuatro veces al día, disminuyendo la dosis a medida que los síntomas desapareciesen y sin mezclarla con manzanilla, tabaco, té o café, tal como Hazel había escrito en su libro.

Hice todo lo necesario para crear una solución infusionada en agua caliente muy concentrada y utilicé solo la cantidad de gotas que Hazel había estipulado en la etiqueta del frasco con las partes de la planta secas. También preparé una tisana de diente de león para ayudar a que el hígado de Finn se limpiase antes.

—¿Cómo te encuentras, Finn? —dije acercándome a Fin con un vaso con la solución ya templada y un gotero limpio para medicinas que guardaba en mi neceser de primeros auxilios.

—Parecido —suspiró Finn.

Le posé de nuevo el trapo en la frente, empapado en agua fresca. Tenía muy mala cara. «Pero al menos no está amarillo», pensé aliviada.

—No te preocupes Finn. Tómate estas gotas. Son solo tres, no te harán vomitar. Enseguida te bajará la fiebre y te sentirás más aliviado. Esto también mitiga los temblores y retortijones. Te relajará y podrás descansar.

—Lo siento, Grace. No era mi intención envenenar a medio Inverness.

—Lo sé, Finn —dije dándole una palmadita tranquilizadora en el brazo—. Todo ira bien ahora, no te preocupes.

Así fue. Hamish acudió a casa del doctor Lean y tras ponerle al corriente brevemente de la urgencia de lo que sucedía, marchó con él hacia la taberna de Gavin para avisar a los parroquianos. Entre Gavin, al que no le gustaban las setas, y que resultó tener una memoria prodigiosa, Hamish y el doctor Lean, fueron avisando de casa en casa.

Algunos vecinos ya habían desarrollado los síntomas, entre ellos el glotón del reverendo McCormack. Como eran casi una docena los intoxicados por comer setas, y podían aparecer más, el doctor Lean decidió abrir el dispensario y disponer varias camas plegables más para tratarlos a la vez. Los que podían pagar y disponían de un vehículo, fueron derivados al hospital más cercano.

Cuando Hamish regresó a la granja, Finn ya estaba mejorando. Le había bajado la fiebre, ya no vomitaba y se había quedado dormido con el pulso normalizado. Dejé a Hamish encargado de que le revisase el pulso cada par de horas y estuviese pendiente de darle las gotas exactas, ni una más ni una menos cada 8 horas. Mi suegro, como empecé a llamarlo aquel largo día, me comunicó que el doctor Lean me necesitaba, y después de avisar a Andrew, y de que él me acompañase junto con Hope, acudí a ayudar en el dispensario, turnándome para amamantar a mi hija.

Los casos eran leves y tras una larga noche en vela, todos los pacientes que fueron tratados en el dispensario mejoraron.

—Como bien has apuntado, Grace, hay que mantener la observación en casa de todos los pacientes por si acaso. En las personas con insuficiencia renal puede disminuir o interrumpirse la micción. Haremos un seguimiento —apuntó el doctor Lean—. A menudo la insuficiencia renal se resuelve espontáneamente. Lo peor es cuando el hígado se ve afectado, como sabes. Si se daña en exceso es irreversible.

Asentí agotada, pero tremendamente lúcida, como en mis días de enfermera de campaña, cuando la hiperactividad del día a día me provocaba un nerviosismo que me mantenía en pie a pesar del cansancio extremo.

—Debería irse a descansar, Grace, con su hija y su marido. Aquí, gracias a usted está todo controlado— me dijo el doctor al amanecer.

—Está bien —asentí viendo como comenzaba a despuntar un nuevo día.

Cuando llegué a casa, Andrew, que se me había adelantado, tenía a Hope ya dormida y había preparado el desayuno.

—¡Oh, me muero de hambre! ¿Qué haría yo sin ti, Andrew Grant? —dije abrazándome a su imponente cuerpo.

—Probablemente, sobrevivir a base latas de alubias y de sopa —sonrió besándome con ternura.

Finn, el reverendo y casi todos los vecinos afectados fueron dados de alta enseguida. Por todo Inverness se corrió la voz de que había sido yo quien descubrió el problema con las setas. Todo parecía haber salido bien, y me sentía exultante por haber tenido la oportunidad de ejercer mi vocación y haber logrado aliviar y curar de nuevo.

Hasta que dos días después, Lorna apareció por el dispensario, donde acababa de dar de alta al último paciente, visiblemente alterada.

—Es mi padre, Grace. ¿Podrías echarle un vistazo? Se ha desmayado en la tienda. Alec estaba en el mercado y le ha traído en la camioneta.

—Claro. Pero tengo entendido que acudió al hospital comarcal hace días porque también consumió setas.

—Sí, le dieron el alta enseguida. Pero algo le ocurre —dijo Lorna alterada.

En ese instante, mientras asentía tranquilizando a Lorna, vi a Alec que traía al señor Monroe casi a rastras y con muy mala cara.

—Gracias Alec, túmbale en esa cama libre —dije cogiendo el estetoscopio.

Lorna contemplaba todo impresionada y acompañada de Alec, que no se separaba de su lado. El señor Monroe, un hombre muy corpulento, estaba muy demacrado y temblaba.

—Hola señor Monroe, ¿qué le ocurre, cuénteme? —dije examinando sus pupilas y tomándole el pulso.

El padre de Lorna me relató brevemente sus síntomas mientras le auscultaba con el estetoscopio y contemplaba lo que eran los signos

claros de una insuficiencia renal: hinchazón en tobillos y pies y ritmo cardiaco irregular.

—Tengo náuseas y calambres de nuevo, no me puedo calzar y… no puedo orinar bien —dijo algo azorado y con voz débil y la respiración fatigada.

—Con lo que es él, de glotón, no ha comido nada en dos días —dijo Lorna.

—¿Le duele la espalda o el costado, señor Monroe?

—Sí, y la cabeza, me encuentro mareado —dijo resoplando.

—Puede producirse una insuficiencia renal en personas aparentemente sanas después de una o dos semanas posteriores a la intoxicación por comer setas, pero la buena noticia es que también es posible recuperar la función renal normal —dije despacio y con voz calmada, intentando no asustar al paciente.

—Avisaré al doctor Lean —dijo Alec saliendo en su busca.

Yo sabía que la insuficiencia renal aguda podía ser fatal o dejar los riñones del paciente dañados y hacerle requerir de un tratamiento de por vida. Sin embargo, también podía ser reversible, si el paciente gozaba de una buena salud, como resultaba ser el caso del señor Monroe, un hombre sin ninguna dolencia de base. Le administré suero intravenoso y aguardé. El doctor Lean acudió sin demora confirmando mi diagnóstico.

—Grace está en lo cierto, John. Por suerte la hinchazón está bajando rápidamente. Te recuperarás, pero tienes que cuidarte unos días. Evita el consumo de alcohol y bebe mucha agua y caldos de verduras. De cuatro a seis vasos diarios. Y a poder ser come comidas limpias, no copiosas y sin sal o con muy poca. Te quedarás aquí unas horas en observación y en cuanto sea posible acude al hospital donde te trataron.

—Si me lo permite, doctor Lean, yo le recomendaría el zumo de arándanos durante una temporada. Es excelente para los riñones y la vejiga —añadí.

—Zumo de arándanos —asintió el señor Monroe.

—Yo te lo haré, papá —dijo Lorna.

El señor Monroe tomó la mano de su hija con fuerza.

—Qué susto nos has dado —suspiró Lorna acercándose a abrazar a su padre.

—Me temo que te dieron el alta demasiado rápido, John —dijo el doctor Lean y acto seguido se dirigió a mí antes de marcharse—. Si nota algo que tenga que saber no dude en mandarme recado a casa, Grace. Te dejo con ella, John, estás en inmejorables manos, te lo garantizo. Es la mejor enfermera que he tenido. Por cierto, deberías dar tu visto bueno a reabrir el dispensario, ¿no crees?

Me quedé el resto de la mañana y parte del mediodía con el paciente y Lorna se fue en busca de los codiciados arándanos con Alec. Fue el propio Alistair Monroe el que acabó por preguntar.

—¿El muchacho que me trajo y mi hija…? —comenzó.

—Alec Murray —dije.

—Sí, conozco a su familia. Son granjeros.

—Y muy buena gente. Alec es amigo de Andrew —añadí—. Le conozco bien. Estuvo en la guerra y regresó mutilado, pero es muy hábil y capaz.

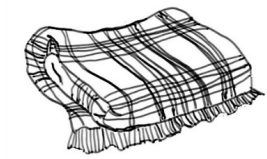
—Me he dado cuenta —asintió el padre de Lorna—. Se pone una prótesis para conducir.

—Se la ha hecho él mismo con la ayuda de su hermano. Y su hija le ha enseñado a escribir con la mano izquierda.

—¿Mi Lorna?

—Sí, es una gran chica, también —dije intencionadamente—. Ahora tómese esta tisana, le ayudará a bajar del todo la hinchazón de los pies, señor Monroe. Va a tener que tener cerca un cuarto de baño durante unos días hasta que expulse todos los líquidos que ha estado reteniendo su organismo.

En los días sucesivos le procuré a Lorna las hierbas necesarias para que le preparase a su padre infusiones diuréticas y depurativas en casa: de abedul, cola de caballo, diente de león, árnica, ortiga verde, perejil y flor de malva. En pocos días la función renal del señor Monroe había vuelto a la normalidad, lo que coincidió con la reapertura del consultorio y la vuelta a mi trabajo de enfermera.



CAPÍTULO XLII

Aquel año 1948 trajo muchos cambios a nuestras vidas. La nueva ley de sanidad impulsada por el gobierno progresista implicó la nacionalización de más de 2500 hospitales del Reino Unido.

Creada el 5 de julio de 1948, se basó en la premisa de que la atención médica surge de la financiación proveniente del pago de impuestos y el presupuesto nacional y no de particulares, fundaciones o de la beneficencia.

Así nació el Sistema Nacional de Salud británico. Era la primera vez que un ciudadano británico sin mucho dinero podía acceder a la asistencia sanitaria, lo que supuso un gran cambio para los grupos marginados de la época, especialmente para los niños huérfanos y las mujeres viudas y solteras con hijos a su cargo.

La idea de que este tipo de servicio debería ser gratuito para todos y basarse en las necesidades sanitarias de cada ciudadano británico, más que en su capacidad para costearlo, condujo a un uso mucho más generalizado de los medicamentos y a grandes y rápidas mejoras en salud pública. La caída de la mortalidad infantil y la de mujeres en los partos fue un logro evidente.

En cuanto a mí, la vuelta al trabajo, y en especial el haber tratado a hombres ilustres de la ciudad como el joyero Monroe, también contribuyó a que se levantase el veto social que existía sobre mí.

Algo debió de decirle a su esposa porque Ada Monroe jamás volvió a molestarme. Y su propia hija y Alec se vieron beneficiados también por aquellas ya famosas setas venenosas, que comenzaron a formar parte de las anécdotas del condado de Inverness, porque su padre acabó por aceptar su noviazgo.

Además, Lorna, que tras cuidar de Hope acabó descubriendo su vocación, decidió abrir un jardín de infancia animada por Alec y nosotros y ayudada por el patrocinio de su padre. Aquella guardería, algo muy moderno en Inverness, nos permitió trabajar a mí y a otras muchas mujeres de Inverness.

Hamish fue reacio y en un primer momento se ofreció a cuidar a Hope él mismo, pero entre Andrew y yo le convencimos prometiendo

que le dejaríamos enseñarle a Hope a montar a *Whisky* cuando fuese algo mayor.

—Alec me ha contado hoy que él y Lorna van a comprometerse, por fin. ¿Y sabes cómo lo han conseguido? —dijo Andrew con aquella cara de niño travieso que ponía cuando contaba historias y que a mí me parecía tan encantadora.

Estábamos acabando de recoger la mesa tras la cena. Aquel se había convertido en el momento del día más relajado, cuando Hope ya estaba profundamente dormida y podíamos charlar de las cosas acaecidas durante la jornada.

—¡Venga, no te hagas de rogar y cuéntamelo! —dije sentándome frente a la chimenea.

—Pues resulta que Lorna les ha dicho a sus padres que si no le dejan casarse con Alec se fugará con él a Gretna Green o lo que es peor, se quedará embarazada y así no podrán negarse. Ya han fijado la fecha para Navidad. Todavía no lo sabe nadie. La señora Monroe tiene un disgusto enorme porque era la más reacia.

—¡Vaya con Lorna! ¡Bien por ella!

—Según Alec, Lorna dice que tú le has ayudado a que saque el carácter que no se atrevía a mostrar ante sus padres. Te admira mucho —dijo Andrew y acto seguido bajó la voz para dar más teatralidad al relato—. Y según él, la madre de Lorna también culpa a tu influencia de todo.

—No voy a negar que me siento halagada —sonreí con malicia.

—Doy fe de que tienes un temperamento… apasionado —dijo Andrew, sentándose a mi lado, frente al fuego, para besarme con suavidad.

El beso dulce de después de cenar, con Hope ya dormida en su cuna y en la radio sonando *Moonlight Serenade*, de Glenn Miller, pasó pronto a un apasionado momento que nos dejó agitados y molestos de encontrarnos aún con la ropa puesta.

—¡Aguarda! Acabo de recordar algo —exclamó Andrew jadeando.

—¿Ahora? —me quejé con la blusa abierta.

—Ha llegado carta esta mañana. La he encontrado en el buzón que

hemos puesto en la cerca y la he guardado en el cajón de la mesa de la cocina. Se me había olvidado.

—¿De quién era? —pregunté también con la respiración agitada.

—Del juzgado.

Me levanté a toda prisa y corrí a coger la carta porque supe inmediatamente de qué se trataba. Había pasado casi un año desde la petición de divorcio de mutuo acuerdo.

—Juzgado de Inverness —leí en voz alta antes de rasgar el sobre nerviosa, y leer entre líneas para encontrar las palabras escritas que anhelaba desde hacía meses—. Me han concedido el divorcio. Bueno, más bien se lo han concedido a George, pero me da igual. ¡Soy libre, Andrew!

Andrew me miraba desde el sofá con una sonrisa increíble. Corrí hacia él, a sus brazos, para fundirnos en un ardiente cúmulo de besos, abrazos y caricias.

—Hablando de bodas. Tengo algo que decirte, antes de que no pueda seguir —dijo Andrew jadeante, conmigo encima, casi desnuda, intentando quitarle la camisa—. Aún no tengo ni el anillo, pero no puedo esperar más a pedírtelo, *mo ghràdh*. ¿Quieres casarte conmigo, Grace?

—¡Sí, sí, sí! —gemí besándole sin cesar mientras él se bajaba los pantalones a toda prisa y yo terminaba por deshacerme de mi ropa interior.

Cabalgamos juntos, yo montada sobre él, él aferrado a mí, sujetándome mientras me balanceaba, temblando de placer, escuchando sus jadeos y resoplidos, sintiendo toda su potencia y ternura, sin poder dejar de gemir.

Nuestro deseo era tan instintivo que solo con pensar el uno en el otro ya surgía. Un roce, una mirada y una caricia, nos encendía y la unión de nuestros cuerpos nos hacía arder de placer y felicidad nada más realizarse. A eso había que sumarle que llevábamos días sin hacer el amor, muy a nuestro pesar.

Andrew notó cómo yo llegaba y se incorporó para abrazarme y acompañarme en aquel éxtasis de piel erizada, húmeda y caliente.

Al terminar caímos sobre el sofá, exhaustos, aún unidos. Él acariciaba mi espalda, mi nuca, mi pelo, provocándome los estremecimientos más deliciosos. Yo, teniéndole aún entre mis muslos, con los pechos posados sobre su torso agitado y sudoroso, respiraba su aroma cálido e intenso.

—No salgas aún —le pedí temblorosa.

—No quiero hacerlo. Me quedaría dentro de ti para siempre.

Suspiré intentando recuperar el resuello.

«Es como un semental, un caballo salvaje y poderoso. Los dos lo somos, somos seres salvajes», pensé abrumada de placer.

Entonces recordé una escena que se me había quedado grabada en la mente como la imagen más poderosamente sexual que había visto jamás.

—Una vez vi a un semental montar a una yegua —gemí sintiendo los labios de Andrew en mi piel—. El semental la mordía en la nuca mientras la cubría y relinchaba con tanta fuerza…

—Lo he visto muchas veces, desde crío. Primero, el semental baila para la yegua para cortejarla.

—¿Baila? —reí sorprendida.

—Como lo oyes. En círculos, brincando a la vez que levanta sus cascos del suelo. Es un verdadero espectáculo. Muy bonito. El semental se debate entre la atracción y el temor al rechazo de la yegua —sonrió Andrew acariciando mi cuerpo para continuar sintiéndome temblar—. Cuando hicimos el amor por primera vez me sentía así también. Los sementales primerizos suelen ponerse nerviosos y he visto cómo acaban por ser rechazados por la hembra que, sin pensarlo dos veces, comienza a dar coces con sus patas traseras para mostrarlo.

—No estuviste en peligro de que te ocurriese eso —reí acomodándome sobre su cuerpo.

—¿Ah, no? —sonrió besándome con pasión.

—No, nunca —reí en su boca—. ¿Y cómo sabe el semental que la yegua está dispuesta?

—El semental se va acercando poco a poco por el flanco para, con sumo cuidado, olfatear a la yegua, lamerla y mordisquearle la grupa, la cola y las patas traseras —susurró tocando cada parte de mi cuerpo

que correspondía al de una yegua—. La chupa, la huele, como yo hago contigo.

—¿Y qué más? —gemí excitada.

Andrew me habló despacio, con voz suave, al oído.

—Justo antes de montar a la yegua, le acaricia el cuello con su hocico, mordisquea con suavidad la crin y se frota contra ella.

—¿Qué pasa después? —dije apretándome contra el cuerpo cálido de Andrew, sintiendo intensamente mi deseo de él.

—A medida que lo hace, la erección del caballo aumenta. La yegua toma parte animándole mediante contracciones de la vulva. El semental se excita aún más cuando la hembra aparta por fin la cola y deja el paso libre para que la cubra, ya que esto significa que la sumisión es total, eliminando completamente el temor al rechazo en él. Como tú hiciste conmigo.

Sonreí besándole y Andrew me mordió el labio provocándome un largo gruñido de gusto.

—A veces, es la yegua la que toma la iniciativa, la que se acerca al macho y lame con avidez su prepucio. Cuando un macho ha copulado ya en ese día, es muy difícil que vuelva a montarla, pero a veces las técnicas de la yegua dan resultado y copulan otra vez. Conmigo dan resultado, *mo ghràdh* —sonrió Andrew mientras yo le acariciaba para hacerle crecer y me reía ante aquel comentario.

—El apareamiento es muy breve, ¿verdad? —jadeé.

—Sí, la yegua se corre instantáneamente ante la intensidad del estímulo que les produce el miembro enorme del semental. Son mucho mejores nuestros apareamientos —sonrió Andrew.

—¿Nosotros nos apareamos? —reí.

—¿Cómo le llamarías tú a esa forma tan salvaje que tienes de montarme, mi vida? —dijo sonriéndome de una forma tan lujuriosa que mi boca se abrió temblorosa buscando la suya.

Me tomó del cuello para besarme con una intensidad que me hizo decidirme a ir bajando por su cuerpo y ayudarle a continuar tan solo con mis labios. Él respondió inmediatamente a mis atenciones. Estábamos ávidos de más y encendidos por aquella charla tan sensual y supongo que porque no sabíamos cuando sería la próxima vez, si

tendríamos tiempo al día siguiente o al otro.

Andrew me quería de nuevo sobre él y me tomó en brazos. Sus labios y su lengua no paraban de chuparme, lamerme y morderme con avidez los pechos, la boca y el cuello.

Tomó mi nuca mordiéndome y haciéndome gimotear de placer, gruñó palpitando, abandonándose, dejando que yo le ciñera muy dentro de mí. Después me besó suavemente sin dejar mi interior aún, y pude sentir su sonrisa sobre mi piel, bajando por mi espalda y provocándome intensos temblores que se alojaron en mis entrañas, haciéndome sentir aquel disfrute brutal, casi animal por todo el cuerpo.

Andrew me abrazó. Yo, agotada, no podía dejar de temblar y él me acunó sosegándome, susurrando que me amaba, ronco y tierno.

Nos quedamos en el sofá, abrazados y extenuados, pero tremendamente dichosos. Apoyó su mejilla entre mis pechos y yo le retiré los rizos mojados de sudor de la frente. Él giró su rostro para besar la palma de mi mano. Después besó mi vientre provocándome cosquillas con la barba, que había comenzado a crecerle.

—¿Cómo te gustaría que fuese la boda, Grace? —preguntó Andrew de pronto.

—¿Y a ti? —pregunté yo, tomando la manta que descansaba en uno de los brazos del sofá para taparnos a ambos con ella.

—Me da un poco igual. Sé que me gustará porque me voy a casar contigo —dijo sonriendo.

Lo miré conmovida y le besé en el pecho, donde aún latía su corazón con una fuerza arrolladora.

—Pues… —le miré azorada—. Si he de serte sincera… no tuve una boda tradicional con George. Fue apresurada y civil solamente, sin invitados, sin vestido de novia, sin banquete ni baile y me gustaría tener una boda de verdad con todo, contigo. No me importa que no sea lujosa, pero deseo todas esas cosas, aunque suene a capricho.

—Las tendrás. Tendrás todas esas cosas, Grace —dijo besando mi frente—. Pero primero bautizaremos a Hope para que el reverendo McCormack nos permita casarnos.

—Ahora que lo pienso… ¿Ya nos dejará? Recuerda que yo soy católica.

—Oh, sí. No te preocupes. El matrimonio protestante no es un sacramento, como en el caso de los católicos, y solo estuviste casada por lo civil. Además, el otro día, cuando fui a cumplimentar el papeleo necesario, me dijo que para la tranquilidad de su propia conciencia era mejor casarnos que el saber que vivíamos en pecado y condenación —dijo Andrew con su habitual ironía escocesa.

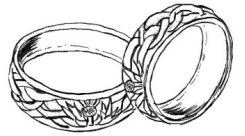
—Hay que aguardar tres meses más, ¿verdad? —suspiré.

—Sí, faltan papeleos, las amonestaciones… Para el año próximo ya podremos firmar los papeles del matrimonio civil primero. Y después nos casaremos.

—¡Por fin!

—Solo tenemos que tener un poco más de paciencia, mi vida —dijo abrazándome.

—Esperaría una vida entera si hiciese falta —dije besándole con ternura.



CAPÍTULO XLIII

Un bautizo y una boda

Nuestra boda religiosa se ofició en junio de 1949, en Old High, una vieja iglesia a orillas del río Ness. Pero primero, en la Navidad del 48, el reverendo McCormack bautizó a Hope y ya casados, Alec y Lorna fueron sus padrinos.

Recuerdo el día de mi segunda boda, tan diferente a aquella primera en Londres, diez años atrás, improvisada y sin celebrarse. Recuerdo aquella maravillosa mirada embobada de Andrew cuando me vio, ya vestida de novia, acompañado de Hamish como padrino, la señora Baxter como madrina, unos pocos amigos y un gaitero que nos precedía de camino hasta la iglesia. Según me había dicho Andrew, la música del gaitero, actuaba como un poderoso protector, bendiciéndonos. Recuerdo el camino hacia la iglesia con Hope de brazo en brazo, cruzando el río Ness vestida de damita de honor, con una corona de flores que no duraron mucho sobre su cabecita llena de rizos pelirrojos. Recuerdo nuestro largo beso en el altar, ya como marido y mujer, con el carraspeo del reverendo, y que fue vitoreado por los asistentes a la ceremonia. Recuerdo que sentí que aquella ceremonia era algo sagrado para los dos. Recuerdo los aplausos emocionados de Hamish y cómo salimos de la iglesia con él tocando la gaita en nuestro honor y la cara de sorpresa de Andrew, que no había visto a su padre tocar jamás.

Los gastos de una boda son cuantiosos, así que tuvimos lo que en Escocia se denomina una *penny wedding*: la solución idónea para una boda tradicional sin pasarse de presupuesto. El banquete se organizó en la granja, se habilitó el granero como salón de baile por si llovía, se pusieron flores silvestres por todos lados y farolillos de colores, y contratamos una banda de *ceiligh* tradicional. Los músicos tocaban desde una tarima habilitada para ellos. Alguien trajo una larga mesa que fue puesta en el exterior y se llenó de jarrones con flores y manteles de colores, bajo los árboles de la granja, adornados también con farolillos. Los invitados trajeron al banquete su propia comida y bebida, permitiéndonos gastar el dinero en una estupenda tarta nupcial de una confitería de Inverness.

Andrew y yo nos pasamos aquel día como en una nube, alegres y nerviosos porque queríamos que todo saliese bien y que nuestros invitados, aunque pocos, estuviesen pasando un buen día compartiendo nuestra felicidad; pendientes además de Hope, que ya comenzaba a corretear por todas partes y tenía tendencia al escapismo.

Nos deseábamos, yo a él y él a mí también, ambos lo sabíamos con solo mirarnos. Con todo el ajetreo de la boda y la coincidencia de mi periodo y aunque no solía ser un impedimento, no lo habíamos hecho en varios días y ya sentía aquella especie de sensación, una molestia sorda y constante en mis entrañas que no era otra cosa que la necesidad de él. Aquel día entero, sentada a su lado, observando su cuerpo, notando su mirada fija en el mío, sus manos aferrándome como por descuido, los seductores ángulos de su rostro mientras charlaba con alguien, roces casuales que me provocaban un cosquilleo en el estómago o su sonrisa amplia y preciosa dirigida solo a mí, eran suficientes para que ardiese en deseos de tocarlo.

Los dos habíamos bebido más de lo normal, y no dejábamos de buscarnos con la mirada entre la gente que reía y bailaba a nuestro alrededor. Me sentía con ese abandono que provoca el alcohol que aún no embota los sentidos, sino que los acentúa.

Comenzado el baile, Andrew se acercó a mí, ya sin chaqueta ni corbata. Mientras yo conversaba con la señora Baxter, y esta nos felicitaba y alababa mi vestido, la ceremonia y el día soleado, él me rodeó la cintura presionando mi vientre para pegarme a su cuerpo. Su vehemente forma de ceñirme me confirmó que estaba cercano a la borrachera. Le conocía lo suficiente ya para saber que cuando Andrew bebía, y tenía que hacerlo considerablemente para que se le notase, solía ponerse conmigo como un gatito mimoso.

A eso había que añadir que tenía una querencia especial por cierta parte de mi anatomía. Su contacto me provocó pensamientos carnales que hubiesen asustado al reverendo McCormack y a gran parte de los invitados, incluida Mai Baxter, y que se agolparon en mi mente, provocándome un acaloramiento en forma de rubor en las mejillas. Andrew desprendía calor y su mano me aferraba con fuerza mientras

sus caderas se pegaban a mis nalgas. Y entonces comprendí que los hombres escoceses eran eminentemente prácticos porque el kilt les facilitaba la existencia de múltiples formas, como ya había confirmado al ver una fila de hombres orinando alejados del banquete. Lo estaba comprobando de nuevo pero con otro ejemplo práctico muy firme.

«Definitivamente, la falda escocesa es el perfecto escondite para todo», concluí.

En un punto del monólogo de la señora Baxter, dejé de prestar atención. Los movimientos casi imperceptibles de Andrew contra mi cuerpo mientras asentía y respondía a nuestra locuaz vecina, acompañado de las caricias de sus largos dedos en mi vientre, me hicieron sofocar un jadeo que disimulé con una risita nerviosa. Cuando Andrew se retiró de mi lado, reclamado por varios invitados, entre ellos Hamish, que querían que bailase una danza tradicional con ellos, su rostro estaba encendido y sus ojos brillaban pícaros. Antes de disculparse ante mi antigua casera, me acarició el cuello suavemente, deslizando un dedo desde mi desnuda nuca por mi columna, desatando una oleada de deseo en mi cuerpo que no logré sofocar ya en todo el resto de la tarde.

Así que cuando atardecía, tras varios intentos por parte de ambos de besarnos a escondidas sin lograrlo, nos citamos en la parte trasera del granero, ocultos de los invitados que bailaban los bailes más populares de las bodas como *The Flying Scotsman*, *Gay Gordon's* y *Strip The Willow*, que implicaban giros y saltos muy enérgicos y que luego hacían necesario un descanso para reponer fuerzas. Las pausas solían consistir en beber algo que contuviese una gran graduación alcohólica entre danza y danza.

Llegué primero a la parte trasera del granero y al no ver a Andrew resoplé ansiosa.

—¿Dónde estás Andrew Grant?

—Aquí —dijo a mi espalda, con la voz ronca y cargada de promesas.

Me giré y le vi frente a mí, alto, inmóvil, a escasos metros de mí, con aquella mirada intensa que ya conocía tan bien, más atractivo que nunca, con su blanca camisa de boda y su chaleco suelto, sin corbata,

sudoroso de tanto bailar, exudando virilidad por cada poro de su piel. Yo me había quitado los zapatos porque me dolían los pies de hacer lo mismo.

Me sentía ebria, y no solo de alcohol, también de felicidad. Andrew me recorrió entera con la mirada. Me acerqué despacio mientras él aguardaba y al llegar a su lado, deslicé una mano sobre la curva de sus muslos, bajo la falda de tartán, hacia arriba, mirándole descarada.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendido.

—Comprobar si el mito es real —dije sin frenar mi incursión

—¿Cuál? —susurró con un destello de diversión en sus preciosos ojos azules.

—El de que los escoceses no lleváis nada debajo —reí—. Ya sabes que soy una *sassenach*.

—La *sassenach* más bonita y maravillosa del mundo. Mi *sassenach* —sonrió.

Continué ascendiendo hasta donde la sangre latía al ritmo de su corazón. Andrew no se movió, pero pude notar como se le agitaba la respiración al paso de mi mano. Lo ceñí sintiendo el calor palpitante e inflamado, haciéndole cerrar los ojos, suspirando.

—Aquí no, *mo ghràdh*. Quiero tenerte a solas en nuestra cama, para darte placer. Llevo todo el día pensando en ello —jadeó.

—Yo también —y acepté poniéndome de puntillas para besarlo con avidez.

Al final, ansiosos por estar juntos, nos escabullimos de un modo muy novelesco. Dejamos a nuestra hija con Lorna y Alec, regalándole a mi amiga mi ramo de novia y sin decir nada a nadie más, montados en *Whisky*, rodeamos la granja sin que nos vieran y tomamos el atajo por el bosque. Montada en la grupa, descalza, me aferré a Andrew. La quietud a nuestro alrededor era absoluta. El murmullo de las ramas mecidas por el viento y el pacífico discurrir del riachuelo contrastaba con el latir furioso de nuestros corazones. Hicimos un alto en el camino para depositar unas flores en la tumba de Hazel, bajo el tejo, donde ya habían brotado las semillas de manzana, y tras pedir su bendición, llegamos por fin a casa mojados por una repentina y suave llovizna de verano.

Andrew desmontó primero, me ayudó a bajar y le dijo algo a *Whisky* en gaélico. Su caballo le obedeció y puso rumbo a la granja Grant él solo.

Habíamos dejado atrás a todos abandonando el jaleo y la diversión del baile, bajo las últimas luces del largo atardecer del solsticio de verano. Aún no había oscurecido del todo cuando Andrew me cargó en brazos para acceder juntos a nuestra casa.

Recuerdo que tras entrar, nada más subir a nuestro dormitorio, estaba deseando acariciarlo, pero Andrew comenzó a quitarse las medias altas y el calzado característico del traje de gala, atado a la pantorrilla con cintas de piel.

Aproveché para encender un par de velas, que daban a todo una luz mucho más cálida y sugerente. Andrew se acercó a mí ya descalzo. Su pelo brillaba como el fuego, como sus mejillas y su cuello, encendidos por el rubor del deseo. Pude percibir su aroma mezclado con el del whisky y el jabón de afeitar. Supe que estaba demorándose para decidir si me poseía con urgencia o se contenía para deleitarse con mi necesidad de él. Sus manos se posaron en mis caderas y sin dejar de mirarme a los ojos me soltó el broche y la cinta con los colores de los Grant que adornaba mi cintura. Parecía estar admirándome, recreándose en mi vestido, o en mí, o en ambas cosas. Entonces comenzó a deshacer mi peinado, mojado por la lluvia, enredando sus dedos en los rizos de mi pelo, haciéndome respirar profundo. Tras dejarme el pelo suelto lo ahueco en sus manos, recogiéndolo para dejarlo caer de nuevo sobre mis hombros. Sentí la humedad de mis rizos en mi espalda y me estremecí. Andrew se giró para soltarme los botones del vestido mientras se pegaba a mi cuerpo. Me arqueé rozándole con mi trasero y él suspiró haciéndome sentir su cálido aliento en mi espalda desnuda. El vestido cayó a mis pies. Cerré los ojos percibiendo el delicado roce de sus dedos sobre la piel ya desnuda. Dejé escapar un leve suspiro de placer y por eso no le vi acercar su boca a la mía, solo sentí el contacto de sus labios.

Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para continuar a su ritmo y no abalanzarme sobre él. Me besó profundamente, respirándome,

saboreándome. Desaté su camisa de boda mojada, pegada a su pecho, sintiendo que le deseaba como nunca. Fue él quien se soltó el kilt dejándolo caer junto a mi vestido de tul. El ruido que hizo el *sporran* al chocar contra la madera del suelo me pareció el sonido más excitante del mundo. El deshacerme de mi *bustier* con liguero, medias y liga fue más complicado. Los corchetes se nos resistieron a ambos haciéndonos reír como dos tontos.

Estaba frente a mí de nuevo, tan cerca que percibía su calor y el vello rojizo de su pecho y su pubis rozándome apenas. Nos tomamos de las manos entrelazando nuestros dedos. Sentí como el rubor me encendía las mejillas al notarle crecer del todo y vi cómo se encendían los lóbulos de sus orejas. Una mano suya aún estrechaba la mía, con la otra me acarició la espalda y me apretó con mucha suavidad contra él. Pasamos un rato tocándonos tan solo, sin romper el silencio, salvo por nuestro aliento agitado. Apoyó su frente en la mía, estrechándome con fuerza. Yo le aferré también con afán. La otra mano se posó sobre uno de mis pechos, la mía le acarició el miembro erecto y pesado haciéndole gemir. Di un paso atrás para atraerlo conmigo hacia la cama. Andrew me siguió, sus manos rodearon mis muslos separando mis piernas. Después se alzó sobre mí cubriéndome con su cuerpo grande y cálido y emitió un gruñido de placer al deslizarse entre mis piernas abiertas. Nuestra cama se llenó de gemidos y susurros. Su cuerpo se fue haciendo más pesado sobre el mío hasta que ya no lo sentí extraño y fuimos uno solo una vez más.

Todos aquellos recuerdos del día de nuestra boda se agolpaban en mi cabeza tumbada junto a Andrew, en nuestro lecho de sábanas blancas que olían a jabón y el familiar y cómodo colchón de plumas. Ya éramos marido y mujer de todas las forma posibles, abrigados en la intimidad de nuestro pequeño dormitorio encalado y abuhardillado con una ventana con visillos de encaje, desde la que se veía el paisaje montañoso que nos rodeaba.

Desperté algo mareada, pero supe que no era por el whisky. La sangre aún me palpitaba en los oídos y también cosquilleaba burbujeante entre mis muslos empapados. Me estiré perezosa y

satisfecha, rodeada por el abrazo de Andrew, que aún dormía. Levanté mi mano para contemplar una vez más mi precioso y peculiar anillo de casada hecho en el taller de la joyería Monroe, el mismo que tenía Andrew en su mano, un aro de plata grabada con intrincados motivos celtas representando los lazos de nuestra unión y un cardo escocés del que partían encadenados esos mismos lazos. Dentro estaba grabada la fecha del enlace y nuestras iniciales.

Andrew ronroneó al despertar.

—Me encanta. Es precioso —dije mientras él tomaba mi mano en la suya, adormilado.

—Representa el rito del *Handsfasting*. Hoy lo hemos finalizado cuando Hamish nos ha puesto el lazo formando un nudo antes de los votos, ya que llevábamos el tiempo de "prueba" viviendo juntos. ¿Te acuerdas que te lo conté? —asentí entrelazando mis dedos con los suyos—. Yo ya me sentía casado contigo cuando regresamos de Edimburgo juntos, Grace.

—Y yo contigo.

—Y aunque hayas obviado el voto de obediencia, no me ha costado nada decir "para siempre"—rio Andrew.

—A mí tampoco.

Nos besamos con ternura sin soltar nuestras manos. Era nuestra "mañana de bodas" y estábamos desnudos y perezosos bajo las mantas.

—Hay un montón de cosas que desconocía de las bodas escocesas —susurré.

—¿Cómo por ejemplo? —dijo besando mi mano que aún apretaba en la suya.

—El por qué elegiste esa iglesia y no otra. Dijiste que era la adecuada, si no recuerdo mal.

—Pues verás… Elegí la iglesia de Old High porque es la más antigua y alta de Inverness, refugio de jacobitas y para llegar había que cruzar el río a la ida y a la vuelta y… bueno, hay que atravesar agua en movimiento; un río, un arroyo, para atraer la buena suerte.

—No había contado con que en las Tierras Altas todo es muy ceremonioso y tradicional —sonreí.

Ya había puesto en práctica un montón de tradiciones que "eran

necesarias", así me lo había hecho saber todos nuestros conocidos durante los meses previos a la boda. Todo había comenzado por la *wedding sark*, que es el nombre tradicional de la camisa que luce el novio y que es regalo de la novia. A cambio, el novio paga el vestido de novia. Así que encargué una bonita camisa blanca para Andrew en la sastrería de los hermanos McMillan y él, para cumplir con la tradición de no ver el vestido de la novia hasta el día de la boda, me dio el dinero para que yo eligiese mi vestido. Me decidí por un sencillo vestido de tul con topos en lo que la dependienta de la boutique de Inverness de estilo francés denominó "plumeti", en color crema muy claro, drapeado en el pecho con escote corazón, y falda amplia hasta los tobillos.

También compré medias, ropa interior y unos zapatos de salón también en crema que pensaba teñir después. Me había olvidado tantos meses del sostén debido a la lactancia, que en un principio me sentí ahogar con aquel *bustier* de cuerpo entero en satén blanco y con un montón de puntillas. El liguero y la liga azul no podían faltar y tampoco las perlas de mi madre. Pero lo que más me emocionó fue el broche que me dio Andrew y que perteneció a su madre, un *luckenbooth* de plata con dos corazones enlazados grabados que le había prestado Hamish para mí y que prendí en el lazo con los vibrantes colores del clan Grant que Andrew me ciñó a la cintura el día de la ceremonia.

Para atraer la buena suerte y la fortuna, además de llevar cardo escocés y brezo blanco en mi ramo y en la diadema de flores silvestres que adornaba mi pelo, recogido a los lados con dos hermosas peinetas de marfil que me prestó la señora Baxter, tuve que hacer infinidad de ritos, tales como salir de casa con el pie derecho para encaminarme a la ceremonia o aguardar a que tras ella, el padrino arrojase al suelo un puñado de monedas para que las recogiesen los niños.

También me pareció una extraña costumbre, la del *quaich* escocés o "copa de amor", un cuenco de plata con dos asas que yo tuve que llenar de whisky para mi primer brindis con Andrew como marido y mujer, e ir pasándolo después para que bebiesen de ella todos los invitados y que mi mente de enfermera consideró poco higiénico.

—Por cierto, esta mañana, alguien del cortejo me dio una herradura que tuve que llevar a la iglesia y no sabía qué hacer con ella. Creo que me la dejé en un banco.

Andrew rio al escucharme y me abrazó con ternura.

—También era para darte suerte.

—Está claro que voy a tener toneladas de suerte —dije besando a Andrew en la boca—. He cumplido todas las tradiciones escocesas habidas y por haber y también las de llevar algo azul, algo nuevo, algo viejo y algo prestado.

—Y yo. Te recuerdo que ayer dormimos separados por tradición. ¿Qué hiciste durante toda la tarde? No me lo has contado.

—Tenía que arreglarme y acicalarme para el día siguiente y fui a la ciudad, a la peluquería de la señora Ross, a arreglarme el pelo y a hacerme una manicura. Además, dormí a mis anchas después de un buen baño y una copa de whisky. Quería tener buena cara hoy ¿Qué hiciste tú? —pregunté jugueteando con el vello de su pecho.

—Ya sabes que yo pasé la noche en casa de Hamish, con Hope, por lo que no tuve despedida de soltero.

—Algo de lo que me alegro porque no quería un novio bajo los efectos de la resaca en la boda.

—Fui el hazmerreír —dijo poniendo una cara de absoluto pesar.

—¿Por qué? —reí.

—Porque Finn, Alec, su hermano y otros mozos me fueron a buscar a la granja, empezaron a hacer ruido en la puerta, cantando y llamándome y salí con Hope en brazos, con papilla en el pelo y en pijama. Lo que se pudieron reír a mi costa… —dijo resignado—. De todas formas, todos acabaron celebrándolo, pero sin mí, incluido Hamish.

—Pues bailó bien. Y sin tropezarse —reí—. Lo que me tenía confusa de verdad fue lo del "desayuno nupcial". Pensé que iban a venir todos los invitados al día siguiente a desayunar a nuestra casa *porridge,* tocino y arenques.

Andrew no podía parar de reír.

—Es el nombre tradicional que le damos a la comida que sigue a la ceremonia nupcial.

—¿Y por qué se brinda primero con el gaitero?

—Es la forma habitual de agradecerle al gaitero los servicios prestados. Como ya comprobaste ayer, tras nuestra llegada al desayuno nupcial, se le "pagó" con un trago de whisky, legitimando así el contrato y asegurando que la protección ofrecida con la música era efectiva —dijo acariciándome—. La comida estuvo fenomenal. Todo estuvo muy bueno, ¿verdad?

—Sí, sobre todo el salmón ahumado que envió el padre de Alec. Y la cubertería que nos han regalado Lorna y Alec es extraordinaria. Por cierto, me ha encantado el juego de té de porcelana de la señora Baxter, con esas tacitas con florecitas.

—Y los entremeses que trajo… ¡Deliciosos! No sé cuántos he podido comer.

—Muchos. Me sorprende que tu barriga tenga tan buena presencia y no se parezca a la del reverendo McCormack —reí besando su abdomen duro y musculoso.

Andrew rio y me tomó en sus brazos con suavidad.

—Lo mejor para eso es hacerle el amor a mi esposa. Estabas preciosa hoy —susurró besándome con pasión.

—Llevo meses sin arreglarme, desde Navidad, es por eso —dije.

—No. No te quites mérito, eres hermosa. Increíblemente hermosa. La primera vez que te vi me pareciste la mujer más bonita que había visto jamás y no he cambiado de idea, *mo ghràdh*. Pero es cierto también, que ese vestido con el escote y las perlas sobre tus pechos… —suspiró acariciándome los senos bajo las sábanas.

En aquel instante recordé lo imponente que estaba Andrew con su kilt, llegando con el cortejo nupcial a buscarme al *cottage,* luciendo los colores del clan Grant, el *sporran* y las medias altas con su puñal labrado, y cómo me había deslumbrado su poderosa presencia nada más verle en la puerta de casa para llevarme al altar, repeinado, recién afeitado y oliendo de maravilla.

Andrew se acomodó entre las mantas y me volví hacia él buscándole.

—Tú también estabas guapísimo con tu kilt —dije mordiendo con suavidad su labio inferior, invitándole de nuevo con el roce de mis

pechos, mi vientre y mis muslos.

Andrew rodó con agilidad colocándose encima de mí. Su mirada y la presión de todos sus músculos sobre mi cuerpo me hizo jadear de deseo.

—Vamos a consumar un poco más, ¿te parece, mi vida? —sonrió notando como yo me deslizaba sobre su cuerpo para recibirlo mientras pensaba en las deliciosas agujetas que iba a sufrir debido a la incesante e intensa actividad amatoria que estábamos compartiendo.

—¡Qué bien…! —gimió de gusto—. Qué bien me haces el amor.

—Adoro hacértelo —jadeé abrazándole con fuerza entre mis muslos.

Aquel día, en nuestra boda, pronunciamos nuestros votos y prometimos cuidarnos y respetarnos, comprendernos, ser sinceros, pacientes y amables el uno con el otro. Prometimos a sabiendas de que ya era así y siempre lo sería.

EPÍLOGO

Las abejas volvieron a anunciarlo y una mañana, finalizando agosto, tuve un abrupto despertar que confirmó mis sospechas de días pasados.

Todavía tumbada en la cama, el estómago me dio un vuelco con los ojos apenas abiertos. Rápidamente, me incorporé y corrí al cuarto de baño mientras escuchaba a Andrew llamarme con preocupación.

Vomité violentamente nada más abrir la tapa del retrete, intentando por todos los medios retirar los rizos de mi cara. Antes de que pudiese lograrlo, noté las manos de Andrew sujetándome el pelo mientras me susurraba con ternura.

—Tranquila, Grace. Yo te ayudo, mi vida.

Apenas tenía nada en el estómago, pero las intensas náuseas me mantuvieron agachada un buen rato. Al terminar, Andrew me sostuvo con sumo cuidado mientras yo, jadeante y temblorosa, intentaba acercarme al lavabo. Bebí agua enjuagándome la boca y me lavé la cara sintiéndome mejor instantáneamente.

—¿Estás enferma, Grace? —dijo Andrew mirándome preocupado mientras yo me secaba la cara con una toalla.

—No, tranquilo. Estoy perfectamente —negué sonriente bajo su atenta mirada—. Solo necesito pan tostado y té.

—¿Cómo? ¿Quieres desayunar? —preguntó extrañado.

—Sí, es lo mejor para las náuseas matutinas —dije sin dejar de sonreír.

Entonces abrió mucho los ojos comprendiendo a qué me refería.

—Grace, mi vida… ¡Estás embarazada! —exclamó sin dejar de mirarme maravillado.

Asentí. No tenía ninguna duda. Era igual que la primera vez. Si no metía algo al estómago nada más despertar me sobrevenían las náuseas.

Andrew me estrechó con fuerza en sus brazos mientras besaba mi pelo. Sentí la risa vibrando en su pecho y al mirar su rostro me emocioné contemplando la abrumadora mirada de amor que vi en sus ojos.

—Me ocurre solo al principio. Al tercer o cuarto mes se me pasa.

—No lo sabía. Yo no estuve contigo la primera vez —dijo con cierta tristeza, en la voz, tomando mi rostro entre sus manos.

—Pero esta vez sí estarás —susurré emocionada. Él suspiró con fuerza aguantándose un intenso sollozo.

—Es como un milagro, ¿verdad, *mo ghràdh*? —asentí y los dos reímos abrazándonos con mucha fuerza—. ¡Voy a repararte ese té y mucho pan tostado! ¡Oh, Dios santo! ¡Cómo te quiero!

Y me abrazó de nuevo antes de bajar a la cocina.

Lo era, era nuestro milagro. «Sangre de mi sangre, hueso de mis huesos», se decía en el antiguo rito del *Handfasting*. Andrew me entregaba una parte de él para engendrar ese milagro y yo lo recreaba dentro de mí, con mi propio cuerpo y mi propia sangre.

Si era niño íbamos a llamarlo James, en honor a Hamish, que se había ganado el cariño incondicional de nuestra hija al haberse convertido en el abuelo más abnegado; Archie por mi tío, y John por mi padre. Si era niña, Heather Alba, para recordar dónde había sido concebida, y Fiona, por la abuela de Andrew.

El embarazo fue fácil, sin ningún contratiempo importante, como con Hope. Y aunque el doctor Lean era un excelente médico y estuvo pendiente de mí, eché de menos la complicidad de la que disfruté con Hazel y de vez en cuando iba a visitar el bosque y quitaba el polvo de la pequeña cabaña, para sentirla cerca y hablarle de cómo transcurría la gestación.

Me puse de parto días antes del primer aniversario de nuestra boda, en junio de 1950, y enseguida me di cuenta de que el alumbramiento iba a ser rápido.

Había sentido el conocido dolor sordo de riñones durante toda la mañana y por la tarde, cuando quise agacharme para abrazar a Hope, que jugaba conmigo al escondite fuera de la casa, noté la contracción y el cálido hilillo de líquido que corría por mis muslos. Por fortuna Andrew regresó pronto de la granja.

Al entrar en casa y verme, enseguida se dio cuenta de que algo pasaba.

—Mami tiene pupa, *dadaidh* —dijo Hope corriendo hacia su padre.

Andrew la tomó en brazos sin perderme de vista.

—¿Estás de parto, Grace? —preguntó alarmado.

—Me temo que sí —resoplé paseando por la planta baja, sintiendo la pesadez del bebé presionando ya en el canal del parto—. Lleva a Hope con Hamish, por favor.

—Está bien —dijo besando a Hope con ternura—. Vamos con el abuelo, *mo bheag.* Tu hermanito o hermanita va a nacer y cuando regreses ya estará en casa con nosotros. Mami estará bien, no te preocupes.

—¡Y vuelve enseguida, Andrew! —le imploré sintiendo el inicio de una nueva y potente contracción.

Andrew me sonrió intentando aparentar tranquilidad delante de Hope, pero cambió el gesto asintiendo muy serio justo cuando salía por la puerta.

Así lo hizo. Regresó rápido, dispuesto a llevarme al hospital en la camioneta y me encontró paseando mientras intentaba aguantar las continuas contracciones.

—No nos dará tiempo. Es tarde ya. Lo tendría por el camino —resoplé notando el inicio de una nueva e intensa contracción.

—¿Cómo que no nos va a dar tiempo? —dijo elevando la voz.

Negué con la cabeza gruñendo de dolor y me aferré a sus manos. Andrew me sujetó mirándome con preocupación.

—Está siendo mucho más rápido que con Hope. Siento al bebé ya —jadeé entre dientes, sin soltarme de Andrew.

Por un momento se quedó paralizado, procesando lo que acababa de decirle, pero tras un instante de confusión y pánico se repuso y frunció el ceño dispuesto a enfrentarse al parto junto a mí.

—Dime que tengo que hacer, Grace. Cómo puedo ayudarte.

—Pon agua a calentar, saca sabanas limpias, toallas y… —tuve que parar de hablar porque la siguiente contracción me dejó sin resuello. Notaba las ganas de empujar y cómo me iba abriendo con cada nueva contracción—. ¡Y lávate las manos con jabón!

Andrew comenzó con los preparativos. Gemí con fuerza y me aferré a la mesa de la cocina.

—¡Ya viene! —grité, abriendo las piernas todo lo que pude, apretando los dientes mientras pujaba con todas mis fuerzas.

Andrew dejó todo lo que estaba haciendo para venir hasta mí corriendo y rodearme con sus brazos.

—Yo te sostengo, *mo ghràdh*. Estoy aquí, Grace —dijo acariciando mi vientre con ternura.

Asentí jadeante, descansando el peso de mi cuerpo sobre el de Andrew, aliviada por unos instantes, confiando en su fuerza porque las mías empezaban a faltarme.

—¿Sientes las contracciones? —pregunté resoplando.

—Sí, mi vida. Noto cómo tiemblas —susurró apartando mis rizos empapados de mi rostro.

Procuré concentrarme en la respiración, bañada en sudor, intentando recuperar las fuerzas, pero las contracciones eran demasiado seguidas, largas y dolorosas.

Ocurrió en cuestión de minutos. Tomé todo el aire que pude y me dio el tiempo justo de asir las manos de Andrew que me rodeaba por las axilas con sus brazos, separar mis muslos todo lo posible y gritar mientras sentía salir a nuestro bebé de mi cuerpo.

—¡Ya sale, Andrew! —sollocé sintiendo aquel inmenso y conocido dolor, como si me fuese a partir en dos. Andrew posó las palmas de sus enormes manos sobre mi vientre y su tacto me lleno de vigor. Sentía su calor a mi espalda y su fuerza en aquel toque de sus dedos. Me agarré de nuevo a la mesa gimoteando, presionando con toda la energía de mis entrañas, sintiendo como todo mi ser vibraba. Andrew se agachó en el mismo instante en el que emití un grito desgarrador mientras el bebé asomaba entre mis piernas.

—¡Noto su cabecita! ¡La estoy tocando, Grace! —gritó Andrew—. ¡Lo tengo, lo tengo, tengo al bebé!

Escuché a Andrew mientras me mantenía en pie como podía, con las piernas temblorosas y el cuerpo al borde del agotamiento. Noté el espasmo final, el desgarro más agudo, aquel dolor lacerante que me hizo gritar. Empujé una vez más y lo sentí salir de mí, palpitando, llena de alivio, dolor, amor…

—¡Es una niña, Grace! ¡Es nuestra Heather! —dijo con el bultito

llorando a pleno pulmón en sus brazos.

Fue él quien cortó el cordón de nuestra hija como yo se lo indiqué. Después la envolvió en una mantita y me la acercó. Al verla gemí y ya no pude evitar las lágrimas. Andrew me besó con ternura llorando también.

El momento que acabábamos de compartir había sido tan intenso que no podíamos dejar de reír y sollozar a la vez mientras observábamos a nuestra niña, tan parecida a su hermana.

—¡Oh, los genes pelirrojos! —reí besando a Andrew, aún aferrada a la mesa.

Las cosas que unen a las personas suelen ser arbitrarias. Un acontecimiento terrible me separó de George y nos unió a Andrew y a mí.

Antes solía pensar que nada depende de uno mismo, que solo somos llevados por la vida hacia adelante, sin poder decidir apenas nada, en realidad. Ahora, creo que nuestras propias decisiones son las que nos empujan sin cesar hacia el futuro, uno que nunca está escrito, pero que elegimos y que está ahí, esperándonos por si lo aceptamos de buen grado, sin conformarnos, para regalarnos una nueva vida, una mejor.

En mi juventud, junto a mi tío Archie, visité tumbas egipcias y recorrí ruinas romanas, pero jamás había escalado montañas envueltas en nubes de fresca humedad y rodeadas de lagos en cuyas orillas se alzaban castillos centenarios.

Habíamos subido a la montaña y estábamos sofocados y resoplábamos después del paseo. Ya casi en la cima, Andrew tiró de mí para ayudarme a alcanzarla. Al llegar nos quedamos observando durante un rato el sobrecogedor panorama del valle, con el lago Ness abajo, el lago más famoso del mundo gracias a la leyenda del monstruo.

—Qué oscuro y qué bello. No me extraña que la gente piense que ahí puede vivir un monstruo —dije maravillada por la belleza del entorno.

—Las aguas del Ness son especialmente turbias. Es por la turba de

los suelos de por aquí y porque es muy profundo —me dijo Andrew mientras yo resoplaba intentando recuperar el resuello—. El lago Ness es el segundo más extenso y más hondo de Escocia. Contiene más agua dulce que todos los lagos de Inglaterra y Gales juntos.

—¿Y ese castillo? —pregunté señalando abajo.

—Son las ruinas del castillo de Urquhart. Perteneció al clan Chisholm. El conde de Ross lo reclamó para la corona inglesa y fue recuperado poco después. En el siglo XVI perteneció al clan Grant. Los McDonald también lo ocuparon. Y al final, fue casi destruido en el siglo XVII por los ingleses para evitar que fuera capturado por los jacobitas y nunca fue reconstruido.

—¿Alguna vez hubo paz en estas tierras? —pensé en voz alta.

—Ahora, gracias a Dios —susurró.

Después Andrew se sentó y palmeó sus muslos para que descansase sobre ellos. Lo hice y él me abrazó en silencio. Podía sentir su respiración en mi cuello, caliente y húmeda. Estuvimos así un buen rato, reposando mientras contemplábamos las vistas desde la cima, antes de comenzar a bajar hasta un grupo de árboles, a la orilla de un arroyo que transcurría por el monte, creando pequeñas cascadas, meandros y estanques donde saltaban los peces.

Estábamos muy acalorados los dos y nos acercamos a beber de las aguas frías y cristalinas. Ahuequé las manos para tomar agua disfrutando del frescor y saciando mi sed. Entonces se me ocurrió descalzarme y meter los pies en la corriente.

—¿Qué haces? —rio Andrew mojándose el cuello y el pecho tras beber.

—Me dueles los pies y quiero refrescarlos.

Andrew se quitó las botas, los calcetines y se remangó los pantalones para imitarme y emitió un suspiro de alivio. Inmune al agua heladora que, creada en las nubes, nacía de la lluvia o nieve y transformada por la propia montaña, se embalsaba en profundos lagos de aguas oscuras o corría libre por los ríos hasta el mar y retornaba en forma de niebla para convertirse de nuevo en nubes que, como decía Andrew, cubren y bañan originando el frescor y verdor, desde el musgo hasta los árboles, hasta formar parte de nosotros mismos.

—Está helada, pero es tan agradable, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, los es —dijo Andrew saliendo del agua para quitarse los pantalones a los que siguieron su camisa y todo lo demás.

—¿Vas a bañarte? —pregunté sorprendida.

—¡Claro! ¿Vienes? —dijo tendiendo su mano hacia mí.

Yo la tomé tras quitarme la blusa, la falda y mi ropa interior. Grité de frío al entrar al agua y me aferré a Andrew que reía al verme aullar y dar saltitos en aquel riachuelo que nos cubría hasta la cintura en algunos lugares.

A nuestro alrededor nadaban las truchas. Algunas saltaba de vez en cuando para atrapar un mosquito. Salimos pronto del agua. Cuando Andrew me tocó, sus muslos estaban frescos, pero en unos instantes se templaron. Mis pezones tirantes por el frío se calentaron también al sentir la dureza de su pecho. Entonces, su boca se apretó contra la mía y fue bajando por mi cuerpo mojado y fresco hasta alcanzar aquel punto entre mis muslos, el único que permanecía caliente junto con mi boca, y sumergió su lengua en él para degustar mi sabor hasta quedarse sin resuello y dejarme a mi igual. Fue al elevar su rostro, cuando aproveché para atraerlo hacia mí.

—Sabes a sal —dije saboreando sus labios.

—A ti —jadeó—. Sabes salada.

Elevé las caderas y él se deslizó suavemente, muy dentro, creciendo hasta que su cuerpo me transmitió toda su fuerza en forma de sacudidas rítmicas y dulces.

Yacíamos abrazados, sudorosos, rodeados de brezales de color rosado y helechos aplastados, disfrutando de aquella quietud que nos rodeaba y del sol tibio del final verano. Aún sentía la fricción de sus muslos y su vientre sobre mí. Nuestra respiración se había calmado y ya solo se escuchaban los pájaros y el discurrir de arroyo.

—Hace tiempo me preguntaste cuanto duraría esto que tenemos juntos, ¿recuerdas? —murmuré girándome para admirar su cuerpo desnudo— ¿Crees que te cansarás de mí algún día?

El sol sobre su cuerpo tumbado boca abajo me ofrecía una visión de su trasero cubierto de una finísima pelusa casi transparente, con un

leve toque rojizo, y de los muslos gruesos y pálidos.

—Nunca. Jamás —susurró ronco mirándome—. ¿Y tú de mí?

—Imposible —susurré acariciando su rostro, deleitándome en su belleza y en el sonido de su voz.

—¿Cómo lo sabes? —sonrió.

—Estuve casada antes y ahora sé que no pasará. Hemos hecho el amor muchas veces, pero siempre es diferente. Nunca se acabará.

—Lo sé —dijo enredando sus dedos en mi pelo—. Te deseo mucho más que el primer día que estuvimos juntos. Cuando estaba en Leith no vivía, solo trabajaba como un animal y me emborrachaba para no pensar en ti, pero era en vano. Luego me dormía y soñaba contigo.

—Yo también soñaba contigo en Londres —dije besando su pecho.

—Y cuando volviste y dejé de comportarme como un perfecto idiota, supe que siempre te amaría. Siempre lo haré —dijo acariciando mi rostro muy lentamente.

—Yo también te amo y te amaré siempre, Andrew Grant, porque me haces reír.

—Tú también a mí —sonrió.

Acaricié su recio mentón con mi nariz notando su barba. Él me tomó por la nuca para besarme despacio. Sabía a sal y a él.

—No te lo he preguntado pero…

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Quieres tener más hijos conmigo, Grace?

—Sí, claro que quiero —dije sin dudarlo.

—Ya tenemos a Hope y a Heather, pero… bueno, a mí me gustaría tener una gran familia. Siempre eché de menos eso de niño. Todos mis amigos tenían hermanos menos yo —dijo mirando a lo lejos con melancolía—. Hamish siempre me dice que es mejor tener hijos que no tenerlos, que los niños son lo mejor de la vida.

—A mí me ocurría lo mismo y estoy de acuerdo con Hamish. Desde que tuve a Hope ya nunca me siento sola —entonces miré a Andrew recapacitando en lo que acababa de decirme—. Espera, ¿gran familia? ¿De qué número estamos hablando?

—¿Menos de diez? —sonrió.

—¡Pensé que menos de cinco! —reí.

Me incliné para besarlo y le acaricié la cara con mis rizos. Estaba caliente y sudado y me calentó a mí en cuanto me tocó. Sus manos en mi piel despertaron escalofríos de placer en mi cuerpo. Podía ver como se le ponía la carne de gallina mientras le pasaba la yema de mis dedos por el pecho, rozando sus pezones. Le chupé uno, pasando mi lengua en círculos y lo mordí con suavidad, haciéndole dar un respingo de placer.

—Los que tú quieras. Pero debes saber que adoro preñarte —jadeó sonriendo.

Me gustó cómo lo dijo. Como si fuésemos dos seres salvajes de una época antigua, así, sin eufemismos. Le besé con ganas de más, encendida y dispuesta a que lo hiciese, a que me preñase, como él decía.

A nuestro lado resonaba el agua del riachuelo que venía de la cima de la montaña y serpenteaba hasta abajo, hasta el lago.

Sus dedos me recorrieron la espalda y fueron presionando mi columna hasta llegar a mis nalgas, haciendo que todo el vello de mi cuerpo se me erizase de placer. Una gota de leche brotó de uno de mis pezones, recorrió mi escote y Andrew la recogió con su lengua antes de caer entre mis pechos.

Sus manos prendieron mi cintura y me arqueé mientras él se colocaba sobre mí para cubrirme y verterse nuevamente en mí.

Nunca tuvimos una luna de miel propiamente dicha, pero escapábamos de todo de vez en cuando, por un par de horas tan solo: al Estanque de las Hadas o a los brezales de la montaña cercana a nuestro hogar en verano, o nos quedábamos a solas en casa en invierno. Aquel era nuestro capricho compartido, el más íntimo y secreto.

Por lo demás, mi vida junto a Andrew era sencilla, transcurría sin lujos, ni bailes, ni restaurantes de moda. Fue una vida muy distinta a la que una vez tuve en Inglaterra, pero aquella no la eché de menos, no renuncié a nada que me importase, no dejé nada, lo conseguí todo, todo lo que siempre quise en realidad. Tenía una familia, un trabajo que me encantaba y siempre hubo un jarrón con flores en nuestra

casa.

Nuestras hijas crecían felices y libres en aquel mundo que tras aquel terrible inicio de siglo parecía haber aprendido la lección.

Ahora creo que el verdadero milagro de la vida es que de los mismos padres nazcan seres tan similares en rasgos a sus progenitores y a la vez tan diferentes entre ellos.

Heather, nuestra pequeña, la que nació en casa con su madre de pie frente a la mesa de la cocina, tenía los ojos de Andrew, azules y algo rasgados, grandes como los lagos bajo el sol y un cielo de verano. Hope, en cambio, tenía mis ojos, los ojos de las brujas.

Heather era tranquila, risueña y suave como Andrew. Hope era un terremoto salvaje a quien era casi imposible peinar y a la que le encantaban los animales y el bosque.

Su mejor amigo en el mundo era *Whisky*, el caballo de su padre. Ambos, niña y animal, se adoraban. Tampoco era raro verla hablar con ciervos, ardillas y hasta cuervos y abrazarse a los árboles. Todas las vacas y los animales de la granja Grant eran sus amigos y jugaba a que los curaba, diciendo que cuando fuese mayor iba a ser médico.

Hope solía traer gatos y puercoespines a casa y siempre había algún gorrión en la ventana del cuarto al que nuestra hija mayor alimentaba. Heather, en cambio, prefería sentarse a garabatear con su abuelo Hamish cuando todavía apenas podía sujetar los lápices de colores, y el bosque le daba cierto respeto y no se adentraba en él sola.

Hope, por el contrario, se sentía a sus anchas en el bosque y no era extraño que cuando la reníamos por alguna fechoría, se escapase para esconderse allí y asustarnos tardando en regresar.

Recuerdo un día en el que teniendo ya unos cuatro años, Hope tardó tanto en aparecer y nos dio tal susto que en vez de reñirla, Andrew la tomó en brazos y la aferró con tanta fuerza que ella chilló.

—¡Me haces daño, *dadaidh*! —dijo ceñuda.

—Lo siento, *mo bheag*. Pero es que nos has dado un buen susto y estábamos muy preocupados por ti. No lo vuelvas a hacer nunca, por favor —dijo Andrew mirando a nuestra hija mayor muy serio.

—Sí, ¿dónde estabas? —la regañé y besé a la vez.

—Vaya pregunta, mami. ¡En el bosque! —dijo Hope con su habitual

modo de hablar como si tuviese una paciencia infinita con los adultos, poniendo los ojos en blanco.

—Pero, ¿qué hacías allí tú sola tanto tiempo? —preguntó Andrew entrando en casa.

—No estaba sola. Estaba con mi amiga.

—¿Tu amiga? —pregunté extrañada, sentándola en mi regazo, en el sofá.

—Sí, casi siempre que voy al bosque hablamos. Ella me cuida y me enseña cosas de las plantas y de los animales y me dice palabras extrañas en un idioma muy raro que no son como las que dice mi *seanair* Hamish. También me ha hablado de ti, mami.

—¿De mí?

—Sí, un día me dijo que ella también te echaba de menos, pero que siempre velará por nosotros, por nuestra familia, porque somos sus descendientes.

Mi barbilla tembló al escuchar las palabras de Hope. Andrew me miró en silencio, sentado a nuestro lado.

—¿Sabes cómo se llama tu amiga? ¿Te lo ha dicho, cariño? —pregunté sintiendo como un escalofrío me recorría la columna.

—Se llama Hazel —dijo Hope.

Hay personas que son como me imagino que podrían ser los ángeles. Son esas personas que se cruzan en nuestras vidas y nos hacen ver la parte buena y bonita de la vida, que curan y hacen sanar, que te rescatan y no dejan que te des por vencida ni que te conformes.

Había visto la crueldad de los hombres en combate y sabía que Andrew había matado porque fue un soldado. Por eso me maravillaba aquella capacidad suya para la ternura que demostraba con nosotras, después de regresar del infierno de la guerra.

Heather se removió en mi regazo al escuchar la voz de su padre, estirando los bracitos hacia Andrew, que la cogió en los suyos para acunarla suavemente en su hombro.

Sentada en un banco, observé a Andrew con Heather y Hope, jugando en el jardín de casa, donde él había colocado un columpio en un árbol, junto a mis flores, fresas silvestres, el rosal y un pequeño

huerto con hortalizas de temporada. Me pareció que había perdido los últimos rasgos que deja la niñez, que ya era un hombre maduro.

No había nada más hermoso en el mundo que verlo con sus hijas y una vez más me asombró que un hombre tan grande fuese tan suave y apacible. Recordé cómo las cuidaba cuando eran bebés, cómo las acunaba boca abajo, colgadas de su robusto brazo para aliviarles los cólicos o para dormirlas. Admiraba su paciencia, la que yo no tenía la mayor parte del tiempo. Lo había comprobado ya con Hope y con Heather. Pero aun así, todavía después de los años, me resultaba sorprendente su dulzura.

«Y en unos pocos meses lo volveré a confirmar. Vale la pena la espera», pensé acariciándome el vientre ya prominente.

Claro que había valido la pena aguardar, no conformarme. Andrew me había demostrado que el amor de verdad es amable, generoso, paciente, fiel y que no importa que no sea el primero.

Contemplé como empujaba a Hope en el columpio mientras tenía en brazos a Heather. Se quedó pensativo un momento, mirando hacia el horizonte y sonrió.

Quise saber qué era lo que había provocado esa sonrisa tan preciosa y afable que me provocaba tanta ternura.

—¿En qué estabas pensando? —dije haciendo que volviese la vista hacia mí.

Andrew me miró con cariño antes de contestar y su boca amplia volvió a curvarse en una suave y encantadora sonrisa.

—En ti —respondió acercándose para sentarse junto a mí y besar mi vientre. Suspiré tomando enredando mis dedos en sus rizos rojizos —. En aquella vez, cuando nada más llegar aquí, me fuiste a buscar a la granja toda enfadada porque no te había hecho ni caso con lo de mi esguince en el codo.

—Te reñí mucho —reí.

—Sí, y por alguna extraña razón, que todavía no comprendo, me gustó —dijo mirándome a los ojos de un modo tan conmovedor que me hizo suspirar—. Haces que mi corazón se llene de amor, *mo ghràdh*.

Tomé su rostro entre mis manos y lo besé suavemente. Andrew

cerró los ojos y mientras nos besábamos, observé su expresión pacífica y llena de amor. De pronto escuchamos una risita procedente del columpio. Era Hope, que había bajado sola y sobre una manta nos señalaba mientras cuidaba de Heather.

—¿Has decidido qué haremos con la oferta de los Chisholm? Sé que tienes la granja pero…

—Tenemos —me interrumpió Andrew—. A ti te gusta vivir aquí, en el *cottage*. Además, está más cerca del consultorio, pero…

—¿Pero?

—Pero no preferirías vivir en la ciudad o incluso en Edimburgo y… bueno, ¿llegar a estudiar medicina algún día?

—Pues… No lo había pensado —dije sorprendida.

—Las cosas cambian. Es 1952 y tenemos una joven reina. Además, tal vez se nos quede un poco pequeño el *cottage* ahora que seremos cinco.

Me quedé observando a Andrew admirada.

—Puede, no lo sé. Es posible —reí como una tonta, conmovida por sus palabras—. Nos apañaremos, seguro.

—Sí, solo espero que esta vez nos dé tiempo de llegar al hospital —bromeó acariciando mi vientre.

—Y yo de que me pongan anestesia —resoplé.

Andrew me besó con suavidad.

—¿Sabes? De crío me preguntaba muchas veces para qué había nacido. Pasé mi infancia ansiando aventuras, pero después… bueno, la guerra resultó ser una aventura muy distinta a la que imaginé. Cuando me hirieron deseé morir, ¿sabes? —asentí acariciándole con ternura—. Recordaba a todos mis amigos muertos y quería irme con ellos. Tuve mucha fiebre, mucho dolor, pero no morí y al volver a casa, Hamish me dijo que todo tiene una razón, que solo tenía que aguardar para darme cuenta. Y ahora, pienso en por qué hice todas las cosas que hice, en por qué me alisté, en por qué regresé a casa vivo, y ya lo tengo claro.

—¿Y para qué fue? —susurré recostada sobre su pecho.

—Ahora sé que fue para conocerte, Grace, y para tenerte y que tú me tengas —susurró enredando sus dedos en mis rizos—. He nacido

para estar aquí, contigo.

—Sí, yo también lo creo, Andrew Grant —murmuré somnolienta por culpa de sus caricias.

—Ahora sé quién quiero ser: quiero ser tuyo y el padre de Hope y Heather y de ese bebé. Y cuidaros y cuidar de la granja y de los animales.

Él estaba en lo cierto, era un hombre que sabía cuidar de los demás.

—¡Oh, Andrew! —susurré emocionada.

—Solo quiero eso y estar aquí contigo. Y tenerte desnuda en mis brazos y mecerme contigo hasta que gritemos los dos juntos, protegerte a ti y a las niñas y al bebé y verte dormir cada noche del resto de mi vida, Grace, solo eso —susurró antes de besarme, disipando mis últimos temores para siempre.

Y pensé que Hazel tenía razón, recordando las palabras que me dijo un día: «Estoy donde quiero estar y hago lo que quiero hacer y soy feliz así».

A veces, la vida te obliga a tomar un camino con el que no contabas y de pronto, te encuentras donde jamás imaginaste. Y ahora sé que ese camino inesperado me condujo a Escocia y a él.

Hacía ya seis años que había llegado a las Tierras Altas, a aquella tierra escocesa sobrecogedora, inhóspita, agreste y bellísima, un día de Beltane, sin nada más que una maleta y mis fantasmas, y ahora comprendía a Andrew y sabía que jamás podría alejarme de aquel lugar sin que se me rompiese el corazón.

Todos tenemos un lugar en el mundo, el nuestro. Un lugar que al cerrar los ojos y pensar en él nos transporta a la felicidad. Hay gente que lo busca incansablemente durante toda su vida y jamás lo encuentra. Otros lo añoran porque lo perdieron y no saben o no pueden regresar a él. Pero otras personas, simplemente, lo hallamos porque siempre le pertenecimos.

Mi lugar no es un sitio imaginario. Lo encontré a los veintisiete años, tras una espantosa guerra. Donde todo está hecho de agua. Fue allí donde recuperé el placer de vivir y la alegría. Bajo las nubes, la niebla y la lluvia escocesa.

SOBRE LA AUTORA

Irene Mendoza Gascón es de Bilbao, estudió Bellas Artes y durante un tiempo se dedicó a pintar y al diseño gráfico.

Aficionada a escribir desde niña, tras su maternidad, un cambio de domicilio y la falta de tiempo y un estudio donde trabajar, se replanteó la manera de seguir contando historias y convirtió la escritura en su oficio.

Escritora de brújula, ha publicado seis novelas con el sello HQÑ: *10 cosas que quiero hacer… contigo*, la trilogía erótica *Un puñado de esperanzas*, el thriller erótico *Llueven diamantes sobre Júpiter y Saturno*, el romance histórico *Las Cosas bellas;* y un relato erótico y gastronómico dentro de la colección *Recetas para el calor de una noche: Con mucho amor y mucho limón.*

Ha autopublicado en digital *El tiempo detenido*, su novela más personal hasta la fecha y *Fantosmia*, un thriller con toques de terror psicológico también disponible en papel.

Forever & Always (*Forever & Always y Forever & Always. A través del tiempo*) ha sido su primera bilogía de romance paranormal autopublicada en papel.

Le encantan los gatos, las estrellas, el té, el café, las flores, dibujar, leer, el cine, la ópera y le gustaría haber sido francesa. Escribe historias sobre ella o sobre cualquiera. Así que ten cuidado con lo que le cuentas porque puede convertirte en uno de sus personajes.

REDES SOCIALES

https://www.facebook.com/irene.mendozagascon

Instagram: irenita.mendoza08

Twitter: @IreneMe08

Spotify: irinamendo

Facebook: Irene Mendoza Gascón

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/Irene-Mendoza/e/B07X2LF9GC